

JEFFREY ARCHER

EL IMPOSTOR



Lectulandia

Danny Cartwright, un joven de clase obrera, está a punto de casarse. Sin embargo, la noche que acude a un renombrado club del centro de Londres para celebrar su compromiso, un terrible suceso cambia su destino: en una pelea callejera el hermano de su prometida es acuchillado y él es injustamente acusado de asesinato. Tras un juicio lleno de irregularidades y víctima de un abogado defensor inexperto, Danny es condenado a veinte años de cárcel por homicidio. El plácido futuro que él imaginaba con su mujer, su familia y su nuevo empleo se esfuma; su vida ahora es la prisión. Por fortuna, encuentra el apoyo de sus compañeros de celda para soportar el encierro y no tarda en vislumbrar la posibilidad de un arriesgado engaño que le devuelva la libertad y le permita vengarse del verdadero culpable.

Lectulandia

Jeffrey Archer

El impostor

ePub r1.2

Titivillus 02.01.15

Título original: *A prisoner of birth*
Jeffrey Archer, 2008
Traducción: Eduardo García Murillo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Jonathan y Marion

PRÓLOGO

—Sí —dijo Beth.

Intentó aparentar sorpresa, pero no resultó nada convincente, pues cuando iban al instituto de enseñanza secundaria ya decidió que se casarían. Sin embargo, se quedó asombrada cuando Danny hincó la rodilla en mitad del atestado restaurante.

—Sí —repitió Beth, con la esperanza de que se levantara antes de que todo el mundo dejara de comer y se volviera a mirarlos.

Pero él no se movió. Danny siguió con una rodilla doblada y, como un mago, sacó una diminuta caja de la nada. La abrió y reveló una sencilla alianza de oro, con un único diamante mucho más grande de lo que Beth había esperado, aunque su hermano ya le había dicho que Danny se había gastado la paga de dos meses en el anillo.

Cuando Danny se levantó por fin, volvió a sorprenderla. Empezó a teclear de inmediato un número en su móvil. Beth sabía muy bien quién contestaría.

—¡Ha dicho que sí! —anunció Danny con expresión triunfal. Beth sonrió mientras alzaba el diamante a la luz y lo examinaba con más detenimiento—. ¿Por qué no te reúnes con nosotros? —añadió Danny antes de que ella pudiera interrumpirlo—. Estupendo, nos encontraremos en el bar de Fulham Road, ese al que fuimos después del partido del Chelsea el año pasado. Nos vemos allí, tío.

Beth no protestó. Al fin y al cabo, Bernie no solo era su hermano, sino un viejo amigo de Danny, y ya debía de haberle pedido que fuera su padrino. Danny cerró el teléfono y pidió la cuenta a un camarero. El *maître* se acercó enseguida.

—Invita la casa —anunció, al tiempo que les dedicaba una sonrisa cordial. Iba a ser una noche de sorpresas.

Cuando Beth y Danny entraron en el Dunlop Arms, encontraron a Bernie sentado a una mesa en un rincón con una botella de champán y tres copas.

—Fantástica noticia —saludó, antes de que tuvieran tiempo de sentarse.

—Gracias, tío —dijo Danny, y estrechó la mano de su amigo.

—Ya he telefoneado a papá y mamá —anunció Bernie, mientras descorchaba la botella y llenaba las tres copas—. No parecieron muy sorprendidos; en realidad, era el secreto peor guardado de Bow.

—No me digas que también van a venir —protestó Beth.

—Ni por asomo —aseguró Bernie, y alzó su copa—, esta vez solo estaré yo. Por una larga vida y que el West Ham gane la copa.

—Bien, al menos una de las dos cosas es posible —dijo Danny.

—Creo que, si pudieras, te casarías con el West Ham —aventuró Betty, y sonrió a su hermano.

—Podría ser peor —replicó Bernie. Danny rio.

—Estaré casado con los dos hasta el fin de mis días.

—Salvo los sábados por la tarde —le recordó Bernie.

—Aunque es posible que tengas que sacrificar algunos en cuanto sustituyas a papá —dijo Beth.

Danny frunció el ceño. Había ido a ver al padre de Beth aprovechando la hora de comer, y le había pedido la mano de su hija. Algunas tradiciones se resisten a morir en el East End. El señor Wilson no pudo mostrarse más entusiasmado porque Danny fuera a convertirse en su yerno, pero después le dijo que había cambiado de opinión sobre algo que Danny ya creía acordado entre ambos.

—Y si crees que te llamaré jefe cuando sustituyas a mi viejo —intervino Bernie, interrumpiendo sus pensamientos—, ya puedes olvidarlo. Danny no hizo comentarios.

—¿Ese es quien yo creo? —preguntó Beth.

Danny examinó a los cuatro hombres que bebían en la barra.

—Se parece, desde luego.

—¿A quién se parece? —pregunto Bernie.

—Al actor que interpreta al doctor Beresford en *La receta*.

—Lawrence Davenport —susurró Beth.

—Podría ir a pedirle un autógrafo —dijo Bernie.

—Ni se te ocurra —le prohibió Beth—. Aunque mamá nunca se pierde un episodio.

—Creo que te gusta —bromeó Bernie, mientras llenaba sus copas.

—No —dijo Beth en voz demasiado alta, lo cual provocó que uno de los hombres de la barra se volviera—. Y en cualquier caso —añadió, sonriendo a su prometido—, Danny es mucho más guapo que Lawrence Davenport.

—Sigue soñando —se burló Bernie—. Aunque, para variar, Danny se haya afeitado y se haya lavado el pelo, no creas que va a convertirlo en una costumbre, hermanita. Ni hablar. Recuerda que tu futuro marido no trabaja en la City, sino en el East End.

—Danny podría ser lo que quisiera —aseguró Beth, y cogió su mano.

—¿En qué piensas, hermanita? ¿Magnate o gilipollas? —preguntó Bernie, y golpeó a Danny en el brazo.

—Danny tiene unos planes para el taller que te van a...

—Chist —la interrumpió Danny, mientras volvía a llenar la copa de su amigo.

—Más le vale, porque casarse no sale barato —advirtió Bernie—. Para empezar, ¿dónde viviréis?

—Hay un sótano en venta justo en la esquina —dijo Danny.

—Pero ¿tenéis suficiente pasta? —preguntó Bernie—. Porque los apartamentos en los sótanos no son baratos, ni siquiera en el East End.

—Entre los dos hemos ahorrado lo suficiente para la entrada —dijo Beth—, y

cuando Danny sustituya a papá...

—Brindemos por ello —propuso Bernie, pero descubrió que la botella estaba vacía—. Será mejor que pida otra.

—No —negó Beth con firmeza—. Mañana por la mañana he de ir a trabajar, aunque tú no vayas.

—Al infierno —dijo Bernie—. No ocurre cada día que mi hermana pequeña se prometa con mi mejor amigo. ¡Otra botella! —gritó.

El camarero sonrió, mientras sacaba una segunda botella de champán de la nevera que había debajo de la barra. Uno de los hombres sentados a la barra leyó la etiqueta.

—Pol Roger —dijo, y añadió en voz alta—: No se hizo la miel para la boca del asno. Bernie saltó de su silla, pero Danny le obligó a sentarse de nuevo al instante.

—No les hagas caso —le aconsejó—, no vale la pena. El camarero se acercó enseguida a su mesa.

—Evitemos problemas, chicos —dijo mientras descorchaba la botella—. Uno de ellos está celebrando su cumpleaños, y la verdad es que quizá han bebido demasiado.

Beth examinó a los cuatro hombres, mientras el camarero volvía a llenar sus copas. Uno de ellos la estaba mirando. Guiñó un ojo, abrió la boca y se pasó la lengua por los labios. Beth apartó al instante la vista, y se sintió aliviada cuando comprobó que Danny y su hermano estaban charlando.

—¿Dónde iréis de luna de miel?

—A Saint-Tropez —respondió Danny.

—Eso os costará una pasta.

—Y esta vez no vendrás —aseguró Beth.

—Esa puta está muy presentable hasta que abre la boca —dijo una voz desde la barra.

Bernie se puso en pie de un salto; dos de los hombres le estaban mirando con aire desafiante.

—Están completamente borrachos —dijo Beth—. No les hagas caso.

—Hum, no sé —se oyó argumentar al otro hombre—. Hay ocasiones en las que quizá me gusta que una puta tenga la boca abierta.

Bernie agarró la botella vacía, y Danny tuvo que recurrir a toda su fuerza para contenerle.

—Quiero irme —dijo Beth con firmeza—. No quiero que una pandilla de pijos estropee mi fiesta de compromiso.

Danny se levantó al instante, pero Bernie siguió sentado, bebiendo champán.

—Vamos, Bernie, salgamos de aquí antes de que hagamos algo de lo que nos arrepintamos —intervino Danny.

Bernie se puso en pie a regañadientes y siguió a su amigo, pero sin apartar la vista ni un momento de los cuatro hombres de la barra. Beth se alegró de ver que les habían dado la espalda y parecían absortos en su conversación.

Pero en cuanto Danny abrió la puerta de atrás, uno de ellos giró en redondo.

—¿Así que nos vamos? —dijo. Sacó la cartera—. Cuando hayáis acabado con ella, a mis amigos y a mí nos queda bastante para una cama redonda.

—Estáis hasta las cejas —espetó Bernie.

—¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?

—Con mucho gusto, capullo —respondió Bernie, mientras Danny le empujaba al callejón antes de que pudiera añadir nada más. Beth cerró la puerta a su espalda y empezó a caminar. Danny asió a Bernie por el codo, pero solo habían avanzado un par de pasos cuando se soltó—. Volvamos a darles su merecido.

—Esta noche no —dijo Danny, sin soltar el brazo de Bernie, y continuó arrastrando a su amigo.

Cuando Beth llegó a la calle principal vio al hombre al que Bernie había llamado capullo, con una mano oculta tras la espalda. La miró con lascivia y volvió a humedecerse los labios, al tiempo que su amigo doblaba corriendo la esquina, sin aliento. Beth se volvió y vio a su hermano, con las piernas separadas y la mirada desafiante. Estaba sonriendo.

—Volvamos dentro —gritó Beth a Danny, pero en ese momento vio que los otros dos hombres de la barra estaban junto a la puerta bloqueando el paso.

—Que les den por el culo —dijo Bernie—. Es hora de dar una lección a esos hijos de puta.

—No, no —suplicó Beth, mientras uno de los hombres corría por el callejón hacia ellos.

—Tú ocúpate del capullo —dijo Bernie a su amigo—, y yo me encargaré de los otros tres.

Beth vio horrorizada cómo el capullo golpeaba a Danny en la barbilla y le lucía tambalearse. Se recuperó a tiempo de parar el segundo golpe, hizo una finta y lanzó un puñetazo que pilló por sorpresa al capullo, que dobló una rodilla, pero se puso en pie enseguida y propinó otro puñetazo a Danny.

Como los otros dos hombres que estaban junto a la puerta trasera no parecían dispuestos a intervenir, Beth supuso que la pelea terminaría enseguida. Vio que su hermano propinaba un gancho al otro hombre, que a punto estuvo de perder el conocimiento. Mientras Bernie esperaba a que se pusiera en pie, gritó a Beth:

—Haznos un favor, hermanita, para un taxi. Esto durará poco, pero tendremos que salir pitando.

Beth volvió a centrar su atención en Danny, y comprobó que estaba atizando de lo lindo al capullo. Este se hallaba tendido en el suelo, con Danny encima de él y controlando la situación. Les dirigió una última mirada y obedeció a su hermano de mala gana. Corrió por el callejón y, en cuanto llegó a la calle principal, empezó a buscar un taxi. Solo tuvo que esperar un par de minutos hasta ver el familiar letrero amarillo de libre.

Beth hizo señales al taxista, justo cuando el hombre al que Bernie había derribado pasaba tambaleante a su lado y desaparecía en la noche.

—¿Adónde, cariño? —preguntó el taxista.

—Bacon Road, Bow —dijo Beth—. Dos amigos míos subirán de un momento a otro —añadió, mientras abría la puerta de atrás. El taxista miró hacia el callejón.

—No creo que sea un taxi lo que necesitan, cariño —dijo—. Si fueran mis amigos, yo llamaría a una ambulancia.

PRIJERA PARTE

EL JUICIO

— **N**o culpable.

Danny Cartwright notó que sus piernas temblaban, como le sucedía a veces antes del primer asalto de un combate de boxeo que sabía que iba a perder. El juez asesor tomó nota de la declaración y miró a Danny.

—Puede sentarse —dijo.

Danny se derrumbó en la pequeña silla situada en el centro del banquillo de los acusados, aliviado de que hubiera terminado el primer asalto. Miró al juez, que estaba sentado al fondo de la sala del tribunal en un sillón de cuero verde de respaldo alto que parecía un trono. Delante de él había una larga mesa de roble sembrada de documentos del caso recogidos en carpetas de anillas, y una libreta abierta en una página en blanco. El juez Sackville miró a Danny; su expresión no revelaba ni aprobación ni desaprobación. Se quitó las gafas de media luna del extremo de la nariz.

—Que entre el jurado —mandó con voz autoritaria.

Mientras todos esperaban a que aparecieran los doce hombres y mujeres, Danny intentó asimilar lo que veía y oía en el tribunal número cuatro del Old Bailey. Miró a los dos hombres que estaban sentados en cada extremo de lo que, según le habían dicho, era el banco de los abogados. Su joven defensor, Alex Redmayne, alzó la vista y le dedicó una sonrisa cordial, pero el hombre de mayor edad sentado al otro extremo del banco, a quien el señor Redmayne siempre se refería como el fiscal, no miró ni una sola vez en su dirección.

Danny desvió la vista hacia el público. Sus padres estaban sentados en primera fila. Los robustos brazos tatuados de su padre descansaban sobre la barandilla, mientras que su madre mantenía la cabeza gacha. Levantaba los ojos de vez en cuando para mirar a su único hijo.

El caso de la Corona contra Daniel Arthur Cartwright había tardado varios meses en llegar al Old Bailey. A Danny le parecía que, en cuanto la ley entraba en acción, todo funcionaba a cámara lenta. De pronto, sin previo aviso, la puerta del fondo de la sala se abrió y reapareció el ujier. Le seguían los siete hombres y cinco mujeres que habían sido elegidos para decidir su destino. Entraron en la tribuna del jurado y se sentaron, seis en la fila de delante, seis en la fila de atrás; eran unos perfectos desconocidos, sin nada más en común que la lotería de la selección.

Una vez se acomodaron, el juez asesor se levantó para dirigirles la palabra.

—Miembros del jurado —empezó—, el acusado, Daniel Arthur Cartwright, comparece ante ustedes tras habersele imputado un cargo de asesinato. Se ha declarado inocente. Su deber consiste en escuchar las pruebas y decidir si es culpable o no.

El juez Sackville miró hacia el banco situado bajo él.

—Señor Pearson, puede abrir el caso en nombre de la Corona.

Un hombre bajo y rechoncho se levantó lentamente del banco de los abogados. El letrado Arnold Pearson QC^[1] abrió el grueso expediente que descansaba sobre un atril delante de él. Tocó su gastada peluca, como si comprobara que se había acordado de ponérsela, y después tiró de las solapas de su toga, una rutina que no había variado durante los últimos treinta años.

—Con permiso de su señoría —empezó, con porte lento y grave—, represento a la Corona en este caso, mientras mi distinguido colega —echó un vistazo al nombre escrito en la hoja de papel que tenía delante—, Alex Redmayne, representa al acusado. El caso que se presenta ante su señoría es de asesinato. El asesinato premeditado y a sangre fría del señor Bernard Henry Wilson.

Entre el público, los padres de la víctima estaban sentados en un rincón de la última fila. El señor Wilson miró a Danny, incapaz de disimular la decepción en su mirada. La señora Wilson tenía la vista clavada al frente; estaba pálida, como alguien que asistiera a un funeral. Si bien los trágicos acontecimientos que habían rodeado la muerte de Bernie Wilson habían cambiado de manera irrevocable la vida de dos familias del East End, que habían sido amigas íntimas durante varias generaciones, apenas había levantado expectación más allá de una docena de calles que rodeaban Bacon Road, en Bow.

—Durante este juicio, descubrirán que el acusado —continuó Pearson, al tiempo que movía una mano en dirección al banquillo, sin molestarse en mirar a Danny— atrajo al señor Wilson a un local público de Chelsea la noche del sábado 18 de septiembre de 1999, donde perpetró el brutal y premeditado asesinato. Antes había llevado a la hermana del señor Wilson —examinó de nuevo el expediente—, Elizabeth, al restaurante Lucio de Fulham Road. El tribunal descubrirá que Cartwright propuso matrimonio a la señorita Wilson después de que ella le revelara que estaba embarazada. Luego, llamó por el móvil a su hermano, el señor Bernard Wilson, y le invitó a reunirse con ellos en el Dunlop Arms, un bar situado en la parte posterior de Hambledon Terrace, Chelsea, para celebrar el acontecimiento.

»La señorita Wilson ya ha declarado por escrito que jamás había visitado ese local, aunque está claro que Cartwright lo conocía bien, y la Corona planteará que lo había elegido con un único propósito: su puerta posterior se abre a una tranquila callejuela, un lugar ideal para alguien que alberga intenciones asesinas. Un asesinato del que Cartwright culparía después a un completo desconocido que se encontraba aquella noche en el Dunlop Arms.

Danny miró al fiscal Pearson. ¿Cómo podía saber lo que había pasado aquella noche, cuando ni siquiera había estado presente? Pero Danny no estaba demasiado

preocupado. Al fin y al cabo, el letrado Redmayne le había asegurado que su versión de la historia se expondría durante el juicio, y no debía angustiarse si la situación no se presentaba alentadora cuando la Corona expusiera su caso. Pese a las repetidas garantías del abogado, había dos cosas que preocupaban a Danny: Alex Redmayne no era mucho mayor que él, y también le había advertido que era el segundo caso en el que dirigía la defensa.

—Pero, por desgracia para el señor Cartwright —continuó Pearson— los otros cuatro clientes que había en el Dunlop Arms aquella noche contarán una historia diferente, una historia que no solo se ha demostrado coherente, sino que también ha sido corroborada por el camarero que estaba de turno aquella noche. La Corona presentará a los cinco como testigos, y ellos les dirán que oyeron una disputa entre los dos hombres, a los que más tarde se los vio salir por la puerta posterior del bar después de que Cartwright dijera: «¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?». Los cinco vieron salir a Cartwright por la puerta de atrás, seguido de Bernard Wilson y de su hermana Elizabeth, visiblemente alterada. Momentos después, se oyó un chillido. El señor Spencer Craig, uno de los clientes, abandonó a sus compañeros y corrió al callejón, donde vio cómo Cartwright sujetaba al señor Wilson por la garganta, mientras le hundía repetidas veces un cuchillo en el pecho.

»El señor Craig llamó de inmediato al 999 por el móvil. La hora de la llamada, señoría, y la conversación que tuvo lugar fueron anotadas y grabadas en la comisaría de policía de Belgravia. Pocos minutos después, dos agentes de policía llegaron al lugar de los hechos y encontraron al señor Cartwright arrodillado sobre el cadáver del señor Wilson, con el cuchillo en la mano, un cuchillo del que debió apoderarse en el bar, pues lleva grabado en el mango «Dunlop Arms».

Alex Redmayne tomó nota de las palabras de Pearson.

—Miembros del jurado —continuó Pearson, y una vez más tiró de las solapas—, todo asesino ha de tener un móvil, y en este caso basta con recordar el primer asesinato del que se tiene noticia, el de Abel a manos de Caín, para establecer dicho móvil: envidia, codicia y ambición fueron los sórdidos ingredientes que, combinados, provocaron que Cartwright eliminara al único rival que se interponía en su camino.

»Miembros del jurado, tanto Cartwright como Wilson trabajaban en el taller de reparaciones de coches Wilson, en Mile End Road. El taller es propiedad del señor George Wilson, padre del fallecido, quien pensaba jubilarse a finales de año y ceder el negocio a su hijo único, Bernard. El señor George Wilson lo ha declarado por escrito, lo cual ha sido aceptado por la defensa, así que no le llamaremos como testigo.

«Miembros del jurado, descubrirán durante este juicio que los dos jóvenes tenían un largo historial de rivalidad y antagonismo que se remontaba a los días del colegio. Pero con Bernard Wilson eliminado, Cartwright pensaba casarse con la hija del jefe y hacerse cargo del floreciente negocio.

»Sin embargo, no todo salió tal como Cartwright había planeado, aunque cuando

fue detenido, intentó echar la culpa a un testigo inocente, el mismo hombre que había salido al callejón para ver qué había provocado el grito de la señorita Wilson. Por desgracia para Cartwright, no formaba parte de su plan que hubiera cuatro personas más presentes durante los hechos. —Pearson sonrió al jurado—. Miembros del jurado, una vez hayan escuchado su testimonio, no les quedará ninguna duda de que Daniel Cartwright es culpable de este espantoso asesinato. —Se volvió hacia el juez—. Así concluye el alegato de la Corona, señoría. —Tiró de las solapas antes de añadir—: Con su permiso, llamaré a mi primer testigo. —El juez Sackville asintió, y Pearson dijo con voz firme—: Llamo al señor Spencer Craig.

Danny Cartwright miró a su derecha y vio que un ujier abría una puerta del fondo de la sala, salía al pasillo y gritaba: «Señor Spencer Craig». Un momento después, un hombre alto, no mayor que Danny, vestido con traje de raya diplomática azul, camisa blanca y corbata malva, entró en la sala. Su aspecto era muy diferente de la primera vez que le había visto.

Danny no había vuelto a ver a Spencer Craig durante los últimos seis meses, pero no había pasado ni un día en el que su mente no lo hubiera recreado. Miró al hombre con aire desafiante, pero Craig ni siquiera desvió la vista en dirección a Danny. Era como si no existiera.

Craig cruzó la sala como un hombre que supiera muy bien adónde iba. Cuando subió al estrado de los testigos, levantó de inmediato la Biblia y recitó el juramento sin mirar ni una vez la tarjeta que el ujier sostenía delante de él. El señor Pearson sonrió a su testigo principal, antes de echar un vistazo a las preguntas que había preparado durante el último mes.

—¿Se llama usted Spencer Craig?

—Sí, señor —contestó el hombre.

—¿Reside en el número 43 de Hambledon Terrace, Londres SW3?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó el señor Pearson, como si no lo supiera.

—Soy abogado.

—¿Y su especialidad?

—Derecho penal.

—Por lo tanto, está familiarizado con el delito de asesinato, ¿verdad?

—Por desgracia sí, señor.

—Me gustaría que volviéramos ahora a la noche del 18 de septiembre del año pasado, cuando usted y un grupo de amigos estaban tomando una copa en el Dunlop Arms de Hambledon Terrace. Tal vez podría narrarnos qué sucedió exactamente aquella noche.

—Mis amigos y yo estábamos celebrando que Gerald cumplía treinta años...

—¿Gerald? —interrumpió Pearson.

—Gerald Payne —dijo Craig—. Es un viejo amigo de mis días en Cambridge. Estábamos pasando una grata velada juntos, disfrutando de una botella de vino. Alex

Redmayne tomó nota: necesitaba saber cuántas botellas.

Danny habría deseado preguntar qué significaba para él la palabra «grata».

—Pero por desgracia no acabó siendo una velada grata —dijo Pearson.

—Lejos de ello —replicó Craig, sin molestarse en mirar hacia Danny.

—Haga el favor de contar al tribunal qué sucedió después —dijo Pearson, al tiempo que echaba un vistazo a sus notas. Craig se volvió hacia el jurado por primera vez.

—Como ya he dicho, estábamos disfrutando de una copa de vino para celebrar el cumpleaños de Gerald, cuando oí voces exaltadas. Me volví y vi a un hombre, sentado a una mesa del rincón de la sala con una joven.

—¿Ve a ese hombre en la sala? —preguntó Pearson.

—Sí —contestó Craig, y señaló al banquillo de los acusados.

—¿Qué ocurrió a continuación?

—Se puso en pie de un salto —prosiguió Craig—, y empezó a gritar y a señalar con el dedo al otro hombre, que seguía sentado. Oí que uno de ellos decía: «Y si crees que voy a llamarte jefe cuando sustituyas a mi viejo, ya puedes olvidarlo». La joven intentaba calmarle. Estaba a punto de volverme hacia mis amigos (al fin y al cabo, la discusión no tenía nada que ver conmigo), cuando el acusado gritó: «¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?». Supuse que estaban bromeando, pero después, el hombre que había dicho eso agarró un cuchillo del final de la barra...

—Permítame que le interrumpa, señor Craig. ¿Vio cómo el acusado cogía un cuchillo de la barra? —preguntó Pearson.

—Sí.

—Y después, ¿qué pasó?

—Se alejó en dirección a la puerta trasera del bar, cosa que me sorprendió. —
¿Por qué?

—Porque voy muy a menudo al Dunlop Arms, y nunca había visto a aquel hombre.

—No sé si le sigo, señor Craig —dijo Pearson, que había seguido perfectamente hasta la última palabra.

—La salida trasera no se ve desde ese rincón de la sala, pero él parecía saber muy bien adónde iba.

—Ah, ya entiendo —dijo Pearson—. Continúe, por favor.

—Al cabo de un momento, el otro hombre se levantó y salió tras el acusado, seguido de la joven. No habría pensado más en el asunto, pero poco después oímos un grito.

—¿Un grito? —repitió Pearson—. ¿Qué tipo de grito?

—Un grito agudo, de mujer —contestó Craig.

—¿Qué hizo usted?

—Dejé a mis amigos de inmediato y corrí al callejón, por si la mujer estaba en peligro.

—¿Lo estaba?

—No, señor. Estaba gritando al acusado, le suplicaba que parara.

—¿Que parara de qué? —preguntó Pearson.

—De atacar al otro hombre.

—¿Estaban peleando?

—Sí, señor. El hombre al que había visto antes interpelar y señalar con el dedo al otro lo tenía ahora inmovilizado contra la pared, con el antebrazo apretado contra su garganta. Craig se volvió hacia el jurado y levantó el brazo izquierdo para mostrar la postura.

—¿El señor Wilson intentaba defenderse? —preguntó entonces Pearson.

—Tanto como podía, pero el acusado le clavaba un cuchillo en el pecho una y otra vez.

—¿Qué hizo usted a continuación? —preguntó Pearson sin levantar la voz.

—Telefoneé a urgencias, donde me aseguraron que enviarían a la policía y una ambulancia cuanto antes.

—¿Dijeron algo más? —preguntó Pearson, al tiempo que echaba un vistazo a sus notas.

—Sí —contestó Craig—. Me dijeron que no me acercara al hombre del cuchillo bajo ninguna circunstancia; sino que regresara al bar y esperara la llegada de la policía. —Hizo una pausa—. Seguí las instrucciones al pie de la letra.

—¿Cómo reaccionaron sus amigos cuando volvió al bar y les contó lo que había visto?

—Quisieron salir para ayudar, pero yo les repetí lo que me había aconsejado la policía, y dije que dadas las circunstancias lo mejor era que se fueran a casa.

—¿Dadas las circunstancias?

—Yo era la única persona que había presenciado todo el incidente, y no quería que corrieran peligro si el hombre del cuchillo volvía a entrar en el bar.

—Muy encomiable por su parte —dijo Pearson.

El juez miró con el ceño fruncido al fiscal. Alex Redmayne siguió tomando notas.

—¿Cuánto tiempo tuvo que esperar a la llegada de la policía?

—Apenas habían transcurrido unos instantes cuando oí la sirena, y unos minutos después un agente de paisano entró en el bar por la puerta de atrás. Mostró su placa y se identificó como oficial de policía Fuller. Me informó de que la víctima iba camino del hospital más cercano.

—¿Qué sucedió a continuación?

—Hice una declaración completa, y después el oficial Fuller dijo que podía irme a casa.

—¿Lo hizo?

—Sí, volví a mi casa, que está a unos cien metros del Dunlop Arms, y me acosté, pero no pude dormir. Alex Redmayne escribió las palabras: «unos cien metros».

—Muy comprensible —dijo Pearson.

El juez frunció el ceño por segunda vez.

—De modo que me levanté, fui a mi estudio y escribí todo lo que había ocurrido aquella noche.

—¿Por qué lo hizo, señor Craig, cuando ya había declarado ante la policía?

—Mi experiencia en ocupar su puesto, señor Pearson, me ha hecho tomar conciencia de que las declaraciones de los testigos en el estrado suelen ser incompletas, incluso imprecisas, cuando se celebra el juicio meses después de que se haya cometido un delito.

—Así es —confirmó Pearson, y pasó otra página de su expediente—. ¿Cuándo se enteró de que Daniel Cartwright había sido acusado del asesinato de Bernard Wilson?

—Leí los detalles en el *Evening Standard* el lunes siguiente. Informaba de que el señor Wilson había muerto camino del Chelsea and Westminster Hospital, y de que Cartwright había sido acusado del asesinato.

—¿Consideró esa información el final del asunto, en lo tocante a su implicación personal?

—Sí, aunque sabía que me llamarían como testigo en el juicio si Cartwright se declaraba no culpable.

—Pero entonces se produjo un giro de los acontecimientos, que ni siquiera usted, con toda su experiencia con criminales habituales, habría podido imaginar.

—Desde luego —respondió Craig—. Dos agentes de la policía se presentaron en mi bufete a la tarde siguiente para llevar a cabo un segundo interrogatorio.

—Pero usted ya había prestado declaración verbal y escrita ante el oficial Fuller —dijo Pearson—. ¿Por qué necesitaban interrogarle de nuevo?

—Porque Cartwright me acusaba de haber asesinado al señor Wilson, e incluso afirmaba que yo había cogido el cuchillo del bar.

—¿Se había cruzado con el señor Cartwright o el señor Wilson antes de esa noche?

—No, señor —contestó con sinceridad Craig.

—Gracias, señor Craig.

Los dos hombres intercambiaron una sonrisa, y Pearson se volvió hacia el juez.

—No hay más preguntas, señoría.

Ll juez Sackville desvió su atención hacia el abogado del otro extremo del banco. Conocía bien al distinguido padre de Alex Redmayne, quien se había jubilado hacía poco como juez del Tribunal Supremo, pero su hijo nunca había aparecido ante él.

—Señor Redmayne —entonó el juez—, ¿desea interrogar a este testigo?

—Desde luego —replicó Redmayne mientras recogía sus notas. Danny recordó que, poco después de ser detenido, un agente le había aconsejado que consiguiera un abogado. No fue fácil. Pronto descubrió que los abogados, como los mecánicos de taller, cobran por horas y solo consigues lo que te puedes permitir. Disponía de diez mil libras, la cantidad de dinero que había ahorrado durante la última década, que pretendía utilizar como entrada de un piso en Bow, donde Beth, él y el bebé vivirían una vez estuvieran casados. Pero se gastó hasta el último penique mucho antes de que el caso llegara a los tribunales. El abogado que había elegido, el señor Makepeace, había exigido cinco mil libras por anticipado, incluso antes de sacar el capuchón de la pluma, y después cinco mil más, una vez le entregó su expediente a Alex Redmayne, el abogado que le representaría en el juicio. Danny no entendía por qué necesitaba dos abogados para hacer el mismo trabajo. Cuando reparaba un coche, no pedía a Bernie que levantara el capó antes de echar un vistazo al motor, y ni se le habría ocurrido pedir un adelanto antes de coger su estuche de herramientas.

Pero a Danny le cayó bien Alex Redmayne desde el día que le conoció, y no solo porque era seguidor del West Ham. Tenía un hablar pijo y había ido a la Universidad de Oxford, pero jamás se había dirigido a él en tono condescendiente.

En cuanto el señor Makepeace leyó los cargos que le imputaban y escuchó lo que Danny tenía que contar, aconsejó a su cliente que se declarara culpable de homicidio. Confiaba en llegar a un acuerdo con la Corona, lo cual permitiría a Danny salirse con una sentencia de seis años. Danny rechazó la oferta.

Alex Redmayne pidió a Danny y a su prometida que repasaran una y otra vez lo sucedido aquella noche, mientras buscaba contradicciones en la historia de su cliente. No encontró ninguna, y cuando el dinero se agotó accedió de todos modos a encargarse de su defensa.

—Señor Craig —empezó Alex Redmayne, sin tirar de las solapas ni tocarse la peluca—, estoy seguro de que es innecesario que le recuerde que sigue bajo juramento, además de las responsabilidades añadidas que ello supone para un abogado.

—Proceda con cautela, señor Redmayne —interrumpió el juez—. Recuerde que se está juzgando a su cliente, no al testigo.

—Ya veremos si opina igual, señoría, cuando llegue el momento de la recapitulación.

—Señor Redmayne —dijo el juez con brusquedad—, no es responsabilidad suya

recordarme mi función en esta sala. Su trabajo es interrogar al testigo, el mío ocuparme de las cuestiones de derecho que se susciten, y después ambos dejaremos que el jurado llegue a un veredicto.

—Como desee su señoría —admitió Redmayne, y se volvió hacia el testigo—. Señor Craig, ¿a qué hora llegaron usted y sus amigos al Dunlop Arms aquella noche?

—No recuerdo la hora exacta —contestó Craig.

—Entonces, déjeme refrescarle la memoria. ¿Eran las siete? ¿Las siete y media? ¿Las ocho?

—Cerca de las ocho, supongo.

—De modo que ya llevaban unas tres horas bebiendo cuando mi cliente, su prometida y su mejor amigo entraron en el bar.

—Como ya he dicho al tribunal, no les vi llegar.

—Así es —dijo Redmayne, imitando a Pearson—. ¿Y cuántas copas habían consumido, digamos, a las once?

—No tengo ni idea. Gerald cumplía aquel día treinta años, así que nadie las contaba.

—Bien, como hemos establecido que había estado bebiendo durante más de tres horas, ¿supongamos media docena de botellas de vino? ¿O tal vez siete, incluso ocho?

—Cinco como máximo —replicó Craig—, algo que no podría calificarse de exagerado para cuatro personas.

—En circunstancias normales estaría de acuerdo con usted, señor Craig, de no ser porque uno de sus acompañantes afirmó en su declaración escrita que solo bebió Coca-Cola Light, mientras otro solo tomó una o dos copas de vino porque conducía.

—Pero yo no tenía que conducir —dijo Craig—. Voy a menudo al Dunlop Arms; además, vivo a solo cien metros de distancia.

—¿Solo a cien metros de distancia? —repitió Redmayne. Como Craig no contestó, continuó—: Dijo al tribunal que no advirtió que hubiera otros clientes en el bar hasta que oyó voces estentóreas.

—Exacto.

—Cuando afirma que oyó decir al acusado: «¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?».

—Eso también es exacto.

—Pero ¿no es verdad, señor Craig, que fue usted quien inició toda la discusión cuando lanzó otro comentario inolvidable a mi cliente en el momento de marcharse? —Consultó sus notas—. «Cuando hayáis acabado con ella, a mis amigos y a mí nos queda bastante para una cama redonda». —Redmayne esperó a que Craig replicara, pero guardó silencio de nuevo—. Dado que no responde, ¿puedo suponer que estoy en lo cierto?

—No puede suponer nada por el estilo, señor Redmayne. No he considerado que su pregunta fuera merecedora de una respuesta —replicó Craig con desdén.

—Espero, señor Craig, que considere mi siguiente pregunta merecedora de una respuesta, porque afirmo que cuando el señor Wilson le dijo que estaban «hasta las cejas», fue usted quien replicó: «¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?».

—Creo que ese tipo de lenguaje es más propio de su cliente —respondió Craig.

—¿O de un hombre que había bebido demasiado y estaba alardeando ante sus amigos en presencia de una mujer hermosa?

—Debo recordarle una vez más, señor Redmayne —intervino el juez—, que es a su cliente a quien se está juzgando en este caso, no al señor Craig. Redmayne inclinó un momento la cabeza, pero cuando alzó los ojos, observó que el jurado estaba pendiente de sus palabras.

—Afirmo, señor Craig —continuó—, que salió por la puerta de delante y dio la vuelta corriendo hacia la puerta de atrás porque quería pelea.

—Solo fui al callejón después de oír el grito.

—¿Fue entonces cuando cogió un cuchillo del extremo de la barra?

—Yo no hice tal cosa —dijo Craig con brusquedad—. Su cliente se apoderó del cuchillo cuando salía, como ya dejé claro en mi declaración.

—¿La declaración que redactó con tanta destreza cuando no pudo dormir aquella noche? —preguntó Redmayne. Una vez más, Craig no contestó.

—¿Tal vez es otro ejemplo de algo que no merece su consideración? —planteó Redmayne—. ¿Alguno de sus amigos le siguió hasta el callejón?

—No.

—Eso significa que no presenciaron su pelea con el señor Cartwright, ¿verdad?

—¿Cómo iban a presenciarla, si yo no peleé con Cartwright?

—¿Formó parte del equipo de boxeo cuando estaba en Cambridge, señor Craig? Craig vaciló.

—Sí.

—Y mientras estaba en Cambridge, ¿fue expulsado temporalmente por...?

—¿Es esto relevante? —preguntó el juez Sackville.

—Será un placer dejar esa decisión al jurado, señoría —dijo Redmayne. Se volvió hacia Craig y continuó—: ¿Fue expulsado temporalmente de Cambridge después de participar en una pelea de borrachos con algunos vecinos de la localidad, a quienes después describió a los magistrados como «pandilla de gamberros»?

—Eso fue hace años, cuando aún no me había licenciado.

—Y la noche del 18 de septiembre de 1999, ¿también se enzarzó en una pelea con una «pandilla de gamberros», y decidió utilizar el cuchillo que había cogido del bar?

—Como ya le he dicho, no fui yo quien cogió el cuchillo, pero vi que su cliente apuñalaba en el pecho al señor Wilson.

—¿Y después regresó al bar?

—Sí, tras llamar al servicio de urgencias.

—Intentemos ser un poco más precisos, señor Craig. Usted no llamó al servicio de urgencias. En realidad, telefoneó al oficial de policía Fuller a su móvil.

—Exacto, Redmayne, pero parece olvidar que estaba denunciando un crimen, y estaba seguro de que Fuller alertaría a los servicios de urgencias. De hecho, si se acuerda, la ambulancia llegó antes que el oficial.

—Unos minutos antes —subrayó Redmayne—. Sin embargo, siento curiosidad por saber por qué se hallaba en posesión, tan convenientemente, del número de móvil de un agente de policía.

—Ambos habíamos colaborado hacía poco en un importante juicio de drogas que exigió numerosas consultas, a veces con escasa antelación.

—De modo que el oficial Fuller es amigo suyo.

—Apenas le conozco —dijo Craig—. Nuestra relación es estrictamente profesional.

—Deduzco, señor Craig, que usted le conocía lo bastante bien para telefonarle y asegurarse de que antes se enteraba de su versión de los hechos.

—Por suerte, hay otros cuatro testigos que corroboran mi versión de los hechos.

—Y yo ardo en deseos de interrogar a cada uno de sus amigos íntimos, señor Craig, pues siento curiosidad por descubrir por qué, después de que regresara al bar, les aconsejó que volvieran a casa.

—No habían visto cómo su cliente apuñalaba al señor Wilson, de modo que no estaban implicados en ningún sentido —argumentó Craig—. También pensé que podían correr peligro si se quedaban.

—Pero si alguien estaba en peligro, señor Craig, habría sido el único testigo del asesinato del señor Wilson, de modo que ¿por qué no se fue con sus amigos? Craig guardó silencio de nuevo, aunque esta vez no porque considerara la pregunta indigna de ser contestada.

—Tal vez el verdadero motivo de que les pidiera que se marcharan —dijo Redmayne— fue porque necesitaba que desaparecieran para poder ir corriendo a casa y cambiarse la ropa manchada de sangre antes de que llegara la policía. Al fin y al cabo, solo vive, como ha admitido, a «cien metros de distancia».

—Parece olvidar, señor Redmayne, que el oficial Fuller llegó pocos minutos después de que el crimen se hubiera cometido —replicó Craig malhumorado.

—Llegó al lugar de los hechos siete minutos después de que usted le telefonara, y dedicó mucho tiempo a interrogar a mi cliente antes de entrar en el bar.

—¿Cree que correría un riesgo semejante, cuando sabía que la policía aparecería de un momento a otro? —soltó Craig.

—Sí —replicó Redmayne—, si se arriesgaba a pasar el resto de su vida en la cárcel.

Un murmullo de voces se elevó en la sala. Los ojos de los miembros del jurado estaban clavados en Spencer Craig, quien una vez más no contestó a las palabras de Redmayne. Este esperó unos momentos antes de volver a hablar.

—Señor Craig, repito que ardo en deseos de interrogar a sus amigos uno a uno. —Se volvió hacia el juez—. No hay más preguntas, señoría.

—¿Señor Pearson? —dijo el juez—. Sin duda deseará volver a interrogar a este testigo.

—Sí, señoría —contestó Pearson—. Hay una pregunta que deseo formularle. —Sonrió al testigo—. Señor Craig, ¿es usted Superman? Craig se quedó perplejo, pero contestó, consciente de que Pearson deseaba ayudarlo.

—No, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque solo Superman, después de haber presenciado un asesinato, podría regresar al bar, informar a sus amigos, huir a casa, tomar una ducha, cambiarse de ropa, regresar al *pub* y estar sentado en la barra cuando el oficial Fuller apareció. —Algunos miembros del jurado intentaron disimular una sonrisa—. O tal vez había cerca una cabina telefónica. —Las sonrisas se transformaron en carcajadas. Pearson esperó a que se calmaran—. Permítame, señor Craig, prescindir de las fantasías del señor Redmayne y hacerle una pregunta seria. —Le llegó el turno a Pearson de esperar a que todos los ojos se concentraran en él—. Cuando los expertos forenses de Scotland Yard examinaron el arma homicida, ¿fueron sus huellas dactilares las que encontraron en el mango del cuchillo, o las del acusado?

—Las mías no, desde luego —dijo Craig—, de lo contrario sería yo quien estaría sentado en el banquillo de los acusados.

—No hay más preguntas, señoría —concluyó Pearson.

La puerta de la celda se abrió y un guardia entregó a Danny una bandeja de plástico con varios compartimientos pequeños llenos de comida de plástico, que fue picoteando mientras esperaba a que empezara la sesión de tarde.

Alex Redmayne se saltó la comida para poder repasar sus notas. ¿Había subestimado la cantidad de tiempo de que había dispuesto Craig antes de que el oficial Fuller entrara en el bar?

El juez Sackville comió con una docena de jueces, que no se quitaron la peluca ni hablaron de sus casos, mientras daban cuenta de un menú compuesto por carne y verduras.

El señor Pearson comió solo en la cantina, situada en el último piso. Opinaba que su distinguido colega había cometido un grave error cuando interrogó a Craig acerca de la sincronización, pero no era tarea suya señalarlo. Empujó un guisante de un lado a otro del plato mientras meditaba sobre las repercusiones de ello.

En cuanto dieron las dos, se reanudó el ritual. El juez Sackville entró en la sala y dedicó al jurado una fugaz sonrisa antes de ocupar su sitio. Miró a ambos letrados.

—Buenas tardes, caballeros —saludó—. Señor Pearson, puede llamar a su siguiente testigo.

—Gracias, señoría —dijo Pearson, y se levantó de su asiento—. Llamo al señor Gerald Payne.

Danny vio entrar en la sala a un hombre que al principio no reconoció. Debía de medir alrededor de metro setenta y dos, estaba prematuramente calvo, y su traje beige a medida no lograba disimular que había adelgazado unos seis kilos desde la última vez que Danny lo había visto. El ujier le guió hasta el estrado, le entregó un ejemplar de la Biblia y prestó el juramento. Aunque Payne leyó la tarjeta, exhibió la misma confianza en sí mismo que Spencer Craig había mostrado por la mañana.

—¿Es usted Gerald Payne, y reside en el sesenta y dos de Wellington Mews, Londres W2?

—Exacto —contestó Payne con voz firme.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy asesor de administración de fincas.

Redmayne escribió las palabras «agente inmobiliario» al lado del nombre de Payne.

—¿Para qué empresa trabaja? —preguntó Pearson.

—Soy socio de Baker, Tremlett y Smythe.

—Es usted muy joven para ser socio de una firma tan prestigiosa —observó Pearson en tono inocente.

—Soy el socio más joven en la historia de la firma —replicó Payne, en una frase que había ensayado a fondo.

Redmayne se dio cuenta de que alguien había preparado a Payne antes de que

subiera al estrado de los testigos. Sabía que, por motivos éticos, no podía ser Pearson, de modo que solo quedaba un candidato posible.

—Felicidades —dijo Pearson.

—Prosiga, señor Pearson —instó el juez.

—Le ruego me disculpe, señoría. Solo intentaba establecer la credibilidad de este testigo ante el jurado.

—Pues ya lo ha conseguido —replicó con brusquedad el juez Sackville—. Prosiga.

Con paciencia, Pearson guió a Payne a través de los acontecimientos de la noche en cuestión. Sí, confirmó, Craig, Mortimer y Davenport habían estado presentes en el Dunlop Arms aquella noche. No, no había salido al callejón cuando oyó el grito. Sí, se habían ido a casa siguiendo el consejo de Spencer Craig. No, no había visto al acusado en toda su vida.

—Gracias, señor Payne —concluyó Pearson—. No se mueva, por favor.

Redmayne se levantó lentamente de su asiento, y se demoró ordenando unos papeles antes de formular la primera pregunta, un truco que su padre le había enseñado cuando habían llevado a cabo simulacros de juicios. «Si decides empezar con una pregunta sorpresa, hijo mío —decía con frecuencia su padre—, deja que el testigo se impacienta». Esperó hasta que el juez, el jurado y Pearson le miraron. Tan solo fueron unos segundos, pero sabía que sería como una vida entera para quien estuviera en el estrado.

—Señor Payne —dijo Redmayne por fin, y miró al testigo—, cuando estudiaba en Cambridge, ¿era miembro de una sociedad conocida como los Mosqueteros?

—Sí —contestó Payne, con expresión perpleja.

—¿Y el lema de la sociedad era «uno para todos y todos para uno»? Pearson se puso en pie incluso antes de que Payne pudiera contestar.

—Señoría, no entiendo por qué haber pertenecido a una sociedad universitaria puede estar relacionado con los acontecimientos del 18 de septiembre del año pasado.

—Me inclino a darle la razón, señor Pearson —contestó el juez—, pero sin duda el letrado Redmayne nos va a iluminar al respecto.

—En efecto, señoría —replicó Redmayne, sin dejar de mirar ni un solo momento a Payne—. ¿El lema de los Mosqueteros era «uno para todos y todos para uno»? —repitió.

—Sí —contestó Payne, en tono algo tenso.

—¿Qué más tenían en común los miembros de esa sociedad? —preguntó Redmayne.

—La afición por Dumas, la justicia y una buena botella de vino.

—¿O quizá varias buenas botellas de vino? —insinuó Redmayne, al tiempo que extraía un cuadernillo de color azul claro de la pila de papeles que tenía delante. Empezó a pasar las páginas poco a poco—. ¿Una de las normas de la sociedad era que, si un miembro se encontraba en peligro, los demás tenían el deber de acudir en

su ayuda?

—Sí —contestó Payne—. Siempre he considerado que la lealtad es el valor por el que hay que juzgar a cualquier hombre.

—¿De veras? —preguntó Redmayne—. ¿No sería por casualidad el señor Spencer Craig miembro de los Mosqueteros?

—Lo era —admitió Payne—. De hecho, fue presidente en su momento.

—¿Y usted y los demás miembros acudieron en su ayuda la noche del 18 de septiembre del año pasado?

—Señoría —dijo Pearson, al tiempo que se ponía en pie de un brinco—, esto es intolerable.

—Lo que es intolerable, señoría —replicó Redmayne—, es que cada vez que uno de los testigos del señor Pearson parece necesitar ayuda, él se apresure a brindársela. ¿No será también miembro de los Mosqueteros?

Varios miembros del jurado sonrieron.

—Señor Redmayne —recriminó el juez sin levantar la voz—, ¿está insinuando que el testigo está cometiendo perjurio solo porque fue miembro de una sociedad cuando iba a la universidad?

—Si la alternativa fuera la cadena perpetua para su amigo más íntimo, sí, señoría, creo que tal vez pueda habersele pasado por la cabeza.

—Esto es intolerable —repitió Pearson, todavía en pie.

—No tan intolerable como enviar a un hombre a la cárcel el resto de su vida por un asesinato que no cometió —dijo Redmayne.

—No cabe duda, señoría —ironizó Pearson—, de que estamos a punto de descubrir que el camarero también era miembro de los Mosqueteros.

—No —contestó Redmayne—, pero sostendremos que el camarero fue la única persona que se hallaba en el Dunlop Arms aquella noche que no salió a la callejuela.

—Creo que ya ha dejado claras sus intenciones —dijo el juez—. Tal vez sea el momento de que proceda a formular la siguiente pregunta.

—No hay más preguntas, señoría —concluyó Redmayne.

—¿Desea volver a interrogar a este testigo, señor Pearson?

—Sí, señoría —dijo Pearson—. Señor Payne, ¿puede confirmar, para esclarecer cualquier duda del jurado, que usted no siguió al señor Craig al callejón después de oír el grito de la mujer?

—Sí —dijo Payne—. No estaba en condiciones de hacerlo.

—Así es. No hay más preguntas, señoría.

—Puede abandonar la sala, señor Payne —dijo el juez.

Alex Redmayne observó que Payne salía del tribunal no tan seguro de sí mismo como cuando había entrado dándose aires.

—¿Desea llamar a su siguiente testigo, señor Pearson? —preguntó el juez.

—Tenía la intención de llamar al señor Davenport, señoría, pero tal vez considere usted oportuno proseguir el interrogatorio mañana por la mañana.

El juez no reparó en que casi todas las mujeres de la sala parecían desear que llamara a Lawrence Davenport sin más dilación. Consultó su reloj, vacilante.

—Tal vez sería mejor que llamáramos al señor Davenport mañana por la mañana a primera hora —dijo por fin.

—Como desee su señoría —acató Pearson, complacido con el efecto que la aparición de su siguiente testigo había obrado ya en las cinco mujeres del jurado. Solo confiaba en que el joven Redmayne fuera lo bastante imprudente para atacar a Davenport como había hecho con Gerald Payne.

A la mañana siguiente, murmullos de expectación recorrían la sala del tribunal incluso antes de que Lawrence Davenport hiciera su entrada. Cuando el ujier le llamó a declarar, lo hizo en voz queda.

Lawrence Davenport entró en la sala al instante, y siguió al ujier hasta el estrado de los testigos. Mediría un metro ochenta de estatura, pero como era tan delgado parecía más alto. Vestía un traje a medida azul marino y una camisa color crema, que daba la impresión de haber sido estrenada aquella mañana. Había dedicado un tiempo considerable a decidir si debía llevar corbata, y al final había aceptado el consejo de Spencer, que opinaba que causaría mala impresión si aparecía en el tribunal vestido de manera informal.

»Tienen que pensar que eres médico, no actor, había dicho Spencer. Davenport había elegido una corbata a rayas que jamás había creído que utilizaría, a menos que estuviera delante de una cámara. Pero no fue su ropa lo que impulsó a las mujeres a volver la cabeza. Fueron sus penetrantes ojos azules, el espeso pelo rubio ondulado y la mirada de indefensión, que a tantas despertaba sus instintos maternos. Bien, a las mayores. Las jóvenes albergaban otras fantasías.

Lawrence Davenport había labrado su fama interpretando a un cirujano de cardiología en *La receta*. Todos los sábados por la noche, durante una hora, seducía a un público de más de nueve millones de espectadores. A sus admiradores no parecía importarles que dedicara más tiempo a flirtear con las enfermeras que a practicar complicados bypass.

Después de que Davenport subiera al estrado, el ujier le entregó una Biblia y levantó la tarjeta con la frase. Mientras Davenport prestaba juramento, convirtió la sala del tribunal número cuatro en su teatro particular. Alex Redmayne no dejó de observar que las cinco mujeres del jurado estaban sonriendo al testigo. Davenport les devolvió la sonrisa, como si estuviera saludando después de terminar la obra.

El señor Pearson se levantó despacio de su asiento. Su intención era prolongar lo máximo posible la comparecencia de Davenport, para que cautivara a su público de doce personas.

Alex Redmayne se reclinó en su asiento mientras esperaba a que se alzara el telón, y recordó otro consejo que su padre le había dado.

Danny se sentía más solo que nunca en el banquillo, mientras miraba al hombre que recordaba con tanta claridad haber visto en el bar aquella noche.

—¿Es usted Lawrence Andrew Davenport? —preguntó Pearson, y sonrió al testigo.

—Sí, señor.

Pearson se volvió hacia el juez.

—Me pregunto, señoría, si me permitiría evitar preguntar al señor Davenport la dirección de su domicilio. —Hizo una pausa—. Por motivos obvios.

—Ningún problema —contestó el juez Sackville—, pero necesitaré que el testigo confirme que ha residido en la misma dirección durante los últimos cinco años.

—Ese es el caso, señoría —dijo Davenport, al tiempo que devolvía su atención al director e inclinaba un poco la cabeza.

—¿Puede también confirmar que se encontraba en el Dunlop Arms la noche del 18 de septiembre de 1999? —preguntó Pearson.

—Sí —contestó Davenport—. Me reuní con unos amigos para celebrar que Gerald Payne cumplía treinta años. Fuimos juntos a Cambridge —añadió, en el tono lánguido que había empleado por última vez cuando fue de gira interpretando a Heathcliff^[2].

—¿Vio al acusado aquella noche —preguntó Pearson, al tiempo que señalaba hacia el banquillo—, el hombre sentado al otro lado de la sala?

—No, señor. No me fijé en él en aquel momento —contestó Davenport, mirando al jurado como si fuera el público de una matinal.

—Más avanzada la noche, ¿su amigo Spencer Craig se levantó de un salto y salió corriendo por la puerta trasera del local?

—Sí.

—¿Fue después de que se oyera un grito de mujer?

—Exacto, señor.

Pearson vaciló, casi esperando que Redmayne se levantara y protestara por una pregunta tan capciosa, pero permaneció imperturbable. Pearson continuó, envalentonado.

—¿Y el señor Craig volvió al bar momentos después?

—Sí —contestó Davenport.

—¿Y les aconsejó a usted y a sus otros dos acompañantes que se fueran a casa? —preguntó Pearson, sin dejar de facilitar las respuestas al testigo, pero Alex Redmayne no movió ni un músculo.

—Exacto —dijo Davenport.

—¿El señor Craig les explicó por qué creía que debían abandonar el local?

—Sí. Nos dijo que había dos hombres peleando en el callejón, y que uno de ellos iba armado con un cuchillo.

—¿Cuál fue su reacción cuando el señor Craig dijo eso?

Davenport vaciló, sin saber muy bien cómo contestar a la pregunta, pues no la habían ensayado.

—¿Tal vez pensó que debía salir a ver si la joven corría peligro? —le animó Pearson desde bastidores.

—Sí, sí —contestó Davenport, quien estaba empezando a pensar que la función no le salía tan bien si no le daban la entrada.

—Pero pese a ello, ¿siguió el consejo del señor Craig y abandonó el local? —preguntó Pearson.

—Sí, sí, exacto —dijo Davenport—. Seguí el consejo de Spencer, porque es... —

hizo una pausa para conseguir mayor efecto— versado en leyes. Creo que es la expresión correcta.

Conoce su papel a la perfección, pensó Alex, consciente de que Davenport se hallaba de nuevo a salvo en el guión preparado previamente.

—¿No entró en ningún momento en el callejón?

—No, señor, sobre todo después de que Spencer nos aconsejara que, bajo ninguna circunstancia, debíamos acercarnos al hombre del cuchillo. Alex no se movió.

—Así es —dijo Pearson, al tiempo que volvía la página de su expediente y veía una hoja de papel en blanco. Había llegado al final de sus preguntas mucho antes de lo que había sospechado. No entendía por qué su contrincante no había intentado interrumpirle cuando había guiado de forma tan descarada a su testigo. Cerró el expediente a regañadientes—. Continúe en el estrado de los testigos, señor Davenport —dijo—, pues estoy seguro de que mi distinguido colega deseará interrogarle.

Alex Redmayne ni siquiera miró en dirección a Lawrence Davenport, mientras el actor se pasaba la mano por el largo pelo rubio y sonreía al jurado.

—¿Desea interrogar a este testigo, señor Redmayne? —preguntó el juez, en un tono que evidenciaba su deseo de presenciar el enfrentamiento.

—No, gracias, señoría —contestó Redmayne, sin apenas levantarse del asiento. Pocos de los presentes fueron capaces de disimular su decepción.

Alex siguió impertérrito; recordaba el consejo de su padre de no interrogar jamás a un testigo que cae bien al jurado, sobre todo si este desea creer todo cuanto diga. Sácale del estrado de los testigos lo antes posible, con la esperanza de que, cuando el jurado se reúna a decidir el veredicto, el recuerdo de su actuación (y menuda interpretación había sido) se haya desvanecido.

—Puede abandonar el estrado de los testigos, señor Davenport —dijo el juez Sackville de mala gana.

Davenport bajó. Procedió con parsimonia, con la intención de atravesar la sala y salir de entre bastidores con la mayor elegancia posible. En cuanto se encontró en el atestado pasillo, se encaminó hacia la escalera que descendía a la planta baja, a un paso que no permitiría que algún admirador estupefacto se diera cuenta de que era en realidad el doctor Beresford y le pidiera un autógrafo.

Davenport se alegró de abandonar el edificio. No le había gustado la experiencia, y estaba contento de que hubiera concluido mucho antes de lo que había esperado; había sido más como una prueba que como una representación. No se había relajado ni un momento, y se preguntó si se habrían dado cuenta de que no había pegado ojo en toda la noche. Mientras Davenport bajaba la escalinata hacia la calle, consultó su reloj. Era temprano para su cita de las doce con Spencer Craig. Dobló a la derecha y empezó a caminar en dirección a Inner Temple, convencido de que Spencer se alegraría de saber que Redmayne no se había molestado en interrogarle. Había temido que el joven letrado le preguntara acerca de sus preferencias sexuales, las cuales, de haber dicho la verdad, habrían ocupado todos los titulares de los tabloides del día

siguiente... si hubiera dicho toda la verdad, por supuesto.

Moby Mortimer fingió que no veía a Lawrence Davenport cuando este le adelantó. Spencer Craig les había advertido de que no debían verse en público hasta que el juicio hubiera terminado. Telefonó a los tres en cuanto llegó a casa aquella noche, para decirles que el oficial Fuller se pondría en contacto con ellos al día siguiente para aclarar algunos puntos. Lo que había empezado como una celebración del cumpleaños de Gerald había terminado en una pesadilla para los cuatro.

Mortimer inclinó la cabeza cuando Davenport pasó a su lado. Llevaba meses atemorizado por su comparecencia como testigo, pese a que Spencer le había asegurado una y otra vez que, aunque Redmayne descubriera su problema con las drogas, en ningún caso debía hablar de ello.

Los Mosqueteros habían permanecido leales, pero todos ellos sabían que su relación no volvería a ser la misma. Lo sucedido aquella noche solo consiguió que la ansiedad de Mortimer aumentara. Antes de la celebración de cumpleaños, era conocido entre los traficantes como un yonqui de fin de semana, pero a medida que se acercaba el juicio, había llegado a necesitar dos chutes al día... cada día.

—Ni se te ocurra chutarte antes de comparecer en el estrado —le había advertido Spencer.

Pero ¿cómo podía comprender Spencer lo mucho que sufría, cuando él jamás había experimentado el mono? Unas horas de dicha hasta que el subidón empezaba a desvanecerse, seguidas de sudores, temblores y, por fin, el ritual de preparación, con el fin de partir una vez más de este mundo: clavar la aguja en una vena no utilizada, el gran salto cuando el líquido se introducía en el torrente sanguíneo, el rápido contacto con el cerebro, la ansiada liberación... hasta que el ciclo volvía a empezar. Mortimer ya estaba sudando.

¿Cuánto tiempo faltaría para que empezaran los temblores? Si era el siguiente en ser llamado, una descarga de adrenalina recorrería su cuerpo.

La puerta de la sala se abrió y el ujier reapareció. Mortimer se puso en pie de un brinco, impaciente. Hundió las uñas en las palmas de sus manos, decidido a no quedar mal.

—¡Reginald Jackson! —bramó el ujier, sin hacer caso del hombre alto y delgado que se había puesto en pie en cuanto salió.

El encargado del Dunlop Arms siguió al ujier al interior de la sala. Otro hombre con el que Mortimer no hablaba desde hacía seis meses.

—Déjame a mí —había dicho Spencer, pero la verdad era que, incluso en Cambridge, Spencer siempre se había ocupado de los pequeños problemas de Mortimer.

Mortimer se dejó caer de nuevo en el banco y aferró el borde del asiento; intuía que se avecinaban los temblores. No estaba seguro de cuánto tiempo aguantaría. La

necesidad de alimentar su adicción se estaba imponiendo a marchas forzadas a su miedo a Spencer Craig. Cuando el camarero salió de la sala, la camisa, los pantalones y los calcetines de Mortimer estaban empapados en sudor, pese a que la mañana de marzo era fría. Serénate, casi oyó decir a Spencer, aunque se encontraba a un kilómetro y medio de distancia, sentado en su casa, tal vez charlando con Lawrence acerca de lo bien que había ido el juicio hasta el momento. Le estarían esperando. La última pieza del rompecabezas.

Mortimer se levantó y empezó a andar arriba y abajo del pasillo, mientras esperaba a que el ujier reapareciera. Consultó su reloj, rezó para que quedara tiempo, antes de la hora de comer, para llamar a otro testigo. Sonrió esperanzado cuando el ujier salió de nuevo al pasillo.

—¡Oficial de policía Fuller! —llamó. Mortimer se desplomó en el banco.

Empezaba a temblar de una forma incontrolable. Necesitaba un chute como un bebé necesita la leche del pecho materno. Se puso en pie y se dirigió con paso inseguro hacia los servicios. Se alegró de encontrar vacío el cuarto de baño embaldosado. Eligió el cubículo más alejado y se encerró. Los huecos que había por debajo y por encima de la puerta le ponían nervioso. Algún agente de la autoridad podía descubrir con facilidad que estaba quebrantando la ley, nada menos que en el Tribunal Penal Central. Pero su ansia había llegado a un punto en el que la necesidad se imponía al sentido común, fuera cual fuese el peligro.

Mortimer se desabrochó la chaqueta y extrajo una bolsita de lona del bolsillo interior: el equipo. La desdobló y la dejó sobre la tapa del inodoro. Parte de la emoción residía en los preparativos. Cogió una pequeña ampolla de un miligramo de líquido, por valor de doscientas cincuenta libras. Era un material transparente y de calidad superior. Se preguntó cuánto tiempo podría seguir permitiéndose una sustancia tan cara, antes de que la humilde herencia de su padre se agotara por fin. Introdujo la aguja en la ampolla y tiró del émbolo hasta que el tubito de plástico se llenó. No se tomó la molestia de comprobar que no hubiera aire en la aguja, porque no podía permitirse el lujo de desperdiciar ni una sola gota.

Con la frente cubierta de sudor, hizo una pausa cuando oyó que se abría la puerta de los lavabos. No se movió, a la espera de que el desconocido llevara a cabo el ritual para el que estaban destinados los lavabos.

En cuanto oyó que la puerta se cerraba de nuevo, se quitó su corbata anticuada, se subió la pernera del pantalón y empezó a buscar una vena, una tarea más difícil cada día que pasaba. Enrolló la corbata alrededor de la pierna izquierda y la apretó con todas sus fuerzas, hasta que al final sobresalió una vena azul. Asió la corbata con una mano y la aguja en la otra. Después, clavó la aguja en la vena, y bajó poco a poco el émbolo, hasta que la última gota de líquido penetró en su torrente sanguíneo. Exhaló un profundo suspiro de alivio cuando flotó hacia otro mundo, un mundo en el que no habitaba Spencer Craig.

—No quiero hablar más del asunto —había dicho el padre de Beth por la mañana, mientras se sentaba a la mesa y su esposa dejaba delante de él un plato de huevos con beicon. El mismo desayuno que le había preparado cada mañana desde el día que se casaron.

—Pero, papá, no puedes creer en serio que Danny mató a Bernie. Era su mejor amigo desde que se conocieron en Clem Attlee.

—He visto a Danny perder los estribos.

—¿Cuándo? —preguntó Beth.

—En el cuadrilátero, contra Bernie.

—Por eso Bernie siempre le vencía.

—Tal vez Danny ganó esta vez porque llevaba un cuchillo en la mano. —Beth se quedó tan estupefacta por la acusación de su padre que no contestó—. ¿Ya has olvidado lo que sucedió en el patio de recreo hace años?

—No —dijo Beth—. Pero Danny acudió en ayuda de Bernie en aquella ocasión.

—Cuando el director apareció y descubrió un cuchillo en su mano.

—¿Has olvidado que Bernie confirmó la historia de Danny cuando después le interrogó la policía? —dijo la madre de Beth.

—Cuando, una vez más, encontraron un cuchillo en la mano de Danny. Menuda coincidencia.

—Pero ya te he dicho cien veces...

—Que un completo desconocido mató a puñaladas a tu hermano.

—Sí —afirmó Beth.

—Y Danny no hizo nada que le provocara o le hiciera perder los nervios.

—No —confirmó Beth, que procuraba mantener la calma.

—Yo la creo —dijo la señora Wilson, mientras servía otro café a su hija.

—Como siempre.

—Con buenos motivos —replicó la señora Wilson—. Nunca he visto mentir a Beth.

El señor Wilson guardó silencio, mientras su desayuno se enfriaba.

—¿Aún esperas que crea que todos los demás mienten? —preguntó por fin.

—Sí —respondió Beth—. Pareces olvidar que yo estaba presente, y sé que Danny es inocente.

—Cuatro contra uno —dijo el señor Wilson.

—Papá, no estamos hablando de una carrera de galgos, sino de la vida de Danny.

—No, estamos hablando de la vida de mi hijo —prosiguió el señor Wilson, y su voz se elevó con cada palabra.

—También era mi hijo —dijo la madre de Beth—, por si lo has olvidado.

—¿También has olvidado que Danny era el hombre con quien querías que me casara, y al que pediste que se ocupara del taller cuando tú te jubilaras? —preguntó Beth—. ¿Por qué has dejado de creer en él tan de repente?

—Hay algo que no te he contado —dijo el padre de Beth. La señora Wilson

inclinó la cabeza—. Cuando Danny vino a verme aquella mañana, para decirme que iba a pedirte que te casaras con él, pensé que era justo informarle de que había cambiado de opinión.

—¿Cambiado de opinión sobre qué? —preguntó Beth.

—Sobre quién se ocuparía del taller cuando yo me jubilara.

—No hay más preguntas, señoría —dijo Alex Redmayne.
El juez dio las gracias al oficial de policía Fuller, y le dijo que podía abandonar la sala.

No había sido un buen día para Alex. Lawrence Davenport había fascinado al jurado con su encanto y apostura. El oficial Fuller había transmitido la impresión de ser un agente honrado y concienzudo; informó con precisión de lo sucedido aquella noche, y dio la única interpretación que él creía ajustada a los hechos; cuando Alex insistió sobre su relación con Craig, se limitó a repetir la palabra «profesional». Más tarde, cuando Pearson le preguntó cuánto tiempo había transcurrido desde que Craig llamara al 999 y la entrada de Fuller en el bar, el oficial respondió que no estaba seguro, pero que podrían ser unos quince minutos.

En cuanto al camarero, Reg Jackson, repitió como un loro que solo estaba haciendo su trabajo y no había visto ni oído nada.

Redmayne se convenció de que, si iba a encontrar algún resquicio en la armadura de los cuatro mosqueteros, su única esperanza residía en Toby Mortimer. Redmayne estaba enterado de su adicción, si bien no tenía la intención de airearla ante el tribunal. Sabía que Mortimer solo pensaría en ello mientras le interrogara. Redmayne opinaba que Mortimer era el único testigo de la Corona que podía derrumbarse si se le sometía a presión, por eso estaba contento de que le hubieran hecho esperar en el pasillo todo el día.

—Creo que nos queda tiempo suficiente para un testigo más —dijo el juez Sackville después de consultar su reloj.

El señor Pearson no parecía muy entusiasmado ante la perspectiva de llamar al último testigo de la Corona. Después de leer el detallado informe policial, se había planteado la posibilidad de no llamar a Toby Mortimer, pero sabía que, en ese caso, Redmayne sospecharía, y podría solicitar una orden de comparecencia. Pearson se levantó lentamente del asiento.

—Llamo al señor Toby Mortimer —dijo.

El ujier salió al pasillo y gritó: «¡Toby Mortimer!». Se quedó sorprendido al ver que el hombre no estaba sentado en su sitio. Antes, parecía ansioso por entrar. El ujier inspeccionó todos los bancos, pero no halló ni rastro de él. Le llamó por segunda vez, con voz todavía más fuerte, pero no hubo respuesta.

Una joven embarazada sentada en la primera fila levantó la vista, dudando si estaría autorizada a dirigirse al ujier. Los ojos del hombre se posaron en ella.

—¿Ha visto al señor Mortimer, señora? —preguntó en tono más suave.

—Sí —contestó la joven—, hace un rato fue al lavabo, pero no ha vuelto.

—Gracias, señora. —El ujier volvió a entrar en la sala. Se encaminó a toda prisa hacia el juez asesor, quien escuchó atentamente antes de informar al juez.

—Le concederemos unos minutos más —dijo el juez Sackville.

Redmayne no dejaba de consultar su reloj, más angustiado a cada minuto que pasaba. Ir al lavabo no exigía mucho rato, a menos que... Pearson se inclinó hacia delante y sonrió.

—Tal vez deberíamos dejar este testigo para primera hora de mañana por la mañana —propuso.

—No, gracias —replicó Redmayne con firmeza—. Esperaré con mucho gusto.

Repasó las preguntas de nuevo, y subrayó palabras importantes para no tener que mirar la chuleta cada dos por tres. Levantó la vista en cuanto el ujier entró a toda prisa en la sala.

El ujier atravesó la sala y susurró algo al juez asesor, que transmitió la información al juez. Este asintió.

—Señor Pearson —dijo. El fiscal se puso en pie—. Por lo visto, su último testigo ha caído enfermo, y va camino del hospital. —No añadió que lo hacía con una aguja sobresaliendo de una vena de la pierna izquierda—. Por tanto, me propongo levantar la sesión por hoy. Me gustaría ver a ambos letrados en mi despacho de inmediato.

No era necesario que Alex Redmayne llegara al despacho del juez para saber que le habían birlado su mejor carta de la baraja. Mientras cerraba el expediente marcado como «Testigos de la Corona», aceptó que el destino de Danny Cartwright se hallaba desde aquel momento en manos de su prometida, Beth Wilson. Y ni siquiera estaba seguro de que ella dijera la verdad.

La primera semana del juicio había terminado, y los cuatro principales protagonistas pasaron el fin de semana de formas muy diferentes.

Alex Redmayne fue en coche a Somerset para pasar un par de días con sus padres, en Bath. Su padre empezó a interrogarle sobre el juicio incluso antes de cerrar la puerta de la calle, mientras su madre parecía más interesada en su última novia.

—Hay ciertas esperanzas —contestó a ambos.

Cuando Alex volvió a Londres el domingo por la tarde, había ensayado, con su padre en el papel de juez, las preguntas que pretendía formular a Beth Wilson al día siguiente. No fue una tarea difícil para el anciano. Al fin y al cabo, era lo que había hecho durante los últimos veinte años, antes de jubilarse.

—Sackville me ha dicho que te defiendes bien —informó su padre—, pero cree que a veces corres riesgos innecesarios.

—Puede que sea la única forma de descubrir si Cartwigh es inocente.

—Ese no es tu trabajo —replicó su padre—. Debe decidirlo el jurado.

—Ya hablas como el juez Sackville —dijo Alex con una carcajada.

—Tu trabajo consiste —continuó su padre sin hacer caso del comentario— en presentar la mejor defensa posible de tu cliente, tanto si es culpable como si no.

No cabía duda de que su padre había olvidado que había dado este consejo a Alex por primera vez cuando tenía siete años, y lo había repetido hasta la saciedad desde entonces. Cuando Alex fue a estudiar a Oxford, estaba dispuesto a licenciarse en Derecho.

—¿Qué tipo de testigo crees que será Beth Wilson? —preguntó su padre.

—Un distinguido letrado me dijo en cierta ocasión —contestó Alex, al tiempo que tiraba de sus solapas con gesto pomposo— que jamás puedes saber cómo se comportará un testigo hasta que sube al estrado.

La madre de Alex estalló en carcajadas.

—Touché —dijo, mientras despejaba la mesa y entraba en la cocina con los platos.

—Y no subestimes a Pearson —dijo su padre, sin hacer caso de la interrupción de su madre—. Da lo mejor de sí cuando interroga a los testigos de la defensa.

—¿Es posible subestimar a Arnold Pearson? —preguntó Alex sonriendo.

—Oh, sí, yo lo padecí en carne propia en dos ocasiones.

—¿Así que dos inocentes fueron condenados por crímenes que no habían cometido? —preguntó Alex.

—Por supuesto que no —replicó su padre—. Ambos eran culpables como el demonio, pero de todos modos tendría que haberlos salvado. Recuerda: si Pearson descubre un punto débil en tu defensa, lo machacará una y otra vez, hasta asegurarse de que sea lo único que recuerde el jurado cuando se retire a deliberar.

—¿Puedo interrumpir al distinguido abogado y preguntar cómo está Susan? —

intervino su madre, mientras servía café a Alex.

—¿Susan? —preguntó Alex, de vuelta al mundo real.

—Aquella chica encantadora que trajiste para que la conociéramos hace un par de meses.

—¿Susan Rennick? No tengo ni idea. Temo que hemos perdido el contacto. Creo que la abogacía es incompatible con tener vida personal. Dios sabe cómo llegasteis a conoceros.

—Tu madre me dio de comer cada noche durante el juicio de Carbarshi. Si no me hubiera casado con ella, habría muerto de hambre.

—¿Así de fácil? —preguntó Alex a su madre, sonriendo.

—No tanto —contestó ella—. Al fin y al cabo, el juicio duro más de dos años... y perdió.

—No perdí —dijo su padre, y rodeó la cintura de su esposa con una mano—. Pero recuerda, hijo: Pearson no está casado, de modo que se pasará todo el fin de semana preparando preguntas diabólicas para Beth Wilson.

No le habían concedido libertad bajo fianza.

Danny había pasado los últimos seis meses encerrado en la prisión de máxima seguridad de Belmarsh, en el sudeste de Londres. Languidecía durante veintidós horas al día en una celda de dos y medio por dos, y los únicos muebles consistían en una cama individual, una mesa de formica, una silla de plástico, un pequeño lavamanos de acero y un váter de acero. Una diminuta ventana provista de barrotes, lejos de su alcance, era lo único que le proporcionaba un atisbo del mundo exterior. Cada tarde le permitían salir de la celda cuarenta y cinco minutos, durante los cuales corría alrededor del perímetro del patio desnudo, cuatro mil metros cuadrados de hormigón rodeado de un muro de cinco metros de altura, coronado de alambre de espino.

«Soy inocente», repetía siempre que alguien le preguntaba, a lo que los funcionarios de prisiones y sus compañeros de infortunio replicaban indefectiblemente: «Eso dicen todos».

Mientras Danny corría por el patio aquella mañana, intentó no pensar en cómo había ido la primera semana del juicio, pero no lo logró. Pese a examinar atentamente a cada miembro del jurado, no podía saber qué pensaban. Tal vez no había sido una primera semana muy buena, pero al menos Beth respaldaría su versión de la historia. ¿La creería el jurado, o aceptaría la versión de Craig de lo sucedido? El padre de Danny nunca dejaba de recordarle que la justicia británica era la mejor del mundo. Los hombres inocentes no acababan en la cárcel. Si eso era cierto, estaría libre dentro de una semana. Intentó no pensar en la alternativa.

Arnold Pearson había pasado el fin de semana en el campo, en su casa de los Cotswolds, con su jardín de dos hectáreas, que era su orgullo y su dicha. Después de cuidar de las rosas, intentó leer una novela que había recibido buenas críticas, pero acabó dejándola a un lado antes de decidir ir a dar un paseo. Mientras caminaba por el pueblo, quiso expulsar de su mente todo cuanto había sucedido en Londres aquella semana, aunque la verdad era que el caso seguía ocupando sus pensamientos.

Opinaba que la primera semana del juicio había ido bien, pese a que Redmayne había demostrado ser un contrincante más esforzado de lo que había esperado. Ciertas frases familiares, rasgos claramente hereditarios y un raro don de la oportunidad le recordaron al padre de Redmayne, quien en opinión de Arnold era el mejor abogado al que se había enfrentado.

Pero gracias a Dios, el chico aún estaba verde. Tendría que haber sacado mucho más provecho del factor tiempo cuando Craig declaró como testigo. Arnold habría contado los adoquines que separaban el Dunlop Arms de la puerta principal de casa de Craig, con un cronómetro en mano. Después, habría regresado a su casa, se habría desvestido, duchado y cambiado de ropa, mientras cronometraba el tiempo que empleaba en ello. Arnold sospechaba que la suma de esas acciones habría dado como resultado menos de veinte minutos, no más de treinta, desde luego.

Después de comprar algunos comestibles y un periódico local en la tienda del pueblo, Pearson regresó. Se detuvo en el prado comunal un momento, y sonrió cuando recordó que había sumado cincuenta y siete puntos contra Brocklehurst unos veinte años atrás... ¿o eran treinta? Todo lo que amaba de Inglaterra estaba encarnado en ese pueblo. Consultó su reloj y suspiró; ya era hora de volver a casa y preparar los deberes del día siguiente.

Después de tomar el té, fue a su estudio, se sentó a su escritorio y repasó las preguntas que había preparado para Beth Wilson. Gozaría de una ventaja: Redmayne la interrogaría antes de que él formulara su primera pregunta. Como un gato dispuesto a saltar, se sentaría en silencio en el extremo de su banco y esperaba con paciencia a que la joven cometiera un error, por insignificante que fuera. Los culpables siempre cometen equivocaciones.

Arnold sonrió y concentró su atención en la Bethnal Green and Bow Gazette, confiado en que Redmayne no habría descubierto el artículo que había aparecido en portada unos quince años atrás. Tal vez Arnold Pearson careciera de la elegancia y el estilo del juez Redmayne, pero lo compensaba con horas de paciente investigación, gracias a las cuales había desenterrado dos pruebas más que despejarían todas las dudas del jurado sobre la culpabilidad de Cartwright. Pero las guardaría para el acusado, a quien ardía en deseos de interrogar ya avanzada la semana.

El día que Alex estaba bromeando con sus padres mientras comían en Bath, Danny corría alrededor del patio de recreo de la prisión de Belmarsh y Arnold Pearson compraba en la tienda del pueblo, Beth Wilson tenía una cita con su médico de cabecera.

—Un examen de rutina —la tranquilizó el médico con una sonrisa. Pero después, la sonrisa se convirtió en un fruncimiento de ceño—. ¿Ha estado sometida a alguna presión desacostumbrada desde la última vez que la vi? —preguntó.

Beth no le abrumó contándole cómo había pasado la semana. Tampoco le servía de ayuda que su padre siguiera convencido de la culpabilidad de Danny —y ya no permitía que su nombre se pronunciara en su casa—, aunque su madre siempre había aceptado la versión de los acontecimientos de Beth. Pero ¿el jurado estaba compuesto de gente como su madre, o como su padre?

Durante los últimos seis meses, Beth había ido a ver a Danny a la prisión de Belmarsh todos los domingos por la tarde, pero ese domingo no. El señor Redmayne le había dicho que no se le permitirían tener más contactos con él hasta que el juicio hubiera terminado. Pero quería preguntarle muchas cosas, y necesitaba contarle otras.

El bebé nacería dentro de seis semanas, pero Danny quedaría en libertad mucho antes, y aquel terrible suplicio habría terminado. En cuanto el jurado alcanzara su veredicto, hasta su padre aceptaría que Danny era inocente.

El lunes por la mañana, el señor Wilson acompañó en coche a su hija al Old Bailey y la dejó ante la entrada principal. Solo pronunció tres palabras antes de que la joven bajara del coche:

—Di la verdad.

Se sintió asqueado cuando sus ojos se encontraron. Spencer Craig le miró desde su asiento entre el público. Danny le devolvió la mirada como si se encontrara en medio de un cuadrilátero, esperando a que sonara la campana del primer asalto.

Cuando Beth entró en la sala, era la primera vez que la veía desde hacía dos semanas. Le tranquilizó ver que daba la espalda a Craig cuando subió al estrado de los testigos. Beth dedicó a Danny una cálida sonrisa antes de prestar juramento.

—¿Se llama usted Elizabeth Wilson? —preguntó Alex Redmayne.

—Sí —contestó, y apoyó las manos sobre el estómago—, pero todo el mundo me llama Beth.

—¿Vive en el número veintisiete de Bacon Road, en Bow, en el este de Londres?

—Sí.

—Y Bernie Wilson, el fallecido, ¿era su hermano?

—Sí —dijo Beth.

—¿Es en la actualidad la ayudante personal del presidente de Drake's Marine Insurance Company, en la City de Londres?

—Sí.

—¿Cuándo nacerá el bebé? —preguntó Redmayne. Pearson frunció el ceño, pero sabía que no debía intervenir.

—Dentro de seis semanas —dijo Beth, al tiempo que bajaba la cabeza. El juez Sackville se inclinó hacia delante y sonrió a Beth.

—Le ruego que hable en voz alta, señorita Wilson. El jurado debe escuchar todas y cada una de sus palabras. —La joven alzó la cabeza y asintió—. Tal vez preferiría sentarse —añadió el juez—. Encontrarse en un lugar desconocido es un poco desconcertante a veces.

—Gracias —dijo Beth. Se hundió en la silla de madera del estrado, y casi desapareció de vista.

—Maldición —masculló Alex Redmayne.

El jurado apenas podía verle los hombros, y ya no podría recordarle continuamente que estaba embarazada de siete meses, una visión que quería grabada en la mente de las únicas doce personas que importaban. Tendría que haberse anticipado al galante juez Sackville y haber aconsejado a Beth que declinara la invitación de sentarse. Si se hubiera desmayado, la imagen no se habría borrado de la mente de los miembros del jurado.

—Señorita Wilson —continuó Redmayne—, haga el favor de explicar al tribunal cuál es su relación con el acusado.

—Danny y yo nos casaremos la semana que viene —contestó. Una exclamación ahogada recorrió la sala.

—¿La semana que viene? —preguntó Redmayne, intentando aparentar sorpresa.

—Sí, el padre Michael, nuestro párroco de St. Mary, leyó ayer las últimas

amonestaciones.

—Pero si su prometido fuera condenado...

—No pueden condenarte por un crimen que no has cometido —le interrumpió Beth.

Alex Redmayne sonrió. *Buen trabajo*, y hasta se había vuelto hacia el jurado.

—¿Desde cuándo conoce al acusado?

—Desde que tengo uso de razón —replicó Beth—. Su familia siempre ha vivido en la acera de enfrente de nuestra calle. Fuimos a la misma escuela.

—¿El colegio Clement Attlee? —preguntó Redmayne, mientras echaba un vistazo a su expediente abierto.

—Exacto —confirmó Beth.

—¿Eran novios ya en la infancia?

—Si lo éramos, Danny no se enteraba, porque apenas me dirigió la palabra mientras estuvimos en la escuela.

Danny sonrió por primera vez aquel día, cuando recordó a la niña con trenzas que siempre iba pegada a su hermano.

—Pero ¿intentó hablar con él?

—No, no me habría atrevido. Pero siempre me quedaba en la banda cuando jugaba a fútbol.

—¿Su hermano y Danny estaban en el mismo equipo?

—Durante todos los años de colegio —contestó Beth—. Danny era el capitán y mi hermano el portero.

—¿Danny siempre era el capitán?

—Oh, sí. Sus compañeros le llamaban Capitán Cartwright. Fue capitán de todos los equipos del colegio: fútbol, críquet, incluso boxeo. Alex observó que un par de miembros del jurado estaban sonriendo.

—¿Su hermano se llevaba bien con Danny?

—Danny era su mejor amigo —dijo Beth.

—¿Se peleaban con frecuencia, como mi distinguido colega ha insinuado? —preguntó Redmayne, y miró en dirección al fiscal.

—Solo por el West Ham, o por la última novia de Bernie.

Un miembro del jurado consiguió a duras penas reprimir una carcajada.

—Pero ¿su hermano no puso fuera de combate a Danny en el primer asalto del campeonato de boxeo del Bow Street Boy's Club del año pasado?

—Sí, pero Bernie siempre fue mejor boxeador, y Danny lo sabía. Danny me dijo que tendría suerte si llegaba al segundo asalto en caso de que se encontraran en la final.

—De modo que no existía animosidad entre ellos, tal como ha insinuado mi distinguido colega, el señor Pearson.

—¿Él qué va a saber? —preguntó Beth—. No conocía a ninguno de los dos.

Danny volvió a sonreír.

—Señorita Wilson —dijo el juez, en tono menos amable—, haga el favor de limitarse a responder a las preguntas.

—¿Cuál era la pregunta? —preguntó Beth, algo desconcertada. El juez echó un vistazo a su libreta.

—¿Existía animosidad entre su hermano y el acusado?

—No —respondió Beth—. Ya se lo he dicho, eran los mejores amigos del mundo.

—También ha dicho al tribunal, señorita Wilson —dijo Redmayne, con la intención de que la joven se ciñera al guión—, que Danny nunca le dirigió la palabra cuando iban al colegio. No obstante, acabaron prometidos.

—Exacto —dijo Beth, y miró a Danny.

—¿Cuál fue el motivo de ese cambio de opinión?

—Cuando Danny y mi hermano se marcharon de Clem Attlee, ambos fueron a trabajar al taller de mi padre. Yo seguí otro año en el colegio, antes de ir al instituto de enseñanza superior, y después a la Universidad de Exeter.

—¿Se licenció con matrícula de honor en Lengua Inglesa?

—Sí —contestó Beth.

—¿Cuál fue su primer trabajo después de terminar la universidad?

—Entré como secretaria en Drake's Marine Insurance Company, en la City.

—A tenor de sus cualificaciones, habría podido conseguir un empleo mucho mejor.

—Tal vez —admitió Beth—, pero la sede central de Drake's está en la City, y yo no quería estar muy lejos de casa.

—Comprendo. ¿Cuántos años lleva trabajando para esa empresa?

—Cinco —contestó Beth.

—Y durante ese tiempo, ha ascendido de secretaria a ayudante personal del presidente.

—Sí.

—¿Cuántas secretarías trabajan en Drake's Insurance? —preguntó Redmayne.

—No estoy segura del número exacto —contestó Beth—, pero puede que haya más de cien.

—Pero ¿fue usted quien consiguió el puesto más alto? —Beth no contestó—. Después de terminar la universidad y vivir de nuevo en Londres, ¿cuándo volvió a ver a Danny?

—Poco después de empezar a trabajar en la City —dijo Beth. Un sábado por la mañana, mi madre me pidió que llevara la fiambra a mi padre al taller. Danny estaba allí, con la cabeza debajo del capó de un coche. Al principio, pensé que no se había fijado en mí, porque solo podía ver mis piernas, pero después levantó la vista y se golpeó la cabeza contra el capó.

—¿Fue entonces cuando le pidió por primera vez una cita?

Pearson se puso en pie de un salto.

—Señoría, ¿es preciso apuntar línea por línea al testigo, como si estuviera en el

ensayo general de una obra de una compañía de aficionados?

No está mal, pensó Alex. Tal vez el juez le habría dado la razón, de no ser porque había oído a Pearson pronunciar la misma frase varias veces durante la última década. No obstante, se inclinó hacia delante para reprender al abogado.

—Señor Redmayne, en el futuro haga el favor de formular preguntas a la testigo, y no recurra a dar respuestas que solo esperan ser confirmadas por la señorita Wilson.

—Pido disculpas, señoría —dijo Redmayne—. Intentaré no disgustar a su señoría de nuevo.

El juez Sackville frunció el ceño, pues recordaba que el padre de Redmayne le había dicho lo mismo con idéntica falta de sinceridad.

—¿Cuándo volvió a ver al acusado? —preguntó Redmayne a Beth.

—Aquella misma noche. Me invitó a ir al Hammersmith Palais —contestó Beth—. Mi hermano y él iban al Palais todos los sábados por la noche. «Más titis por metro cuadrado que en un corral», solía decir Bernie.

—¿Se vieron con frecuencia después de la primera cita? —preguntó Redmayne.

—Casi cada día. —Beth hizo una pausa—. Hasta que le encerraron.

—Ahora volvamos a la noche del 18 de septiembre del año pasado —dijo Redmayne. Beth asintió—. Quiero que cuente al jurado con sus propias palabras qué sucedió exactamente aquella noche.

—Fue idea de Danny. —Beth miró al acusado y sonrió—. Quiso ir a cenar al West End porque era una ocasión especial.

—¿Una ocasión especial? —preguntó Redmayne.

—Sí. Danny iba a declararse.

—¿Por qué estaba tan segura?

—Oí a mi hermano contar a mis padres que Danny se había gastado el sueldo de dos meses en el anillo. Levantó la mano izquierda para que el juez pudiera admirar el diamante del anillo de oro.

Alex esperó a que los murmullos se acallaran.

—¿Le pidió que fuera su esposa? —preguntó a continuación.

—Sí —contestó Beth—. Hasta se puso de rodillas.

—¿Y usted aceptó?

—Por supuesto —dijo Beth—. Desde el día que lo conocí supe que nos casaríamos. Pearson anotó su primera equivocación. —¿Qué pasó después?

—Antes de irnos del restaurante, Danny llamó a Bernie para darle la noticia. Quedamos en vernos más tarde, para celebrarlo.

—¿Dónde quedaron para la celebración?

—En el Dunlop Arms de Hambleton Terrace, en Chelsea.

—¿Por qué eligieron ese local en particular?

—Danny había ido una vez, después de ver al West Ham jugar contra el Chelsea en Stamford Bridge. Me dijo que era muy elegante y pensó que me gustaría.

—¿A qué hora llegaron?

—No estoy segura —dijo Beth—, pero no antes de las diez.

—¿Su hermano ya les estaba esperando?

—Ya empezamos otra vez, señorita —protestó Pearson.

—Le pido disculpas, señorita —dijo Redmayne. Se volvió hacia Beth—: ¿Cuándo llegó su hermano?

—Ya estaba allí —contestó Beth.

—¿Vio a alguien más en el local?

—Sí —dijo Beth—. Vi al actor Lawrence Davenport, el doctor Beresford, en la barra con otros tres hombres.

—¿Conoce al señor Davenport?

—Por supuesto que no —dijo Beth—. Solo le había visto en la tele.

—Debió de emocionarla mucho ver a una estrella de la televisión la noche de su compromiso.

—No, no me impresionó. Recuerdo que pensé que no era tan guapo como Danny.

Varios miembros del jurado examinaron con más atención al hombre sin afeitarse y con el pelo pincho, vestido con una camiseta del West Ham que no tenía aspecto de haber sido planchada en mucho tiempo. Alex temió que pocos jurados estuvieran de acuerdo con la opinión de Beth.

—¿Qué pasó después?

—Bebimos una botella de champán, y entonces pensé que había llegado el momento de volver a casa.

—¿Volvieron a casa?

—No. Bernie pidió una segunda botella, y cuando el camarero se llevó la vacía, oí que alguien decía: «No se hizo la miel para la boca del asno».

—¿Cuál fue la reacción de Danny y de Bernie?

—No lo oyeron, pero vi que un hombre de la barra me estaba mirando. Me guiñó el ojo, y después abrió la boca y empezó a pasarse la lengua por los labios.

—¿Cuál de los cuatro hombres hizo eso?

—El señor Craig.

Danny alzó la vista hacia el público y vio que Craig miraba a Beth con el ceño fruncido, pero por suerte ella no pudo verle.

—¿Se lo dijo a Danny?

—No, era evidente que el hombre estaba borracho. De todos modos, oyes cosas peores si has crecido en el East End. Además, sabía muy bien cómo reaccionaría Danny si se lo decía.

Pearson no paraba de escribir.

—Así que no le hizo caso.

—No —prosiguió Beth—, pero entonces, el mismo hombre se volvió hacia sus amigos y dijo: «Esa puta está muy presentable hasta que abre la boca». Bernie lo oyó. Entonces, otro de los hombres dijo: «No sé, pero hay veces en las que me gusta que una puta tenga la boca abierta», y todos se echaron a reír. —Hizo una pausa—.

Excepto el señor Davenport, que parecía avergonzado.

—¿Bernie y Danny también rieron?

—No. Bernie agarró la botella de champán y se levantó para plantarle cara. — Pearson anotó sus palabras exactas cuando ella añadió—: Pero Danny le retuvo y dijo que no les hiciera caso.

—¿Le obedeció?

—Sí, pero solo porque yo dije que quería irme a casa. Cuando estábamos saliendo, observé que uno de los hombres seguía mirándome. Dijo: «¿Así que nos vamos?», y después añadió: «Cuando hayáis acabado con ella, a mis amigos y a mí nos queda suficiente para una cama redonda».

—¿Una cama redonda? —repitió el juez Sackville, perplejo.

—Sí, señoría. Es cuando un grupo de hombres practican el sexo con la misma mujer —dijo Redmayne—. En ocasiones, a cambio de dinero. Hizo una pausa mientras el juez anotaba las palabras. Alex miró al jurado, ninguno de ellos parecía necesitar más explicaciones.

—¿Está segura de que esas fueron sus palabras exactas? —preguntó Redmayne.

—No es algo que olvides fácilmente —replicó con brusquedad Beth.

—¿Fue el mismo hombre quien dijo eso?

—Sí —dijo Beth—. El señor Craig.

—¿Cómo reaccionó Danny esta vez?

—Siguió sin hacerles caso (al fin y al cabo, el hombre estaba borracho), pero mi hermano era el problema, y la cosa empeoró cuando el señor Craig añadió: «¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?».

—Por qué no salimos a la calle y lo discutimos —repitió Redmayne.

—Sí —dijo Beth, sin saber bien por qué repetía sus palabras.

—¿Y el señor Craig salió con ustedes a la calle?

—No, pero solo porque Danny empujó a mi hermano hacia el callejón antes de que pudiera revolverse, y yo me apresuré a cerrar la puerta cuando salimos. Pearson cogió un bolígrafo rojo y subrayó las palabras: «le empujó hacia el callejón».

—¿De modo que Danny consiguió sacar a su hermano del bar sin más problemas?

—Sí —respondió Beth—, pero aun así, Bernie quería volver y darle una lección.

—¿Darle una lección?

—Sí —dijo Beth.

—Pero ¿usted salió al callejón?

—Sí, pero justo antes de llegar a la calle vi que uno de los hombres del bar se interponía en mi camino.

—¿Cuál?

—El señor Craig.

—¿Qué hizo usted?

—Volví atrás para reunirme con Danny y mi hermano. Les supliqué que regresáramos al bar. Fue entonces cuando reparé en que los otros dos hombres (uno

de ellos era el señor Davenport) estaban junto a la puerta trasera. Me volví y vi que al primer hombre se le había sumado otro al final del callejón, y ambos avanzaban hacia nosotros.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Redmayne.

—Bernie dijo: «Tú ocúpate del capullo y yo me encargaré de los otros tres», pero antes de que Danny pudiera contestar, el hombre al que mi hermano había llamado «capullo» se abalanzó corriendo hacia él y le dio un puñetazo que alcanzó a Danny en la barbilla. Después, se desató una pelea brutal.

—¿Los cuatro hombres intervinieron?

—No —dijo Beth—. El señor Davenport se situó junto a la puerta de atrás, y uno de los otros, un tipo alto y flaco, se quedó rezagado; cuando mi hermano dejó sin sentido al único hombre con ganas de pelea, Bernie me dijo que fuera a buscar un taxi, pues confiaba en que todo acabaría enseguida.

—¿Lo hizo?

—Sí, pero no hasta asegurarme de que Danny estaba dando su merecido a Craig.

—¿Era así?

—Sin duda —confirmó Beth.

—¿Cuánto tardó en encontrar un taxi?

—Unos pocos minutos —dijo Beth—, pero cuando apareció el taxista, dijo ante mi sorpresa: «No creo que sea un taxi lo que necesitan, cariño. Si fueran mis amigos, yo llamaría a una ambulancia», y se marchó sin añadir nada más.

—¿Se ha intentado localizar al taxista en cuestión? —preguntó el juez.

—Sí, señorita —dijo Redmayne—, pero hasta el momento no ha habido suerte. ¿Cómo reaccionó usted cuando oyó las palabras del taxista? —preguntó Redmayne a Beth.

—Me volví y vi a mi hermano tendido en el suelo. Parecía inconsciente. Danny sostenía la cabeza de Bernie en sus brazos. Corrí a reunirme con ellos. Pearson anotó algo.

—¿Danny le explicó lo que había pasado?

—Sí. Dijo que se llevaron una sorpresa cuando Craig sacó un cuchillo. Intentó arrebátárselo mientras apuñalaba a Bernie.

—¿Bernie se lo confirmó?

—Sí.

—¿Qué hizo entonces?

—Telefoneé a urgencias.

—Le ruego que se tome el tiempo necesario, señorita Wilson, antes de responder a la siguiente pregunta. ¿Quién llegó antes? ¿La policía o la ambulancia?

—Dos paramédicos —contestó Beth sin vacilar.

—¿Cuánto tardaron en llegar?

—Siete, tal vez ocho minutos.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—No dejé de mirar el reloj en ningún momento.

—¿Cuántos minutos más transcurrieron hasta la llegada de la policía?

—No estoy segura —dijo Beth—, tal vez fueron otros cinco.

—¿Cuánto rato estuvo con usted el oficial de policía Fuller en el callejón, antes de entrar al bar para interrogar al señor Craig?

—Diez minutos, como mínimo —dijo Beth—, pero pudieron ser más.

—¿Tiempo suficiente para que el señor Spencer Craig se marchara, volviera a casa, que solo se hallaba a cien metros de distancia, se cambiara de ropa y volviera a tiempo de dar su versión de lo sucedido, antes de que el detective entrara en el bar?

—Señoría —objetó Pearson, al tiempo que se ponía en pie—, esto es una intolerable calumnia contra un hombre que no estaba haciendo otra cosa que cumplir con su deber.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo el juez—. Miembros del jurado, no tendrán en cuenta los últimos comentarios del señor Redmayne. No olviden que no es al señor Craig a quien se está juzgando.

Fulminó con la mirada a Redmayne, pero el abogado ni se inmutó, consciente de que el jurado no olvidaría el diálogo, y de que despertaría alguna duda en su mente.

—Le pido disculpas, señoría —dijo con voz contrita—. No volverá a ocurrir.

—Puede estar seguro de ello —replicó el juez con brusquedad.

—Señorita Wilson, mientras estaba esperando a que la policía llegara, ¿los paramédicos tendieron a su hermano en una camilla y se lo llevaron al hospital más cercano?

—Sí, hicieron todo lo posible por ayudar —contestó Beth—, pero yo sabía que era demasiado tarde. Ya había perdido mucha sangre.

—¿Danny y usted acompañaron a su hermano al hospital?

—No, fui sola, porque el oficial Fuller quería hacer más preguntas a Danny.

—¿Eso la preocupó?

—Sí, porque Danny también había resultado herido. Le habían...

—No me refería a eso —interrumpió Redmayne, pues no deseaba que acabara la frase—. ¿Le angustiaba la posibilidad de que la policía considerara a Danny sospechoso?

—No —dijo Beth—. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Yo ya había contado a la policía lo sucedido. En cualquier caso, siempre me tenían a mí para que confirmara su versión.

Si Alex hubiera mirado a Pearson, habría visto la sonrisa fugaz que apareció en el rostro del fiscal.

—Por desgracia, su hermano murió camino del Chelsea and Westminster Hospital, ¿verdad?

Beth se puso a llorar.

—Sí. Telefoneé a mis padres, que acudieron de inmediato, pero ya era demasiado tarde.

Alex se abstuvo de formular más preguntas hasta que la joven se serenó.

—¿Danny se reunió con usted en el hospital más tarde?

—No.

—¿Por qué?

—Porque la policía continuaba interrogándole.

—¿Cuándo volvió a verle?

—A la mañana siguiente, en la comisaría de policía de Chelsea.

—¿En la comisaría de policía de Chelsea? —repitió Redmayne, fingiendo sorpresa.

—Sí. La policía se presentó en mi casa a primera hora de la mañana. Me dijeron que habían detenido a Danny, acusado del asesinato de Bernie.

—Eso debió de causarle una conmoción terrible. —El señor Pearson se puso en pie de un brinco—. ¿Cómo reaccionó a la noticia? —se apresuró a preguntar Redmayne.

—Con absoluta incredulidad. Repetí exactamente lo que había pasado, pero me di cuenta de que no me creían.

—Gracias, señorita Wilson. No hay más preguntas, señorita.

Danny exhaló un suspiro de alivio cuando Beth bajó del estrado de los testigos. Era una joya. Ella le sonrió angustiada cuando pasó junto al banquillo.

—Señorita Wilson —la llamó el juez antes de que pudiera llegar a la puerta. Ella se volvió—. ¿Querría ser tan amable de volver al estrado? Tengo la sensación de que el señor Pearson desea hacerle un par preguntas.

Beth volvió con parsimonia al estrado de los testigos. Miró a sus padres, que estaban entre el público, y entonces le vio a él, mirándola con odio. Quiso encararse, pero comprendió que sería inútil, ya que nada complacería más a Spencer Craig que comprobar el efecto que causaba en ella.

Subió al estrado, más decidida que nunca a derrotarle. Se quedó de pie y miró desafiante al señor Pearson, que seguía sentado en su sitio. Tal vez finalmente no iba a hacerle ninguna pregunta.

El viejo abogado se puso en pie lentamente. Sin mirar a Beth, se dedicó a ordenar sus papeles. Después, tomó un sorbo de agua y la miró por fin.

—Señorita Wilson, ¿qué ha desayunado esta mañana?

Beth vaciló un momento, mientras todos los asistentes la miraban. Alex Redmayne maldijo para sus adentros. Tendría que haber adivinado que Pearson intentaría pillarla desprevenida con su primera pregunta. Solo el juez Sackville no aparentaba sorpresa.

—Tomé una taza de té y un huevo pasado por agua —logró articular por fin Beth.

—¿Nada más, señorita Wilson?

—Oh, sí, una tostada.

—¿Cuántas tazas de té?

—Una. No, dos —dijo Beth.

—¿O fueron tres?

—No, no, fueron dos.

—¿Y cuántas tostadas? Beth vaciló de nuevo.

—No me acuerdo.

—No se acuerda de lo que ha desayunado esta mañana, pero recuerda con gran lujo de detalles cada frase que oyó hace seis meses. —Beth inclinó la cabeza de nuevo—. No solo es capaz de recordar hasta la última palabra que el señor Spencer Craig pronunció aquella noche, sino detalles como que le guiñó un ojo y se pasó la lengua por los labios.

—Sí —insistió Beth—. Porque lo hizo.

—Vamos a poner a prueba su memoria un poco más, señorita Wilson. Cuando el camarero recogió la botella vacía de champán, el señor Craig dijo: «No se hizo la miel para la boca del asno».

—Sí, exacto.

—Pero ¿quién dijo —Pearson se inclinó hacia delante para comprobar sus notas — «hay veces en las que me gusta que una puta tenga la boca abierta»?

—No estoy segura de si fue el señor Craig o uno de los otros.

—No está segura. «Uno de los otros». ¿Se refiere al acusado, Cartwright?

—No, a uno de los hombres de la barra.

—Ha dicho a mi distinguido colega que usted no reaccionó, porque había oído

cosas peores en el East End.

—Sí.

—De hecho, fue allí donde oyó esta frase por primera vez, ¿verdad, señorita Wilson? —dijo el señor Pearson, al tiempo que tiraba de las solapas de su toga negra.

—¿Qué está insinuando?

—Solo que jamás oyó al señor Craig pronunciar esas palabras en un bar de Chelsea, señorita Wilson, sino que las oyó en boca de Cartwright muchas veces en el East End, porque es el tipo de lenguaje que él utiliza.

—No, fue el señor Craig quien dijo esas palabras.

—También ha dicho al tribunal que salió del Dunlop Arms por la puerta de atrás.

—Sí.

—¿Por qué no salió por la puerta principal, señorita Wilson?

—Quería salir con sigilo y sin causar más problemas.

—O sea, que ya había causado problemas.

—No, nosotros no habíamos causado ningún problema.

—Entonces, ¿por qué no se fueron por la puerta de delante, señorita Wilson? En tal caso, se habrían encontrado en una calle transitada, y habrían podido marcharse, utilizando sus propias palabras, sin causar más problemas.

Beth guardó silencio.

—Tal vez pueda explicar a qué se refería su hermano —prosiguió Pearson, mientras consultaba sus notas—, cuando dijo a Cartwright: «Si crees que te llamaré jefe, ya puedes olvidarlo».

—Estaba bromeando —dijo Beth.

Pearson clavó la vista en su expediente unos segundos.

—Perdone, señorita Wilson, pero ese comentario no me parece nada divertido.

—Esto es porque usted no es del East End —aseguró Beth.

—Ni el señor Craig —replicó Pearson, antes de añadir a toda prisa—: Y después, Cartwright empuja al señor Wilson hacia la puerta de atrás. ¿Fue entonces cuando el señor Craig oyó que su hermano decía: «¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?»?

—Fue el señor Craig quien dijo: «¿Por qué no salimos a la calle y lo discutimos?»», porque ese es el tipo de lenguaje que se utiliza en el West End. Brillante mujer, pensó Alex, complacido de que le hubiera dado la vuelta a la tortilla.

—Y cuando estuvieron fuera —se apresuró a decir Pearson—, ¿descubrió que el señor Craig les estaba esperando al final del callejón?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que le vio?

—No me acuerdo —dijo Beth.

—Esta vez no se acuerda.

—No fue mucho rato —contestó Beth.

—No fue mucho rato —repitió Pearson—. ¿Menos de un minuto?

—No estoy segura. Pero allí estaba.

—Señorita Wilson, si saliera del Dunlop Arms por la puerta de delante, recorriera una avenida transitada, siguiera una calle larga y llegara por fin al extremo del callejón, descubriría que la distancia es de doscientos once metros. ¿Está insinuando que el señor Craig recorrió esa distancia en menos de un minuto?

—Tuvo que hacerlo.

—Y su amigo se reunió con él unos momentos después —dijo Pearson.

—Sí —contestó Beth.

—Y cuando usted se volvió, los otros dos hombres, el señor Davenport y el señor Mortimer, ya habían tomado posiciones junto a la puerta de atrás.

—Sí.

—¿Y todo esto sucedió en menos de un minuto, señorita Wilson? —Hizo una pausa—. ¿Cuándo cree usted que los cuatro encontraron tiempo para planear una operación tan detallada?

—No sé a qué se refiere —dijo Beth, y aferró la barandilla del estrado de los testigos.

—Creo que lo entiende muy bien, señorita Wilson, pero con el fin de iluminar al jurado... Dos hombres salen del bar por la puerta de delante, dan la vuelta hasta la parte posterior del edificio, mientras los otros dos se sitúan junto a la puerta de atrás, y todo en menos de un minuto.

—Pudo pasar más de un minuto.

—Pero ustedes estaban ansiosos por marcharse —le recordó Pearson—. De modo que, si hubiera transcurrido más de un minuto, habrían tenido tiempo de llegar a la calle principal y desaparecer mucho antes de que ellos pudieran llegar.

—Ahora me acuerdo —dijo Beth—. Danny estaba intentando calmar a Bernie, porque mi hermano quería volver al bar y enfrentarse con Craig, de modo que debió de transcurrir más de un minuto.

—¿O quizá era con el señor Cartwright con quien quería ajustar cuentas —preguntó Pearson—, para que no le cupiera la menor duda de quién iba a ser el jefe en cuanto su padre se jubilara?

—Si Bernie hubiera querido hacer eso —dijo Beth—, le habría derribado de un solo puñetazo.

—No, si el señor Cartwright hubiera ido armado de un cuchillo —replicó Pearson.

—Era Craig quien iba armado de un cuchillo, y fue Craig quien apuñaló a Bernie.

—¿Cómo puede estar tan segura, señorita Wilson, si no presencié el apuñalamiento?

—Porque Bernie me contó lo que había pasado.

—¿Está segura de que fue Bernie quien se lo contó, no Danny?

—Sí.

—Me perdonará el tópico, señorita Wilson, esto suena a: «Esta es mi versión y a

ella me aferró».

—Porque es la verdad —dijo Beth.

—¿También es cierto que temía que su hermano se estuviera muriendo, señorita Wilson?

—Sí, estaba perdiendo mucha sangre y no creía que pudiera sobrevivir —contestó Beth, mientras empezaba a llorar.

—Entonces, ¿por qué no llamó a una ambulancia, señorita Wilson? —Esto siempre había desconcertado a Alex, por lo que se preguntó cómo respondería la joven. No lo hizo, lo cual permitió añadir a Pearson—: Al fin y al cabo, su hermano había sido apuñalado una y otra vez, según sus palabras.

—¡No llevaba teléfono! —gritó Beth.

—Pero su prometido sí —le recordó Pearson—, porque había llamado antes a su hermano, para invitarle a reunirse con ustedes en el *pub*.

—Pero unos minutos después llegó una ambulancia —contestó Beth.

—Y todos sabemos quién llamó a los servicios de urgencias, ¿verdad, señorita Wilson? —remató Pearson, y miró al jurado. Beth inclinó la cabeza.

—Señorita Wilson, permítame recordarle algunas de las verdades a medias que ha contado a mi distinguido colega. —Beth se humedeció los labios—. Usted ha dicho: «Desde el día que lo conocí supe que nos casaríamos».

—Sí, eso he dicho, y lo he dicho en serio —contestó Beth desafiante. Pearson consultó sus notas.

—También ha dicho que, en su opinión, el señor Davenport «no era tan guapo» como el señor Cartwright.

—Y así es.

—Y que si algo iba mal, «siempre me tenía a mí para confirmar su versión».

—Sí.

—Fuera cual fuera la versión.

—Yo no he dicho eso —protestó Beth.

—No, lo digo yo —replicó Pearson—, porque sostengo que usted diría cualquier cosa con tal de proteger a su marido.

—Todavía no es mi marido.

—Pero lo será, si sale en libertad.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la noche en la que su hermano fue asesinado?

—Poco más de seis meses.

—¿Con cuánta frecuencia ha visto al señor Cartwright durante ese período de tiempo?

—He ido a verle todos los domingos por la tarde —dijo Beth con orgullo.

—¿Cuánto duran esas visitas?

—Aproximadamente dos horas.

Pearson miró al techo.

—O sea —calculó—, que han pasado unas cincuenta horas juntos durante estos últimos seis meses.

—Nunca lo había calculado —dijo Beth.

—Pero ahora que lo sabe, ¿no cree que es tiempo suficiente para que los dos hayan repasado su versión una y otra vez, para que pudiera repetirla sin errores cuando fuera llamada a testificar?

—No, eso no es verdad.

—Señorita Wilson, cuando iba a ver al señor Cartwright a la cárcel —hizo una pausa—, durante esas cincuenta horas, ¿hablaron alguna vez del caso? Beth vaciló.

—Supongo que sí.

—Pues claro —dijo Pearson—. Porque si no lo hizo, tal vez pueda explicarnos cómo se entiende que recuerde cada detalle de lo sucedido aquella noche, y cada frase pronunciada por todos los implicados, aunque no pueda recordar qué ha desayunado esta mañana.

—Pues claro que recuerdo lo que sucedió la noche que asesinaron a mi hermano, señor Pearson. ¿Cómo iba a olvidarlo? En cualquier caso, Craig y sus amigos habrán tenido más tiempo para preparar sus versiones, porque no tenían que ajustarse a ciertas horas de visita ni restricciones sobre dónde o cuándo reunirse.

—Bravo —dijo Alex, en voz lo bastante alta para que Pearson le oyera.

—Regresemos al callejón y pongamos a prueba su memoria una vez más, señorita Wilson —continuó Pearson, para dejar cuanto antes aquella cuestión—. El señor Craig y el señor Payne, que habían llegado al callejón en menos de un minuto, empezaron a caminar hacia su hermano, y sin mediar provocación alguna iniciaron una pelea.

—Sí —dijo Beth.

—Con dos hombres a los que nunca habían visto antes de esa noche.

—Sí.

—Y cuando las cosas empezaron a ir mal, el señor Craig saca un cuchillo de la nada y apuñala a su hermano en el pecho.

—No fue de la nada. Debió de llevárselo del bar.

—¿No fue Danny quien se llevó el cuchillo del bar?

—No. De haber sido Danny, yo lo habría visto.

—Aunque no vio que el señor Craig cogiera el cuchillo en el bar.

—No.

—Sin embargo sí que le vio, un minuto después, al otro lado del callejón. —Sí.

—¿Llevaba un cuchillo en la mano en ese momento?

Pearson se inclinó hacia delante y esperó la respuesta de Beth.

—No me acuerdo.

—En ese caso, tal vez pueda recordar quién blandía el cuchillo cuando corrió hacia su hermano.

—Sí, era Danny, pero explicó que se había apoderado de él cuando Craig estaba

apuñalando a mi hermano.

—Aunque usted tampoco vio eso.

—No.

—¿Y su prometido estaba cubierto de sangre?

—Claro —dijo Beth—. Danny estaba sosteniendo en brazos a Bernie.

—Por tanto, si el señor Craig fue quien apuñaló a su hermano, también debía de estar cubierto de sangre.

—¿Cómo puedo saberlo? Ya había desaparecido.

—¿Por arte de magia? —dijo Pearson—. ¿Cómo explica que, cuando la policía llegó unos minutos después, el señor Craig estuviera sentado en la barra, esperando al oficial, y no hubiera ni rastro de sangre? —Esta vez, Beth no contestó—. ¿Me permite recordarle quién fue el primero en llamar a la policía? —continuó el fiscal—. No fue usted, señorita Wilson, sino el señor Craig. Un comportamiento extraño, después de haber apuñalado a alguien, y con la ropa cubierta de sangre, ¿no cree?

Hizo una pausa para dejar que la imagen calara en la mente de los miembros del jurado, y esperó un poco más antes de formular su siguiente pregunta.

—Señorita Wilson, ¿era la primera vez que su prometido se veía mezclado en una pelea con cuchillos y usted acudía en su ayuda?

—¿Qué está insinuando? —preguntó Beth. Redmayne miró a Beth, preguntándose si le habría ocultado algo.

—Tal vez ha llegado el momento de poner a prueba de nuevo su increíble memoria —dijo Pearson.

El juez, el jurado y Redmayne estaban mirando a Pearson, quien no parecía tener prisa por mostrar su mejor carta.

—Señorita Wilson, ¿recuerda por casualidad qué ocurrió en el patio de recreo del colegio Clement Atdee el 12 de febrero de 1986?

—Pero eso ocurrió hace casi quince años —protestó Beth.

—Es cierto, pero me parece improbable que haya olvidado el día en que el hombre con quien siempre supo que iba a casarse acabó en la primera plana del periódico local. Pearson se inclinó hacia delante y su ayudante le pasó una fotocopia de la Bethnal Green and Bow Gazette del 13 de febrero de 1986. Pidió al ujier que la entregara a la testigo.

—¿Tiene también copias para el jurado? —preguntó el juez Sackville, mientras miraba por encima de sus gafas a Pearson.

—Por supuesto, señoría —contestó Pearson, mientras su ayudante entregaba un fajo voluminoso al ujier.

El funcionario dio una copia al juez, antes de distribuir una docena entre el jurado y entregar una última a Danny, quien negó con la cabeza. Pearson se quedó sorprendido, y hasta le pasó por la cabeza que Cartwright no supiera leer. Algo que investigaría cuando le tuviera a tiro en el estrado.

—Como ve, señorita Wilson, esto es una copia de la Bethnal Green and Bow

Gazette, en la cual se publica un reportaje sobre una pelea con cuchillos que tuvo lugar en el patio de recreo del Clement Atdee el 12 de febrero de 1986, después de la cual Daniel Cartwright fue interrogado por la policía.

—Él solo intentaba ayudar —protestó Beth.

—Se iba a convertir en una costumbre, ¿eh? —insinuó Pearson.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Beth.

—Que el señor Cartwright participe en peleas a cuchillo, y usted diga después que «él solo intentaba ayudar».

—Pero el otro chico acabó en un correccional de menores.

—Y sin duda usted espera que, en este caso, será el otro hombre el que acabe en la cárcel, en lugar de la persona con la que va a casarse, ¿verdad?

—Sí.

—Me alegro de que hayamos confirmado ese punto, al menos —dijo Pearson—. Tal vez sería tan amable de leer al tribunal el tercer párrafo de la primera plana del periódico, el que empieza: «Más tarde, Beth Wilson dijo a la policía...».

Beth miró el diario. «Beth Wilson dijo más tarde a la policía que Danny Cartwright no había participado en la pelea, sino que fue en ayuda de un compañero de clase y que probablemente le salvó la vida».

—¿No le suena eso, señorita Wilson?

—Pero Danny no participó en la pelea.

—Entonces, ¿por qué le expulsaron de la escuela?

—Eso no es cierto. Le enviaron a casa mientras se llevaba a cabo una investigación.

—En el curso de la cual usted prestó una declaración que limpió su nombre, y dio como resultado que otro chico fuera enviado al correccional de menores. —Beth agachó la cabeza de nuevo—. Regresemos a la última pelea con cuchillo, cuando una vez más usted estaba presente, de manera muy conveniente, para acudir al rescate de su novio. ¿Es cierto —preguntó Pearson, antes de que Beth pudiera responder— que Cartwright esperaba convertirse en encargado del taller de Wilson cuando este se jubilara?

—Sí, mi padre ya había dicho a Danny que pensaba en él para ese puesto.

—Pero ¿no descubrió usted más adelante que su padre había cambiado de opinión, y dijo a Cartwright que su intención era poner a su hermano al frente del taller?

—Sí —dijo Beth—, pero Bernie no deseaba ese trabajo. Siempre había aceptado que Danny era más emprendedor.

—Es posible, pero al tratarse de un negocio familiar, ¿no habría sido comprensible que su hermano se hubiera sentido resentido por quedar relegado a un segundo plano?

—No. Bernie nunca quiso estar al frente de nada.

—Entonces, ¿por qué su hermano dijo aquella noche: «Y si crees que te llamaré

jefe si sustituyes a mi viejo, ya puedes olvidarlo»?

—No dijo «si», sino «cuando». Hay un mundo de diferencia. Alex Redmayne sonrió.

—Por desgracia, solo tenemos su palabra, señorita Wilson, mientras que hay otros tres testigos que cuentan una versión muy diferente.

—Todos mienten —dijo Beth en voz más alta.

—Y usted es la única que dice la verdad —contestó Pearson.

—Sí.

—¿Quién cree su padre que dice la verdad? —preguntó Pearson, con un cambio de táctica repentino.

—Señoría —dijo Alex Redmayne, al tiempo que se ponía en pie—, una respuesta a esa pregunta no sería solo de oídas, sino que cabe la posibilidad de que no esté relacionado con el caso.

—Estoy de acuerdo con mi distinguido colega —replicó Pearson antes de que el juez pudiera contestar—. Pero como la señorita Wilson y su padre viven en la misma casa, pensé que tal vez la testigo se habría enterado en algún momento de la opinión de su padre sobre el particular.

—Es posible —admitió el juez Sackville—, pero aun así sería un testimonio de oídas, y por tanto no lo declaro admisible. —Se volvió hacia Beth—: Señorita Wilson, no tiene que contestar a esa pregunta.

Beth miró al juez.

—Mi padre no me cree —dijo entre sollozos—. Aún está convencido de que Danny mató a mi hermano.

De pronto, dio la impresión de que todo el mundo se había puesto a hablar. El juez tuvo que pedir orden varias veces, hasta que Pearson pudo continuar.

—¿Quiere añadir algo más que pueda servir de ayuda al jurado, señorita Wilson? —preguntó, esperanzado, Pearson.

—Sí —contestó Beth—. Mi padre no estaba allí, pero yo sí.

—Y también su prometido —intervino Pearson—. Por ello deduzco que lo que empezó como una más de una larga historia de peleas terminó en tragedia cuando Cartwright apuñaló a su hermano.

—Fue Craig quien apuñaló a mi hermano.

—Mientras usted se encontraba al otro extremo del callejón, intentando parar un taxi.

—Exacto —dijo Beth.

—Y cuando la policía llegó, hallaron la ropa de Cartwright cubierta de sangre, y las únicas huellas dactilares que pudieron identificar en el cuchillo fueron las de su prometido, ¿no es cierto?

—Ya he explicado cómo sucedió eso —replicó Beth.

—En ese caso, tal vez pueda explicar también por qué, cuando la policía interrogó al señor Craig unos minutos después, no había ni una gota de sangre ni en su traje, ni

en su camisa ni en su corbata; estaban immaculados.

—Había tenido veinte minutos, como mínimo, para correr a casa y cambiarse — argumentó Beth.

—Incluso treinta —añadió Redmayne.

—De modo que suscribe la teoría de Superman, ¿verdad? —dijo Pearson.

—Y admitió que estuvo en el callejón —añadió Beth, sin hacer caso del comentario.

—Sí, señorita Wilson, pero solo después de que oyera su grito, cuando dejó a sus amigos en el bar para ver si usted se hallaba en peligro.

—No, ya estaba en el callejón cuando Bernie fue apuñalado.

—Pero ¿apuñalado por quién? —preguntó Pearson.

—¡Craig, Craig, Craig! —gritó Beth—. ¿Cuántas veces he de repetirlo?

—¿El mismo que consiguió llegar al callejón en menos de un minuto? ¿Y después encontró tiempo para telefonar a la policía, regresar al bar, pedir a sus acompañantes que se fueran, ir a casa, cambiarse la ropa cubierta de sangre, ducharse, volver al bar y sentarse a esperar a que la policía llegara? ¿Para luego hacer una declaración coherente de lo que había sucedido, y que todos los testigos que estaban en el bar aquella noche pudieran corroborar?

—Pero no estaban diciendo la verdad —insistió Beth.

—Entiendo —dijo Pearson—. Todos los demás testigos estaban dispuestos a mentir bajo juramento.

—Sí, todos le estaban protegiendo.

—¿Y usted no está protegiendo a su prometido?

—No, yo estoy diciendo la verdad.

—Su verdad —remarcó Pearson—, porque usted no presencié lo que ocurrió.

—No fue necesario —dijo Beth—, porque Bernie me contó exactamente lo sucedido.

—¿Está segura de que fue Bernie, no Danny?

—No, fue Bernie —repitió Beth.

—¿Justo antes de morir?

—¡Sí! —gritó Beth.

—Muy conveniente —dijo Pearson.

—Y cuando Danny suba al estrado de los testigos, confirmará mi versión.

—Después de verse todos los domingos durante los últimos seis meses, señorita Wilson, no me cabe duda de que lo hará —dijo Pearson—. No hay más preguntas, señorita.

—¿Qué ha desayunado esta mañana? —preguntó Alex.

—Ese truco es muy viejo —tronó la voz de su padre en el teléfono.

—¿Te parece divertido?

—Tendría que haberte advertido. Pearson solo inicia su alegato de dos maneras cuando interroga a un testigo de la defensa. Cuando era un abogado joven, llegó a la conclusión de que solo el juez estaría familiarizado con ellas, pero resultan una completa sorpresa para un testigo confiado, y no digamos para el jurado.

—¿Cuál es la otra? —preguntó Alex.

—¿Cuál es el nombre de la segunda calle a la izquierda cuando sale de su casa para ir al trabajo por la mañana? Pocos testigos logran acertar, como sé por propia experiencia. Sospecho que Pearson recorre las calles cercanas al hogar del acusado la noche antes de interrogarlo. Apuesto a que en este momento le encontrarías rondando por el East End.

Alex se hundió en su butaca.

—Bien, ya me advertiste de que no subestimara a ese hombre.

Sir Matthew tardó en contestar. Cuando volvió a hablar, sacó a colación una cuestión en la que Alex no había pensado.

—¿Vas a llamar a Cartwright al estrado?

—Por supuesto —dijo Alex—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque es el único elemento sorpresa que te queda. Pearson espera que Cartwright esté en el estrado lo que resta de semana, pero si cierras el caso mañana por la mañana sin previo aviso, le pillarás a contrapié. Ha dado por sentado que interrogará a Cartwright hacia finales de la semana, tal vez incluso la semana que viene, no que deba resumir sus conclusiones mañana por la mañana.

—Pero si Cartwright no presta declaración, el jurado pensara lo peor.

—La ley es muy clara en ese punto —replicó el padre de Alex—. El juez explicará con detalle que es prerrogativa del acusado decidir si desea prestar declaración como testigo, y que el jurado no debe extraer conclusiones precipitadas basadas en esa decisión.

—Pero siempre lo hacen, tal como me has advertido muchas veces.

—Tal vez, pero uno o dos miembros del jurado habrán caído en la cuenta de que no leyó el artículo de la Bethnal Green and Bow Gazette, y habrán supuesto que le has aconsejado no enfrentarse a Pearson, sobre todo después del interrogatorio al que sometió a su prometida.

—Cartwright es tan listo como Pearson —dijo Alex—. Solo le falta cultura.

—Pero has comentado que pierde los estribos con facilidad.

—Solo cuando alguien ataca a Beth.

—En ese caso, puedes estar seguro de que, en cuanto Cartwright suba al estrado,

Pearson seguirá atacando a Beth hasta que el chico estalle.

—Pero Cartwright no tiene antecedentes criminales, ha trabajado desde el día que salió de la escuela y estaba a punto de casarse con su novia de toda la vida, que encima está embarazada.

—Ahora sabemos las cuatro cuestiones que Pearson no utilizará en el interrogatorio, pero te aseguro que interrogará a Cartwright sobre el incidente del patio de recreo en su adolescencia, y recordará continuamente al jurado que había un cuchillo de por medio, y que su novia acudió en su ayuda.

—Bien, si ese es mi único problema... —empezó Alex.

—No lo será, te lo prometo —insistió su padre—. Puesto que Pearson ha sacado a relucir la pelea con cuchillo del patio de recreo cuando interrogó a Beth Wilson, no te quepa ninguna duda de que tiene una o dos sorpresas más preparadas para Danny Cartwright.

—¿Como cuáles?

—No tengo ni idea —dijo *sir* Matthew—, pero si le llamas al estrado, no me cabe duda de que lo averiguarás. —Alex frunció el ceño, mientras reflexionaba sobre las palabras de su padre—. Algo te tiene preocupado —dijo el juez cuando vio que Alex no contestaba.

—Pearson sabe que el padre de Beth dijo a Cartwright que había cambiado de opinión sobre nombrarle encargado del taller.

—¿Y pensaba ofrecer el puesto a su hijo?

—Sí —dijo Alex.

—No nos ayuda en lo tocante al móvil.

—Cierto, pero es posible que yo también tenga una o dos sorpresas reservadas para Pearson —dijo Alex.

—¿Por ejemplo?

—Craig apuñaló a Danny en la pierna, y tiene una cicatriz que lo demuestra.

—Pearson dirá que es una herida antigua.

—Pero tenemos el informe de un médico que demuestra lo contrario.

—Pearson dirá que el responsable fue Bernie Wilson.

—Entonces, ¿me aconsejas que no llame a testificar a Cartwright?

—No es una pregunta fácil de contestar, hijo mío, porque yo no estaba en la sala, de modo que no sé cómo reaccionaron los miembros del jurado ante el testimonio de Beth Wilson.

Alex guardó silencio unos momentos.

—Un par de ellos parecían compadecerse de ella, y la verdad es que dio la impresión de ser una persona honrada. Claro que también podrían llegar a la conclusión de que, aunque esté diciendo la verdad, no vio qué pasó y acepta la explicación de Cartwright.

—Bien, solo necesitas convencer a tres jurados de que estaba diciendo la verdad, y podrías terminar con un jurado que no logra llegar a un acuerdo o, en el peor de los

casos, con un nuevo juicio.

Y si ese fuera el resultado, el CPS^[3] podría opinar que otro juicio no sería de interés público.

—Tendría que haber dedicado más tiempo a presionar a Craig sobre esa discrepancia de tiempo, ¿verdad? —preguntó Alex, con la esperanza de que su padre no le diera la razón.

—Demasiado tarde para preocuparse por ello —contestó su padre—. Tu decisión más importante ahora es si llamas o no a Cartwright al estrado.

—Es cierto, pero si tomo la decisión equivocada, Danny podría acabar condenado a veinte años de cárcel.

Alex llegó al Old Bailey momentos después de que el portero de noche hubiera abierto la puerta principal. Tras una larga consulta con Danny en las celdas del sótano, fue al vestidor y se puso la toga, antes de encaminarse hacia la sala número cuatro. Entró en la sala vacía, tomó asiento al final del banco y dejó tres expedientes con la inscripción «Cartwright» delante de él. Abrió el primero y empezó a repasar las siete preguntas que había escrito con letra clara la noche anterior. Echó un vistazo al reloj de pared. Eran las nueve y treinta y cinco minutos de la mañana.

A las diez menos diez, Arnold Pearson y su ayudante entraron y ocuparon sus asientos en el otro extremo del banco. No interrumpieron a Alex, porque parecía preocupado. Danny Cartwright fue el siguiente en aparecer, acompañado por dos policías. Se sentó en la silla de madera que había en el centro del banquillo y esperó a que llegara el juez. Cuando dieron las diez, la puerta del fondo de la sala se abrió y el juez Sackville entró en sus dominios. Todo el mundo se levantó e inclinó la cabeza. El juez devolvió el saludo y se sentó en la silla del centro.

—Que entre el jurado —dijo.

Mientras esperaba a que apareciera, se caló las gafas, abrió la cubierta de una libreta nueva y quitó el capuchón de la pluma. Escribió las palabras: «Interrogatorio de Daniel Cartwright a cargo del señor Redmayne».

En cuanto los miembros del jurado ocuparon sus puestos, el juez se dirigió al abogado defensor.

—¿Está preparado para llamar a su siguiente testigo, señor Redmayne? —preguntó.

Alex se levantó, se sirvió un vaso de agua y tomó un sorbo. Miró a Danny y sonrió. Después, echó un vistazo a las preguntas que tenía delante de él, antes de pasar la página; la siguiente estaba en blanco. Sonrió al juez.

—No tengo más testigos, señoría —dijo.

Una expresión de angustia cruzó el rostro de Pearson. Se volvió al instante hacia su ayudante, que delataba idéntica confusión. Alex saboreó el momento, mientras esperaba a que los murmullos se extinguieran. El juez sonrió a Redmayne, quien pensó por un momento que incluso le había guiñado un ojo.

—Señoría, con esto concluye el caso de la defensa —dijo, después de aprovechar hasta el último momento posible.

El juez Sackville miró a Pearson, que parecía un conejo asustado deslumbrado por los faros de un camión que se acercaba.

—Señor Pearson —dijo, como si no hubiera sucedido nada fuera de lo común—, puede iniciar sus conclusiones.

Pearson se levantó despacio.

—Me pregunto, señoría —tartamudeó—, teniendo en cuenta estas inusuales circunstancias, si me concedería un poco más de tiempo para preparar mis

conclusiones. ¿Puedo proponer que aplacemos la vista hasta esta tarde, con el fin de...?

—No, señor Pearson —interrumpió el juez—, no aplazaré la vista. Nadie sabe mejor que usted que el acusado tiene derecho a no prestar declaración. El jurado y los funcionarios del tribunal ocupan sus puestos, y no necesito recordarle lo apretado que está el calendario judicial. Haga el favor de iniciar sus conclusiones.

El ayudante de Pearson extrajo un expediente del fondo de la pila y lo pasó a su jefe. Pearson lo abrió, consciente de que apenas le había echado un vistazo durante los últimos días.

Miró la primera página.

—Miembros del jurado... —empezó poco a poco.

Pronto resultó evidente que Pearson era un hombre que necesitaba ir bien preparado, y que improvisar no era su fuerte. Saltó de párrafo en párrafo mientras leía su escrito, hasta que incluso su ayudante empezó a parecer exasperado.

Alex estaba sentado en silencio al final del banco, su atención concentrada en el jurado. Hasta los que por lo general estaban atentos parecían aburridos. Uno o dos reprimieron un bostezo cuando sus ojos vidriosos parpadearon con evidente esfuerzo. Cuando el fiscal llegó a la última página, dos horas después, hasta Alex estaba dormitando.

Pearson se derrumbó por fin en el banco, y el juez Sackville propuso que tal vez había llegado el momento del descanso para comer. En cuanto el juez hubo abandonado el tribunal, Alex miró a Pearson, que apenas podía disimular su ira. Era muy consciente de que acababa de ofrecer una representación matinal de provincias a un público de noche de estreno en el West End.

Alex cogió uno de los gruesos expedientes y salió a toda prisa de la sala. Corrió por el pasillo y subió unos escalones de piedra hasta una pequeña habitación del segundo piso que había reservado aquella misma mañana. Dentro había solo una mesa y una silla, ni un solo grabado en la pared. Alex abrió el expediente y empezó a repasar sus conclusiones. Ensayó frases clave una y otra vez, hasta quedar convencido de que los puntos cruciales quedarían grabados en la mente de los miembros del jurado.

Como Alex había dedicado gran parte de la noche, así como las primeras horas de la madrugada, a construir y perfeccionar cada frase, se sentía bien preparado cuando regresó a la sala número cuatro, una hora y media después. Se sentó en su sitio solo segundos antes de que el juez reapareciera. En cuanto todo el mundo estuvo acomodado, el señor Sackville preguntó si estaba preparado para leer sus conclusiones.

—Sí, señoría —contestó Alex, y se sirvió otro vaso de agua. Abrió el expediente, alzó la vista y tomó un sorbo.

—Miembros del jurado —empezó—, han oído ya...

Alex no tardó tanto como el fiscal Pearson en exponer sus conclusiones, pero para

él no era un ensayo general. No sabía cómo iban a influir los puntos más importantes de su argumentación en el jurado, pero al menos ninguno de ellos se estaba durmiendo, y algunos tomaban notas. Cuando Alex se sentó, hora y media después, pensó que podría contestar «sí» en el caso de que su padre le preguntara si había servido a su cliente con la máxima eficacia.

—Gracias, señor Redmayne —dijo el juez antes de volverse hacia el jurado—. Creo que ha sido suficiente por hoy —dijo.

Pearson consultó su reloj. Solo eran las tres y media. Había supuesto que el juez dedicaría al menos una hora a dirigirse al jurado antes de levantar la sesión, pero estaba claro que la emboscada matutina de Alex Redmayne también le había pillado por sorpresa.

El juez se levantó de su asiento, inclinó la cabeza y salió de la sala sin decir palabra. Alex se volvió para hablar con su contrincante, justo cuando un ujier entregaba a Pearson una hoja de papel. Después de que Pearson la leyera, se puso en pie de un salto y salió corriendo de la sala, seguido de su ayudante. Alex se volvió para sonreír al acusado, pero ya se habían llevado a Danny Cartwright por la escalera hasta las celdas del sótano. Alex se preguntó por qué puerta saldría su cliente al día siguiente. Pero tampoco tenía idea de por qué Pearson había salido de la sala con tanta prisa.

El secretario del señor Pearson telefoneó al secretario del juez Sackville a las nueve y un minuto de la mañana siguiente. El secretario del juez Sackville dijo que transmitiría la solicitud del señor Pearson y que volvería a llamarle. Pocos minutos después, el secretario del juez Sackville llamó para informar al secretario del señor Pearson de que el juez estaría encantado de ver al señor Pearson en su despacho a las nueve y media, y suponía, dadas las circunstancias, que también sería necesaria la presencia del señor Redmayne.

—Será mi siguiente llamada, Bill —contestó el secretario del señor Pearson, antes de colgar el teléfono.

A continuación, el secretario del señor Pearson llamó al secretario del señor Redmayne y preguntó si el señor Redmayne estaría libre a las nueve y media para ver al juez en su despacho, con el fin de hablar de un asunto de la máxima urgencia.

—¿Qué ocurre, Jim? —preguntó el secretario del señor Redmayne.

—Ni idea, Ted. Pearson nunca me dice nada.

El secretario del señor Redmayne llamó al móvil del señor Redmayne, y le pilló justo cuando estaba a punto de desaparecer en las entrañas de la estación de metro de Pimlico.

—¿Ha dado Pearson alguna explicación sobre por qué ha solicitado una reunión con el juez? —preguntó Alex.

—Nunca lo hace, señor Redmayne —contestó Ted.

Alex llamó con los nudillos a la puerta antes de entrar en el despacho del juez Sackville. Encontró a Pearson sentado en una confortable butaca, charlando con el juez acerca de sus rosas. Al juez Sackville ni se le habría ocurrido hablar del asunto que les había reunido sin que ambos letrados estuvieran presentes.

—Buenos días, Alex —dijo el juez, y le indicó con un ademán una vieja butaca de cuero, al lado de Pearson.

—Buenos días, juez —contestó Alex.

—Como debemos comparecer dentro de menos de treinta minutos —puntualizó el juez— tal vez, Arnold, podrías informarnos sobre el motivo por el que solicitaste esta reunión.

—Por supuesto, juez —dijo Pearson—. A instancias del CPS, asistí a una reunión en sus oficinas ayer por la noche. —Alex contuvo el aliento—. Después de una larga discusión con mis superiores, estoy en condiciones de informar de que están pensando en la posibilidad de llegar a un acuerdo en este caso.

Alex procuró no expresar ninguna reacción, aunque tuvo ganas de saltar y dar puñetazos al aire, pero estaba en el despacho del juez, no en las terrazas de Upton Park.

—¿Qué proponen? —preguntó el juez.

—Creen que si Cartwright se declarara culpable de homicidio...

—¿Cómo crees que reaccionaría tu cliente a esa oferta? —preguntó el juez a Redmayne.

—No tengo ni idea —admitió Alex—. Es un hombre inteligente, pero tozudo como una mula. Se ha ceñido a la misma historia durante los últimos seis meses y nunca ha dejado de afirmar su inocencia.

—Pese a ello, ¿eres de la opinión de aconsejarle que acepte la oferta del CPS? —preguntó Pearson. Alex guardó silencio unos momentos.

—Sí, pero ¿cómo propone el CPS que la disfrace?

Pearson frunció el ceño al oír la expresión elegida por Redmayne.

—Si tu cliente admitiera que Wilson y él fueron al callejón con el propósito de zanjar sus diferencias...

—¿Y un cuchillo terminó en el pecho de Wilson? —preguntó el juez, procurando no sonar demasiado cínico.

—Defensa propia, circunstancias atenuantes... Dejaré que Redmayne se encargue de los detalles. No es responsabilidad mía. El juez asintió.

—Daré órdenes a mi secretario de que informe a los funcionarios del tribunal y al jurado de que no tengo la intención de comparecer... —consultó su reloj— hasta las once. Alex, ¿tendrás tiempo suficiente para informar a tu cliente, y volver después a mi despacho con la decisión?

—Sí, creo que habrá tiempo de sobra —contestó Alex.

—Si ese hombre es culpable —afirmó Pearson—, volverás dentro de dos minutos.

Cuando Alex Redmayne salió del despacho del juez unos momentos después y se encaminó sin prisas al otro lado del edificio, intentó organizar sus pensamientos. Al cabo de doscientos pasos, cambió la plácida serenidad del despacho de un juez por las frías y lóbregas celdas ocupadas tan solo por presos.

Se detuvo ante una pesada puerta negra que le impedía continuar hacia las celdas de abajo. Llamó con los nudillos dos veces; un silencioso policía abrió y le acompañó por un estrecho tramo de escaleras de piedra hasta un pasillo amarillo, conocido por los veteranos como el sendero de baldosas amarillas. Cuando llegaron a la celda número 17, Alex pensó que estaba bien preparado, aunque no tenía ni idea de cómo reaccionaría Danny a la oferta. El agente seleccionó una llave de un enorme llavero y abrió la puerta de la celda.

—¿Desea que un agente esté presente durante la entrevista? —preguntó cortésmente.

—No será necesario —contestó Alex.

El agente abrió la puerta de acero de cinco centímetros de grosor.

—¿Quiere la puerta abierta o cerrada, señor?

—Cerrada —contestó Alex, mientras entraba en una diminuta celda con dos sillas de plástico y una pequeña mesa de formica en el centro. El único adorno de las paredes eran *graffiti*.

Danny se levantó cuando Alex entró en la celda.

—Buenos días, señor Redmayne —dijo.

—Buenos días, Danny —contestó Alex, y se sentó frente a él. Sabía que sería inútil pedir una vez más a su cliente que le tuteara. Alex abrió una carpeta que contenía una sola hoja de papel—. Tengo buenas noticias —anunció—. Al menos, espero que las consideres buenas. —Danny no mostró la menor emoción. Hablaba en escasas ocasiones, a menos que tuviera algo interesante que decir—. Si estás dispuesto a cambiar tu declaración de inocencia por una de culpable de homicidio —continuó Alex—, creo que el juez solo te condenaría a cinco años, y como ya has cumplido seis meses, con buen comportamiento estarías fuera dentro de un par de años.

Danny miró a Alex a los ojos.

—Dígale que se vaya a tomar por el culo.

Alex se sintió casi tan sorprendido por el lenguaje de Danny como por la rapidez de su decisión. Durante los últimos seis meses, nunca había oído jurar a su cliente.

—Pero, Danny, haz el favor de pensar detenidamente en la oferta —suplicó Alex—. Si el jurado te considera culpable de asesinato, podrías terminar condenado a cadena perpetua, con un mínimo de veinte años, tal vez más. Eso significaría que no saldrías de la cárcel hasta que tuvieras casi cincuenta años. Pero si aceptas su oferta, podrías empezar una nueva vida con Beth dentro de dos años.

—¿Qué tipo de vida? —preguntó con frialdad Danny—. ¿Una en la que todo el mundo crea que asesiné a mi mejor amigo y salí bien librado? No, señor Redmayne. Yo no maté a Bernie, y si tardo veinte años en demostrarlo...

—Pero, Danny, ¿por qué someterte a los caprichos de un jurado, cuando podrías aceptar esta oferta, llegar a un consenso?

—No sé qué significa la palabra consenso, señor Redmayne, pero sí sé que soy inocente, y en cuanto el jurado se entere de esta oferta...

—Nunca se enterarán, Danny. Si rechazas la oferta, nadie les contará por qué se ha retrasado la sesión de esta mañana, y el juez no dirá nada en sus conclusiones. El juicio continuará como si nada hubiera sucedido.

—Pues que así sea —dijo Danny.

—Tal vez prefieras disponer de más tiempo para pensarlo —le ofreció Alex, que no quería rendirse—. Podrías hablar con Beth. O con tus padres. Estoy seguro de que podría convencer al juez de que aplazara la vista hasta mañana por la mañana, lo cual te concedería tiempo para reconsiderar tu postura.

—¿Ha pensado en lo que me está pidiendo que haga? —preguntó Danny.

—No estoy seguro de entenderte —dijo Alex.

—Si acepto que cometí un homicidio, significaría que todo cuanto dijo Beth en el estrado de los testigos era mentira. Ella no mintió, señor Redmayne. Contó al jurado exactamente lo que había sucedido aquella noche.

—Danny, podrías pasar los próximos veinte años lamentando esta decisión.

—Podría pasar los próximos veinte años viviendo una mentira, y aunque tarde todo ese tiempo en demostrar que soy inocente, será mejor a que el mundo crea que maté a mi mejor amigo.

—Pero el mundo olvidará pronto.

—Yo no —dijo Danny—, ni tampoco mis amigos del East End.

Alex habría querido seguir insistiendo, pero sabía que era inútil intentar que aquel hombre orgulloso cambiara de opinión. Cansado, se levantó del asiento.

—Les informaré de tu decisión —anunció, antes de golpear con el puño la puerta de la celda. Una llave giró en la cerradura, y momentos después la pesada puerta de acero se abrió.

—Señor Redmayne —dijo Danny sin alzar la voz. Alex se volvió hacia su cliente—. Es usted una joya, y estoy orgulloso de que me haya defendido usted y no el señor Pearson. La puerta se cerró con estrépito.

Nunca te impliques emocionalmente en un caso, le había aconsejado su padre con frecuencia. Aunque Alex no había dormido la noche anterior, prestó toda su atención a cada palabra que pronunció el juez durante sus conclusiones de cuatro horas.

El resumen del juez Sackville fue magistral. En primer lugar, pasó revista a todas las cuestiones de derecho que se aplicaban al caso. A continuación, procedió a ayudar al jurado a repasar las pruebas, punto por punto, con la intención de dotar de coherencia, lógica y sencillez al caso, para que pudieran seguirlo. No exageró ni se mostró parcial en ningún momento, y solo ofreció un punto de vista imparcial a la consideración de los siete hombres y cinco mujeres.

Aconsejó que debían tomarse muy en serio la declaración de los tres testigos que habían afirmado de manera inequívoca que solo el señor Craig había salido del bar para ir al callejón, y solo después de oír el grito de la mujer. Craig había declarado bajo juramento que había visto cómo el acusado apuñalaba varias veces a Wilson, y después regresaba al bar para llamar a la policía.

La señorita Wilson, por su parte, contaba una versión diferente, y afirmaba que fue el señor Craig quien había arrastrado a sus acompañantes a una pelea, y fue él quien debió de apuñalar al señor Wilson. Sin embargo, ella no había sido testigo del asesinato; solo contaba lo que su hermano le había dicho antes de morir.

—Si aceptan esta versión de los acontecimientos —dijo el juez—, tal vez se pregunten por qué el señor Craig se puso en contacto con la policía, y quizá más importante aún: por qué, cuando el oficial de policía Fuller le interrogó en el bar unos veinte minutos después, no había rastros de sangre en la ropa que llevaba.

Alex maldijo para sus adentros.

—Miembros del jurado —continuó el juez Sackville—, nada en el pasado de la señorita Wilson indica que no sea una ciudadana honrada y decente. Sin embargo, tal vez piensen que su declaración está condicionada por su devoción y lealtad a Cartwright, con quien piensa casarse si es declarado no culpable. Pero eso no debe influir en su decisión. Deben dejar de lado la compasión que puedan sentir porque la señorita Wilson esté embarazada. Su responsabilidad consiste en sopesar las pruebas del caso y prescindir de elementos secundarios irrelevantes.

El juez prosiguió subrayando que Cartwright carecía de antecedentes criminales, y que durante los últimos once años había trabajado en la misma empresa. Advirtió al jurado de que no debía extraer excesivas conclusiones del hecho de que Cartwright no hubiera prestado declaración. Era su prerrogativa, explicó, aunque su decisión podía dejar perplejo al jurado, si no tenía nada que ocultar.

Una vez más, Alex maldijo su falta de experiencia. Lo que había sido una ventaja cuando pilló a Pearson por sorpresa, y hasta había provocado que el CPS ofreciera una sentencia menor por una declaración de culpabilidad; ahora se volvía contra él.

El juez concluyó aconsejando al jurado que no tuviera prisa. Al fin y al cabo, subrayó, estaba en juego el futuro de un hombre. Sin embargo, no debían olvidar que otro hombre había perdido su vida, y si Danny Cartwright no había asesinado a Bernie Wilson, podían plantearse la pregunta de quién había cometido el crimen.

A las dos y doce minutos, el jurado salió de la sala para empezar las deliberaciones. Durante las siguientes dos horas, Alex procuró no reprenderse por haber evitado que Danny subiera al estrado. ¿Obraba en poder de Pearson, como había insinuado su padre, más material comprometedor que les habría pillado por sorpresa? ¿Habría sido capaz Danny de convencer al jurado de que no había asesinado a su mejor amigo? Preguntas ociosas a las que Alex, no obstante, continuaba dando vueltas mientras esperaba a que el jurado regresara.

Pasaban de las cinco cuando los siete hombres y cinco mujeres volvieron a la sala y ocuparon sus asientos. Alex no logró interpretar su semblante inexpresivo.

—Miembros del jurado —dijo el juez Sackville—, ¿han alcanzado un veredicto? El portavoz se levantó de su nuevo asiento, al final de la primera fila.

—No, señoría —contestó, leyendo un escrito preparado—. Todavía estamos examinando las pruebas, y necesitaremos más tiempo para llegar a una decisión. El juez asintió y dio las gracias al jurado por su diligencia.

—Ahora voy a enviarles a casa, para que puedan descansar antes de continuar sus deliberaciones mañana por la mañana. No obstante —añadió—, recuerden que, una vez abandonen esta sala, no podrán hablar del caso con nadie, ni siquiera con sus familiares.

Alex volvió a su pequeño piso de Pimlico y pasó una segunda noche de insomnio.

Alex volvió a la sala y se sentó en su sitio a las diez menos cinco de la mañana siguiente. Pearson le saludó con una sonrisa cordial. ¿Le habría perdonado el vejete su emboscada, o solo confiaba en el desenlace? Mientras esperaban a que el jurado regresara, hablaron de rosas, de criquet, incluso de quién iba a ser el candidato más probable a la alcaldía de Londres, pero en ningún momento se refirieron al juicio que había ocupado todo su tiempo durante las dos últimas semanas.

Los minutos se transformaron en horas. Como no parecía probable que el jurado regresara antes de la una, el juez permitió que todo el mundo saliera una hora para comer. Mientras Pearson iba a la cantina de la última planta, Alex dedicó el rato a pasear de un lado a otro del pasillo de la sala número cuatro. Los jurados de un caso de asesinato suelen tardar un mínimo de cuatro horas en alcanzar un veredicto, le había dicho su padre por teléfono aquella mañana, por temor a que se insinuara que no se habían tomado su responsabilidad en serio.

A las cuatro y ocho minutos, el jurado regresó a su sitio, y Alex observó que sus rostros ya no eran inexpresivos, sino que transmitían perplejidad. El juez Sackville no tuvo otro remedio que enviarles a dormir a casa por segunda noche consecutiva.

A la mañana siguiente, Alex solo había paseado arriba y abajo de los pasillos de mármol durante una hora, cuando un ujier salió de la sala.

—El jurado vuelve a la sala número cuatro —gritó.

Una vez más, el portavoz leyó una declaración preparada.

—Señoría —empezó, sin levantar ni un momento los ojos de la hoja de papel, que temblaba levemente en su mano—, pese a las muchas horas de deliberaciones, hemos sido incapaces de llegar a una decisión unánime, y deseamos que nos asesore sobre cómo proceder.

—Comprendo su problema —contestó el juez—, pero debo pedirles que intenten una vez más llegar a una decisión unánime. Me resisto a convocar un nuevo juicio, y a que el tribunal repita el mismo procedimiento por segunda vez.

Alex inclinó la cabeza. Habría aceptado un nuevo juicio. Si le concedían una segunda oportunidad, no le cabía la menor duda de que... El jurado salió sin decir palabra y ya no volvió a aparecer en toda la mañana.

Alex estaba solo en un rincón del restaurante del tercer piso. Dejó que se le enfriara la sopa y removi6 la ensalada de un lado a otro del plato, antes de volver al pasillo y continuar sus paseos rituales.

A las tres y doce minutos, se oyó un anuncio por los altavoces.

—Todas las partes en el caso Cartwright hagan el favor de volver a la sala número

cuatro; el jurado ha vuelto.

Alex se sumó a un grupo de personas que recorrían a toda prisa el pasillo y entraban en la sala. Una vez acomodados, el juez volvió a aparecer y dio instrucciones al ujier de que llamara al jurado. Cuando entró en la sala, Alex observó que uno o dos parecían afligidos.

El juez se inclinó hacia delante.

—¿Han llegado a un veredicto unánime? —preguntó al portavoz.

—No, señorita —fue la respuesta inmediata.

—¿Cree que podrían llegar a un veredicto unánime si les concedo un poco más de tiempo?

—No, señorita.

—¿Les sería de ayuda que tomara en consideración un veredicto por mayoría, lo cual significa que al menos diez de ustedes deben estar de acuerdo?

—Eso solucionaría el problema, señorita —contestó el portavoz.

—En tal caso, les pido que vuelvan a reunirse y traten de llegar a un veredicto. El juez cabeceó en dirección al ujier, quien condujo al jurado fuera de la sala.

Alex estaba a punto de levantarse y continuar sus paseos, cuando Pearson se inclinó hacia él.

—No te muevas de aquí, muchacho. Tengo la sensación de que no tardarán en regresar. Alex se sentó en el extremo del banco.

Tal como Pearson había pronosticado, el jurado volvió pocos minutos después. Alex se giró hacia Pearson, pero antes de que pudiera hablar, su veterano colega le dijo:

—No hagas preguntas, muchacho. Jamás he sido capaz de comprender los mecanismos del jurado, pese a llevar casi treinta años de profesión. Alex se puso a temblar cuando el ujier se levantó.

—Que el portavoz se ponga en pie, por favor —dijo.

—¿Han llegado a un veredicto? —preguntó el juez.

—Sí, señorita —contestó el portavoz.

—¿Hay una mayoría?

—Sí, señorita, una mayoría de diez contra dos.

El juez asintió en dirección al ujier, que inclinó la cabeza.

—Miembros del jurado —dijo—, ¿consideran al acusado Daniel Arthur Cartwright, culpable o no culpable de asesinato? Aunque a Alex se le antojó una eternidad, el portavoz apenas tardó unos segundos en contestar.

—Culpable —dijo el portavoz.

Una exclamación ahogada se elevó de la sala. La primera reacción de Alex fue mirar a Danny. No mostraba la menor emoción. Entre el público se oyeron gritos de «¡No!», y sollozos.

En cuanto se hizo orden en la sala, el juez se enzarzó en un largo preámbulo antes de dictar sentencia. Las únicas palabras que quedaron grabadas a fuego en la mente

de Alex fueron «veintidós años», lo que equivalía a una cadena perpetua.

Su padre le había dicho que jamás debía permitir que un veredicto le afectara. Al fin y al cabo, solo un acusado de cada cien era condenado erróneamente. Alex estaba convencido de que Danny Cartwright era ese uno de entre cien.

SEGUNDA PARTE

LA CÁRCEL

— **B**ienvenido otra vez, Cartwright. —Danny miró al funcionario de prisiones sentado detrás del mostrador de recepción, pero no contestó. El hombre miró el pliego de cargos—. Veintidós años. —El señor Jenkins suspiró. Hizo una pausa—. Sé cómo debes de sentirte, porque ese es justo el tiempo que llevo prestando servicios. —Danny siempre había pensado que el señor Jenkins era viejo. ¿Ese será mi aspecto dentro de veintidós años?, se preguntó—. Lo siento, muchacho —dijo el funcionario, un sentimiento que no expresaba con frecuencia.

—Gracias, señor Jenkins —contestó Danny en voz baja.

—Ahora que ya no estás en prisión preventiva —dijo Jenkins—, no tienes derecho a una celda individual. —Abrió una carpeta, que estudió durante un rato. En la cárcel todo va despacio. Recorrió con el dedo una larga columna de nombres y se detuvo en un recuadro vacío—. Voy a ponerte en el bloque 3 celda número uno-dos-nueve. —Consultó los nombres de los actuales ocupantes—. Deberían ser una compañía interesante —señaló sin más explicaciones, antes de cabecear en dirección al joven funcionario que estaba a su lado.

—Date prisa, Cartwright, y sígueme —dijo el funcionario, al que Danny no había visto nunca.

Danny siguió al funcionario por un largo pasillo de ladrillo, pintado en un tono malva que para ningún otro establecimiento se habría comprado a granel. Se detuvieron ante una doble puerta de barrotes. El guardia eligió una llave de la cadena que colgaba alrededor de su cintura, abrió la primera puerta y dejó pasar a Danny.

Le siguió, cerró la puerta y abrió la segunda. Entraron en un pasillo pintado de verde, señal de que habían llegado a una zona segura. Todo en la cárcel estaba codificado por colores.

El guardia acompañó a Danny hasta que llegaron a otra puerta doble. Este proceso se repitió cuatro veces más, hasta que Danny llegó al bloque 3. No costaba comprender por qué nadie había escapado jamás de Belmarsh. El color de las paredes había virado de malva a azul, pasando por el verde, cuando el carcelero de Danny le entregó a un responsable de unidad que llevaba el mismo uniforme azul, la misma camisa blanca, la misma corbata negra, y exhibía la inevitable cabeza afeitada para demostrar que era tan duro como cualquiera de los reclusos.

—Bien, Cartwright —dijo su nuevo carcelero en tono desenvuelto—, esta será tu casa durante los próximos ocho años, como mínimo, de modo que será mejor que te adaptes y te acostumbres a ella. Si no nos causas problemas, nosotros tampoco te los causaremos. ¿Entendido?

—Entendido, jefe —repitió Danny, utilizando el título que todos los presos daban a un guardia al que no conocían.

Cuando Danny subió la escalera de hierro hasta el primer piso no se cruzó con ningún recluso. Todos estaban encerrados, como casi siempre, a veces las

veinticuatro horas del día. El nuevo guardia comprobó el nombre de Danny en la hoja informativa y rio cuando vio la celda que le habían adjudicado.

—Es evidente que el señor Jenkins tiene sentido del humor —dijo cuando se detuvieron ante la celda número 129.

Seleccionó otra llave de otro llavero, esta vez una lo bastante pesada para abrir la cerradura de una puerta de hierro de cinco centímetros de espesor. Danny entró, y la pesada puerta se cerró con estrépito a su espalda. Miró con suspicacia a los dos reclusos que ya ocupaban la celda.

Un hombre corpulento estaba tumbado, medio dormido, en una cama individual, de cara a la pared. Ni siquiera miró al recién llegado. El otro hombre estaba sentado a una mesa pequeña, escribiendo. Dejó el bolígrafo, se levantó y extendió una mano, que Danny estrechó sorprendido.

—Nick Moncrieff —se presentó, en un tono más propio de un guardia que de un recluso—. Bienvenido a tu nuevo domicilio —añadió con una sonrisa.

—Danny Cartwright —contestó Danny, al tiempo que estrechaba su mano. Miró el catre desocupado.

—Como eres el último en llegar, te toca la litera de arriba —dijo Moncrieff—. Te corresponderá la de abajo dentro de dos años. Por cierto —añadió, y señaló al gigante tumbado en la otra cama—, ese es Big Al. —El otro compañero de celda de Danny parecía unos años mayor que Nick. Big Al gruñó, pero no se molestó en volverse para ver quién era el nuevo—. Big Al no habla mucho, pero cuando llegas a conocerle cae bien —informó Moncrieff—. Tardé seis meses, pero quizá tú tendrás más éxito.

Danny oyó que la llave giraba en la cerradura, y la pesada puerta se abrió de nuevo.

—Sígueme, Cartwright —pidió una voz.

Danny salió de la celda y siguió a otro guardia, al que no había visto nunca. ¿Habrían decidido las autoridades encerrarle en otra celda?, se preguntó. Bajaron la escalera de hierro, siguieron otro pasillo y atravesaron otra doble puerta de barrotes, hasta detenerse ante una puerta con el cartel de almacén. El guardia llamó con firmeza a las pequeñas puertas dobles, que abrieron desde dentro.

—CK4802 Cartwright —dijo el guardia, al tiempo que comprobaba el pliego de cargos.

—Desnúdate —ordenó el responsable del almacén—. No volverás a llevar esa ropa —miró el pliego de cargos— hasta el año 2022. Se rio de su broma, que hacía cinco veces al día. Solo cambiaba el año.

Una vez Danny se hubo desnudado, le dieron un par de calzoncillos (a rayas rojas y blancas), dos camisas (a rayas azules y blancas), unos vaqueros (azules), dos camisetas (blancas), un jersey (gris), una chaqueta de trabajo (negra), dos pares de calcetines (grises), un par de pantalones cortos (azul gimnasio), dos camisetas sin mangas (blanco gimnasio), dos sábanas (de nailon, verdes), una manta (gris), una funda de almohada (verde) y una almohada (circular, dura).

Solo le permitieron conservar las zapatillas deportivas, lo único con lo que los presos podían manifestar su gusto por determinadas modas.

El responsable del almacén recogió toda la ropa de Danny y la metió dentro de una bolsa de plástico grande, escribió el nombre Cartwright CK4802 en una pequeña etiqueta y cerró la bolsa. Después, entregó a Danny una bolsa de plástico más pequeña que contenía una pastilla de jabón, un cepillo de dientes, una navaja de afeitar de plástico desechable, una toallita (verde), una toalla de manos (verde), un plato de plástico (gris), un cuchillo de plástico, un tenedor de plástico y una cuchara de plástico. Marcó varias casillas en un formulario verde, dio media vuelta, señaló una línea con el índice y entregó a Danny un boli mordisqueado sujeto a la mesa por una cadena. Danny hizo un garabato ilegible.

—Te presentarás cada jueves por la tarde en el almacén entre las tres y las cinco —dijo el responsable—, y te daremos una muda. Cualquier desperfecto se te descontará del sueldo semanal. Y yo decido qué cantidad —añadió, antes de cerrar las puertas de golpe.

Danny recogió las dos bolsas de plástico y siguió al guardia por el pasillo hasta su celda. Le encerraron momentos después, sin haber intercambiado ni una sola palabra. No parecía que Big Al se hubiera movido durante su ausencia, y Nick seguía sentado a la mesa, escribiendo.

Danny subió a la litera de arriba y se tumbó sobre el colchón lleno de bultos. Durante los seis meses de prisión preventiva le habían permitido llevar su ropa, pasear por la planta baja, charlar con los demás reclusos, ver la televisión, jugar a *ping-pong*, hasta comprar alguna Coca-Cola y algún bocadillo en la máquina expendedora... pero eso se había terminado. Ahora estaba condenado a cadena perpetua, y por primera vez estaba descubriendo qué significaba perder la libertad.

Danny decidió hacer la cama. Lo hizo con parsimonia, pues estaba empezando a descubrir las interminables horas que tiene cada día, los minutos de cada hora y los segundos de cada minuto cuando estás encerrado en una celda de tres y medio por dos y medio, con dos desconocidos que comparten tu espacio, y uno de ellos es grande.

Una vez hecha la cama, Danny volvió a tumbarse y miró el techo. Una de las pocas ventajas de ocupar la litera de arriba consiste en que tu cabeza queda frente a la diminuta ventana con barrotes: la única prueba de que existe un mundo exterior. Danny vio entre los barrotes los otros tres bloques que componían el recinto, el patio de ejercicios y varios muros altos coronados de alambre de espino, que se extendían hasta perderse de vista. Danny contempló el techo. Sus pensamientos se concentraron en Beth. No le habían dejado despedirse de ella.

La semana siguiente, y durante las próximas mil semanas, estaría encerrado en ese agujero. Su única posibilidad de escapar era interponer un recurso de apelación. El señor Redmayne ya le había advertido que tardaría al menos un año. Los tribunales estaban saturados, y cuanto más larga era la sentencia, más tenías que esperar a que

se viera la apelación. Un año sería tiempo más que suficiente para que el señor Redmayne reuniera todas las pruebas necesarias para demostrar su inocencia, ¿verdad?

Momentos después de que el juez Sackville dictara sentencia, Alex Redmayne abandonó la sala y recorrió un pasillo alfombrado y con papel pintado en las paredes, sembrado de fotos de exjueces. Llamó a la puerta de los aposentos de otro juez, entró, se derrumbó en una confortable butaca delante del escritorio de su padre y pronunció una sola palabra.

—Culpable.

El juez Redmayne se dirigió al bar.

—Más vale que te vayas acostumbrando —dijo, mientras descorchaba la botella que había elegido aquella mañana, ganara o perdiera—, porque puedo decirte que, desde la abolición de la pena de muerte, se ha condenado a muchos más presos acusados de asesinato y, casi sin excepciones, el jurado estaba en lo cierto. —Sirvió dos copas de vino y tendió una a su hijo—. ¿Continuarás representando a Cartwright cuando se vea su apelación?

—Sí, por supuesto —dijo Alex, sorprendido por la pregunta de su padre. El anciano frunció el ceño.

—Entonces, solo puedo desearte buena suerte, porque si Cartwright no lo hizo, ¿quién fue?

—Spencer Craig —replicó Alex sin la menor vacilación.

A las cinco, la pesada puerta de hierro volvió a abrirse, acompañada por el grito: «¡Asociación!», emitido por un hombre cuya ocupación anterior solo había podido ser sargento mayor en el ejército.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, todos los presos salieron de sus celdas. Podían pasar el rato de dos maneras. Algunos, como hizo Big Al, bajaban a la espaciosa zona de la planta baja. Allí se derrumbó delante de la televisión, en una gran butaca de cuero que ningún otro recluso habría osado ocupar, mientras los demás jugaban al dominó, con tabaco como única moneda con la que apostar. Si, por otra parte, deseabas desafiar a los elementos, podías salir; al patio de ejercicios.

A Danny lo registraron de pies a cabeza antes de salir del bloque y entrar en el patio. En Belmarsh, como en todas las prisiones, corría la droga y estaba llena de camellos, que se dedicaban frenéticamente a su negocio durante el único momento del día en el que los presos de los cuatro bloques podían ponerse en contacto. El sistema de pago era sencillo y aceptado por todos los adictos. Si querías una dosis (hachís, cocaína, *crack* o heroína), informabas al camello del ala de tus necesidades, y le dabas el nombre de la persona del exterior que se reuniría con su contacto. En cuanto el dinero cambiaba de manos, la mercancía aparecía uno o dos días después. Con cien presos preventivos que entraban y salían de la cárcel para ir al tribunal cada mañana, había cien oportunidades de entrar la mercancía. Pillaban a algunos con las manos en la masa, lo cual acarreaba un alargamiento de la condena, pero las recompensas económicas eran tan elevadas que siempre había algún imbécil que aceptaba correr el riesgo.

Danny nunca había manifestado el menor interés por las drogas. Ni siquiera fumaba. Su entrenador de boxeo le había advertido que nunca le dejarían volver a subir al cuadrilátero si le sorprendían tomando drogas.

Empezó a correr por el perímetro del patio, una extensión de hierba del tamaño de un campo de fútbol. Mantuvo un ritmo rápido, pues sabía que esta sería la única ocasión que tendría de hacer ejercicio, aparte de las dos visitas semanales a un abarrotado gimnasio. Miró el muro de nueve metros que rodeaba el patio de ejercicios. Aunque estaba coronado de alambre de espino, eso no impidió que pensara en escapar. ¿Cómo, si no, iba a vengarse de los cuatro hijos de puta responsables de que le hubieran robado la libertad?

Adelantó a varios presos que caminaban a un paso más sosegado. Nadie le adelantó. Observó una figura solitaria que corría delante de él, siempre a la misma velocidad. Tardó un poco en darse cuenta de que era Nick Moncrieff, su compañero de celda, que estaba en tan buena forma como él. ¿Qué podía haber hecho un tipo como aquel para acabar entre rejas?, se preguntó Danny. Recordó la vieja regla de la cárcel: nunca preguntes a otro recluso por qué ha acabado aquí. Espera siempre a que sea él quien te dé la información.

Danny miró a su derecha y vio a un pequeño grupo de presos negros que estaban tendidos sobre la hierba, con el pecho desnudo, tomando el sol como si estuvieran de vacaciones en España. Beth y él habían pasado quince días en Weston-super-Mare el verano pasado, donde hicieron el amor por primera vez. Bernie les había acompañado; pasaba cada noche con una chica diferente, que ya había desaparecido con la primera luz del día. Danny no había mirado a otra mujer desde que había visto a Beth en el taller.

Cuando Beth le dijo que estaba embarazada, Danny se quedó sorprendido y entusiasmado por la noticia. Incluso pensó en proponerle que fueran a la oficina del registro civil más cercana y compraran una licencia de matrimonio. Pero sabía que Beth no aceptaría, ni tampoco su madre. Al fin y al cabo, las dos eran católicas, y por tanto debían casarse en St. Mary, como los padres de ambos. El padre Michael no esperaba menos de ellos.

Por primera vez, Danny se preguntó si debería plantearle la ruptura del compromiso. Al fin y al cabo, ninguna chica podía esperar veintidós años. Decidió que no tomaría la decisión hasta conocer el resultado de la apelación.

Beth no había dejado de llorar desde que el portavoz había leído el veredicto del jurado. Ni siquiera le permitieron que diera un beso de despedida a Danny, antes de que dos agentes se lo llevaran a las celdas. Su madre intentó consolarla camino de casa, pero su padre no dijo nada.

—Esta pesadilla acabará por fin cuando se vea la apelación —dijo su madre.

—No cuentes con ello —dijo el señor Wilson cuando entró en Bacon Road.

Una sirena anunció que los cuarenta y cinco minutos de Asociación habían terminado. Los presos fueron conducidos a toda prisa a sus celdas, un bloque tras otro.

Big Al ya estaba dormitando en su catre cuando Danny volvió a la celda. Nick llegó instantes después, y la puerta se cerró con estrépito a su espalda. No volverían a abrirla hasta la cena: otras cuatro horas.

Danny subió a su litera, mientras Nick regresaba a la silla de plástico y a la mesa de formica. Estaba a punto de ponerse a escribir de nuevo, cuando Danny preguntó:

—¿Qué estás escribiendo?

—Llevo un diario de todo lo que sucede durante mi estancia en la cárcel —contestó Nick.

—¿Para qué quieres acordarte de este vertedero?

—Me ayuda a pasar el rato. Y como quiero ser profesor cuando salga en libertad, es importante mantener la mente despierta.

—¿Te dejarán ser profesor después de pasar aquí una temporada? —preguntó

Danny.

—Habrás leído que hay escasez de profesores —dijo Nick con una sonrisa.

—No leo mucho —admitió Danny.

—Tal vez este sea un buen momento para empezar —dijo Nick, al tiempo que dejaba el bolígrafo.

—No veo cuál sería la ventaja —dijo Danny—, sobre todo si voy a pasar aquí los siguientes veintidós años.

—Pero al menos podrías entender cabalmente las cartas de tu abogado, lo cual te concedería la posibilidad de preparar tu defensa cuando llegue el momento de la apelación.

—¿Vais a dejar de hablar de una vez? —preguntó Big Al con un acento de Glasgow tan fuerte, que Danny apenas pudo entenderlo.

—Poco más se puede hacer —replicó Nick con una carcajada.

Big Al se sentó y sacó una bolsa de tabaco de un bolsillo de sus vaqueros.

—¿Por qué estás en la trena, Cartwright? —preguntó, quebrantando una de las reglas de oro de la cárcel.

—Asesinato —contestó Danny. Hizo una pausa—. Pero me tendieron una trampa.

—Sí, eso dicen todos. —Big Al sacó un librito de papel de fumar del otro bolsillo, extrajo una hoja y depositó un pellizco de tabaco encima.

—Es posible —dijo Danny—, pero yo no lo hice. —No se dio cuenta de que Nick estaba tomando nota de todas sus palabras—. ¿Y tú? —preguntó.

—Yo soy un puto atracador de bancos —respondió Big Al, mientras pasaba la lengua por el borde del papel—. A veces escapo y me hago rico, otras no. El juez me condenó a catorce putos años esta vez.

—¿Desde cuándo estás encerrado en Belmarsh? —preguntó Danny.

—Dos años. Me trasladaron una temporada a una cárcel de régimen abierto, pero decidí fugarme, de modo que no volverán a correr ese riesgo. ¿No tienes fuego?

—No fumo —dijo Danny.

—Ni yo, como bien sabes —añadió Nick, que no dejaba de escribir en su diario.

—Vaya par de inútiles —gruñó Big Al—. Ahora no podré echar una calada hasta después de la cena.

—¿Nunca te trasladarán de Belmarsh? —preguntó Danny con incredulidad.

—Hasta el día en el que salga libre —contestó Big Al—. Una vez has intentado fugarte, te envían a un trullo de máxima seguridad. No es que culpe a esos cabrones. Si me trasladaran, volvería a intentarlo. —Se encajó el cigarrillo en la boca—. De todos modos, solo me quedan tres años —dijo, mientras se tumbaba de cara a la pared.

—¿Y a ti? —preguntó Danny a Nick—. ¿Cuánto te queda?

—Dos años, cuatro meses y once días. ¿Y a ti?

—Veintidós años —respondió Danny—. A menos que gane la apelación.

—Nadie gana la apelación —dijo Big Al—. Una vez te han encerrado, no te

sueltan, de modo que será mejor que te vayas acostumbrando. —Se quitó el cigarrillo de la boca—. O que te cuelgues.

Beth también estaba tumbada en su cama, con la vista clavada en el techo. Esperaría a Danny lo que hiciera falta. No dudaba de que ganaría la apelación, y de que su padre se convencería por fin de que los dos habían dicho la verdad.

El señor Redmayne le había asegurado que continuaría representando a Danny en la apelación, y que no debía preocuparse por los gastos. Danny estaba en lo cierto. El señor Redmayne era una joya. Beth ya había gastado todos sus ahorros y sacrificado sus vacaciones anuales para poder asistir cada día al juicio. ¿De qué servía tener vacaciones si no las pasaba con Danny? Su jefe no habría podido ser más comprensivo, y le dijo que no volviera hasta que el juicio hubiera terminado. Si Danny era declarado no culpable, el señor Thomas le dijo que podría tomarse otros quince días de vacaciones para la luna de miel.

Pero Beth volvería a su mesa el lunes por la mañana, y habría que aplazar la luna de miel un año, como mínimo. Aunque había gastado todos sus ahorros en la defensa de Danny, aún tenía la intención de enviarle un poco de dinero cada mes, pues el sueldo de la cárcel solo era de doce libras a la semana.

—¿Quieres una taza de té, cariño? —gritó su madre desde la cocina.

—¡La cena! —bramó una voz cuando abrieron la puerta por segunda vez aquel día.

Danny recogió el plato y la taza de plástico, y siguió a una multitud de presos que bajaban para sumarse a la cola del calentaplatos. Un guardia, que estaba al frente de la cola, dejaba que los presos se acercaran en grupos de seis.

—Hay más peleas por la comida que por otra cosa —explicó Nick mientras esperaban en la cola.

—Dejando aparte el gimnasio —observó Big Al.

Por fin, Danny y Nick recibieron la orden de acercarse al calentaplatos con cuatro presos más. Detrás del mostrador había cinco presos vestidos con mono blanco y gorro blanco, provistos de guantes de látex.

—¿Qué hay esta noche? —preguntó Nick, al tiempo que extendía el plato.

—Puedes elegir entre salchichas con judías, buey con judías o buñuelos de carne de lata con judías. Elija usted, caballero —dijo uno de los hombres que servían detrás del mostrador.

—Yo tomaré buñuelos de carne de lata sin judías, gracias —dijo Nick.

—Yo tomaré lo mismo, pero con judías —dijo Danny.

—¿Y quién eres tú? —preguntó el que servía—. ¿Su puto hermano?

Danny y Nick rieron al unísono. Aunque eran de la misma estatura, más o menos de la misma edad, y con el uniforme de la cárcel se parecían mucho, ninguno de ellos

se había fijado en la semejanza. Al fin y al cabo, Nick siempre iba afeitado, con cada pelo en su sitio, mientras que Danny solo se afeitaba una vez a la semana, y su pelo, en palabras de Big Al, «parecía una escobilla de váter».

—¿Cómo se puede conseguir un trabajo en la cocina? —preguntó Danny mientras volvían a subir por la escalera de caracol al primer piso. Danny estaba aprendiendo a marchas forzadas que, una vez fuera de la celda, siempre caminabas despacio.

—Debes estar avanzado.

—¿Y cómo consigues avanzar?

—Procura que no den parte de ti —explicó Nick.

—¿Cómo logras eso?

—No insultes a los guardias, sé siempre puntual en el trabajo y nunca te metas en una pelea. Si logras esas tres cosas, dentro de un año habrás avanzado, pero seguirás sin trabajar en la cocina.

—¿Por qué?

—Porque hay otros mil presos en la cárcel —dijo Big Al, que les seguía—, y novecientos quieren trabajar en la cocina. Estás fuera de la celda casi todo el día y puedes elegir el mejor rancho. O sea que ya puedes olvidarlo, Danny.

En la celda, Danny comió en silencio y pensó en la forma más rápida de avanzar. En cuanto Big Al hubo ensartado con el tenedor el último pedazo de salchicha, se levantó, atravesó la celda, se bajó los vaqueros y se sentó en el váter. Danny dejó de comer y Nick desvió la mirada hasta que Big Al tiró de la cadena. Big Al se levantó, se subió los vaqueros, se derrumbó en el extremo de su litera y empezó a liar otro cigarrillo.

Danny consultó su reloj: las seis menos diez. Por lo general, iba a casa de Beth alrededor de las seis. Miró los restos que había dejado en su plato. La madre de Beth hacía las mejores salchichas con puré de patatas de Bow.

—¿Qué otros trabajos hay? —quiso saber.

—¿Aún sigues largando? —preguntó Big Al. Nick rio, mientras Big Al encendía el cigarrillo.

—Podrías conseguir trabajo en el almacén —añadió Nick, o llegar a ser limpiador de ala o jardinero, pero lo más probable es que acabes en la cadena de presos.

—¿La cadena de presos? —preguntó Danny—. ¿Qué es eso?

—Pronto lo averiguarás —contestó Nick.

—¿Y el gimnasio? —preguntó Danny.

—Para eso tienes que haber avanzado —dijo Big Al, y dio una calada al cigarrillo.

—¿Qué trabajo has conseguido tú? —preguntó Danny.

—Haces demasiadas preguntas —replicó Big Al mientras exhalaba el humo, que invadió la celda.

—Big Al es el celador de la enfermería —explicó Nick.

—Eso parece un chollo —dijo Danny.

—Tengo que pulir los suelos, vaciar los váteres, redactar la lista de tareas de la mañana y preparar el té a cada carcelero que visita a la enfermera. No paro de moverme —dijo Big Al—. He avanzado, ¿verdad?

—Un trabajo de mucha responsabilidad —puntualizó Nick, sonriendo—. Debes tener un historial impecable en lo tocante a drogas, y Big Al detesta a los yonquis.

—Desde luego, joder —dijo Big Al—. Y le daré de hostias a cualquiera que intente robar drogas de la enfermería.

—¿Hay otro trabajo que valga la pena? —preguntó Danny desesperado.

—Educación —dijo Nick—. Si decidieras hacer como yo, podrías mejorar tu lectura y tu caligrafía. Además, cobrarías por ello.

—Cierto, pero solo ocho libras a la semana —interrumpió Big Al—. Por los demás trabajos cobras doce. A la mayoría de nosotros no nos gusta que este señorito haga ascos a cuatro libras extra a la semana para tabaco.

Danny apoyó la cabeza sobre la almohada, dura como una piedra, y miró por la diminuta ventana sin cortina. Oyó rap a toda pastilla en una celda cercana, y se preguntó si lograría dormir la primera noche de su condena de veintidós años.

Una llave giró en la cerradura y la pesada puerta de hierro se abrió.

—Cartwright, estás en la cadena de presos. Preséntate al oficial de servicio de inmediato.

—Pero... —empezó Danny.

—Es inútil discutir —dijo Nick cuando el guardia desapareció—. Sígueme; yo te enseñaré la dinámica. Nick y Danny se unieron a una multitud de presos silenciosos que caminaban en la misma dirección.

—Aquí es donde te presentas cada mañana a las ocho —explicó Nick cuando llegaron al final del pasillo—, y te incorporas a tu cuadrilla de trabajo.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Danny, mientras contemplaba un amplio cubículo de cristal hexagonal que dominaba la zona.

—Eso es la burbuja —dijo Nick—. Los carceleros siempre pueden vigilarnos, pero nosotros no podemos verles.

—¿Ahí hay carceleros? —dijo Danny.

—Ya lo creo —contestó Nick—. Unos cuarenta, según me han dicho. Ven todo lo que pasa en los cuatro bloques, de modo que si se produce un motín, o cualquier otro alboroto, entran y solucionan el problema en cuestión de minutos.

—¿Has participado alguna vez en un motín? —preguntó Danny.

—Solo una vez —contestó Nick—, y no fue agradable. Aquí nos separamos. Me voy a educación; la cadena de presos esta en dirección contraria. Si sigues el pasillo verde, llegarás al lugar correcto.

Danny asintió y siguió a un grupo de presos que sabían muy bien adónde iban, aunque su aspecto hosco y el ritmo cansino con el que se desplazaban indicaban que se les ocurrían formas mejores de pasar un sábado por la mañana.

Cuando Danny llegó al final del pasillo, un guardia provisto de la inevitable tablilla condujo a todos los presos hasta el interior de una amplia sala rectangular, del tamaño de una cancha de baloncesto. Dentro había seis mesas largas de formica, con unas veinte sillas de plástico alineadas a cada lado. Las sillas se llenaron enseguida de reclusos, hasta que casi todas quedaron ocupadas.

—¿Dónde me siento? —preguntó Danny.

—Donde quieras —dijo un guardia—. Da igual. Danny encontró un asiento libre y guardó silencio, mientras observaba lo que sucedía a su alrededor.

—Eres nuevo, ¿verdad? —dijo el hombre sentado a su izquierda.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevo ocho años en la cadena de presos. Danny examinó con más detenimiento a aquel hombre, bajo y nervudo, cuya piel era blanca como una hoja de papel. Tenía los ojos azules llorosos y el pelo rubio corto.

—Liam —anunció.

—Danny.

—¿Eres irlandés? —preguntó Liam.

—No, soy *cockney*; nací a unos pocos kilómetros de aquí, pero mi abuelo era irlandés.

—Ya me vale —dijo Liam con una sonrisa.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Danny.

—¿Ves esos presos que se encuentran de pie al final de cada mesa? Son los suministradores. Dejarán un cubo delante de nosotros. ¿Ves esa pila de bolsas de plástico en el otro extremo de la mesa? Pasarán por el centro. Dejamos caer en cada una lo que tengamos en nuestros cubos y la pasamos.

Mientras Liam hablaba, sonó una sirena. Unos reclusos con brazaletes de tela amarilla colocaron cubos de plástico marrón delante de cada preso. El cubo de Danny estaba lleno de bolsas de té. Miró el de Liam, que contenía tarrinas individuales de mantequilla. Las bolsas de plástico se desplazaron con lentitud por la mesa de preso en preso; estos dejaron caer en cada una un paquete de *pjce* Krispies, una tarrina de mantequilla, una bolsa de té y diminutos sobres de sal, pimienta y tarrinas de mermelada. Cuando llegaban al final de la mesa, otro preso amontonaba las bolsas en una bandeja y las llevaba a una sala contigua.

—Las enviarán a otra cárcel —explicó Liam—, y las darán a algún preso durante el desayuno dentro de una semana.

Danny empezó a aburrirse al cabo de unos minutos, y le habrían entrado ganas de suicidarse al final de la mañana, de no ser por los incesantes comentarios de Liam acerca de todo: desde cómo conseguir avanzar hasta cómo acabar en confinamiento solitario, lo cual arrancó carcajadas de todos cuantos le oyeron.

—¿Te he contado que los guardias encontraron un día una botella de Guinness en mi celda? —preguntó.

—No —contestó Danny, obediente.

—Dieron parte, por supuesto, pero no pudieron acusarme.

—¿Por qué? —preguntó Danny, y aunque todos habían oído la historia mil veces, le prestaron toda su atención.

—Le dije al alcaide que un guardia la había puesto en mi celda porque me tenía manía.

—¿Por ser irlandés? —aventuró Danny.

—No, eso ya lo he utilizado muchas veces. Había que buscar algo más original.

—¿Qué dijiste?

—Que el guardia me tenía manía porque yo sabía que era gay y le gustaba, pero siempre le rechazaba.

—¿Era gay? —preguntó Danny.

Varios reclusos estallaron en carcajadas.

—Claro que no, idiota —dijo Liam—, pero lo último que desea un alcaide es una investigación a fondo sobre la orientación sexual de uno de sus guardias. Eso solo significa montañas de papeles, y la suspensión de sueldo del guardia. Todo está

explicado con detalle en las normas de la cárcel.

—¿Qué pasó? —preguntó Danny, mientras dejaba caer otra bolsa de té en otra bolsa de plástico.

—El alcaide retiró los cargos y ese guardia no ha vuelto a aparecer por mi bloque. Danny rio por primera vez desde que había entrado en la cárcel.

—No alces la vista —susurró Liam cuando dejaron delante de Danny otro cubo con bolsas de té. Liam esperó a que el preso provisto de un brazalete de tela amarilla se hubiera llevado los cubos vacíos—. Si alguna vez te cruzas con ese hijo de puta, esfúmate.

—¿Por qué? —preguntó Danny, y vio que el hombre de rostro delgado, cabeza rapada y brazos cubiertos de tatuajes salía de la sala con su carga de cubos vacíos.

—Se llama Kevin Leach. Evítale a toda costa —dijo Liam—. Significa problemas... Graves problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Danny, mientras Leach regresaba al otro extremo de la mesa y empezaba a apilar de nuevo.

—Una tarde llegó pronto del curro y pilló a su mujer en la cama con su mejor amigo. Después de dejarles sin conocimiento, los ató a las barras de la cabecera de la cama y esperó a que despertaran; luego, los apuñaló con un cuchillo de cocina, una vez cada diez minutos. Empezó por los tobillos y continuó subiendo poco a poco, hasta llegar al corazón. Calculan que debieron de transcurrir seis o siete horas hasta que murieron. Dijo al juez que solo intentaba demostrar a la muy puta lo mucho que la quería. —Danny sintió náuseas—. El juez le condenó a cadena perpetua, con la recomendación de que nunca se le concediera la libertad. Saldrá al mundo exterior con los pies por delante. —Liam hizo una pausa—. Me avergüenza decir que es irlandés. Así que ve con cuidado. No pueden añadir ni un día más a su sentencia, de modo que le da igual despedazar a quien sea.

Spencer Craig no era un hombre que adoleciera de falta de confianza en sí mismo, ni a quien entrara pánico cuando le sometían a presión, pero no podía decirse lo mismo de Lawrence Davenport o de Toby Mortimer.

Craig era consciente de que circulaban rumores en los pasillos del Old Bailey referentes al testimonio que había prestado durante el juicio de Cartwright. En aquel momento solo eran habladurías, pero no podía permitir que aquellas habladurías se transformaran en leyenda.

Confiaba en que Davenport no causaría problemas mientras interpretara al doctor Beresford en *La receta*. Al fin y al cabo, adoraba ser idolatrado por millones de admiradores, que le veían cada sábado a las nueve de la noche, además de gozar de los ingresos que le permitían un estilo de vida que ninguno de sus padres, un empleado de aparcamiento y una agente de tráfico de Grimsby, había disfrutado jamás. El riesgo de pasar una temporada en la cárcel por perjurio lo mantenía alerta.

De lo contrario, Craig no vacilaría en recordarle lo que le esperaba en cuanto sus compañeros de prisión descubrieran que era gay.

Toby Mortimer presentaba un tipo distinto de problema. Había llegado a un punto en el que haría casi cualquier cosa por conseguir una dosis. Craig estaba convencido de que, en cuanto Toby se puliera la herencia familiar, sería la primera persona a quien su colega Mosquetero denunciaría.

Solo Gerald Payne seguía firme. Al fin y al cabo, aún confiaba en llegar a ser diputado. Pero la verdad era que pasaría mucho tiempo antes de que los Mosqueteros recuperaran la relación de la que disfrutaban antes del treinta cumpleaños de Gerald.

Beth esperó en la acera hasta estar segura de que no quedaba nadie en el establecimiento. Miró a ambos lados de la calle y entró en la tienda. Se quedó sorprendida de la oscuridad que reinaba en la pequeña estancia, y tardó unos minutos en reconocer a la familiar figura sentada detrás de la reja.

—Qué agradable sorpresa —dijo el señor Isaacs cuando Beth se acercó al mostrador—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito empeñar algo, pero quiero estar segura de que podré recuperarlo.

—No estoy autorizado a vender ningún objeto durante seis meses, como mínimo —dijo el señor Isaacs—, y si necesitara un poco más de tiempo, eso no representaría ningún problema.

Beth vaciló un momento. Después, se quitó el anillo del dedo y lo empujó por debajo de la reja.

—¿Está segura de lo que hace? —preguntó el prestamista.

—No me queda otra alternativa —respondió Beth—. Se acerca la apelación de Danny y...

—Siempre podría adelantarle...

—No —dijo Beth—, eso no sería correcto. El señor Isaacs suspiró. Levantó la lupa y estudió el anillo durante un rato, antes de emitir su opinión.

—Es una pieza excelente —reconoció—, pero ¿por cuánto pensaba empeñarla?

—Cinco mil libras —dijo Beth esperanzada. El señor Isaacs siguió fingiendo que examinaba la piedra, aunque había vendido el anillo a Danny por cuatro mil libras hacía menos de un año.

—Sí —dijo el señor Isaacs al cabo de unos segundos—, me parece un precio justo. Guardó el anillo debajo del mostrador y sacó el talonario.

—¿Puedo pedirle un favor, señor Isaacs, antes de que firme el talón?

—Por supuesto —dijo el prestamista.

—¿Me permitirá tomar prestado el anillo el primer domingo de cada mes?

—¿Tan mal? —preguntó Nick.

—Peor. De no haber sido por Liam el manitas, me habría quedado dormido y habrían dado parte de mí.

—Un tipo interesante ese Liam —dijo Big Al, que se removió un poco, pero sin tomarse la molestia de dar la vuelta—. Todos sus familiares son unos manitas. Tiene seis hermanos y tres hermanas; en cierta ocasión, los hermanos y dos de las hermanas estuvieron enchironados al mismo tiempo. Su puta familia habrá costado ya al contribuyente más de un millón de libras.

Danny rio.

—¿Qué sabes de Kevin Leach? —preguntó a Big Al. Big Al se incorporó como impulsado por un resorte.

—Ni siquiera menciones ese nombre fuera de esta celda. Esta chiflado. Te rebanaría el pescuezo por un Mars, y si alguna vez le cabreas...-Vaciló—. Tuvieron que sacarle del trullo de Garside porque otro recluso le hizo el signo de la victoria.

—Parece un poco exagerado —dijo Nick, mientras tomaba nota de todo cuanto decía Al.

—No después de que Leach le cortara los dos dedos.

—Es lo que los franceses hicieron a los arqueros ingleses en la batalla de Agincourt —dijo Nick, y levantó la vista.

—Muy interesante —comentó Big Al.

Sonó la sirena y las puertas de las celdas se abrieron para dejarles bajar a buscar la cena. Cuando Nick cerró su diario y empujó la silla hacia atrás, Danny observó por primera vez que llevaba una cadena de plata alrededor del cuello.

—Circula un rumor por los pasillos del Old Bailey —dijo el juez Redmayne—, según el cual Spencer Craig tal vez no dijera toda la verdad cuando prestó declaración en el caso Cartwright. Espero que no estés alimentando esa llama.

—No es necesario —replicó Alex—. Ese hombre tiene enemigos más que suficientes, ansiosos de darle a la lengua.

—Sin embargo, como sigues trabajando en el caso, sería imprudente por tu parte compartir tu punto de vista con tus colegas.

—¿Aunque sea culpable?

—Aunque sea el diablo en persona.

Beth escribió su primera carta a Danny al final de la primera semana, con la esperanza de que él pudiera leerla sin problemas. Deslizó en el interior un billete de diez libras antes de cerrar el sobre. Pensaba escribir una vez a la semana, así como ir a verle el primer domingo de cada mes. El señor Redmayne le había explicado que los condenados a cadena perpetua solo pueden recibir una visita al mes durante los primeros diez años.

A la mañana siguiente echó el sobre en el buzón situado al final de Bacon Road, antes de subir al autobús 25, que la llevaría a la City. El nombre de Danny nunca se mencionaba en casa de los Wilson, porque inevitablemente su padre perdía los estribos. Beth se tocó el estómago, y se preguntó qué futuro podía esperar un niño que solo tendría contacto con su padre una vez al mes mientras estuviera en la cárcel. Rezó para que fuera una niña.

—Necesitas un corte de pelo —dijo Big Al.

—¿Qué esperas que haga al respecto? —preguntó Danny—. ... ¿Pedir al señor Pascoe si puedo tomarme libre el próximo sábado por la mañana, para dejarme caer por la peluquería de Sammy, en Mile End Road, como solía hacer?

—No es necesario —dijo Big Al—. Pide hora a Louis.

—¿Y quién es Louis? —preguntó Danny.

—El barbero de la cárcel —contestó Big Al—. Por lo general, suele pelar a cinco reclusos en cuarenta minutos durante la Asociación, pero es tan popular que tal vez tengas que esperar un mes antes de que te toque el turno. Aunque como no vas a ir a ninguna parte durante los próximos veintidós años, eso no debería causarte ningún problema. Pero si quieres colarte, te cobrará tres pitillos por un niquelado, y cinco por un corte de pelo normal. Este caballero —y señaló a Nick, que estaba apoyado contra una almohada de su catre leyendo un libro— apoquina diez pitillos por querer tener aspecto de oficial y caballero.

—Un corte de pelo normal ya me sirve —dijo Danny—, pero ¿qué utiliza? No me apetece que me corten el pelo con un cuchillo y un tenedor de plástico. Nick bajó su libro.

—Louis cuenta con todo el instrumental necesario: tijeras, maquinilla, incluso una navaja.

—¿Cómo se lo monta? —preguntó Danny.

—No se lo monta —dijo Big Al—. Un guardia le da el equipo al empezar la Asociación, y luego lo recoge antes de que volvamos a las celdas. Y antes de que me lo preguntes, si algo faltara, Louis perdería su trabajo y todas las celdas serían registradas de arriba abajo hasta que los guardias lo encontraran.

—¿Es bueno? —preguntó Danny.

—Antes de terminar aquí —explicó Big Al—, trabajaba en Mayfair, cobrando a los iguales de este caballerete cincuenta libras por pelada.

—¿Cómo acaba una persona semejante en el trullo? —preguntó Danny.

—Hurto —dijo Nick.

—Hurto, y una mierda —replicó Big Al—, sodomía, más bien. Le pillaron con los pantalones en los tobillos en Hampstead Heath, y no estaba meando precisamente cuando la policía apareció.

—Pero si los reclusos saben que es gay —dijo Danny—, ¿cómo sobrevive en un

lugar como este?

—Buena pregunta —reconoció Big Al—. En la mayoría de los trullos, cuando un marica se ducha, los reclusos se turnan para darle por el culo, y después lo despedazan miembro a miembro.

—¿Qué les detiene? —preguntó Danny.

—Los buenos barberos no abundan —dijo Nick.

—El caballero tiene razón —coincidió Big Al—. A nuestro último barbero lo enchironaron por agresión con lesiones corporales graves, y los reclusos no estaban relajados cuando blandía una navaja. De hecho, algunos acabaron llevando el pelo muy largo.

Dos cartas para ti, Cartwright —dijo el señor Pascoe, el funcionario del ala, mientras entregaba un par de sobres a Danny—. Por cierto —continuó—, hemos encontrado un billete de diez libras en una de las cartas. El dinero ha sido ingresado en tu cuenta de la cantina, pero dile a tu novia que, en el futuro, debe enviar un giro postal a la oficina del alcaide, y ellos ingresarán el dinero directamente en tu cuenta.

La pesada puerta se cerró con estrépito.

—Han abierto mis cartas —dijo Danny, contemplando los sobres rotos.

—Siempre lo hacen —apuntó Big Al—. También escuchan tus llamadas telefónicas.

—¿Por qué? —preguntó Danny.

—Con la esperanza de pillar a alguien metido en drogas. La semana pasada, cazaron a dos estúpidos hijoputas que planeaban un robo para el día después de ser puestos en libertad.

Danny extrajo la carta del más pequeño de los dos sobres. Como estaba escrita a mano, supuso que era de Beth. La segunda carta estaba mecanografiada, pero no estaba seguro de quién la había enviado. Siguió tumbado en silencio en su catre, meditando sobre el problema, hasta que se rindió.

—Nick, ¿puedes ayudarme a leer las cartas? —dijo en voz baja.

—Puedo y lo haré —contestó Nick.

Danny le pasó las dos cartas. Nick dejó su bolígrafo, sacó primero la carta escrita a mano y miró la firma al pie de la hoja.

—Esta es de Beth —dijo. Danny asintió.

—«Querido Danny —leyó—, solo ha pasado una semana, pero ya te echo mucho de menos. ¿Cómo pudo el jurado cometer una equivocación tan terrible? ¿Por qué no me creyeron? He rellenado los formularios necesarios e iré a visitarte el domingo que viene por la tarde; será la última oportunidad de verte antes de que nazca nuestro hijo. Ayer hablé por teléfono con una funcionarla y fue extremadamente amable. Tus padres están bien y te envían muchos besos, y también mi madre. Estoy segura de que papá se bajará del burro en su momento, sobre todo después de que ganes la apelación. Te echo muchísimo de menos. Te quiero, te quiero, te quiero. Nos vemos el domingo, Beth xxx».

Nick miró a Danny y vio que estaba contemplando el techo.

—¿Quieres que la lea otra vez?

—No.

Nick desdobló la segunda carta.

—Es de Alex Redmayne —dijo—. Qué extraño...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Danny, al tiempo que se incorporaba.

—Los abogados no suelen escribir directamente a sus clientes. Se lo encargan a

los abogados instructores. Por lo visto es privado y confidencial. ¿Estás seguro de que quieres que me entere del contenido de esta carta?

—Léela —dijo Danny.

—«Apreciado Danny, solo unas líneas para ponerte al día sobre tu apelación. He terminado todas las solicitudes necesarias y hoy he recibido una carta de la oficina del Lord Canciller, confirmando que tu nombre ha entrado en la lista. Sin embargo, es imposible saber cuánto tiempo durará el procedimiento, y debo advertirte de que podría prolongarse hasta dos años. Aún estoy siguiendo todas las pistas con la esperanza de que desentierren nuevas pruebas. Volveré a escribir cuando tenga algo más tangible de lo que informar. Te saluda atentamente, Alex Redmayne».

Nick guardó las dos cartas en sus sobres y las devolvió a Danny. Recogió su bolígrafo.

—¿Quieres que conteste a alguna de las dos?

—No —dijo Danny con firmeza—. Quiero que me ayudes a hacerlo yo; que me enseñes a leer y escribir con corrección.

Spencer Craig estaba empezando a pensar que había sido imprudente elegir el Dunlop Arms para la reunión mensual de los Mosqueteros. Había convencido a sus compañeros de que con ello demostraría que no tenían nada que ocultar. Pero ya se estaba arrepintiendo de su decisión.

Lawrence Davenport había esgrimido una pobre excusa para no asistir, afirmando que debía presentarse en una ceremonia de entrega de premios porque le habían nominado mejor actor en una serie.

A Craig no le sorprendió que Toby Mortimer no hiciera acto de presencia. Debía de estar tendido en alguna cuneta, con una aguja hundida en el brazo.

Al menos, Gerald Payne sí apareció, aunque tarde. De haber existido un orden del día de esta reunión, la disolución de los Mosqueteros habría sido probablemente el punto número uno.

Craig vació los restos de la primera botella de Chablis en la copa de Payne y pidió otra.

—Salud —dijo, y alzó su copa.

Payne asintió, menos entusiasta. Ninguno de los dos habló durante un rato.

—¿Tienes idea de cuándo será la apelación de Cartwright? —preguntó Payne por fin.

—No —contestó Craig—. Compruebo las listas, pero no puedo correr el riesgo de llamar a la Oficina de Apelación Penal, por motivos obvios. En cuanto me entere de algo, tú serás el primero en saberlo.

—¿Estás preocupado por Toby? —preguntó Payne.

—No, es el menor de nuestros problemas. Cuando se vea la apelación, ten por seguro que no se encontrará en condiciones de prestar declaración. Nuestro problema

es Larry. Cada vez está más raro, pero la perspectiva de acabar en la cárcel debería mantenerle a raya.

—¿Y su hermana? —preguntó Payne.

—¿Sarah? —dijo Craig—. ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Nada, pero si alguna vez descubriera lo que sucedió en realidad aquella noche, tal vez intentaría convencer a Larry de que su deber es confesar en la vista de la apelación. Al fin y al cabo, es abogada. —Payne tomó un sorbo de vino—. ¿No tuvisteis un idilio en Cambridge?

—Yo no lo llamaría un idilio —dijo Craig—. No es mi tipo. Demasiado estrecha.

—No es eso lo que he oído —repuso Payne, como sin darle importancia.

—¿Qué has oído? —preguntó Craig a la defensiva.

—Que ella tiró la toalla porque tenías unas costumbres bastante raras en la cama.

Craig no hizo comentarios, y vació la segunda botella.

—Otra botella, camarero —pidió.

—¿Del noventa y cinco, señor Craig?

—Por supuesto —dijo Craig—. Solo lo mejor para mi amigo.

—No hace falta que desperdicies tu dinero conmigo, colega —dijo Payne.

Craig no se molestó en decirle que daba igual lo que pusiera en la etiqueta, porque el camarero ya había decidido cuánto iba a cobrar por «mantener el pico cerrado», como él decía.

Big Al estaba roncando, emitiendo un sonido que Nick había descrito en su diario como una mezcla entre el de un elefante bebiendo y el de la sirena de niebla de un barco. Nick conseguía dormir pese a la música rap que llegaba desde las celdas cercanas, pero aún no había conseguido acostumbrarse a los ronquidos de Big Al.

Estaba despierto, pensando en la decisión de Danny de abandonar la cadena de presos y sumarse a educación con él. No había tardado mucho tiempo en darse cuenta de que, si bien Danny poseía escasos estudios, era el alumno más brillante que había tenido durante los últimos dos años.

Danny se mostraba voraz ante su nuevo desafío, aunque no tuviera ni idea del significado de esa palabra. No desperdiciaba un momento, siempre haciendo preguntas y pocas veces satisfecho con las respuestas. Nick había leído acerca de profesores que descubrían que sus alumnos eran más inteligentes que ellos, pero no había esperado encontrarse con ese problema en la cárcel. Además, Danny no le permitía relajarse al acabar el día. En cuanto la puerta de la celda se cerraba por la noche, ya estaba sentado en el extremo de la litera de Nick, pidiendo más respuestas a sus preguntas. Particularmente en dos materias, matemáticas y deportes, Nick descubrió enseguida que Danny ya sabía más que él. Poseía una memoria enciclopédica, de modo que Nick no necesitaba consultar el Wisden^[4] ni el Manual de la Asociación de Fútbol. Tal vez no fuera culto, pero contaba con conocimientos

muy básicos de aritmética, y tenía un dominio de los números que Nick jamás podría alcanzar.

—¿Estás despierto? —preguntó Danny, interrumpiendo los pensamientos de Nick.

—Big Al siempre logra que nadie duerma en tres celdas a la redonda —respondió Nick.

—Estaba pensando que, desde que me apunté a educación, he hablado muchas cosas de mí, pero no sé casi bastante de ti.

—He «contado», y no sé casi «nada». No lo olvides.

—Contado. Nada —repitió Danny.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Nick.

—Para empezar, ¿cómo ha acabado en la cárcel alguien como tú? —Nick no contestó de inmediato—. No me lo digas si no quieres —añadió Danny.

—Fui sometido a un consejo de guerra mientras mi regimiento estaba sirviendo con las fuerzas de la OTAN en Kosovo.

—¿Mataste a alguien?

—No, pero un albanio murió y otro resultó herido debido a un error de juicio por mi parte. —Esta vez fue Danny quien guardó silencio—. Ordenaron a mi pelotón que protegiera a un grupo de serbios acusados de llevar a cabo acciones de limpieza étnica. Durante mi guardia, un grupo de guerrilleros albaneses pasó por delante del recinto disparando al aire sus Kalashnikov, para celebrar la captura de unos serbios. Cuando un coche lleno de guerrilleros se acercó peligrosamente al recinto, advertí a su líder que dejaran de disparar. No me hizo caso, de modo que mi sargento disparó algunos tiros de advertencia; el resultado fue que dos de ellos acabaran con heridas de bala. Más tarde, uno murió en el hospital.

—Pero tú no mataste a nadie —dijo Danny.

—No, pero era el oficial al mando.

—¿Y te cayeron ocho años por eso? —Nick no hizo comentarios—. Una vez pensé en alistarme en el ejército —dijo Danny.

—Habrías sido un gran soldado.

—Pero Beth se opuso. —Nick sonrió—. Dijo que no le gustaría que pasara en el extranjero tanto tiempo; además, ella siempre se preocupa por mi seguridad. Muy irónico.

—Buen uso de la palabra «irónico» —aprobó Nick.

—¿Cómo es que no te embían cartas?

—¿Cartas? No, no me las envían.

—¿Por qué no te embían cartas? —preguntó Danny.

—¿Cómo deletreas «envían»?

—E-m-b-í-a-n.

—No —dijo Nick—. Intenta recordar, aparte de que va con «v», delante de la «v» siempre va «n». Pero esta noche no te daré más lecciones. —Siguió otro largo

silencio antes de que Nick contestara a la pregunta de Danny—. No he hecho el menor esfuerzo por ponerme en contacto con mi familia desde el consejo de guerra, y ellos no han hecho ningún esfuerzo por ponerse en contacto conmigo.

—¿Ni siquiera tus padres? —preguntó Danny.

—Mi madre murió al dar a luz.

—Lo siento. ¿Tu padre vive todavía?

—Por lo que yo sé, sí, pero era coronel en el mismo regimiento donde yo servía. No me ha dirigido la palabra desde el consejo de guerra.

—Es un poco exagerado, ¿no?

—No creas. El regimiento es toda su vida. Yo debía seguir sus pasos y acabar siendo comandante, no en un consejo de guerra.

—¿Hermanos o hermanas?

—No.

—¿Tíos y tías?

—Un tío, dos tías. El hermano menor de mi padre y su esposa, que viven en Escocia, y otra tía en Canadá, pero ni siquiera la conozco.

—¿Ninguna otra relación?

—Parientes es una palabra más indicada. Relaciones tiene doble significado.

—Parientes.

—No. La única persona a la que quería era mi abuelo, pero murió hace unos años.

—¿Tu abuelo era también oficial del ejército?

—No —rio Nick—. Era pirata.

Danny no rio.

—¿Qué tipo de pirata?

—Vendió armamento a los norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial. Amasó una fortuna, lo suficiente para jubilarse, comprar una enorme finca en Escocia y establecerse como «laird».

—¿«Laird»?

—Líder del clan, amo y señor de todo lo que contempla.

—¿Significa eso que eres rico?

—Por desgracia no —contestó Nick—. Mi padre consiguió despilfarrar casi toda su herencia mientras era coronel del regimiento. «Hay que mantener las apariencias, muchacho», decía a menudo. Lo que quedó se destinó al mantenimiento de la propiedad.

—¿Así que estás sin un penique? ¿Eres como yo?

—No —dijo Nick—. No soy como tú. Tú eres más como mi abuelo. Y tú no habrías cometido la misma equivocación que yo.

—Pero acabé aquí con una condena de veintidós tacos.

—Años. Habla con propiedad.

—Años —repitió Danny.

—Pero al contrario que yo, no deberías estar aquí —dijo Nick sin alzar la voz.

—¿Lo crees así? —dijo Danny, incapaz de disimular su sorpresa.

—No lo creía hasta leer la carta de Beth, y es evidente que el señor Redmayne piensa que el jurado se equivocó.

—¿Qué cuelga de esa cadena que llevas alrededor del cuello? —preguntó Danny.

Big Al despertó sobresaltado, gruñó, bajó de la cama, se bajó los calzoncillos y se sentó en el váter. Cuando tiró de la cadena, Danny y Nick intentaron dormirse antes de que volviera a roncar.

Beth iba en autobús cuando sintió los primeros dolores. El niño no debía nacer hasta dentro de tres semanas, pero supo al instante que debía llegar al hospital más cercano si no quería que su primer hijo naciera en el 25.

—Ayúdenme —gimió, cuando notó la siguiente oleada de dolor.

Intentó levantarse cuando el autobús paró en un semáforo en rojo. Dos mujeres entradas en años sentadas delante de ella se volvieron.

—¿Es lo que yo creo? —preguntó la primera.

—No me cabe la menor duda —dijo la segunda—. Pulsa el timbre, yo la bajaré del autobús.

Nick entregó a Louis diez cigarrillos después de que terminara de sacudir el pelo de sus hombros.

—Gracias, Louis —dijo Nick, como si estuviera hablando a su barbero habitual de Trumper's, en Curzon Street.

—Siempre un placer, caballero —dijo Louis, mientras colocaba una sábana alrededor de su siguiente cliente—. ¿Qué se le ofrece, joven? —preguntó, y pasó los dedos entre el pelo abundante y corto de Danny.

—De entrada, puedes cortar el rollo —dijo Danny, y apartó la mano de Louis—. Después, un corte de pelo normal.

—Como guste —dijo Louis, al tiempo que levantaba la maquinilla y estudiaba el pelo de Danny con más detenimiento. Ocho minutos después, Louis bajaba las tijeras y alzaba un espejo para que Danny se viera la nuca.

—No está mal —admitió Danny.

—Volved a vuestras celdas —gritó una voz—. La Asociación ha terminado.

Danny entregó cinco cigarrillos a Louis, mientras un guardia corría hacia ellos.

—¿Qué va a ser, jefe? ¿Un corte de pelo normal? —preguntó Danny, mientras miraba la cabeza calva del señor Hagen.

—No seas descarado, Cartwright. Vuelve a tu celda y pórtate bien, no sea que presente una queja.

El señor Hagen depositó tijeras, navaja, maquinilla, cepillo y diversos peines en una caja, que cerró con llave y se llevó.

—Hasta dentro de un mes —dijo Louis a Danny, mientras este regresaba a toda prisa a su celda.

—¡Católicos y protestantes! —bramó una voz que se oyó de un lado a otro del pasillo. Danny y Nick estaban esperando junto a la puerta, mientras Big Al roncaba plácidamente, confirmando su enraizada convicción de que si estás dormido no estás en la cárcel. La pesada llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. Danny y Nick se sumaron a una multitud de presos que se dirigían hacia la capilla de la cárcel.

—¿Crees en Dios? —preguntó Danny, mientras bajaban por la escalera de caracol a la planta baja.

—No —dijo Nick—. Soy agnóstico.

—¿Qué es eso?

—Alguien que cree que no podemos saber si existe Dios; en contraposición al ateo, que está convencido de que no existe. De todos modos, es una buena excusa para salir de la celda una hora todos los domingos por la mañana; además, me gusta cantar. Sin embargo, aunque los sermones del capellán son estupendos, da la impresión de que dedica una cantidad de tiempo inusitada al remordimiento.

—¿Capellán?

—Es el término que utiliza el ejército para sacerdote —explicó Nick.

—¿Inusitada?

—Excesiva, desacostumbrada. ¿Y tú? ¿Crees en Dios?

—Sí, antes de que todo esto pasare.

—Pasara —dijo Nick.

—Pasara —repitió Danny—. Yo y Beth somos católicos.

—Beth y yo somos católicos. No se puede decir «yo» en primer lugar.

—Beth y yo somos católicos, así que nos sabemos la Biblia casi de memoria, aunque yo no la leyerá.

—¿Beth vendrá esta tarde?

—Por supuesto —dijo Danny, y una sonrisa apareció en su cara—. Estoy impaciente por verle.

—Verla —corrigió Nick.

—Verla —repitió Danny.

—¿No te cansa que te esté corrigiendo todo el día?

—Sí —admitió Danny—, pero sé que a Beth le gustará, porque siempre quería que me superara. De todos modos, me enciendo en deseos de que llegue el día en el que pueda corregirte a ti.

—Ardo en deseos.

—Ardo en deseos —repitió Danny cuando llegaron a la entrada de la capilla, donde esperaron haciendo cola a que les cachearan para poder entrar.

—¿Por qué se molestan en registrarnos antes de entrar? —preguntó Danny.

—Porque es una de las escasas ocasiones en la que los presos de los cuatro

bloques pueden congregarse en un mismo lugar, y así gozar de la oportunidad de intercambiar drogas o información.

—¿Congregarse?

—Reunirse. Una iglesia tiene una congregación.

—Deletréalo —pidió Danny.

Llegaron a la cabeza de la cola, donde dos guardias se estaban encargando de los registros, una mujer menuda que tendría más de cuarenta años y debía de haber sobrevivido gracias a una dieta de comida de la cárcel, y un joven que daba la impresión de haber pasado mucho tiempo calentando el banquillo. Parecía que casi todos los presos preferían ser registrados por la mujer.

Danny y Nick entraron en la capilla, otra amplia sala rectangular, pero en este caso llena de largos bancos de madera, colocados de cara a un altar con una cruz plateada. En la pared de ladrillo que se alzaba detrás del altar un enorme mural plasmaba la Última Cena. Nick contó a Danny que lo había pintado un asesino, y que los modelos de los discípulos habían sido reclusos.

—No está mal —dijo Danny.

—Solo porque seas un asesino no quiere decir que no poseas otros talentos —dijo Nick—. Piensa en Caravaggio.

—Creo que no le conozco —admitió Danny.

—Buscad la página ciento veintisiete de vuestro cantoral —dijo el capellán—, y cantaremos todos «He Who Would Valiant Be».

—Te presentaré a Caravaggio en cuanto volvamos a la celda —prometió Nick, mientras el pequeño órgano atacaba los primeros compases.

Mientras cantaban, Nick no pudo precisar si Danny estaba realmente leyendo la letra o si se la sabía de memoria, tras años de asistir a su parroquia...

Nick paseó la vista alrededor de la capilla. No le sorprendió ver que los bancos estaban tan atestados como las gradas de un campo de fútbol un sábado por la tarde. Un grupo de presos acurrucados en la fila de atrás estaban abismados en su conversación, sin ni siquiera tomarse la molestia de abrir los cantorales, mientras intercambiaban información sobre cuáles de los recién llegados necesitaban drogas. Ya habían descartado a Danny como «tierra de nadie». Incluso cuando se arrodillaron no fingieron rezar el padrenuestro. La redención estaba lejos de sus mentes.

La única vez que guardaron silencio fue cuando el capellán pronunció el sermón. Dave —su nombre estaba impreso en mayúsculas en una insignia prendida en su sotana— resultó ser un cura a la antigua usanza; eligió el asesinato como tema del día. Esto arrancó gritos de «¡Aleluya!», en las primeras tres filas, ocupadas sobre todo por bulliciosos afrocaribeños, que parecían saber un par de cosas sobre la cuestión.

Dave invitó a su público cautivo a coger la Biblia y buscar el libro del Génesis, y después les informó de que Caín fue el primer asesino.

—Caín estaba envidioso del éxito de su hermano —explicó por eso decidió

acabar con él.

A continuación, Dave habló de Moisés, quien se había jactado de matar a un egipcio y pensaba que se iría de rositas, pero no fue así, porque Dios le había visto, de modo que fue castigado el resto de su vida.

—No me acuerdo de esa parte —dijo Danny.

—Ni yo —admitió Nick—. Pensaba que Moisés murió plácidamente en su cama a la edad de ciento treinta años.

—Ahora, quiero que busquéis el segundo libro de Samuel —siguió Dave—, donde encontraréis a un rey que fue un asesino.

—Aleluya —gritaron las tres primeras filas, casi al unísono.

—Sí, el rey David fue un asesino —prosiguió Dave—. Se cargó a Urías el hitita, porque deseaba a su mujer, Betsabé. Pero el rey David era muy astuto, y no quería aparecer como responsable de la muerte de su rival, así que, en la siguiente batalla, colocó a Urías en primera línea de combate para que lo mataran. Pero Dios vio lo que estaba tramando y le castigó, porque Dios ve cada asesinato y siempre castiga al que infringe Sus mandamientos.

—Aleluya —corearon las tres primeras filas.

Dave terminó el oficio con las últimas oraciones, en las que las palabras «comprensión» y «perdón» se repetían una y otra vez. Por fin, bendijo a la congregación, seguramente una de las más numerosas de Londres aquella mañana.

—Existe una gran diferencia entre este oficio y el de St. Mary —comentó Danny mientras salían de la capilla—. Aquí no pasan el cepillo.

Les registraron de nuevo al salir, y esta vez tres presos fueron apartados a un lado, antes de llevárselos por el pasillo púrpura.

—¿Qué pasa? —preguntó Danny.

—Van a incomunicación —explicó Nick—. Posesión de drogas. Les caerán al menos siete días en confinamiento solitario.

—No creo que valga la pena —dijo Danny.

—Deben de creer que sí —opinó Nick—, porque te aseguro que, en cuanto salgan, traficarán de nuevo.

Danny se ponía más nervioso a cada minuto que pasaba, pensando que iba a ver a Beth por primera vez desde hacía semanas.

A las dos, una hora antes de que llegaran las visitas, Danny paseaba de un lado a otro de su celda. Se había lavado y planchado la camisa y los vaqueros, y había pasado mucho rato en la ducha lavándose el pelo. Se preguntó cómo iría vestida Beth. Se sentía como el día de la primera cita.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó. Nick frunció el ceño—. ¿Tan horrible?

—Es que...

—¿Qué? —preguntó Danny.

—Creo que Beth habría deseado que te afeitaras.

Danny se miró en el pequeño espejo de acero que había encima del lavabo y echó un vistazo a su reloj.

Una nueva marcha de entrenamiento por otro pasillo, pero esta vez la hilera de presos iba más deprisa. Ningún recluso quería perderse ni un segundo de visita. Al final del pasillo había una sala de espera grande, con un banco de madera atornillado a la pared. Siguió otra larga espera, hasta que empezaron a llamar a los presos por su nombre. Danny mató el tiempo leyendo e intentando comprender los anuncios clavados en la pared. Había varios sobre las drogas y las consecuencias — aplicables tanto a los reclusos como a los visitantes— de intentar pasar cualquier cosa durante las visitas. Otro informaba de la política de la cárcel en lo tocante a los acosos, y un tercero se refería a la discriminación, una palabra difícil para Danny, y cuyo significado desconocía. Tendría que preguntar a Nick en cuanto volviera a la celda, después de la visita.

Había transcurrido casi una hora cuando sonó «Cartwright» por el sistema de megafonía. Danny se puso en pie de un salto y siguió al guardia hasta una diminuta habitación cuadrada, donde le dijeron que subiera a una pequeña plataforma de madera, con las piernas separadas. Otro madero (carcelero) al que nunca había visto le registró con más minuciosidad incluso que cuando le enchironaron (encarcelaron). Big Al le había advertido de que el cacheo sería más escrupuloso de lo acostumbrado, porque los visitantes a menudo intentaban entregar drogas, dinero, navajas, cuchillos e incluso pistolas a los presos durante las visitas.

Una vez terminado el registro, el guardia colocó una banda amarilla alrededor de la parte superior del brazo de Danny para identificarle como preso, no muy distinta del fluorescente que su madre le obligó a llevar cuando aprendió a montar en bicicleta. Después, le condujeron a la sala más grande en la que había estado desde su llegada Belmarsh. Se detuvo ante una mesa elevada sobre una plataforma que se hallaba a un metro del suelo. Otro guardia comprobó una lista.

—Tu visita está esperando en E9 —dijo. Siete hileras de mesas y sillas estaban dispuestas en largas filas, marcadas de la A a la G. Los presos tenían que sentarse en sillas rojas atornilladas al suelo. Los visitantes se sentaban al otro lado de una mesa en sillas verdes, también clavadas al suelo, lo cual facilitaba la vigilancia del personal de seguridad, ayudados por varias cámaras de circuito cerrado que zumbaban desde lo alto. Cuando Danny caminó entre las filas, vio que los guardias observaban atentamente a los presos y a los visitantes desde una galería elevada. Se detuvo cuando llegó a la fila E y buscó a Beth. La vio por fin, sentada en una silla verde. Pese a que tenía su foto pegada con celo en la pared de la celda, había olvidado lo guapa que era. Llevaba un paquete en los brazos, cosa que le sorprendió, pues los visitantes tenían prohibido llevar regalos a los presos.

Se puso en pie de un brinco en cuanto lo vio. Danny aceleró el paso, aunque le habían advertido varias veces que no corriera. La estrechó entre sus brazos, y el paquete lloró. Danny retrocedió y vio a su hija por primera vez.

—Es preciosa —dijo, mientras tomaba a Christy en sus brazos. Miró a Beth—. Voy a salir de aquí antes de que se entere de que su padre estuvo en la cárcel.

—¿Cómo...?

—¿Cuándo...?

Ambos se pusieron a hablar a la vez.

—Lo siento —dijo Danny—. Tú primero. Beth pareció sorprenderse.

—¿Por qué hablas tan despacio?

Danny se sentó en la silla roja y empezó a hablar a Beth de sus compañeros de celda, mientras engullía un Mars y vaciaba una lata de Coca-Cola Light que Beth había comprado en la cantina, lujos de los que no había disfrutado desde que estaba encerrado en Belmarsh.

—Nick me está enseñando a leer y escribir con corrección —le dijo—. Y Big Al me está enseñando a sobrevivir en la cárcel.

Esperó a ver la reacción de Beth.

—Has tenido suerte de ir a parar a esa celda.

Danny no lo había pensado antes, y de pronto comprendió que debía darle las gracias al señor Jenkins.

—¿Cómo van las cosas por Bacon Road? —preguntó, al tiempo que tocaba el muslo de Beth.

—Algunos vecinos están recogiendo firmas para pedir tu puesta en libertad, y han escrito con espray «Danny Cartwright es inocente» en la pared exterior de la estación de metro de Bow Road. Nadie ha intentado borrarlo, ni siquiera el ayuntamiento.

Danny escuchaba las noticias de Beth mientras devoraba tres Mars y bebía dos Coca-Colas más, consciente de que no le dejarían llevar nada a su celda una vez terminara la visita.

Quería abrazar a Christy, pero se había dormido en los brazos de Beth. Ver a la niña había reforzado todavía más su decisión de aprender a leer y escribir bien. Quería ser capaz de contestar a todas las preguntas del señor Redmayne, prepararse para la apelación y sorprender a Beth contestando a sus cartas sin cometer faltas de ortografía.

—Todos los visitantes deben marcharse —anunció una voz por el sistema de megafonía.

Mientras consultaba el reloj de pared, Danny se preguntó adónde había ido a parar la hora más corta de su vida. Se levantó lentamente del asiento, tomó a Beth en sus brazos y la besó con dulzura. No recordó que este era el método más común utilizado por los visitantes para pasar drogas a sus colegas, ni que el personal de seguridad les estaría vigilando con suma atención. Algunos presos hasta tragaban las drogas para que no las descubrieran cuando les registraban antes de regresar a sus celdas.

—Adiós, cariño —dijo Beth cuando la soltó por fin.

—Adiós —dijo Danny, desesperado—. Ay, casi me olvido añadió, y extrajo un

papel del bolsillo de los vaqueros. Apenas le había entregado el mensaje, cuando un guardia apareció a su lado y se apoderó de él.

—No puedes intercambiar nada durante la visita, Cartwright.

—Pero es solo... —empezó Danny.

—No hay pero que valga. Es hora de que se vaya, señorita.

Danny vio cómo se alejaba Beth, cargada con su hija. Sus ojos las siguieron hasta que desaparecieron de la vista.

—Tengo que salir de aquí —dijo en voz alta.

El guardia desdobló la nota y leyó las primeras palabras que Danny Cartwright había escrito a Beth: «Pronto volveremos a estar juntos». El guardia compuso una clara expresión de preocupación.

—¿Corte de pelo normal? —preguntó Louis cuando el siguiente cliente ocupó la silla de la barbería.

—No —susurró Danny—. Quiero que mi pelo se parezca al de tu último cliente.

—Eso tiene un precio —dijo Louis.

—¿Cuánto?

—Igual que a Nick, diez pitillos al mes.

Danny sacó un paquete de Marlboro, todavía sin abrir, de los vaqueros.

—Hoy, y un mes por adelantado —dijo Danny—, si haces bien el trabajo. El barbero sonrió cuando Danny metió los cigarrillos en su bolsillo.

Louis rodeó lentamente la silla; de vez en cuando se detenía para examinar. Finalmente dio su opinión.

—Lo primero que debes hacer es dejarte crecer el pelo y lavarlo dos o tres veces por semana —dijo—. Nick nunca tiene un pelo fuera de sitio, y se le riza un poco en la nuca —añadió, mientras se paraba detrás de él—. También tendrás que afeitarte cada día. Y cortarte un poco más las patillas, si quieres parecer un caballero. —Después de otro vistazo, añadió—: Nick lleva la raya a la izquierda, no a la derecha, así que ese será el primer cambio que haré. Además, su pelo es algo más claro que el tuyo, pero eso se soluciona con un poco de zumo de limón.

—¿Cuánto tiempo tardará? —preguntó Danny.

—Seis meses, no más, pero tendré que verte una vez al mes, como mínimo —añadió.

—No voy a ir a ningún sitio —dijo Danny—, así que resérvame el primer lunes de cada mes, porque el trabajo tiene que estar terminado cuando se celebre la apelación. Por lo visto, mi abogado cree que es importante el aspecto cuando estás en el banquillo de los acusados, y quiero parecer un caballero, no un criminal.

—Muy astuto tu abogado —reconoció Louis, al tiempo que cubría a Danny con una capa verde antes de levantar la maquinilla. Veinte minutos después, se había producido un cambio casi imperceptible—. No olvides que tendrás que afeitarte cada

mañana —dijo Louis, al tiempo que alzaba el espejo ante su cliente y sacudía algunos cabellos de sus hombros—. Y lavarte el pelo con champú al menos dos veces a la semana, si pretendes quedar aceptable, por utilizar una de las expresiones de Nick.

—Volved a vuestras celdas —gritó el señor Hagen. El guardia pareció sorprendido cuando vio que un paquete sin abrir de veinte cigarrillos cambiaba de manos—. Has encontrado otro cliente para el servicio suplementario que ofreces, ¿eh, Louis? —preguntó con una sonrisa.

Danny y Louis guardaron silencio.

—Qué curioso, Cartwright —dijo Hagen—. Jamás habría dicho que fueras marica.

Los minutos se transformaron en horas, las horas en días, los días en semanas, durante el año más largo de la vida de Danny. No obstante, como Beth le recordaba a menudo, no los había desperdiciado por completo. Dentro de dos meses, Danny aprobaría seis asignaturas de bachillerato, y su mentor confiaba en que lo haría con matrícula de honor. Beth le había preguntado en qué asignaturas se había matriculado.

—Me habrán puesto en libertad mucho antes —le prometió.

—De todos modos, quiero que lo hagas —insistió ella.

Beth y Christy habían ido a ver a Danny el primer domingo de cada mes, pero últimamente ella solo hablaba de la inminente apelación, aunque la fecha aún no había sido anunciada en el calendario del tribunal. El señor Redmayne seguía buscando nuevas pruebas, porque sin ellas, admitía, no tenían grandes posibilidades. Danny había recibido hacía poco un informe del Ministerio del Interior, en el cual se afirmaba que el noventa y siete por ciento de las apelaciones de los condenados a cadena perpetua eran rechazadas, y que el restante tres por ciento solo lograban una muy escasa reducción de su condena. Intentaba no pensar en las consecuencias de perder la apelación. ¿Qué sería de Beth y Christy si tenía que cumplir otros veintiún años de condena? Beth nunca hablaba de ello, pero Danny sabía que no podía pretender que los tres cumplieran una sentencia de cadena perpetua.

Por su experiencia, Danny sabía que había dos tipos de condenados a cadena perpetua: los que se aislaban por completo del mundo exterior (ni cartas, ni llamadas, ni visitas), y los que, como un inválido recluido en la cama, se convertían en una carga para su familia el resto de su vida. Ya había decidido qué camino seguiría si perdían la apelación.

«El doctor Beresford fallece en un accidente de coche», rezaba el titular de la primera página del *Mail on Sunday*. El artículo contaba a sus lectores que la estrella de Lawrence Davenport se hallaba en declive, y los productores de *La receta* habían decidido eliminarle de la serie. Davenport moriría en un trágico accidente de circulación, en el que estaría implicado un conductor borracho. Lo llevarían a su propio hospital, donde la enfermera Petal, a la que acababa de dejar plantada al saber que estaba embarazada, intentaría salvarle la vida, pero sin éxito... El teléfono sonó en el estudio de Spencer Craig. No se sorprendió al escuchar a Gerald Payne al otro lado de la línea.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó Payne.

—Sí —dijo Craig—. La verdad, no me sorprende. Los índices de audiencia de la serie han ido disminuyendo durante el año pasado, de modo que están buscando alguna excusa para darle la patada.

—Pero si despiden a Larry, no va a encontrar otro papel fácilmente. No queremos que vuelva a darle a la botella.

—Creo que no deberíamos hablar de esto por teléfono, Gerald. Nos reuniremos pronto.

Craig abrió su agenda y descubrió que había varios días en blanco. Por lo visto no recibía tantos encargos como en el pasado.

El agente encargado de los detenidos depositó las escasas posesiones del preso sobre el mostrador, mientras el oficial de servicio tomaba nota de ellas en su libro mayor: una aguja, un paquete pequeño que contenía una sustancia blanca, una caja de cerillas, una cuchara, una corbata y un billete de cinco libras.

—¿Tenemos el nombre, o algún carnet de identidad? —preguntó el oficial.

—No —contestó el joven agente, al tiempo que echaba un vistazo al hombre derrumbado en el banco que había delante— pobre hijo de puta —dijo—, ¿de qué sirve enviarle a la cárcel?

—La ley es la ley, muchacho. Nuestro trabajo es cumplirla, no cuestionar a nuestros superiores.

—Pobre hijo de puta —repitió el agente.

Durante las largas noches de insomnio previas a la apelación, el consejo que le había dado el señor Redmayne durante el primer juicio no se había apartado de los pensamientos de Danny: si te declararas culpable de homicidio, solo cumplirías dos años. Si Danny hubiera seguido su consejo, habría salido en libertad dentro de doce meses.

Intentó concentrarse en el comentario que estaba escribiendo sobre El conde de Montecristo, el trabajo que presentaba para obtener su certificado académico. Tal vez, como Edmundo Dantés, lograría escapar, pero no se puede construir un túnel cuando tu celda está en el primer piso, y no podía arrojarse al mar, porque Belmarsh no estaba en una isla. Por tanto, al contrario que Dantés, y a menos que ganara la apelación, pocas posibilidades existían de que pudiera vengarse de sus cuatro enemigos. Después de que Nick leyera su último trabajo, había concedido a Danny una nota de 73 sobre 100, y le había comentado: «Al contrario que Edmundo Dantés, tú no necesitarás escapar, porque tendrán que ponerte en libertad».

Qué bien habían llegado a conocerse ambos durante el último año. La verdad era que había pasado más horas con él que con Bernie. Algunos presos nuevos creían que eran hermanos, hasta que Danny abría la boca. Eso iba a exigir más tiempo.

—Eres tan inteligente como yo —le repetía Nick—, y en materia de matemáticas te has convertido en el profesor.

Danny levantó la vista del trabajo cuando oyó que la llave giraba en la cerradura.

El señor Pascoe abrió la puerta para dejar pasar a Big Al, puntual como un reloj (tienes que dejar de utilizar estereotipos, incluso cuando pienses, le había dicho Nick), y se derrumbó en el catre sin decir palabra. Danny continuó escribiendo.

—Tengo noticias para ti, Danny —dijo Big Al en cuanto la puerta se cerró.

Danny dejó el bolígrafo sobre la mesa. Era un raro acontecimiento que Big Al iniciara una conversación, a menos que fuera para pedir una cerilla.

—¿Te has topado alguna vez con un cabrón llamado Mortimer? El corazón de Danny se aceleró.

—Sí —logró articular por fin—. Estaba en el bar la noche que asesinaron a Bernie, pero no compareció en el juicio.

—Bien, pues ha comparecido aquí —dijo Big Al.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído, muchacho. Se ha presentado en la enfermería esta tarde. Necesitaba medicación. —Danny había aprendido a no interrumpir a Big Al cuando estaba lanzado, de lo contrario tal vez dejaría de hablar durante una semana—. Eché un vistazo a su expediente. Posesión de drogas clase A. Dos años. Tengo la sensación de que va a ser un visitante habitual de la enfermería. —Danny siguió sin interrumpirle. Si ello era posible, su corazón se aceleró todavía más—. No soy tan listo como Nick o tú, pero es posible que nos proporcione la nueva prueba que tu abogado y tú habéis estado buscando.

—Eres una joya —dijo Danny.

—Una piedra más tosca, tal vez —admitió Big Al—, pero despiértame cuando vuelva tu amiguete, porque tengo la sensación de que, esta vez, soy yo quien va a enseñaros algo.

Spencer Craig estaba sentado solo, con una copa de *whisky* en la mano, viendo el episodio final de *La receta*. Nueve millones de espectadores le acompañaron cuando el doctor Beresford, con la enfermera Petal aferrada a su mano, jadeaba su última frase: «Mereces algo mejor». El episodio consiguió la mayor audiencia de la última década. Terminaba cuando bajaban el ataúd del doctor Beresford a la fosa y la enfermera Petal lloraba junto a la tumba.

Los productores no habían dejado el menor resquicio para una recuperación milagrosa, pese a las súplicas de las admiradoras de Davenport.

Había sido una mala semana para Craig: habían encerrado a Toby en la misma cárcel que Cartwright, Larry se había quedado sin empleo y aquella mañana habían anunciado la apelación de Cartwright en el calendario del tribunal. Aún quedaban algunos meses, pero ¿cuál sería el estado de ánimo de Larry cuando llegara el momento? Sobre todo si Toby se desmoronaba y, a cambio de un chute, contaba a todo aquel que quisiera escuchar la verdad de lo sucedido aquella noche.

Craig se levantó del escritorio, se acercó a un archivador que pocas veces abría y

rebuscó en sus casos anteriores. Extrajo los expedientes de expedientes que habían acabado en Belmarsh. Estudió los casos durante una hora, pero para el trabajo que tenía en mente solo había un candidato.

—Ha empezado a largar —dijo Big Al.

—¿Ha hablado de aquella noche en el Dunlop Arms? —preguntó Danny.

—Aún no, pero es pronto. Lo hará, si le damos tiempo.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Nick.

—Porque tengo algo que él necesita, y un intercambio justo no es un robo.

—¿Qué tienes que él necesita tanto? —preguntó Danny.

—Nunca hagas una pregunta cuya respuesta no necesites saber —interrumpió Nick.

—Un hombre sabio, tu amigo Nick —dijo Big Al.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Craig?

—Más bien qué puedo hacer yo por ti.

—No creo, señor Craig. Llevo encerrado en este agujero ocho años, y durante ese tiempo usted no ha dicho ni pío, de modo que no me venga con chorradas. Sabe que no podría permitirme ni una hora de su tiempo. ¿Por qué no va al grano y me dice qué está haciendo aquí?

Craig había inspeccionado con detenimiento la sala de entrevistas en busca de micrófonos ocultos, antes de que dejaran que Kevin Leach se reuniera con él para una consulta legal. La confidencialidad del cliente es sagrada en la ley inglesa, y si alguna vez se violaba, el tribunal dictaminaba que la prueba era inadmisibile. Pese a ello, Craig sabía que estaba corriendo un riesgo, pero la perspectiva de una larga estancia en la cárcel, encerrado con gente como Leach, era una opción todavía menos atractiva.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó Craig, que había ensayado cada frase, como si estuviera en el tribunal interrogando a un testigo clave.

—Voy tirando —dijo Leach—. No necesito gran cosa.

—¿Con solo doce libras a la semana como apilador en la cadena de presos?

—Como ya he dicho, voy tirando.

—Pero nadie te envía ningún paquete —dijo Craig—. Y hace más de cuatro años que nadie viene a verte.

—Veo que está tan bien informado como siempre, señor Craig.

—De hecho, no has realizado ni una llamada telefónica durante los últimos dos años, desde que tu tía Maisie murió.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Craig?

—Existe la posibilidad de que la tía Maisie te dejara algo en su testamento.

—¿Por qué iba a molestarse en hacer eso?

—Porque tenía un amigo a quien puedes ayudar.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Tu amigo tiene un problema, un anhelo, por decirlo sin ambages, y no de chocolate.

—Déjeme adivinar. ¿Heroína, *crack* o cocaína?

—Lo primero —dijo Craig—. Y necesita un suministro regular.

—¿Con qué regularidad?

—Diaria.

—¿Y cuánto me ha dejado tía Maisie para cubrir este considerable desembolso, por no hablar del peligro de ser descubierto?

—Cinco mil libras —dijo Craig—. Pero justo antes de morir, añadió una cláusula al testamento.

—Déjeme adivinar. No se pagará de una vez.

—Por si decidieras gastártelo de una vez.

—Sigo escuchando.

—Confiaba en que cincuenta libras a la semana sería suficiente para asegurar que su amigo no tendría que buscar en otro sitio.

—Dígale que si sube a cien, puede que me lo piense.

—Creo que estoy en condiciones, como representante suyo, de decir que acepta tus condiciones.

—¿Cuál es el nombre del amigo de tía Maisie?

—Toby Mortimer.

—Siempre de fuera adentro —dijo Nick—. Es una regla fácil de seguir.

Danny cogió la cuchara de plástico y empezó a recoger el agua que Nick había vertido en el cuenco del desayuno.

—No —dijo Nick—. Siempre hay que inclinar el plato de sopa hacia el interior de la mesa, y empujar la cuchara en la misma dirección. —Demostró el movimiento—. Y nunca se sorbe. No quiero oír el menor ruido mientras tomas sopa.

—Beth siempre se quejaba de eso —admitió Danny.

—Yo también —dijo Big Al, que no se había movido del catre.

—Y Beth tiene razón —aseguró Nick—. En algunos países, sorber se considera un cumplido, pero en Inglaterra no. —Quitó el cuenco y lo sustituyó por un plato de plástico, en el que había puesto una gruesa rebanada de pan y una guarnición de alubias con salsa de tomate—. Ahora, quiero que pienses en el pan como si fuera una chuleta de cordero, y en las alubias como si fueran guisantes.

—¿Qué has utilizado como salsa? —preguntó Big Al, sin moverse de la litera.

—Bovril frío —contestó Nick. Danny levantó el tenedor y el cuchillo de plástico, los sujetó con firmeza, la hoja y los dientes apuntando hacia el techo—. Intenta

recordar —dijo Nick— que el cuchillo y el tenedor no son cohetes en una plataforma de lanzamiento, dispuestos a despegar. Al contrario que los cohetes, tienen que reponer su combustible cuando regresan a la Tierra.

Nick cogió el cuchillo y el tenedor de su lado de la mesa y demostró a Danny cómo debía sostenerlos.

—No es natural —fue la respuesta inmediata de Danny.

—Pronto te acostumbrarás —dijo Nick—. Y no olvides que tu índice debe descansar sobre la parte superior. No dejes que el mango sobresalga entre el índice y el pulgar. Estás sujetando un cuchillo, no un bolígrafo. —Danny imitó a Nick, pero la experiencia no acababa de convencerle—. Ahora, quiero que comas un pedazo de pan como si fuera una chuleta de cordero.

—¿Cómo le gusta, señor? —gruñó Big Al—. ¿Al punto o cruda?

—Solo te harán esa pregunta si pides filete, nunca si tomas chuletas —señaló Nick. Danny hincó el cuchillo en la rebanada de pan.

—No —dijo Nick—. Corta la carne, no la destroces, y un pedazo pequeño cada vez. —Danny siguió sus instrucciones, pero después empezó a cortar el segundo pedazo de pan mientras todavía masticaba el primero—. No —repitió con firmeza—. Mientras comes, apoyas el cuchillo y el tenedor en el plato, y no vuelves a levantarlos hasta que has terminado de masticar. —En cuanto Danny engulló el pedazo de pan, recogió unas alubias con el tenedor—. No, no, no —observó Nick—. Un tenedor no es una pala. Pincha unos cuantos guisantes cada vez.

—Pero así tardaré una eternidad —se quejó Danny.

—Y no hables con la boca llena —le reprendió Nick.

Big Al gruñó de nuevo, pero Danny no le hizo caso y cortó otro pedazo de pan, se lo llevó a la boca, y después apoyó el cuchillo y el tenedor en el plato.

—Bien, pero mastica la carne más rato antes de tragarla —dijo Nick—. Intenta recordar que eres un ser humano, no un animal. —El comentario mereció un potente eructo de Big Al. En cuanto Danny hubo terminado otro pedazo de pan, intentó pinchar un par de alubias, pero se le resistieron. Tiró la toalla.

—No chupes el cuchillo —fue lo único que tuvo que decir Nick.

—Pero si te apetece, muchacho —dijo Big Al—, puedes lamerme el culo.

Danny tardó un rato en terminar su frugal colación; finalmente depositó el cuchillo y el tenedor sobre el plato vacío.

—Cuando hayas acabado de comer —dijo Nick—, cruza los cubiertos.

—¿Por qué? —preguntó Danny.

—Porque cuando estés comiendo en un restaurante, el camarero tiene que saber que has terminado.

—No como en restaurantes muy a menudo —admitió Danny.

—Entonces, tendré que ser la primera persona que os invite a ti y a Beth en cuanto te pongan en libertad.

—¿Y yo? —preguntó Big Al—. ¿A mí no me invitarás?

Nick no le hizo caso.

—Ha llegado el momento de pasar al postre.

—¿Pudin? —preguntó Danny.

—No, pudin no, otra cosa —repitió Nick—. Si estás en un restaurante, solo pides el primero y el segundo, y hasta que no has terminado no te traen la carta de postres.

—¿Dos cartas en un solo restaurante? —preguntó Danny.

Nick sonrió, mientras dejaba una rebanada de pan más delgada en el plato de Danny.

—Esto es tarta de albaricoque —señaló.

—Y yo estoy en la cama con Cameron Díaz —dijo Big Al. Esta vez, Danny y Nick rieron.

—Para el postre —continuó Nick—, utilizas el tenedor pequeño. Sin embargo, si pides una *crème brulée* o helado, eliges la cuchara pequeña. De repente, Big Al se incorporó en su catre.

—¿De qué coño sirve todo esto? —preguntó—. Esto no es un restaurante, sino una cárcel. Lo único que comerá Danny durante los próximos veinte años es fiambre de pavo.

—Y mañana —siguió Nick, sin hacerle caso—, te enseñare a catar el vino después de que el camarero te haya servido un poco en la copa...

—Y pasado mañana —dijo Big Al, acompañando sus palabras de un largo pedo—, te enseñaré a catar una muestra de mi pis, una rara cosecha que te recordará que estás en la cárcel y no en el puto Ritz.

La pesada puerta de su celda individual se abrió.

—Tienes un paquete, Leach. Sígueme y date prisa. Leach bajó despacio de la cama, salió al corredor y siguió al guardia.

—Gracias por arreglar lo de la celda individual —gruñó, mientras caminaba por el pasillo.

—Ráscame la espalda, y yo te rascaré la tuya —dijo Hagen.

No volvió a hablar hasta que llegaron al almacén, donde llamó con los nudillos a las puertas dobles. El encargado del almacén abrió.

—¿Nombre?

—Brad Pitt.

—No me tomes el pelo, Leach, o daré parte de ti.

—Leach, 6241.

—Tienes un paquete.

El encargado se dio la vuelta, tomó una caja de la estantería de detrás y la dejó sobre el mostrador.

—Veo que ya la ha abierto, señor Webster.

—Ya conoces las normas, Leach.

—Sí —dijo Leach—. Tiene la obligación de abrir el paquete en mi presencia, para que pueda comprobar que nadie ha quitado o metido algo.

—Adelante —dijo Webster.

Leach levantó la tapa de la caja y apareció un chándal Adidas.

—Muy elegante —opinó Webster—. Alguien se habrá gastado unas cuantas libras. —Leach no hizo comentarios, mientras Webster abría las cremalleras una por una, con el fin de comprobar que no había drogas ni dinero, ni siquiera el acostumbrado billete de cinco libras—. Puedes llevártelo —dijo de mala gana.

Leach recogió el chándal y empezó a alejarse. Apenas había dado un par de pasos, cuando oyó que lo llamaban por su apellido. Dio media vuelta.

—Y la caja, tonto —añadió Webster.

Leach volvió al mostrador, devolvió el chándal a la caja y la sujetó bajo el brazo.

—Supondrá una notable mejoría en tu indumentaria actual —comentó Hagen mientras acompañaba a Leach de vuelta a su celda—. Tal vez debería examinarlo con más detenimiento, porque nunca te he visto en el gimnasio. Claro que, por otra parte, tal vez debería hacer la vista gorda.

Leach sonrió.

—Dejaré su parte en el sitio habitual, señor Hagen —dijo, mientras la puerta de la celda se cerraba a su espalda.

—No puedo seguir viviendo una mentira —afirmó Davenport de forma teatral—.

¿No comprendéis que somos responsables de haber mandado a la cárcel de por vida a un inocente?

Una vez expulsado Davenport de la serie, Craig sabía que no tardaría mucho tiempo en sentir la necesidad de realizar un gesto melodramático. Al fin y al cabo, tendría poco en que pensar mientras estuviera «descansando».

—¿Qué pretendes hacer al respecto? —preguntó Payne, mientras encendía un cigarrillo, fingiendo despreocupación.

—Decir la verdad —contestó Davenport, en un tono algo exagerado—. Pretendo declarar en la apelación de Cartwright y contar lo que pasó en realidad aquella noche. Tal vez no me crean, pero al menos mi conciencia estará tranquila.

—Si haces eso —dijo Craig—, los tres podríamos acabar en la cárcel. —Hizo una pausa—. Durante el resto de nuestras vidas. ¿Estás seguro de que es eso lo que deseas?

—No, pero es el menor de dos males.

—¿No te preocupa que un par de camioneros de ciento veinte kilos te den por el culo en la ducha? —preguntó Craig. Davenport no contestó.

—Por no hablar de la desgracia que caería sobre tu familia —añadió Payne—. Puede que ahora no tengas trabajo, pero te aseguro, Larry, que si decides comparecer en el tribunal, será tu última actuación.

—He tenido mucho tiempo para meditarlo —replicó altivo Davenport—, y ya he tomado una decisión.

—¿Has pensado en Sarah, y en las consecuencias que tendrá esto para su carrera? —preguntó Craig.

—Sí, y cuando vuelva a verla le contaré exactamente qué ocurrió aquella noche, y estoy seguro de que aprobará mi decisión.

—¿Podrías hacerme un pequeño favor, Larry? —preguntó Craig—. En recuerdo de los viejos tiempos.

—¿Qué favor? —preguntó Davenport con suspicacia.

—Espera una semana para contárselo a tu hermana.

Davenport vaciló.

—De acuerdo, una semana. Pero ni un día más.

Leach esperó a que apagarán las luces a las diez para bajar de su litera. Cogió un tenedor de plástico de la mesa y se acercó al váter, situado en un rincón de la celda, el único lugar que los guardias no podían ver por la mirilla cuando hacían la ronda cada hora y vigilaban que estuvieran acostados.

Se quitó los pantalones del chándal nuevo y se sentó sobre la tapa del inodoro. Asió con firmeza el tenedor en la mano derecha y empezó a romper las puntadas de la raya blanca central de las tres que corrían a lo largo de la pernera, un procedimiento laborioso que duró cuarenta minutos. Por fin, pudo extraer un largo paquete de

celofán, delgado como una oblea. Dentro había suficientes polvillos blancos para satisfacer a un adicto durante un mes. Sonrió, cosa que sucedía rara vez, al pensar que aún quedaban otras cinco rayas por romper, las cuales le aportarían sus beneficios, así como la parte de Hagen.

—Mortimer debe de sacar el caballo de algún sitio —dijo Big Al.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Danny.

—Aparecía en la enfermería cada mañana sin falta. El doctor había empezado con él un programa de desintoxicación. Pero un día, ya no volvimos a verle.

—Lo cual solo puede significar que ha encontrado otra fuente —corroboró Nick.

—No es uno de los camellos habituales, te lo aseguro —dijo Big Al—. He preguntado por ahí y no he sacado nada en limpio. —Danny se derrumbó en su catre, víctima del síndrome de los condenados a cadena perpetua—. No te fallaré, Danny. Volverá. Siempre vuelven.

—¡Visitas! —gritó una voz conocida, y un momento después la puerta se abrió para que Danny se uniera a los presos que habían esperado visita toda la mañana.

Había abrigado la esperanza de poder decirle a Beth que había encontrado las nuevas pruebas que el señor Redmayne necesitaba con tanta desesperación para ganar la apelación. Ahora, solo podía confiar en el convencimiento de Big Al de que Mortimer no tardaría en volver a la enfermería de la prisión.

En la cárcel, un condenado a cadena perpetua se aferra a la esperanza como un marinero que se está ahogando lo hace a un madero flotante. Danny apretó el puño mientras se encaminaba a la zona de visitas, decidido a que Beth no sospechara ni por un momento que algo iba mal. Nunca bajaba la guardia cuando estaba con ella. Pese a todo lo que estaba soportando, necesitaba que Beth creyera que aún había esperanza.

Se quedó sorprendido cuando oyó que la llave giraba en la cerradura; nunca recibía visitas. Tres guardias irrumpieron en la celda. Dos le agarraron por los hombros y le sacaron de la cama. Cuando cayó, asió la corbata de un guardia. Se quedó en su mano. Había olvidado que los maderos llevaban corbatas de clip para que no les estrangularan con ellas. Uno de ellos le sujetó los brazos a la espalda, mientras otro le propinaba una patada detrás de la rodilla, lo cual permitió que el tercero le esposara. Cuando cayó sobre el suelo de piedra, el primer madero le agarró del pelo y tiró su cabeza hacia atrás. En menos de treinta segundos estaba amarrado e inmovilizado; después, le sacaron a rastras al corredor.

—¿Qué estáis haciendo, hijos de puta? —preguntó en cuanto recuperó el aliento.

—Vas camino de incomunicación, Leach —dijo el primer guardia—. No verás la luz del sol hasta dentro de treinta días —añadió, mientras le bajaban a rastras por la escalera de caracol. Sus rodillas iban golpeando en cada peldaño.

—¿De qué se me acusa?

—Suministro —dijo el segundo guardia, mientras avanzaban casi corriendo por el pasillo púrpura, el que ningún preso quería ver jamás.

—Nunca he tocado las drogas, jefe, y lo sabe —protestó Leach.

—Eso no es lo que significa suministro —dijo el tercer guardia en cuanto llegaron al sótano—, y tú lo sabes.

Los cuatro se detuvieron ante una celda sin número. Uno de los guardias seleccionó una llave que pocas veces se utilizaba, mientras los otros dos sujetaban con firmeza a Leach por los brazos. En cuanto se abrió la puerta, le arrojaron de cabeza al interior de la celda; comparado con aquello su alojamiento de arriba parecía un motel. Un delgado colchón de crin de caballo estaba en mitad del suelo de piedra. Había un lavabo de acero fijo a la pared, un inodoro de acero sin cadena, una sábana y una manta, pero sin almohada ni espejo.

—Cuando salgas, Leach, descubrirás que tus ingresos mensuales se han agotado. Nadie de la planta superior cree que tengas una tía Maisie. La puerta se cerró de golpe.

—Felicidades —fue la primera palabra de Beth cuando Danny la tomó en sus brazos. Su expresión era de perplejidad—. Por tus seis calificaciones, tonto —añadió—. Con matrícula de honor, como Nick había vaticinado. —Danny sonrió. Se le antojó que había pasado mucho tiempo, aunque no podía ser más de un mes (una eternidad en la cárcel); en cualquier caso, había cumplido su promesa a Beth y se había matriculado en tres asignaturas—. ¿Qué materias elegiste? —preguntó ella, como si pudiera leer su mente.

—Inglés, matemáticas y empresariales —contestó Danny—. Pero me he topado con un problema. —Beth le miró, angustiada—. Ya soy mejor en matemáticas que Nick, de modo que han traído una profesora de fuera, pero solo puedo verla una vez al mes.

—¿Profesora? —preguntó Beth con suspicacia. Danny rio.

—La señorita Lovett tiene más de sesenta años y está jubilada, pero es buena en lo suyo. Dice que si persevero, me recomendará para obtener una plaza en la Universidad Abierta. Piensa que, si gano la apelación, no tendré tiempo...

—Cuando ganes la apelación —rectificó Beth—, tendrás que continuar con tus tres asignaturas de bachillerato, de lo contrario la señorita Lovett y Nick habrán perdido el tiempo.

—Pero estaré al frente del taller todo el día, y ya se me han ocurrido algunas ideas para obtener beneficios. —Beth guardó silencio—. ¿Qué pasa?

Beth vaciló. Su padre le había dicho que no hablara de ello.

—El taller no va bien en este momento —admitió por fin—. De hecho, apenas cubrimos gastos.

—¿Por qué? —preguntó Danny.

—Sin ti y sin Bernie, la competencia de Monty Hugues, el de la acera de enfrente, ha empezado a hacer mella en el negocio.

—No te preocupes, cariño —dijo Danny—. Todo eso cambiará en cuanto salga de aquí. De hecho, hasta tengo planes para comprar el taller de Monty Hugues. Debe de tener ya sesenta y cinco años.

El optimismo de Danny hizo que Beth sonriera.

—¿Significa eso que has encontrado las nuevas pruebas que el señor Redmayne necesita?

—Es posible, aunque no puedo hablar demasiado en este momento —dijo Danny, al tiempo que echaba un vistazo a las camaras de circuito cerrado—. Pero uno de los amigos de Craig, que se encontraba en el bar aquella noche, está aquí. —Miró a los guardias de la galería. Big Al le había advertido de que sabían leer los labios—. No diré su nombre.

—¿Cuál es el motivo de su condena? —preguntó Beth.

—No puedo decirlo. Confía en mí.

—¿Se lo has dicho al señor Redmayne?

—Le escribí la semana pasada. Procedí con cautela, porque los maderos abren las cartas y las leen. Los guardias —se corrigió.

—¿Guardias? —preguntó Beth.

—Nick dice que no debo acostumbrarme a utilizar la jerga de la cárcel, si quiero empezar una vida nueva fuera de aquí.

—Por tanto, Nick debe creer que eres inocente —dijo Beth.

—Sí. Y también Big Al, y hasta algunos de los guardias. Ya no estamos solos, Beth —dijo, y tomó su mano.

—¿Cuándo saldrá en libertad Nick? —preguntó Beth.

—Dentro de cinco o seis meses.

—¿Seguirás en contacto con él?

—Lo intentaré, pero se irá a Escocia a dar clases.

—Me gustaría conocerle —dijo Beth, y apoyó la otra mano sobre la mejilla de Danny—. Ha resultado ser un verdadero compañero.

—Amigo —corrigió Danny—. Y ya nos ha invitado a cenar. Christy cayó al suelo después de intentar dar un paso hacia su padre. Se puso a llorar, y Danny la tomó en brazos.

—No te estábamos haciendo caso, ¿verdad, pequeña? —dijo, pero la niña no paraba de llorar.

—Pásamela —pidió Beth—. Por lo visto, hemos descubierto algo que Nick no ha sido capaz de enseñarte.

—Yo no lo llamaría coincidencia —dijo Big Al, contento de poder hablar en privado

con el capitán mientras Danny se duchaba. Nick dejó de escribir.

—¿No es una coincidencia?

—Encierran a Leach en incomunicación, y a la mañana siguiente Mortimer vuelve, desesperado por ver al médico.

—¿Crees que Leach era su camello?

—Como ya he dicho, yo no lo llamaría coincidencia. —Nick dejó el bolígrafo—. Tiene temblores —continuó Big Al—, pero eso siempre ocurre cuando inicias la desintoxicación. Por lo visto, el doctor cree que esta vez está decidido a dejar la droga. De todos modos, pronto averiguaremos si Leach está en el ajo.

—¿Cómo? —preguntó Nick.

—Saldrá de confinamiento dentro de un par de semanas. Si Mortimer deja de aparecer en el hospital para seguir el tratamiento cuando Leach vuelva al bloque, sabremos quién es el camello.

—De modo que solo nos quedan quince días para reunir las pruebas que necesitamos —dijo Nick.

—A menos que sea una coincidencia.

—No podemos correr ese riesgo —señaló Nick—. Toma prestada la grabadora de Danny y amaña una entrevista lo antes posible.

—Sí, señor —dijo Big Al, al tiempo que se ponía firmes junto a la cama—. ¿Le hablo a Danny de esto, o mantengo la boca cerrada?

—Cuéntaselo todo, para que transmita la información a su abogado. En cualquier caso, tres cerebros son mejor que dos.

—¿Es muy listo? —preguntó Big Al mientras volvía a sentarse en su litera.

—Es más inteligente que yo —admitió Nick—. Pero no se lo digas, porque con un poco de suerte estaré fuera de aquí antes de que lo descubra.

—¿Ha llegado el momento de que le digamos la verdad sobre nosotros?

—Todavía no —contestó Nick con firmeza.

—Cartas —anunció el guardia—. Dos para Cartwright y una para ti, Moncrieff. Entregó solo una carta a Danny, que comprobó el nombre en el sobre.

—No, yo soy Cartwright —replicó Danny—. Él es Moncrieff. El guardia frunció el ceño y entregó la carta a Nick, y las otras dos a Danny.

—Yo soy Big Al.

—Vete a tomar por el culo —farfulló el guardia, y cerró la puerta de golpe.

Danny se puso a reír, pero entonces miró a Nick y vio que había palidecido. Sostenía el sobre en la mano, y estaba temblando. Danny no recordaba la última vez que Nick había recibido una carta.

—¿Quieres que la lea yo antes? —preguntó. Nick negó con la cabeza, desdobló la carta y empezó a leer, Big Al se sentó, pero no dijo nada. En la cárcel casi nunca ocurría algo fuera de lo normal. Mientras Nick leía, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se pasó la manga de la camisa por la cara, y después alargó la carta a Danny.

Estimado sir Nicholas:

Lamento informarle de que su padre ha fallecido. Murió de un paro cardíaco ayer por la mañana, pero el médico me ha asegurado que apenas sufrió dolor. Con su venia, formularé una petición de permiso por motivos familiares para que pueda asistir al funeral.

Le saluda atentamente,

Fraser Munro, abogado

Danny levantó la vista y vio que Big Al abrazaba a Nick.

—Su padre ha muerto, ¿verdad? —fue lo único que dijo Big Al.

—¿Puedes cuidar de esto durante mi ausencia? —preguntó Nick, al tiempo que se quitaba la cadena de plata del cuello y la entregaba a Danny.

—Claro —dijo Danny, mientras observaba lo que parecía una llave, sujeta a la cadena—. Pero ¿por qué no te la llevas?

—Digamos que confío en ti más que en casi todas las personas que veré hoy.

—Me siento halagado —dijo Danny, y se puso la cadena alrededor del cuello.

—No hace falta —contestó Nick con una sonrisa.

Miró su reflejo en el pequeño espejo de acero que estaba atornillado a la pared encima del lavabo. Le habían devuelto sus efectos personales a las cinco de la mañana, en una bolsa de plástico grande que no se abría desde hacía cuatro años. Tendría que marcharse a las seis si quería estar en Escocia a tiempo para el funeral.

—No puedo esperar —dijo Danny.

—¿A qué? —preguntó Nick, mientras enderezaba su corbata.

—A que me permitan llevar mi ropa de nuevo.

—Te dejarán cuando se celebre la apelación, y en cuanto revoquen el veredicto, nunca más tendrás que llevar la ropa de presidiario. De hecho, saldrás del tribunal libre.

—Sobre todo después de que oigan mi cinta —intervino Big Al con una sonrisa—. Creo que hoy es el día.

Estaba a punto de explicar lo que quería decir, cuando oyeron que una llave giraba en la cerradura. Era la primera vez que veían a Pascoe y a Jenkins vestidos de civil.

—Síguenos, Moncrieff —dijo Pascoe—. El alcaide quiere hablar contigo antes de que partamos hacia Edimburgo.

—Dele recuerdos —apuntó Danny—, y dígame que se deje caer por aquí una tarde a tomar el té. Nick rio al oír que Danny imitaba su acento.

—Si crees que puedes hacerte pasar por mí, ¿por qué no intentas dar mi clase hoy?

—¿Estás hablando conmigo? —preguntó Big Al.

El teléfono estaba sonando, pero Davenport tardó un rato en emerger de debajo de las sábanas para contestar.

—¿Quién coño es? —masculló.

—Gibson —anunció la voz familiar de su agente.

Davenport se despertó de golpe. Gibson Graham solo llamaba cuando había trabajo. Davenport rezó para que fuera una película, otro papel en la televisión, o incluso un anuncio. Pagaban muy bien, aunque solo fuera por poner su voz. Sus admiradoras reconocerían los melodiosos tonos del doctor Beresford.

—Me han preguntado si estabas disponible —dijo Gibson, como si eso ocurriera cada día. Davenport se sentó y contuvo el aliento—. Es una reposición de *La importancia de llamarse Ernesto*, y quieren que interpretes a Jack. Han contratado a Eve Best para encarnar a Gwendolen. Cuatro semanas de gira antes de estrenar en el West End. El salario no es muy bueno, pero de este modo los productores recordarán que todavía estás vivo.

Expresado con mucha delicadeza, pensó Davenport, aunque la idea no le entusiasmaba. Recordaba demasiado bien lo que significaba pasar semanas de gira, y luego noche tras noche en el West End, sin olvidar las matinales semivacías. Aunque tuvo que admitir que era la primera oferta seria desde hacía casi cuatro meses.

—Me lo pensaré —dijo.

—No tardes mucho —recomendó Gibson—. Sé que ya han llamado al agente de Nigel Havers para ver cómo está de fechas.

—Me lo pensaré —repitió Davenport, y colgó.

Consultó el reloj de la mesilla de noche. Eran las diez y diez Gruñó y volvió a refugiarse bajo las sábanas.

Pascoe llamó con suavidad a la puerta, y Jenkins y él entraron con Nick en el despacho.

—Buenos días, Moncrieff —dijo el alcaide, al tiempo que levantaba la vista de la mesa.

—Buenos días, señor Barton —contestó Nick.

—Será consciente de que, si bien se le ha concedido permiso por asuntos personales con el fin de asistir al funeral de su padre, sigue siendo un preso de categoría A, lo cual significa que dos guardias le acompañarán hasta que regrese esta noche. Las normas también estipulan que debería ir esposado en todo momento. Sin embargo, dadas las circunstancias, teniendo en cuenta que ha sido un preso avanzado durante los dos últimos años, y que solo faltan unos pocos meses para que sea puesto en libertad, voy a ejercer mi prerrogativa de permitir que le quiten las esposas en cuanto cruce la frontera. A menos que el señor Pascoe o el señor Jenkins tengan motivos para creer que intentará escapar o cometer algún delito. Estoy seguro de que no debo recordarle, Moncrieff, que si fuera lo bastante estúpido como para intentar aprovecharse de mi decisión, no me quedaría otra alternativa que recomendar a la Junta de Libertad Condicional que descartara el adelanto de su puesta en libertad... —consultó el expediente de Nick—, el 17 de julio, y que cumpliera la condena en su totalidad, otros cuatro años. ¿Lo ha entendido, Moncrieff?

—Sí, gracias, alcaide —dijo Nick.

—En ese caso, no tengo nada más que decir, salvo darle el pésame por la pérdida de su padre, y desearle que tenga un buen día. —Michael Barton se levantó y añadió—: Lamento que este triste acontecimiento no haya tenido lugar después de su puesta

en libertad.

—Gracias, alcaide.

Barton asintió, y Pascoe y Jenkins salieron con el preso.

El alcaide frunció el ceño cuando vio el nombre del siguiente preso que se presentaría ante él. No le apetecía nada el encuentro.

Durante el descanso de la mañana, Danny se encargó de las responsabilidades de Nick como bibliotecario de la cárcel, colocó en sus estantes los libros devueltos y estampó la fecha en aquellos que los presos deseaban llevarse. Después de terminar dichas tareas, tomó un ejemplar de *The Times* del estante de los periódicos y se sentó a leerlo. Los periódicos llegaban cada mañana a la cárcel, pero solo podían leerse en la biblioteca: seis ejemplares de *The Sun*, cuatro del *Mirror*, dos del *Daily Mail* y uno solo de *The Times*. Danny pensaba que era un fiel reflejo de las preferencias de los reclusos.

Danny había leído *The Times* cada día durante el último año, y ya estaba familiarizado con su distribución. Al contrario que Nick, todavía era incapaz de terminar el crucigrama, aunque dedicaba tanto rato a la sección de negocios como a las páginas deportivas, pero hoy sería diferente. Pasó las páginas hasta llegar a la sección que siempre se había saltado.

La necrológica de *sir* Angus Moncrieff, Bt MC OBE^[5], ocupaba media página, aunque fuera la inferior. Danny leyó los detalles de la vida de *sir* Angus, desde sus días en la Loretto School, seguida de Sandhurst, donde se graduó y recibió el cargo de subteniente en los Cameron Highlanders. Después de obtener la MC en Corea, *sir* Angus había ascendido hasta llegar a coronel del regimiento en 1994, cuando le concedieron el OBE. El último párrafo informaba de que su esposa había muerto en 1970 y de que el título pasaría ahora a su único hijo, Nicholas Alexander Moncrieff. Danny cogió el Concise Oxford Dictionary, que nunca tenía lejos, y buscó el significado de las siglas Bt, MC y OBE. Sonrió cuando pensó que anunciaría a Big Al la noticia de que ahora compartían celda con un caballero, el *baronet sir* Nicholas Moncrieff. Aunque Big Al ya lo sabía.

—Hasta luego, Nick —dijo una voz, pero el preso ya había salido de la biblioteca antes de que Danny pudiera deshacer el malentendido.

Danny jugueteó con la llave que colgaba de la cadena de plata, y deseó, al igual que Malvolio, ser alguien que no era. Eso le recordó que debía entregar su trabajo sobre *Noche de reyes* al finalizar la semana. Pensó en el error cometido por el preso y se preguntó si se repetiría cuando fuera a la clase de Nick. Dobló *The Times* y lo devolvió al estante; después se dirigió hacia el departamento de educación.

El grupo de Nick ya estaba sentado detrás de sus pupitres, esperándole, y estaba claro que nadie les había dicho que su profesor habitual iba camino de Escocia para asistir al funeral de su padre. Danny entró decidido en la sala y sonrió a la docena de

caras expectantes. Se desabrochó la camisa a rayas blancas y azules para que se viera bien la cadena de plata.

—Abrid vuestros libros por la página nueve —comenzó Danny, con la esperanza de sonar como Nick—. Veréis unas fotos de animales a un lado de la página, y una lista de nombres en el otro. Lo único que quiero que hagáis es unir las fotos con los nombres. Tenéis dos minutos.

—No puedo encontrar la página nueve —dijo uno de los presos.

Danny se acercó a ayudarlo, justo cuando un guardia entraba en la sala. Una expresión de perplejidad apareció en su rostro.

—¿Moncrieff?

Danny alzó la vista.

—Pensaba que estabas de permiso por asuntos personales —agregó, y echó un vistazo a su tablilla.

—Tiene toda la razón, señor Roberts —dijo Danny—. Nick ha ido al funeral de su padre, en Escocia, y me pidió que me ocupara de su clase de la mañana.

La perplejidad de Roberts aumentó.

—¿Me estás tomando el pelo, Cartwright?

—No, señor Roberts.

—Pues vuelve a la biblioteca antes de que dé parte.

Danny salió a toda prisa de la sala y volvió a su mesa de la biblioteca. Intentó reprimir las carcajadas, pero pasó un rato antes de que pudiera concentrarse lo suficiente para continuar el trabajo sobre su comedia favorita de Shakespeare.

El tren de Nick entró en la estación de Waverley unos minutos después de las doce. Un coche de policía estaba esperando para conducirles desde Edimburgo a Dunbroath, que distaba setenta y cinco kilómetros. Cuando se alejaron del bordillo, Pascoe consultó su reloj.

—Deberíamos llegar con mucho adelanto. La ceremonia no empieza hasta las dos.

Nick miró por la ventanilla del coche, mientras la ciudad daba paso al campo. Sentía una libertad que no experimentaba desde hacía años. Había olvidado lo hermosa que era Escocia, con sus ásperos verdes y marrones, y el cielo casi púrpura. Casi cuatro años en Belmarsh, con la única vista de altos muros de ladrillo coronados de alambre de espino, difuminan los recuerdos.

Intentó ordenar sus pensamientos antes de llegar a la iglesia parroquial en la que había sido bautizado y donde su padre sería enterrado. Pascoe había accedido a que, después de que terminara la ceremonia, pudiera pasar una hora en compañía de Fraser Munro, el abogado de la familia; suponía que era él quien había presentado una solicitud de seguridad mínima, y desde luego sin esposas, para cuando cruzaran la frontera.

El coche de la policía frenó ante la iglesia un cuarto de hora antes de que la ceremonia empezara. Un anciano caballero, a quien Nick recordaba de su juventud, avanzó hacia ellos cuando el policía abrió la puerta de atrás. Vestía un frac negro, cuello de puntas y corbata de seda negra. Parecía más un enterrador que un abogado. Se quitó el sombrero e inclinó un poco la cabeza. Nick le estrechó la mano y sonrió.

—Buenas tardes, señor Munro —dijo—. Me alegro de volver a verle.

—Buenas tardes, *sir* Nicholas —contestó el hombre—. Bienvenido a casa.

—Leach, aunque ha salido provisionalmente de incomunicación, permítame recordarle que solo es provisional —dijo el alcaide—. Si causa el más mínimo alboroto ahora que está de vuelta en el ala, no dude ni un momento de que regresará a aislamiento sin la menor posibilidad de recurrir a mí.

—¿Recurrir a usted? —se burló Leach, que estaba de pie ante la mesa del alcaide con un guardia a cada lado.

—¿Está poniendo en duda mi autoridad? —preguntó el alcaide—. Porque en ese caso...

—No, señor —dijo Leach con sarcasmo—. Solo su conocimiento de la Ley de Prisiones de 1999. Me metieron en incomunicación sin que se diera parte de mí.

—Un alcaide puede llevar a cabo tal acción sin necesidad de ningún informe previo, si tiene motivos para creer que hay razones suficientes para...

—Quiero presentar de inmediato una solicitud para ver a mi abogado —anunció Leach con frialdad.

—Tomo nota de su solicitud —respondió Barton, que intentaba mantener la calma—. ¿Quién es su abogado?

—El señor Spencer Craig —contestó Leach. Barton anotó el nombre en la libreta que tenía delante—. Solicitaré que presente una protesta oficial contra usted y tres miembros de su personal.

—¿Me está amenazando, Leach?

—No, señor. Solo me aseguro de que conste oficialmente que he presentado una protesta.

Barton ya no pudo disimular su exasperación, y asintió con brusquedad, la señal de que los guardias debían quitar de su vista al preso de inmediato.

Danny quería contar a Nick la buena noticia, pero sabía que no regresaría de Escocia hasta pasada la medianoche.

Alex Redmayne había escrito para confirmar que la fecha de su apelación había sido fijada para el 31 de mayo. Solo faltaban dos semanas. El señor Redmayne también quería saber si Danny deseaba asistir a la vista, y le recordaba que no había prestado declaración en el juicio. Danny había contestado de inmediato para

confirmar que deseaba estar presente.

También había escrito a Beth. Le habría gustado que fuera la primera en saber que Mortimer había hecho una confesión completa, y que Big Al había grabado hasta la última palabra en la grabadora de Danny. La cinta se hallaba ahora oculta dentro de su colchón, y se la entregaría al señor Redmayne durante su siguiente visita. Danny quería informar a Beth de que ahora estaban en posesión de la prueba que necesitaban, pero no podía correr el riesgo de ponerlo por escrito.

Big Al no intentaba ocultar que estaba muy complacido consigo mismo, y hasta se ofreció a testificar. Parecía que Nick tenía razón: Danny iba a salir libre antes que él.

El coadjutor estaba esperando a *sir* Nicholas en la sacristía. Incluyó la cabeza antes de acompañar al nuevo cabeza de familia por un pasillo hasta el banco delantero del lado derecho. Pascoe y Jenkins ocuparon sus sitios en la fila de atrás.

Nick se volvió a su izquierda, donde el resto de la familia estaba sentado en las tres primeras filas, al otro lado del pasillo. Nadie miró en su dirección; sin duda su tío Hugo les había dado instrucciones de no hacerlo. Eso no impidió que el señor Munro se sentara a su lado. El órgano empezó a sonar, y el párroco, acompañado del capellán del regimiento, guió al coro por el pasillo a los compases de «The Lord is My Shepherd».

Los tiplees ocuparon la primera fila del coro, seguidos de los tenores y los bajos. Unos momentos después, entró el ataúd a hombros de seis soldados de los Cameron Highlanders, que lo depositaron con delicadeza sobre una plataforma situada delante del altar. Durante la ceremonia, se cantaron todos los himnos favoritos del coronel, concluyendo con «The Day Thou Gavest Lord is Ended». Nick inclinó la cabeza y rezó por un hombre que creía en Dios, la reina y la patria.

Cuando el párroco terminó el responso, Nick recordó una de las expresiones de su padre, que siempre repetía cuando asistía a un funeral del regimiento: «El capellán se ha lucido».

En cuanto el capellán terminó las últimas oraciones y el sacerdote hubo administrado la bendición final, la congregación de familia, amigos, representantes del regimiento y vecinos del pueblo se reunieron en el cementerio para asistir al entierro.

Por primera vez, Nick reparó en la imponente figura de un hombre que debía de pesar más de ciento cincuenta kilos, y que no parecía sentirse a sus anchas en Escocia. Sonrió. Nick le devolvió la sonrisa e intentó recordar dónde se habían visto por última vez. Después, se acordó: en Washington. La inauguración de la exposición en el Smithsonian, con la que se celebraban los ochenta años de su padre, cuando se había expuesto al público su legendaria colección de sellos. Pero Nick no podía recordar el nombre del sujeto.

Después de que bajaran el ataúd a la fosa y se celebraran los últimos rituales, el clan Moncrieff se marchó, sin que ni uno solo de sus miembros diera el pésame al hijo y heredero del fallecido. Uno o dos vecinos de la localidad, cuyo sustento no dependía de su tío Hugo, se acercaron y estrecharon la mano de Nick, mientras el oficial de mayor rango que representaba al regimiento se ponía firmes y saludaba. Nick levantó el sombrero.

Cuando estaba a punto de abandonar el cementerio, Nick vio que Fraser Munro hablaba con Jenkins y Pascoe. Munro se acercó.

—Han accedido a que pase una hora conmigo para hablar de asuntos familiares, pero no permiten que me acompañe a mi despacho en coche.

—Comprendo.

Nick dio las gracias al capellán, y después subió al asiento trasero del coche de la policía. Un momento después, Pascoe y Jenkins se sentaron uno a cada lado de él. Cuando el coche se puso en marcha, Nick miró por la ventanilla y vio que el hombretón encendía un puro.

—Hunsacker —dijo Nick en voz alta—. Gene Hunsacker.

—¿Por qué querías verme? —preguntó Craig.

—Me he quedado sin material —dijo Leach.

—Pero te di suficiente para seis meses.

—No, después de que un guardia corrupto se quedara su parte.

—En ese caso, será mejor que vayas a la biblioteca.

—¿Por qué habría de ir a la biblioteca, señor Craig?

—Saca el último ejemplar de la Law Review, la edición encuadernada en piel, y encontrarás todo cuanto necesitas pegado con celo dentro del lomo. Craig cerró el maletín, se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—No llegaremos a tiempo —dijo Leach sin moverse de la silla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Craig, con la mano sobre el pomo de la puerta.

—El amigo de tía Maisie se ha apuntado al programa de desintoxicación.

—Entonces, tendrás que disuadirle, ¿no crees?

—Tal vez eso no solucione su problema —dijo Leach con calma. Craig volvió con parsimonia a la mesa, pero no se sentó.

—¿Qué quieres decir?

—Un pajarito me ha dicho que el amigo de tía Maisie ha empezado a cantar como un canario.

—Pues ciérrale la boca —soltó Craig.

—Puede que ya sea demasiado tarde.

—Déjate de juegucitos, Leach, y dime qué estás insinuando.

—Me han dicho que hay una cinta.

Craig se dejó caer en la silla y clavó la vista en el recluso.

—¿Y qué hay en esa cinta? —preguntó en voz baja.

—Una confesión completa... con nombres, fechas y lugares. —Leach hizo una pausa, consciente de que había logrado toda la atención de Craig—. Cuando me dijeron los nombres sentí la necesidad de consultar con mi abogado.

Craig guardó silencio un rato.

—¿Crees que puedes apoderarte de esa cinta? —preguntó por fin.

—Por un precio.

—¿Cuánto?

—Diez de los grandes.

—Eso es mucho.

—Los guardias corruptos no salen baratos —dijo Leach—. En cualquier caso, apuesto a que tía Maisie no tiene un plan B, de modo que sus alternativas son limitadas.

Craig asintió.

—De acuerdo, pero hay un plazo. Si no se halla en mi poder antes del 31 de mayo, no cobrarás.

—Es fácil adivinar qué apelación se ve ese día —dijo Leach con una sonrisa de suficiencia.

—Su padre hizo testamento, que esta firma ejecutó —anunció Munro, mientras tamborileaba con los dedos sobre el escritorio—. Un juez de paz actuó de testigo, y debo aconsejarle que, sea cual sea su opinión sobre su contenido, no debería oponerse a la decisión.

—No me ha pasado por la cabeza oponerme a los deseos de mi padre —dijo Nick.

—Creo que es una decisión sensata, *sir* Nicholas, si me permite decirlo. Sin embargo, tiene derecho a conocer los detalles del testamento. Como el tiempo obra en contra nuestra, permítame resumírselo. —Tosió—. El grueso del patrimonio de su padre va a parar a su hermano, el señor Hugo Moncrieff. Donaciones y rentas vitalicias de menor valor serán distribuidas entre otros miembros de la familia, el regimiento y algunas organizaciones de caridad locales. A usted no le ha dejado nada, salvo el título, del cual no podía disponer, por supuesto.

—Le aseguro que no me sorprende, señor Munro.

—Me tranquiliza saberlo, *sir* Nicholas. Sin embargo, su abuelo, un hombre astuto y práctico a quien, por cierto, mi padre tuvo el honor de representar, dejó ciertas provisiones en su testamento, de las cuales es usted el único beneficiario. Su padre presentó una solicitud para que fueran abrogadas, pero los tribunales rechazaron su petición.

Munro sonrió mientras buscaba entre los papeles que cubrían su escritorio, hasta encontrar lo que buscaba. Lo alzó en señal de triunfo.

—El testamento de su abuelo —anunció—. Solo le leeré la cláusula que le importa. —Pasó varias páginas—. Ah, aquí está lo que buscaba. —Se caló unas gafas de media luna en el extremo de la nariz y leyó poco a poco—: «Dejo mi finca de Escocia, conocida como Dunbroathy Hall, así como mi residencia de Londres en The Boltons, a mi nieto Nicholas Alexander Moncrieff, que en la actualidad presta sus servicios en un regimiento en Kosovo. Sin embargo, mi hijo Angus podrá disfrutar sin limitaciones de ambas propiedades hasta su fallecimiento, cuando entrarán en posesión del mencionado nieto». —Munro dejó el testamento sobre la mesa—. En circunstancias normales —dijo—, esto le habría garantizado una inmensa herencia, pero por desgracia debo informarle de que su padre se aprovechó de las palabras «sin

limitaciones» y, hasta pocos meses antes de morir, pidió enormes préstamos poniendo como aval ambas propiedades.

»En el caso de la finca de Dunbroathy, recibí una cantidad de... —Munro se caló de nuevo las gafas para consultar la cifra— un millón de libras, y por la de The Boltons, algo más de un millón. Según el testamento de su padre, una vez se haya validado, el dinero pasará directamente a su tío Hugo.

—De manera que, pese a las buenas intenciones de mi abuelo, he terminado sin nada.

—No necesariamente —dijo Munro—, porque creo que está en condiciones de reclamar a su tío el dinero que consiguió con este pequeño subterfugio.

—No obstante, si esos eran los deseos de mi padre, no me opondré a ellos —anunció Nick.

—Creo que debería reconsiderar su postura, *sir* Nicholas —dijo Munro, y de nuevo tamborileó sobre la mesa—. Al fin y al cabo, hay en juego una enorme cantidad de dinero, y estoy seguro...

—Puede que tenga razón, señor Munro, pero no pondré en duda el buen juicio de mi padre.

Munro se quitó las gafas.

—Como usted quiera —dijo a regañadientes—. También debo informarle de que he mantenido correspondencia con su tío, Hugo Moncrieff, que es muy consciente de sus actuales circunstancias, y se ha ofrecido a liberarle del peso de ambas propiedades, y con ellas de la responsabilidad de ambas hipotecas. También ha accedido a cubrir todos los gastos, incluidos los costes legales, relacionados con las transacciones.

—¿Representa usted a mi tío Hugo? —preguntó Nick.

—No —contestó Munro con firmeza—. Aconsejé a su padre que no solicitara hipotecas por ninguna de las propiedades. De hecho, le dije que lo consideraba contrario al espíritu de la ley, si no de la letra, llevar a cabo tales transacciones sin el conocimiento o la aprobación previos de usted. —Munro tosió—. No siguió mi consejo, y decidió buscarse otro abogado.

—En ese caso, señor Munro, ¿puedo preguntarle si desea representarme?

—Su pregunta me halaga, *sir* Nicholas, y permítame asegurarle que esta firma se sentirá orgullosa de continuar su larga asociación con la familia Moncrieff.

—Teniendo en cuenta mis circunstancias, señor Munro, ¿cómo me aconseja proceder?

Munro inclinó la cabeza.

—Anticipándome a la posibilidad de que me pidiera consejo, he puesto en movimiento una serie de investigaciones en su nombre. —Nick sonrió cuando las gafas volvieron a la nariz del anciano abogado—. Me han informado de que el precio de una casa en The Boltons es en la actualidad de unos tres millones de libras, y mi hermano, que es concejal de la localidad, me ha dicho que, hace poco, su tío Hugo

fue a preguntar al ayuntamiento sobre la posibilidad de que concedieran los permisos necesarios para construir una urbanización en la finca de Dunbroathy, pese a que su abuelo confiaba en que usted donaría la finca al National Trust for Scotland.

—Sí, me lo dijo —contestó Nick—. Tomé nota de la conversación en el diario que llevaba en aquella época.

—Eso no impedirá que su tío siga adelante con sus planes, y con eso en mente, pregunté a un primo que es socio de una agencia de bienes raíces locales, cuál podría ser la actitud del ayuntamiento hacia dicha petición. Me informa de que, según las últimas disposiciones de urbanismo de la ley del Gobierno Local de 1997, cualquier parte de la finca en la que ya existan edificios, incluidos la casa, graneros, cobertizos o establos, recibiría permiso de obra provisional. Me dice que esto podría sumar unas cinco hectáreas. También me informó de que el ayuntamiento está buscando tierra en la que construir pisos asequibles o un geriátrico, y hasta podrían aprobar la solicitud de un hotel. —Munro se quitó las gafas—. Habría podido descubrir esta información leyendo las minutas del comité de obras del ayuntamiento, que se cuelgan en la biblioteca local el último día de cada mes.

—¿Su primo pudo calcular el valor de la propiedad? —preguntó Nick.

—Oficialmente no, pero dijo que similares bolsas de tierra poseen un valor actual cercano a las doscientas cincuenta mil libras la media hectárea.

—Con lo cual el valor de la finca alcanzará los tres millones —dedujo Nick.

—Sospecho que estará más cerca de cuatro y medio, si incluye las quinientas hectáreas de terreno rural. Pero, y siempre hay un «pero» cuando interviene su tío Hugo, no debe olvidar que la finca y la propiedad de Londres se hallan ahora gravadas con elevadas hipotecas, que deben ser satisfechas cada trimestre. —Nick supuso que iba a abrir otro expediente, y no se quedó decepcionado—. La casa de The Boltons tiene gastos, que incluyen impuestos de bienes inmuebles, gastos de comunidad e hipoteca, de unas tres mil cuatrocientas libras al mes, a las que hay que sumar otras dos mil novecientas al mes por la finca de Dunbroathy, lo cual da como resultado una suma de unas setenta y cinco mil libras al año. Es mi deber advertirle, *sir* Nicholas, de que si uno de esos pagos se retrasa más de tres meses, las compañías hipotecarias están autorizadas a sacar a la venta las propiedades de inmediato. Si eso ocurriera, estoy seguro de que su tío se propondría adquirirlas.

—Debo decirle, señor Munro, que mis actuales ingresos como bibliotecario de la cárcel son de doce libras a la semana.

—¿Sí? —dijo Munro, y tomó nota—. Esa cantidad no haría mucha mella en setenta y cinco mil libras —bromeó, en un raro destello de humor.

—Tal vez, dadas las circunstancias, deberíamos recurrir a otro de sus primos —insinuó Nick, incapaz de disimular una sonrisa.

—Por desgracia, no es posible —contestó Munro—. Sin embargo, mi hermana está casada con el director de una sucursal local del Royal Bank of Scotland, y él me ha asegurado que no habría ningún problema en encargarse de los pagos si usted

acepta solicitar un segundo préstamo por ambas propiedades en el banco.

—Ha sido usted muy solícito en mi nombre, y le estoy muy agradecido —reconoció Nick.

—Debo confesar —admitió Munro—, y usted comprenderá que lo que voy a decir es confidencial, que si bien sentía gran admiración, e incluso afecto, por su abuelo, y fue un placer representar a su padre, jamás sentí la misma confianza en lo tocante a su tío Hugo, que es... —Alguien llamó a la puerta—. Adelante —dijo Munro.

Pascoe asomó la cabeza.

—Lamento interrumpirles, señor Munro, pero debemos irnos dentro de pocos minutos si queremos tomar el tren de vuelta a Londres.

—Gracias —dijo Munro—. Seré lo más breve posible. —No habló hasta que el señor Pascoe volvió a cerrar la puerta—. Temo que, pese a que apenas me conoce, tendrá que confiar en mí —agregó, y dejó varios documentos sobre la mesa delante de él—. Tendré que pedirle que firme estos acuerdos, aunque no tenga tiempo de examinarlos en detalle. Sin embargo, si debo proceder mientras usted cumple...

Tosió.

—Mi condena —dijo Nick.

—En efecto, *sir* Nicholas —confirmó el abogado, mientras sacaba una pluma del bolsillo y la entregaba a su cliente.

—Yo también traigo un documento que deseo que examine —dijo Nick. Sacó varias hojas de papel rayado de la prisión y se las dio al abogado.

Lawrence Davenport salió a saludar tres veces la noche del estreno de *La importancia de llamarse Ernesto* en el Theatre Royal de Brighton. No pareció darse cuenta de que el resto de la compañía estaba en el escenario con él.

Durante los ensayos, había telefoneado a su hermana para invitarla a cenar después de la función.

—¿Cómo va? —había preguntado Sarah.

—Bien —contestó él—, pero ese no es el único motivo de que quiera verte. Necesito hablar contigo de una decisión importante que he tomado, la cual te afectará a ti, y a toda la familia.

Cuando colgó el teléfono estaba más decidido que nunca. Iba a plantar cara a Spencer Craig por primera vez en su vida, fueran cuales fuesen las consecuencias. Sabía que no podría hacerlo sin el apoyo de Sarah, sobre todo teniendo en cuenta su pasada relación con Craig.

Los ensayos habían sido tediosos. En una obra de teatro no hay ni segunda ni tercera toma, en el caso de que te olvides de una frase o de un movimiento en el escenario. Davenport empezó a preguntarse cómo podía confiar en destacar, actuando con actores que aparecían con regularidad en el West End. Pero en cuanto el telón se alzó la primera noche, no le cupo duda de que el teatro estaba abarrotado de admiradores del doctor Beresford, pendientes de cada palabra de Lawrence, que reían hasta de sus frases menos divertidas y aplaudían todas y cada una de sus intervenciones, por breves que fueran.

Cuando Sarah entró en su camerino para desearle buena suerte, antes de que el telón se levantara, él le recordó que tenía que hablarle de algo muy importante durante la cena. Ella vio que estaba pálido y que parecía un poco cansado, pero lo achacó a los nervios de la noche de estreno.

—Nos veremos después de la función —dijo—. Mucha mierda.

Cuando el telón cayó por fin, Davenport sabía que sería incapaz de hacerlo. Se sentía como si hubiera vuelto a sus orígenes. Intentó convencerse de que debía pensar en los demás, sobre todo en su hermana. Al fin y al cabo, ¿por qué debía arruinar su carrera por culpa de Spencer Craig?

Davenport volvió al camerino, que estaba lleno de amigos y admiradores que brindaban a su salud, lo que siempre era la primera señal de un éxito. Disfrutó de los halagos y trató de olvidar a Danny Cartwright; al fin y al cabo, no era nada más que un matón del East End que estaría mejor encerrado.

Sarah estaba sentada en un rincón de la habitación, complacida por el éxito de su hermano, mientras se preguntaba qué era aquello tan importante de lo que quería hablar con ella.

Nick se llevó una sorpresa al ver a Danny despierto cuando Pascoe abrió la puerta de la celda; era pasada la medianoche. Si bien estaba agotado después de los acontecimientos del día y del largo viaje de regreso a Londres, le alegraba poder contar las noticias a alguien.

Danny escuchó con atención todo cuanto había sucedido en Escocia. Big Al estaba tumbado de cara a la pared y no habló.

—Tú habrías manejado a Munro mucho mejor que yo —reconoció Nick—. Para empezar, dudo que hubieras permitido que tu tío te robara todo ese dinero. —Estaba a punto de explicar con más detalle su entrevista con el abogado, cuando se interrumpió de repente—. ¿A qué viene esa sonrisa de satisfacción? —preguntó.

Danny bajó de la litera, pasó una mano bajo su almohada y sacó una pequeña cinta de *cassette*. La introdujo en la grabadora y pulsó el botón de reproducción.

—¿Cómo te llamas? —preguntó un hombre con fuerte acento de Glasgow.

—Toby, Toby Mortimer —respondió una voz que se había criado en un ambiente muy distinto.

—¿Cómo has acabado aquí?

—Posesión.

—¿Clase A?

—La peor. Heroína. Necesitaba chutarme dos veces al día.

—Entonces, estarás contento de haber entrado en el programa de desintoxicación.

—No me está resultando fácil —dijo Toby.

—¿Y toda esa mierda que me contaste ayer? ¿Debo creerlo?

—Todo es cierto, hasta la última palabra. Necesitaba que entendieras por qué dejé el programa. Vi cómo mi amigo apuñalaba a un hombre; tendría que haberlo contado a la policía.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque Spencer me dijo que mantuviera la boca cerrada.

—¿Spencer?

—Mi amigo Spencer Craig. Es abogado.

—¿Esperas que me crea que un abogado apuñaló a un desconocido?

—No fue tan sencillo.

—Apuesto a que la bofia sí pensó que era sencillo.

—Sí. Solo tenían que elegir entre un chico del East End y un abogado con tres testigos que aseguraban que ni siquiera estuvo allí. —La cinta siguió en silencio unos segundos—. Pero yo sí estuve allí.

—¿Qué pasó en realidad?

—Era el treinta cumpleaños de Gerald y todos habíamos bebido demasiado. Fue entonces cuando los tres entraron.

—¿Tres?

—Dos hombres y una chica. El problema lo causó la chica.

—¿Fue la chica la que empezó la pelea?

—No, no. A Craig le gustó la chica en cuanto la vio, pero ella no estaba interesada, y él se cabreó mucho.

—¿Su novio empezó la pelea?

—No, la chica dejó claro que quería marcharse, así que salieron por la puerta de atrás.

—¿A un callejón?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó una voz sorprendida.

—Me lo dijiste ayer —dijo Big Al, enmendando su equivocación.

—Ah, claro. —Otro largo silencio—. Spencer y Gerald corrieron hacia la parte trasera del pub en cuanto salieron, así que Larry y yo les acompañamos, pero la situación se les escapó de las manos.

—¿De quién fue la culpa?

—De Spencer y Gerald. Querían pelear con los dos chicos y supusieron que les apoyaríamos, pero yo estaba demasiado colocado para ayudarles, y Larry no se mete en ese tipo de cosas.

—¿Larry?

—Larry Davenport.

—¿El de la tele? —dijo Big Al, intentando aparentar sorpresa.

—Sí, pero él y yo nos quedamos rezagados y fuimos testigos de la pelea.

—¿Así que era tu amigo Spencer el que quería pelea?

—Sí. Siempre le había gustado boxear, representó a Cambridge en ese

deporte, pero esos dos chicos eran de una pasta diferente. Fue entonces cuando Spencer sacó el cuchillo.

—¿Spencer tenía un cuchillo?

—Sí, lo había cogido del bar antes de salir al callejón. Recuerdo que dijo: «por si acaso».

—¿Y nunca había visto ni a los chicos ni a la chica?

—No, pero aún creía que tenía posibilidades con la chica, hasta que Cartwright empezó a darle de lo lindo. Fue entonces cuando Spencer perdió los estribos y le apuñaló en la pierna.

—Pero ¿no le mató?

—No, solo le apuñaló en la pierna, y mientras Cartwright se dolía de la herida, Spencer apuñaló al otro chico en el pecho. —Siguió un silencio—. Y le mató.

—¿Llamasteis a la poli?

—No. Spencer debió de hacerlo más tarde, después de ordenar que nos fuéramos a casa. Dijo que, si alguien hacía preguntas, debíamos contar que no habíamos salido del bar, y que no habíamos visto nada.

—¿Alguien hizo preguntas?

—La policía se presentó en mi casa a la mañana siguiente. Yo no había dormido, pero no me fui de la lengua. Creo que estaba más asustado de Craig que de la policía, pero daba igual, porque el oficial a cargo de la investigación estaba convencido de haber detenido al verdadero culpable.

La cinta corrió varios segundos más, hasta que la voz de Mortimer añadió:

—Eso fue hace más de dos años, y no pasa ni un día en el que no piense en ese chico. Ya he advertido a Spencer de que cuando me sienta con fuerzas para prestar declaración...

La cinta se interrumpió.

—¡Bien hecho! —exclamó Nick, pero Big Al se limitó a gruñir. Se había ceñido al guión que Danny le había escrito, el cual cubría todos los puntos que el señor Redmayne necesitaba para la apelación.

—Aún tengo que entregar la cinta al señor Redmayne, sea como sea —dijo Danny, mientras la extraía de la grabadora y la guardaba bajo la almohada.

—Eso no debería ser demasiado difícil —observó Nick—. Envíala en un sobre

con la inscripción «legal». Ningún guardia se atrevería a abrirlo, a menos que estuviera convencido de que el abogado está traficando con drogas o dinero con un recluso, y ningún abogado sería tan estúpido para correr ese riesgo.

—A menos que el recluso estuviera conchabado con un madero —dijo Big Al— que se hubiera enterado de lo de la cinta.

—Pero eso no es posible —afirmó Danny—, siempre que solo lo sepamos los tres.

—No te olvides de Mortimer —dijo Big Al, decidiendo por fin que había llegado el momento de sentarse—. Es incapaz de mantener la boca cerrada, sobre todo cuando necesita un chute.

—¿Qué debería hacer con la cinta? —preguntó Danny—. No puedo ganar la apelación sin ella.

—Yo no correría el riesgo de enviarla por correo —comento Big Al—. Pide una cita con Redmayne, y dásela en persona. Porque ¿sabes quién mantuvo una entrevista con su abogado ayer?

Nick y Danny no dijeron nada, mientras esperaban a que Big Al contestara a su propia pregunta.

—Ese hijoputa de Leach —dijo al fin.

—Podría ser una simple coincidencia —objetó Nick.

—No si el abogado es Spencer Craig.

—¿Cómo puedes estar seguro de que era Craig? —preguntó Danny, al tiempo que aferraba la barandilla de su camastro.

—Los carceleros entran y salen de la enfermería para charlar con la hermana, y yo soy quien prepara el té.

—Si un carcelero corrupto averiguara lo de la cinta —dijo Nick—, no cabe duda de en qué mesa acabaría.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Danny, desesperado.

—Conseguir que acabe en su mesa —dijo Nick.

—¿Ha pedido hora para una consulta?

—No exactamente.

—Entonces, ¿ha venido en busca de asesoramiento legal?

—No exactamente.

—En ese caso, ¿para qué ha venido exactamente? —preguntó Spencer Craig.

—Necesito ayuda, pero no jurídica.

—¿A qué tipo de ayuda se refiere? —preguntó Craig.

—Tengo la oportunidad de hacerme con un gran cargamento de vino, pero hay un problema.

—¿Un problema? —repitió Craig.

—Piden un pago a cuenta.

—¿Cuánto?

—Diez mil libras.

—Necesitaré unos días para pensarlo.

—Estoy seguro de que lo hará, señor Craig, pero no tarde mucho, porque hay otra persona interesada, alguien que está convencido de que esta vez podré contestar a algunas preguntas. —El camarero del Dunlop Arms hizo una pausa—. Prometí darle una respuesta antes del 31 de mayo.

Todos oyeron que la llave giraba en la cerradura, lo cual les pilló por sorpresa, pues aún faltaba una hora para Asociación. Cuando la puerta de la celda se abrió, Hagen apareció en el umbral.

—Registro de celda —anunció—. Vosotros tres, al pasillo.

Nick, Danny y Al salieron al corredor, y se quedaron todavía más sorprendidos cuando Hagen entró en la celda y cerró la puerta a su espalda. La sorpresa no era porque un carcelero se encargara de un registro; estos eran bastante comunes. Los guardias siempre buscaban drogas, bebida, navajas e incluso pistolas. Pero siempre que tenía lugar un registro de celda, había tres guardias presentes, y se dejaba abierta de par en par la puerta de la celda para que los presos no pudieran alegar que habían colocado algo.

Unos momentos después, la puerta se abrió y Hagen volvió a aparecer, incapaz de reprimir una sonrisa en su cara.

—Muy bien, muchachos —dijo—, estáis limpios.

Danny se quedó sorprendido al ver a Leach en la biblioteca, porque nunca se había llevado un libro. Tal vez querría leer un periódico. Deambulaba de un lado a otro de las estanterías, como perdido.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Danny.

—Quiero el último ejemplar de la Law Review.

—Estás de suerte —dijo Danny—. Hasta hace unos días, solo teníamos un ejemplar atrasado, pero alguien donó varios libros a la biblioteca, incluida la última edición de la Law Review.

—Pues dámela —gruñó Leach.

Danny se encaminó a la sección jurídica, sacó del estante un grueso volumen encuadernado en piel y lo bajó al mostrador.

—¿Nombre y número?

—No tengo por qué decirte nada.

—Debes decirme tu nombre si quieres sacar un libro, porque de lo contrario no puedo rellenar la tarjeta de la biblioteca.

—Leach, 6241 —rugió el hombre.

Danny llenó una nueva tarjeta. Confió en que Leach no se diera cuenta de que su mano temblaba.

—Firma al pie.

Leach puso una cruz en el sitio que Danny señalaba.

—Tendrás que devolver el libro dentro de tres días —explicó Danny.

—¿Quién te crees que eres, un puto carcelero? Lo devolveré cuando me salga de las pelotas.

Danny vio que Leach se apoderaba del libro y salía de la biblioteca sin decir ni una palabra más. Estaba perplejo. Si Leach no sabía firmar...

Craig dejó su Porsche negro en el aparcamiento de visitantes, una hora antes de su cita con Toby. Ya había advertido a Gerald de que era casi tan difícil entrar en la cárcel de Belmarsh como salir de ella: una interminable sucesión de puertas con barrotes, dobles comprobaciones de credenciales y registros corporales minuciosos, y eso antes de llegar a la zona de recepción.

Una vez dieron sus nombres en recepción, entregaron a Craig y a Payne una llave numerada y les ordenaron que dejaran todos los objetos de valor, incluidos relojes, anillos, collares, billetes y monedas en una taquilla. Si deseaban comprar algo en la cantina para el preso, debían entregar la cantidad exacta de dinero, a cambio de pequeñas fichas de plástico que tenían el valor de una libra, cincuenta peniques, veinte peniques y diez peniques, con el fin de que no pudieran entregar dinero en metálico a un recluso. El nombre de cada visitante se anunciaba por separado, y antes de recibir permiso para entrar en la zona de seguridad, eran sometidos a otro registro, en esta ocasión a cargo de un agente acompañado de un perro entrenado.

—Números uno y dos —dijo una voz por el sistema de megafonía.

Craig y Payne estaban sentados en un rincón de la sala de espera, con ejemplares de *Prison News* y *Lock and Key* para ayudar a pasar el rato, mientras esperaban a que anunciaran sus números.

—Números diecisiete y dieciocho —dijo la voz unos cuarenta minutos después.

Craig y Payne se levantaron y atravesaron más puertas provistas de barrotes; les sometieron de nuevo a un cacheo riguroso antes de entrar en la zona de visitas, donde les dijeron que tomaran asiento en la fila G, números 11 y 12.

Craig se sentó en una silla verde atornillada al suelo, mientras Payne iba a la cantina a comprar tres tazas de té y un par de Mars, a cambio de las fichas de la cárcel. Cuando se reunió con Craig, dejó la bandeja sobre una mesa también atornillada al suelo y se sentó en otra silla inamovible.

—¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar? —preguntó.

—Un rato, sospecho —contestó Craig—. Solo dejan entrar a los presos de uno en uno, y espero que les registren más a conciencia que a nosotros.

—No te vuelvas —susurró Beth—, pero Craig y Payne están sentados tres o cuatro filas detrás de ti. Habrán venido a ver a alguien.

Danny se puso a temblar, pero resistió la tentación de volverse.

—Tiene que ser Mortimer —dijo—. Pero llegan demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó Beth. Danny tomó su mano.

—No puedo decir gran cosa en este momento, pero Alex te informará la próxima vez que le veas.

—Ahora es Alex, ¿eh? —sonrió Beth—. ¿Ya le tuteas?

Danny rio.

—Solo a sus espaldas.

—Qué cobardica eres —dijo Beth—. El señor Redmayne siempre te llama Danny, y hasta me dijo que estaba muy contento porque habías empezado a afeitarte cada día y te habías dejado crecer el pelo. Cree que eso podría influir positivamente en la apelación.

—¿Cómo va el taller? —preguntó Danny para cambiar de tema.

—Papá no trabaja tanto como antes —dijo Beth—. Ojalá le convenciera de dejar de fumar. Siempre está tosiendo, pero no nos hace caso ni a mamá ni a mí.

—¿A quién ha nombrado encargado?

—A Trevor Sutton.

—¿Trevor Sutton? Sería incapaz de llevar un puesto de verduras.

—Nadie más deseaba el empleo —admitió Beth.

—Será mejor que vigiles los libros —dijo Danny.

—¿Por qué? ¿Crees que Trevor no es de fiar?

—No, es que no sabe sumar.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —se lamentó Beth—. Papá no confía en mí, y la verdad es que estoy desbordada de trabajo en este momento.

—El señor Thomas está abusando de ti, ¿eh? —dijo Danny con una sonrisa. Beth rio.

—El señor Thomas es un jefe fabuloso, y tú lo sabes. No olvides lo amable que fue durante el juicio. Y acaba de subirme el sueldo otra vez.

—No dudo de que sea un buen tipo —dijo Danny—, pero...

—¿Un buen tipo? —rio Beth.

—Échale la culpa a Nick —dijo Danny, al tiempo que se pasaba la mano por el pelo sin darse cuenta.

—Si continúas así —observó Beth—, no podrás salir con tus viejos amigos cuando obtengas la libertad.

—¿No te das cuenta de que le gustas al señor Thomas? —continuó Danny, sin hacer caso del comentario.

—Debes de estar bromeando —dijo Beth—. Siempre se comporta como un perfecto caballero.

—Eso no impide que le gustes.

—¿Cómo se las arreglan para entrar drogas en un lugar tan protegido como este? —preguntó Payne, mientras paseaba la mirada por las cámaras de televisión de circuito cerrado y los guardias que les observaban con prismáticos desde la galería.

—Los camellos se están perfeccionando cada vez más —dijo Craig—. Pañales de bebé, pelucas... Algunos llegan al extremo de embutir la droga en condones y metérselos en el culo, pues saben que a pocos guardias les gusta registrar ahí,

mientras otros se tragan la droga, de lo desesperados que están.

—¿Y si el paquete se les rompe dentro?

—Tienen una muerte horrible. Una vez tuve un cliente que era capaz de tragar un paquete pequeño de heroína, mantenerlo en la garganta, y después escupirlo cuando le devolvían a la celda. Tal vez creas que es acojonantemente peligroso, pero imagina cobrar doce libras a la semana, cuando puedes vender un paquete así por quinientas libras. Creen que vale la pena afrontar ese riesgo. El único motivo de que nos hayan sometido a registros tan rigurosos es la adicción de Toby.

—Si Toby tarda mucho más, se nos acabará el tiempo antes de que haya aparecido —dijo Payne, mientras contemplaba la taza de té, que se había enfriado.

—Siento molestarle, señor. —Un guardia había aparecido de repente al lado de Craig—. Temo que el señor Mortimer ha caído enfermo, y no podrá reunirse con ustedes esta tarde.

—Qué falta de consideración —se quejó Craig mientras se levantaba—. Como mínimo, podría habernos avisado. Típico.

—¡Todo el mundo a sus celdas de inmediato, y quiero decir de inmediato! —bramó una voz.

Sonaron silbatos, aullaron sirenas, aparecieron guardias procedentes de todos los pasillos y empezaron a conducir a los presos a sus celdas.

—Pero debo presentarme en educación —protestó Danny, mientras le cerraban la puerta de la celda en la cara.

—Hoy no, Danny —dijo Big Al, y encendió un cigarrillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick.

—Podría ser cualquier cosa —dijo Big Al, y dio una larga calada al cigarrillo.

—¿Como qué? —preguntó Danny.

—Podría haberse iniciado una pelea en otra ala, y los carceleros temen que se extienda. Puede que alguien haya atacado a uno de ellos. Que Dios ayude al hijoputa. O quizá han pillado a un camello con las manos en la masa, o un preso ha prendido fuego a su celda. Yo apuesto a que alguien se ha colgado —dijo, no sin antes exhalar una gran nube de humo. Tiró la ceniza al suelo—. Podéis elegir, porque solo hay una cosa segura: no nos dejarán salir hasta dentro de veinticuatro horas, cuando todo se haya solucionado.

Big Al tenía razón: transcurrieron veintisiete horas hasta que oyeron que una llave giraba en la cerradura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nick al guardia que abrió la puerta de la celda.

—Ni idea —fue la respuesta oficial.

—Alguien se ha colgado —dijo una voz desde la celda de al lado.

—Pobre hijoputa, debió de descubrir que solo hay una forma de salir de este lugar.

—¿Alguien conocido? —preguntó otro.

—Un drogata —dijo otra voz—, que solo llevaba con nosotros unas pocas semanas.

Gerald Payne pidió al portero del Inner Temple^[6] que le indicara el despacho del señor Spencer Craig.

—En la esquina más alejada de la plaza, señor. Número seis —fue la respuesta—. Encontrará su despacho en el último piso.

Payne atravesó la plaza a toda prisa, sin salirse del sendero, obedeciendo los carteles que exigían con firmeza «No pisar la hierba». Había salido de su despacho de Mayfair en cuanto Craig había telefoneado.

—Si vienes a mi despacho a eso de las cuatro —había dicho—, ya no sufrirás más noches de insomnio.

Cuando Payne llegó al otro lado de la plaza, subió los peldaños de piedra y abrió una puerta. Entró en un pasillo frío y mohoso, de paredes blancas adornadas con viejos grabados de jueces todavía más viejos. Al final del pasillo había una escalera de madera, y sujeto a la pared había un reluciente tablón negro en el que estaba pintada en blanco una lista de nombres que indicaba los inquilinos de los despachos. Tal como el portero le había dicho, el despacho del señor Spencer Craig se hallaba en la última planta. La larga subida por la escalera de madera recordó a Payne que estaba en pésima forma. Se quedó sin aliento antes de llegar al segundo piso.

—¿Señor Payne? —preguntó una joven que estaba esperando en el último escalón—. Soy la secretaria del señor Craig. Acaba de telefonar para decir que ha salido del Old Bailey y que llegará dentro de unos minutos. ¿Quiere esperar en su despacho? Le guió por el pasillo, abrió una puerta y le invitó a entrar.

—Gracias —dijo Payne, mientras entraba en una amplia habitación, sin más muebles que una mesa y dos butacas de cuero de respaldo alto, una a cada lado.

—¿Le apetece una taza de té, señor Payne, o un café?

—No, gracias —contestó Payne, mientras miraba por la ventana que dominaba la plaza.

La joven cerró la puerta, y Payne se sentó de cara a la mesa de Craig. Estaba casi vacía, como si nadie trabajara allí. Ni fotos, ni flores, ni recuerdos, tan solo un enorme cartapacio, una grabadora y un voluminoso sobre sin abrir dirigido al señor S. Craig con la inscripción confidencial.

Unos minutos después, Craig entró como una exhalación en la habitación, seguido de su secretaria. Payne se levantó y le estrechó la mano, como si fuera más un cliente que un viejo amigo.

—Siéntate, muchacho —pidió Craig—. Señorita Russell, ¿podrá ocuparse de que no nos moleste nadie?

—Por supuesto, señor Craig —contestó la joven. Salió y cerró la puerta a su

espalda.

—¿Es lo que yo creo? —preguntó Payne, al tiempo que señalaba el sobre.

—Vamos a averiguarlo —dijo Craig—. Llegó en el correo de la mañana, cuando estaba en el tribunal. Abrió el sobre y vació su contenido sobre el cartapacio: una pequeña *cassette*.

—¿Cómo te has apoderado de ella? —preguntó Payne.

—Mejor no preguntes —respondió Craig—. Digamos que tengo amigos en el hampa. —Sonrió, levantó la cinta y la introdujo en la grabadora—. Vamos a averiguar qué deseaba contar al mundo con tanto ahínco el amigo Toby.

Pulsó el botón de reproducción. Craig se reclinó en su butaca, mientras Payne se quedaba en el borde de su asiento, con los codos apoyados sobre el escritorio. Transcurrieron varios segundos hasta que oyeron hablar a alguien.

—No estoy seguro de cuál de vosotros escuchará esta cinta. —Al principio, Craig no reconoció la voz—. Podría ser Lawrence Davenport, pero me parece improbable. Gerald Payne es una posibilidad. —Payne sintió que un escalofrío recorría su cuerpo—. Pero sospecho que será Spencer Craig. —Craig no demostró la menor emoción—. Sea quien sea, quiero que no albergue la menor duda de que, aunque sacrifique el resto de mi vida, voy a conseguir que los tres acabéis en la cárcel por el asesinato de Bernie Wilson, por no hablar de mi encarcelación ilegal. Si aún esperáis apoderaros de la cinta que en realidad deseabais, os aseguro que se encuentra en un lugar donde nunca la encontraréis, hasta que estéis encerrados aquí.

Danny se miró en el espejo de cuerpo entero por primera vez en meses, y su reacción le sorprendió. La influencia de Nick debía de ser más profunda de lo que había creído, porque de repente tomó conciencia de que unos vaqueros de marca y una camisa del West Ham no debían constituir el atuendo más apropiado para aparecer en un tribunal de apelación. Ya se estaba arrepintiendo de haber rechazado la oferta de Nick, consistente en un traje discreto, camisa y corbata, que habrían estado más en consonancia con la gravedad de la ocasión (palabras de Nick), pues la disparidad en su talla era insignificante (dos términos que Danny ya no tenía que buscar en el diccionario).

Danny ocupó su lugar en el banquillo y esperó a que los tres jueces aparecieran. Había salido de Belmarsh a las siete de la mañana en una furgoneta blanca de la cárcel, junto con doce presos más que debían comparecer ante el tribunal de apelaciones aquella mañana. ¿Cuántos regresarían aquella noche? Al llegar, le habían encerrado en una celda y le habían dicho que esperara. Eso le concedió tiempo para pensar. No podía pronunciar ni una palabra en el tribunal. El señor Redmayne le había explicado el procedimiento de la apelación con todo lujo de detalles, puesto que era muy diferente de un juicio.

Tres jueces habrían examinado todas las pruebas del juicio, así como la transcripción, y habría que convencerles de que existían nuevas pruebas que en su momento desconocían el juez y el jurado, antes de que consideraran la posibilidad de revocar el veredicto.

En cuanto oyó la cinta, Alex Redmayne se había convencido de que plantaría la semilla de la duda en la mente de sus señorías, si bien procuraría pasar de puntillas sobre el motivo por el que Toby Mortimer no podía comparecer como testigo.

Transcurrió un rato antes de que abrieran la puerta de la celda de Danny, y Alex se reunió con él. Después de su última consulta, había insistido en que Danny le tuteara, pero este aún se negaba, como si no lo considerara correcto, pese a que su abogado siempre le había tratado de igual a igual. Alex empezó a repasar con detalle la nueva prueba. Pese a que Mortimer se había quitado la vida, todavía se hallaban en posesión de la cinta, que Alex describía como su mejor carta.

—Habría que evitar en todo momento los tópicos, señor Redmayne —dijo Danny con una sonrisa. Alex sonrió a su vez.

—Un año más, y te encargarás de tu propia defensa.

—Confiemos en que no sea necesario.

Danny miró a Beth y a su madre, sentadas en la primera fila de una sala abarrotada de buenos ciudadanos de Bow, que estaban convencidos de que quedaría en libertad aquel mismo día. Solo lamentó no ver al padre de Beth.

Lo que Danny no sabía era que había mucha más gente concentrada ante el tribunal de apelación, gritando y blandiendo pancartas que exigían su liberación. Miró los bancos de la prensa, donde un joven de la Bethnal Green and Bow Gazette estaba sentado con la libreta abierta y el bolígrafo preparado. ¿Tendría una exclusiva para el diario del día siguiente? Tal vez la cinta no sería una prueba suficiente en sí misma, había advertido Alex a Danny, pero en cuanto se escuchara en el tribunal, su contenido sería aireado en todos los periódicos del país, y después...

Danny ya no estaba solo. Alex, Nick, Big Al y Beth eran los generales de lo que se estaba convirtiendo en un pequeño ejército. Alex había admitido que todavía confiaba en que un segundo testigo apareciera para confirmar la historia de Mortimer. Si Toby Mortimer había querido confesar, ¿no era posible que Gerald Payne o Lawrence Davenport desearan dejar las cosas claras, después de más de dos años de vivir con aquel peso sobre su conciencia?

—¿Por qué no va a verles? —había preguntado Danny—. Tal vez le escuchen.

Alex le había explicado por qué no era posible, y a continuación señaló que, incluso si se topara con uno de ellos en un acto social, podrían obligarle a retirarse del caso, o a enfrentarse a una acusación de conducta poco profesional.

—¿No podría enviar a alguien en su nombre, para que se apoderara de las pruebas que necesitamos, como hizo Big Al?

—No —contestó con firmeza Alex—. Si se me identificara como instigador de dicha actuación, tendrías que buscar un nuevo abogado, y yo otro trabajo.

—¿Y el camarero? —preguntó Danny.

Alex le dijo que ya había llevado a cabo una investigación sobre Reg Jackson, el camarero del Dunlop Arms, con el fin de averiguar si tenía antecedentes delictivos.

—¿Y?

—Nada —dijo Alex—. Le han detenido dos veces durante los últimos cinco años por posesión de objetos robados, pero la policía carecía de pruebas suficientes para conseguir una condena, de modo que retiraron los cargos.

—¿Y Beth? —preguntó Danny—. ¿Le concederán una segunda oportunidad de testificar?

—No —contestó Alex—. Los jueces leerán su testimonio escrito, así como la transcripción del proceso, pero no les interesa repetir el juicio. —También advirtió a Danny de que no había encontrado nada en las conclusiones del juez que apuntara prejuicios suficientes para iniciar otro juicio—. La verdad es que todo depende de la cinta.

—¿Y Big Al?

Alex le dijo que había pensado en llamar a Albert Crann como testigo, pero decidió que sería más perjudicial que beneficioso.

—Pero es un amigo leal —dijo Danny.

—Con antecedentes delictivos.

A las diez en punto, los tres jueces entraron en la sala. Los funcionarios del

tribunal se levantaron, inclinaron la cabeza ante sus señorías y esperaron a que ocuparan sus lugares en el banco. Para Danny, los dos hombres y la mujer de quienes dependía su vida eran figuras borrosas, con la cabeza cubierta con pelucas cortas y sus ropas de cada día ocultas por togas negras.

Alex Redmayne apoyó una carpeta sobre un pequeño atril que tenía delante. Había explicado a Danny que estaría solo en el banco, pues los fiscales no estaban presentes en las apelaciones. Danny pensó que no echaría de menos al señor Arnold Pearson.

En cuanto el tribunal se acomodó, el juez principal, Browne invitó al señor Redmayne a iniciar su recapitulación.

Alex empezó recordando al tribunal los antecedentes del caso, intentando de nuevo sembrar la duda en la mente de sus señorías, pero a juzgar por su expresión estaba claro que no lo estaba consiguiendo. De hecho, el juez Browne le interrumpió en más de una ocasión para preguntar si iba a presentar nuevas pruebas, y le recordó que los tres jueces habían leído las transcripciones del juicio.

Al cabo de una hora, Alex se rindió.

—No le quepa duda, señoría, de que tengo la intención de presentar nuevas pruebas a su consideración. Alex se irguió en toda su estatura mientras pasaba otra página del expediente.

—Señorías, estoy en posesión de una grabación que desearía presentar a su consideración. Es una conversación con el señor Toby Mortimer, un Mosquetero que se encontraba presente en el Dunlop Arms la noche de autos, pero que no pudo prestar declaración en el juicio porque estaba indispuerto.

Danny contuvo el aliento cuando Alex cogió la cinta y la introdujo en la grabadora que tenía delante. Estaba a punto de pulsar el botón de reproducción, cuando el juez Browne se inclinó hacia delante.

—Un momento, señor Redmayne, por favor.

Danny sintió que un escalofrío recorría su cuerpo cuando los tres jueces susurraron entre ellos. Transcurrieron unos instantes, hasta que el juez Browne formuló una pregunta cuya respuesta sabía sin la menor duda, pensó Alex.

—¿El señor Mortimer comparecerá como testigo?

—No, señoría, pero la cinta demostrará...

—¿Por qué no comparecerá ante nosotros, señor Redmayne? ¿Todavía continúa indispuerto?

—Por desgracia, señoría, ha muerto recientemente.

—¿Puedo preguntar la causa de la muerte?

Alex maldijo. Sabía que el juez Browne estaba enterado de los motivos de que Mortimer no pudiera comparecer ante el tribunal, pero quería que quedara constancia de todos los detalles.

—Se suicidó, señoría, después de una sobredosis de heroína.

—¿Era un reconocido adicto a la heroína? —continuó el juez Browne implacable.

—Sí, señoría, pero por suerte esta grabación se realizó durante un período de remisión.

—Sin duda comparecerá ante nosotros un médico para confirmarlo.

—Por desgracia no, señoría.

—¿Debo entender que no estuvo presente un médico cuando se grabó la cinta?

—Sí, señoría.

—Entiendo. ¿Dónde se grabó la cinta?

—En la prisión de Belmarsh, señoría.

—¿Estuvo usted presente?

—No, señoría.

—En ese caso, señor Redmayne, siento curiosidad por saber quién estuvo presente.

—El señor Albert Crann.

—Y si no es médico o miembro del personal de la prisión, ¿cuál era su situación en aquel momento?

—Es un preso.

—¿Sí? Debo preguntarle, señor Redmayne, si posee alguna prueba de que esta grabación se efectuara sin que el señor Mortimer fuera coaccionado o amenazado. Alex vaciló.

—No, señoría, pero estoy seguro de que podrá decidir cuál era el estado mental del señor Mortimer una vez haya escuchado la cinta.

—Pero ¿cómo podemos estar seguros de que el señor Crann no estaba apoyando una navaja contra su garganta, señor Redmayne? De hecho, tal vez su sola presencia bastó para meter el miedo en el cuerpo al señor Mortimer.

—Tal como he señalado, señoría, se formará una opinión mejor una vez haya oído la cinta.

—Permita que consulte unos momentos con mis colegas, señor Redmayne. Una vez más, los tres jueces susurraron entre ellos.

Al cabo de unos instantes, el juez Browne volvió a centrar su atención en el abogado defensor.

—Señor Redmayne, somos de la opinión de que no se puede permitir la reproducción de la cinta, dado que es inadmisibile.

—Pero, señoría, ¿puedo recordarle que una directiva reciente de la Comisión Europea...?

—Las directivas europeas aún no se aplican en mi tribunal —dijo el juez Browne, pero se corrigió al instante—, en este país. Permítame advertirle que si el contenido de esta cinta llegara a hacerse público, me vería obligado a denunciar el asunto al CPS.

El único periodista del banco de la prensa guardó su bolígrafo. Por un momento, había pensado que tenía una exclusiva, pues el señor Redmayne reproduciría la cinta durante las conclusiones de la vista, y él decidiría si a sus lectores podía interesarles,

aunque a sus señorías no. Pero ya no sería posible. Si el periódico publicaba una sola palabra de la cinta después de las instrucciones del juez, incurriría en desacato al tribunal, algo que hasta los directores más rebeldes evitaban.

Alex removió unos papeles, pero sabía que no debía volver a molestar al juez Browne.

—Continúe su alegato, señor Redmayne, por favor —dijo el juez.

Alex continuó desafiante con las escasas pruebas que tenía a su disposición, pero ya no pudo aportar nada capaz de provocar que el juez Browne enarcara una ceja. Cuando Alex volvió a su sitio, se maldijo por lo bajo. Tendría que haber entregado la cinta a la prensa el día antes de la vista; de ese modo el juez se habría visto obligado a admitir la conversación como nueva prueba. Pero el juez Browne había demostrado ser demasiado astuto para permitir que Alex pulsara el botón de reproducción.

Más tarde, su padre le señaló que si sus señorías hubieran oído una sola frase no habrían tenido otro remedio que escuchar el resto de la cinta. Pero no habían oído ni una palabra, y mucho menos una frase.

Los tres jueces se retiraron a las doce y treinta y siete minutos, y volvieron al cabo de poco con un veredicto unánime. Alex agachó la cabeza cuando el juez Browne pronunció las palabras:

—Apelación rechazada.

Miró a Danny, que acababa de ser condenado a pasar los siguientes veinte años de su vida en la cárcel, por un crimen que Alex sabía que no había cometido.

Algunos de los invitados iban por la tercera o cuarta copa de champán cuando Lawrence Davenport apareció en la escalera de la abarrotada sala de baile. No se movió de lo alto de la escalera hasta comprobar que casi todo el mundo había vuelto la vista en su dirección. Le saludó una salva de aplausos. Sonrió y movió una mano en señal de agradecimiento. Le pusieron una copa de champán en la mano, con las palabras: «Has estado magnífico, querido».

Cuando cayó el telón, el público del estreno aplaudió puesto en pie, pero eso no debió de sorprender a los aficionados al teatro, porque siempre sucede lo mismo. Al fin y al cabo, las ocho primeras filas suelen reservarse para amigos, familiares y agentes, y las seis siguientes a colegas y parásitos. Solo un crítico avezado no se levanta cuando cae el telón, a menos que sea para marcharse a toda prisa y entregar su artículo con el fin de que salga en la primera edición de la mañana.

Davenport paseó poco a poco la vista por la sala. Sus ojos se posaron en su hermana Sarah, que estaba hablando con Gibson Graham.

—¿Cómo crees que reaccionará la crítica? —preguntó Sarah al agente de Larry.

—Con desprecio —dijo Gibson, mientras daba una calada a su puro—. Siempre lo hace cuando una estrella de la televisión aparece en el West End. Pero como tenemos entradas reservadas por valor de casi trescientas mil libras y solo actuamos durante catorce semanas, estamos a prueba de críticos. Son los asientos ocupados lo que cuenta, Sarah, no los críticos.

—¿Larry tiene apalabrado algo más?

—De momento no —admitió Gibson—. Pero confío en que después de esta noche no escasearán las ofertas.

—Bien hecho, Larry —dijo Sarah a su hermano cuando se reunió con ellos.

—Menudo triunfo —añadió Gibson, y alzó la copa.

—¿De veras lo crees? —preguntó Davenport.

—Oh, sí —aseguró Sarah, que comprendía las inseguridades de su hermano mejor que nadie—. En cualquier caso, Gibson me ha dicho que se han agotado las entradas para casi todas las funciones.

—Cierto, pero aún me preocupan los críticos —se lamentó Davenport—. Nunca han sido amables conmigo.

—No pienses en ellos —dijo Gibson—. Da igual lo que digan; la obra arrasará.

Davenport paseó la vista por la sala, para ver con quién quería hablar a continuación. Vio a Spencer Craig y a Gerald Payne, absortos en su conversación en un rincón.

—Parece que nuestra pequeña inversión será provechosa —dijo Craig—. Doblemente.

—¿Doblemente? —preguntó Payne.

—No solo Larry cerró el pico en cuanto le ofrecieron la posibilidad de aparecer en el West End, sino que con unos anticipos de trescientas mil libras, estamos seguros de recuperar nuestro dinero, y hasta puede que obtengamos algunos beneficios. Además, ahora que Cartwright ha perdido la apelación, no tendremos que preocuparnos por él hasta dentro de veinte años —añadió Craig con una risita.

—Todavía sigo preocupado por la cinta —reconoció Payne—. Estaría más tranquilo si supiera que no existe.

—Ya no es importante —dijo Craig.

—Pero ¿y si llega a los periódicos? —preguntó Payne.

—Los periódicos no se atreverán ni a acercarse a ella.

—Pero eso no impedirá que se cuelgue en internet, que podría ser igual de perjudicial para los dos.

—Te preocupas innecesariamente —le recriminó Craig.

—No pasa una noche sin que no me preocupe por ello —confesó Payne—. Me despierto cada mañana preguntándome si mi cara aparecerá en la primera plana.

—Creo que no sería tu cara la que saldría en primera plana —dijo Craig, mientras Davenport aparecía a su lado—. Felicidades Larry. Has estado brillante.

—Mi agente me ha dicho que ambos habéis invertido en la obra —dijo Davenport.

—Ya lo creo —afirmó Craig—. Reconocemos a un ganador en cuanto lo vemos. De hecho, vamos a gastar parte de los beneficios en la fiesta anual de los Mosqueteros.

Dos hombres jóvenes se acercaron a Davenport, complacido de confirmar la opinión que tenía de sí mismo, lo cual concedió a Craig la oportunidad de escapar.

Mientras deambulaba por la sala, vio a Sarah Davenport hablando con un hombre bajo, calvo y obeso que fumaba un puro. Estaba aún más hermosa de lo que recordaba. Se preguntó si el hombre del puro sería su pareja. Cuando ella se volvió en su dirección, Craig sonrió, pero Sarah no reaccionó. Tal vez no le había visto. En su opinión, siempre había sido más guapa que Larry, y después de aquella noche juntos... Fue a su encuentro. Dentro de un momento sabría si Larry le había confesado algo.

—Hola, Spencer —saludó. Craig la besó en ambas mejillas—. Gibson —dijo Sarah—, este es Spencer Craig, un viejo amigo de Larry de los tiempos de la universidad. Spencer, este es Gibson Graham, el agente de Larry.

—Ha invertido en la obra, ¿verdad? —preguntó Gibson.

—Una modesta cantidad —admitió Craig.

—Nunca te he considerado un ángel —reconoció Sarah.

—Yo siempre he apoyado a Larry —repuso Craig—, porque jamás he dudado de que llegaría a ser una estrella.

—Tú también te has convertido en una especie de estrella —dijo Sarah con una

sonrisa.

—Si lo crees así, ¿por qué no me habías informado? —preguntó Craig.

—Yo no me codeo con criminales.

—Espero que eso no te impida cenar conmigo en alguna ocasión, porque me gustaría...

—Las primeras ediciones de los periódicos han llegado —interrumpió Gibson—. Perdonen, voy a ver si tenemos un éxito, o solo un ganador.

Gibson Graham atravesó a toda prisa la sala de baile, apartando a empujones a los ilusos que se atrevían a interponerse en su camino. Agarró un ejemplar del Daily Telegraph y buscó la página de espectáculos. Sonrió cuando vio los titulares:

«Oscar Wilde se siente todavía como en casa en el West End».

Pero la sonrisa se esfumó cuando llegó al segundo párrafo:

Lawrence Davenport nos ha ofrecido su típica interpretación de repertorio, esta vez como Jack, lo cual no pareció importar al público, abarrotado de admiradores del doctor Beresford. En contraste, Eve Best, en el papel de Gwendolen Fairfax, brilló desde su entrada en escena...

Gibson miró a Davenport, complacido de ver que estaba conversando con un joven actor que había estado descansando un tiempo.

Cuando llegaron a su celda, el daño ya estaba hecho. La mesa había quedado reducida a astillas, los colchones estaban destrozados, las sábanas hechas pedazos y el pequeño espejo de acero había sido arrancado de la pared. Cuando el señor Hagen abrió la puerta, descubrió a Danny intentando arrancar el lavabo. Tres guardias se abalanzaron sobre él, pero Danny lanzó un puñetazo a Hagen. De haberle alcanzado, habría sido un golpe de campeón de los pesos medios, pero Hagen se agachó a tiempo. El segundo guardia agarró a Danny por el brazo, mientras el tercero le propinaba una fuerte patada en la parte posterior de la rodilla, lo cual concedió a Hagen el tiempo suficiente para recuperarse y encadenarle los brazos y las piernas, mientras sus compañeros le sujetaban.

Le sacaron a rastras de la celda y le bajaron por la escalera de hierro, sin dejar de correr hasta llegar al pasillo púrpura, que conducía a la unidad de incomunicación. Se detuvieron ante una celda sin número. Hagen abrió la puerta y los otros dos le arrojaron al interior.

Danny se quedó tendido sobre el frío suelo de piedra durante mucho rato. Si hubiera tenido un espejo en la celda, habría podido admirar su ojo morado y el mosaico de contusiones que cubría su cuerpo. Le daba igual. Es lo que ocurre cuando has perdido la esperanza y te quedan otros veinte años para pensar en ello.

—Me llamo Malcolm Hurst —dijo el representante de la Junta de Libertad Condicional—. Haga el favor de sentarse, señor Moncrieff.

Hurst había dedicado cierto tiempo a pensar cómo iba a dirigirse al preso.

—Señor Moncrieff, ha solicitado la libertad condicional —empezó—, y es mi responsabilidad redactar un informe para presentarlo a la consideración de la junta. He leído su historial, por supuesto, en el que consta un informe completo sobre cuál ha sido su conducta durante su estancia en la cárcel; su responsable de ala, el señor Pascoe, ha descrito su comportamiento como ejemplar.

Nick siguió en silencio.

—También he observado que es usted un recluso avanzado, que trabaja en la biblioteca y colabora con el personal docente de la prisión en las materias de Inglés e Historia. Da la impresión de que ha conseguido un éxito notable con sus compañeros de cárcel, que han logrado el certificado para acceder a educación secundaria, y uno en particular está preparando tres asignaturas de bachillerato.

Nick asintió con tristeza. Pascoe le había chivado que Danny había perdido la apelación y estaba a punto de volver del Old Bailey. Habría querido estar en la celda cuando Danny llegara, pero por desgracia la Junta de Libertad Condicional había fijado la fecha de la entrevista unas semanas atrás.

Nick ya había decidido ponerse en contacto con Alex Redmayne en cuanto saliera

en libertad, con el fin de ofrecerle su ayuda en todo lo posible. No entendía por qué el juez había prohibido que se reprodujera la cinta. No dudaba de que Danny le explicaría el motivo en cuanto regresara a la celda. Intentó concentrarse en lo que estaba diciendo el representante de la Junta de Libertad Condicional.

—Veo que durante su estancia en la cárcel, señor Moncrieff, se ha licenciado en Inglés por la Universidad Abierta con notas excelentes. —Nick asintió—. Si bien su comportamiento en la cárcel es digno de alabanza, estoy seguro de que comprenderá que debo hacerle unas preguntas antes de terminar mi informe.

Pascoe ya había avisado a Nick de cuáles serían esas preguntas.

—Por supuesto —dijo.

—Un consejo de guerra le condenó por conducta imprudente y negligente en el cumplimiento de su deber, de lo cual se declaró culpable. El consejo le echó del ejército y le sentenció a ocho años de cárcel. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor Hurst.

Hurst marcó la primera casilla.

—Su pelotón estaba custodiando a un grupo de prisioneros serbios, cuando unos milicianos albanos pasaron por delante del recinto disparando sus Kalashnikov al aire.

—Exacto.

—Su sargento respondió.

—Disparos de advertencia —precisó Nick—, después de que yo diera claramente a los insurgentes la orden de dejar de disparar.

—Pero dos observadores de Naciones Unidas que presenciaron todo el incidente prestaron declaración en su juicio, e insinuaron que los albanos solo dispararon sus fusiles al aire. —Nick no intentó defenderse—. Y aunque usted no disparó ni un solo tiro, era el oficial de guardia en ese momento.

—Sí.

—Y acepta que la sentencia fue justa.

—Sí.

Hurst tomó otra nota.

—Si la junta recomendara su puesta en libertad, después de haber cumplido tan solo la mitad de su condena, ¿cuáles serían sus planes para el futuro inmediato?

—Pretendo regresar a Escocia, donde trabajaría de profesor en cualquier colegio que quisiera contratarme.

Hurst marcó otra casilla antes de formular su siguiente pregunta.

—¿Tiene problemas económicos que podrían impedirle aceptar un puesto de docente?

—No —respondió Nick—, al contrario. Mi abuelo me legó lo bastante para no tener que volver a trabajar. Hurst marcó otra casilla.

—¿Está casado, señor Moncrieff?

—No —dijo Nick.

—¿Tiene hijos u otras personas que dependan de usted?

—No.

—¿Toma alguna medicación en la actualidad?

—No.

—Si le pusieran en libertad, ¿tiene alguna casa adónde ir?

—Sí, tengo una casa en Londres y otra en Escocia.

—¿Tiene familia que le pueda ayudar en caso de ser puesto en libertad?

—No —dijo Nick. Hurst levantó la vista. Era la primera casilla que no marcaba

—. Mis padres murieron, y no tengo hermanos ni hermanas.

—¿Tíos o tías?

—Un tío y una tía que viven en Escocia, con quienes apenas me relaciono, y otra tía materna que vive en Canadá, con la que he mantenido correspondencia aunque no la conozco en persona.

—Comprendo —dijo Hurst—. Una última pregunta, señor Moncrieff. Puede que le parezca un poco extraña, dadas las circunstancias, pero debo hacerla. ¿Se le ocurre algún motivo que podría empujarle a cometer de nuevo el mismo delito?

—Como no puedo reanudar mi carrera militar, y además no albergo el menor deseo de ello, la respuesta a su pregunta es que no.

—Lo comprendo muy bien —convino Hurst, y marcó la última casilla—. Finalmente, ¿quiere hacerme alguna pregunta?

—Solo cuándo se me informará de la decisión de la junta.

—Tardaré unos días en redactar mi informe, antes de entregarlo a la junta —anunció Hurst—, pero en cuanto lo hayan recibido, no deberían pasar más de dos semanas antes de que se pusieran en contacto con usted.

—Gracias, señor Hurst.

—Gracias, *sir* Nicholas.

—No tuvimos otra alternativa, señor —reconoció Pascoe.

—Estoy seguro de que actuasteis bien, Ray —dijo el alcaide, pero creo que este preso en particular exige un poco de comprensión.

—¿Cuál es su opinión, señor? —preguntó Pascoe—. Al fin y al cabo, destrozó su celda.

—Lo sé, Ray, pero todos sabemos cómo reaccionan los sentenciados a cadena perpetua si se les rechaza su apelación. Se convierten en solitarios silenciosos, o destrozan lo que tienen a su alcance.

—Algunos días en aislamiento le devolverán a Cartwright la razón —opinó Pascoe.

—Esperemos —dijo Barton—, porque me gustaría que se estabilizara lo antes posible. Es un chico brillante. Había confiado en que sería el sucesor natural de Moncrieff.

—Una elección evidente, aunque perderá automáticamente su condición de avanzado y tendrá que volver a básico.

—Eso solo será durante un mes —señaló el alcaide.

—Entretanto, señor, ¿qué hago con su categoría laboral? ¿Le saco de educación y le devuelvo a la cadena de presos?

—Dios no lo permita —dijo Barton—. Eso nos castigaría más a nosotros que a él.

—¿Y sus derechos de cantina?

—Paga y cantina suspendidas durante cuatro semanas.

—De acuerdo, señor —dijo Pascoe.

—Y hable con Moncrieff. Es el amigo más íntimo de Cartwright. A ver si puede meterle un poco de sentido común en la cabeza, y apoyarle durante las próximas semanas.

—Lo haré, señor.

—¿Quién es el siguiente?

—Leach, señor.

—¿Cuál es la acusación esta vez?

—No devolver un libro a la biblioteca.

—¿No puede ocuparse de algo tan insignificante sin molestarme a mí? —preguntó el alcaide.

—En circunstancias normales, sí, señor, pero en este caso se trataba de un valioso ejemplar encuadernado en piel de la Law Review, que Leach no devolvió pese a varias advertencias verbales y por escrito.

—Aún no acabo de entender por qué tiene que presentarse ante mí —dijo Barton.

—Porque cuando por fin encontramos el libro en un contenedor de basura, en la parte posterior del bloque, estaba destrozado.

—¿Por qué lo haría?

—Tengo mis sospechas, señor, pero no pruebas.

—¿Otra forma de introducir drogas?

—Como ya he dicho, señor, no tengo pruebas, pero Leach ha vuelto a incomunicación durante otro mes, no sea que le entren ganas de destrozar toda la biblioteca. —Pascoe vaciló—. Tenemos otro problema.

—¿A saber?

—Uno de mis informantes me ha dicho que oyó a Leach decir que iba a vengarse de Cartwright, aunque fuera lo último que hiciera.

—¿Porque es el bibliotecario?

—No, algo relacionado con una cinta —contestó Pascoe—, pero no he logrado llegar al fondo del asunto.

—Eso es todo cuanto necesito —afirmó el alcaide—. Será mejor que los tenga vigilados las veinticuatro horas.

—Vamos cortos de personal en este momento —dijo Pascoe.

—Pues haga lo que pueda. No quiero que se repita lo que le pasó a aquel pobre

hijo de puta de Garside, cuando su único pecado fue hacer el signo de la victoria a Leach.

Danny estaba tumbado en la litera de arriba, escribiendo una carta sobre la que había meditado mucho. Nick había intentado disuadirle, pero ya había tomado la decisión y no iba a dar su brazo a torcer.

Nick estaba duchándose y Big Al en la enfermería, ayudando a la hermana con las visitas nocturnas, de modo que Danny tenía la celda para él solo. Bajó de la litera y se sentó a la pequeña mesa de formica. Contempló la hoja de papel en blanco. Pasó un rato antes de que lograra escribir la primera frase.

Querida Beth:

Esta será la última vez que te escriba. He pensado mucho en esta carta y he llegado a la conclusión de que no puedo condenarte a la misma sentencia de cadena perpetua que me ha sido impuesta.

Miró la fotografía de Beth, pegada con celo a la pared que tenía delante.

Como ya sabes, no saldré en libertad hasta que tenga cincuenta años, y teniendo eso en cuenta, quiero que empieces una nueva vida sin mí. Si vuelves a escribirme, no abriré las cartas. Si vienes a verme, me quedaré en la celda. No me pondré en contacto contigo, y no responderé a ningún intento de ponerte en contacto conmigo. Estoy decidido a ello, y nada me hará cambiar de opinión.

No creas ni por un momento que no os quiero a ti y a Christy, porque os amaré siempre, pero no me cabe duda de que esta forma de proceder será la mejor para todos a la larga.

Adiós, amor mío,

Danny

Dobló la carta y la introdujo en un sobre, que dirigió a Beth Wilson, Bacon Road, 27, Bow, Londres E3. Danny aún estaba contemplando la fotografía de Beth, cuando la puerta de la celda se abrió.

—Cartas —anunció un guardia desde la puerta—. Una para Moncrieff y otra para...

Miró el reloj en la muñeca de Danny, y la cadena de plata alrededor de su cuello, y vaciló.

—Nick se está duchando —explicó Danny.

—De acuerdo —dijo el guardia—. Hay una para ti y una para Moncrieff.

Danny reconoció de inmediato la pulcra caligrafía de Beth. No abrió el sobre,

sino que se limitó a romperlo, arrojar los pedazos al retrete y tirar de la cadena. Dejó el otro sobre encima de la almohada de Nick.

Impresas en mayúsculas en la esquina superior izquierda se leían las palabras «Junta de Libertad Condicional».

—No recuerdo cuántas veces le he escrito... —preguntó Alex Redmayne.

—Esta será la cuarta carta que le ha enviado durante el último mes —contestó su secretaria. Alex miró por la ventana. Varias figuras vestidas con toga corrían de un lado a otro de la plaza.

—El síndrome del condenado a cadena perpetua —dijo.

—¿El síndrome del condenado a cadena perpetua?

—O te aíslas del mundo exterior o sigues adelante como si nada hubiera ocurrido. Es evidente que ha decidido aislarse.

—Entonces, ¿sirve de algo escribirle?

—Oh, sí —contestó Alex—. Quiero que no tenga ninguna duda de que no me he olvidado de él.

Cuando Nick regresó de la ducha, Danny seguía sentado a la mesa, repasando unas previsiones económicas que formaban parte de su asignatura de empresariales, mientras Big Al continuaba echado en su cama. Nick entró en la celda con una delgada toalla mojada alrededor de la cintura. Sus chanclas dejaron marcas en el suelo de piedra. Danny dejó de escribir y le devolvió el reloj, el anillo y la cadena de plata.

—Gracias —dijo Nick.

Fue entonces cuando reparó en el sobre marrón que descansaba sobre su almohada. Lo miró durante un momento. Danny y Big Al no dijeron nada, a la espera de la reacción de Nick. Por fin, cogió un cuchillo de plástico y abrió un sobre que las autoridades de la cárcel no podían abrir.

Estimado señor Moncrieff:

La Junta de Libertad Condicional me ha designado para informarle de que su solicitud de reducción de condena ha sido concedida. En consecuencia, su sentencia terminará el 17 de julio de 2002. Los detalles completos de su puesta en libertad y las condiciones le serán enviados en fecha posterior, junto con el nombre de su agente de libertad condicional y la oficina en la que deberá presentarse.

Atentamente,

T. L. Williams

Nick miró a sus dos compañeros de celda, pero no necesitó decirles que pronto sería un hombre libre.

—¡Visitas! —bramó una voz que pudo oírse de un extremo a otro del bloque. Unos momentos después, la puerta de la celda se abrió y un guardia consultó su tablilla—. Tienes visita, Cartwright. La misma dama de la semana pasada.

Danny pasó otra página de *Casa desolada* y negó con la cabeza.

—Como quieras —dijo el guardia, y cerró la puerta de golpe. Nick y Big Al no hicieron comentarios. Ambos habían tirado la toalla.

Había elegido el día con sumo cuidado, incluso la hora, pero lo que no había planeado era la coincidencia en el tiempo de varios acontecimientos.

El alcaide había decidido el día, y el jefe de los guardias le había apoyado. En esta ocasión, se haría una excepción. Se permitiría salir a los presos de sus celdas para ver el partido de la Copa del Mundo entre Inglaterra y Argentina.

A las doce menos cinco, las puertas se abrieron y los presos salieron de las celdas; todos se encaminaron en la misma dirección. Big Al, gran patriota escocés, declinó el ofrecimiento de ver al viejo enemigo en acción y se quedó tumbado en el catre.

Danny se encontraba entre los que estaban sentados en primera fila, contemplando con atención una vieja tele, a la espera de que el árbitro silbara el comienzo del partido. Todos los presos estaban aplaudiendo y chillando desde mucho antes del inicio, con una excepción: una figura de pie se mantenía en silencio detrás del grupo. No estaba mirando la televisión, sino la puerta abierta de una celda del primer piso. No se movía. Los guardias no se fijan en los presos inmóviles. Estaba empezando a preguntarse si el hombre había alterado su rutina habitual debido al partido. Pero no estaba mirando el partido. Su compañero estaba sentado en un banco de delante, de modo que debía de continuar en su celda.

Al cabo de media hora, con un resultado de cero a cero, aún no había ni rastro de él.

Entonces, justo antes de que el árbitro silbara el final del primer tiempo, un jugador inglés fue derribado en el área de Argentina. Los hombres que rodeaban el televisor hacían casi tanto ruido como los treinta y cinco mil espectadores del estadio, y hasta algunos guardias se les habían sumado. El ruido de fondo formaba parte de su plan. Sus ojos continuaban fijos en la puerta abierta, cuando de repente, sin previo aviso, el conejo salió de su madriguera. Llevaba pantalones cortos y chanclas, y una toalla colgada al hombro. No miró hacia abajo. Estaba claro que el fútbol no le interesaba.

Retrocedió unos pasos hasta separarse del grupo, pero nadie se dio cuenta. Dio media vuelta y se encaminó con parsimonia hasta el final del bloque; después, subió sin vacilar la escalera de caracol hasta el primer piso. Nadie volvió la cabeza cuando el árbitro señaló el punto de penalti.

Cuando llegó al último peldaño comprobó si alguien le había visto marcharse. Nadie miraba en su dirección. Los jugadores argentinos estaban rodeando al árbitro y protestando, mientras el capitán inglés cogía la pelota y se dirigía con calma hacia el punto de penalti.

Se detuvo ante el cuarto de las duchas y asomó la cabeza. El vapor invadía la estancia. También formaba parte de su plan. Entró, tranquilizado al ver que solo una persona se estaba duchando. Caminó en silencio hasta el banco de madera del fondo de la sala, donde había una sola toalla doblada pulcramente en una esquina. La cogió

y la transformó en un lazo. El preso que estaba en la ducha se aplicó champú en el pelo.

Se había hecho el silencio en la planta baja. No se oyó ni un murmullo cuando David Beckham colocó la pelota en el punto de penalti. Algunos contuvieron el aliento cuando retrocedió unos pasos.

El hombre del cuarto de las duchas avanzó unos pasos, mientras el pie derecho de Beckham entraba en contacto con la pelota. El rugido que siguió fue similar al de un motín de presos, secundado por todos los guardias.

El preso que se estaba enjuagando el pelo bajo la ducha abrió los ojos cuando oyó el clamor, y tuvo que pasarse la mano rápidamente por la frente para impedir que le entrara más espuma en los ojos. Estaba a punto de salir de la ducha y coger la toalla del banco cuando una rodilla se estrelló contra su ingle con una fuerza que hubiera impresionado a Beckham, seguida por un puñetazo en plenas costillas que le lanzó contra la pared de baldosas. Intentó revolverse, pero un antebrazo atenazó su garganta, mientras otra mano le agarraba del pelo y le echaba hacia atrás la cabeza. Un veloz movimiento, y aunque nadie oyó cómo se partía el hueso, cuando le soltaron, su cuerpo cayó al suelo como una marioneta a la que acabaran de cortar las cuerdas.

Su atacante se agachó y pasó con cuidado el nudo alrededor de su cuello; después levantó con todas sus fuerzas el cadáver y lo apoyó contra la pared, mientras ataba el otro extremo de la toalla a la barra de la ducha. Bajó poco a poco el cuerpo y retrocedió un momento para admirar su obra. Volvió a la entrada del cuarto y asomó la cabeza al pasillo para ver qué estaba pasando abajo. Las celebraciones se habían descontrolado, y todos los guardias estaban intentando impedir que los presos rompieran los muebles.

Se movió como un hurón, bajó a toda prisa y con sigilo la escalera de caracol, sin hacer caso del agua que goteaba de su ropa; se secaría mucho antes de que el partido terminara. Estaba de regreso en su celda en menos de un minuto. Sobre su cama había una toalla, una camiseta limpia y unos vaqueros, un par de calcetines limpios y sus zapatillas de deporte Adidas. Se despojó rápidamente de la ropa mojada, se secó y se puso la ropa limpia. Después, se examinó el pelo en el pequeño espejo de acero de la pared y volvió a salir de la celda.

Los presos estaban esperando con impaciencia el inicio de la segunda parte. Se unió a sus compañeros sin que nadie reparara en él, y poco a poco, un paso aquí, un movimiento lateral allí, se abrió camino hacia el centro del grupo de hombres, que se pasó casi toda la segunda parte animando al árbitro a silbar el final del partido, para que Inglaterra pudiera acabar venciendo por uno a cero.

Cuando por fin sonó el silbato por última vez, hubo otro alboroto.

—A vuestras celdas —gritaron varios guardias, pero la reacción no fue inmediata.

Se volvió y caminó con paso decidido hacia un guardia en particular, al que golpeó en el codo al pasar.

—Mira por donde andas, Leach —advirtió Pascoe.

—Lo siento, jefe —dijo Leach, y continuó su camino.

Danny subió a su celda. Sabía que Big Al ya habría ido a la enfermería, pero le sorprendió no ver a Nick en la celda. Se sentó a la mesa y contempló la foto de Beth, todavía pegada con celo a la pared. Le trajo recuerdos de Bernie. Habrían estado en su local, viendo el partido juntos, si... Danny intentó concentrarse en el trabajo que debía entregar al día siguiente, pero continuaba mirando la foto, intentando convencerse de que no la echaba de menos.

De pronto, el chirrido de una sirena resonó en todo el bloque, acompañado por los gritos de los guardias.

—¡Volved a vuestras celdas!

Momentos después, la puerta de la celda se abrió y un guardia asomó la cabeza.

—Moncrieff, ¿dónde está Big Al?

Danny no intentó sacarle de su error. Al fin y al cabo, todavía llevaba el reloj, el anillo y la cadena de plata de Nick, que los había dejado a su cuidado.

—Estará trabajando en la enfermería —se limitó a contestar.

Cuando la puerta se cerró, Danny se sorprendió de que no hubiera preguntado dónde estaba él. Era imposible concentrarse en su trabajo con tanto ruido a su alrededor. Supuso que se estarían llevando a algún preso demasiado jubiloso a incomunicación, tras la victoria inglesa. Pocos minutos después, el mismo guardia volvió a abrir la puerta, y Big Al entró.

—Hola, Nick —dijo en voz alta antes de que la puerta se cerrara.

—¿A qué juegas? —preguntó Danny.

Big Al se llevó un dedo a los labios, se acercó al retrete y se sentó encima.

—Aquí sentado no pueden verme, así que mira tu trabajo y no te vuelvas.

—Pero ¿por qué...?

—Y no abras el pico, solo escucha. —Danny cogió el bolígrafo y fingió concentrarse en el trabajo—. Nick se ha suicidado.

Danny pensó que iba a vomitar.

—Pero ¿por qué...? —repitió.

—He dicho que no hables. Le encontraron ahorcado en las duchas. Danny empezó a dar puñetazos en la mesa.

—No puede ser verdad.

—Cierra el pico, cabronazo, y escucha. Yo estaba en la enfermería cuando dos carceleros entraron corriendo. Uno de ellos dijo: «Hermana, venga enseguida, Cartwright se ha suicidado». Sabía que no era cierto, porque te había visto mirando el fútbol unos minutos antes. Tenía que ser Nick. Siempre utiliza la ducha cuando es menos probable que le molesten.

—Pero ¿por qué...?

—No te preocupes del porqué, Danny —dijo Big Al con firmeza—. Los carceleros y la hermana se fueron corriendo, así que me quedé solo unos minutos. Entonces, apareció otro carcelero y me trajo aquí. —Danny le escuchaba con toda su atención—. Me dijo que eras tú quien se había suicidado.

—Pero descubrirán que no he sido yo en cuanto...

—No —aseguró Big Al—, porque tuve tiempo suficiente para cambiar los nombres en vuestras dos fichas.

—¿Que hiciste qué? —preguntó Danny con incredulidad.

—Ya me has oído.

—Pero ¿no me dijiste que los ficheros siempre están cerrados con llave?

—Sí, pero no durante las horas de visita, por si la hermana necesita consultar la medicación de alguien. Y ella se había marchado corriendo. —Big Al dejó de hablar cuando oyó a alguien en el pasillo—. Sigue escribiendo —dijo, y se levantó, volvió a su cama y se tumbó. Un ojo atisbó por la mirilla, y después se desplazó a la siguiente celda.

—Pero ¿por qué hiciste eso? —preguntó Danny.

—Cuando comprueben sus huellas dactilares y su grupo sanguíneo, seguirán pensando que fuiste tú quien se suicidó; creerán que no podías soportar la perspectiva de pasar otros veinte años en este agujero de mierda.

—Pero Nick no tenía motivos para colgarse.

—Lo sé —admitió Big Al—, pero mientras piensen que eras tú el que colgaba de la cuerda, no habrá investigación.

—Pero eso no explica por qué cambiaste... —empezó Danny. Guardó silencio unos instantes—. Para que pueda salir en libertad dentro de seis semanas.

—Lo pillas rápido, muchacho.

Danny palideció cuando empezó a asimilar las consecuencias de la irreflexiva reacción de Big Al. Miró la foto de Beth. Aunque consiguiera escapar, tampoco podría verla. Tendría que pasar el resto de su vida fingiendo ser Nick Moncrieff.

—¿No pensaste que debías consultarme antes? —preguntó.

—De haberlo hecho, habría sido demasiado tarde. No olvides que en este lugar solo hay media docena de personas capaces de distinguirs, y en cuanto hayan consultado las fichas, incluso ellas se convencerán de que fuiste tú quien murió.

—Pero ¿y si nos descubren?

—Tú seguirás cumpliendo la sentencia de cadena perpetua, y yo perderé mi trabajo en la enfermería y volveré a ser limpiador de ala. Poca cosa.

Danny guardó silencio un rato.

—No estoy seguro de lograrlo —dijo por fin—, pero si, y quiero decir si...

—No hay tiempo para vacilaciones, muchacho. Tienes apenas veinticuatro horas antes de que la puerta de la celda vuelva a abrirse, en cuyo momento deberás decidir si eres Danny Cartwright, a quien le faltan por cumplir otros veinte años de condena por un crimen que no cometió, o *sir* Nicholas Moncrieff, que saldrá en libertad dentro

de seis semanas. Desengáñate; tendrás muchas más posibilidades de limpiar tu nombre una vez estés fuera, aparte de vengarte de los hijos de puta que asesinaron a tu amigo.

—Necesito tiempo para pensar —dijo Danny, mientras empezaba a subir a su litera.

—No demasiado —apuntó Big Al—. Recuerda que Nick siempre dormía en la litera de abajo.

Nick era cinco meses mayor que yo —dijo Danny—, y un centímetro más bajo.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó nervioso Big Al.

—Está todo en sus diarios —contestó Danny—. He llegado al momento en el que entro en esta celda y los dos decidís qué historia me vais a contar. —Big Al frunció el ceño—. He estado ciego durante los últimos dos años, y lo tenía todo delante de las narices. —Big Al siguió callado—. Tú eras el sargento que disparó contra los dos albanokosovares cuando ordenaron al pelotón de Nick custodiar a un grupo de prisioneros serbios.

—Peor —dijo Big Al—. Fue después de que el capitán Moncrieff diera la orden tajante de no disparar hasta que hubiera lanzado una advertencia en inglés y en serbocroata.

—Y tú decidiste hacer caso omiso de la orden.

—Es inútil lanzar advertencias contra alguien que ya está disparando contra ti.

—Pero dos observadores de Naciones Unidas dijeron durante el consejo de guerra que los albanos estaban disparando al aire.

—Una observación hecha desde la seguridad de la *suite* de su hotel, al otro lado de la plaza.

—Y Nick acabó pagando el pato.

—Sí —confirmó Big Al—. Pese a que dije al jefe de la policía militar lo que había pasado exactamente, decidieron aceptar la palabra de Nick en lugar de la mía.

—Lo cual dio como resultado que os acusaran de homicidio.

Pero que solo nos sentenciaran a diez años, en lugar de a veintidós por asesinato y sin ninguna posibilidad de reducción de condena.

—Nick escribe mucho de tu valentía, y de que salvaste a la mitad del pelotón, incluido él, mientras servíais en Irak.

—Exageraba.

—No era su estilo —señaló Danny—, aunque sí explica por qué aceptó cargar con la culpa, aunque tú desobedeciste sus órdenes.

—Dije la verdad en el consejo de guerra —repitió Big Al—, pero aun así le echaron del ejército y le condenaron a ocho años por imprudencia y negligencia en el cumplimiento de su deber. ¿Sabes que no pasa ni un día sin que piense en el sacrificio que hizo por mí? Pero estoy seguro de una cosa: habría querido que ocuparas su lugar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Sigue leyendo, muchacho, sigue leyendo.

—Algo no encaja en lo ocurrido —observó Ray Pascoe.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó el alcaide—. Sabes tan bien como yo que

no es extraño que un condenado a perpetua se suicide a los pocos días de que rechacen su apelación.

—Pero Cartwright no. Tenía demasiados motivos para vivir.

—Ni siquiera sabemos qué pasaba por su mente —dijo el alcaide—. No olvides que destrozó su celda y acabó en incomunicación. También se negaba a ver a su novia y a su hija siempre que venían a visitarle. Ni siquiera abría sus cartas.

—Es cierto, pero ¿es casualidad que esto haya ocurrido al cabo de pocos días de que Leach amenazara con vengarse de él?

—Escribiste en tu último informe que no se ha producido contacto entre ambos desde el incidente de la biblioteca.

—Eso es lo que me preocupa —reconoció Pascoe—. Si quieres matar a alguien, procuras que no te vean cerca de él.

—El médico ha confirmado que Cartwright murió a causa de una fractura de cuello.

—Leach es capaz de romper el cuello de cualquiera.

—¿Porque no devolvió un libro de la biblioteca?

—Y acabó un mes en incomunicación —añadió Pascoe.

—¿Qué me dices de la cinta de la que has estado hablando?

Pascoe sacudió la cabeza.

—No sé nada del asunto —admitió—. Pero tengo el presentimiento...

—Será mejor que tengas algo más que un presentimiento, Ray, si esperas que abra una investigación.

—Pocos minutos antes de que descubrieran el cadáver, Leach tropezó conmigo a propósito.

—¿Y qué? —preguntó el alcaide.

—Llevaba unas zapatillas de deporte nuevas.

—¿Qué quieres decir?

—Me fijé en que llevaba las zapatillas de gimnasia azules cuando empezó el partido, así que ¿por qué llevaba unas zapatillas Adidas nuevas de trinca cuando terminó? No es lógico.

—Por más que admire tus dotes de observación, Ray, eso no es suficiente para convencerme de que debemos abrir una investigación.

—Tenía el pelo mojado.

—Ray —dijo el alcaide—, tenemos dos alternativas. O aceptamos el informe del médico y confirmamos a nuestros superiores del Ministerio del Interior que fue un suicidio, o llamamos a la policía y le pedimos que inicien una investigación a fondo. Si se da esto último, necesitaré algo más para continuar adelante que el pelo mojado y un par de zapatillas deportivas nuevas.

—Pero si Leach...

—La primera pregunta que nos formularán es por qué, si conocíamos la amenaza que Leach había lanzado a Cartwright, no recomendamos que fuera trasladado a otra

prisión ese mismo día. —Alguien llamó a la puerta con suavidad—. Adelante —dijo el alcaide.

—Siento molestarle —se excusó su secretaria—, pero he pensado que le gustaría ver esto cuanto antes. Le entregó una hoja de papel rayado de la cárcel.

Danny se quedó al final del cementerio, procurando pasar lo más inadvertido posible, cuando el padre Michael levantó la mano derecha e hizo la señal de la cruz.

El alcaide había aceptado la solicitud de Nick de asistir al funeral de Danny Cartwright en la iglesia de St. Mary, en Bow. Rechazó una solicitud similar de Big Al, basándose en que aún le quedaban catorce meses de sentencia y no le habían concedido la libertad condicional.

Cuando el coche sin distintivos entró en Mile End Road, Danny miró por la ventanilla y buscó lugares conocidos. Pasaron ante su garito favorito, el Crown and Garter, y el Odeon, donde Beth y él se sentaban en la última fila todos los viernes por la noche. Cuando pararon en el semáforo del Clement Attlee, cerró los puños al pensar en los años que había desperdiciado en la escuela.

Intentó no mirar cuando pasaron ante el taller de Wilson, pero no pudo reprimirse. Apenas se veían señales de vida en el pequeño taller. Haría falta algo más que una capa de pintura para que alguien pensara en comprar un coche de segunda mano en el taller de Wilson. Se fijó en el local de Monty Hugues, al otro lado de la calle: hilera tras hilera de relucientes Mercedes nuevos, con vendedores bien vestidos que exhibían confiadas sonrisas.

El alcaide había recordado a Moncrieff que, si bien le quedaban tan solo cinco semanas de condena, debería ir acompañado por dos guardias, que en ningún momento se apartarían de su lado. Y si desobedecía alguna de las restricciones que le había impuesto, el alcaide no vacilaría en recomendar a la Junta de Libertad Condicional que diera marcha atrás a su decisión de concederle la reducción de condena, de modo que debería seguir en la cárcel cuatro años más.

—Pero usted ya sabe todo esto —había continuado Michael Barton—, porque se le aplicaron las mismas restricciones cuando asistió al funeral de su padre, hace un par de meses.

Danny no hizo ningún comentario.

Las restricciones del alcaide, como él las llamaba, convenían a Danny, pues no le estaba permitido mezclarse con la familia Cartwright, sus amigos o cualquiera de los asistentes. De hecho, hasta que volviera a la cárcel, no le estaba permitido hablar con otras personas que no fueran los guardias que le acompañaban. La perspectiva de otros cuatro años en Belmarsh era suficiente para concentrar su atención.

Pascoe y Jenkins le flanqueaban, algo alejados de las personas que rodeaban la tumba. Danny se alegró de ver que la ropa de Nick parecía hecha a medida para él... Bien, tal vez los pantalones habrían podido ser un par de centímetros más largos, y aunque hasta entonces nunca había llevado sombrero, tenía la ventaja de ocultar su rostro a los curiosos.

El padre Michael inició la ceremonia con una oración, mientras Danny observaba

que la concurrencia era mayor de lo que había previsto. Su madre estaba pálida y desencajada, como si llevara días llorando, y Beth estaba tan delgada que un vestido que recordaba muy bien le colgaba como un saco, en lugar de resaltar su grácil figura. Solo su hija de dos años, Christy, parecía ajena a lo que estaba sucediendo, y jugaba sin hacer ruido al lado de su madre. Claro que no había mantenido más que algún breve contacto con su padre, una vez al mes, de modo que no tardaría en olvidarle. Danny confiaba en que el único recuerdo de su padre no fueran las visitas a la cárcel.

Danny se quedó conmovido al ver al padre de Beth a su lado, con la cabeza gacha, y detrás de la familia, a un joven alto y elegante vestido de negro, con los labios fruncidos y una mirada de ira en los ojos. De repente, Danny se sintió culpable por no haber contestado a ninguna de las cartas que Alex Redmayne le había mandado desde la apelación.

Cuando el padre Michael terminó de recitar las oraciones, inclinó la cabeza antes de pronunciar el panegírico.

—La muerte de Danny Cartwright es una tragedia moderna —dijo a su congregación, con la vista clavada en el ataúd—. Un joven que se había extraviado, y que se encontraba tan atormentado en este mundo que se quitó la vida. A los que conocíamos bien a Danny nos cuesta creer que un joven tan amable y considerado cometiera un crimen, y mucho menos que asesinara a su mejor amigo. Lo cierto es que muchos feligreses de la parroquia —desvió la vista hacia un inocente policía parado junto a la entrada de la iglesia— aún estamos convencidos de que la policía no detuvo a la persona adecuada.

Una salva de aplausos estalló entre algunos de los congregados alrededor de la tumba. Danny se alegró de ver que el padre de Beth era uno de ellos. El padre Michael alzó la cabeza.

—Pero de momento, recordemos al hijo, al joven padre, al dotado líder y deportista, porque muchos creemos que, si Danny Cartwright siguiera vivo, su nombre habría resonado mucho más allá de los límites de las calles de Bow. —Se escucharon aplausos por segunda vez—. Pero no era esa la voluntad del Señor, y en Su divino misterio optó por llevarse a nuestro hijo, para que pasara el resto de sus días con Nuestro Salvador. —El sacerdote echó agua bendita alrededor de la fosa y, cuando bajaron el ataúd, empezó a salmodiar—: Concede, oh, Señor, el eterno descanso a Danny.

Mientras la escolanía cantaba el «Nunc Dimittis», el padre Michael, Beth y el resto de la familia Cartwright se arrodillaron junto a la tumba. Alex Redmayne, junto con otros presentes, esperó para dar el pésame. Alex inclinó la cabeza como si rezara, y masculló unas palabras que ni Danny ni nadie más pudo oír.

—Limpiaré tu nombre para que puedas descansar por fin en paz.

No permitieron que Danny se moviera hasta que el último feligrés se hubo marchado, incluidas Beth y Christy, que en ningún momento miraron en su dirección. Cuando Pascoe se volvió para decir a Moncrieff que debían irse, vio que estaba

llorando. Danny quiso explicar que no derramaba lágrimas tan solo por su querido amigo Nick, sino por el privilegio de ser uno de esos escasos individuos que descubren cuánto les quieren sus seres más cercanos.

Danny dedicaba cada momento libre a leer una y otra vez el diario de Nick, hasta llegar al convencimiento de que lo sabía todo sobre él.

Big Al, que había servido con Nick durante cinco años antes de someterse al consejo de guerra y ser enviados a Belmarsh, pudo rellenar algunos huecos, incluido cómo debía reaccionar Danny si alguna vez se topaba con un oficial de los Cameron Highlanders; también le enseñó a distinguir la corbata del regimiento a treinta pasos de distancia. Hablaban sin cesar de lo primero que debía hacer Danny en cuanto saliera libre.

—Él habría ido directamente a Escocia —opinó Big Al.

—Pero lo único que me darán serán cuarenta y cinco libras y un billete de tren.

—El señor Munro lo solucionará todo. No olvides que Nick decía que tú sabrías manejarle mucho mejor que él.

—Si hubiera sido él.

—Eres él —remarcó Big Al—, gracias a Louis y a Nick; entre los dos han hecho un trabajo brillante, así que Munro no debería plantearte dificultades. Asegúrate de que cuando lo veas por primera vez...

—Segunda.

—... pero solo vio a Nick una hora, y esperará ver a *sir* Nicholas Moncrieff, no a un desconocido. El mayor problema consistirá en qué hacer a continuación.

—Volveré a Londres —afirmó Danny.

—Pero intenta mantenerte alejado del East End.

—Hay millones de londinenses que no han estado nunca en el East End —dijo Danny con cierta tristeza—. Y aunque no sé dónde están The Boltons, estoy muy seguro de que se encuentran al oeste de Bow.

—¿Qué harás cuando vuelvas a Londres?

—Después de asistir a mi propio funeral y tener que ver sufrir a Beth, estoy más decidido que nunca a asegurarme de que no sea la única persona que sabe que no asesiné a su hermano.

—Un poco como ese francés del que me hablaste... ¿Cómo se llama?

—Edmundo Dantés —contestó Danny—. Y al igual que él, no quedaré satisfecho hasta que me haya vengado de los hombres que con sus mentiras arruinaron mi vida.

—¿Vas a matarles?

—No, eso sería demasiado fácil. Deben padecer, para citar a Dumas, «un destino peor que la muerte». He tenido tiempo más que suficiente para pensar en ello.

—Tal vez deberías añadir a Leach a esa lista —sugirió Big Al.

—¿Leach? ¿Por qué debería tomarme esa molestia?

—Porque creo que Leach asesinó a Nick. No dejo de preguntarme por qué se suicidaría seis semanas antes de ser puesto en libertad.

—Pero ¿por qué querría matar Leach a Nick? Si tenía alguna cuenta que saldar,

era conmigo.

—No creo que fuera a por Nick —dijo Big Al—. No olvides que llevabas la cadena de plata, el reloj y el anillo de Nick mientras él estaba en la ducha.

—Pero eso significa...

—Leach se equivocó de hombre.

—Pero no puede haber querido matarme solo por pedirle que devolviera un libro a la biblioteca.

—Acabó en incomunicación.

—¿Crees que eso sería suficiente para impulsarle a asesinar a alguien?

—Tal vez no —concedió Big Al—, pero puedes estar seguro de que Craig se negó a pagar por la cinta que le entregó. Y dudo que estés en la lista de felicitaciones de Navidad del señor Hagen.

Danny intentó no pensar en que tal vez había causado sin querer la muerte de Nick.

—No te preocupes, Nick. En cuanto hayas salido de aquí, un destino peor que la muerte no es lo que tengo pensado para Leach.

Spencer Craig no necesitó mirar la carta, porque estaba en su restaurante favorito. El *maître* estaba acostumbrado a verle acompañado de mujeres distintas, a veces dos o tres veces la misma semana.

—Siento llegar tarde —dijo Sarah cuando se sentó frente a él—. Me retuvo un cliente.

—Trabajas demasiado —la riñó Craig—. Como siempre.

—Este cliente en concreto siempre concierta una cita de una hora de duración, y después espera que anule todos los demás compromisos de la tarde. Ni siquiera he tenido tiempo de ir a casa a cambiarme.

—Jamás lo habría adivinado —repuso Craig—. En cualquier caso, creo que las blusas blancas, las faldas negras y las medias negras resultan irresistibles.

—Veo que no has perdido tu encanto —reconoció Sarah, mientras empezaba a estudiar la carta.

—La comida aquí es excelente —dijo Craig—. Puedo recomendarte...

—Solo tomo un plato por las noches —anunció Sarah—. Es una de mis reglas de oro.

—Recuerdo tus reglas de oro de cuando íbamos a Cambridge —dijo Craig—. Supongo que fueron el motivo de que lograras sobresaliente y yo tan solo un notable alto.

—Pero fuiste el representante de boxeo de la universidad, si no recuerdo mal —comentó Sarah.

—Qué buena memoria tienes.

—Dijo Caperucita Roja. Por cierto, ¿cómo está Larry? No le he visto desde la

noche del estreno.

—Ni yo —confirmó Craig—. Pero ya no puede trasnochar si actúa por las noches.

—Espero que no le dolieran mucho aquellas críticas tan horribles.

—No se me ocurre por qué —se sorprendió Craig—. Los actores son como los abogados: solo importa la decisión del jurado. A mí siempre me importa un bledo la opinión del juez.

Un camarero apareció a su lado.

—Yo tomaré pescado, el gallo —dijo Sarah—, pero sin salsa, por favor, ni siquiera a un lado.

—Filete para mí, *saignant* —pidió Craig. Devolvió la carta al camarero y centró su atención en Sarah—. Me alegro de verte después de tanto tiempo —dijo—, sobre todo porque la última vez fue lamentable. *Mea culpa*.

—Ahora somos un poco más mayores —contestó Sarah—. De hecho, ¿no dicen que eres uno de los QC más jóvenes de nuestra generación?

La puerta de la celda se abrió, lo cual sorprendió a Danny y a Big Al, porque habían ordenado silencio una hora antes.

—¿Has solicitado por escrito ver al alcaide, Moncrieff?

—Sí, señor Pascoe —dijo Danny—, si es posible.

—Te concederá cinco minutos mañana por la mañana a las ocho.

La puerta se cerró sin más explicaciones. —Cada día hablas más como Nick —reconoció Big Al—. Sigue así, y pronto me pondré firmes y te llamaré «señor».

—Descanse, sargento.

Big Al rio.

—¿Por qué quieres ver al alcaide? ¿Has cambiado de opinión?

—No —replicó al instante Danny sin vacilar—. Hay dos muchachos en educación que saldrían beneficiados si compartieran una celda, pues los dos están estudiando la misma asignatura.

—Pero la adjudicación de celdas es responsabilidad del señor Jenkins. ¿Por qué no hablas con él?

—Oí una acalorada discusión entre Leach y Big Al —empezó Danny—. Por supuesto, es posible que esté exagerando, y estoy convencido de que puedo controlar la situación mientras siga aquí, pero si algo le ocurriera a Big Al después de que me marchara, me sentiría responsable.

—Gracias por la advertencia —dijo el alcaide—. El señor Pascoe y yo ya hemos hablado de lo que deberíamos hacer con Crann después de que usted se vaya. Ahora que está aquí, Moncrieff —continuó el alcaide—, ¿tiene alguna idea sobre quién

debería ser el próximo bibliotecario?

—Hay dos chicos, Sedgwick y Potter, capacitados para el trabajo. Yo dividiría el cargo entre ambos.

—Habría sido un buen alcaide, Moncrieff.

—Creo que descubrirá que carezco de las cualificaciones necesarias.

Era la primera vez que Danny oía reír a cualquiera de los dos hombres. El alcaide asintió, y Pascoe abrió la puerta para poder acompañar a Moncrieff al trabajo.

—Señor Pascoe, tal vez podría quedarse un momento. Estoy seguro de que Moncrieff sabrá llegar a la biblioteca sin su ayuda.

—De acuerdo, alcaide.

—¿Cuánto tiempo le queda a Moncrieff? —preguntó Barton, después de que Danny cerrara la puerta.

—Diez días más, señor —respondió Pascoe.

—En ese caso, tendremos que proceder con celeridad si queremos trasladar a Leach.

—Hay otra alternativa, señor —dijo Pascoe.

Hugo Moncrieff golpeó suavemente el huevo duro con la cuchara, mientras reflexionaba sobre el problema. Su esposa, Margaret, estaba sentada en el otro extremo de la mesa leyendo el *Scotsman*. Raras veces hablaban durante el desayuno, una rutina establecida desde hacía muchos años.

Hugo ya había ojeado el correo de la mañana. Había una carta del club de golf local y otra de la Caledonian Society, junto con varias circulares que dejó a un lado, hasta que encontró por fin la que estaba buscando. Cogió el cuchillo de la mantequilla, abrió el sobre, extrajo la carta y, como siempre, comprobó la firma al pie de la última página: Desmond Galbraith. Dejó el huevo sin tocar, mientras reflexionaba sobre el consejo que le daba su abogado.

Al principio sonrió, pero cuando llegó al último párrafo tenía el ceño fruncido. Desmond Galbraith confirmaba que, después de asistir al funeral del hermano de Hugo, su sobrino, *sir* Nicholas, había celebrado una reunión con su abogado. Fraser Munro había llamado a Galbraith a la mañana siguiente, pero no le hizo ningún comentario acerca de las dos hipotecas. Esto condujo a Galbraith a creer que *sir* Nicholas no se opondría al derecho de Hugo sobre los dos millones de libras obtenidos utilizando las dos casas de su abuelo como garantía. Hugo sonrió, cortó el extremo superior del huevo y tomó una cucharada. Le había costado muchos esfuerzos convencer a su hermano Angus de que accediera a solicitar hipotecas por la finca y su casa de Londres sin consultar con Nick, sobre todo después de que Fraser Munro le aconsejara con firmeza lo contrario. Hugo tuvo que proceder con celeridad, en cuanto el médico de Angus confirmó que a su hermano solo le quedaban unas semanas de vida.

Desde que Angus había abandonado el regimiento, el *whisky* de malta se había convertido en su camarada inseparable. Hugo visitaba con regularidad Dunbroathy Hall para compartir una copita con su hermano, y pocas veces se marchaba antes de que terminaran la botella. Hacia el final, Angus estaba dispuesto a firmar cualquier documento que le pusieran delante: primero una hipoteca sobre la propiedad de Londres, que raras veces visitaba, seguida de otra por la finca, sobre cuya necesidad de reformas fue capaz de convencerle Hugo. Por fin, Hugo le había persuadido de que pusiera fin a su relación profesional con Fraser Munro, ya que en opinión de Hugo ejercía demasiada influencia sobre su hermano.

Para ocuparse de los asuntos de la familia, Hugo contrató a Desmond Galbraith, un abogado convencido de que era preciso ceñirse a la letra de la ley, pero a quien apenas interesaba su espíritu.

El triunfo definitivo de Hugo llegó con el testamento de Angus, que se firmó tan solo unas noches antes de que su hermano falleciera. Hugo envió como testigos a un magistrado que, casualmente, era el secretario del club de golf local, y al cura de la parroquia.

Cuando Hugo vio un testamento anterior en el que Angus legaba el grueso de su patrimonio a su único hijo, Nicholas, lo hizo pedazos; tuvo que disimular el alivio que sintió cuando su hermano murió pocos meses antes de que Nick fuera puesto en libertad. Un reencuentro y una reconciliación entre padre e hijo no había formado nunca parte de sus planes. Sin embargo, Galbraith no había logrado arrebatar al señor Munro la copia original del anterior testamento de *sir* Alexander, pues el anciano abogado había señalado correctamente que ahora representaba al principal beneficiario, *sir* Nicholas Moncrieff.

En cuanto hubo terminado el primer huevo, Hugo releyó el párrafo que le había inquietado de la carta de Galbraith. Maldijo, lo cual provocó que su esposa levantara la vista del diario, sorprendida de aquella interrupción en su tan ordenada rutina.

—Nick afirma que no sabe nada de la llave que su abuelo le dejó. ¿Cómo es posible, cuando todos hemos visto que ese maldito trasto colgaba de su cuello?

—No la llevaba en el funeral —respondió Margaret—. Me fijé cuando se arrodilló para rezar.

—¿Crees que sabe lo que esa llave abre? —preguntó Hugo.

—Puede que sí —contestó Margaret—, pero eso no significa que sepa dónde buscarlo.

—Para empezar, padre tendría que habernos dicho dónde había escondido su colección.

—Tu padre y tú apenas os hablabais hacia el final —le recordó Margaret—. Y opinaba que Angus era débil, y demasiado aficionado a la botella.

—Cierto, pero eso no resuelve el problema de la llave.

—Tal vez ha llegado el momento de que recurramos a tácticas más enérgicas.

—¿En qué has pensado, cariño?

—Creo que la expresión vulgar es «hacerle seguir». En cuanto pongan en libertad a Nick, ordenaremos que le sigan. Si sabe dónde está la colección, nos conducirá hasta ella.

—Pero yo no sabría cómo... —empezó Hugo.

—No pienses en ello —propuso Margaret—. Déjalo en mis manos.

—Como tú digas, cariño —dijo Hugo, mientras atacaba el segundo huevo.

Danny estaba tumbado despierto en la litera de abajo, pensando en todo lo que había sucedido desde la muerte de Nick. No podía dormir, pese a que Big Al no estaba roncando. Sabía que su última noche en Belmarsh sería tan larga como la primera: otra noche que no olvidaría jamás.

Durante las últimas veinticuatro horas, varios guardias y reclusos se habían dejado caer para despedirse y desearle buena suerte, lo cual confirmaba la popularidad y respeto de que gozaba Nick.

La razón de que Big Al no estuviera roncando era que la mañana anterior había sido trasladado desde Belmarsh a la prisión de Wayland, en Norfolk, mientras Danny repasaba las asignaturas en las que Nick se había matriculado. Danny aún tenía que presentarse al examen de matemáticas, pero se sentía decepcionado por no haberse presentado al de inglés, pues Nick no cursaba esa materia. Cuando Danny regresó a su celda aquella tarde, no había ni rastro de Big Al. Era como si jamás hubiera existido. Danny ni siquiera había podido decirle adiós.

A estas alturas, Big Al ya habría deducido por qué Danny había ido a ver al alcaide, y estaría echando pestes. Pero Danny sabía que se calmaría en cuanto se instalara en su prisión de categoría C, con una televisión en cada celda, comida casi comestible, la posibilidad de ejercitarse en un gimnasio que no estaba abarrotado y, lo más importante de todo, tener permiso para pasar fuera de la celda catorce horas al día. Leach también había desaparecido, pero nadie sabía dónde, y pocos se preocuparon de preguntarlo.

Durante las últimas semanas, Danny había empezado a foijar un plan en su mente, pero había quedado confinado ahí, porque no podía correr el riesgo de confiar nada al papel. Si le descubrían, le condenarían a otros veinte años en el infierno. Finalmente se durmió.

Despertó. Su primer pensamiento fue para Bernie, a quien Craig y sus mal llamados Mosqueteros le habían robado la vida. El segundo fue para Nick, que había hecho posible que le concedieran una segunda oportunidad. Sus últimos pensamientos fueron para Beth, y recordó de nuevo que su decisión le impediría verla nunca más.

Empezó a pensar en el mañana. Una vez se hubiera entrevistado con Fraser Munro e intentado solucionar los problemas inmediatos de Nick en Escocia, regresaría a Londres y llevaría a la práctica los planes en los que había estado trabajando durante las últimas seis semanas. Era realista respecto a las posibilidades de limpiar su nombre, pero eso no le impediría buscar justicia de un tipo diferente, lo que la Biblia llamaba justo castigo, y lo que Edmundo Dantés describía, con menos sutileza, como venganza. Lo que fuera. Durmió.

Despertó. Acecharía a su presa como un animal, les observaría desde lejos mientras vivían confiados en su hábitat natural: Spencer Craig en los tribunales,

Gerald Payne en su despacho de Mayfair y Lawrence Davenport en el escenario. Toby Mortimer, el último de los cuatro Mosqueteros, había sufrido una muerte todavía más espantosa de la que podría haber imaginado. Pero antes, Danny debía viajar a Escocia, reunirse con Fraser Munro y descubrir si superaba la prueba de iniciación. Si caía a las primeras de cambio, regresaría a Belmarsh a finales de semana. Durmió.

Despertó. El sol del amanecer dibujaba tenues cuadrados de luz sobre el suelo de la celda, pero estos no desmentían que estuviera en la cárcel, porque los barrotes se reflejaban con claridad en las frías piedras grises. Una alondra intentó elevar un alegre cántico para recibir al alba, pero enseguida se alejó volando.

Danny apartó la sábana de nailon verde y posó los pies desnudos en el suelo. Se dirigió al diminuto lavabo de acero, lo llenó de agua tibia y se afeitó con cuidado. Después, con la ayuda de una pastilla de jabón, se lavó preguntándose cuánto tardaría en eliminar el olor a cárcel de los poros de su piel.

Se estudió en el pequeño espejo de acero que había encima del lavabo. Los fragmentos que vio parecían limpios. Se puso por última vez su indumentaria de la cárcel: calzoncillos, camisa a rayas azules y blancas, vaqueros, calcetines grises y las zapatillas deportivas de Nick. Se sentó en el extremo de la cama y esperó a que apareciera Pascoe, con las llaves tintineando y su saludo habitual de las mañanas: «Arriba, muchacho. Es hora de ir a trabajar». Pero hoy no llegaba. Esperó.

Cuando la llave giró por fin en la cerradura y la puerta se abrió, Pascoe apareció con una amplia sonrisa en la cara.

—Buenos días, Moncrieff —saludó—. Espabila y sigúeme. Es hora de que recojas tus efectos personales en el almacén, te marches y nos dejes a todos en paz. Mientras recorrían el pasillo a paso de prisión, Pascoe aventuró:

—El tiempo está cambiando. Disfrutarás de un magnífico día. Lo dijo como si Danny fuera de excursión a la playa.

—¿Cómo puedo ir desde aquí a King's Cross? —preguntó Danny. Era algo que Nick no habría sabido.

—Toma el tren en la estación de Plumstead hasta Cannon Street, y después el metro hasta King's Cross —contestó Pascoe cuando llegaron al almacén. Llamó a las puertas dobles, y un momento después las abrió el encargado del almacén.

—Buenos días, Moncrieff —dijo Webster—. Habrás estado esperando este día con impaciencia durante los últimos cuatro años. —Danny no hizo comentarios—. Lo tengo todo preparado —continuó Webster, al tiempo que sacaba dos bolsas de plástico llenas del estante de detrás y las dejaba sobre el mostrador. Luego, desapareció en la trastienda y regresó un momento después con una maleta de piel grande cubierta de polvo, con las iniciales N. A. M. en negro—. Bonito modelo —dijo—. ¿Qué significa la A?

Danny no recordaba si era Angus, por el padre de Nick, o Alexander, por su abuelo.

—Date prisa, Moncrieff —le apremió Pascoe—. No puedo pasarme todo el día de cháchara.

Danny intentó levantar las dos bolsas de plástico con una mano y la maleta de piel con la otra, pero descubrió que tenía que detenerse y cambiar de manos cada pocos pasos.

—Me gustaría ayudarte, Moncrieff —susurró Pascoe—, pero si lo hiciera, sentaría un mal precedente. Por fin, llegaron ante la celda de Danny. Pascoe abrió la puerta.

—Volveré a buscarte dentro de una hora. Tengo que llevar a algunos de los chicos al Old Bailey, antes de soltarte. La puerta se cerró en las narices de Danny por última vez.

Danny se lo tomó con calma. Abrió la maleta y la dejó sobre la cama de Big Al. Se preguntó quién dormiría en su catre aquella noche. Alguien que llegaría al Old Bailey entrada la mañana, con la esperanza de que el jurado le declarara no culpable. Vacío el contenido de las bolsas de plástico sobre la cama y se sintió como un ladrón que inspeccionara su botín: dos trajes, tres camisas, lo que el diario describía como pantalones de sarga, junto con dos pares de zapatos de cuero gruesos, unos negros y otros marrones. Danny eligió el traje negro que había utilizado en su funeral, una camisa color crema, una corbata a rayas y un par de elegantes zapatos negros, que ni siquiera después de cuatro años necesitaban ser limpiados.

Danny Cartwright se paró ante el espejo y miró a *sir* Nicholas Moncrieff, oficial y caballero. Se sentía un impostor.

Dobló su ropa de la cárcel y la dejó en el extremo de la cama de Nick. Aún la consideraba la cama de Nick. Después, guardó el resto de sus cosas en la maleta, antes de recuperar el diario de Nick de debajo de la cama, junto con un paquete de correspondencia con la inscripción Fraser Munro, veintiocho cartas que Danny se sabía casi de memoria. Una vez terminó de hacer el equipaje, solo quedaron unos cuantos efectos personales de Nick, que Danny había dejado sobre la mesa, y la foto de Beth pegada con celo a la pared. Quitó con cuidado el celo antes de guardar la foto en un bolsillo lateral de la maleta, que después cerró y dejó junto a la puerta de la celda.

Danny se sentó a la mesa y contempló los efectos personales de su amigo. Se puso el elegante Longines de Nick, con la inscripción 7/11/91 grabada en la parte posterior (un regalo de su abuelo cuando había cumplido veintiún años), y después el anillo de oro con el escudo de armas de la familia Moncrieff. Contempló el billetero de piel negra, y se sintió todavía más como un ladrón. Dentro encontró setenta libras y un talonario de Coutts con una dirección del Strand impresa en una esquina. Guardó la cartera en un bolsillo interior, volvió la silla de plástico de cara a la puerta, se sentó y esperó a que Pascoe volviera. Estaba preparado para escapar. Mientras esperaba, recordó una de las citas incorrectas favoritas de Nick: «En la cárcel, el tiempo y la marea esperan a todos los hombres^[7]».

Introdujo la mano debajo de la camisa y tocó la pequeña llave que colgaba de la cadena del cuello. No estaba más cerca de descubrir lo que abría: de momento, abría la puerta de la cárcel. Había buscado alguna pista en los diarios, en las algo más de mil páginas, pero no había descubierto nada. Si Nick lo sabía, se había llevado el secreto a la tumba.

Una llave muy diferente giró en la cerradura de la puerta. Apareció Pascoe, solo. Danny casi esperaba que dijera: «No cuela, Cartwright, pero tampoco esperabas de verdad salirte con la tuya, ¿no?».

—Es hora de marcharse, Moncrieff —se limitó a decir—. Date prisa.

Danny se levantó, cogió la maleta de Nick y salió al corredor. No se volvió para mirar la estancia que había sido su hogar durante los últimos dos años. Siguió a Pascoe escaleras abajo. Cuando abandonó el bloque, fue saludado con los aplausos y vítores tanto de aquellos que pronto quedarían en libertad, como de los que nunca volverían a ver la luz del día.

Continuaron por el pasillo azul. Había olvidado cuántas puertas dobles había entre el bloque B y recepción, donde Jenkins estaba sentado a su mesa, esperándole.

—Buenos días, Moncrieff —anunció en tono risueño. Utilizaba un tono de voz para los que entraban y otro muy diferente para los que se iban. Consultó el libro mayor que tenía delante—. Veo que durante los últimos cuatro años has ahorrado doscientas once libras, y como también tienes derecho a cuarenta y cinco libras por haber sido puesto en libertad, la suma total es de doscientas cincuenta y seis libras. —Contó el dinero lenta y meticulosamente antes de entregarlo a Danny—. Firma aquí —dijo. Danny garabateó la firma de Nick por segunda vez aquella mañana, antes de guardarse el dinero en el billetero—. Tienes derecho a un pase de ferrocarril a cualquier parte del país que tú decidas. Solo de ida, por supuesto, porque no queremos volver a verte por aquí.

Humor carcelario.

Jenkins le entregó un pase para Dunbroath, Escocia, pero no antes de que Danny firmara otro documento. No era sorprendente que su letra se pareciera a la de Nick. Al fin y al cabo, había sido Nick quien le había enseñado a escribir correctamente.

—El señor Pascoe te acompañará hasta la puerta —dijo Jenkins en cuanto comprobó la firma—. Te diré adiós, porque tengo la sensación de que nunca volveremos a vernos, cosa que, por desgracia, no puedo decir muy a menudo.

Danny estrechó su mano, cogió la maleta y siguió a Pascoe. Salieron de recepción, bajaron una escalera y entraron en el patio.

Atravesaron con parsimonia un cuadrado de hormigón deprimente que hacía las veces de aparcamiento de furgonetas de la cárcel y vehículos particulares que entraban y salían legalmente cada día. En la caseta de vigilancia estaba sentado un guardia que Danny no había visto nunca.

—¿Nombre? —preguntó, sin levantar la vista de la lista de presos liberados sujeta a la tablilla.

—Moncrieff —contestó Danny.

—¿Número?

—CK4802 —dijo Danny sin pensar.

El guardia pasó un dedo por la lista lentamente. Una expresión de perplejidad apareció en su rostro.

—CK1079 —susurró Pascoe.

—CK1079 —repitió Danny tembloroso.

—Aquí está —anunció el guardia, y su dedo se detuvo en Moncrieff—. Firma aquí.

La mano de Danny temblaba cuando garabateó la firma de Nick en la pequeña casilla rectangular. El guardia comparó el nombre con el número de recluso y la fotografía, y después miró a Danny. Vaciló un momento.

—No perdamos el tiempo, Moncrieff —dijo Pascoe con firmeza—. Algunos tenemos que trabajar todo el día, ¿verdad, señor Tomkins?

—Sí, señor Pascoe —contestó el guardia de la puerta, y se apresuró a pulsar el botón rojo que había debajo de su mesa. La primera de las enormes puertas eléctricas empezó a abrirse poco a poco.

Danny salió de la caseta, sin saber todavía qué dirección debía tomar. Pascoe no dijo nada. En cuanto la primera puerta quedó encajada en el hueco de la pared, Pascoe habló por fin.

—Buena suerte, muchacho. La vas a necesitar. Danny le estrechó la mano de todo corazón.

—Gracias, señor Pascoe —dijo—. Por todo.

Danny cogió la maleta de Nick y se adentró en el vacío que separaba dos mundos diferentes. La primera puerta se cerró a su espalda, y un momento después la segunda empezó a abrirse.

Danny Cartwright salió de la cárcel como hombre libre. Era el primer recluso que escapaba de la prisión de Belmarsh.

TERCERA PARTE

LA LIBERTAD

Cuando Nick Moncrieff cruzó la calle, un par de transeúntes le miraron con cierta sorpresa. Estaban acostumbrados a ver salir presos por la puerta, pero no a alguien cargado con una maleta de piel y vestido como un terrateniente.

Danny no miró atrás ni una sola vez, mientras caminaba hacia la estación más cercana. Después de comprar el billete (su primera transacción monetaria en más de dos años), subió al tren. Miró por la ventanilla y se sintió extrañamente inseguro. Ni muros, ni alambradas de espino, ni puertas con barrotes, ni carceleros... guardias. Imita a Nick, habla como Nick, piensa como Danny.

En Cannon Street, Danny tomó el metro. Los usuarios se movían a un ritmo diferente del que se había acostumbrado en la cárcel. Algunos iban vestidos con trajes elegantes, hablaban con acento elegante y hacían negocios con el dinero de los elegantes, pero Nick le había enseñado que no eran más elegantes que él. Solo habían empezado la vida en una cuna diferente.

En King's Cross, Nick se bajó, cargado con su pesada maleta. Pasó junto a un policía que ni siquiera le miró. Consultó el tablón de salidas. El siguiente tren a Edimburgo salía a las once, y llegaba a la estación de Waverley a las tres y veinte de la tarde. Aún tenía tiempo de desayunar. Tomó un ejemplar de *The Times* de un expositor que había en el exterior de W. H. Smith^[8]. Había recorrido unos pasos, cuando cayó en la cuenta de que no había pagado el periódico. Sudando profusamente, volvió corriendo y se sumó a la cola de la caja registradora. Recordó que le habían contado el caso de un preso recién liberado, que cuando regresaba a su casa de Bristol había cogido un Mars de un expositor de la estación de Reading. Fue detenido por hurto y regresó a Belmarsh siete horas después. Acabó sentenciado a tres años más.

Danny pagó el periódico y entró en la cafetería más cercana, donde hizo otra cola. Cuando llegó al calentaplatos, pasó su bandeja a la chica que había al otro lado del mostrador.

—¿Qué le apetece? —preguntó la joven, sin ni siquiera mirar la bandeja.

Danny no estaba seguro de qué responder. Durante más de dos años había comido lo que le ponían en el plato.

—Huevos, beicon, champiñones y...

—Ya puestos, podría pedir el desayuno inglés.

—De acuerdo, el desayuno inglés —dijo Danny—. Y, y...

—¿Té o café?

—Sí, café sería estupendo —dijo, consciente de que iba a tardar un poco en acostumbrarse a que le dieran lo que pedía. Encontró sitio en una mesa de un rincón. Cogió la botella de salsa HP y vertió una cantidad en el plato que Nick habría aprobado. Después abrió el periódico y buscó las páginas de negocios. Imita a Nick,

habla como Nick, piensa como Danny.

Las empresas de internet aún sucumbían a las primeras de cambio cuando sus propietarios descubrían que los mansos raras veces heredan la tierra. Cuando Danny llegó a las primeras páginas, había terminado el desayuno y estaba disfrutando de un segundo café. Alguien se había acercado a su mesa y no solo había vuelto a llenar su taza sino que sonrió cuando dijo gracias. Danny empezó a leer el artículo principal de la primera plana. En él se atacaba de nuevo al líder del Partido Conservador, Iain Duncan Smith. Si el primer ministro convocaba elecciones, Danny votaría a Tony Blair. Sospechaba que Nick habría apoyado a Iain Duncan Smith. Al fin y al cabo, era otro soldado veterano. Tal vez se abstendría. No, debía ceñirse a su papel si confiaba en engañar a los votantes, ya no digamos continuar en el cargo.

Danny terminó su café, pero tardó un rato en moverse. Necesitaba que el señor Pascoe le dijera que podía volver a su celda. Sonrió para sí, se levantó y salió de la cafetería. Sabía que había llegado el momento de afrontar la primera prueba. Cuando vio una hilera de cabinas telefónicas, respiró hondo. Sacó su billetero (el billetero de Nick), extrajo una tarjeta y marcó el número impreso en la esquina inferior derecha.

—Munro, Munro y Carmichael —anunció una voz.

—El señor Munro, por favor —dijo Nick.

—¿Qué señor Munro? —Danny consultó la tarjeta.

—El señor Fraser Munro.

—¿De parte de quién?

—De Nicholas Moncrieff.

—Le paso enseguida, señor.

—Gracias.

—Buenos días, *sir* Nicholas —dijo la siguiente voz cantarina que Danny oyó—. Me alegro de oírle.

—Buenos días, señor Munro. —Danny hablaba despacio—. Estoy pensando en viajar a Escocia dentro de unas horas, y me preguntaba si mañana tendría algún momento libre para recibirme.

—Por supuesto, *sir* Nicholas. ¿Le va bien a las diez?

—Admirablemente —convino recordando una de las palabras favoritas de Nick.

—En ese caso, le espero en mi despacho mañana por la mañana a las diez.

—Adiós, señor Munro —dijo Danny, que se reprimió a tiempo de preguntarle dónde estaba su despacho.

Danny colgó el teléfono. Estaba cubierto de sudor. Big Al estaba en lo cierto. Munro esperaba una llamada de Nick. ¿Por qué iba a pensar ni por un momento que estaba hablando con otra persona?

Danny fue de los primeros en subir al tren. Mientras esperaba a que arrancara, centró su atención en las páginas deportivas. Aún faltaba un mes para el inicio de la temporada de fútbol, pero había depositado grandes esperanzas en el West Ham, que había terminado séptimo de Premier League la temporada anterior. Experimentó una

punzada de tristeza al pensar que jamás podría volver a Upton Park por temor a ser reconocido. Se acabó cantar «I'm Forever Blowing Bubbles»^[9]. Intenta recordar, Danny Cartwright está muerto... y enterrado.

El tren salió poco a poco de la estación, y Danny vio cómo Londres daba paso al campo. Le sorprendió la rapidez con la que habían alcanzado la velocidad máxima. Nunca había estado en Escocia. Lo más al norte que había llegado era Vicarage Road, en Watford.

Danny se sentía agotado, y solo llevaba fuera de la prisión unas horas. El ritmo de todo era mucho más veloz, pero lo peor era que había que tomar decisiones. Consultó el reloj de Nick (su reloj): las once y cuarto. Intentó leer el periódico, pero le cayó la cabeza hacia atrás.

—Billetes, por favor.

Danny despertó sobresaltado, se frotó los ojos y tendió su pase de ferrocarril al revisor.

—Lo siento, señor, pero este billete no es válido para el expreso. Tendrá que pagar un suplemento.

—Pero yo estaba... —empezó Danny—. Lo lamento. ¿Cuánto es?

—Ochenta y cuatro libras.

Danny no podía creer que hubiera cometido un error tan estúpido. Sacó la cartera y entregó el dinero. El revisor imprimió un recibo.

—Gracias, señor —dijo, después de dar a Danny su billete.

Danny observó que le había llamado señor sin pensarlo, no colega, como habría hecho un conductor de autobuses del East End.

—¿Desea comer el señor?

Una vez más, solo debido a su atuendo y a su acento.

—Sí —respondió.

—El vagón restaurante está dos coches más adelante. Iniciarán el servicio de restauración dentro de media hora.

—Se lo agradezco.

Otra de las expresiones de Nick.

Danny miró por la ventanilla y vio pasar la campiña. Después de atravesar Grantham, volvió a las páginas de economía, pero le interrumpió una voz que anunciaba por megafonía que se abría el servicio de restaurante. Cuando llegó, se sentó a una mesa pequeña, con la esperanza de que nadie se le uniera. Estudió la carta con detenimiento, mientras se preguntaba qué platos habría elegido Nick. Un camarero apareció a su lado.

—El paté —dijo Danny. Sabía pronunciar la palabra, aunque no tenía ni idea de a qué sabía. En el pasado, su regla de oro era no pedir nada que llevara nombre extranjero—. Seguido de filete con pastel de riñones.

—¿Y de postre?

Nick le había enseñado que nunca debía pedir los tres platos a la vez.

—Ya me lo pensaré —respondió.

—Por supuesto, señor.

Cuando Danny terminó de comer, había leído todo lo que *The Times* podía ofrecer, incluidas las críticas teatrales, que solo le llevaron a pensar en Lawrence Davenport. Por ahora, Davenport tendría que esperar. Danny tenía otras cosas en que pensar. Había disfrutado de la comida, hasta que el camarero le entregó una cuenta de veintisiete libras. Le dio tres billetes de diez libras, consciente de que su billetero se estaba adelgazando a marchas forzadas.

Según el diario de Nick, el señor Munro creía que, si la finca de Escocia y la casa de Londres se ponían a la venta, alcanzarían cantidades considerables, aunque le había advertido que podían pasar varios meses antes de que la venta se cerrara. Danny sabía que no podría sobrevivir varios meses con menos de doscientas libras.

Volvió a su asiento y empezó a pensar en su encuentro con Munro de la mañana siguiente. Cuando el tren paró en Newcasde upon Tyne, Danny desabrochó las correas de cuero de la maleta, la abrió y encontró la carpeta del señor Munro. Extrajo las cartas. Si bien contenían todas las respuestas del señor Munro a las preguntas de Nick, Danny no tenía forma de saber qué había escrito Nick en sus cartas. Tendría que adivinar qué preguntas había hecho Nick después de leer las respuestas de Munro, con solo las fechas y las anotaciones de los diarios como puntos de referencia. Después de leer la correspondencia de nuevo, no le cupo la menor duda de que tío Hugo se había aprovechado de que Nick había estado encerrado durante los últimos cuatro años.

Danny se había topado con clientes como Hugo cuando trabajaba en el taller: usureros, agentes de la propiedad inmobiliaria y vendedores ambulantes convencidos de que podían engañarle, pero nunca había sido así, y ninguno llegó a descubrir sus dificultades para leer un contrato. Sin darse cuenta empezó a pensar en las asignaturas que había aprobado tan solo unos días antes de ser puesto en libertad. Se preguntó si Nick habría pasado con todos los honores, otra expresión de Nick. Había prometido a su compañero de celda que, si ganaba la apelación, lo primero que haría sería estudiar para licenciarse. Albergaba la intención de cumplir dicha promesa y licenciarse en nombre de Nick. Piensa como Nick, olvídete de Danny, se recordó. Eres Nick, tú eres Nick. Repasó las cartas de nuevo como si estuviera preparando un examen, un examen en el que no podía fracasar.

El tren llegó a la estación de Waverley a las tres y media, con diez minutos de retraso. Danny se unió a la multitud que caminaba por el andén. Miró en el tablón de salidas la hora del siguiente tren a Dunbroath. Otros veinte minutos. Compró un ejemplar del *Edinburgh Evening News* y se conformó con una *baguette* de beicon del Upper Crust^[10]. ¿Se daría cuenta el señor Munro de que no pertenecía a la flor y nata? Fue a buscar su andén, y después se sentó en un banco. El periódico estaba lleno de nombres y lugares de los que nunca había oído hablar: problemas con el comité de urbanismo de Duddlingston, el coste del edificio inacabado del Parlamento

escocés, un suplemento que aportaba detalles sobre algo llamado el Festival de Edimburgo, que tendría lugar el mes siguiente. Las perspectivas del Hearts y del Hibs para la próxima temporada dominaban las últimas páginas, sustituyendo sin más trámites al Arsenal y al West Ham.

Diez minutos después, Danny subió a bordo del tren de cercanías de Dunbroath, un trayecto que duró cuarenta minutos, con parada en varias estaciones cuyos nombres ni siquiera sabía pronunciar. A las cuatro y cuarenta minutos, el pequeño tren entró traqueteando en la estación de Dunbroath. Danny arrastró la maleta por el andén hasta salir a la calle, aliviado al ver un solo taxi en la parada. Nick subió al asiento de delante, mientras el taxista guardaba la maleta en el maletero.

—¿Adónde? —preguntó el conductor en cuanto se sentó detrás del volante.

—¿Podría recomendarme un hotel?

—Solo hay uno —dijo el taxista.

—Bien, eso soluciona el problema —dijo Danny, al tiempo que el coche se ponía en marcha.

Tres libras con cincuenta más tarde, propina aparte, Danny bajó delante del Moncrieff Arms. Subió los peldaños, atravesó las puertas batientes y dejó caer la maleta junto al mostrador de recepción.

—Necesito habitación para una noche —informó a la recepcionista.

—¿Una individual?

—Sí, gracias.

—¿Quiere hacer el favor de firmar el formulario de reserva, señor? —Danny ya podía firmar con el nombre de Nick casi sin pensarlo—. ¿Puedo hacer una fotocopia de su tarjeta de crédito?

—Pero es que no... —empezó Danny—. Pagaré en metálico —concluyó Nick.

—Por supuesto, señor.

La mujer dio la vuelta al formulario, miró el nombre y trató de disimular su sorpresa. Desapareció en un cuarto interior sin decir palabra. Unos momentos después, un hombre de edad madura, vestido con un jersey a cuadros y pantalones de pana marrones, salió de la oficina.

—Bienvenido a casa, *sir* Nicholas. Soy Robert Kilbride, el director del hotel. Le pido disculpas, pero no le esperábamos. Le trasladaré a la *suite* Walter Scott.

«Trasladar» es una palabra que todos los presidiarios temen.

—Pero... —empezó Danny, al recordar el poco dinero que quedaba en la cartera.

—Sin recargo —añadió el director.

—Gracias —dijo Nick.

—¿Cenará con nosotros?

—Sí —dijo Nick—. No —corrigió Danny, al recordar sus magras reservas—. Ya he comido.

—Por supuesto, *sir* Nicholas. Un portero subirá su maleta a la habitación.

Un joven acompañó a Danny hasta la *suite* Walter Scott.

—Me llamo Andrew —anunció, mientras abría la puerta—. Si necesita algo, descuelgue el teléfono y hágamelo saber.

—Necesito que me planchen un traje y me laven una camisa para una reunión que tengo mañana a las diez —pidió Danny.

—Por supuesto, señor. Los tendrá a tiempo de su reunión.

—Gracias —dijo Danny. Otra propina. Danny se sentó en el borde de la cama y encendió la televisión. Vio las noticias locales, transmitidas con un acento que le recordaron a Big AI. No fue hasta que cambió a la BBC2 cuando fue capaz de seguir cada palabra, pero al cabo de unos minutos se había dormido.

Danny despertó y descubrió que estaba totalmente vestido; por la pantalla desfilaban los créditos finales de una película en blanco y negro, protagonizada por alguien llamado Jack Hawkins. Apagó el televisor, se desvistió y decidió darse una ducha antes de acostarse.

Entró en la ducha, la cual lanzó un potente chorro de agua caliente que no se apagaba cada pocos segundos. Se lavó con una pastilla de jabón del tamaño de un panecillo, y se secó con una toalla grande y mullida. Se sentía limpio por primera vez desde hacía años.

Se metió en la cama, que tenía un colchón grueso y cómodo, sábanas limpias y más de una manta, y apoyó la cabeza sobre una almohada de plumas. Se sumió en un sueño profundo. Despertó. La cama era demasiado cómoda. Incluso cambiaba de forma cuando se movía. Tiró una de las mantas al suelo. Se dio la vuelta y volvió a quedarse dormido. Despertó. La almohada era demasiado blanda, de modo que fue a hacer compañía a la manta en el suelo. Cayó dormido de nuevo, pero cuando salió el sol, acompañado por una algarabía de trinos de pájaros irreconocibles, despertó una vez más. Paseó la vista a su alrededor, esperando ver al señor Pascoe en la puerta, pero esta puerta era diferente: de madera, no de acero, y tenía un pomo en el interior que podía abrir cuando le diera la gana.

Danny saltó de la cama y se encaminó hacia el cuarto de baño (una habitación separada) pisando la suave alfombra, para darse otra ducha. Esta vez se lavó el pelo, y se afeitó con la ayuda de un espejo circular que aumentaba su imagen.

Alguien llamó con educación a la puerta, que siguió cerrada, en lugar de abrirse de un empujón. Danny se puso un albornoz del hotel y abrió la puerta. Vio al portero, que sostenía un paquete.

—Su ropa, señor.

—Gracias —dijo Danny.

—El desayuno se sirve hasta las diez de la mañana en el comedor.

Danny se puso una camisa limpia y una corbata a rayas, y después se probó el traje recién planchado. Se miró en el espejo. Nadie dudaría de que él era *sir* Nicholas Moncrieff. Nunca más usaría la misma camisa seis días seguidos, los mismos vaqueros durante un mes, los mismos zapatos todo un año... suponiendo que el señor Munro fuera capaz de solucionar sus problemas económicos. Suponiendo que el señor Munro...

Danny miró en la cartera que el día anterior le había parecido tan abultada. Maldijo. No quedaría gran cosa una vez hubiera pagado la factura del hotel. Abrió la puerta, pero en cuanto la cerró se dio cuenta de que se había dejado la llave dentro. Tendría que pedirle a Pascoe que le abriera la puerta. ¿Acabaría dando parte de él? Juró de nuevo. Maldita sea. Un juramento de Nick. Fue en busca del comedor.

Una mesa grande en el centro de la sala rebosaba de cereales y zumos, y el

calientaplatos ofrecía gachas, huevos, beicon, morcillas, incluso arenques ahumados. Acompañaron a Danny a una mesa junto a la ventana y le ofrecieron el periódico de la mañana, el *Scotsman*. Buscó las páginas de economía y descubrió que el Royal Bank of Scotland estaba expandiendo su cartera de propiedades. Mientras estaba en la cárcel, Danny había seguido con admiración la absorción del NatWest Bank por el RBS, un barbo comiéndose una ballena, y sin eructar siquiera.

Paseó la vista a su alrededor, temeroso de repente de que el personal estuviera comentando que no tenía acento escocés. Pero Big Al le había dicho en una ocasión que los oficiales nunca tienen. Nick no lo tenía, desde luego. Dejaron delante de él un par de arenques ahumados. Su padre lo habría considerado un plato delicioso. Era la primera vez que pensaba en su padre desde que le habían puesto en libertad.

—¿Le apetece algo más, señor?

—No, gracias —dijo Danny—. ¿Sería tan amable de prepararme la cuenta?

—Por supuesto, señor —fue la respuesta inmediata.

Estaba a punto de abandonar el comedor, cuando recordó que no tenía ni idea de dónde estaba el despacho del señor Munro. Según su tarjeta, se encontraba en Argyll Street, 12, pero no podía preguntar a la recepcionista cómo ir, porque todo el mundo creía que se había criado en Dunbroath. Danny pidió otra llave en recepción y volvió a su habitación. Eran las nueve y media. Aún le quedaba media hora para averiguar dónde estaba Argyll Street.

Alguien llamó a la puerta. Aún pasaría un tiempo antes de que no pegara un bote, se quedara inmóvil al pie de la cama y esperara a que la puerta se abriera.

—¿Puedo bajar su equipaje, señor? —preguntó el portero—. ¿Necesitará un taxi?

—No, solo voy a Argyll Street —probó Danny.

—En ese caso, dejaré su maleta en recepción, y ya la recogerá más tarde.

—¿Hay alguna farmacia camino de Argyll Street? —preguntó Danny.

—No, cerró hace un par de años. ¿Qué necesita?

—Unas hojas de afeitar y crema.

—Podrá comprar eso en Leith's, unas puertas más allá de donde estaba Johnson's.

—Muchas gracias —dijo Danny, y se despidió de otra libra, sin tener ni idea de dónde estaba Johnson's.

Danny consultó el reloj de Nick: las nueve y treinta y seis minutos. Bajó a toda prisa y se dirigió hacia recepción, donde probó otro truco.

—¿Tiene un ejemplar de *The Times*?

—No, *sir* Nicholas, pero podríamos ir a comprarlo.

—No se preocupe. Me irá bien un poco de ejercicio.

—En Menzies lo reciben —dijo la recepcionista—. Gire a la izquierda cuando

salga del hotel, y a unos cien metros... —La mujer hizo una pausa—. Pero usted ya sabe dónde está Menzies, por supuesto.

Danny salió del hotel, giró a la izquierda y pronto divisó el letrero de Menzies. Entró. Nadie le reconoció. Compró un ejemplar de *The Times*, y la chica del mostrador, para su alivio, no le llamó «señor» ni «*sir* Nicholas».

—¿Queda lejos Argyll Street? —le preguntó.

—A unos doscientos metros. Gire a la derecha al salir de la tienda, deje atrás el Moncrieff Arms...

Danny pasó a toda prisa por delante del hotel, echando un vistazo en cada cruce, hasta que vio por fin el nombre «Argyll Street» tallado en letras grandes en una losa de piedra que se alzaba por encima de su cabeza. Consultó su reloj cuando dobló por la calle: las nueve y cincuenta y cuatro minutos. Aún le quedaban unos minutos, pero no podía permitirse el lujo de llegar tarde. Nick siempre era puntual. Recordó una de las frases preferidas de Big Al: «Los ejércitos que llegan tarde pierden las batallas. Pregúntaselo a Napoleón».

Mientras pasaba ante los números 2, 4, 6, 8, aminoró el paso cada vez más. Pasó de largo el número 10 y se detuvo ante el 12. Una placa de latón en la pared, que relucía como si le hubieran sacado brillo aquella misma mañana, y las diez mil mañanas anteriores, exhibía el rótulo desvaído de Munro, Munro y Carmichael.

Danny respiró hondo, abrió la puerta y entró. La chica del mostrador de recepción levantó la vista. Confió en que no oyera los latidos de su corazón. Estaba a punto de decir su nombre, cuando la joven habló.

—Buenos días, *sir* Nicholas. El señor Munro le está esperando. —Se levantó del asiento—. Sígame, por favor —dijo. Danny había superado la primera prueba, pero aún no había abierto la boca.

—Tras la muerte de su pareja —informó la agente que atendía el mostrador—, estoy autorizada a entregarle todos los efectos personales del señor Cartwright, pero antes tengo que ver algún tipo de identificación.

Beth abrió el bolso y sacó el permiso de conducir.

—Gracias —dijo la agente, que consultó los detalles con detenimiento antes de devolvérselo—. Si le leo la descripción de cada una de las pertenencias, señorita Wilson, tal vez sería tan amable de identificarlas. —La agente abrió una caja de cartón grande y extrajo un par de vaqueros de marca—. Un par de vaqueros, azul claro —dijo.

Cuando Beth vio el desgarrón de la pernera producido por el cuchillo, estalló en lágrimas. La agente esperó a que se hubiera serenado antes de continuar:

—Una camiseta del West Ham. Un cinturón de cuero, marrón. Un anillo de oro. Un par de calcetines, grises. Un par de calzoncillos, rojos. Un par de zapatos, negros. Una cartera que contiene treinta y cinco libras y la tarjeta de socio del Bow Street

Boxing Club. Si fuera tan amable de firmar aquí, señorita Wilson —concluyó, y señaló con el dedo una línea de puntos.

En cuanto Beth hubo firmado, guardó todas las posesiones de Nick en la caja.

—Gracias —dijo.

Al volverse para marchar, se topó con otro guardia de la cárcel.

—Buenas tardes, señorita Wilson —saludó—. Mi nombre es Ray Pascoe.

Beth sonrió.

—A Danny le caía bien —reconoció.

—Y yo le admiraba —dijo Pascoe—, pero no he venido por eso. Permítame que le lleve esto —dijo. Cogió la caja y empezaron a caminar por el pasillo—. Quería saber si aún desea lograr la anulación del veredicto de la apelación.

—¿De que serviría, ahora que Danny ha muerto? —preguntó Beth.

—¿Adoptaría esa misma actitud si aún estuviera vivo? —preguntó Pascoe.

—Por supuesto que no —replicó Beth—. Seguiría luchando para demostrar su inocencia hasta el fin de mis días. Cuando llegaron a las puertas principales, Pascoe le devolvió la caja.

—Tengo la sensación de que a Danny le gustaría que su nombre quedara limpio.

Buenos días, señor Munro —dijo Danny, al tiempo que le tendía la mano—. Me alegro de volver a verle.

—Confío en que haya disfrutado de un viaje agradable, *sir* Nicholas —contestó Munro.

Nick había descrito a Fraser Munro tan bien, que Danny casi pensó que le conocía en persona.

—Sí, gracias. El viaje en tren me permitió repasar una vez más nuestra correspondencia, así como reconsiderar sus recomendaciones —dijo Danny, mientras Munro le invitaba a tomar asiento en una confortable butaca situada junto a su escritorio.

—Temo que mi última carta tal vez no haya llegado a tiempo —dijo Munro—. Le habría telefoneado, pero claro...

—No era posible —le interrumpió Danny, interesado tan solo en el contenido de la última carta.

—Temo que no sean buenas noticias —anunció Munro, mientras tamborileaba con los dedos sobre el escritorio, una costumbre de la que Nick no había hablado—. Han interpuesto una demanda contra usted. —Danny aferró los brazos de la butaca. ¿Estaría la policía esperando fuera?—. Su tío Hugo. —Danny exhaló un audible suspiro de alivio—. Tendría que haberlo previsto —reconoció Munro—, y por tanto me siento culpable.

Continúa, quiso decir Danny. Nick no dijo nada.

—La demanda afirma que su padre legó la finca de Escocia y la casa de Londres a su tío, y que usted no tiene derecho legal a ninguna de ellas.

—Pero eso es una tontería —objetó Danny.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, y con su permiso contestaré que pronto podremos defendernos con todas nuestras fuerzas. —Danny aceptó la decisión de Munro, aunque se dio cuenta de que Nick habría sido más cauteloso—. Para colmo —continuó Munro—, los abogados de su tío han planteado lo que ellos definen como un acuerdo. —Danny asintió, incapaz de opinar todavía—. Si acepta la primera oferta de su tío, es decir, que él conserve la posesión de ambas propiedades, junto con la responsabilidad de pagar las hipotecas, dará instrucciones de retirar la demanda.

—Se está echando un farol —dijo Danny—. Si no recuerdo mal, señor Munro, su primer consejo fue llevar a mi tío a los tribunales y reclamar el dinero que mi padre pidió prestado por ambas casas, una cantidad que asciende a dos millones cien mil libras.

—Ese fue mi consejo —continuó Munro—, pero si no recuerdo mal su respuesta en aquel momento, *sir* Nicholas... —Se caló sus gafas de media luna en el extremo de la nariz y abrió una carpeta—. Sí, aquí está. Sus palabras exactas fueron: «Si esos

eran los deseos de mi padre, no me opondré a ellos».

—Así pensaba en aquel momento, señor Munro —reconoció Danny—, pero las circunstancias han cambiado desde entonces. No creo que mi padre hubiera aprobado que tío Hugo interpusiera una demanda contra su sobrino.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Munro, incapaz de ocultar su sorpresa ante el cambio de opinión de su cliente—. ¿Puedo proponer, pues, *sir* Nicholas, que le retemos a demostrar que dice la verdad?

—¿Cómo podríamos hacerlo?

—Podríamos interponer una contrademanda —replicó Munro—, solicitando al tribunal que dirima si su padre tenía derecho a pedir dinero prestado por las dos propiedades sin consultarle a usted. Aunque soy por naturaleza un hombre precavido, *sir* Nicholas, llegaría hasta el extremo de afirmar que la ley nos apoya. Sin embargo, estoy seguro de que leyó *Casa desolada* en su juventud.

—Hace muy poco —admitió Danny.

—En tal caso, estará familiarizado con los peligros de iniciar una acción semejante.

—Pero al contrario que Jarndyce y Jarndyce —dijo Danny— sospecho que tío Hugo accederá a alcanzar un acuerdo al margen de los tribunales.

—¿Por qué cree eso?

—No querrá ver su foto en la primera plana del *Scotsman* y del *Edinburgh Evening News*. A estos periódicos les encantaría recordar a sus lectores dónde ha estado residiendo su sobrino durante los últimos cuatro años.

—Un aspecto que no había tomado en consideración —reconoció Munro—, pero ahora que lo pienso, debo darle la razón. —Tosió—. Cuando nos vimos la última vez, no parecía ser de la opinión de...

—Cuando nos vimos la última vez, señor Munro, estaba preocupado por otros asuntos, y por tanto me sentía incapaz de comprender exactamente el significado de lo que usted me estaba diciendo, y...

Danny había ensayado estas frases una y otra vez en su celda, con Big Al en el papel de Munro.

—En efecto —dijo Munro. Se quitó las gafas y miró con atención a su cliente—. En tal caso, con su permiso, me ocuparé de tomar las riendas del asunto en su representación. Sin embargo, debo advertirle que es posible que el problema tarde en solucionarse.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Danny.

—Podría pasar un año, tal vez más, antes de que el caso llegue a los tribunales.

—Eso podría representar un problema —señaló Danny—. No estoy seguro de que haya suficiente dinero en mi cuenta de Coutts para cubrir...

—No tengo la menor duda de que me informará en cuanto se haya puesto en contacto con sus banqueros.

—Por supuesto —dijo Danny. Munro volvió a toser.

—Hay un par de asuntos más de los que deberíamos hablar, *sir* Nicholas. — Danny se limitó a asentir, mientras Munro volvía a calarse las gafas y rebuscaba entre sus papeles de nuevo—. En fecha reciente, otorgó testamento mientras estaba en la cárcel —dijo Munro, y extrajo un documento del fondo de la pila.

—Recuérdeme los detalles —pidió Danny, que reconoció la letra de Nick en el papel rayado de la cárcel.

—Ha legado el grueso de sus propiedades a un tal Daniel Cartwright.

—Oh, Dios mío —exclamó Danny.

—¿Debo entender que desea reconsiderar su postura, *sir* Nicholas?

—No —dijo Danny, recuperándose al instante—. Es que Danny Cartwright murió hace poco.

—En ese caso, tendrá que redactar un nuevo testamento en algún momento. Pero lo cierto es que hay asuntos más apremiantes en este instante.

—¿Por ejemplo? —preguntó Danny.

—Hay una llave que su tío parece muy ansioso por poseer.

—¿Una llave?

—Sí —dijo Munro—. Por lo visto, está dispuesto a ofrecerle mil libras por una cadena de plata y una llave que cree que están en su poder. Es consciente de que poseen escaso valor por sí mismas, pero le gustaría que quedaran en la familia.

—Y así será —respondió Danny—. En confianza, señor Munro, ¿tiene idea de qué abre esa llave?

—No —admitió Munro—. Su abuelo no me habló nunca sobre esa cuestión en particular. De todos modos, me atrevería a aventurar que, si su tío está tan ansioso por apoderarse de esa llave, deberíamos considerar que el contenido de lo que abra la llave debe de valer mucho más que mil libras.

—Así es —dijo Danny, imitando a Munro.

—¿Cómo respondemos a esa oferta? —preguntó Munro.

—Dígale que desconozco la existencia de dicha llave.

—Como desee, *sir* Nicholas, pero no me cabe duda de que será difícil disuadirle, y atacará con una oferta más elevada.

—Mi respuesta será la misma, ofrezca lo que ofrezca —sostuvo Danny con firmeza.

—Como quiera. ¿Puedo preguntarle si tiene la intención de establecerse en Escocia?

—No, señor Munro. Regresaré a Londres en breve para solucionar mis asuntos económicos, pero no le quepa duda de que seguiremos en contacto.

—En ese caso —señaló Munro—, necesitará las llaves de su residencia de Londres que han estado en mi caja fuerte desde la muerte de su padre. —Se levantó de la butaca y se dirigió hacia una caja fuerte de notables dimensiones, situada en un rincón de la habitación. Tecleó un código y abrió la pesada puerta, que reveló varios

estantes abarrotados de documentos. Sacó dos sobres del estante de arriba—. Me hallo en posesión de las llaves de la casa de The Boltons y de su propiedad de Escocia, *sir* Nicholas. ¿Desea hacerse cargo de ellas?

—No, gracias —dijo Danny—. De momento, solo necesito las llaves de mi casa de Londres. Le agradecería que conservara las llaves de la finca. Al fin y al cabo, no puedo estar en dos sitios a la vez.

—Así es —y le tendió uno de los abultados sobres.

—Gracias —dijo Danny—. Ha servido lealmente a mi familia durante muchos años. —Munro sonrió—. Mi abuelo...

—Ah —suspiró Munro. Danny se preguntó si había ido demasiado lejos—. Lamento interrumpirle, pero la mención de su abuelo me recuerda que hay otro asunto sobre el que me gustaría llamar su atención. —Volvió a la caja fuerte y, después de rebuscar unos momentos, extrajo un sobre pequeño—. Ah, aquí está —anunció, con una expresión de triunfo—. Su abuelo me ordenó que le diera esto en persona, pero no hasta después de que su padre muriera. Tendría que haber cumplido su deseo en nuestro encuentro anterior, pero con todas las, hum, restricciones a que estaba sometido usted en aquel momento, confieso que se me fue de la cabeza.

Entregó el sobre a Danny, que examinó el interior, pero no encontró nada.

—¿Significa esto algo para usted? —preguntó Danny.

—No —confesó Munro—, pero recordando la gran afición de su abuelo, tal vez el sello contenga algún significado.

Danny guardó el sobre en un bolsillo interior sin más comentarios.

Munro se levantó de la silla.

—Espero, *sir* Nicholas, que no pase mucho tiempo antes de que volvamos a vernos en Escocia. En el ínterin, si necesita mi ayuda, no dude en llamarme.

—No sé cómo agradecerle su amabilidad —reconoció Danny.

—Estoy seguro de que, después de haber solucionado el problema de su tío Hugo, seré más que adecuadamente compensado. Sonrió con sequedad, acompañó a Nicholas hasta la puerta, le estrechó la mano con afecto y le dijo adiós.

Mientras Munro veía cómo se alejaba su cliente en dirección al hotel, no pudo evitar pensar en lo mucho que *sir* Nicholas se parecía a su abuelo, si bien se preguntó si había sido prudente ponerse la corbata del regimiento... teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Que ha hecho qué? —gritó Hugo por el teléfono.

—Ha interpuesto una demanda contra usted, reclamando los dos millones cien mil libras que consiguió por ambas propiedades.

—Fraser Munro tiene que estar detrás de esto —señaló Hugo—. Nick sería incapaz de oponerse a los deseos de su padre. ¿Qué hacemos ahora?

—Aceptar el reto y decirles que ya nos veremos en los tribunales.

—Pero no podemos permitirnos eso —dijo Hugo—. Usted siempre ha dicho que si este caso acabara en los tribunales, perderíamos... y sería un día glorioso para la prensa.

—Es verdad, pero no llegará a los tribunales.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque me encargaré de que el caso se vaya arrastrando durante un par de años, como mínimo, y su sobrino se quedará sin dinero mucho antes. No olvide que conocemos el saldo de su cuenta corriente. Tendrá que ser paciente mientras le chupamos hasta la última gota de sangre.

—¿Y la llave?

—Munro afirma que no sabe nada de la llave.

—Ofrézcale más dinero —dijo Hugo—. Si Nick descubre alguna vez que abre esa llave, será a mi a quien chupará hasta la última gota de sangre.

En el tren de regreso a Londres, Danny examinó con más detenimiento el sobre que el abuelo de Nick había querido entregarle sin que su padre lo supiera. Pero ¿por qué? Danny concentró su atención en el sello. Era francés, por valor de cinco francos, y representaba los cinco aros del emblema olímpico. El matasellos era de París con fecha de 1896. Danny sabía por los diarios de Nick que su abuelo, *sir Alexander Moncrieff*, había sido un gran coleccionista, de modo que tal vez el sello fuera raro y valioso, pero no tenía ni idea de a quién pedir consejo. Le costaba creer que el nombre y la dirección poseyeran algún significado especial: «Barón de Coubertin, 25 rué de la Croix-Rouge, Geneve, La Suisse». El barón debía de llevar años muerto.

Desde Kings Cross, Danny tomó el metro hasta South Kensington, una parte de Londres en la que no se sentía cómodo. Con la ayuda de un callejero que compró en el quisco de la estación, recorrió Old Brompton Road en dirección a The Boltons. Aunque la maleta le pesaba cada vez más, pensó que no podía permitirse gastar en un taxi parte de sus cada vez más menguantes reservas.

Cuando por fin llegó a The Boltons, Danny se detuvo delante del número 12. No podía creer que allí hubiera vivido una sola familia. Solo el garaje doble era más grande que su casa de Bow. Abrió una puerta de hierro que chirrió y subió por un largo sendero cubierto de malas hierbas hasta la puerta principal. Pulsó el timbre. No sabía por qué lo había hecho, salvo quizá que no quería introducir la llave en la cerradura hasta asegurarse de que la casa estaba desocupada. Nadie contestó.

Danny llevó a cabo varios intentos de girar la llave en la cerradura, hasta que la puerta se abrió a regañadientes. Encendió la luz del vestíbulo. La casa era exactamente como Nick la había descrito en su diario. Una gruesa alfombra verde, descolorida. Papel pintado rojo, descolorido, y antiguas cortinas de encaje que colgaban desde el techo hasta el suelo, y que habían atraído a las polillas durante los años transcurridos. No había cuadros en las paredes, tan solo cuadrados y rectángulos descoloridos, que delataban dónde habían estado. Danny no albergaba demasiadas dudas sobre quién se los había llevado, y en qué casa estaban colgados ahora.

Paseó lentamente por las habitaciones, intentando orientarse. Tenía la sensación de estar en un museo, no en una casa particular. En cuanto hubo explorado la planta baja, subió la escalera hasta el rellano y recorrió otro pasillo, hasta entrar en un amplio dormitorio. En un guardarropa colgaba una hilera de trajes oscuros que habrían podido alquilarse para una película de época, junto con camisas de cuello de puntas, y una barra al pie con varios pares de zapatos negros gruesos. Danny supuso que era la habitación del abuelo de Nick; estaba claro que su padre había preferido residir en Escocia. En cuanto *sir Alexander* murió, tío Hugo debió de llevarse los cuadros y todo lo que había de valor que no estuviera atornillado; después, debió de imponer al padre de Nick una hipoteca de un millón de libras sobre la casa, mientras

Nick estaba encerrado en la cárcel. Danny estaba empezando a pensar que debería encargarse de Hugo antes de dedicar su atención a los Mosqueteros.

Tras explorar todas las habitaciones (siete en total), Danny eligió una de las más pequeñas para pasar su primera noche. Después de inspeccionar el guardarropa y la cómoda, concluyó que debía de ser la antigua habitación de Nick, porque había una fila de trajes, un cajón lleno de camisas y una hilera de zapatos que le sentaban como un guante, pero daba la impresión de que los hubiera utilizado un soldado que pasaba la mayor parte del tiempo uniformado, y le interesara poco la moda.

Después de deshacer el equipaje, Danny decidió seguir explorando y averiguar qué había en el piso de arriba. Encontró un cuarto para los niños en el que no parecía haber dormido nadie jamás, al lado de una habitación llena de juguetes que ningún niño había utilizado. Sus pensamientos derivaron hacia Beth y Christy. A través de la ventana del cuarto de juegos vio un amplio jardín. Incluso a la luz desfalleciente del ocaso era evidente que el césped necesitaba urgentes cuidados, después de años de abandono.

Danny volvió a la habitación de Nick, se desvistió y se dio un baño. Se sentó, absorto en sus pensamientos, y no se movió hasta que el agua se enfrió. Después de secarse, decidió que no se pondría el pijama de seda de Nick y se metió desnudo en la cama. Al cabo de unos minutos estaba dormido como un tronco. El colchón era más parecido al de la cárcel.

Danny saltó de la cama a la mañana siguiente, se puso unos pantalones, cogió una bata de seda que colgaba de la parte posterior de la puerta y fue en busca de la cocina.

Bajó por una escalera sin alfombrar hasta un oscuro sótano, donde descubrió una amplia estancia con una cocina económica y estantes llenos de botellas de cristal que contenían no sabía qué. Le divirtió ver una hilera de campanitas sujetas a la pared, con letreros de «Salón», «Dormitorio Principal», «Estudio», «Cuarto de los Niños» y «Puerta Principal». Empezó a buscar comida, pero no encontró nada que no hubiera caducado hacía años. Fue entonces cuando advirtió el olor que impregnaba toda la casa. Si había dinero en la cuenta corriente de Nick, lo primero que haría sería contratar a una mujer de la limpieza. Abrió una ventana grande para dejar que entrara una ráfaga de aire fresco en la estancia, a la que no había tenido acceso desde hacía mucho tiempo.

Como no pudo encontrar nada que comer, Danny volvió al dormitorio para vestirse. Eligió las prendas menos conservadoras que encontró en el guardarropa de Nick, pero acabó con el aspecto de un capitán de la guardia real de paisano.

Cuando dieron las ocho en el campanario de la iglesia de la plaza, Danny cogió el billetero de la mesilla de noche y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Miró el sobre que el abuelo de Nick le había dejado, y decidió que el secreto debía residir en el sello. Se sentó a la mesa contigua a la ventana y extendió un cheque a nombre de

Nicholas Moncrieff por valor de quinientas libras. ¿Habría quinientas libras en la cuenta de Nick? Solo había una forma de averiguarlo.

Cuando salió de la casa unos minutos más tarde, cerró la puerta, pero esta vez recordó llevarse las llaves. Caminó hacia el extremo de la calle, giró a la derecha y siguió hasta la estación de metro de South Kensington; solo se detuvo en un quiosco para comprar un ejemplar de *The Times*. Cuando estaba a punto de salir de la tienda, se fijó en un tablón de anuncios que ofrecía diversos servicios. «Masajes, Sylvia irá a su domicilio, 100 libras». «Cortacésped en venta, usado solo dos veces, 250 libras al contado». Lo habría comprado de haber estado seguro de que existía dicha cantidad en la cuenta de Nick. «Limpiadora, cinco libras por hora; con referencias. Llamar a la señora Murphy al...». Danny se preguntó si la señora Murphy tendría mil horas libres. Tomó nota de su móvil, lo cual le recordó otra cosa que debía añadir a su lista de la compra, pero tendría que esperar hasta haber descubierto cuánto dinero había en la cuenta de Nick.

Cuando salió del metro en Charing Cross, Danny había trazado dos planes de acción, dependiendo de que el director de Coutts conociera bien a Nick o nunca le hubiera visto. Siguió el Strand en busca del banco. En la cubierta gris del talonario de Nick solo ponía Coutts & Co, The Strand, Londres. Debía de ser un edificio demasiado grande para rebajarse a tener número. Apenas había avanzado unos pasos, cuando reparó, al otro lado de la calle, en un gran edificio de color bronce con una fachada de cristal que exhibía con discreción dos coronas sobre el nombre de Coutts. Cruzó la calle esquivando el tráfico. Estaba a punto de descubrir la envergadura de su riqueza.

Entró en el banco por unas puertas giratorias y trató de orientarse. Frente a él, una escalera automática conducía al vestíbulo del banco. Subió hasta una amplia sala con techo de cristal y un largo mostrador que ocupaba toda la longitud de una pared. Varios empleados, vestidos con levitas negras, estaban atendiendo a los clientes. Danny eligió a un joven que tenía aspecto de acabar de empezar a afeitarse. Se acercó a su ventanilla.

—Me gustaría retirar fondos.

—¿Cuánto quiere, señor? —preguntó el empleado.

—Quinientas libras —respondió Danny, y le entregó el cheque que había extendido aquella mañana. El empleado comprobó el nombre y el número en su ordenador, y vaciló.

—¿Sería tan amable de esperar un momento, *sir* Nicholas? —preguntó.

La mente de Danny empezó a dar vueltas. ¿Estaría la cuenta de Nick en números rojos? ¿Habrían liquidado la cuenta? ¿No querían tener tratos con un expresidiario? Unos momentos después, apareció un hombre mayor y le dedicó una cálida sonrisa. ¿Le conocía Nick?

—¿*Sir* Nicholas? —preguntó vacilante.

—Sí —dijo Danny, que al menos había tenido respuesta a una de sus preguntas.

—Soy el señor Watson, director del banco. Es un placer conocerle después de tanto tiempo. —Danny le estrechó la mano—. ¿Podríamos hablar en mi despacho?

—Por supuesto, señor Watson —afirmó Danny, aparentando confianza.

Siguió al director y atravesaron una puerta que daba acceso a un pequeño despacho forrado en madera. Había un solitario óleo de un caballero con una larga levita negra colgado en la pared, detrás del escritorio. Debajo del retrato se leía la leyenda John Campbell, fundador, 1692.

El señor Watson empezó a hablar antes de que Danny se hubiera sentado.

—Veo que no ha efectuado ningún reintegro en los últimos cuatro años, *sir* Nicholas —dijo, mirando la pantalla de su ordenador.

—Exacto —confirmó Danny.

—¿Ha estado en el extranjero?

—No, pero en el futuro seré un cliente más habitual. Es decir, si se han ocupado de mi cuenta con mimo durante mi ausencia.

—Espero que lo considere así, *sir* Nicholas —respondió el director—. Su cuenta corriente ha devengado un interés anual del tres por ciento, año tras año. Danny se quedó impertérrito.

—¿Cuál es el saldo de mi cuenta corriente? —preguntó. El director miró la pantalla.

—Siete mil doscientas doce libras. Danny exhaló un suspiro de alivio.

—¿Hay otras cuentas, documentos u objetos de valor que ustedes administren en este momento? —preguntó. El director pareció sorprenderse—. Es que mi padre falleció hace poco.

El director asintió.

—Lo comprobaré, señor —dijo, antes de pulsar algunas teclas del ordenador. Negó con la cabeza—. Parece que la cuenta de su padre fue liquidada hace dos meses, y todos sus bienes se transfirieron al Clydesdale Bank de Edimburgo.

—Ah, sí —dijo Danny—. Mi tío Hugo.

—Hugo Moncrieff fue el beneficiario, en efecto —confirmó el director.

—Justo lo que yo pensaba —dijo Danny.

—¿Puedo hacer algo más por usted, *sir* Nicholas?

—Sí, necesitaré una tarjeta de crédito.

—Por supuesto —dijo Watson—. Si es tan amable de rellenar este formulario —añadió, al tiempo que empujaba un cuestionario hacia el otro lado de la mesa—, le enviaremos una a su dirección en los próximos días.

Danny intentó recordar la fecha y lugar de nacimiento de Nick, así como su segundo nombre. No estaba seguro de qué poner bajo «ocupación» o «ganancias anuales».

—Otra cosa —dijo, una vez rellenado el formulario—. ¿Tiene idea de en dónde podría tasar esto? Sacó el pequeño sobre del bolsillo interior y lo deslizó sobre el escritorio.

El director examinó el sobre con detenimiento.

—Stanley Gibbons —contestó sin vacilar—. Son los mejores en esta especialidad, y tienen fama internacional.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Hay una sucursal subiendo por esta misma calle. Le recomiendo que hable con el señor Prendergast.

—Es una suerte que esté tan bien informado —dijo Danny con suspicacia.

—Bien, tienen cuenta con nosotros desde hace casi ciento cincuenta años.

Danny salió del banco con quinientas libras de más en el billetero y fue en busca de Stanley Gibbons. De camino pasó ante una tienda de móviles, lo cual le permitió tachar otro artículo de la lista de compras. Después de elegir el último modelo, preguntó al joven empleado si sabía dónde estaba Stanley Gibbons.

—Unos cincuenta metros más arriba, a la izquierda —contestó. Danny siguió la calle hasta que vio el letrero sobre la puerta. Dentro, un hombre alto estaba inclinado sobre el mostrador, pasando las páginas de un catálogo. Se enderezó en cuanto Danny entró.

—¿Señor Prendergast? —preguntó Danny.

—Sí —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Danny sacó el sobre y lo dejó sobre el mostrador.

—El señor Watson, de Coutts, me ha informado de que tal vez usted podría tasar su valor.

—Haré lo que pueda —dijo el señor Prendergast, al tiempo que sacaba una lupa de debajo del mostrador. Estudió el sobre durante un buen rato antes de anunciar su dictamen.

—El sello es una primera edición de cinco francos imperiales, emitido para conmemorar la fundación de los modernos Juegos Olímpicos. El sello en sí posee escaso valor, no más de unos cientos de libras. Pero hay otros dos factores que aumentan su importancia.

—¿Cuáles son? —preguntó Danny.

—El matasellos lleva la fecha del 6 de abril de 1896.

—¿Y qué tiene eso de importante? —preguntó Danny impaciente.

—Fue la fecha de la inauguración de los primeros juegos Olímpicos modernos.

—¿Y el segundo factor? —preguntó Danny, esta vez sin esperar.

—La persona a la que va dirigido el sobre —dijo Prendergast, bastante complacido de sí mismo.

—El barón de Coubertin —dijo Danny, pues no necesitaba que se lo recordaran.

—Correcto —señaló el hombre—. Fue el barón quien fundó los Juegos Olímpicos modernos, y por este motivo el sobre es un objeto de coleccionista.

—¿En cuánto lo tasaría? —preguntó Danny.

—No es fácil, señor, pues se trata de un objeto único. Yo le ofrecería por él dos mil libras.

—Gracias, pero me gustaría pensarlo un poco —contestó Danny, y se volvió para marcharse.

—¿Dos mil doscientas? —dijo el hombre, mientras Danny cerraba en silencio la puerta a su espalda.

Danny dedicó los días siguientes a instalarse en The Boltons, aunque pensaba que jamás se sentiría a gusto en Kensington. Hasta que conoció a Molly.

Molly Murphy procedía del condado de Cork^[11], y Danny tardó un tiempo en entenderla cuando hablaba. Debía de medir treinta centímetros menos que Danny, y era tan delgada que se preguntó si tendría fuerzas para trabajar más de un par de horas al día. No tenía ni idea de cuál era su edad, aunque parecía más joven que su madre y mayor que Beth. Sus primeras palabras fueron:

—Cobro cinco libras por hora, en metálico. No quiero pagar impuestos a esos hijos de puta ingleses —añadió con firmeza, después de averiguar que *sir* Nicholas procedía del norte de la frontera—, y si cree que no estoy a la altura de sus exigencias, me iré al terminar la semana.

Danny vigiló a Molly los dos primeros días, pero pronto tuvo claro que había sido forjada en el mismo horno que su madre. Al final de la semana podía sentarse en cualquier sitio sin levantar una nube de polvo, entrar en el baño sin ver ninguna mancha de agua y abrir la nevera para sacar algo sin peligro de morir envenenado.

Al final de la segunda semana, Molly había empezado a preparar las comidas, así como a lavar y planchar su ropa. Al llegar la tercera semana, se preguntó cómo había sobrevivido hasta entonces sin ella.

La dedicación de Molly permitió a Danny concentrarse en otras cosas. El señor Munro había escrito para informarle de que había interpuesto una demanda contra su tío. El abogado de Hugo había dejado que pasaran los veintiún días legalmente permitidos antes de acusar recibo.

El señor Munro advertía a *sir* Nicholas de que Galbraith tenía fama de no actuar con prisas, pero le aseguraba que seguiría acosándole siempre que se presentara la oportunidad. Danny se preguntó cuánto le costaría este acoso. Lo descubrió cuando pasó la página. Adjunta a la carta de Munro había una factura de cuatro mil libras, que cubrían todo el trabajo del abogado desde el funeral, incluida la presentación de la demanda.

Danny consultó su estado de cuentas, que había llegado, acompañado de la tarjeta de crédito, con el correo de la mañana. Cuatro mil libras significarían una gran pérdida en su cuenta; se preguntó cuánto tiempo sobreviviría antes de tener que arrojar la toalla. Podía ser un tópico, pero esa expresión le recordó tiempos más felices en Bow.

Durante la semana anterior, Danny había comprado un ordenador portátil y una impresora, un marco de foto plateado, varios archivadores, diversos bolígrafos, lápices y gomas de borrar, así como una gran cantidad de folios. Ya había empezado a reunir una base de datos sobre los tres hombres responsables de la muerte de Bernie, y había dedicado casi todo el primer mes a entrar todo cuanto sabía sobre Spencer

Craig, Gerald Payne y Lawrence Davenport. No era gran cosa, pero Nick le había enseñado que es más fácil aprobar exámenes si has llevado a cabo una investigación adecuada. Estaba a punto de iniciar la investigación, cuando recibió la factura de Munro, lo cual le recordó al instante que sus fondos estaban menguando. Después, se acordó del sobre. Había llegado el momento de solicitar una segunda opinión.

Cogió Tifie Times (que Molly traía cada mañana) y buscó un artículo que había visto en las páginas de Arte. Un coleccionista estadounidense había comprado un Klimt por cincuenta y un millones de libras en una subasta celebrada en un lugar llamado Sothebys.

Danny abrió el ordenador portátil y buscó «Klimt» en Google. Descubrió que era un pintor simbolista austríaco, que vivió entre 1862 y 1918. Después, concentró su atención en Sotheby's, que resultó ser una casa de subastas especializada en arte de calidad, antigüedades, libros, joyas y otros objetos de coleccionista. Después de varios clics del ratón, descubrió que entre los objetos de los coleccionistas se incluían los sellos. Quienes deseaban asesoramiento podían llamar a Sotheby's o acudir a sus oficinas de New Bond Street.

Danny pensó que los pillaría por sorpresa, pero no ese día, porque iba al teatro, aunque no a ver la obra. La obra no era lo importante.

Danny nunca había ido a un teatro del West End, sin contar aquella vez, cuando Beth cumplió veintiún años, en la que fue a ver *Los Miserables* en el Palace Theatre. No lo pasó muy bien, y pensó que nunca más vería otro musical.

Había telefoneado al Garrick el día anterior con el fin de reservar una butaca para una representación matinal de *La importancia de llamarse Ernesto*. Le habían dicho que recogiera su entrada en la taquilla quince minutos antes de que se levantara el telón. Danny llegó un poco pronto, y descubrió que el teatro estaba casi desierto. Recogió su entrada, compró un programa y, con la ayuda de un acomodador, fue a la platea, donde localizó su asiento al final de la fila H. Solo había un puñado de personas.

Abrió el programa y leyó por primera vez que la obra de Oscar Wilde había sido un éxito fulminante en 1895, cuando se representó por primera vez en el St. James's Theatre de Londres. No paraba de levantarse para dejar pasar a la gente que tenía asiento en la fila H, ahora que un torrente de espectadores empezaba a entrar en el teatro.

Cuando las luces se apagaron, el Garrick estaba casi lleno; la mayoría de asientos parecían ocupados por jovencitas. Cuando subió el telón, Danny no vio a Lawrence Davenport, pero no tuvo que esperar mucho, porque hizo su entrada unos momentos después. Un rostro que jamás olvidaría. Una o dos personas se pusieron a aplaudir de inmediato. Davenport hizo una pausa antes de declamar la primera frase, como si fuera lo mínimo que esperara.

Danny estuvo tentado de lanzarse en tromba sobre el escenario y decir al público qué tipo de hombre era en realidad Davenport, y lo que había ocurrido en el Dunlop Arms la noche en la que su héroe se quedó mirando cómo Spencer Craig asesinaba a puñaladas a su mejor amigo. De qué manera tan diferente se había comportado en el callejón; no tenía nada que ver con el hombre altivo y seguro de sí mismo que ahora encarnaba. En aquella ocasión, había interpretado con mucha más convicción el papel de un cobarde.

Como las jovencitas del público, los ojos de Danny no se apartaban de Davenport. A medida que avanzaba la función, quedó claro que, si había algún espejo en el que admirarse, Davenport lo descubriría. Cuando cayó el telón para el descanso, Danny pensó que ya había visto lo suficiente a Lawrence Davenport para saber que le sentarían de maravilla algunas matinales en la cárcel. Danny habría regresado a The Boltons y habría actualizado su expediente, de no haber descubierto con sorpresa lo mucho que le gustaba la obra.

Siguió a la multitud hasta el bar abarrotado y esperó en una larga cola, mientras el único camarero intentaba servir a todos los clientes. Por fin, Danny desistió y decidió aprovechar el tiempo para leer el programa y averiguar más cosas sobre Oscar Wilde. Ojalá hubiera formado parte del programa de estudios de bachillerato. Le distrajo una conversación a voz en grito entre dos chicas que estaban en una esquina de la barra.

—¿Qué opinas de Larry? —preguntó la primera.

—Es maravilloso —fue la respuesta—. Es una pena que sea gay.

—Pero ¿te gusta la obra?

—Oh, sí. Volveré la noche de la última representación.

—¿Cómo has conseguido entradas?

—Un operario del escenario vive en nuestra calle.

—¿Significa eso que irás a la fiesta de después?

—Solo si accedo a salir con él esa noche.

—¿Crees que conocerás a Larry?

Es el único motivo de que haya accedido a ir con él. Sonó tres veces un timbre y varios espectadores terminaron sus bebidas a toda prisa antes de volver a la sala y tomar asiento. Danny les siguió.

Cuando el telón volvió a levantarse, Danny se quedó tan absorbido por la obra que casi olvidó el verdadero motivo que le había llevado al teatro. Mientras las chicas seguían con toda su atención concentrada en el doctor Beresford, Danny esperaba averiguar cuál de los dos hombres sería Ernesto.

Cuando cayó el telón y la compañía saludó, el público se puso en pie, chillando y gritando, como Beth había hecho aquella noche, pero los chillidos eran distintos. Solo consiguió reforzar la determinación de Danny de que aquellos admiradores debían descubrir la verdad sobre su ídolo de barro.

Cuando el telón cayó por última vez, la multitud salió del teatro. Algunos se dirigieron hacia la entrada de artistas, pero Danny volvió a la taquilla. El encargado

de la taquilla sonrió.

—¿Le ha gustado?

—Sí, gracias. ¿No le quedará por casualidad una entrada para la noche de la última representación?

—Temo que no, señor. Está todo vendido.

—¿Ni una sola? —preguntó Danny esperanzado—. No me importa dónde esté. El hombre consultó la pantalla y estudió la distribución de asientos para el último día.

—Tengo un único asiento en la fila W.

—Me la quedo —dijo Danny, y le entregó la tarjeta de crédito—. ¿Eso me permite acudir a la fiesta de después?

—No, me temo que no —respondió el hombre con una sonrisa—. Eso es solo por invitación. —Pasó la tarjeta de Danny—. *Sir Nicholas Moncrieff* —leyó, y le miró con más detenimiento.

—Sí, exacto —confirmó Danny.

El empleado imprimió una entrada, sacó un sobre de debajo del mostrador e introdujo la entrada dentro.

Danny siguió leyendo el programa en el metro de vuelta a South Kensington, y después de devorar cada palabra sobre Oscar Wilde y leer sobre las demás obras que había escrito, abrió el sobre para echar un vistazo a la entrada. C9. Tenía que ser una equivocación. Miró dentro del sobre y extrajo una tarjeta que rezaba:

EL TEATRO GARRICK

Le invita a la fiesta de final de temporada de

La importancia de llamarse Ernesto en el Dorchester

Sábado, 14 de septiembre de 2002

Admisión solo con entrada

Desde las 11 de la noche hasta Dios sabe cuándo

Danny comprendió de repente la importancia de llamarse Nicholas.

—**I**nterésate. Muy interesante —dijo el señor Blundell, mientras dejaba la lupa sobre la mesa y sonreía a su cliente en ciernes.

—¿Cuánto vale? —preguntó Nick.

—No tengo ni idea —admitió Blundell.

—Pero me dijeron que usted es uno de los principales expertos de esta especialidad.

—Y me gusta pensar que lo soy —contestó Blundell—, pero en treinta años en el negocio jamás me había encontrado con algo semejante. —Levantó de nuevo la lupa, se agachó y estudió el sobre con más detenimiento—. El sello en sí no tiene nada de extraordinario, pero que el matasellos coincida con la ceremonia de inauguración es mucho más raro. Y que el sobre esté dirigido al barón de Coubertin...

—El fundador de los Juegos Olímpicos modernos —dijo Danny—. Debe de ser todavía más raro.

—Si no único —afirmó Blundell. Pasó de nuevo la lupa por encima del sobre—. Es muy difícil adjudicarle un valor.

—¿Podría hacer un cálculo aproximado? —preguntó Danny esperanzado.

—Si un marchante comprara el sobre, yo diría que entre dos mil doscientas y dos mil quinientas. Si fuera un coleccionista, tal vez hasta tres mil. Pero si dos coleccionistas se lo disputan, ¿quién sabe? Permítame ofrecerle un ejemplo, *sir* Nicholas. El año pasado, un óleo titulado Visión de Fiammetta, de Dante Gabriel Rossetti, se subastó aquí en Sotheby's. Calculamos que obtendría entre dos millones y medio y tres millones de libras, en el mejor de los casos, y la verdad es que todos los marchantes famosos ya habían desistido antes de llegar al máximo calculado. Sin embargo, debido a que Andrew Lloyd Webber y Elizabeth Rothschild deseaban añadir el cuadro a sus colecciones respectivas, al final se subastó por nueve millones de libras, más del doble del récord anterior de Rossetti.

—¿Está insinuando que este sobre podría venderse por el doble de su valor?

—No, *sir* Nicholas. Solo estoy diciendo que no tengo ni idea de por cuánto podría venderse.

—Pero ¿puede conseguir que Andrew Lloyd Webber y Elizabeth Rothschild asistan a la subasta? —preguntó Danny.

Blundell agachó la cabeza, por temor a que *sir* Nicholas se diera cuenta de que su pregunta le había divertido.

—No —dijo—, no tengo motivos para creer que lord Lloyd Webber o Elizabeth Rothschild estén interesados en los sellos. Sin embargo, si decide sacar su sobre en la próxima subasta, saldría en el catálogo, que sería enviado a los principales coleccionistas del mundo.

—¿Cuándo será la próxima subasta de sellos? —preguntó Danny.

—El 16 de septiembre —contestó Blundell—. Dentro de poco más de seis

semanas.

—¿Tanto? —se sorprendió Danny, que había supuesto que podría vender el sobre en cuestión de días.

—Aún estamos preparando el catálogo, y lo enviamos a los clientes dos semanas antes de la subasta, como mínimo.

Danny pensó en su anterior encuentro con el señor Prendergast en Stanley Gibbons, que le había ofrecido dos mil doscientas libras por el sobre, y probablemente habría llegado hasta dos mil quinientas. Si aceptaba su oferta, no tendría que esperar otras seis semanas. El último estado de cuentas bancario de Nick indicaba que solo le quedaban mil novecientas dieciocho libras, de modo que quizá estaría en números rojos el 16 de septiembre, sin la menor perspectiva de futuros ingresos.

Blundell no metió prisas a *sir* Nicholas, que estaba meditando seriamente sobre el asunto; además, si era el nieto de... podría ser el principio de una larga y fructífera relación. Danny sabía por cuál de las dos opciones se habría decantado Nick. Habría aceptado la primera oferta de dos mil doscientas libras del señor Prendergast, habría regresado a Coutts y habría ingresado el dinero de inmediato. Eso ayudó a Danny a tomar una decisión. Recogió el sobre y lo entregó al señor Blundell.

—Dejaré en sus manos encontrar a dos personas que quieran el sobre.

—Haré lo que pueda —dijo Blundell—. Cuando se acerque el momento, *sir* Nicholas, me encargaré de que le envíen un catálogo, junto con una invitación a la subasta. Permítame añadir que siempre disfruté mucho ayudando a su abuelo a reunir su magnífica colección.

—¿Su magnífica colección? —repitió Danny.

—Si deseara continuar dicha colección, o vender una parte, estaría encantado de ofrecerle mis servicios.

—Gracias —dijo Danny—. Seguiremos en contacto.

Se fue de Sotheby's sin decir nada más. No podía correr el riesgo de formular al señor Blundell preguntas cuyas respuestas debería saber. Pero ¿cómo iba a averiguar algo más sobre la magnífica colección de *sir* Alexander?

En cuanto Danny salió a Bond Street se arrepintió de no haber aceptado la oferta del señor Prendergast, porque aunque el sobre alcanzara las seis mil libras, no sería suficiente para cubrir los gastos de una prolongada batalla legal contra Hugo Moncrieff, y si conseguía llegar a un acuerdo con respecto a la demanda antes de que los gastos se descontrolaran, aún le quedaría suficiente dinero para sobrevivir algunas semanas más, mientras buscaba trabajo. Pero por desgracia, *sir* Nicholas Moncrieff no estaba cualificado para trabajar de mecánico en un taller de reparaciones del East End. De hecho, Danny estaba empezando a preguntarse para qué estaba cualificado.

Danny recorrió Bond Street hasta llegar a Piccadilly. Pensó en el significado, si lo tenía, de las palabras de Blundell sobre «la magnífica colección de su abuelo». No reparó en que alguien le estaba siguiendo. Pero claro, era un profesional.

Hugo descolgó el teléfono.

—Acaba de salir de Sotheby's y está en una parada de autobús de Piccadilly.

—Por tanto, se estará quedando sin fondos —dijo Hugo—. ¿Para qué fue a Sotheby's?

—Dejó un sobre al señor Blundell, el jefe del departamento de filatelia. Se subastará dentro de seis semanas.

—¿Qué había en el sobre? —preguntó Hugo.

—Un sello emitido para conmemorar los primeros Juegos Olímpicos modernos. El valor, calculado por Blundell, está entre dos mil y dos mil quinientas libras.

—¿Cuándo se subasta?

—El 16 de septiembre.

—Tendré que estar presente —afirmó Hugo, y colgó.

—Qué raro que tu padre permitiera que uno de sus sellos se pusiera a la venta. A menos... —dijo Margaret, mientras doblaba su servilleta.

—No te sigo, cariño. ¿A menos que qué? —preguntó Hugo.

—Tu padre dedica su vida a reunir una de las mejores colecciones de sellos del mundo, que no solo desaparece el día de su fallecimiento, sino que ni siquiera se menciona en su testamento. Peto lo que sí se menciona son una llave y un sobre, que deja a Nick.

—No estoy seguro de adónde quieres ir a parar, cariño.

—Está claro que la llave y el sobre están relacionados de alguna manera —dijo Margaret.

—¿Por qué lo crees?

—Porque creo que el sello carece de importancia.

—Pero dos mil libras significarían mucho dinero para Nick en su situación actual.

—Pero no para tu padre. Sospecho que el nombre y la dirección del sobre son mucho más importantes, porque nos conducirían hasta la colección.

—Pero seguimos sin tener la llave —objetó Hugo.

—La llave será de escasa importancia si consigues demostrar que eres el heredero legítimo de la fortuna de los Moncrieff.

Danny subió a un autobús en dirección a Notting Hill Gate, con la esperanza de llegar puntual a su entrevista mensual con la agente de libertad condicional. Otros diez minutos, y habría tenido que tomar un taxi. La señorita Bennett había escrito para anunciarle que había sucedido algo importante. Aquellas palabras le pusieron nervioso, aunque Danny sabía que, si hubieran descubierto quién era en realidad, no le habrían informado mediante una carta de su agente de la condicional, sino que habría despertado en plena noche y habría descubierto que la casa estaba rodeada por la policía.

Si bien se sentía cada vez más seguro en su nueva personalidad, no pasaba ni un día en que no recordara que era un preso fugitivo. Cualquier cosa podía delatarle: una segunda mirada, un comentario malinterpretado, una pregunta casual a la que no supiera contestar. ¿Quién fue su director en Loretto? ¿A qué universidad de Sandhurst fue? ¿De qué equipo de rugby es seguidor?

Dos hombres bajaron del autobús cuando paró en Notting Hill Gate. Uno de ellos empezó a correr hacia la oficina de libertad condicional del barrio. El otro le siguió de cerca, pero no entró en el edificio. Aunque Danny se presentó en recepción con dos minutos de antelación, aún tuvo que esperar otros veinte minutos a que la señorita Bennett quedara libre para recibirle.

Danny entró en un despacho pequeño y espartano, sin cortinas, y que solo contenía una mesa y dos sillas y una alfombra raída que habría quedado huérfana en una venta ambulante. No era mucho mejor que su celda de Belmarsh.

—¿Cómo está, Moncrieff? —preguntó la señorita Bennett, cuando se sentó frente a ella en la silla de plástico. No dijo ni «sir Nicholas», ni «señor»; solo «Moncrieff».

Compórtate como Nick, piensa como Danny.

—Estoy bien, gracias, señorita Bennett. ¿Y usted?

La mujer no contestó, sino que se limitó a abrir una carpeta que tenía delante, en la que apareció una lista de preguntas que debían ser contestadas por todos los expresidarios una vez al mes, mientras estaban en libertad condicional.

—Solo quiero ponerme al día —empezó la mujer—. ¿Ha conseguido encontrar trabajo de profesor? Danny había olvidado que Nick deseaba regresar a Escocia y dar clases una vez le pusieran en libertad.

—No —contestó Danny—. Resolver mis problemas familiares se está alargando más de lo que había previsto.

—¿Problemas familiares? —repitió la señorita Bennett. Esa no era la respuesta que había esperado. Problemas familiares significaba peligro—. ¿Desea hablar de dichos problemas?

—No, gracias, señorita Bennett —dijo Danny—. Solo estoy intentando solucionar lo del testamento de mi abuelo. No tiene de qué preocuparse.

—Yo decidiré eso —replicó con brusquedad la señorita Bennett—. ¿Significa eso que tiene dificultades económicas?

—No, señorita Bennett.

—¿Ha encontrado trabajo ya? —preguntó la mujer, volviendo a su lista de preguntas.

—No, pero espero encontrar trabajo en un futuro próximo.

—De profesor, supongo.

—Eso espero —dijo Danny.

—Bien, si le resulta difícil, tal vez lo que debería hacer es pensar en otro empleo.

—¿Por ejemplo?

—Bien, veo que fue bibliotecario en la cárcel.

—Me lo pensaré, desde luego —dijo Danny, confiando en obtener otra cruz en la casilla.

—¿Vive en algún sitio, o se hospeda en una pensión?

—Tengo donde vivir.

—¿Con su familia?

—No tengo familia.

Una señal, una cruz, un signo de interrogación. La mujer continuó.

—¿Vive de alquiler, o está en casa de algún amigo?

—Vivo en mi casa.

La señorita Bennett compuso una expresión de perplejidad. Nadie le había dado esa respuesta hasta el momento. Se decidió por una señal.

—Debo hacerle una pregunta más. Durante el mes pasado, ¿ha sentido la tentación de volver a cometer el mismo delito por el que le enviaron a la cárcel?

Sí, me he sentido tentado de matar a Lawrence Davenport, quiso decir Danny.

—No, señorita Bennett —contestó Danny—. No.

—Eso es todo por ahora, señor Moncrieff. Nos veremos dentro de un mes. No vacile en ponerse en contacto conmigo si cree que puedo serle de ayuda.

—Muchas gracias —dijo Danny—, pero decía en su carta que había algo importante...

—¿Sí? —dijo la señorita Bennett, mientras cerraba la carpeta y dejaba al descubierto un sobre—. Ah, sí, tiene razón.

Le entregó una carta dirigida a: «N. A. Moncrieff, Departamento de Educación, HMP Belmarsh». Danny empezó a leer una carta de la Junta de Matriculación de Gran Bretaña dirigida a Nick, y descubrió lo que la señorita Bennett consideraba importante.

Los resultados de sus exámenes de grado superior son los siguientes:

Empresariales A+

Matemáticas A

Danny se puso en pie de un salto y agitó el puño en el aire como si estuviera en Upton Park y el West Ham hubiera marcado el gol de la victoria contra el Arsenal. La señorita Bennett no estaba segura de si felicitar a Moncrieff o pulsar el botón que había debajo del escritorio para llamar al personal de seguridad.

—Si todavía tiene la intención de licenciarse, Moncrieff —dijo, cuando los pies

de Danny tocaron el suelo—, será un placer ayudarle a solicitar una beca.

Hugo Moncrieff estudió el catálogo de Sotheby's durante un rato considerable. Tuvo que darle la razón a Margaret, solo podía ser el lote 37: «Un peculiar sobre con la primera edición de un sello que conmemora la inauguración de los Juegos Olímpicos modernos, dirigido al fundador de los Juegos, barón Pierre de Coubertin; valor estimado entre 2200 y 2500 libras».

—Tal vez debería ir uno de los días de exposición y echar un vistazo —dijo.

—No harás nada por el estilo —se negó Margaret con firmeza—. Eso solo serviría para poner sobre aviso a Nick y hasta podría llegar a la conclusión de que no es el sello lo que nos interesa.

—Pero si fuera a Londres el día antes de la subasta y averiguara la dirección del sobre, sabríamos dónde está la colección, sin tener que gastar dinero en comprarlo.

—Pero entonces no tendríamos la tarjeta de visita.

—Creo que no te sigo, cariño.

—Puede que no estemos en posesión de la llave, pero si el único hijo superviviente de tu padre aparece con el sobre y con el testamento nuevo, tenemos una posibilidad de convencer a quien custodie la colección en su nombre de que tú eres el legítimo heredero.

—Pero es posible que Nick acuda a la subasta.

—Si para entonces no ha descubierto que lo importante no es el sello, sino la dirección, será demasiado tarde para que pueda hacer algo al respecto. Da gracias a una cosa, Hugo.

—¿Cuál, cariño?

—Nick no piensa como su abuelo.

Danny abrió el catálogo una vez más. Buscó el lote 37 y estudió el texto con más detenimiento. Le complació la detallada descripción de su sobre, aunque se sintió algo decepcionado porque, al contrario que en el caso de varios de los demás objetos, no la acompañara una fotografía.

Empezó a leer las condiciones de la subasta y se quedó horrorizado al descubrir que Sotheby's deducía el diez por ciento del valor de subasta al vendedor y cargaba un veinte por ciento más al comprador. Si terminaba con solo mil ochocientas libras, habría sido más provechoso vender el sobre a Stanley Gibbons, cosa que Nick habría hecho.

Danny cerró el catálogo y devolvió su atención a la única otra carta que había recibido aquella mañana: un folleto y una instancia de la Universidad de Londres para solicitar matricularse en una carrera. Dedicó cierto tiempo a meditar las diferentes opciones. Por fin, fue a la sección de solicitudes de becas, consciente de que si

cumplía la promesa hecha a Nick y a Beth, su estilo de vida experimentaría un cambio considerable.

La cuenta corriente de Nick había descendido a setecientas dieciséis libras, sin aportar ninguna suma en la columna de entradas desde que había salido en libertad. Temía que su primer sacrificio tendría que ser Molly, en cuyo caso la casa no tardaría en volver al estado en el que la había encontrado cuando abrió por primera vez la puerta principal.

Danny había evitado llamar al señor Munro para conocer los progresos de su batalla contra tío Hugo, por temor a que solo diera como resultado una nueva factura. Se reclinó en el asiento y pensó en la razón de que hubiera deseado ocupar el lugar de Nick. Big Al le había convencido de que, si podía escapar, todo era posible. Estaba descubriendo a marchas forzadas que un hombre sin un penique, que trabaja solo, no está en disposición de enfrentarse a tres profesionales de éxito, aunque ellos piensen que está muerto y olvidado. Pensó en los planes que había comenzado a trazar, empezando por asistir aquella noche a la última representación de *La importancia de llamarse Ernesto*. Su auténtico propósito se cumpliría después de que cayera el telón, cuando asistiera a la fiesta y se encontrara cara a cara con Lawrence Davenport por primera vez.

Danny se levantó de su asiento y se sumó al público que aplaudía puesto en pie; de no haberlo hecho habría sido una de las escasas personas que aún continuaban sentadas en el teatro. Esta segunda vez había disfrutado aún más de la obra, pero tal vez porque había tenido la oportunidad de leerla.

Estar sentado en la tercera fila, entre familiares y amigos de la compañía, fue motivo de más satisfacción todavía. A un lado tenía al director artístico, y a la esposa del productor al otro. Le invitaron a ir a tomar una copa con ellos durante el descanso. Escuchó cómo hablaban de teatro, aunque pocas veces se sintió lo bastante seguro para dar su opinión. Al parecer, daba igual, pues cada uno mantenía puntos de vista inflexibles sobre todo, desde la interpretación de Davenport hasta por qué se representaban tantos musicales en el West End. Por lo visto, Danny solo tenía una cosa en común con la gente de la farándula: ninguno de ellos parecía saber cuál sería su siguiente trabajo.

Después de que Davenport hubiera salido a saludar en incontables ocasiones, el público fue desalojando poco a poco el teatro. Como la noche era despejada, Danny decidió ir a pie al Dorchester. El ejercicio le sentaría bien; además, no podía permitirse gastar en un taxi.

Empezó a caminar hacia Piccadilly Circus, cuando una voz detrás de él dijo: «¿*Sir Nicholas*?». Se volvió y vio al encargado de la taquilla, que le saludaba con una mano, mientras con la otra mantenía abierta la puerta de un taxi.

—Si va a la fiesta, ¿por qué no viene con nosotros?

—Gracias —dijo Danny.

Subió al taxi y vio a dos mujeres jóvenes sentadas en el asiento de atrás.

—Este es *sir Nicholas Moncrieff* dijo el encargado de la taquilla, mientras abatía un asiento y se sentaba ante ellos.

—Nick —insistió Danny, al tiempo que se sentaba en el otro asiento plegable.

—Nick, te presento a mi novia, Charlotte. Trabaja en atrezo. Y esta es Katie, que es suplente. Yo soy Paul.

—¿A quién suples? —preguntó Nick a Katie.

—A Eve Best, que interpreta a Gwendolen.

—Pero esta noche no —dijo Danny.

—No —admitió Katie, al tiempo que cruzaba las piernas—. En realidad, solo he actuado una vez en toda la temporada. Una matinal, cuando Eve tuvo un compromiso con la BBC.

—¿No es un poco frustrante? —preguntó Danny.

—Ya lo creo, pero es peor estar sin trabajo.

—Todos los suplentes viven con la esperanza de que les descubrirán cuando el protagonista se sienta indispuerto —dijo Paul—. Albert Finney sustituyó a Larry Olivier cuando interpretaba a Coriolano en el Stratford, y se convirtió en una estrella

de la noche a la mañana.

—Bien, eso no pasó la tarde que estuve en el escenario —se lamentó Katie—. ¿A qué te dedicas tú, Nick?

Danny no contestó de inmediato, en parte porque hasta entonces nadie le había hecho esa pregunta, salvo la agente de libertad condicional.

—Era soldado —dijo.

—Mi hermano es soldado —dijo Charlotte—. Me preocupa que puedan enviarlo a Irak. ¿Has estado destinado allí? Danny intentó recordar las anotaciones pertinentes de los diarios de Nick.

—Dos veces —contestó—. Pero eso fue ya hace mucho tiempo —añadió.

Katie sonrió a Danny mientras el taxista paraba ante el Dorchester. Recordaba muy bien a la última chica que le había mirado así. Danny fue el último en bajar del taxi. Se oyó decir: «Yo pago», esperando que la respuesta de Paul fuera: «De ninguna manera».

—Gracias, Nick —dijo Paul, mientras Charlotte y él caminaban hacia el hotel.

Danny sacó el billetero y se desprendió de otras diez libras que apenas podía permitirse. Una cosa era segura, esa noche volvería a casa a pie. Katie se rezagó y esperó a Nick.

—Paul ha dicho que esta es la segunda vez que ves la obra —observó la joven, mientras se dirigían al hotel.

—Vine por si te tocaba interpretar a Gwendolen —dijo Danny con una sonrisa.

Ella sonrió y le besó en la mejilla. Otra cosa que Danny no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

—Eres un amor, Nick —dijo Katie, mientras tomaba su mano y le guiaba hasta la sala de baile.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Danny, que casi tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la multitud.

—Tres meses de teatro de repertorio con la English Touring Company.

—¿Suplente otra vez?

—No, no pueden permitirse suplentes mientras están de gira. Si alguien cae enfermo, el vendedor de programas le sustituye. Será mi oportunidad de pisar el escenario, y tu oportunidad de ir a verme.

—¿Dónde actuarás? —preguntó Danny.

—Tú eliges: Newcastle, Sheffield, Birmingham, Cambridge o Bromley.

—Creo que tendrá que ser Bromley —señaló Danny, mientras el camarero les ofrecía champán.

Paseó la vista por la sala abarrotada. Daba la impresión de que todo el mundo hablaba a la vez. Los que no estaban bebiendo champán se desplazaban sin cesar de una persona a otra, con la esperanza de impresionar a directores, productores y agentes en una búsqueda incesante del siguiente trabajo.

Danny soltó la mano de Katie cuando recordó que, al igual que los actores en

paro, había ido allí con un propósito. Escudriñó detenidamente la sala en busca de Lawrence Davenport, pero no vio ni rastro de él. Danny supuso que haría su aparición más tarde.

—¿Ya te has cansado de mí? —preguntó Katie, mientras se apoderaba de otra copa de champán de un camarero que pasaba.

—No —repuso Danny de manera poco convincente. Un hombre joven se unió a ellos.

—Hola, Katie —dijo, y la besó en la mejilla—. ¿Ya tienes nuevo trabajo, o estás descansando?

Danny cogió una salchicha de una bandeja, pensando que aquella noche no comería nada más. Inspeccionó de nuevo la sala en busca de Davenport. Sus ojos se posaron en un hombre cuya presencia tendría que haber previsto. Estaba en el centro de la sala, charlando con un par de chicas que estaban pendientes de todas y cada una de sus palabras. No era tan alto como Danny recordaba de su último encuentro, pero claro, había sido en un callejón mal iluminado, y su único interés en aquel momento era salvar la vida de Bernie.

Danny decidió examinarle más de cerca. Avanzó un paso hacia él, y luego otro, hasta reducir distancias. Spencer Craig le miró. Danny se quedó paralizado, pero después se dio cuenta de que Craig estaba mirando por encima de su hombro, seguramente a otra chica.

Danny miró al hombre que no solo había asesinado a su mejor amigo sino que pensaba que se había librado.

—No mientras yo viva —dijo, en voz lo bastante alta para que Craig casi le oyera.

Avanzó otro paso, envalentonado por la falta de interés de Craig. Otro paso, y un hombre del grupo de Craig, que daba la espalda a Danny, se volvió instintivamente para ver quién estaba invadiendo su territorio. Danny miró a Gerald Payne. Había engordado tanto desde el juicio, que Danny tardó unos segundos en reconocerlo. Payne se volvió, desinteresado. Incluso cuando subió al estrado apenas miró a Danny, sin duda como parte de la táctica aconsejada por Craig.

Danny se sirvió un *blini* de salmón ahumado mientras escuchaba la conversación de Craig con las dos chicas. Estaba recreándose con una frase, sin duda bien ensayada, acerca de que la sala de un tribunal se parecía bastante al teatro, salvo porque nunca sabes cuándo caerá el telón. Ambas chicas rieron.

—Muy cierto —dijo Danny en voz alta.

Tanto Craig como Payne le miraron, pero sin reconocerle, pese a que le habían visto en el banquillo tan solo dos años atrás, pero en aquella ocasión llevaba el pelo mucho más corto, iba sin afeitarse y vestido con ropa de presidiario. De todos modos, ¿por qué iban a pensar en Danny Cartwright? Al fin y al cabo, estaba muerto y enterrado.

—¿Cómo te va, Nick?

Danny se volvió y vio a Paul a su lado.

—Muy bien, gracias —dijo Danny—. Mejor de lo que esperaba —añadió sin más explicaciones. Danny se acercó un paso más a Craig y a Payne para que pudieran oír su voz, pero nada parecía distraerles de su conversación con las dos chicas.

Estallaron aplausos en la sala, y todas las cabezas se volvieron para contemplar la aparición de Lawrence Davenport. Sonrió y saludó como si estuviera ante la realeza. Atravesó con parsimonia la sala, mientras recibía aplausos y alabanzas a cada paso que daba. Danny recordó la inolvidable frase de Scott Fitzgerald: «Mientras el actor bailaba, no pudo localizar espejos, de modo que echó la cabeza hacia atrás para admirar su imagen en las arañas».

—¿Te gustaría conocerle? —preguntó Paul, que se había fijado en que Danny no le quitaba los ojos de encima.

—Sí —dijo Danny, intrigado por descubrir si el actor le trataría con la misma indiferencia que los demás Mosqueteros.

—Sígueme.

Empezaron a avanzar poco a poco a través de la atestada sala de baile, pero antes de que llegaran a Davenport, Danny paró de repente. Miró a la mujer con la que estaba hablando el actor. Estaba claro que eran íntimos.

—Qué hermosura —dijo Danny.

—Sí, es un tío guapo —reconoció Paul, pero antes de que Danny pudiera corregirle, añadió—: Larry, quiero presentarte a un amigo mío, Nick Moncrieff.

Davenport no se molestó en estrechar la mano a Danny. Era un rostro más entre la multitud que solicitaba audiencia. Danny sonrió a la novia de Davenport.

—Hola —dijo ella—. Soy Sarah.

—Nick. Nick Moncrieff —contestó—. Tú debes de ser actriz.

—No, algo mucho menos glamuroso. Soy abogada.

—No pareces abogada —dijo Danny.

Sarah no contestó. Estaba claro que ya había oído en otras ocasiones aquella aburrida respuesta.

—¿Tú eres actor? —preguntó.

—Seré lo que tú quieras que sea —replicó Danny, y esta vez ella sonrió.

—Hola, Sarah —dijo otro joven, al tiempo que rodeaba su cintura con el brazo—. Eres sin la menor duda la mujer más atractiva de la sala. —La besó en ambas mejillas. Sarah rio.

—Me sentiría halagada, Charlie, si no supiera que es mi hermano quien te gusta en realidad, no yo.

—¿Eres la hermana de Lawrence Davenport? —preguntó Danny con incredulidad.

—Alguien tenía que serlo —dijo Sarah—, pero he aprendido a vivir con esa carga.

—¿Y tu amigo? —preguntó Charlie, sonriendo a Danny.

—No lo creo —dijo Sarah—. Nick, te presento a Charlie Duncan, el productor de la obra.

—Qué pena —se lamentó Charlie, y devolvió su atención a los jóvenes que rodeaban a Davenport.

—Creo que le gustas —opinó Sarah.

—Pero yo no... —empezó Danny.

—Ya me he dado cuenta —dijo Sarah con una sonrisa. Danny continuó flirteando con Sarah, consciente de que ya no tenía que perder el tiempo con Davenport, puesto que su hermana le contaría todo cuanto necesitara saber.

—Tal vez podríamos... —sugirió Danny, cuando otra voz intervino.

—Hola, Sarah, me estaba preguntando si...

—Hola, Spencer —dijo ella con frialdad—. ¿Conoces a Nick Moncrieff?

—No —contestó el hombre, y después de un apretón de manos superficial, continuó su conversación con Sarah—. Venía hacia aquí para decirle a Larry lo brillante que ha estado, cuando te he visto.

—Bien, aquí lo tienes —dijo Sarah.

—Pero también confiaba en poder hablar contigo.

—Estaba a punto de marcharme —anunció Sarah, y consultó su reloj.

—Pero la fiesta acaba de empezar. ¿No puedes quedarte un poco más?

—Temo que no, Spencer. Tengo que repasar unos documentos antes de redactar un informe.

—Es que confiaba en...

—Igual que en la última ocasión en la que nos vimos.

—Creo que nos separamos con mal pie.

—Creo recordar que fue con mala mano —dijo Sarah, y le dio la espalda—. Lo siento, Nick. Algunos hombres no saben aceptar un no por respuesta, mientras que otros... —Le dedicó una cálida sonrisa—. Espero que volvamos a vernos.

—¿Cómo...? —empezó Danny, pero Sarah ya había recorrido la mitad de la sala de baile.

Ese era el tipo de mujer convencida de que, si quieres localizarla, lo conseguirás. Danny se volvió y vio que Craig lo estaba mirando fijamente.

—Me alegro de que hayas venido, Spencer —dijo Davenport—. ¿He estado bien esta noche?

—Mejor que nunca —le alabó Craig.

Danny pensó que había llegado el momento de irse. Ya no necesitaba hablar con Davenport, y al igual que Sarah, también tenía que preparar una reunión. Tenía la intención de estar muy despierto cuando el subastador anunciara la puja inicial por el lote 37.

—Hola, forastero. ¿Dónde te habías metido?

—Me he encontrado con un viejo enemigo —respondió Danny—. ¿Y tú?

—La pandilla habitual. Muy aburrido —dijo Katie—. Ya estoy harta de la fiesta.

¿Y tú?

—Iba a marcharme.

—Buena idea —opinó Katie, y le tomó la mano—. ¿Por qué no desaparecemos juntos?

Atravesaron la sala de baile y se encaminaron hacia las puertas giratorias. En cuanto Katie salió a la calle, paró un taxi.

—¿Adónde, señorita?

—¿Adónde vamos? —preguntó Kate a Nick.

—The Boltons, 12.

—Muy bien, jefe —dijo el taxista. Esa palabra trajo malos recuerdos a Danny.

Danny aún no se había sentado cuando notó una mano sobre el muslo. Con el otro brazo, Katie le rodeó el cuello y lo atrajo hacia ella.

—Estoy harta de ser suplente —se sinceró—. Para variar, voy a tomar la iniciativa. Se inclinó hacia él y lo besó.

Cuando el taxi paró delante de casa de Nick, quedaban pocos botones por desabrochar. Katie saltó del taxi y subió corriendo por el camino de entrada, mientras Danny pagaba el segundo taxi de la noche.

—Ojalá tuviera su edad —comentó el taxista.

Danny rio y se reunió con Katie ante la puerta principal. Tardó un rato en introducir la llave en la cerradura, y cuando entraron dando tumbos en el vestíbulo, ella le quitó la chaqueta. Dejaron un rastro de ropa desde la puerta principal hasta el dormitorio. Ella le arrastró hacia la cama y le empujó encima de ella. Otra cosa que Danny no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Danny saltó del autobús y empezó a caminar por Bond Street. Vio una bandera azul que ondeaba en la brisa, exhibiendo en oro el nombre Sotheby's.

Danny nunca había asistido a una subasta, y empezaba a pensar que habría sido preferible haber ido a una o dos antes de perder la virginidad. El portero uniformado le saludó cuando entró, como si fuera un cliente habitual capaz de gastarse varios millones sin pestañear en un pintor impresionista de segunda fila.

—¿Dónde se celebra la subasta filatélica? —preguntó Danny a la mujer de recepción.

—Subiendo la escalera —dijo, y señaló a su derecha—, la primera puerta. No tiene pérdida. ¿Quiere una paleta? —preguntó. Danny no estaba seguro de a qué se refería—. ¿Va a pujar?

—No —dijo Danny—. A cobrar, espero.

Danny subió la escalera y entró en una amplia sala, bien iluminada, donde había media docena de personas. No estuvo seguro de haber entrado donde debía hasta que vio al señor Blundell hablando con un hombre que vestía un mono verde. La sala estaba llena de hileras e hileras de sillas, aunque solo algunas estaban ocupadas. En la parte de delante, donde se encontraba Blundell, había un podio circular brillante, desde donde supuso que se llevaría a cabo la subasta. Detrás, en la pared, había una pantalla grande que anunciaba los tipos de cambio de diversas divisas, para que los postores extranjeros supieran cuánto iban a pagar, mientras que en el lado derecho de la sala había una fila de teléfonos blancos sobre una larga mesa, separados entre sí por una distancia prudencial.

Danny se quedó al fondo de la sala, mientras entraba más gente y se sentaba. Decidió tomar asiento en el extremo de la última fila, para poder vigilar a todos los que pujaban, así como al subastador. Se sentía más espectador que participante. Danny pasó las páginas del catálogo, aunque ya lo había leído varias veces. Su único interés residía en el lote 37, pero observó que el lote 36, un sello rojo de cuatro peniques del Cabo de Buena Esperanza de 1861 tenía un valor mínimo de cuarenta mil libras y un máximo de sesenta mil, lo cual lo convertía en el lote más caro de la sala.

Levantó la vista y vio al señor Prendergast, de Stanley Gibbons, que entraba en la sala y se reunía con un pequeño grupo de marchantes, que susurraban entre ellos al fondo. Danny empezó a relajarse cuando más y más personas provistas de paletas entraron y ocuparon su asiento. Consultó su reloj (el que el abuelo de Nick le había regalado al cumplir veintiún años); faltaban diez minutos para las diez. Reparó en que un hombre que debía de pesar más de ciento cincuenta kilos entraba anadeando en la sala, con un gran puro sin encender en la mano derecha. Recorrió el pasillo lentamente hasta sentarse en el extremo de la quinta fila, que parecía estar reservado para él.

Cuando Blundell vio al hombre (era difícil que pasara inadvertido), abandonó el grupo con el que estaba y fue a saludarle. Ante la sorpresa de Danny, ambos se volvieron y miraron en su dirección. Blundell levantó el catálogo a modo de saludo y Danny asintió. El hombre del puro sonrió como si reconociera a Danny, y después continuó hablando con el subastador.

Los clientes habituales empezaron a ocupar rápidamente los asientos tan solo momentos antes de que Blundell volviera a la parte delantera de la sala de subastas. Subió la media docena de peldaños del podio, sonrió a sus clientes en ciernes, llenó un vaso de agua y consultó el reloj de pared. Luego dio unos golpecitos en el micrófono.

—Buenos días, damas y caballeros —dijo—. Bienvenidos a nuestra subasta bianual de sellos raros. Lote número uno. Una imagen ampliada del sello exhibido en el catálogo apareció en la pantalla que tenía al lado.

—Hoy empezamos con un sello negro de un penique, fechado en 1841, en estado casi perfecto. ¿Ve una puja inicial de mil libras? —Un marchante del pequeño grupo de Prendergast levantó su paleta—. ¿Mil doscientas?

Esto produjo la reacción inmediata de un postor de la tercera fila, el cual, seis pujas más tarde, acabó adquiriendo el sello por mil ochocientas libras.

Danny estaba encantado de que el negro de un penique se hubiera vendido por un precio mucho más elevado del estimado, pero a medida que se iban subastando lotes, los precios alcanzados le parecieron incoherentes. Para Danny, era inexplicable que algunos excedieran el valor estimado, mientras otros no llegaban siquiera al mínimo, después de lo cual el subastador decía en voz baja: «No se vende». Danny no quiso pensar en las consecuencias de un «no se vende» cuando llegara el lote 37.

De vez en cuando, Danny miraba al hombre del puro, pero este no había pujado por ningún lote. Confió en que estuviera interesado por el sobre de De Coubertin, de no ser así ¿por qué le habría señalado Blundell?

Cuando el subastador llegó al lote 35, una serie de sellos de la Commonwealth que se liquidó en menos de medio minuto por mil libras, Danny estaba muy nervioso. El lote 36 provocó un rumor de conversaciones, lo cual impulsó a Danny a consultar de nuevo el catálogo; se trataba del sello rojo de cuatro peniques del Cabo de Buena Esperanza de 1861, uno de los únicos seis conocidos en el mundo.

Blundell abrió la puja en treinta mil libras, y después de que algunos marchantes y coleccionistas de segunda desistieran, los únicos dos postores parecían ser el hombre del puro y una anónima postora telefónica. Danny no dejó de mirar al hombre del puro. Aunque no parecía estar pujando, cuando Blundell recibió por fin una negativa de la mujer del teléfono, se volvió hacia él.

—Vendido al señor Hunsacker por setenta y cinco mil libras —dijo.

El hombre sonrió y se quitó el puro de la boca. Danny estaba tan absorto en la guerra de pujas, que se llevó una sorpresa cuando Blundell anunció:

—Lote número treinta y siete, un sobre único con una primera edición de 1896 de

un sello emitido por el gobierno francés para celebrar la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos modernos. El sobre está dirigido al fundador de los Juegos, el barón Pierre de Coubertin. ¿Ve una puja inicial de mil libras?

Danny se llevó una decepción al ver que Blundell había empezado la puja con una cantidad tan baja, pero entonces varias personas levantaron sus paletas.

—¿Mil quinientas? Casi las mismas.

—¿Dos mil? No tantas.

—¿Dos mil quinientas?

El señor Hunsacker se llevó el puro apagado a la boca.

—¿Tres mil?

Danny torció el cuello y paseó la vista por la sala, pero no vio de dónde procedía la puja.

—¿Tres mil quinientas? El puro siguió en la boca.

—Cuatro mil. Cuatro mil quinientas. Cinco mil. Cinco mil quinientas. Seis mil. Hunsacker se quitó el puro de la boca y frunció el ceño.

—Vendido al caballero de la primera fila por seis mil libras —dijo el subastador, mientras golpeaba la mesa con el martillo—. Lote treinta y ocho, un raro ejemplar de...

Danny intentó ver quién estaba sentado en la primera fila, pero no pudo discernir quién había comprado su sobre. Quería darle las gracias por triplicar el precio de salida. Alguien le dio un golpecito en el hombro, se volvió y vio al hombre del puro a su lado.

—Me llamo Gene Hunsacker —se presentó, en voz casi tan alta como la del subastador—. Si es tan amable de venir a tomar un café conmigo, *sir* Nicholas, es posible que podamos hablar de algo que nos interesa a ambos. Soy de Texas —dijo, al tiempo que estrechaba la mano de Danny—, lo cual no creo que le sorprenda, ya que nos conocimos en Washington. Tuve el honor de conocer a su abuelo —añadió, mientras salían de la sala y bajaban juntos la escalera.

Danny no dijo ni una palabra. Nunca des cuartel, había aprendido desde que suplantaba a Nick. Cuando llegaron a la planta baja, Hunsacker le guió hasta el restaurante y se encaminaron a una mesa que estaba a su derecha.

—Dos cafés —dijo a un camarero que pasaba, sin dejar elegir a Nick—. Bien, *sir* Nicholas, estoy perplejo.

—¿Perplejo? —preguntó Danny, que hablaba por primera vez.

—No puedo entender por qué ha dejado que el Coubertin saliera a subasta, y después ha permitido que su tío me ganara. A menos que usted y él estén conchabados, para obligarme a pujar más alto.

—Mi tío y yo no nos hablamos —dijo Danny, eligiendo las palabras con cautela.

—Eso es algo que tiene en común con su fallecido abuelo —confirmó Hunsacker.

—¿Era usted amigo de mi abuelo? —preguntó Danny.

—Considerarme su amigo sería presuntuoso —señaló el texano—. Alumno y

seguidor estaría más cerca de la verdad. En una ocasión me quitó de las manos un raro sello azul de dos peniques, en 1977, cuando yo todavía era un coleccionista principiante, pero aprendí rápido de él y, para ser justos, era un profesor generoso. La prensa siempre dice que poseo la mejor colección de sellos del mundo, pero eso no es cierto. Ese honor corresponde a su abuelo. —Hunsacker bebió su café—. Hace muchos años, me confió que legaría la colección a su nieto, pero a ninguno de sus hijos.

—Mi padre ha muerto —dijo Danny. Hunsacker le miró sorprendido.

—Lo sé. Estuve en su funeral. Creo que usted me vio.

—Así es —reconoció Danny, y recordó la descripción de Nick del «descomunal norteamericano» en su diario—, pero solo me dejaron hablar con mi abogado —añadió a toda prisa.

—Sí, lo sé —dijo Hunsacker—, pero conseguí hablar con su tío y le informé de que estaría dispuesto a comprar si usted deseaba deshacerse de la colección alguna vez. Prometió que nos mantendríamos en contacto. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que él no la había heredado, y de que su abuelo debió de cumplir su palabra y dejarle la colección a usted. De modo que, cuando el señor Blundell me telefoneó para decirme que usted había sacado a la venta el Coubertin, crucé el charco con la esperanza de que nos reuniéramos.

—Ni siquiera sé dónde está la colección —admitió Danny.

—Tal vez eso explica por qué Hugo estaba dispuesto a pagar tanto por su sobre —dijo el texano—, porque los sellos no le interesan en absoluto. Ahí lo tiene.

Hunsacker señaló con el puro a un hombre que se hallaba ante el mostrador de recepción. Así que ese es el tío Hugo, pensó Danny, al tiempo que lo examinaba con detenimiento. Le tenía intrigado por qué le interesaba el sobre hasta el punto de pagar el triple de su valor estimado. Danny vio que Hugo entregaba un cheque al señor Blundell, quien le dio el sobre a cambio.

—Eres un idiota —masculló Danny, al tiempo que se levantaba repentinamente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Hunsacker, y el puro se le cayó de la boca.

—Yo, no usted —se apresuró a decir Danny—. Lo he tenido delante de las narices durante los dos últimos meses. Es la dirección lo que le interesa, no el sobre, porque ahí es donde está la colección de *sir* Alexander.

Gene parecía estupefacto. ¿Por qué Nick se refería a su abuelo como *sir* Alexander?

—Debo irme, señor Hunsacker. Discúlpeme. Jamás habría tenido que vender el sobre.

—Ojalá supiera de qué demonios está usted hablando —admitió Hunsacker, mientras sacaba la cartera de un bolsillo interior. Le dio una tarjeta a Danny—. Si alguna vez decide vender la colección, al menos concédame la primera opción. Le ofrecería un precio justo sin la deducción del diez por ciento.

—Ni el recargo del veinte por ciento —dijo Danny con una sonrisa.

—De tal palo tal astilla —concluyó Gene—. Su abuelo era un caballero brillante y lleno de recursos, al contrario que su tío Hugo, como estoy seguro de que usted ya sabrá.

—Adiós, señor Hunsacker —se despidió Danny, mientras guardaba la tarjeta en la cartera de Nick.

Sus ojos no se habían apartado ni un momento de Hugo Moncrieff, que acababa de guardar el sobre en un maletín. Atravesó el vestíbulo y se reunió con una mujer en la que Danny no había reparado hasta ese momento. Enlazó su brazo con el de él y ambos salieron del edificio a toda prisa.

Danny esperó unos segundos antes de seguirles. En cuanto pisó Bond Street, miró a derecha e izquierda; cuando los divisó se quedó sorprendido de la distancia que ya habían recorrido. Estaba claro que tenían mucha prisa. Doblaron a la derecha después de dejar atrás la estatua de Churchill y Roosevelt sentados en un banco, y luego a la izquierda cuando llegaron a Albemarle Street, donde cruzaron la calle y caminaron unos metros más, antes de desaparecer en el interior del hotel Brown.

Danny paseó unos momentos delante del hotel mientras meditaba sobre sus opciones. Sabía que si le veían pensarían que era Nick. Entró en el edificio con cautela, pero no vio ni rastro de ellos en el vestíbulo. Danny se sentó en una silla medio oculta por una columna, pero desde la que podía ver nítidamente tanto los ascensores como la recepción. No prestó atención al hombre que acababa de sentarse al otro lado del vestíbulo.

Danny esperó otra media hora, y empezó a preguntarse si los habría perdido. Estaba a punto de levantarse y preguntar en recepción cuando las puertas del ascensor se abrieron y Hugo y la mujer salieron, cargados con dos maletas. Se dirigieron a recepción, donde la mujer pagó la cuenta antes de salir del hotel a toda prisa por una puerta diferente. Danny corrió a la calle y vio que subían al asiento trasero de un taxi negro. Paró al siguiente de la fila.

—Siga a ese taxi —gritó, incluso antes de cerrar la puerta.

—He esperado toda mi vida a que alguien dijera eso —respondió el taxista, mientras se alejaba del bordillo.

El taxi de delante giró a la derecha al final de la calle y se dirigió hacia Hyde Park Corner, atravesó el paso a desnivel y siguió Brompton Road en dirección a la Westway.

—Parece que se dirigen al aeropuerto —señaló el taxista. Veinte minutos después, se demostró que estaba en lo cierto. Cuando los dos taxis salieron del paso inferior de Heathrow el conductor de Danny dijo:

—Terminal dos. Por lo tanto, deben volar a alguna ciudad de Europa.

Los dos taxis se detuvieron ante la entrada. El taxímetro marcaba treinta y cuatro libras con cincuenta. Danny le dio cuarenta, pero se quedó en el taxi hasta que Hugo y la mujer hubieron desaparecido en el ulterior de la terminal.

Les siguió y vio que hacían cola con los pasajeros de clase preferente. La pantalla

que había sobre el mostrador anunciaba BA0732 Ginebra, 13.55.

—Idiota —masculló Danny de nuevo al recordar la dirección del sobre.

Pero ¿cuál era la dirección exacta de Ginebra? Consultó su reloj. Aún le quedaba tiempo para comprar un billete y tomar el avión. Corrió hacia el mostrador de ventas de British Airways, donde tuvo que hacer cola un rato.

—¿Le queda algún billete para el avión de las 13.55 a Ginebra? —preguntó a la empleada.

—¿Tiene equipaje, señor?

—No —contestó Danny. La mujer consultó el ordenador.

—Aún están embarcando, de modo que debería llegar a tiempo. ¿Preferente o turista?

—Turista.

—¿Ventanilla o pasillo?

—Ventanilla.

—Serán doscientas diecisiete libras, señor.

—Gracias —dijo Danny, y le dio la tarjeta de crédito.

—¿Puedo ver su pasaporte, señor?

Danny no había visto un pasaporte en su vida.

—¿Mi pasaporte?

—Sí, señor, su pasaporte.

—Creo que lo he dejado en casa.

—En ese caso, temo que no llegará a tiempo de tomar el avión, señor.

—Idiota, idiota —dijo Danny.

—¿Perdón?

—Lo siento muchísimo —dijo Danny—. Yo, no usted —repitió. La mujer sonrió.

Danny dio media vuelta y atravesó lentamente la explanada, desolado. No reparó en que Hugo y la mujer salían por la puerta señalizada «Embarque, solo pasajeros», pero sí lo hizo otra persona, que había estado vigilando a la pareja y a Danny.

Hugo pulsó el botón verde de su móvil justo cuando el sistema de megafonía anunciaba:

—Última llamada para los pasajeros con destino a Ginebra en el vuelo BA0732. Se ruega acudan a la puerta diecinueve.

—Les siguió desde Sotheby's hasta su hotel, y desde el hotel a Heathrow.

—¿Viaja en el mismo vuelo que nosotros? —preguntó Hugo.

—No, no llevaba encima el pasaporte.

—Típico de Nick. ¿Dónde está ahora?

—Camino de Londres, de modo que le llevan una ventaja de veinticuatro horas, como mínimo.

—Confiemos en que sea suficiente, pero no le pierda de vista ni un momento.

Hugo desconectó el teléfono, mientras Margaret y él dejaban sus asientos para subir al avión.

—¿Ha encontrado otra herencia, *sir* Nicholas? —preguntó esperanzado el señor Blundell.

—No, pero necesito saber si tiene una copia del sobre de esta mañana —dijo Danny.

—Sí, por supuesto —contestó Blundell—. Nos quedamos una fotografía de cada objeto vendido en subasta, por si surgiera alguna disputa con posterioridad.

—¿Sería posible verla? —preguntó Danny.

—¿Hay algún problema? —se extrañó Blundell.

—No —contestó Danny—. Desearía comprobar la dirección del sobre.

—Por supuesto —repitió Blundell.

Pulsó algunas teclas del ordenador, y un momento después apareció una imagen del sobre en la pantalla. Giró la pantalla para que Danny pudiera verla.

Barón de Coubertin
25 rué de la Croix-Rouge
Genéve
La Suisse

Danny copió el nombre y la dirección.

—¿Sabe por casualidad si el barón de Coubertin era un buen coleccionista de sellos? —preguntó Danny.

—No que yo sepa —señaló Blundell—, pero su hijo fue el fundador de uno de los bancos más prósperos de Europa.

—Idiota —dijo Danny—. Idiota —repitió, cuando se disponía a marcharse.

—Confío, *sir* Nicholas, en que no esté disgustado con el resultado de la venta de esta mañana. Danny se volvió.

—No, por supuesto que no, señor Blundell, le ruego que me disculpe. Sí, gracias.

Otro de esos momentos en los que tendría que haberse comportado como Nick, y solo haber pensado como Danny.

Lo primero que hizo Danny cuando volvió a The Boltons fue buscar el pasaporte de Nick. Molly sabía exactamente dónde estaba.

—Por cierto —añadió—, ha llamado un tal señor Fraser Munro y ha dicho que le telefonara.

Danny fue al estudio, llamó a Munro y le contó todo cuanto había pasado aquella mañana. El viejo abogado escuchó a su cliente sin hacer comentarios.

—Me alegro de que haya llamado —dijo por fin—, porque tengo noticias para usted, si bien sería imprudente comentarlas por teléfono. Me estaba preguntando cuándo piensa volver a Escocia.

—Podría coger el tren de la noche —calculó Danny.

—Estupendo, y tal vez sería prudente que esta vez llevara el pasaporte encima.

—¿Para ir a Escocia? —preguntó Danny.

—No, *sir* Nicholas. Para ir a Ginebra.

La secretaria del presidente acompañó a los señores Moncrieff hasta la sala de juntas.

—El presidente se reunirá con ustedes dentro de un momento —dijo—. ¿Les apetece un té o un café mientras esperan?

—No, gracias —dijo Margaret, mientras su marido empezaba a pasear por la sala.

La mujer se sentó en una de las dieciséis sillas Charles Rennie Mackintosh^[12] dispuestas alrededor de la larga mesa de roble, con las que habría debido sentirse como en casa. Las paredes estaban pintadas de un azul claro Wedgwood^[13], con retratos al óleo de cuerpo entero de antiguos presidentes, colgados en todos los espacios libres, lo cual transmitía una impresión de estabilidad y riqueza. Margaret no dijo nada hasta que la secretaria abandonó la sala y cerró la puerta.

—Cálmate, Hugo. Lo último que necesitamos es que el presidente crea que no estamos seguros de tu reclamación. Ven a sentarte.

—No pasa nada, cariño —dijo Hugo, mientras continuaba caminando arriba y abajo—, pero no olvides que nuestro futuro depende del resultado de este encuentro.

—Razón de más para que te comportes de manera serena y racional. Debes aparentar que has venido a reclamar lo que te corresponde por derecho —le advirtió Margaret. En ese momento la puerta del fondo de la sala se abrió.

Un caballero de edad avanzada entró en la estancia. Aunque iba encorvado y utilizaba un bastón de plata, imponía tanta autoridad que nadie habría dudado de que era el presidente.

—Buenos días, señor y señora Moncrieff —saludó, y estrechó la mano de ambos—. Me llamo Pierre de Coubertin, y es un placer conocerles —añadió. Su inglés no revelaba el menor acento. Se sentó a la cabecera de la mesa, debajo del retrato de un caballero anciano del cual, excepto por su poblado bigote gris, era la viva imagen—. ¿En qué puedo servirles?

—Es bastante sencillo, en realidad —respondió Hugo—. He venido a reclamar la herencia que me dejó mi padre. Ni un destello de reconocimiento pasó por la cara del presidente.

—¿Puedo preguntar cómo se llamaba su padre? —inquirió.

—*Sir* Alexander Moncrieff.

—¿Por qué cree que su padre mantenía relaciones comerciales con mi banco?

—No era un secreto para la familia —afirmó Hugo—. Nos habló en diversas ocasiones, tanto a mi hermano Angus como a mí, de su larga relación con este banco, donde, entre otras cosas, se custodia su incomparable colección de sellos.

—¿Tiene pruebas que sustenten esta reclamación?

—No —dijo Hugo—. Mi padre creyó imprudente dejar por escrito estos asuntos, teniendo en cuenta las leyes fiscales de nuestro país, pero me aseguró que usted

estaba enterado de sus deseos.

—Entiendo —dijo De Coubertin—. ¿Tal vez le proporcionó un número de cuenta?

—No —contestó Hugo, que empezaba a mostrar cierta impaciencia—. Pero el abogado de la familia me ha informado de mis derechos, y me ha asegurado que, como heredero único de mi padre tras la muerte de mi hermano, usted está obligado a entregarme lo que es legalmente mío.

Puede que así sea —admitió De Coubertin—, pero debo preguntarle si se halla en posesión de documentos que apoyen su reclamación.

—Sí —dijo Hugo, y dejó su maletín sobre la mesa. Lo abrió y extrajo el sobre que había comprado en Sotheby's el día anterior. Lo empujó hacia el otro lado de la mesa—. Esto me lo legó mi padre.

De Coubertin dedicó un buen rato a estudiar el sobre dirigido a su abuelo.

—Fascinante —reconoció—, pero esto no demuestra que su padre tuviera una cuenta en este banco. Tal vez lo más prudente en este momento sea comprobar que tal era el caso. Les ruego que me disculpen un momento.

El anciano se levantó con parsimonia, inclinó la cabeza y salió de la sala sin añadir ni una palabra más.

—Sabe muy bien que tu padre hacía negocios con este banco —dijo Margaret—, pero por algún motivo está ganando tiempo.

—Buenos días, *sir* Nicholas —saludó Fraser Munro, al tiempo que se levantaba de la mesa—. Confío en que haya gozado de un agradable viaje.

—Habría sido más agradable de no ser dolorosamente consciente de que mi tío se encuentra en este momento en Ginebra, intentando robar mi herencia.

—Por mi experiencia con los banqueros suizos, no le quepa la menor duda de que no toman decisiones precipitadas —respondió Munro—. Llegaremos a Ginebra a tiempo. De momento, debemos afrontar problemas más urgentes que acaban de surgir.

—¿Se trata del asunto que no quiso comentar por teléfono? —preguntó Danny.

—Precisamente —dijo Munro—, y temo que no soy portador de buenas nuevas. Su tío afirma ahora que su abuelo hizo un segundo testamento, pocas semanas antes de su fallecimiento, en el cual le desheredaba a usted y dejaba todas sus posesiones a su padre.

—¿Tiene una copia de dicho testamento? —preguntó Danny.

—Sí —contestó Munro—, pero no me quedé satisfecho con el facsímil que me mandaron, de modo que viajé a Edimburgo para visitar al señor Desmond Galbraith en su bufete, y así poder inspeccionar el original.

—¿Y a qué conclusión llegó? —preguntó Danny.

—Lo primero que hice fue comparar la firma de su abuelo con la del primer

testamento.

—¿Y? —dijo Danny, procurando disimular su angustia.

—No me dejó convencido, pero si se trata de una falsificación, es excelente —contestó Munro—. Tras una breve inspección, no encontré el menor defecto ni en el papel ni en la cinta, que daban la impresión de ser de la misma época del primer testamento.

—¿La situación puede empeorar todavía más?

—Me temo que sí —dijo Munro—. El señor Galbraith también habló de una carta enviada por su abuelo al padre de usted poco antes de morir.

—¿Le permitieron verla?

—Sí. Estaba mecanografiada, lo cual me sorprendió, porque su abuelo siempre escribía las cartas a mano. Desconfiaba de las máquinas. Describía la máquina de escribir como una invención moderna que supondría la muerte de la caligrafía.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Danny.

—Que su abuelo había decidido desheredarle, y que por tanto había redactado un nuevo testamento, en el cual se lo dejaba todo a su padre. Muy inteligente.

—¿Inteligente?

—Sí. Si hubiera dividido las propiedades entre sus dos hijos habría parecido sospechoso, porque demasiada gente sabía que él y su tío no se hablaban desde hacía años...

—Pero entonces —reflexionó Danny—, tío Hugo se lo queda todo, porque mi padre le legó todas sus propiedades. Pero usted ha utilizado la palabra «inteligente». ¿Significa eso que duda de que mi abuelo escribiera esa carta?

—Desde luego —afirmó Munro—, y no solo porque estaba mecanografiada. Estaba escrita en dos hojas del papel personal de su abuelo, que reconocí de inmediato, pero por algún motivo inexplicable la primera hoja estaba mecanografiada, mientras que la segunda estaba escrita a mano, con las únicas palabras: «Estos son mis deseos y confío en ambos para que sean cumplidos al pie de la letra, tu padre que te quiere, Alexander Moncrieff». La primera página, la mecanografiada, detallaba esos deseos, mientras que la segunda no solo estaba escrita a mano, sino que era idéntica, hasta la última palabra, a una que iba adjunta al primer testamento. Menuda coincidencia.

—Pero eso no será prueba suficiente...

—Temo que no —dijo Munro—. Aunque tengamos todos los motivos para creer que la carta es una falsificación, los hechos son que está escrita en el papel personal de su abuelo, que la máquina de escribir es de la época correcta y que la letra de la segunda página es sin la menor duda de su abuelo. Dudo que haya un tribunal en todo el país que aceptara nuestra reclamación. Y para colmo —continuó Munro—, su tío presentó ayer contra nosotros una denuncia por violación de la propiedad ajena.

—¿Violación de la propiedad ajena? —preguntó Danny.

—No satisfecho con que el nuevo testamento le declare legítimo heredero, tanto

de la finca de Escocia como de la casa de The Boltons, también exige que desaloje esta última en un plazo de treinta días, o recibirá un mandato judicial exigiendo un alquiler acorde con propiedades similares de la zona, con efecto retroactivo al día en el que usted procedió a ocuparla.

—De modo que lo he perdido todo —dijo Danny.

—No exactamente —le tranquilizó Munro—. Si bien admito que la situación parece un tanto delicada en el frente interior, en lo tocante a Ginebra usted todavía tiene la llave. Supongo que el banco se resistirá a entregar cualquier cosa que perteneciera a su abuelo a alguien incapaz de entregar esa llave. —Hizo una pausa—. Y de una cosa estoy seguro. Si su abuelo se hubiera encontrado en esta tesitura, no se habría achantado.

—Ni yo —afirmó Danny—, si contara con los recursos económicos necesarios para aplastar a Hugo. Pese a la venta del sobre de ayer, será cuestión de semanas que mi tío pueda añadir una demanda por bancarrota a la larga lista de acciones judiciales de las que ya nos estamos defendiendo.

El señor Munro sonrió por primera vez aquella mañana.

—Ya había previsto este problema, *sir* Nicholas, y ayer por la tarde mis socios y yo hablamos de lo que debíamos hacer con respecto a su situación actual. —Tosió—. Llegamos a la opinión unánime de que debíamos romper con una de nuestras costumbres más arraigadas, y no presentar más facturas hasta que el proceso haya culminado de manera satisfactoria.

—Pero si perdemos el caso en los tribunales, y permítame asegurarle, señor Munro, que tengo cierta experiencia en estos asuntos, acabaría en deuda perpetua con ustedes.

—Si fracasáramos —replicó Munro—, no se presentarían facturas, porque esta firma siempre estará en deuda con su abuelo.

El presidente regresó pocos minutos después, y volvió a sentarse ante sus supuestos clientes. Sonrió.

—Señor Moncrieff —empezó—, he podido confirmar que *sir* Alexander había efectuado algunos negocios por mediación de este banco. Ahora, tenemos que intentar confirmar su reclamación de que es el único heredero de sus bienes.

—Puedo aportar todos los documentos que necesite —dijo Hugo, muy seguro de sí mismo.

—En primer lugar, debo preguntarle si se encuentra en posesión de un pasaporte, señor Moncrieff.

—Sí —contestó Hugo, que abrió el maletín, extrajo su pasaporte y lo tendió al banquero.

De Coubertin fue a la última página y estudió la fotografía un momento, antes de devolver el pasaporte a Hugo.

—¿Tiene el certificado de defunción de su padre? —preguntó.

—Sí —afirmó Hugo, y sacó un segundo documento del maletín, que empujó sobre la mesa.

Esta vez, el presidente estudió el documento con algo más de detenimiento; finalmente asintió y se lo devolvió.

—¿Tiene también el certificado de defunción de su hermano? —Preguntó. Hugo se lo dio. Una vez más, De Coubertin estudió el documento con parsimonia antes de devolvérselo—. También necesitaré ver el testamento de su hermano, con el fin de confirmar que le legó el grueso de su patrimonio.

Hugo le entregó el testamento y puso otra marca en la larga lista que Galbraith le había preparado. De Coubertin guardó silencio un rato, mientras estudiaba el testamento de Angus Moncrieff.

—Parece que todo está en orden —dijo por fin—. Pero lo más importante de todo, ¿se encuentra en posesión del testamento de su padre?

—No solo me hallo en disposición de entregarle sus últimas voluntades —aseveró Hugo—, firmadas y fechadas seis semanas antes de su fallecimiento, sino que también estoy en posesión de una carta que escribió a mi hermano Angus y a mí, adjunta a ese testamento.

Hugo deslizó ambos documentos sobre la mesa, pero De Coubertin no hizo el menor intento para estudiarlos.

—Y por fin, señor Moncrieff, debo preguntarle si había una llave entre los bienes de su padre.

Hugo vaciló.

—Por supuesto que la había —intervino Margaret por primera vez—, pero por desgracia se ha extraviado, aunque la he visto muchas veces en el transcurso de los años. Es muy pequeña, de plata y, si no recuerdo mal, tiene un número grabado.

—¿Y por casualidad recuerda ese número, señora Moncrieff? —preguntó el presidente.

—Por desgracia no —admitió al fin Margaret.

—En tal caso, estoy seguro de que serán conscientes de la difícil situación del banco —dijo De Coubertin—. Como pueden imaginar, sin la llave nos encontramos en una posición incómoda. Sin embargo —añadió, antes de que Margaret pudiera interrumpirle—, pediré a uno de nuestros expertos que estudie el testamento, una práctica común en tales circunstancias, como sin duda sabrán. Si él considera que es auténtico, les entregaremos las posesiones que retenemos en nombre de *sir* Alexander.

—Pero ¿cuánto tiempo tardará? —preguntó Hugo, consciente de que Nick pronto deduciría dónde estaban, y qué estaban tramando.

—Un día, un día y medio a lo sumo —dijo el presidente.

—¿Cuándo debemos volver? —preguntó Margaret.

—Por precaución, digamos mañana a las tres de la tarde.

—Gracias —dijo Margaret—. Hasta mañana, entonces.

Mientras De Coubertin acompañaba a los señores Moncrieff hasta la puerta principal del banco se limitó a hablar del tiempo.

—Le he reservado un vuelo de British Airways en clase preferente a Barcelona —dijo Beth—. Saldrá de Heathrow el domingo por la noche, y se alojará en el hotel Arts. —Entregó a su jefe una carpeta que contenía todos los documentos necesarios para el viaje, incluso los nombres de varios restaurantes recomendados y una guía de la ciudad—. El congreso se inaugura a las nueve de la mañana con un discurso del presidente internacional, Dick Sherwood. Usted estará sentado en la tribuna junto con los demás siete VIP. La organización ha pedido que esté en su sitio a las nueve menos cuarto.

—¿La sede del congreso está muy lejos del hotel? —preguntó el señor Thomas.

—Al otro lado de la calle —dijo Beth—. ¿Necesita saber algo más?

—Solo una cosa —contestó Thomas—. ¿Le gustaría acompañarme en este viaje? Beth se quedó sorprendida, algo que Thomas no lograba muy a menudo.

—Siempre he deseado ir a Barcelona —admitió.

—Bien, pues ahora tiene la oportunidad —dijo Thomas, y le dedicó una sonrisa afectuosa.

—Pero ¿tendría suficiente trabajo durante mi estancia? —preguntó Beth.

—Para empezar, podría encargarse de que esté sentado en mi sitio a tiempo el lunes por la mañana. —Beth no contestó—. Confiaba en que podría relajarse un poco, para variar —añadió Thomas—. Podríamos ir a la ópera, visitar la colección Thyssen, estudiar la etapa inicial de Picasso, ver el lugar de nacimiento de Miró, y me han dicho que la comida...

«¿No te das cuenta de que le gustas al señor Thomas?». Las palabras de Danny acudieron a su mente e hicieron que Beth sonriera.

—Es usted muy amable, señor Thomas, pero creo que lo más prudente será que me quede aquí y vigile que todo funcione como una seda durante su ausencia.

—Beth —dijo Thomas, al tiempo que se reclinaba en el asiento y se cruzaba de brazos—, es usted una mujer hermosa e inteligente. ¿No cree que a Danny le gustaría que se divirtiera de vez en cuando? Bien sabe Dios que se lo ha ganado a pulso.

—Es usted muy considerado, señor Thomas, pero aún no estoy preparada para pensar en...

—Lo comprendo —dijo Thomas—, por supuesto. En cualquier caso, me conformaré con esperar a que esté preparada. No sé qué tenía Danny, pero aún no he calculado el recargo que hay que pagar para asegurarse contra ello.

Beth rio.

—Es como la ópera, las galerías de arte y los mejores vinos reunidos en una sola cosa —contestó—, y ni siquiera entonces empezaría a conocer a Danny Cartwright.

—Bien, no es mi intención rendirme —dijo Thomas—. Es posible que pueda volver a tentarla el año que viene, cuando se celebre el congreso anual en Roma y me llegue el turno de ser presidente.

—Caravaggio —suspiró Beth.

—¿Caravaggio? —repitió Thomas, perplejo.

—Danny y yo queríamos pasar nuestra luna de miel en Saint Tropez, hasta que su compañero de celda, Nick Moncrieff, le inició en Caravaggio. De hecho, una de las últimas cosas que Danny me prometió antes de morir. —Beth nunca conseguía pronunciar la palabra «suicidarse»— fue que me llevaría a Roma, para conocer también al *signor* Caravaggio.

—No tengo ni la menor oportunidad, ¿verdad? —preguntó Thomas. Beth no contestó.

Danny y el señor Munro aterrizaron en el aeropuerto de Ginebra aquella noche. En cuanto pasaron la aduana, Danny fue a buscar un taxi. El breve trayecto hasta la ciudad acabó cuando el taxista frenó ante el hotel Les Armeurs, situado en la ciudad vieja, cerca de la catedral: su recomendación personal.

Munro había llamado a De Coubertin antes de salir de la oficina. El presidente del banco había accedido a recibirles a las diez de la mañana siguiente. Danny estaba empezando a pensar que el anciano se lo estaba pasando en grande.

Mientras cenaban, el señor Munro (Danny no pensó ni por un momento en llamarle Fraser) repasó con *sir* Nicholas la lista de documentos que, sin duda, necesitarían para su entrevista de la mañana.

—¿Nos hemos dejado algo? —preguntó Danny.

—Por supuesto que no —dijo Munro—, si se ha acordado de traer la llave, claro está.

Hugo descolgó el teléfono de la mesilla de noche.

—¿Si?

—Tomó el tren de la noche a Edimburgo, y después se desplazó a Dunbroath —dijo una voz.

—Con el fin de ver a Munro, sin duda.

—En su despacho a las diez de esta mañana.

—¿Después volvió a Londres?

—No, Munro y él salieron del despacho juntos, fueron en coche al aeropuerto y tomaron un vuelo de British Airways. Tendrían que haber aterrizado hace una hora.

—¿Iba usted en el mismo vuelo?

—No —dijo la voz.

—¿Por qué? —preguntó con brusquedad Hugo.

—No llevaba encima el pasaporte.

Hugo colgó el teléfono y miró a su esposa, que se había dormido. Decidió no despertarla.

Danny estaba despierto, meditando sobre su precaria situación. Lejos de vencer a sus enemigos, daba la impresión de que solo se granjeaba otros nuevos, capaces de obligarle a hincar la rodilla.

Se levantó temprano, se duchó, se vistió y bajó al comedor a desayunar. Encontró a Munro sentado a una mesa del rincón, con un montón de documentos al lado. Dedicaron los siguientes cuarenta minutos a repasar las preguntas que De Coubertin formularía, en opinión de Munro. Danny dejó de escuchar a su abogado cuando otro huésped entró en la sala y fue a sentarse junto a la ventana que dominaba la catedral. Debía de dar por sentado que aquel sitio le estaba reservado.

—Si De Coubertin le hace preguntas, *sir* Nicholas, ¿cómo contestará? —preguntó Munro.

—Creo que el principal coleccionista de sellos del mundo ha decidido desayunar con nosotros —susurró Danny.

—¿Debo deducir de sus palabras que el señor Gene Hunsacker se encuentra aquí?

—El mismo. No creo que sea una coincidencia que esté en Ginebra al mismo tiempo que nosotros.

—Desde luego —convino Munro—. También debe de saber que su tío está en Ginebra.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Danny.

—De momento, poca cosa —dijo Munro—. Hunsacker dará vueltas como un buitre hasta que descubra cuál de ustedes dos ha sido designado legítimo heredero de la colección, y solo entonces se lanzará en picado.

—Está un poco obeso para ser un buitre —observó Danny—, pero entiendo lo que dice. ¿Qué le contesto si empieza a hacerme preguntas?

—No diga nada hasta después de nuestra entrevista con De Coubertin.

—Pero Hunsacker fue muy cordial y servicial la última vez que nos vimos, y era evidente que Hugo le caía mal y prefería negociar conmigo.

—No se engañe. Hunsacker negociará con quien De Coubertin decida que es el legítimo heredero de la colección de su abuelo. Es probable que ya haya hecho una oferta a su tío.

Munro se levantó de la mesa y salió del comedor sin ni siquiera mirar hacia Hunsacker. Danny le siguió hasta el vestíbulo.

—¿Cuánto se tarda en llegar a la Banque de Coubertin en taxi? —preguntó Munro al conserje.

—Tres o cuatro minutos, según el tráfico —fue la respuesta.

—¿Y andando?

—Tres minutos.

Un camarero llamó con los nudillos a la puerta.

—Servicio de habitaciones —anunció antes de entrar.

Preparó una mesa en el centro de la habitación con el desayuno, y dejó el *Telegraph* en un plato auxiliar, el único periódico que Margaret Moncrieff consideraba digno de ser leído si no estaba a mano el Scotsman. Hugo firmó la factura del desayuno, mientras Margaret ocupaba su sitio y servía café.

—¿Crees que nos saldremos con la nuestra sin la llave, cariño? —preguntó Hugo.

—Si están convencidos de que el testamento es auténtico —dijo Margaret—, no tendrán otra alternativa, a menos que estén dispuestos a enzarzarse en una interminable batalla judicial. Y como el anonimato es una obsesión para los banqueros suizos, lo evitarán a toda costa.

—No encontrarán nada incorrecto en el testamento —aseguró Hugo.

En tal caso, apuesto a que estarás en posesión de la colección de tu padre antes de esta noche, y entonces lo único que deberás hacer es acordar un precio con Hunsacker. Como ya te ofreció cuarenta millones de dólares cuando fue a Escocia para asistir al funeral de tu hermano, estoy convencida de que podrá subir hasta cincuenta —dijo Margaret—. De hecho, ya he dado instrucciones a Galbraith de que redacte un contrato a tal efecto.

—Con cualquiera de los dos que se quede con la colección —dijo Hugo—, porque Nick ya habrá descubierto a estas alturas por qué estamos aquí.

—Pero no puede hacer nada al respecto —afirmó Margaret—. Al menos, mientras esté en Inglaterra.

—Nada puede impedirle tomar el siguiente avión. No me sorprendería que ya hubiera llegado —añadió Hugo, que no quería confesarle que Nick ya estaba en Ginebra.

—Debes de haber olvidado, Hugo, que no se le permite viajar al extranjero mientras esté en libertad condicional.

—Yo en su caso, por cincuenta millones de dólares correría el riesgo de buena gana —admitió Hugo.

—Tú sí —dijo Margaret—, pero Nick jamás desobedecería una orden. Y aunque lo hiciera, solo haría falta una llamada telefónica para ayudar a De Coubertin a decidir con qué rama de la familia Moncrieff quiere hacer negocios: la que le amenaza con llevarle a los tribunales, o la que pasará los cuatro años siguientes en la cárcel.

Aunque Danny y Fraser Munro llegaron al banco unos minutos antes, la secretaria del presidente estaba esperando en recepción para acompañarles a la sala de juntas. Una vez estuvieron sentados, les ofreció una taza de té inglés.

—No pienso tomar su té inglés, gracias —dijo Munro, al tiempo que le dedicaba

una sonrisa afectuosa. Danny se preguntó si la secretaria habría entendido una palabra de lo que el escocés había dicho, y mucho menos si había comprendido su particular sentido del humor.

—Dos cafés, por favor —pidió Danny. La joven sonrió y salió de la sala.

Danny estaba admirando un retrato del fundador de los Juegos Olímpicos modernos, cuando la puerta se abrió y el actual dueño de ese título entró en la sala.

—Buenos días, *sir* Nicholas —saludó. Se acercó a Munro y le estrechó la mano.

—No, no, yo me llamo Fraser Munro, soy el representante legal de *sir* Nicholas.

—Mis disculpas —dijo el anciano, intentando disimular su apuro. Sonrió con timidez cuando estrechó la mano de Danny—. Mis disculpas —repitió.

—No se preocupe, barón —dijo Danny—. Un error comprensible. De Coubertin inclinó brevemente la cabeza.

—Al igual que yo, es usted el nieto de un gran hombre. —Invitó a *sir* Nicholas y a Munro a sentarse a la mesa de la sala—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó.

—Tuve el gran honor de representar al finado *sir* Alexander Moncrieff —empezó Munro—, y ahora gozo del privilegio de asesorar a *sir* Nicholas. —De Coubertin asintió—. Hemos venido a reclamar la legítima herencia de mi representado —continuó Munro, al tiempo que abría el maletín y dejaba sobre la mesa un pasaporte, un certificado de defunción y el testamento de *sir* Alexander.

—Gracias —dijo De Coubertin, sin dedicar a los documentos ni una mirada superficial—. *Sir* Nicholas, ¿puedo preguntarle si se halla en posesión de la llave que su abuelo le dio?

—Sí —contestó Danny. Desabrochó la cadena que llevaba al cuello y le dio la llave a De Coubertin, que la estudió un momento antes de devolvérsela a Danny. Entonces, se levantó.

—Hagan el favor de seguirme, caballeros —dijo.

—No diga ni una palabra —susurró Munro mientras seguían al presidente—: No cabe duda de que está obedeciendo las instrucciones de su abuelo.

Siguieron un largo pasillo, pasando ante más óleos de socios del banco, hasta llegar a un pequeño ascensor. Cuando las puertas se abrieron, De Coubertin se apartó para dejar pasar a sus invitados luego entró y pulsó un botón con el número 2. No habló hasta que las puertas se abrieron de nuevo.

—Hagan el favor de seguirme, caballeros —repitió cuando hubo salido.

El suave azul Wedgwood de las paredes de la sala de juntas fue sustituido por un ocre mate, cuando recorrieron un pasillo de ladrillo que no exhibía cuadros de antiguos directivos del banco. Al final del pasillo había una puerta de acero con barrotes que trajo recuerdos desagradables a Danny. Un guardia abrió la puerta en cuanto vio al presidente. Después, acompañó a los tres hasta que se detuvieron ante una enorme puerta de acero con dos cerraduras. De Coubertin sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura de arriba y la giró poco a poco. Cabeceó en

dirección a Danny, que introdujo su llave en la cerradura de abajo y también la giró. El guardia abrió la pesada puerta de acero.

En el suelo, nada más pasar la puerta, habían pintado una franja amarilla de cinco centímetros de ancho. Danny la cruzó y entró en una pequeña habitación cuadrada, cuyas paredes estaban cubiertas desde el suelo hasta el techo de estanterías, atestadas de gruesos libros encuadernados en piel. En cada estantería había tarjetas impresas, que indicaban los años desde 1840 a 1992.

—Acompáñenme, por favor —dijo Danny, mientras bajaba uno de los volúmenes de la estantería de arriba y empezaba a pasar las páginas.

Munro entró, pero De Coubertin no le imitó.

—Mis disculpas —dijo—, pero no se me permite cruzar la raya amarilla. Es una de las numerosas normas del banco. Quizá serían tan amables de informar al guardia cuando deseen marcharse, y después reunirse conmigo en la sala de juntas.

Danny y Munro dedicaron la siguiente media hora a pasar páginas de un álbum tras otro; empezaban a comprender por qué Gene Hunsacker había volado desde Texas a Ginebra.

—No acabo de entenderlo —dijo Munro, mientras miraba una hoja sin perforar de sellos negros de cuarenta y ocho peniques.

—Lo entenderá cuando haya echado un vistazo a esto —dictaminó Danny, y le pasó el único volumen encuadernado en piel de toda la colección que carecía de fecha.

Munro pasó las páginas poco a poco, y volvió a encontrarse con la pulcra caligrafía que tan bien recordaba: columna tras columna con la lista de cuándo, dónde y a quién había comprado *sir* Alexander cada nueva adquisición, y el precio pagado. Devolvió el meticuloso registro de toda una vida de coleccionismo a Danny.

—Tendrá que estudiar cada anotación con mucho detenimiento antes de que vuelva a encontrarse con el señor Hunsacker —le aconsejó.

A las tres de la tarde, acompañaron a los señores Moncrieff a la sala de juntas, donde el barón de Coubertin estaba sentado a la cabecera de la mesa, con tres colegas a cada lado. Los siete hombres se levantaron de sus sillas cuando los Moncrieff entraron en la sala, y no volvieron a sentarse hasta que la señora Moncrieff hubo tomado asiento.

—Gracias por dejarnos inspeccionar el testamento de su fallecido padre —dijo De Coubertin—, así como la carta adjunta. —Hugo sonrió—. Sin embargo, debemos informarle de que, según la valiosa opinión de uno de nuestros expertos, el testamento no es válido.

—¿Está insinuando que es una falsificación? —preguntó Hugo, al tiempo que se levantaba encolerizado.

—No estamos insinuando ni por un momento, señor Moncrieff, que usted lo supiera. No obstante, hemos decidido que estos documentos no resisten el escrutinio

exigido por este banco.

Pasó el testamento y la carta al otro lado de la mesa.

—Pero... —empezó Hugo.

—¿Puede decirnos concretamente qué les ha impulsado a rechazar la reclamación de mi marido? —preguntó Margaret sin alzar la voz.

—No, señora.

—En ese caso, no dude de que hoy mismo recibirán noticias de nuestros abogados —anunció Margaret, mientras recogía los documentos, los devolvía al maletín de su marido y se levantaba para salir.

Los siete miembros de la junta se pusieron en pie cuando la secretaria del presidente acompañó a los señores Moncrieff hasta la puerta.

A la mañana siguiente, cuando Fraser Munro acudió a la habitación de Danny, encontró a su cliente sentado en el suelo con las piernas cruzadas, en bata, rodeado de hojas de papel, un ordenador portátil y una calculadora.

—Lamento molestarle, *sir* Nicholas. ¿Vuelvo más tarde?

—No, no —respondió Danny mientras se levantaba—. Entre.

—Confío en que haya dormido bien —dijo Munro, mientras contemplaba el montón de papeles que cubrían el suelo.

—No me he acostado —admitió Danny—. He estado levantado toda la noche, repasando las cifras una y otra vez.

—¿Ha descubierto algo más? —preguntó Munro.

—Eso espero —dijo Danny—, porque tengo la sensación de que Gene Hunsacker no ha perdido el sueño preguntándose el valor de la colección.

—¿Tiene idea de...?

—Bien —comenzó Danny—, la colección consiste en veintitrés mil ciento once sellos, adquiridos durante un período de más de setenta años. Mi abuelo compró el primer sello en 1920, a la edad de trece años, y siguió coleccionando hasta 1998, unos meses antes de morir. En total, gastó trece millones setecientas noventa y nueve mil cuatrocientas doce libras.

—No me extraña que Hunsacker opine que es la mejor colección del mundo —señaló Munro. Danny asintió.

—Algunos sellos son increíblemente raros. Hay, por ejemplo, un «centro invertido» de un centavo estadounidense de 1901, un sello azul hawaiano de dos centavos de 1851 y un escarlata de dos peniques de Terranova de 1857, por el cual pagó ciento cincuenta mil dólares en 1978. Pero el orgullo de la colección ha de ser un sello negro sobre magenta de un centavo de la Guyana británica de 1856, que compró en una subasta en abril de 1980 por ochocientos mil dólares. Esa es la buena noticia —anunció Danny—. La mala es que tardaría un año, si no más, en tasar todos los sellos. Hunsacker lo sabe, por supuesto, pero tenemos a favor que no va a esperar un año, porque entre otras cosas he descubierto en un artículo que conservaba mi abuelo, que Hunsacker tiene un rival, un tal Tomoji Watanabe, un comerciante de materias primas de Tokio. Por lo visto —continuó Danny, mientras se agachaba para recoger un viejo recorte del *Time Magazine*—, es una cuestión de opinión decidir cuál de ambas colecciones era la segunda después de la de mi abuelo. Esa discusión se solventará en cuanto uno de ellos se apodere de esto —dijo Danny, y levantó el inventario.

—Esa información, si me permite el comentario —intervino Munro—, nos coloca en una posición de mucha fuerza.

—Es posible —concedió Danny—, pero cuando se manejan cantidades de tal magnitud (un rápido cálculo permite deducir que la colección debe de valer alrededor

de cincuenta millones de dólares), hay muy pocas personas en el mundo, y sospecho que en este caso solo hay dos, capaces de entrar en la puja, de modo que no puedo permitirme el lujo de estropear mis posibilidades.

—Me he perdido —confesó Munro.

—Esperemos que no me pase a mí eso cuando empiece la partida de póquer, porque sospecho que si la siguiente persona que llama a la puerta no es un camarero que nos trae el desayuno, será el señor Gene Hunsacker, con la esperanza de comprar una colección de sellos que ha perseguido durante los últimos quince años. Así que será mejor que me duche y me vista. No quiero que piensen que he estado levantado toda la noche, intentando calcular cuánto debería pedir.

—El señor Galbraith, por favor.

—¿De parte de quién?

—De Hugo Moncrieff.

—Le paso enseguida, señor.

—¿Cómo le ha ido en Ginebra? —fueron las primeras palabras de Galbraith.

—Nos fuimos de vacío.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Tenía todos los documentos que necesitaba para validar su reclamación, incluido el testamento de su padre.

—De Coubertin dijo que el testamento era falso, y prácticamente nos echó de su despacho.

—Pero no lo entiendo —dijo Galbraith, que parecía realmente sorprendido—. Ordené que lo examinara una autoridad en la materia, y superó todas las pruebas habituales.

—Bien, no cabe duda de que De Coubertin no está de acuerdo con su experto, de modo que le llamo para preguntar cuál debería ser nuestro siguiente movimiento.

—Llamaré a De Coubertin de inmediato, y le advertiré de que se prepare para recibir una demanda tanto en Londres como en Ginebra. De ese modo conseguiremos que se lo piense dos veces antes de hacer negocios con otra persona, hasta que los tribunales hayan decidido sobre la validez de este testamento.

—Tal vez ha llegado el momento de que llevemos a la práctica el otro asunto del que hablamos antes de volar a Ginebra.

—Lo único que necesitaré para ello es el número de vuelo de su sobrino —dijo Galbraith.

—Tenía razón —reconoció Munro, cuando Danny salió del cuarto de baño veinte minutos después.

—¿Sobre qué? —preguntó Danny.

—La siguiente persona que llamó a la puerta fue el camarero —añadió Munro,

mientras Danny se sentaba a la mesa—. Un joven muy avisado que me proporcionó gran cantidad de información.

—Entonces, no sería suizo —dijo Danny, mientras desdoblaba la servilleta.

—Por lo visto —continuó Munro—, ese tal señor Hunsacker se registró en el hotel hace dos días. La dirección envió una limusina al aeropuerto para recogerle cuando aterrizó su avión privado. El joven también me dijo, a cambio de diez francos suizos, que su estancia en el hotel es indefinida.

—Una inteligente inversión —opinó Danny.

—Aún es más interesante que la misma limusina llevó a Hunsacker a la Banque de Coubertin ayer por la mañana, donde sostuvo una entrevista de cuarenta minutos con el presidente.

—Para examinar la colección, sin duda —dedujo Danny.

—No —dijo Munro—. De Coubertin jamás permitiría que nadie se acercara a aquella habitación sin que usted lo autorizara. Eso quebrantaría todas las normas de su política bancaria. En cualquier caso, no era necesario.

—¿Por qué? —preguntó Danny.

—Recordará que, cuando su abuelo permitió que toda su colección se expusiera en el Smithsonian, en Washington, para celebrar sus ochenta años, una de las primeras personas que cruzó las puertas la mañana de la inauguración fue el señor Gene Hunsacker.

—¿Qué más le dijo el camarero? —inquirió Danny sin pestañear.

—El señor Hunsacker se encuentra en este momento desayunando en su habitación, en el piso de arriba, esperando a que usted llame a su puerta.

—Pues tendrá que esperar sentado —dijo Danny—. Porque no es mi intención ser el primero en mover ficha.

—Qué lástima —protestó Munro—. Ansiaba presenciar el encuentro. En una ocasión, gocé del privilegio de asistir a una negociación en la que su abuelo tomaba parte. Al final de la reunión, me marché sintiéndome magullado y contusionado... y eso que estaba de su lado. Danny rio.

Alguien llamó a la puerta.

—Antes de lo que esperaba —afirmó Danny.

—Podría ser su tío Hugo, blandiendo otra demanda —aventuró Munro.

—O el camarero que viene a retirar los platos del desayuno. Sea como sea, necesitaré un momento para hacer desaparecer todos estos papeles. No puedo permitir que Hunsacker piense que desconozco el valor de la colección.

Danny se arrodilló en el suelo y Munro le ayudó a recoger montones de papeles dispersos.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez con más energía. Danny desapareció en el cuarto de baño con los papeles, mientras Munro se disponía a abrir.

—Buenos días, señor Hunsacker, me alegro de volver a verle. Nos conocimos en Washington —añadió, al tiempo que le ofrecía la mano, pero el texano entró en

tromba en busca de Danny.

La puerta del cuarto de baño se abrió un momento después, y Danny reapareció cubierto con una bata del hotel. Bostezó y estiró los brazos.

—Qué sorpresa, señor Hunsacker —dijo—. ¿A qué debo este honor inesperado?

—De sorpresa nada —replicó Hunsacker—. Me vio ayer a la hora del desayuno. Es difícil no verme. Y puede dejarse de bostezos, sé que ya ha desayunado —dijo, y miró la tostada mordisqueada.

—Después de pagar diez francos suizos, sin duda —observó Danny con una sonrisa—. Pero dígame qué le ha traído hasta Ginebra —añadió, mientras se hundía en la butaca más cómoda de la habitación.

—Sabe muy bien por qué estoy en Ginebra —dijo Hunsacker, y encendió su puro.

—Esta planta es de no fumadores —le recordó Danny.

—Chorradas —gruñó Hunsacker, y tiró ceniza en la alfombra—. ¿Cuánto quiere?

—¿A cambio de qué, señor Hunsacker?

—No juegue conmigo, Nick. ¿Cuánto quiere?

—Confieso que estaba hablando de este asunto con mi asesor legal, tan solo momentos antes de que usted llamara a la puerta, y me recomendó sabiamente que debía esperar un poco más antes de comprometerme.

—¿Para qué esperar? A usted no le interesan los sellos.

—Es cierto —reconoció Danny—, pero puede que a otros sí.

—¿Como quién?

—Al señor Watanabe, por ejemplo —dijo Danny.

—Se está echando un farol.

—Eso es lo que él dijo de usted.

—¿Ya se ha puesto en contacto con Watanabe?

—Todavía no —admitió Danny—, pero espero que me llame de un momento a otro.

—Diga su precio.

—Sesenta y cinco millones de dólares —dijo Danny.

—Está loco. Eso es el doble de su valor. Y sabe que soy la única persona del mundo capaz de permitirse el lujo de comprar la colección. Le bastaría una llamada telefónica para descubrir que Watanabe no juega en mi liga.

—En ese caso, tendré que dividir la colección —anunció Danny—. Al fin y al cabo, el señor Blundell me aseguró que Sotheby's estaba en condiciones de garantizarme unos generosos ingresos hasta el fin de mis días, sin tener que saturar el mercado en ningún momento. Eso le concedería a usted y al señor Watanabe la oportunidad de seleccionar cuidadosamente los ejemplares concretos que desearan añadir a su colección.

—Al tiempo que usted pagaba al vendedor el recargo del diez por ciento sobre cada ejemplar de la colección —agregó Hunsacker, y señaló con el puro a Danny.

—No olvidemos el veinte por ciento de recargo al comprador —replicó Danny—.

No nos engañemos, Gene, soy treinta años más joven que usted, de modo que no soy yo quien tiene prisa.

—Estaría dispuesto a pagar cincuenta millones —dijo Hunsacker.

Danny se quedó sorprendido, pues esperaba que Hunsacker ofreciera un precio inicial de cuarenta millones, pero ni siquiera pestañeó. A mí me gustaría llegar hasta sesenta.

—Hasta cincuenta y cinco —dijo Hunsacker.

—Insuficiente para un hombre que ha recorrido en su avión privado medio mundo para averiguar quién acabaría siendo el dueño de la colección Moncrieff.

—Cincuenta y cinco —repitió Hunsacker.

—Sesenta —insistió Danny.

—No, cincuenta y cinco es mi límite. Enviaré un giro postal a cualquier banco del mundo, lo cual significa que debería estar ingresado en su cuenta corriente dentro de dos horas.

—¿Por qué no nos jugamos a cara o cruz los últimos cinco millones?

—Porque usted no tiene nada que perder. He dicho cincuenta y cinco. Lo toma o lo deja.

—Creo que lo dejaré —dijo Danny, y se levantó de la silla—. Buen viaje de vuelta a Texas, Gene, y llámeme si desea hacerme una oferta por algún sello en particular antes de que telefonee al señor Watanabe.

—De acuerdo, de acuerdo. Nos jugaremos a cara o cruz los últimos cinco millones. Danny se volvió hacia su abogado.

—¿Sería tan amable de actuar de árbitro, señor Munro?

—Sí, por supuesto —contestó Munro.

Danny le dio una moneda de una libra; se quedó sorprendido al ver que la mano de Munro temblaba cuando la apoyó sobre el extremo de su pulgar. La tiró al aire.

—Cara —dijo Hunsacker.

La moneda aterrizó sobre la gruesa alfombra que había junto a la chimenea. Cayó de canto.

—Acordemos cincuenta y siete millones y medio —dijo Danny.

—Trato hecho —aceptó Hunsacker. Se agachó, recogió la moneda y la guardó en el bolsillo.

—Creo que era mía —dijo Danny, y extendió la mano. Hunsacker le devolvió la moneda y sonrió.

—Deme la llave, Nick, para que pueda inspeccionar la mercancía.

—No es necesario —respondió Nick—. Al fin y al cabo, ya vio toda la colección en Washington. No obstante, permitiré que se quede el libro mayor de mi abuelo —dijo, al tiempo que levantaba el grueso volumen encuadernado en piel y se lo daba—. En cuanto a la llave —añadió con una sonrisa—, el señor Munro se la entregará en cuanto el dinero esté ingresado en mi cuenta. Creo que dijo que sería cuestión de un par de horas.

Hunsacker se encaminó hacia la puerta.

—Por cierto, Gene... —Hunsacker dio media vuelta—. Procure hacerlo antes de que el sol se ponga en Tokio.

Desmond Galbraith habló por la línea privada del teléfono de su despacho.

—Una persona de confianza del hotel me ha informado de que han reservado dos pasajes para el vuelo 737 de British Airways —anunció Hugo Moncrieff—, que despegará de aquí a las ocho y cincuenta y cinco minutos, y llega a Heathrow a las nueve y cuarenta y cinco.

—Es lo único que necesitaba saber —dijo Galbraith.

—Volveremos a Edimburgo a primera hora de la mañana.

—Lo cual debería conceder a De Coubertin tiempo más que suficiente para reflexionar sobre con qué rama de la familia Moncrieff prefiere hacer negocios.

—¿Le apetece una copa de champán? —preguntó la azafata.

—No, gracias —rehusó Munro—. Solo *whisky* con soda.

—¿Y a usted, señor?

—Yo sí tomaré una copa de champán, gracias —dijo Danny. Cuando la azafata se alejó, se volvió hacia Munro—: ¿Por qué cree que el banco no se tomó en serio la reclamación de mi tío? Al fin y al cabo, debió de enseñar a De Coubertin el testamento nuevo.

—Supongo que se fijaron en algo que a mí me pasó por alto —se lamentó Munro.

—¿Por qué no llamó a De Coubertin y le preguntó qué era?

—Ese hombre jamás admitiría que se entrevistó con su tío, y mucho menos que había visto el testamento de su abuelo. De todos modos, ahora que usted tiene casi sesenta millones de dólares en el banco, supongo que querrá que le defiendan de todas las demandas.

—Me pregunto qué habría hecho Nick —murmuró Danny, mientras se sumía en un sueño profundo.

Munro enarcó una ceja, pero no preguntó nada a su cliente, teniendo en cuenta que la noche anterior no se había acostado.

Danny despertó sobresaltado cuando las ruedas tocaron la pista de Heathrow. Munro y él fueron de los primeros en desembarcar del avión. Cuando bajaban la escalera, se quedaron sorprendidos al ver a tres policías en la pista. Munro observó que no llevaban metralletas, de modo que no podían ser de seguridad. Cuando el pie de Danny tocó el último peldaño, dos policías le agarraron, mientras el tercero le retorció los brazos a la espalda y le esposaba.

—Está detenido, Moncrieff —dijo uno de ellos mientras se lo llevaban.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Munro, pero no recibió respuesta, porque el

coche de la policía, con la sirena conectada, ya se estaba alejando a toda velocidad. Todos los días, desde su puesta en libertad, Danny se había preguntado cuándo le atraparían. La única sorpresa era que le habían llamado Moncrieff.

Beth ya no podía soportar mirar a su padre, con el cual no había hablado desde hacía días. Pese a que el doctor la había advertido, le sorprendía lo demacrado que estaba.

El padre Michael había visitado a su feligrés cada día desde que estaba postrado en la cama, y aquella mañana había pedido a la madre de Beth que por la noche reuniera a los familiares y amigos íntimos alrededor del enfermo, pues ya no podía retrasar más la extremaunción.

—Beth.

Beth se quedó sorprendida cuando su padre habló.

—Sí, papá —dijo, y tomó su mano.

—¿Quién lleva el taller? —preguntó, con una voz aguda casi inaudible.

—Trevor Sutton —contestó ella en un murmullo.

—No está a la altura. Tendrás que contratar a otro, y de prisa.

—Lo haré, papá —le prometió Beth. No le explicó que nadie más quería el trabajo.

—¿Estamos solos? —preguntó el hombre después de una larga pausa.

—Sí, papá. Mamá está en la habitación de enfrente, hablando con la señora...

—¿La señora Cartwright?

—Sí —admitió Beth.

—Demos gracias a Dios por su sentido común. —Su padre hizo otra pausa para respirar—. Que tú has heredado.

Beth sonrió. Su padre ya casi no podía hablar.

—Dile a Harry —dijo de repente, con voz todavía más débil— que me gustaría verles a los dos antes de morir.

Beth había dejado de decir: «No vas a morir» hacía ya un tiempo.

—Por supuesto, papá —susurró en su oído. Otra larga pausa, otra lucha por respirar.

—Prométeme otra cosa —balbuceó.

—Lo que sea.

Asió la mano de su hija.

—Que lucharás por limpiar su nombre.

Su presa se debilitó, y la mano colgó flácida.

—Lo haré —dijo Beth, aunque sabía que él ya no podía oírla.

Desde el despacho de Munro habían dejado varios mensajes en su móvil para que llamara cuanto antes. Pero él tenía otras cosas en la cabeza.

Se habían llevado a *sir* Nicholas en un coche de la policía para que pasara la noche en una celda de la comisaría de Paddington Green. Cuando Munro le dejó, tomó un taxi hasta el Caledonian Club de Belgravia. Se culpó por no recordar que *sir* Nicholas continuaba en libertad condicional y tenía prohibido abandonar el país. Tal vez su olvido se debía a que nunca había pensado que fuera un delincuente.

Cuando Munro llegó a su club justo después de las once y media, vio que la señorita Davenport le estaba esperando en el salón de invitados. Lo primero que necesitaba era averiguar, y muy deprisa, si la joven era apta para el trabajo. Tardó cinco minutos. Pocas veces había conocido a alguien que comprendiera los puntos principales de un caso con tal rapidez. Formuló todas las preguntas pertinentes, y Munro confió en que *sir* Nicholas tuviera todas las respuestas pertinentes. Cuando se separaron, justo después de medianoche, Munro no albergaba la menor duda de que su cliente estaba en buenas manos.

Sarah Davenport no tuvo que recordar a Munro la actitud de los tribunales hacia los presos que quebrantaban las cláusulas de su libertad condicional, sobre todo en lo que respectaba a desplazarse al extranjero sin la aprobación de su agente de la condicional. Tanto ella como Munro eran muy conscientes de que el juez probablemente lo enviaría a prisión para cumplir los cuatro años de condena que le quedaban. La señorita Davenport podía alegar «circunstancias atenuantes», pero no era muy optimista acerca del resultado. A Munro nunca le habían gustado los abogados optimistas. Ella prometió llamarle a Dunbroath en cuanto el juez pronunciara el veredicto.

Cuando Munro subía hacia su habitación, el portero le informó de que tenía otro mensaje, y que debía llamar a su hijo lo antes posible.

—¿Qué es tan urgente? —fue la primera pregunta de Munro cuando se sentó en el borde de la cama.

—Galbraith ha retirado todas las demandas pendientes —susurró Hamish Munro, que no quería despertar a su esposa—, así como la denuncia de violación de la propiedad ajena, en la que exigía que *sir* Nicholas desalojara su casa de The Boltons en un plazo de treinta días. Papá, ¿es una capitulación total, o me he perdido algo? —preguntó, después de cerrar con sigilo la puerta del cuarto de baño.

—Me temo que es esto último, hijo. Galbraith no ha hecho más que sacrificar lo irrelevante con el fin de capturar la única pieza que vale la pena poseer.

—¿Conseguir que los tribunales legitimen el segundo testamento de *sir* Alexander?

—Lo has acertado a la primera —dijo Munro—. Si puede demostrar que el nuevo testamento de *sir* Alexander, en el que lo deja todo a su hermano Angus, invalida

cualquier testamento anterior, será Hugo Moncrieff, y no *sir* Nicholas, quien herede las propiedades, incluida una cuenta bancaria de Suiza que ahora asciende a un saldo de cincuenta y siete millones y medio de libras.

—Galbraith debe de confiar en que el segundo testamento es auténtico.

—Es posible, pero yo conozco a otra persona que no está tan segura.

—Por cierto, papá, Galbraith llamó otra vez justo cuando me iba del despacho. Quería saber cuándo regresaría a Escocia.

—¿De veras? —se asombró Munro—. Lo cual me lleva a la pregunta: ¿cómo sabía que no estaba en Escocia?

—Cuando dije que esperaba verte de nuevo —dijo Sarah—, no era precisamente una sala de interrogatorios de la comisaría de policía de Paddington Green lo que tenía en mente.

Danny sonrió con pesar y miró a su nueva abogada. Munro le había explicado que él no podía representarle en un tribunal inglés. Sin embargo, podía recomendarle...

—De acuerdo —le había interrumpido Danny—. Pero sé quién quiero que me represente.

—Me siento halagada —continuó Sarah— de que cuando necesitaste asesoramiento legal pensaras en mí.

—Solo pensé en ti —admitió Danny—. No conozco a más abogados. Lamentó sus palabras en cuanto las hubo pronunciado.

—Y pensar que he estado levantada la mitad de la noche...

—Lo siento —se disculpó Danny—. No quería decir eso. Es que el señor Munro me dijo...

—Sé lo que te dijo el señor Munro —interrumpió Sarah con una sonrisa—. En cualquier caso, no tenemos tiempo que perder. Comparecerás ante el juez a las diez de la mañana, y si bien el señor Munro me ha informado sobre lo que has estado haciendo estos dos últimos días, tengo que hacerte unas preguntas, pues no quiero que te pillen desprevenido cuando estés en el tribunal. De modo que haz el favor de ser franco, o sea, sincero. En el curso de los últimos meses, ¿has viajado al extranjero, aparte de esta ocasión en la que has ido a Ginebra?

—No —contestó Danny.

—¿Has dejado de asistir a alguna reunión con tu agente de libertad condicional desde que saliste de la cárcel?

—No, nunca.

—¿Intentaste en algún momento ponerte en contacto...?

—Buenos días, señor Galbraith —dijo Munro—. Siento no haberle llamado antes, pero tengo la sensación de que usted sabe muy bien la causa del retraso.

—Por supuesto —respondió Galbraith—, y ese es el motivo de que necesitara hablar con usted con tanta urgencia. Sabrá que mi cliente ha retirado todas las acciones judiciales pendientes contra *sir* Nicholas, y yo confiaba en que, dadas las circunstancias, su cliente respondiera con la misma magnanimidad, y retirara la demanda que cuestiona la validez del último testamento de su abuelo.

—No lo espere —replicó con brusquedad Munro—. Eso significaría que su cliente terminaría en posesión de todo, incluido el fregadero de la cocina.

—Su respuesta no me sorprende, Munro. De hecho, ya había advertido a mi cliente de cuál sería su actitud; por tanto, no nos deja otra alternativa que rebatir su temeraria demanda. No obstante —añadió Galbraith antes de que Munro pudiera contestáis—, como ahora solo existe una disputa fundamental entre ambas partes, es decir, si el último testamento de *sir* Alexander es válido o no, tal vez sería conveniente para todos acelerar las cosas, con el fin de que el caso llegue a los tribunales lo antes posible.

—¿Puedo recordarle con todo respeto, señor Galbraith, que no ha sido esta firma la responsable de retrasar el pleito? Sin embargo, doy la bienvenida a su cambio de parecer, aunque sea a estas alturas.

—Me complace que sea esa su actitud, señor Munro, y estoy seguro de que le satisfará saber que el secretario del juez Sanderson ha telefoneado esta mañana para decir que su señoría tiene un hueco en su agenda el primer jueves del mes que viene, y que sería un placer para él juzgar este caso si resulta conveniente para ambas partes.

—Pero eso me deja menos de diez días para preparar el caso —protestó Munro, consciente de que le habían tendido una emboscada.

—Con franqueza, señor Munro, o tiene pruebas de que el testamento no es válido o no las tiene —dijo Galbraith—. Si las tiene, el juez Sanderson dictaminará en su favor, lo cual, para citar sus palabras, significará que su cliente terminará en posesión de todo, incluido el fregadero de la cocina.

Danny miró a Sarah desde el banquillo de los acusados. Había contestado a todas las preguntas con sinceridad, y le alivió descubrir que ella solo parecía interesada en sus motivos para desplazarse al extranjero. Por tanto, ¿cabía la posibilidad de que no supiera nada sobre el fallecido Danny Cartwright? Ella le había advertido de que probablemente estaría de vuelta en Belmarsh a la hora de comer, y que debía prepararse para pasar los cuatro años siguientes en la cárcel. Le había aconsejado que se declarara culpable, pues no existía defensa posible contra la acusación de haber quebrantado la orden de libertad condicional, y por tanto ella solo podía alegar circunstancias atenuantes. Él había accedido.

—Señoría —empezó Sarah, al tiempo que se levantaba y miraba al juez Callaghan—, mi cliente no niega haber quebrantado las condiciones de su libertad condicional, pero solo lo hizo para defender sus derechos en un importante caso

financiero que pronto se dirimirá ante el Tribunal Supremo de Escocia. También debería señalar, señoría, que mi cliente estuvo acompañado en todo momento por el distinguido abogado escocés Fraser Munro, quien le representa en el caso. —El juez tomó nota del nombre en la libreta que tenía delante—. También consideramos pertinente, señoría, alegar que mi cliente estuvo fuera del país menos de cuarenta y ocho horas, y regresó a Londres por voluntad propia. La acusación de que no informó a su agente de libertad condicional no es del todo cierta, porque telefoneó a la señora Bennett, y al no recibir respuesta, dejó un mensaje en su buzón de voz. El mensaje quedó grabado y se entregará al tribunal si su señoría lo considera pertinente.

»Señoría, este desliz inusual ha sido la única ocasión en la que mi cliente ha dejado de cumplir estrictamente las condiciones de su libertad condicional, y nunca ha faltado ni ha llegado tarde a una reunión con su agente de la condicional. Yo añadiría —continuó Sarah— que desde que salió en libertad, el comportamiento de mi cliente, con la única excepción de este desliz, ha sido ejemplar. No solo ha cumplido todas las condiciones de la libertad condicional, sino que ha redoblado esfuerzos por proseguir una formación académica. En fecha reciente se le ha concedido una beca en la Universidad de Londres, y confía en aprobar empresariales con matrícula de honor.

»Mi cliente se disculpa sinceramente por cualquier inconveniente creado al tribunal o al servicio de libertad condicional, y me ha asegurado que nunca más volverá a suceder.

»En conclusión, señoría, confío en que después de que haya tomado en consideración estas circunstancias, admitirá que no hay ningún motivo que justifique enviar a este hombre de nuevo a la cárcel.

Sarah cerró el expediente, inclinó la cabeza y volvió a sentarse. El juez siguió escribiendo un rato, y después dejó la pluma sobre la mesa.

—Gracias, señorita Davenport —dijo al fin—. Me gustaría disponer de un poco más de tiempo para reflexionar sobre su alegato antes de dictar sentencia. Quizá podríamos tomarnos un breve descanso y reunimos de nuevo a mediodía.

El tribunal se retiró. Sarah se quedó perpleja. ¿Por qué un juez de la experiencia de Callaghan necesitaba tiempo para llegar a una decisión sobre un asunto de tan poca importancia? Y entonces, lo comprendió.

—¿Podría hablar con el presidente, por favor?

—¿De parte de quién?

—De Fraser Munro.

—Voy a ver si puede recibir su llamada, señor Munro. Munro tamborileó con los dedos sobre el escritorio mientras esperaba.

—Señor Munro, me alegro de volver a hablar con usted —dijo De Coubertin—. ¿En qué puedo ayudarle en esta ocasión?

—Quería informarle de que el asunto que nos concierne a ambos se resolverá el jueves de la semana que viene.

—Sí, estoy enterado de los últimos acontecimientos —confirmó De Coubertin—, ya que también he recibido una llamada del señor Desmond Galbraith. Me aseguró que su cliente ha decidido aceptar el veredicto del tribunal, sea cual sea. Por consiguiente, debo preguntarle si su cliente hará lo mismo.

—Sí —contestó Munro—. Le escribiré más tarde confirmando que esa es nuestra postura.

—Le estoy muy agradecido —dijo De Coubertin—, e informaré de ello a nuestro departamento jurídico. En cuanto sepamos cuál de las dos partes ha ganado, daré instrucciones de depositar los cincuenta y siete millones quinientas mil libras en la cuenta pertinente.

—Gracias por su confianza —dijo Munro. Tosió—. Me pregunto si podría hablar con usted extraoficialmente.

—A los suizos nunca nos ha gustado esa expresión —reconoció De Coubertin.

—En ese caso, y en mi calidad de administrador de los bienes del fallecido *sir* Alexander Moncrieff, querría pedirle consejo.

—Haré lo que pueda —contestó De Coubertin—, pero bajo ninguna circunstancia violaré la confidencialidad de un cliente. Y eso se aplica tanto si el cliente está vivo como si está muerto.

—Comprendo perfectamente su postura —dijo Munro—. Tengo motivos para creer que recibió una visita del señor Hugo Moncrieff antes de ver a *sir* Nicholas, y que por tanto habrá reflexionado sobre los documentos que constituyen las pruebas de este caso. —De Coubertin no opinó—. Deduzco de su silencio que es así. —De Coubertin continuó en silencio—. Entre esos documentos debía de haber copias de los dos testamentos de *sir* Alexander, cuya legitimidad decidirá el desenlace de este caso. —De Coubertin tampoco dijo nada, y Munro incluso se preguntó si la línea se habría cortado—. ¿Sigue ahí, presidente? —preguntó.

—Sí —contestó De Coubertin.

—Como accedió a recibir a *sir* Nicholas después de su entrevista con el señor Hugo Moncrieff, debo deducir que el motivo de que rechazara la reclamación de su tío fue que el banco, al igual que yo, no está convencido de que el segundo testamento sea válido. Para que no haya malentendidos entre nosotros —añadió Munro—, su banco llegó a la conclusión de que era una falsificación. —Munro oyó respirar al presidente—. En nombre de la justicia, señor, debo preguntarle qué le convenció de que el segundo testamento no era válido, dado que yo no acabo de identificarlo.

—Temo que no puedo ayudarle, señor Munro, pues eso supondría violar la confidencialidad de mi cliente.

—¿Hay alguna otra persona a la que pueda consultar sobre este asunto? —insistió Munro. Siguió un largo silencio.

—De acuerdo con la política del banco —dijo por fin De Coubertin—, solicitamos una segunda opinión de una fuente externa.

—¿Puede divulgar el nombre de su fuente?

—No —contestó De Coubertin—. Por más que quisiera, también sería contrario a la política del banco sobre dichos asuntos.

—Pero... —empezó Munro.

—No obstante —continuó De Coubertin, sin hacer caso de la interrupción—, el caballero que nos asesoró es sin la menor duda la principal autoridad en su especialidad, y aún no se ha ido de Ginebra para regresar a su país.

—Todo el mundo en pie —dijo el ujier, cuando dieron las doce y el juez Callaghan volvió a entrar en la sala.

Sarah se volvió para dirigir una sonrisa animosa a Danny, que estaba de pie en el banquillo de los acusados, con una expresión resignada en la cara. En cuanto el juez se hubo sentado, miró a la abogada defensora.

—He reflexionado mucho sobre su alegato, señorita Davenport. Sin embargo, debe comprender que mi responsabilidad consiste en asegurar que los presos sean muy conscientes de que, mientras se hallan en libertad condicional, aún están cumpliendo parte de su sentencia, y que si incumplen las condiciones fijadas en su orden de libertad vigilada, están infringiendo la ley.

»Por supuesto —continuó—, he tomado en consideración el comportamiento general de su cliente desde su puesta en libertad, incluidos sus esfuerzos por proseguir su formación académica. Eso es muy meritorio, pero no altera el hecho de que ha abusado de su posición de confianza. Por tanto, debe ser castigado como corresponde. —Danny inclinó la cabeza—. Moncrieff —dijo el juez—, hoy mismo firmaré una orden para que sea encerrado durante otros cuatro años si vuelve a infringir las condiciones de su libertad condicional en el futuro. Durante el período de libertad vigilada no debe viajar al extranjero bajo ninguna circunstancia, y seguirá presentándose a su agente de la condicional una vez al mes.

Se quitó las gafas.

—Moncrieff, ha sido muy afortunado en esta ocasión, y lo que ha inclinado la balanza en su favor ha sido que fuera acompañado, durante su imprudente excursión al extranjero, por un distinguido miembro de la abogacía escocesa; un hombre de reputación intachable a ambos lados de la frontera. —Sarah sonrió. El juez Callaghan había tenido que hacer un par de llamadas telefónicas para confirmar algo que Sarah ya sabía—. Puede abandonar el tribunal —fueron las palabras finales del juez Callaghan.

El juez se levantó, hizo una inclinación y salió de la sala. Danny se quedó en el banquillo de los acusados, pese a que los dos policías que le habían estado custodiando ya habían desaparecido escaleras abajo. Sarah se acercó cuando el ujier

abrió la puerta para dejarle salir del banquillo.

—¿Podemos comer juntos? —preguntó Danny.

—No —dijo Sarah, al tiempo que apagaba el móvil—. El señor Munro acaba de llamar para decir que debes tomar el siguiente vuelo a Edimburgo, y que le llames camino del aeropuerto.

«A puerta cerrada» era una expresión que Danny desconocía, hasta que el señor Munro le explicó con todo lujo de detalles porqué él y el señor Desmond Galbraith habían decidido recurrir a esta opción para dirimir el litigio.

Ambas partes habían admitido que no sería prudente airear conflictos familiares en público. Galbraith llegó a reconocer que su cliente detestaba la prensa, y Munro ya había advertido a *sir* Nicholas que, si elegían una vista pública, el período que había pasado en la cárcel acabaría llenando más columnas que cualquier desacuerdo sobre el testamento de su abuelo.

Ambas partes habían acordado también que el caso se resolvería ante un juez del Tribunal Supremo, y que acatarían su decisión; ninguno de ellos apelaría. *Sir* Nicholas y el señor Hugo Moncrieff firmaron un acuerdo legal vinculante antes de que el juez aceptara ver su caso.

Danny se sentó a un extremo de la mesa al lado del señor Munro, mientras Hugo y Margaret Moncrieff lo hacían junto al señor Desmond Galbraith en el otro. El juez Sanderson estaba sentado ante su escritorio, frente a ellos. Ninguno de los participantes iba vestido con indumentaria judicial, lo cual creaba una atmósfera mucho más relajada. El juez abrió la sesión recordando a ambas partes que, pese a que el caso se juzgaba en privado, todo el peso de la ley recaería sobre el resultado. Pareció complacido cuando vio que ambos letrados asentían.

El juez Sanderson no solo había sido aceptado por ambas partes, sino que, en palabras de Munro, era «más listo que el hambre».

—Caballeros —empezó—, tras haberme informado sobre los antecedentes del caso, soy consciente de lo mucho que se juegan ambas partes. Antes de empezar, debo preguntar si se ha intentado llegar a algún tipo de acuerdo.

El señor Desmond Galbraith se levantó y anunció que *sir* Alexander había escrito una carta tajante, en la cual dejaba claro que deseaba desheredar a su nieto después de que este fuera sometido a un consejo de guerra, y que su cliente, el señor Hugo Moncrieff, solo deseaba cumplir los deseos de su difunto padre.

El señor Munro se levantó y declaró que su cliente no había interpuesto la primera demanda y que nunca había querido enzarzarse en aquella querrela, pero que, al igual que el señor Hugo Moncrieff, consideraba su deber que se cumplieran los deseos de su abuelo. Hizo una pausa.

—Al pie de la letra.

El juez se encogió de hombros, resignado a no poder llegar a ninguna forma de acuerdo entre ambas partes.

—Procedamos, pues —dijo—. He leído todos los documentos puestos a mi disposición, y también he estudiado todos los alegatos presentados por ambas partes como prueba. Teniendo eso en cuenta, es mi intención afirmar desde el principio lo que en este caso considero relevante y lo que no lo es. Ninguna de las partes pone en

duda que *sir* Alexander Moncrieff otorgó testamento el 17 de enero de 1997, en el cual dejaba el grueso de su patrimonio a su nieto Nicholas, que entonces estaba destinado en Kosovo.

Levantó la vista en busca de confirmación. Tanto Galbraith como Munro asintieron.

—Sin embargo, lo que el señor Galbraith afirma en nombre de su cliente, el señor Hugo Moncrieff, es que ese documento no fue el último testamento de *sir* Alexander, y que en fecha posterior... —el juez consultó sus papeles—, el 1 de noviembre de 1998, *sir* Alexander otorgó un segundo testamento en el que dejaba todas sus propiedades a su hijo Angus. *Sir* Angus falleció el 20 de mayo de 2002, y en su testamento legó todo a su hermano mayor, Hugo.

»El señor Galbraith, en nombre de su cliente, también presenta una carta firmada por *sir* Alexander en la cual explica los motivos de este cambio de opinión. El señor Munro no discute la autenticidad de la firma de la segunda página de esta carta, pero afirma que la primera página fue redactada en fecha posterior. Afirma que, si bien no presenta ninguna prueba que apoye su alegación, su verdad se demostrará cuando se declare no válido el segundo testamento.

»El señor Munro también ha informado al tribunal de que se abstendrá de insinuar que *sir* Alexander no estaba, utilizando la expresión legal, en plena posesión de sus facultades mentales en la época pertinente. Al contrario, pasaron una velada juntos tan solo una semana antes de que *sir* Alexander muriera, y confiesa que después de cenar su anfitrión le ganó una partida de ajedrez». Por consiguiente, debo comunicar a ambas partes que, en mi opinión, la única cuestión que se debe dirimir en esta disputa es la validez del segundo testamento, el cual, según afirma el señor Galbraith en nombre de su cliente, recoge las últimas voluntades de *sir* Alexander Moncrieff, mientras que el señor Munro declara, sin entrar demasiado en detalles, que es una falsificación. Espero que ambas partes consideren que mi exposición es un análisis imparcial de la actual situación. Si ese es el caso, pediré al señor Galbraith que exponga su caso en nombre del señor Hugo Moncrieff.

Desmond Galbraith se levantó.

—Señoría, mi cliente y yo aceptamos que el único desacuerdo entre las dos partes concierne al segundo testamento, del cual, como usted ha dicho, no nos cabe la menor duda que expresa las últimas voluntades de *sir* Alexander. Ofrecemos el testamento y la carta adjunta como prueba de nuestra reclamación, y también nos gustaría presentar a un testigo que, según nuestro parecer, aclarará este asunto de una vez por todas.

—Desde luego —acordó el juez Sanderson—. Llame a su testigo, por favor.

—Llamo al profesor Nigel Fleming —dijo Galbraith, y miro hacia la puerta. Danny se inclinó hacia delante y preguntó a Munro si conocía al profesor.

—Solo por su fama —contestó Munro.

Un hombre alto y elegante, con una mata de pelo gris, entró en la sala. Cuando

prestó juramento, Danny pensó que el profesor le recordaba a uno de esos distinguidos visitantes que se presentaban en el Clement Atdee una vez al año para entregar los premios... aunque él nunca recibió ninguno.

—Por favor, siéntese, profesor Fleming —dijo el juez Sanderson. Galbraith siguió de pie.

—Profesor, creo que es importante informar al tribunal de su experiencia y autoridad en lo referente a este caso, así que espero que me perdone si le hago algunas preguntas relativas a su formación.

El profesor hizo una leve inclinación.

—¿Cuál es su actual empleo?

—Profesor de Química Inorgánica en la Universidad de Edimburgo.

—¿Ha escrito usted un libro sobre la importancia de esa especialidad en relación a la delincuencia, que ha llegado a ser una obra de referencia sobre la cuestión, y que ahora forma parte del programa de estudios de casi todas las universidades?

—No puedo hablar en nombre de casi todas las universidades, señor Galbraith, pero sí en el caso de Edimburgo.

—En el pasado, profesor, ¿ha representado a varios gobiernos para aconsejarles sobre disputas de esta naturaleza?

—No desearía exagerar mi autoridad, señor Galbraith. En tres ocasiones he sido llamado por gobiernos para asesorar sobre la validez de documentos, cuando se ha producido un desacuerdo entre dos o más naciones.

—En efecto. Permítame preguntarle, profesor, si alguna vez ha declarado en los tribunales, cuando la validez de un testamento se ha puesto en entredicho.

—Sí, señor, en diecisiete ocasiones.

—¿Quiere decir al tribunal, profesor, en cuántos de estos casos la sentencia confirmó su valoración?

—Ni por un momento querría dar a entender que los veredictos dependieron de mi testimonio.

—Muy bien dicho —acotó el juez, con una sonrisa irónica—. Sin embargo, profesor, la pregunta es: ¿cuántos de estos diecisiete veredictos respaldaron su opinión?

—Dieciséis, señor —contestó el profesor.

—Continúe, por favor, señor Galbraith —dijo el juez.

—Profesor, ¿ha tenido la oportunidad de estudiar el testamento del finado *sir* Alexander Moncrieff, que constituye el meollo de este caso?

—He estudiado ambos testamentos.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas sobre el segundo testamento? —El profesor asintió—. ¿El papel en el que está escrito es de unas características existentes en aquella época?

—¿A qué época se refiere, señor Galbraith? —preguntó el juez.

—Noviembre de 1998, señoría.

—Sí —contestó el profesor—. Es mi opinión, basada en pruebas científicas, que el papel es de la misma época que el utilizado en el primer testamento, otorgado en 1997. El juez enarcó una ceja, pero no le interrumpió.

—¿La cinta roja sujeta al segundo testamento era también de la misma época? —preguntó Galbraith.

—Sí, llevé a cabo el análisis de ambas cintas, y el resultado fue que habían sido fabricadas en la misma época.

—¿Pudo llegar, profesor, a alguna conclusión sobre la firma de *sir* Alexander que aparece en ambos testamentos?

—Antes de responder a su pregunta, señor Galbraith, debe comprender que no soy un experto en caligrafía, pero puedo decirle que la tinta negra utilizada por el firmante fue fabricada cierto tiempo antes de 1990.

—¿Está diciendo al tribunal que es capaz de fechar la fabricación de un frasco de tinta —preguntó el juez—, con un margen de un año?

—A veces, con un margen de un mes —dijo el profesor—. De hecho, afirmo que la tinta utilizada en la firma de ambos testamentos procedía de un frasco fabricado por Waterman en 1985.

—Ahora, deberíamos ocuparnos de la máquina de escribir utilizada en el segundo testamento —dijo el señor Galbraith—. ¿Qué marca era, y cuando salió al mercado por primera vez?

—Es una Remington Envoy II, que salió al mercado en 1965.

—Solo a modo de confirmación —añadió Galbraith—, ¿el papel, la tinta, la cinta y la máquina de escribir existían ya antes de noviembre de 1998?

—Sin duda, en mi opinión —dijo el profesor.

—Gracias, profesor. Si es tan amable de esperar aquí, tengo la sensación de que el señor Munro querrá formularle algunas preguntas. El señor Munro se levantó lentamente de su asiento.

—No tengo preguntas para este testigo, señoría.

El juez no reaccionó. Sin embargo, no podía decirse lo mismo de Galbraith, que miro a su contrincante con incredulidad. Hugo Moncrieff pidió a su esposa que le explicara el significado de la decisión de Munro, mientras Danny clavaba la vista en el frente, sin demostrar la menor emoción, tal como Munro le había especificado.

—¿Va a presentar a algún otro testigo, señor Galbraith? —preguntó el juez.

—No, señoría. Solo puedo suponer que la negativa de mi distinguido colega a interrogar al profesor Fleming significa que acepta su opinión. —Hizo una pausa—. Sin la menor duda.

Munro no se inmutó.

—Señor Munro —dijo el juez—, ¿desea iniciar su alegato?

—Desde luego, con permiso de su señoría —respondió Munro—. El profesor Fleming ha confirmado que el primer testamento de *sir* Alexander a favor de mi cliente es auténtico. Aceptamos su opinión al respecto. Como usted mismo dijo al

principio de la vista, señoría, la única cuestión que concierne a este juicio es la validez del segundo testamento, que...

—Señoría —interrumpió Galbraith, que se había puesto en pie de un salto—, ¿está insinuando el señor Munro que la experiencia del profesor en relación al primer testamento puede descartarse a conveniencia cuando se trata del segundo?

—No, señoría —dijo Munro—. Si mi distinguido colega hubiera tenido un poco de paciencia, habría descubierto que no es eso lo que estaba insinuando. El profesor ha dicho al tribunal que no era un experto en la autenticidad de firmas...

—Pero también ha declarado, señoría —intervino Galbraith, de pie otra vez—, que la tinta utilizada para firmar ambos testamentos procedía del mismo frasco.

—Pero no de la misma mano —matizó Munro.

—¿Va a llamar a un experto en caligrafía? —preguntó el juez.

—No, señoría.

—¿Tiene alguna prueba de que la firma sea una falsificación?

—No, señoría —repitió Munro. Esta vez, el juez enarcó una ceja.

—Señor Munro, ¿va a llamar a algún testigo que apoye su teoría?

—Sí, señoría. Al igual que mi estimado colega, solo llamaré a un testigo. —Munro hizo una pausa, consciente de que, excepto Danny, que ni siquiera parpadeó, todos los presentes sentían curiosidad por saber quién iba a ser el testigo—. Llamo al señor Gene Hunsacker.

La puerta se abrió y el corpachón del texano entró con parsimonia en la sala. Danny pensó que algo no encajaba, pero enseguida se dio cuenta de que era la primera vez que veía a Hunsacker sin su inseparable puro.

Cuando Hunsacker prestó juramento su voz atronó en la pequeña estancia.

—Haga el favor de sentarse, señor Hunsacker —pidió el juez—. Como somos pocos los congregados, quizá podríamos conversar en un tono más sosegado.

—Lo siento, señoría —dijo Hunsacker.

—Sus disculpas son innecesarias —señaló el juez—. Proceda, señor Munro, por favor. Munro se levantó de su asiento y sonrió a Hunsacker.

—Para que conste en acta, ¿sería tan amable de decirnos su nombre y ocupación?

—Me llamo Gene Hunsacker III y estoy jubilado.

—¿Qué hacía antes de jubilarse, señor Hunsacker? —preguntó el juez.

—Poca cosa, señor. Mi padre, al igual que mi abuelo antes que él, era ganadero, pero a mí nunca me interesó, sobre todo después de que descubrieran petróleo en mis tierras.

—Así que es usted petrolero —aventuró el juez.

—No exactamente, señor, porque a la edad de veintisiete años lo vendí a una empresa inglesa, BP, y desde entonces he dedicado mi vida a mi principal afición.

—Muy interesante. ¿Puedo preguntarle cuál...? —inquirió el juez.

—Ya llegaremos a su afición dentro de un momento, señor Hunsacker —intervino Munro con firmeza. El juez se reclinó en el asiento con expresión de disculpa—.

Señor Hunsacker, ha declarado que, tras amasar una fortuna después de vender sus tierras a BP, abandonó el negocio del petróleo.

—Exacto, señor.

—También me gustaría dejar claro, a fin de que lo sepa el tribunal, en qué más no es experto. Por ejemplo, ¿es usted experto en testamentos?

—No, señor.

—¿Es usted experto en papel y tecnología de la tinta?

—No, señor.

—¿Es experto en cintas?

—Intenté desanudar algunas del pelo de las chicas cuando era más joven, pero tampoco era muy hábil en eso —dijo Gene. Munro esperó a que las carcajadas cesaran antes de continuar.

—Entonces, ¿es experto tal vez en máquinas de escribir?

—No, señor.

—¿Ni siquiera en firmas?

—No, señor.

—Sin embargo —dijo Munro—, ¿me equivoco si digo que está considerado la mayor autoridad mundial en sellos de correos?

—Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que la cosa está entre Tomoji Watanabe y yo —contestó Hunsacker—, según con quién hable. El juez ya no pudo controlarse más.

—¿Quiere explicar qué quiere decir con eso, señor Hunsacker?

—Ambos somos coleccionistas desde hace más de cuarenta años, señoría. Mi colección es más grande, pero para ser justo con Tomoji, solo se debe a que soy muchísimo más rico que él, y siempre estoy dando sopas con onda al pobre desgraciado. —Ni siquiera Margaret Moncrieff pudo reprimir una carcajada—. Soy miembro de la junta de Sotheby's, y Tomoji es asesor de Philips. Mi colección se ha exhibido en el Instituto Smithsonian de Washington, y la suya en el Museo Imperial de Tokio. Así que no puedo decirle cuál es la mayor autoridad mundial, pero si uno de nosotros es el número uno, el otro es el número dos.

—Gracias, señor Hunsacker —dijo el juez—. Me alegro de que el testigo sea un experto en la especialidad que eligió, señor Munro.

—Gracias, señoría —dijo Munro—. Señor Hunsacker, ¿ha visto los dos testamentos de los que trata este caso?

—Sí, señor.

—¿Y cuál es su opinión, su opinión profesional, sobre el segundo testamento, el que deja la fortuna de *sir* Alexander a su hijo Angus?

—Es una falsificación.

Desmond Galbraith se puso en pie al instante.

—Sí, sí, señor Galbraith —dijo el juez, y le indicó con un ademán que volviera a sentarse—. Espero, señor Hunsacker, que pueda proporcionar al tribunal alguna

prueba concreta de esta afirmación. Y cuando digo «prueba concreta» no me refiero a otra demostración de su filosofía de estar por casa.

La sonrisa jovial de Hunsacker se esfumó. Esperó un momento antes de hablar.

—Demostraré, señoría, como creo que se dice en este país «más allá de toda duda razonable», que el segundo testamento de *sir* Alexander es una falsificación. A este fin, le pediré que observe el documento original. —El juez Sanderson se volvió hacia Galbraith, quien se encogió de hombros, se levantó y entregó el segundo testamento al juez—. Ahora, señor —continuó Hunsacker—, si es tan amable de mirar la segunda página del documento, vera la firma de *sir* Alexander estampada sobre un sello.

—¿Está insinuando que el sello es falso? —preguntó el juez.

—No, señor.

—Pero antes ha declarado que no es un experto en firmas, señor Hunsacker. ¿Qué está insinuando exactamente?

—Salta a la vista, señor —dijo Hunsacker—, siempre que se sepa lo que hay que buscar.

—Ilumíneme, por favor —pidió el juez, un poco exasperado.

—Su Majestad la reina ascendió al trono de Inglaterra el 2 de febrero de 1952 —dijo Hunsacker—, y fue coronada en la abadía de Westminster el 2 de junio de 1953. La *Royal Mail* emitió un sello para conmemorar la ocasión. De hecho, soy el orgulloso poseedor de una hoja de la primera impresión. El sello muestra a la reina de joven, pero debido a la notable duración del reinado de Su Majestad, la *Royal Mail* ha tenido que emitir una nueva edición cada ciertos años, para reflejar que la monarca ha ido envejeciendo. El sello pegado a este testamento fue emitido en marzo de 1999.

Hunsacker giró en su silla y miró a los Moncrieff, mientras se preguntaba si habrían comprendido el significado de sus palabras. No estaba seguro, aunque parecía que Margaret Moncrieff le había entendido, ya que tenía los labios fruncidos y había palidecido.

—Señoría —continuó Hunsacker—, *sir* Alexander Moncrieff murió el 17 de diciembre de 1998, tres meses antes de que el sello fuera emitido. Así que una cosa es segura: la firma estampada sobre Su Majestad no puede ser la de él.

CUARTA PARTE

LA VENGANZA

La venganza es un plato que se sirve frío».

Danny guardó *Las amistades peligrosas* en su maletín cuando el avión empezó a descender y atravesó un banco de nubes turbias que colgaban sobre Londres. Albergaba la intención de vengarse a sangre fría de los tres hombres responsables de la muerte de su mejor amigo, de impedirle casarse con Beth, de impedirle educar a su hija Christy y de que le encarcelaran por un crimen que no había cometido.

Ahora contaba con los recursos económicos necesarios para irlos aplastando lentamente, uno a uno, y su intención era que, tras completar la tarea, los tres consideraran que la muerte era la opción preferible.

—Por favor, abróchese el cinturón, señor. Aterrizaremos en Heathrow dentro de unos minutos.

Danny sonrió a la azafata que había interrumpido sus pensamientos. El juez Sanderson ni siquiera había tenido que dictar sentencia en el caso de Moncrieff contra Moncrieff, pues una de las partes había retirado la reclamación justo después de que el señor Gene Hunsacker abandonara el despacho del juez.

Mientras cenaban en el New Club de Edimburgo, el señor Munro había explicado a Nick que si el juez hubiera tenido motivos para creer que se había cometido un delito, no habría tenido otro remedio que enviar todos los documentos importantes al fiscal. Al mismo tiempo, en otra parte de la ciudad, el señor Desmond Galbraith estaba informando a su cliente de que, si eso sucediera, el sobrino de Hugo no sería el único Moncrieff que oiría como retumbaba una puerta de hierro al cerrarse.

Munro había aconsejado a *sir* Nicholas que no presentara cargos, pese a que Danny estaba convencido de quién había sido el responsable de que tres policías le esperaran la última vez que había aterrizado en Heathrow. Munro había añadido, en uno de aquellos escasos momentos en que bajaba la guardia:

—Pero si su tío Hugo le causa más problemas en el futuro la suerte está echada.

Danny intentó en vano dar las gracias a Munro por todo lo que había hecho «a lo largo de los años» (piensa como Nick), pero se quedó sorprendido por su respuesta.

—No estoy seguro de a quién me ha gustado más derrotar, si a su tío Hugo o a ese cerdo de Desmond Galbraith.

La guardia continuaba baja. Danny siempre había pensado en la suerte de tener al señor Munro de su lado, pero hasta hacía poco no había caído en la cuenta de lo que significaría tenerle de contrincante.

Cuando sirvieron el café, Danny pidió a Fraser Munro que fuera el albacea del patrimonio familiar, así como su asesor legal. El abogado inclinó la cabeza.

—Como desee, *sir* Nicholas —dijo.

Danny también dejó claro que Dunbroathy Hall y los terrenos circundantes serían donados al National Trust for Scotland y que estaba dispuesto a aportar fondos,

siempre que fuera necesario, para su mantenimiento.

—Justo lo que su abuelo había previsto —señaló Munro—. Aunque no me cabe duda de que su tío Hugo, con la ayuda del señor Galbraith, habría encontrado algún método ingenioso de saltarse ese compromiso.

Danny estaba empezando a preguntarse si el señor Munro habría tomado alguna copa de más. No podía imaginar cómo reaccionaría el viejo abogado si descubriera lo que tenía pensado para otro miembro de su profesión.

El avión aterrizó en Heathrow justo después de las once. Danny tendría que haber tomado el vuelo de las ocho y cuarenta minutos, pero había dormido más de la cuenta por primera vez desde hacía semanas.

Alejó a Spencer Craig de su mente cuando el avión aterrizó en la pista. Se desabrochó el cinturón y se sumó a los demás pasajeros que esperaban en el pasillo a que la puerta se abriera. Esta vez, no habría policías esperándole en la pista. Después de que el caso llegara a un prematuro final, Hunsacker le había dado una palmada en la espalda al juez y le había ofrecido un puro. El juez Sanderson se quedó sin palabras unos momentos, pero consiguió recuperarse y rechazar la oferta con educación.

Danny dijo a Hunsacker que, si se hubiera quedado en Ginebra, la colección de *sir* Alexander también habría ido a parar a sus manos, porque Hugo se la habría vendido de buen grado, y quizá a un precio más bajo.

—Pero entonces no habría cumplido el pacto que hice con su abuelo —contestó Hunsacker—. Ahora he hecho algo para compensarle por su amabilidad y sus astutos consejos durante tantos años.

Una hora después, Gene se fue a Texas en su avión privado, acompañado de ciento setenta y tres álbumes encuadernados en piel que Danny sabía que le mantendrían ocupado durante todo el viaje, y probablemente el resto de su vida.

Cuando Danny subió al expreso de Heathrow, sus pensamientos derivaron hacia Beth. Deseaba con desesperación verla de nuevo. Maupassant expresaba a la perfección sus sentimientos: «¿De qué sirve el triunfo si no puedes compartirlo con nadie?». Pero oyó que Beth preguntaba: «¿De qué sirve la venganza, ahora que tienes tanto por vivir?». Él le habría recordado primero a Bernie, y después a Nick, quien también tenía tanto por lo que vivir. Beth se daría cuenta de que el dinero no significaba nada para él. Habría cambiado de buen grado hasta el último penique por...

Si el reloj pudiera volver atrás...

Si hubieran ido al West End la noche siguiente... Si no hubieran elegido aquel *pub* en particular...

Si se hubieran marchado por la puerta de delante... Si...

El expreso de Heathrow entró en la estación de Paddington diecisiete minutos después. Danny consultó su reloj: aún le quedaban un par de horas antes de su entrevista con la señorita Bennett. Esta vez, la estaría esperando en recepción mucho antes de la hora de la cita. Las palabras del juez todavía resonaban en sus oídos: «Hoy

mismo firmaré una orden para que sea encerrado durante otros cuatro años si vuelve a infringir las condiciones de su libertad condicional en el futuro».

Aunque saldar cuentas con los tres Mosqueteros era la principal prioridad de Danny, tendría que dejarla de lado un tiempo para ocuparse de sus estudios, y así cumplir la promesa hecha a Nick Incluso estaba empezando a preguntarse si Spencer Craig había intervenido de algún modo en la muerte de Nick. ¿Habría asesinado Leach al hombre que no debía, como Big Al había insinuado?

El taxi le dejó delante de su casa de The Boltons. Por primera vez, Danny se sintió como si estuviera en casa. Pagó la carrera abrió la puerta y descubrió a un vagabundo tumbado ante la puerta de la casa.

—Este va a ser tu día de suerte —dijo Danny, mientras sacaba la cartera.

El hombre adormilado iba vestido con una camisa a rayas azules y blancas abierta en el cuello, un par de vaqueros gastados y unos zapatos negros a los que debía de haber sacado brillo aquella mañana. Se movió y levantó la cabeza.

—Hola, Nick.

Danny le estrechó entre sus brazos, justo cuando Molly abría la puerta. La mujer puso los brazos en jarras.

—Dijo que era amigo suyo —explicó—, pero aun así le dije que esperara fuera.

—Es mi amigo —confirmó Danny—. Molly, te presento a Big Al.

Molly ya había preparado un guiso irlandés para Nick, y como su ración era demasiado grande, había más que suficiente para los dos.

—Cuéntamelo todo —dijo Danny en cuanto se sentaron a la mesa de la cocina.

—No hay mucho que contar, Nick —dijo Big Al entre bocado y bocado—. Como a ti, me dejaron en libertad al cumplir la mitad de la sentencia. Gracias a Dios que me echaron, de lo contrario quizá me habría quedado allí durante el resto de mi vida. —Dejó a regañadientes la cuchara y sonrió—. Y ambos sabemos quién fue el responsable de eso.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Danny.

—De momento ninguno, pero dijiste que viniera a verte cuando saliera. —Hizo una pausa—. Espero que me dejes quedar a pasar la noche.

—Quédate tanto tiempo como quieras —dijo Danny—. Mi ama de llaves preparará el cuarto de invitados —añadió con una sonrisa.

—No soy su ama de llaves —replicó Molly—. Soy una mujer de la limpieza, que de vez en cuando cocina.

—Ya no, Molly. Ahora eres el ama de llaves, además de cocinera, a diez libras la hora. —Molly se quedó sin habla—. Además, tendrás que contratar a una mujer de la limpieza para que te ayude, ahora que Big Al va a vivir con nosotros.

—No, no —dijo Big Al—. Me iré de aquí en cuanto encuentre trabajo.

—Eras chófer en el ejército, ¿verdad? —preguntó Danny.

—Fui tu chófer durante cinco años —susurró Big Al, cabeceando en dirección a Molly.

—En ese caso, has recuperado tu antiguo trabajo —dijo Danny.

—Pero usted no tiene coche —le recordó Molly.

—Entonces, tendré que comprar uno —concedió Danny—. ¿Y quién mejor para aconsejarme? —añadió, mientras guiñaba el ojo a Big Al—. Siempre he querido un BMW —dijo—. Al haber trabajado en un taller, sé el modelo exacto...

Big Al se llevó un dedo a los labios.

Danny sabía que Big Al tenía razón. El triunfo del día anterior debía de habersele subido a la cabeza, y empezaba a comportarse como Danny... un error que no podía permitirse con demasiada frecuencia. Piensa como Danny, actúa como Nick. Volvió a su mundo irreal.

—Será mejor que vayas a comprarte ropa —dijo a Big Al— antes incluso de pensar en un coche.

—Y jabón —añadió Molly, al tiempo que llenaba el plato de Big Al por tercera vez.

—Así Molly podrá frotarte la espalda.

—No haré tal cosa —dijo Molly—. Será mejor que vaya a preparar uno de los cuartos de invitados, si el señor Big Al va a estar con nosotros... unos cuantos días. Danny y Big Al rieron, mientras la mujer se quitaba el delantal y salía de la cocina.

En cuanto la puerta se cerró, Big Al se inclinó hacia Nick.

—¿Aún estás pensando en dar su merecido a los hijos de puta que...?

—Sí —dijo Danny en voz baja—, y no habrías podido aparecer en mejor momento.

—¿Cuándo empezamos?

—Tú empezarás dándote un baño, y luego irás a comprarte ropa —dijo Danny. Sacó la cartera por segunda vez—. De momento, tengo una cita con mi agente de la libertad condicional.

—¿Cómo ha pasado este mes, Nicholas? —fue la primera pregunta de la señorita Bennett. Danny intentó contener la risa.

—He estado ocupado solucionando aquellos problemas familiares de los que le hablé en nuestra última reunión —contestó.

—¿Y todo salió tal como había planeado?

—Sí, gracias, señorita Bennett.

—¿Ha encontrado trabajo ya?

—No, señorita Bennett. En la actualidad me estoy concentrando en mis estudios de empresariales en la Universidad de Londres.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Pero la beca no será suficiente para vivir...

—Voy tirando —dijo Danny.

La señorita Bennett volvió a su lista de preguntas.

—¿Aún vive en la misma casa?

—Sí.

—Entiendo. Creo que tal vez debería pasar a verla en algún momento, solo para asegurarme de que cumple los requisitos mínimos que exige el Ministerio del Interior.

—Será bienvenida a cualquier hora que le vaya bien —dijo Danny. Leyó la siguiente pregunta:

—¿Se ha relacionado con excompañeros de la cárcel?

—Sí —dijo Danny, consciente de que ocultar algo a su agente de libertad vigilada sería considerado una violación de sus condiciones—. Mi antiguo chófer ha sido puesto en libertad, y está viviendo conmigo.

—¿Hay espacio suficiente en la casa para los dos?

—Más que suficiente, gracias, señorita Bennett.

—¿Tiene trabajo?

—Sí, será mi chófer.

—Creo que ya tiene bastantes problemas, Nicholas, para ir gastando bromitas.

—Pero es la verdad, señorita Bennett. Mi abuelo me ha dejado suficientes fondos para permitirme contratar a un chófer.

La señorita Bennett miró las preguntas que el Ministerio del Interior esperaba que formulara en sus entrevistas mensuales. No parecía que hubiera nada sobre contratar a un chófer. Probó de nuevo.

—¿Se ha sentido tentado de cometer un delito desde nuestra última entrevista?

—No, señorita Bennett.

—¿Ha tomado drogas?

—No, señorita Bennett.

—¿Está cobrando del paro en la actualidad?

—No, señorita Bennett.

—¿Necesita cualquier otro tipo de ayuda de su agente de libertad condicional?

—No, gracias, señorita Bennett.

La señorita Bennett había llegado al final de su lista de preguntas, pero solo había transcurrido la mitad del tiempo que dedicaba a cada exrecluso a su cargo.

—¿Por qué no me cuenta qué ha estado haciendo durante este mes? —preguntó desesperada.

—Tendré que dejarte marchar —dijo Beth, recurriendo a un eufemismo que el señor Thomas siempre utilizaba cuando despedía a algún empleado.

—Pero ¿por qué? —preguntó Trevor Sutton—. Si me voy, se quedará sin encargado. A menos que ya haya encontrado a un sustituto.

—No tengo intención de sustituirte —anunció Beth—. Desde la muerte de mi padre, el taller ha estado perdiendo dinero sin parar. No puedo permitir que esta situación se perpetúe —añadió siguiendo el guión que el señor Thomas le había preparado.

—Pero no me ha concedido tiempo suficiente para demostrar mi valía —protestó Sutton.

Beth deseó que Danny estuviera sentado en su lugar, pero si Danny hubiera estado con ella, el problema nunca se habría planteado.

—Si los próximos tres meses son como los tres últimos —dijo Beth—, me quedaré sin negocio.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Sutton, al tiempo que se inclinaba hacia delante y apoyaba los codos sobre la mesa—. Porque una cosa sí que sé: el jefe nunca me habría tratado así.

La mención a su padre irritó a Beth, pero el señor Thomas le había aconsejado que intentara ponerse en el sitio de Trevor, e imaginar cómo debía de sentirse, sobre todo porque nunca había trabajado en otro sitio desde que salió de Clement Atdee.

—He hablado con Monty Hughes —dijo Beth, intentando conservar la calma—, y me ha asegurado que te encontrará un sitio entre su personal.

Lo que no añadió era que el señor Hugues solo tenía disponible un trabajo de aprendiz de mecánico, lo cual significaría una pérdida de salario considerable para Trevor.

—Estupendo —dijo el joven, irritado—, pero ¿y la indemnización? Conozco mis derechos.

—Estoy dispuesta a pagarte tres meses de sueldo —contesto Beth—, y también te daré referencias en las que conste que has sido uno de los empleados más trabajadores.

«Y de los más estúpidos», había añadido Monty Hughes cuando Beth fue a consultarle. Mientras esperaba la respuesta de Trevor, recordó las palabras de Danny: «pero solo porque no sabe sumar». Beth abrió el cajón del escritorio de su padre y extrajo un abultado sobre y una sola hoja de papel. Abrió el sobre y vació su contenido sobre el escritorio. Sutton contempló la pila de billetes de cincuenta libras y se humedeció los labios, mientras intentaba calcular cuánto dinero había sobre la mesa. Beth deslizó sobre la mesa la carta de despido que el señor Thomas le había preparado la tarde anterior.

—Si firmas aquí —dijo, y apoyó el dedo sobre una línea de puntos—, las siete mil libras serán tuyas.

Trevor vaciló, mientras Beth intentaba disimular lo ansiosa que estaba porque firmara el despido. Esperaba que Trevor eligiera el dinero, pero tuvo la sensación de que transcurría una eternidad hasta que el joven tomó el bolígrafo y escribió las dos únicas palabras que sabía deletrear con seguridad. De pronto, se apoderó del dinero, sin decir ni una palabra más, dio media vuelta y salió del despacho.

En cuanto Trevor cerró la puerta a su espalda, Beth exhaló un suspiro de alivio, que habría despejado todas las dudas de Sutton sobre la posibilidad de haber exigido más de siete mil libras, aunque la verdad era que la retirada de aquella cantidad de dinero del banco había casi vaciado la cuenta del taller. Lo único que podía hacer

Beth ahora era vender el local lo antes posible.

El joven agente de la propiedad inmobiliaria que había examinado el taller le había asegurado que debía de valer al menos doscientas mil libras. Al fin y al cabo, era un bien raíz, situado en un emplazamiento excelente, a dos pasos de la City. Doscientas mil libras solucionarían todos los problemas económicos de Beth, y quedaría lo suficiente para asegurar que Christy recibiera la educación que Danny y ella siempre habían deseado para ella.

Danny estaba leyendo *Tax Limitation, Inflation and the Role of Government*, de Milton Friedman, y tomando notas del capítulo sobre el ciclo de la propiedad y los efectos del patrimonio negativo, cuando el teléfono sonó. Después de dos horas de estudiar, estaba empezando a pensar que cualquier cosa sería mejor que el profesor Friedman. Descolgó el teléfono y oyó una voz de mujer.

—Hola, Nick. Soy una voz del pasado.

—Hola, voz del pasado —dijo Danny, mientras intentaba con desesperación adjudicar un nombre a la voz.

—Dijiste que irías a verme mientras estuviera de gira. Bien, sigo buscando entre el público y aún no te he visto.

—¿Dónde estás actuando en este momento? —preguntó Danny, que seguía devanándose los sesos, pero ningún nombre acudía en su rescate.

—Cambridge, el teatro Arts.

—Estupendo, ¿en qué obra?

—Una mujer sin importancia.

—Oscar Wilde de nuevo —dijo Danny, consciente de que no le quedaba mucho más tiempo.

—Nick, no te acuerdas de mi nombre, ¿verdad?

—No seas tonta, Katie —recordó, justo a tiempo—. ¿Cómo podría olvidar a mi suplente favorita?

—Bien, ahora soy la protagonista, y esperaba que vinieras a verme.

—Eso suena bien —dijo Danny, mientras pasaba las páginas de su agenda, aunque sabía que tenía casi todas las noches libres—. ¿Qué tal el viernes?

—Inmejorable. Podríamos pasar el fin de semana juntos.

—Debo volver a Londres para una reunión el sábado por la mañana —dijo Nick, mirando la página en blanco de su agenda.

—Pues entonces, tendrá que ser otra función de una sola noche —dijo Katie—. Sobreviviré. —Danny no contestó—. El telón se levanta a las siete y media. Te dejaré una entrada en la taquilla. Ven solo, porque no tengo la intención de compartirla con nadie.

Danny colgó el teléfono y contempló la fotografía de Beth que descansaba sobre la esquina de su escritorio, en un marco de plata.

—Hay tres hombres que suben por el camino de entrada —anunció Molly mientras miraba por la ventana de la cocina—. Parecen extranjeros.

—Son totalmente inofensivos... —la tranquilizó Danny—. Acompáñales hasta el salón y diles que me reuniré con ellos dentro de un momento.

Danny subió corriendo la escalera hasta su estudio, cogió los tres expedientes en

los que había estado trabajando para preparar la reunión y después volvió abajo.

Los tres hombres que le estaban esperando parecían idénticos en todo, salvo en la edad. Vestían trajes azul oscuro a medida, camisa blanca y corbatas anodinas, y cada uno llevaba un maletín de piel. Nadie les miraría si se los cruzara por la calle, lo cual les complacía.

—Me alegro mucho de volver a verle, barón —dijo Danny. De Coubertin inclinó la cabeza.

—Nos conmovió su invitación a visitarle en su hermosa casa, *sir* Nicholas. Permítame presentarle a *monsieur* Bresson, director del banco, y a *monsieur* Segat, responsable de nuestras cuentas principales.

Danny estrechó la mano de los tres hombres, y Molly reapareció con una bandeja de té y pastas.

Caballeros —dijo Danny cuando se sentaron—, tal vez podría empezar pidiéndoles que me pongan al día sobre el actual estado de mi cuenta.

—Desde luego —respondió *monsieur* Bresson, al tiempo que abría una carpeta marrón sin la menor inscripción—. Su cuenta número uno arroja un saldo de poco más de cincuenta y siete millones de dólares, que en la actualidad están acumulando un interés del 2,75 por ciento al año. Su cuenta número dos —continuó— tiene un saldo de poco más de un millón de dólares. En el banco la llamábamos la cuenta de los sellos, ya que su abuelo la utilizaba siempre que quería aumentar su colección sin previo aviso.

—Pueden fundir las dos cuentas —dijo Danny—, porque no pienso comprar sellos. —Bresson asintió—. Debo decirle, *monsieur* Bresson, que considero inaceptable un interés del 2,75, y que en el futuro invertiré mi dinero de una forma mejor.

—¿Puede decirnos en qué ha pensado? —preguntó Segat.

—Sí —respondió Danny—. Invertiré en tres sectores: propiedades inmobiliarias, títulos y acciones, y quizá bonos, que en este momento producen un interés global del 7,12 por ciento. También dejaré aparte una pequeña cantidad, que en ningún momento ascenderá a más del diez por ciento de mi saldo total, para operaciones especulativas.

—Dadas las circunstancias —dijo Segat—, le aconsejo que divida el dinero en tres cuentas distintas, de modo que no pueda seguirse el rastro hasta usted, y que nombre a tres directores nominales como sus representantes.

—¿Dadas las circunstancias? —repitió Danny.

—Desde el 11-S, los norteamericanos y los ingleses muestran mucho interés por cualquiera que mueva grandes cantidades de dinero. No sería prudente que su nombre apareciera en su radar.

—Bien pensado —admitió Danny.

—Suponiendo que acepte nuestro consejo —añadió Bresson—, ¿puedo preguntarle si deseará utilizar la experiencia del banco para administrar sus

inversiones? Lo digo porque nuestro departamento de propiedad inmobiliaria, por ejemplo, emplea a más de cuarenta expertos en dicha especialidad, siete de ellos en Londres, que en la actualidad manejan una cartera de valores de algo menos de cien mil millones de dólares, y nuestro departamento de inversiones es mucho más amplio.

—Aprovecharé todo cuanto puedan ofrecerme —dijo Danny—, y no vacilen en avisarme si piensan que estoy tomando una decisión equivocada. Sin embargo, durante los dos últimos años he dedicado una cantidad considerable de tiempo a seguir los avatares de veintiocho empresas en particular, y he decidido invertir parte de mi capital en once de ellas.

—¿Cuál será su política en relación a adquirir acciones de dichas empresas? —preguntó Segat.

—Quiero que compren pequeñas cantidades cada vez que salgan al mercado, nunca de manera agresiva, pues no deseo influir en él. Además, no quiero llegar a poseer más del dos por ciento de una empresa.

Danny entregó a Bresson una lista de empresas de las que había seguido la evolución mucho antes de escapar de la cárcel. Bresson recorrió los nombres con el dedo y sonrió.

—Nosotros también hemos seguido de cerca los movimientos de varias de estas empresas, pero me fascina ver que ha identificado una o dos que aún no habíamos tenido en consideración.

—En ese caso, haga el favor de volver a analizarlas, y si alberga alguna duda, dígamelo. —Danny levantó uno de sus expedientes—. En cuanto a la propiedad inmobiliaria, mi intención es actuar con agresividad. Y espero que procedan con celeridad si un pago inmediato asegura un precio más razonable.

Bresson le dio una tarjeta. No llevaba nombre, ni dirección, tan solo un número de teléfono.

—Esta es mi línea privada. Podemos enviar por giro postal cualquier cantidad de dinero que necesite a cualquier país del mundo con solo pulsar un botón. Y cuando llame, no será necesario que diga su nombre, pues la línea se activa por la voz.

—Gracias —dijo Danny, y guardó la tarjeta en un bolsillo interior—. También necesito su consejo sobre un asunto más apremiante, es decir, mis gastos cotidianos. No tengo el menor deseo de que el inspector de Hacienda meta la nariz en mis negocios. Pero como vivo en esta casa y doy empleo a un ama de llaves y a un chófer, mientras se supone que subsisto gracias a una beca de estudios, es posible que el radar de Hacienda me haya detectado.

—¿Puedo proponer algo? —preguntó De Coubertin—. Una vez al mes transferíamos cien mil libras a una cuenta de Londres de su abuelo. Procedían de un fondo fiduciario que habíamos establecido a su nombre. Pagaba los impuestos de dichos ingresos, y hasta llevaba a cabo algunas pequeñas transacciones por mediación de una empresa registrada en Londres.

—Me gustaría continuar con ese sistema —dijo Danny—, ¿qué debo hacer?

De Coubertin extrajo una delgada carpeta de su maletín, sacó una hoja de papel y señaló una línea de puntos.

—Si firma aquí, *sir* Nicholas —dijo—, le aseguro que todo se organizará y se administrará a su entera satisfacción. Lo único que necesitaré saber es a qué banco deberíamos enviar la transferencia mensual.

—Coutts and Co, en el Strand —dijo Danny.

—Igual que su abuelo —asintió el presidente.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Cambridge? —le preguntó Danny a Big Al momentos después de que los tres banqueros suizos se marcharan.

—Una hora y media. Deberíamos irnos pronto, jefe.

—Bien —dijo Danny—. Iré a cambiarme y a preparar la bolsa de viaje.

—Molly ya lo ha hecho —anunció Big Al—. La guardaré en el maletero.

El tráfico del viernes por la noche era intenso; hasta que entraron en la M11 Big Al no pudo rebasar los cuarenta y cinco kilómetros por hora. Llegaron al King's Parade minutos antes de que se levantara el telón.

Danny había estado tan agobiado durante las últimas semanas, que esta iba a ser su primera visita al teatro desde que había visto a Lawrence Davenport en *La importancia de llamarse Ernesto*.

Lawrence Davenport. Aunque Danny había empezado a forjar planes para sus tres enemigos, cada vez que pensaba en Davenport, Sarah acudía a su memoria. Era consciente de que habría vuelto a Belmarsh de no ser por ella, y también de que debería verla de nuevo, pues podía abrirle puertas de las que no tenía la llave.

Big Al detuvo el coche delante del teatro.

—¿A qué hora volveremos a Londres, jefe?

—Todavía no lo he decidido —contestó Danny—, pero no será antes de medianoche.

Recogió su entrada en la taquilla, pagó tres libras por un programa y siguió a un grupo de rezagados hasta la platea. En cuanto localizó su asiento, empezó a pasar las páginas del programa. Había tenido la intención de leer la obra antes de la velada, pero se había quedado sin abrir sobre su escritorio mientras intentaba estudiar las teorías de Milton Friedman.

Danny paró en una página que exhibía una foto grande y glamurosa de Katie Benson. Al contrario que muchas actrices, no era una fotografía tomada años atrás. Leyó el breve resumen de sus éxitos. Estaba claro que Una mujer sin importancia era el papel más importante de su breve carrera.

Cuando se levantó el telón, Danny penetró en otro mundo, y decidió que en el futuro iría al teatro más a menudo. Cómo deseaba que Beth estuviera sentada a su lado y compartiera este placer... Katie estaba en el escenario, arreglando la

disposición de unas flores en un jarrón, pero él solo podía pensar en Beth. No obstante, a medida que avanzaba la obra, tuvo que admitir que la interpretación de Katie era exquisita, y pronto se sumergió en la historia de una mujer que sospechaba que su marido le era infiel.

Durante el descanso, Danny tomó una decisión, y cuando bajó el telón, el señor Wilde incluso le había enseñado cómo proceder. Esperó a que el teatro se vaciara, antes de encaminarse a la entrada de artistas. El portero le dirigió una mirada suspicaz cuando le preguntó si podía ver a la señorita Benson.

—¿Cómo se llama? —preguntó el portero, y consultó su tablilla.

—Nicholas Moncrieff.

—Ah, sí. Le está esperando. Camerino siete, primera planta. Danny subió la escalera con parsimonia, y cuando llegó a la puerta señalada con un 7 esperó un momento antes de llamar.

—Entra —dijo una voz que recordaba. Abrió la puerta y vio a Katie sentada delante de un espejo, vestida solo con sujetador y unas bragas negras. Se estaba quitando el maquillaje.

—¿Espero fuera? —preguntó.

—No seas tonto, querido. No tengo nada nuevo que enseñarte y en cualquier caso, esperaba despertar algunos recuerdos —añadió la joven, al tiempo que se volvía hacia él. Se levantó y se puso un vestido negro, con el que aún estaba más deseable.

—Has estado maravillosa —dijo Danny sin convicción.

—¿Estás seguro, querido? —preguntó ella, mientras le miraba con más atención —. No pareces muy convencido.

—Oh, sí —dijo Danny—. Me ha gustado mucho la obra.

Katie le miró fijamente.

—Algo no va bien.

—Debo volver a Londres. Un asunto urgente.

—¿Un viernes por la noche? Vamos, Nick, busca una excusa mejor.

—Es que...

—Otra mujer, ¿verdad?

—Sí —admitió Danny.

—Entonces, ¿por qué te has tomado la molestia de venir? —dijo ella encolerizada, y le dio la espalda.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

—No te molestes en pedir disculpas, Nick. No podías haber dejado más claro que soy una mujer sin importancia.

—Lo siento, jefe, pero ¿no habías dicho que no nos iríamos antes de medianoche? —dijo Big Al, mientras terminaba una hamburguesa.

—He cambiado de opinión.

—Pensaba que eso era prerrogativa de las mujeres.

—Así ha sido —dijo Danny.

Cuando llegaron a la M11 un cuarto de hora después, Danny ya se había dormido. No despertó hasta que el coche se detuvo en un semáforo de Mile End Road. Si Danny hubiera despertado unos momentos antes, habría pedido a Big Al que tomara una dirección diferente.

El semáforo cambió, y después pasaron una sucesión de semáforos en verde, como si alguien más supiera que Danny no debería estar allí. Se reclinó en el asiento y cerró los ojos, aunque sabía que no podría dejar de echar un vistazo fugaz a unos cuantos lugares conocidos: la escuela Clement Attlee, la iglesia de St. Mary y, por supuesto, el taller de Wilson.

Abrió los ojos y se arrepintió al instante.

—No es posible —dijo—. Detente, Al.

Big Al obedeció y se volvió para ver si su jefe estaba bien. Danny contemplaba la calle con incredulidad, Big Al intentó adivinar qué estaba mirando, pero no veía nada extraño.

—Espera aquí —dijo Danny, al tiempo que abría la puerta—. Solo tardaré un par de minutos.

Danny cruzó la calle, se paró y miró un cartel pegado a la pared. Sacó un bolígrafo y un pedazo de papel de un bolsillo interior y apuntó el número que había debajo de las palabras se vende. Cuando vio que algunos parroquianos salían de un *pub* cercano, cruzó de nuevo la calle y se reunió con Big Al delante del coche.

—Larguémonos de aquí —dijo sin más explicaciones.

Danny pensó en pedirle a Big Al que le llevara al East End el sábado por la mañana para echar otro vistazo, pero sabía que no podía correr el riesgo de que alguien le reconociera.

Un plan empezó a formarse en su mente, y el domingo por la noche casi estaba completado. Habría que seguir todos los pasos al pie de la letra. Un error, y los tres deducirían qué estaba tramando. No obstante, los actores secundarios, los suplentes, tendrían que estar en sus puestos mucho antes de que a los tres actores principales se les diera entrada al escenario.

Cuando Danny despertó el lunes por la mañana y bajó a desayunar, dejó *The Times* sin abrir sobre la mesa de la cocina. Repasó en su mente lo que había que hacer, ya que no podía permitirse el lujo de plasmar por escrito sus intenciones. Si

cuando Danny salió de la cocina Arnold Pearson le hubiera preguntado qué le había preparado Molly para desayunar, no habría podido contestar. Volvió a su estudio, cerró la puerta con llave y se sentó al escritorio. Descolgó el teléfono y marcó el número de la tarjeta.

—En algún momento del día tendré que mover una pequeña cantidad de dinero, y de prisa —dijo.

—Comprendido.

—También necesitaré que alguien me asesore sobre la transacción de un local.

—Se pondrán en contacto con usted más tarde.

Danny colgó el teléfono y consultó su reloj. Nadie estaría en el despacho antes de las nueve. Paseó por la habitación, repasando las preguntas que formularía, preguntas que no debían sonar preparadas. A las nueve y un minuto, sacó el pedazo de papel del bolsillo y marcó el número.

—Douglas Alien Spiro —respondió una voz pastosa.

—Tienen un cartel de «Se vende» en un local de Mile End Road —dijo Danny.

—Le pasaré con el señor Parker, que se encarga de los inmuebles de esa zona.

Danny oyó un clic.

—Roger Parker al habla.

—Tienen un local en venta en Mile End Road —repitió Danny.

—Tenemos varios locales en esa zona, señor. ¿Puede ser más concreto?

—El taller Wilson.

—Ah, sí, un local de primera clase. Ha pertenecido a la misma familia durante más de cien años.

—¿Desde cuándo está en venta?

—No hace mucho, y bastantes personas se han interesado por él.

—¿Desde cuándo? —repitió Danny.

—Cinco, tal vez seis meses —admitió Parker.

Danny se maldijo cuando pensó en la angustia que habría padecido la familia de Beth, y él no había hecho nada por ayudarles. Deseaba hacer muchas preguntas, pero sabía que el señor Parker no podría contestarlas.

—¿Qué precio piden?

—Doscientos mil —dijo Parker—, más o menos, totalmente equipado. ¿Puede darme su nombre, señor?

Danny colgó el teléfono. Se levantó y se acercó a un estante que contenía tres carpetas con las inscripciones «Craig, Davenport y Payne». Tomó el expediente de Gerald Payne y buscó el teléfono del socio más joven de la historia de la inmobiliaria de Baker, Tremlett y Smythe, tal como el señor Arnold Pearson había sido tan amable de informarle. Pero Danny no pretendía hablar ese día con Payne. Payne tenía que acudir a él, desesperado por participar en el negocio. Se dedicaría al mensajero. Marcó el número.

—Baker, Tremlett y Smythe.

—Estoy pensando en comprar un local en Mile End Road.

Le pondré con el departamento que gestiona la zona este de Londres.

Oyó un clic al otro extremo de la línea. ¿Descubriría algún día quien descolgara el teléfono que había sido elegido al azar como mensajero, y que no deberían recaer las culpas en él cuando más tarde se produjera el terremoto?

—Gary Hall. ¿En qué puedo ayudarle?

—Señor Hall, soy *sir* Nicholas Moncrieff. Me estaba preguntando —despacio, muy despacio— si he dado con el hombre indicado.

—Dígame lo que necesita, señor, y veré si puedo ayudarle.

—Hay un local en venta en Mile End Road que me gustaría comprar, pero no quiero tratar directamente con el agente inmobiliario del vendedor.

—Comprendo, señor. Confíe en mi discreción.

Eso espero, pensó Danny.

—¿En qué número de Mile End Road se encuentra el local?

—Uno cuatro tres —contestó Danny—. Es un taller, el taller Wilson.

—¿Quiénes son los agentes inmobiliarios del vendedor?

—Douglas Alien Spiro.

—Hablaré con mi homólogo de allí y averiguaré todos los detalles —afirmó Hall—. Le llamaré más tarde.

—Más tarde estaré por su zona —dijo Danny—. Podríamos tomar un café juntos.

—Por supuesto, *sir* Nicholas. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

A Danny solo se le ocurrió un lugar que él conociera cercano a las oficinas de Baker, Tremlett y Smythe.

—El Dorchester —dijo—. ¿Le va bien a las doce?

—Nos vemos allí a las doce, *sir* Nicholas.

Danny siguió sentado ante el escritorio. Puso tres marcas en la larga lista que tenía delante, pero aún necesitaba que varios actores más estuvieran en sus puestos antes de mediodía, si quería estar preparado para el señor Hall. El teléfono del escritorio empezó a sonar. Danny descolgó.

—Buenos días, *sir* Nicholas —dijo una voz—. Me ocupo del departamento de la propiedad inmobiliaria del banco en Londres.

Big Al condujo a Danny a Park Lane, y frenó ante la entrada del Dorchester a las once y media. Un portero bajó los escalones y abrió la puerta posterior del coche. Danny bajó.

—Soy *sir* Nicholas Moncrieff —anunció mientras subía los peldaños—. Estoy esperando a un invitado que se reunirá conmigo a eso de las doce, el señor Hall. ¿Podría decirle que estaré en el salón?

Sacó la cartera y entregó al portero un billete de diez libras.

—Por supuesto, señor —dijo el portero, y se quitó el sombrero de copa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Danny.

—George.

—Gracias, George —dijo Danny, atravesó las puertas giratorias y entró en el hotel.

Se detuvo en el vestíbulo y se presentó al jefe de los conserjes. Tras una breve conversación con Walter, se desprendió de otro billete de diez libras.

Siguiendo el consejo de Walter, Danny se encaminó al salón y esperó a que el *maître* le atendiera. Esta vez, Danny sacó un billete de diez libras de la cartera antes de formular su solicitud.

—¿Quiere que le acomode en uno de los saloncitos privados, *sir* Nicholas? Me encargaré de que acompañen al señor Hall en cuanto llegue. ¿Le apetece algo mientras espera?

—Un ejemplar de *The Times* y un chocolate caliente —dijo Danny.

—Por supuesto, *sir* Nicholas.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Danny.

—Mario, señor.

George, Walter y Mario se habían convertido sin comerlo ni beberlo en miembros de su equipo, por un precio de treinta libras. Danny buscó la sección de negocios de *The Times* para ver cómo iban sus inversiones, mientras esperaba a que apareciera el ingenuo señor Hall. Cuando faltaban dos minutos para las doce, Mario apareció a su lado.

—*Sir* Nicholas, su invitado ha llegado.

—Gracias, Mario —respondió Danny, como si fuera un cliente habitual.

—Es un placer conocerle, *sir* Nicholas —dijo Hall, mientras se sentaba frente a Danny.

—¿Qué le apetece tomar, señor Hall? —preguntó Danny.

—Solo café, gracias.

—Un café, y para mí lo de siempre, Mario, gracias.

—Por supuesto, *sir* Nicholas.

El joven que había llegado para reunirse con Danny iba vestido con un traje beige, camisa verde y corbata amarilla. A Gary Hall nunca le habrían ofrecido un empleo en la Banque de Coubertin. Abrió el maletín y sacó una carpeta.

—Creo que tengo toda la información que necesita, *sir* Nicholas —dijo Hall, al tiempo que abría la carpeta—. Mile End Road, número 143. Era un taller, propiedad de un tal señor George Wilson, fallecido recientemente.

Danny palideció al pensar en las consecuencias provocadas por la muerte de Bernie; un solo incidente había cambiado tantas vidas...

—¿Se encuentra bien, *sir* Nicholas? —preguntó Hall con expresión de auténtica preocupación.

—Sí, estoy bien —dijo Danny, ya recuperado—. ¿Estaba diciendo...? —añadió, mientras un camarero dejaba una taza de chocolate caliente delante de él.

—Después de que el señor Wilson se jubilara, llevó el negocio durante dos años un hombre llamado... —Hall consultó el expediente, aunque Danny habría podido decírselo—. Trevor Sutton. Pero durante ese tiempo el taller acumuló considerables deudas, de modo que la propietaria decidió acabar con las pérdidas y ponerlo en venta.

—¿La propietaria?

—Sí, el inmueble pertenece ahora a... —Consultó su expediente una vez más—. La señorita Elizabeth Wilson, hija del anterior propietario.

—¿Qué precio pide? —preguntó Danny.

—El local mide aproximadamente unos cuatrocientos cincuenta metros cuadrados, pero si pretende hacer una oferta, podría ir a confirmar las medidas exactas. —Cuatrocientos treinta y un metros cuadrados, habría podido informarle Danny—. Hay una casa de empeños a un lado y un almacén de alfombras turcas al otro.

—¿Qué precio pide? —repitió Danny.

—Oh, sí, lo siento. Doscientas mil, incluido todo el equipamiento, pero estoy convencido de que podría adquirirlo por ciento cincuenta mil. El local no ha despertado gran interés, y hay un taller que tiene mucho más éxito al otro lado de la calle.

—No puedo perder el tiempo con regateos —dijo Danny—, de modo que escuche con atención. Estoy dispuesto a pagar el precio que pide, y también quiero que tanteé a los propietarios de la casa de empeños y del almacén de alfombras, pues tengo la intención de hacer una oferta por sus locales.

—Por supuesto, *sir* Nicholas —aceptó Hall, mientras tomaba nota de todas sus palabras. Vaciló un momento—. Necesitaré un depósito de veinte mil libras antes de proceder.

—Cuando regrese a la oficina, señor Hall, habré depositado doscientas mil libras en su cuenta de clientes. —Hall no parecía muy convencido, pero forzó una leve sonrisa—. En cuanto haya averiguado lo de las otras dos propiedades, llámeme.

—Sí, *sir* Nicholas.

—Una cosa debe quedar clara —dijo Danny—. La propietaria nunca tiene que saber con quién está tratando.

—Puede confiar en mi discreción, *sir* Nicholas.

—Eso espero —recalcó Danny—, porque descubrí que no podía confiar en la discreción de la última empresa con la que mantuve tratos, y así perdieron a un cliente.

—Comprendo —dijo Hall—. ¿Cómo me pongo en contacto con usted? —Danny sacó su cartera y le dio una tarjeta recién salida de la imprenta—. Y por fin, *sir* Nicholas, ¿puedo preguntarle qué abogados le representarán en esta transacción?

Era la primera pregunta que Danny no había previsto. Sonrió.

—Munro, Munro y Carmichael. Solo debe tratar con el señor Fraser Munro, el

socio mayoritario; es quien se encarga de todos mis asuntos personales.

—Por supuesto, *sir* Nicholas —dijo Hall. Se levantó en cuanto tomó nota del nombre—. Será mejor que vuelva cuanto antes a la oficina y hable con los agentes de la vendedora. Danny vio que Hall salía a toda prisa, sin haber tocado el café. Estaba seguro de que dentro de una hora toda la oficina habría oído hablar del excéntrico *sir* Nicholas Moncrieff; el cual estaba claro que tenía más dinero que sentido común. Sin duda tomarían el pelo al joven Hall por haber perdido la mañana, hasta que descubrieran las doscientas mil libras en la cuenta de clientes.

Danny abrió el móvil y marcó el número.

—Sí —dijo una voz.

—Quiero que transfieran doscientas mil libras a la cuenta de clientes de Baker, Tremlett y Smythe de Londres.

—Comprendido.

Danny cerró el teléfono y pensó en Gary Hall. Muy pronto descubriría que la señora Isaacs deseaba desde hacía años que su marido vendiera la casa de empeños, y que el almacén de alfombras apenas cubría gastos, por lo que los señores Kamal anhelaban jubilarse y volver a Ankara, para poder pasar más tiempo con su hija y sus nietos.

Mario depositó la cuenta con discreción sobre la mesa. Danny dejó una generosa propina. Necesitaba que se acordaran de él. Cuando cruzó la recepción, se detuvo para dar las gracias al jefe de los conserjes.

—Ha sido un placer, *sir* Nicholas. Avíseme si puedo serle útil en el futuro.

—Gracias, Walter. Puede que así sea.

Danny atravesó las puertas giratorias y salió a la calle. George corrió hacia el coche que esperaba y abrió la puerta de atrás. Danny sacó otro billete de diez libras.

—Gracias, George.

George, Walter y Mario eran ahora miembros del reparto, aunque solo se había representado el primer acto.

Danny sacó del estante el expediente con la inscripción «Davenport» y lo dejó sobre el escritorio. Volvió la primera página.

Davenport, Lawrence, actor — páginas 2-11 Davenport, Sarah, hermana, abogada — páginas 12-16 Duncan, Charlie, productor — páginas 17-20.

Buscó la página 17. Otro actor secundario estaba a punto de entrar a formar parte de la siguiente producción de Lawrence Davenport. Danny marcó su número.

—Charles Duncan Productions.

—Con el señor Duncan, por favor.

—¿De parte de quién?

—De Nick Moncrieff.

—Le paso, señor Moncrieff.

—Estoy intentando recordar dónde nos conocimos —dijo una voz al otro extremo de la línea.

—En el Dorchester, durante la fiesta de clausura de *La importancia de llamarse Ernesto*.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. ¿Qué se le ofrece? —preguntó una voz suspicaz.

—Estoy pensando en invertir en su siguiente producción —dijo Danny—. Un amigo mío aportó unos miles de libras a Ernesto y me dijo que había obtenido buenos beneficios, así que pensé que este era el momento ideal para...

No podría haber llamado en mejor momento —reconoció Duncan—. Tengo lo que usted necesita, amigo. ¿Por qué no nos encontramos en el Ivy para echarnos algo al colete y hablamos del asunto?

¿Era posible que alguien utilizara semejantes expresiones?, pensó Danny. En ese caso, aquello iba a ser más fácil de lo que había imaginado.

—No, permita que le lleve yo a comer, amigo —dijo Danny—. Debe de estar muy ocupado, de modo que tal vez sería tan amable de llamarme cuando esté libre.

—Vaya, qué curioso —señaló Duncan—. Acabo de cancelar una cita para mañana, de modo que si usted estuviera libre...

—Pues sí —dijo Danny, antes de lanzar el anzuelo—. ¿Por qué no viene al *pub* de mi barrio?

—¿Al *pub* de su barrio? —repitió Duncan, en tono poco entusiasta.

—Sí, el Palm Court Room del Dorchester. ¿A la una?

—Ah, sí, por supuesto. Nos veremos a la una —confirmó Duncan—. Es *sir* Nicholas, ¿verdad?

—Llámeme Nick —dijo Danny, colgó el teléfono y anotó la cita en su agenda.

El profesor Amirkhan Mori sonrió con benevolencia cuando contempló el abarrotado auditorio. Sus clases siempre atraían a un numeroso público, y no solo porque impartiera sabiduría y conocimiento, sino porque lograba hacerlo con humor. Danny había tardado un tiempo en darse cuenta de que al profesor le gustaba incitar a la discusión; profería afirmaciones escandalosas para ver qué reacciones despertaba en sus alumnos.

—Habría sido mejor para la estabilidad económica de nuestra nación que John Maynard Keynes no hubiera nacido nunca. Creo que no hizo nada que valiera la pena en toda su vida.

Se alzaron veinte manos.

—Moncrieff —dijo—. ¿Qué ejemplo nos puede ofrecer del legado de Keynes del que pudiera sentirse orgulloso?

—Fundó el Teatro de las Artes de Cambridge —respondió Danny, con la esperanza de seguirle el juego al profesor.

—También interpretó a Orsino en *Noche de reyes* cuando estudiaba en el King's College —observó Mori—, pero eso fue antes de demostrar al mundo que era lógico, desde un punto de vista económico, que los países ricos invirtieran y alentaran a los países en vías de desarrollo. —El reloj de pared dio la una—. Ya estoy harto de vosotros —dijo el profesor. Bajó del estrado y desapareció por las puertas batientes entre risas y aplausos.

Danny sabía que no tenía tiempo de comer algo rápido en la cantina, si no quería llegar tarde a la entrevista con su agente de la condicional, pero mientras salía corriendo del salón de actos encontró al profesor Mori esperando en el pasillo.

—Me pregunto si podríamos hablar un momento, Moncrieff —dijo Mori, y sin esperar la respuesta se alejó por el pasillo. Danny le siguió hasta su despacho, preparado para defender las ideas de Milton Friedman, pues sabía que su último trabajo no seguía las opiniones expresadas por el profesor sobre la cuestión—. Siéntese, muchacho. Le ofrecería una copa, pero la verdad es que no tengo nada que valga la pena beber —reconoció—. Pero hablemos de cosas más importantes. Quería saber si ha pensado en presentarse al premio de ensayo Jennie Lee Memorial.

—No lo he pensado —admitió Danny.

—Pues debería hacerlo —dijo el profesor Mori—. Es usted de lejos el estudiante más brillante de su promoción, lo cual no es decir mucho, pero de todos modos creo que podría ganar el premio. Si tiene tiempo, debería planteárselo muy en serio.

—¿Cuáles son los requisitos? —preguntó Danny, para quien los estudios eran tan solo la segunda prioridad de su vida. El profesor cogió un folleto que descansaba sobre su escritorio, volvió la primera página y empezó a leer en voz alta.

—«El ensayo debería tener no menos de diez mil palabras, y no más de veinte mil, sobre un tema elegido por el aspirante, y debería entregarse antes de concluir el

primer trimestre».

—Me halaga que me considere capacitado —dijo Danny.

—Lo único que me sorprende es que sus profesores de Loretto no le aconsejaran ir a Edimburgo o a Oxford, en lugar de alistarse en el ejército. A Danny le habría gustado decirle al profesor que nadie de la escuela Clement Attlee había ido a Oxford, ni siquiera el director.

—Tal vez preferiría pensárselo —sugirió el profesor—. Avíseme cuando haya tomado una decisión.

—Por supuesto —dijo Danny, mientras se levantaba para marcharse—. Gracias, profesor.

En cuanto se encontró en el pasillo, Danny empezó a correr hacia la entrada. Cuando atravesó las puertas, se sintió tranquilizado al ver a Big Al esperando junto al coche.

Danny meditó sobre las palabras del profesor Mori, mientras Big Al seguía el Strand y atravesaba el Malí, camino de Notting Hill Gate. Sobrepasaba constantemente el límite de velocidad, porque no quería que su jefe llegara tarde a la cita. Danny había dejado claro que prefería pagar una multa de tráfico que pasar otros cuatro años en Belmarsh. Fue mala suerte que Big Al frenara delante de la oficina de libertad condicional justo cuando la señorita Bennett bajaba del autobús. Miró a través de la ventanilla del coche, mientras Danny intentaba esconderse detrás del corpachón de Big Al.

—Debe de pensar que has robado un banco —dijo Big Al—, y que yo soy tu cómplice.

—Robé un banco —le recordó Danny.

Danny tuvo que esperar en recepción más rato del habitual, hasta que la señorita Bennett le indicó que entrara en su despacho. En cuanto se sentó en la silla de plástico al otro lado de la mesa de formica, la mujer habló.

—Antes de empezar, Nicholas, tal vez pueda explicarme de quién es el coche con el que ha llegado esta tarde.

—Es mío —contestó Danny.

—¿Y quién era el conductor? —preguntó la señorita Bennett.

—Es mi chófer.

—¿Cómo puede permitirse un BMW y tener un chófer, cuando solo declaró como fuente de ingresos su beca de estudios? —preguntó la mujer.

—Mi abuelo me legó un fondo fiduciario, por el cual me pagan al mes unas cien mil libras y...

—Nicholas —interrumpió la señorita Bennett—, estas entrevistas son una oportunidad para que se sincere sobre cualquier problema que le haya surgido, y así podamos ofrecerle consejo y ayuda. Le voy a conceder otra oportunidad de contestar a mis preguntas con sinceridad. Si continúa actuando de esta manera frívola, no tendré otra alternativa que hacerlo constar en mi siguiente informe al Ministerio del

Interior, y ambos sabemos cuáles serán las consecuencias. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, señorita Bennett —dijo Danny, y recordó lo que Big Al le había dicho cuando se había enfrentado al mismo problema con su agente de la condicional. «Diles lo que quieren oír, jefe. La vida es mucho más fácil así».

—Se lo preguntaré una vez más. ¿Quién es el propietario del coche en el que ha llegado esta tarde?

—El hombre que lo conducía —contestó Danny.

—¿Es amigo suyo o trabaja para él?

—Lo conocí cuando estuve en el ejército, y como llegaba tarde, se ofreció a traerme.

—¿Puede decirme si tiene otra fuente de ingresos, aparte de la beca de estudios?

—No, señorita Bennett.

—Así está mejor —dijo la señorita Bennett—. ¿Ve lo bien que van las cosas cuando colabora? Bien, ¿desea hablar de algo más conmigo?

Danny estuvo tentado de contarle su encuentro con los tres banqueros suizos, explicarle cómo pensaba comprar un local o informarle también de lo que tenía previsto para Charlie Duncan.

—Mi profesor quiere que me presente al premio de ensayo Jennie Lee Memorial, y quiero saber qué me aconseja usted —fue su opción.

La señorita Bennett sonrió.

—¿Cree que mejorará sus posibilidades de ser profesor?

—Sí, supongo que sí —dijo Danny.

En ese caso, creo que debería presentarse.

—Le estoy muy agradecido, señorita Bennett.

—De nada —contestó ella—. Al fin y al cabo, para eso estoy.

La imprevista visita nocturna de Danny a Mile End Road había reavivado esas brasas que los condenados a cadena perpetua llaman sus demonios. Regresar al Old Bailey a plena luz del día significaría afrontar un reto mayor todavía.

Cuando Big Al entró con el coche en St. Paul's Yard, Danny alzó la vista hacia la estatua erguida sobre el Tribunal Penal Central: una mujer intentaba mantener en equilibrio un par de balanzas. Cuando Danny había examinado su agenda para saber si podía comer con Charlie Duncan, recordó cómo había pensado pasar aquella mañana. Big Al dejó atrás la entrada pública, giró al final de la calle y se dirigió hacia la parte posterior del edificio, donde aparcó delante de una puerta con el rótulo entrada de visitantes.

En cuanto terminó los trámites de seguridad, Danny subió la escalinata de piedra que conducía al lugar destinado al público desde donde se dominaban las diferentes salas. Al llegar al último piso, un funcionario del tribunal ataviado con una larga toga

negra de director de escuela le preguntó si sabía a qué sala quería ir.

—A la número cuatro —dijo al funcionario, que inmediatamente señaló el pasillo, la segunda puerta de la derecha.

Danny siguió sus instrucciones y entró. Un puñado de espectadores (familiares y amigos del acusado, además de los curiosos habituales) estaban sentados en un banco de la primera fila, mirando la sala. No se sentó con ellos.

El acusado no interesaba a Danny. Había ido a ver cómo se manejaba su adversario en su propio campo. Se sentó en un extremo de la última fila. Como un asesino avezado, gozaba de una vista perfecta de su presa, mientras que Spencer Craig habría tenido que volverse y mirar hacia el público si hubiera querido verle, aunque, para él, Danny solo habría sido una mancha irrelevante en su paisaje.

Danny estudió cada movimiento de Craig, como hace un boxeador con un contrincante, en busca de defectos, de sus puntos débiles. Craig delataba pocos a simple vista, sobre todo a los ojos de alguien inexperto. A medida que avanzaba la mañana, llegó a la conclusión de que era hábil, astuto y despiadado, todas ellas armas necesarias para la profesión que había elegido. Pero también daba la impresión de que estaba dispuesto a tensar los límites de la ley hasta el punto de ruptura, si ello era necesario para su caso; Danny lo había aprendido a su costa. Sabía que, cuando llegara el momento de enfrentarse a Craig, tendría que aguzar su inteligencia al máximo, porque su contrincante no se rendiría hasta exhalar el último suspiro.

Danny pensó que, ahora que sabía casi todo lo que debía saber sobre Spencer Craig, debía redoblar la cautela. Si bien contaba con la ventaja de haberse preparado y del elemento sorpresa, también le lastraba la desventaja de haber osado irrumpir en un territorio que Craig consideraba su hábitat natural, mientras que Danny solo hacía unos pocos meses que lo habitaba. Cada día que pasaba, el papel que interpretaba se le antojaba más real, de modo que ahora nadie que se cruzaba con él dudaba de que fuera *sir* Nicholas Moncrieff. Pero Danny recordó que Nick había escrito en su diario que, siempre que te enfrentas a un enemigo hábil, debes llevarle fuera de su terreno, para que no se sienta cómodo, porque entonces es cuando tienes más probabilidades de pillarle por sorpresa.

Danny había estado poniendo a prueba sus habilidades cada día, pero hacerse invitar a una fiesta de actores, dar la impresión de que era cliente habitual del Dorchester, engañar a un joven agente de la propiedad inmobiliaria y convencer a un productor teatral de que tal vez invertiría en su última producción, no eran más que las rondas preliminares de una larga competición en la que Craig era sin duda el cabeza de serie. Si Danny bajaba la guardia un momento, el hombre que se estaba pavoneando en la sala del tribunal no vacilaría en atacar de nuevo, y esta vez se ocuparía de que Danny fuera enviado a Belmarsh hasta el fin de sus días.

Tenía que atraer a ese hombre hasta un pantano del que no pudiera escapar. Charlie Duncan podría ayudarle a despojar a Lawrence Davenport de las admiradoras que le adoraban. Gary Hall podría provocar que Gerald Payne quedara humillado ante

los ojos de sus colegas y amigos. Pero haría falta mucho más para lograr que Spencer Craig no acabara su carrera de abogado sentado en un juicio con peluca y toga roja, mientras le llamaban señoría, sino de pie en el banquillo de los acusados y condenado por asesinato por un jurado de ciudadanos.

—**B**uenos días, George —dijo Danny cuando el portero abrió la puerta trasera del coche para que bajara.

—Buenos días, *sir* Nicholas.

Danny entró en el hotel y saludó con la mano a Walter mientras atravesaba la zona de recepción. El rostro de Mario se iluminó en cuanto vio a su cliente favorito.

—¿Un chocolate caliente y *The Times*, *sir* Nicholas? —preguntó en cuanto Danny se hubo acomodado en su reservado.

—Gracias, Mario. También quisiera reservar una mesa para comer mañana a la una, en algún lugar donde nadie pueda oírnos.

—Ningún problema, *sir* Nicholas.

Danny se reclinó en su asiento y pensó en la reunión que estaba a punto de celebrarse. Sus asesores del departamento de propiedades inmobiliarias de la Banque de Coubertin le habían llamado tres veces en el curso de la semana anterior: nada de nombres, ni cháchara, solo hechos y consejos ponderados. No solo habían conseguido un precio razonable por la casa de empeños y el almacén de alfombras, sino que también habían llamado su atención sobre una parcela de tierra estéril situada detrás de los tres locales y que pertenecía al ayuntamiento del barrio. Danny no les dijo que conocía al dedillo el terreno, porque cuando era niño había jugado de delantero centro, con Bernie en la portería, en su partido particular de final de copa.

También le informaron de que, durante algunos años, el comité de urbanismo del ayuntamiento había querido construir «pisos asequibles» en aquella parcela concreta, pero con un taller de coches tan cerca, el comité de sanidad y seguridad había vetado el proyecto. Los detalles de las reuniones importantes del comité habían llegado en un sobre marrón a la mañana siguiente. Danny tenía planes para solucionar sus problemas.

—Buenos días, *sir* Nicholas.

Danny levantó la vista del periódico.

—Buenos días, señor Hall —dijo, mientras el joven se sentaba frente a él.

Hall abrió su maletín y extrajo un grueso expediente con la inscripción Moncrieff. Sacó un documento y se lo dio a Danny.

—Estas son las escrituras del taller Wilson —explicó—. Hemos firmado los contratos cuando me he reunido con la señorita Wilson esta mañana. —Danny pensó que su corazón iba a dejar de latir—. Una joven encantadora, que pareció aliviada de sacudirse el problema de encima.

Danny sonrió. Beth depositaría doscientas mil libras en su sucursal de la sociedad de servicios financieros HSBC, satisfecha de ver que recibiría un 4,5 por ciento de intereses al año, aunque él sabía quién se beneficiaría más de aquella ganancia inesperada.

—¿Y los edificios adyacentes? —preguntó—. ¿Ha hecho algún progreso?

—Ante mi sorpresa —dijo Hall—, creo que podemos cerrar un trato con ambos. —Danny no estaba sorprendido—. El señor Isaacs dice que cedería la casa de empeños por doscientas cincuenta mil libras, mientras que el señor Kamal pide trescientas sesenta mil por el almacén de alfombras. Juntos doblarían el tamaño de su local, y nuestro personal de inversiones calcula que el valor del conjunto podría duplicar su desembolso inicial.

—Pague al señor Isaacs el precio que pide. Ofrezca al señor Kamal trescientas mil y acepte trescientas veinte mil.

—Creo que podríamos conseguir un trato mejor —objetó Hall.

—Ni se le ocurra —dijo Danny—. Quiero que cierre ambos tratos el mismo día, porque si el señor Kamal descubriera lo que estamos tramando, aumentaría sus exigencias.

—Comprendido —dijo Hall, mientras continuaba tomando nota de las instrucciones de Danny.

—En cuanto haya cerrado ambos tratos, infórmeme de inmediato para que pueda iniciar negociaciones con el ayuntamiento sobre la parcela que hay detrás de los tres locales.

—Podríamos incluso preparar algunos planos preliminares antes de contactar con ellos —propuso Hall—. Sería un sitio ideal para un pequeño bloque de oficinas, incluso un supermercado.

—No, señor Hall —dijo Danny con firmeza—. Si hiciera eso, estaría perdiendo su tiempo y mi dinero. —Hall adoptó una expresión avergonzada—. Hay un Sainsbury's a solo cien metros de distancia, y si estudia el plan de desarrollo a diez años vista del ayuntamiento para esa zona, comprobará que los únicos proyectos a los que están concediendo permiso de obras son viviendas asequibles. Mi experiencia me dice que, si consigue hacer pensar a un ayuntamiento que algo se le ha ocurrido a él, tiene más probabilidades de alcanzar un acuerdo. No sea codicioso, señor Hall. Recuerde que esa fue otra equivocación que cometió mi agente anterior.

—Lo recordaré —dijo Hall.

Los asesores de Danny habían hecho tan bien sus deberes, que no tuvo dificultades en dar sopas con onda a Hall.

—Entretanto, hoy depositaré quinientas setenta mil libras en su cuenta de clientes, para que pueda cerrar ambos tratos lo antes posible; pero no lo olvide, el mismo día, y sin que ninguna de ambas partes se entere de la venta del otro, y desde luego, sin que se enteren de quién está detrás de la operación.

—No le decepcionaré —afirmó Hall.

—Eso espero —dijo Danny—, porque si lleva a buen puerto esta pequeña empresa, he estado trabajando en algo mucho más interesante. Sin embargo, como existe un elemento de riesgo necesitaré el apoyo de uno de sus socios, de preferencia alguien joven, que tenga agallas e imaginación.

—Conozco al hombre adecuado —dijo Hall. Danny no se molestó en añadir: «Y

yo también».

—¿Cómo estás, Beth? —preguntó Alex Redmayne, mientras se levantaba de detrás del escritorio y la acompañaba hasta una cómoda butaca situada junto al fuego.

—Estoy bien, gracias, señor Redmayne. Alex sonrió y se sentó a su lado.

—Nunca logré que Danny me llamara Alex —dijo—, aunque me gusta pensar que, hacia el final, éramos amigos. Tal vez tendré más éxito contigo.

—La verdad, señor Redmayne, es que Danny era todavía más tímido que yo. Tímido y testarudo. No debe pensar que, porque no le tutee, no le considere un amigo.

—Ojalá estuviera ahora sentado aquí, diciéndome eso —se lamentó Alex—, aunque sentí una gran alegría cuando me escribiste para que nos viéramos.

—Quería pedirle consejo —dijo Beth—, pero hasta hace poco no he estado en situación de hacerlo.

Alex se inclinó hacia delante y tomó su mano. Sonrió cuando vio su alianza, que no se había puesto en la ocasión anterior.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quería comentarle que algo raro pasó cuando fui a Belmarsh para recoger las pertenencias de Danny.

—Debió de ser una experiencia terrible —dijo Alex.

—En algunos aspectos fue bastante peor que el funeral —contestó Beth—. Cuando salía, me topé con el señor Pascoe.

—¿Te topaste, o estaba merodeando por allí con la esperanza de verte? —preguntó Alex.

—Es posible, pero no estoy segura. ¿Existe alguna diferencia?

—Todo un mundo —dijo Alex—. Ray Pascoe es un hombre decente e imparcial, que nunca dudó de la inocencia de Danny. En una ocasión me dijo que había conocido a miles de asesinos, y que Danny no era uno de ellos. ¿Qué te dijo?

—Eso es lo raro. Me dijo que tenía la sensación de que a Danny le gustaría que limpiaran su nombre, en lugar de «le habría gustado». ¿No cree que es extraño?

—Un lapsus, tal vez —comentó Alex—. ¿Insististe sobre el particular?

—No —dijo Beth—. Cuando me paré a pensarlo, ya se había ido.

Alex guardó silencio un rato, mientras meditaba sobre las implicaciones de las palabras de Pascoe.

—Solo se puede hacer una cosa, si aún deseas limpiar el nombre de Danny: solicitar a la reina el indulto.

—¿El indulto?

—Sí. Si es posible convencer a los magistrados del Tribunal Supremo de que se ha cometido una injusticia, el Lord Canciller puede recomendar a la reina que sea revocada la decisión del tribunal de apelación. Era bastante frecuente en los días de la

pena capital, aunque ahora es mucho más raro.

—¿Cuáles serían las posibilidades de que el caso de Danny fuera tenido en consideración? —preguntó Beth.

—No suele ocurrir que se conceda la solicitud de un indulto, aunque hay muchas personas, incluso en puestos importantes, convencidas de que con Danny se cometió una injusticia, yo incluido.

—Parece olvidar, señor Redmayne, que yo estaba en el *pub* cuando Craig provocó la pelea, yo estaba en el callejón cuando atacó a Danny, y yo sostenía a Bernie en mis brazos cuando me dijo que era Craig quien le había apuñalado. Mi historia nunca ha variado ni un ápice, no porque, como insinuó el señor Pearson, hubiera preparado hasta la última palabra mi declaración, sino porque estaba diciendo la verdad. Hay otras tres personas que saben que digo la verdad, y una cuarta, Toby Mortimer, que confirmó mi historia días antes de que se quitara la vida, pero pese a sus esfuerzos en la vista de la apelación, el juez ni siquiera quiso escuchar la cinta. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Alex no contestó de inmediato; tardó un momento en recuperarse de la andanada de Beth.

—Si pudieras iniciar otra campaña entre los amigos de Danny —logró articular por fin—, como la que organizaste cuando estaba vivo, se produciría un escándalo si los magistrados del Tribunal Supremo no reabrieran el caso. Pero —continuó—, si decides seguir ese camino, Beth, será un viaje largo y azaroso, y si bien será un placer para mí ofrecer mis servicios gratuitamente, no saldrá barato.

—El dinero ya no significa ningún problema —dijo Beth con firmeza—. Hace poco he conseguido vender el taller por mucho más de lo que había creído posible. He reservado la mitad del dinero para la educación de Christy, y me encantaría emplear la otra mitad en intentar reabrir el caso, si usted cree que existe una ínfima posibilidad de limpiar su nombre.

Alex se inclinó hacia delante una vez más y tomó su mano.

—Beth, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Lo que sea. Cuando Danny hablaba de usted, siempre decía: «Es una joya, puedes contárselo todo».

—Lo considero todo un cumplido, Beth. Me infunde confianza para preguntarte algo que me tortura desde hace tiempo. —Beth alzó la vista, mientras sus mejillas se encendían—. Eres una mujer joven y hermosa, Beth, con extraordinarias cualidades que Danny descubrió. Pero ¿no crees que ha llegado el momento de seguir adelante? Han transcurrido seis meses desde la muerte de Danny.

—Siete meses, dos semanas y cinco días —dijo Beth, y agachó la cabeza.

—Él no quería que le lloraras hasta el fin de tus días.

—No —repuso Beth—. Incluso intentó romper nuestra relación después de que rechazaran su apelación, pero no lo dijo en serio, señor Redmayne.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Alex. Abrió el bolso, sacó la última

carta que Danny le había enviado y se la dio a Alex.

—Es casi imposible leerla —dijo el abogado.

—¿Por qué?

—Conoces demasiado bien la respuesta, Beth. Tus lágrimas... —No, señor Redmayne, no son mis lágrimas. Aunque he leído la carta cada día durante casi ocho meses, esas lágrimas no las derramé yo, sino el hombre que la escribió. Sabía cuánto le quería. Habríamos compartido la vida aunque solo hubiéramos podido pasar juntos un día al mes. Le habría esperado feliz veinte años, y más, con la esperanza de que al fin podría pasar el resto de mi vida con el único hombre al que siempre amaré. Adoré a Danny desde el día que le conocí, y nadie ocupará su lugar. Sé que no puedo recuperarle, pero me bastaría poder demostrar su inocencia al resto del mundo.

Alex se levantó, caminó hacia su escritorio y cogió un expediente. No quería que Beth viera las lágrimas que caían por sus mejillas. Miró por la ventana la estatua de una mujer con los ojos vendados erguida sobre el edificio; sostenía unas balanzas frente al mundo.

—Escribiré al Lord Canciller hoy mismo —dijo en voz baja.

—Gracias, Alex.

Danny estaba sentado a una mesa del rincón un cuarto de hora antes de su cita con Duncan. Mario había elegido el lugar ideal para que nadie les oyera. Danny necesitaba formularle muchas preguntas, todas archivadas en su memoria.

Danny estudió la carta para familiarizarse con ella antes de que llegara su invitado. Esperaba que Duncan fuera puntual. Al fin y al cabo, anhelaba con desesperación que Danny invirtiera en su última producción. Tal vez, en el futuro, incluso fuera capaz de deducir el motivo de que le hubiera invitado a comer...

A la una menos dos minutos, Charlie Duncan entró en el restaurante Palm Court con una camisa, sin corbata y fumando un cigarrillo: una caricatura animada de Bateman^[14]. El *maître* habló con él unos instantes antes de ofrecerle un cenicero. Duncan apagó el cigarrillo, mientras el *maître* buscaba en un cajón de su escritorio y sacaba tres corbatas a rayas, todas a juego con la camisa rosa salmón de Duncan. Danny reprimió una sonrisa. De haber sido un partido de tenis, habría perdido el primer set en un abrir y cerrar de ojos. El *maître* acompañó a Duncan hasta la mesa de Danny. Este tomó nota mentalmente de doblar la propina.

Danny se levantó para estrechar la mano de Duncan; sus mejillas estaban ahora del mismo color de la camisa.

—No cabe duda de que eres un cliente habitual —dijo, al tiempo que tomaba asiento—. Todo el mundo te conoce.

—Mi padre y mi abuelo siempre se alojaban aquí cuando venían de Escocia —dijo Danny—. Es una especie de tradición familiar.

—¿A qué te dedicas, Nick? —preguntó Duncan, mientras le echaba un vistazo a la carta—. No recuerdo haberte visto antes en el teatro.

—Estaba en el ejército —contestó Danny—, de modo que he pasado mucho tiempo en el extranjero. No obstante, desde la muerte de mi padre, he asumido la responsabilidad del patrimonio familiar.

—¿Nunca habías invertido en el teatro? —preguntó Duncan, mientras el *sommelier* presentaba a Danny una botella de vino. Danny estudió la etiqueta un momento, y después asintió.

—¿Qué tomará hoy, *sir* Nicholas? —preguntó Mario.

—Lo de costumbre —replicó Danny—. Vuelta y vuelta —añadió, recordando que Nick había utilizado aquella expresión ante los que servían tras el calientaplatos de Belmarsh. Provocó tantas carcajadas que los carceleros estuvieron a punto de dar parte de él. El *sommelier* sirvió un poco de vino en la copa de Danny. Este aspiró el aroma antes de beber, y volvió a asentir. Otra cosa que Nick le había enseñado, con la ayuda de un zumo Ribena, agua y una taza de plástico para verter el líquido.

—Yo tomaré lo mismo —dijo Duncan, al tiempo que cerraba la carta y la devolvía al jefe de comedor—, pero el mío en su punto.

—La respuesta a tu pregunta es no —dijo Danny—, nunca había invertido en una obra teatral. Me encantaría descubrir cómo funciona este mundo.

—Lo primero que debe hacer un productor es elegir una obra —informó Duncan—. Inédita, preferiblemente de un dramaturgo consagrado, o la reposición de un clásico. Su siguiente problema es encontrar una estrella.

—¿Como Lawrence Davenport? —preguntó Danny, al tiempo que brindaba con Duncan.

—No, eso fue una ocasión única. Lawrence Davenport no es un actor de teatro. Con una comedia ligera se defiende, siempre que esté respaldado por una buena compañía. Pero ¿aún puede llenar un teatro?

Estábamos empezando a flojear hacia el final de las representaciones —admitió Duncan—, en cuanto los admiradores del doctor Beresford se agotaron. La verdad, si no vuelve a la televisión pronto, no podrá llenar ni una cabina telefónica.

—¿Cómo funciona la cuestión financiera? —preguntó Danny, que ya había obtenido respuesta a tres de sus preguntas.

—En la actualidad, para estrenar una obra en el West End son precisas alrededor de cuatrocientas o quinientas mil libras. En cuanto un productor ha elegido una obra, ha contratado a una estrella y ha alquilado el teatro, y no siempre es posible hacer las tres cosas al mismo tiempo, confía en sus ángeles para reunir el capital.

—¿Cuántos ángeles tienes? —preguntó Danny.

—Cada productor tiene su propia lista, que guarda como oro en paño. Yo tengo unos setenta ángeles que suelen invertir en todas mis producciones —dijo Duncan, mientras dejaban un filete delante de él.

—¿Y cuánto invierten por término medio? —preguntó Danny, mientras servía a Duncan otra copa de vino.

—En una producción normal, las cifras rondan las diez mil libras.

—De modo que necesitas cincuenta ángeles por obra.

—Eres bueno con los números, ¿eh? —dijo Duncan, mientras cortaba el filete. Danny se maldijo. No debía bajar la guardia. Se apresuró a continuar.

—¿Cuánto gana un ángel, un cliente?

—Si el teatro se llena al sesenta por ciento durante todas las representaciones, conseguirá recuperar el dinero. Por encima de esa cifra, puede recibir buenos dividendos. Por debajo, puede perder hasta los calzoncillos.

—¿Cuánto cobran las estrellas? —preguntó Danny.

—Poco, según los estándares habituales, es la respuesta. A veces, quinientas por semana. Ese es el motivo de que muchas de ellas hagan televisión, anuncios o incluso voz en off, antes que dedicarse al trabajo de verdad. A Davenport solo le pagamos mil.

—¿Mil por semana? —preguntó Danny—. Me asombra que aceptara.

—A nosotros también —admitió Duncan, mientras el camarero encargado de servir el vino vaciaba la botella. Danny asintió cuando la alzó con expresión

inquisitiva.

—Buen vino —aprobó Duncan. Danny sonrió—. El problema de Larry es que no le han ofrecido muchos papeles en los últimos tiempos, y al menos Ernesto mantuvo su nombre en el candelero durante semanas. Las estrellas de la televisión, al igual que los futbolistas, se acostumbran pronto a ganar miles de libras a la semana, por no hablar del estilo de vida que les proporciona. Pero en cuanto les cierran el grifo, aunque hayan acumulado algunos bienes, no tardan en quedarse sin dinero en metálico. Ha sido un problema para muchos actores, sobre todo para los que se creen su propia publicidad y no guardan nada para los años de vacas flacas; después se encuentran ante una declaración de Hacienda gigantesca.

Otra pregunta contestada.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Danny, pues no deseaba demostrar excesivo interés por Lawrence Davenport, no fuera a despertar las sospechas de Duncan.

—Estoy montando una obra de un nuevo dramaturgo llamado Antón Kaszubowski. Ganó varios premios en el Festival de Edimburgo el año pasado. Se titula Bling Bling, y tengo el presentimiento de que es lo que el West End anda buscando. Varios nombres importantes ya han mostrado interés, y espero hacer un anuncio oficial dentro de pocos días. En cuanto sepa quién va a ser el protagonista, te informaré. —Jugueteó con la copa—. ¿Qué cifra estás pensando invertir? —preguntó.

—Empezaría con una suma pequeña —contestó Danny—, digamos diez mil. Si sale bien, podría convertirme en un inversor habitual.

—Sobrevivo gracias a los habituales —confesó Duncan mientras vaciaba la copa—. Me pondré en contacto contigo en cuanto haya contratado al protagonista. Por cierto, siempre doy una pequeña fiesta para los inversores cuando lanzo un nuevo espectáculo, lo cual suele atraer inevitablemente a algunas estrellas. Podrás ver a Larry de nuevo. O a su hermana, en función de tus inclinaciones.

—¿Algo más, *sir* Nicholas? —preguntó el *maître*.

Danny habría pedido una tercera botella, pero Charlie Duncan ya había contestado a todas sus preguntas.

—Solo la cuenta, gracias, Mario.

Después de que Big Al le llevara a The Boltons, Danny subió a su estudio y sacó el expediente de Davenport de la estantería. Dedicó la siguiente hora a tomar notas. En cuanto hubo apuntado todos los datos interesantes que Duncan le había revelado, devolvió el expediente a su sitio, entre el de Craig y el de Payne, y regresó a su escritorio.

Empezó a releer su intento de escribir un ensayo que fuera digno de un premio, pero al cabo de pocos párrafos sus sospechas de que no era lo bastante bueno para impresionar al profesor Mori, y mucho menos a un jurado, se confirmaron. Lo único

bueno del tiempo invertido en ese trabajo era que había ocupado interminables horas de espera antes de poder efectuar su siguiente movimiento. Tenía que evitar la tentación de acelerar los acontecimientos, pues ello podría conducirle a cometer un error fatal.

Transcurrirían varias semanas antes de que Gary Hall consiguiera cerrar de manera adecuada los dos tratos de Mile End Road, sin que ninguno de los vendedores supiera qué estaba tramando. Como buen pescador, Danny lanzaba su anzuelo con un único propósito: no atrapar a los pequeños peces que están cerca de la superficie, como Hall, sino tentar al pez gordo, como Gerald Payne, y lograr que saltara fuera del agua.

También tenía que esperar a que Charlie Duncan contratara a una estrella para su nuevo espectáculo, antes de encontrarse de nuevo con Lawrence Davenport sin despertar sospechas. También tenía que esperar... Sonó el teléfono. Danny descolgó.

—Creo que hemos encontrado una posible solución para aquel problema del que nos habló —dijo una voz—. Deberíamos reunirnos.

La línea enmudeció. Danny estaba empezando a descubrir por qué los banqueros suizos continuaban encargándose de las cuentas de los ricos que valoraban la discreción. Cogió la pluma, volvió a su ensayo y trató de pensar en una frase inicial más llamativa.

John Maynard Keynes debía de conocer sin duda la popular canción «Ain't We Got Fun», con su encantador verso: «No hay nada más seguro, los ricos se hacen ricos y los pobres hacen hijos». Es posible que haya especulado en su aplicación a las naciones tanto como a los individuos...

—¿**F**allopia japónica?

—Sí, creemos que la *Fallopia japónica* es la respuesta —dijo Bresson—. Aunque me siento tentado de añadir que la pregunta los desconcertó a ambos.

Danny no hizo el menor intento de iluminarles, pues estaba aprendiendo a seguirles el juego a los suizos.

—¿Y cuál es la respuesta? —preguntó.

—Si se descubre *Fallopia japónica* en un terreno, el permiso de obras puede aplazarse durante un año, como mínimo. Una vez ha sido identificada, hay que traer expertos para destruir la planta, y no se puede empezar a construir hasta que el comité de sanidad y seguridad local haya declarado que la obra ha superado todas las pruebas necesarias.

—¿Cómo se deshace uno de la *Fallopia japónica*? —preguntó Danny.

—Una empresa especializada se encarga de pegar fuego al terreno. Después, hay que esperar otros tres meses para asegurarse de que ha sido destruido hasta el último rizoma, antes de volver a solicitar el permiso de obras.

—Eso no debe de salir barato.

—No, no resulta barato para el propietario del terreno. Tenemos un ejemplo clásico en Liverpool —añadió Segat—. El ayuntamiento descubrió *Fallopia japónica* en un terreno de doce hectáreas donde ya habían concedido permiso para construir cien viviendas de protección oficial. Tardó más de un año en eliminarla, y gastó más de trescientas mil libras. Cuando se construyeron las viviendas, la inmobiliaria tuvo suerte de cubrir gastos.

—¿Por qué es tan peligrosa? —preguntó Danny.

—Si no se destruye —explicó Bresson—, se abre paso hasta los cimientos de cualquier edificio, incluso de hormigón armado, y diez años después, sin previo aviso, todo el edificio se viene abajo; la consecuencia es una factura del seguro que arruinaría a cualquier empresa. En Osaka, la *Fallopia japónica* destruyó todo un bloque de apartamentos, de ahí su nombre.

—¿Cómo puedo conseguir cierta cantidad? —indicó Danny.

—Bien, no creo que la encuentre en los estantes de su centro de jardinería habitual —dijo Bresson—. Sin embargo, sospecho que cualquier empresa especializada en destruirla podría guiarle en la dirección adecuada. —Bresson hizo una pausa—. Sería ilegal plantarla en una propiedad ajena, por supuesto —dijo, y miró directamente a Danny.

—Pero no en tu propio terreno —contestó Danny, lo cual silenció a ambos banqueros—. ¿Han encontrado una solución para la otra mitad de mi problema? Fue Segat quien contestó.

—Una vez más, su petición fue, como mínimo, insólita, y entra en la categoría de

alto riesgo, por supuesto. Sin embargo, mi equipo cree que tal vez haya localizado una parcela de terreno en la zona este de Londres que cumple sus criterios. —Danny recordó que Nick le había corregido en una ocasión sobre el uso apropiado de la palabra «criterios», pero decidió no instruir a Segat—. Londres, como sin duda sabrá —continuó Segat—, ha presentado su candidatura a ser sede de los Juegos Olímpicos de 2012, y en principio, la mayor parte de los actos tendrían lugar en Stratford, la zona este de Londres. Si bien la candidatura elegida aún no está decidida, la mera posibilidad ya ha creado un amplio mercado especulativo de solares en la zona. Entre las obras que el Comité Olímpico está considerando en este momento hay una de un velódromo que podría albergar todas las competiciones ciclistas. Mis contactos me han informado de que se han identificado seis solares potenciales, de los cuales solo dos tienen probabilidades de acabar en la preselección. Usted goza de la oportunidad de adquirir ambos solares, y aunque, en principio, tendría que pagar un recargo considerable, existen muchas probabilidades de conseguir grandes beneficios.

—¿Sería muy considerable el recargo? —preguntó Danny.

—Hemos tasado los dos solares —dijo Bresson— por un millón de libras cada uno, pero los actuales propietarios piden ahora un millón y medio. Aunque si ambos acceden a la preselección, podrían acabar valorados en seis millones. Y si uno de ellos fuera el vencedor, esa suma podría duplicarse.

—Pero si no —concluyó Danny—, pierdo tres millones. —Hizo una pausa—. Tendré que examinar con mucho detenimiento su informe antes de correr el riesgo de perder esa cantidad.

—Solo tiene un mes para tomar esa decisión —dijo Bresson—, porque será entonces cuando se anuncie la preselección. Si ambos lugares son los elegidos, no podrá comprarlos a ese precio.

—Aquí encontrará todo el material que necesita para tomar la decisión —añadió Segat, y entregó a Danny dos expedientes.

—Gracias —dijo Danny—. Les informaré de mi decisión este fin de semana. —Segat asintió—. Bien, me gustaría que me pusieran al día sobre cómo progresan las negociaciones con Tower Hamlets acerca del taller Wilson, en Mile End Road.

—Nuestro abogado de Londres se reunió con el representante municipal de urbanismo la semana pasada —informó Segat—, con la intención de descubrir qué consideraría aceptable el comité si usted solicitaba un permiso de obras. El ayuntamiento siempre ha pensado en un bloque de pisos asequibles para ese terreno, pero aceptan que el promotor inmobiliario obtenga beneficios. Propone que si en esa parcela se construyen setenta pisos, un tercio deberían clasificarse como viviendas asequibles.

—Eso es matemáticamente imposible —dijo Danny. Segat sonrió por primera vez.

—No consideramos prudente especificar si se construirían sesenta y nueve o setenta y dos pisos, lo cual nos proporcionaría espacio para negociar. Sin embargo, si

aceptamos sus condiciones, nos venderían el terreno por cuatrocientas mil libras, al tiempo que nos garantizarían el permiso de obras. Sobre esa base, le recomendamos que acepte el precio de oferta, pero intente que el ayuntamiento le conceda permiso para construir noventa pisos. El responsable de planificación creía que este proyecto provocaría un acalorado debate en la sala consistorial, pero si aumentamos nuestra oferta hasta, digamos, quinientas mil libras, encontraría algún modo de recomendar nuestra propuesta.

—Si el consistorio aprobara el proyecto —continuó Bresson—, usted acabaría siendo el propietario de todo el solar por poco más de un millón de libras.

—Si lo lográramos, ¿cuál cree que debería ser mi siguiente paso?

—Tiene dos alternativas —dijo Bresson—. O venderlo a una inmobiliaria, o encargarse usted mismo del proyecto.

—No me interesa en absoluto pasarme los próximos tres años en una obra —declaró Danny—. Por tanto, una vez hayamos convenido las condiciones y se nos haya concedido el permiso de obras provisional, vendan el solar al mejor postor.

—Estoy de acuerdo en que esto sería la solución más prudente —dijo Segat—. Estoy seguro de que duplicará su inversión a corto plazo.

—Han hecho un buen trabajo —dijo Danny.

—No habríamos podido proceder con tal celeridad —indicó Segat— de no ser por sus conocimientos acerca del solar y su historia anterior. Danny no reaccionó a lo que era claramente un intento de tantear el terreno.

—Por fin, tal vez podrían ponerme al día sobre mi actual situación económica.

—Por supuesto —dijo Bresson, y extrajo otra carpeta de su maletín—. Hemos fundido las dos cuentas, tal como solicitó, y formado tres empresas comerciales, ninguna de ellas a su nombre. Su cuenta personal se eleva en la actualidad a cincuenta y cinco millones trescientos setenta y tres mil ochocientos setenta y un dólares, un poco menos que hace tres meses. Sin embargo, ha hecho diversas inversiones durante este tiempo, que a la larga deberían granjearle pingües beneficios. También hemos adquirido en su nombre algunas de las acciones que mencionó la última vez que nos vimos, que significan otra inversión de más de dos millones de libras. Encontrará los detalles en la página nueve de su carpeta verde. Además, siguiendo sus instrucciones, hemos invertido cualquier superávit de las instituciones calificadas con triple A en los mercados de divisas, que en la actualidad muestran un rendimiento anual del 11 por ciento.

Danny decidió no comentar la diferencia entre el interés del 2,75 que el banco le había pagado al principio, y el 11 por ciento que ahora acumulaba.

—Gracias —dijo—. Tal vez podríamos reunirnos de nuevo dentro de un mes.

Segat y Bresson asintieron y empezaron a recoger sus carpetas. Danny se levantó y, consciente de que ninguno de los dos banqueros deseaba hablar de trivialidades, les acompañó hasta la puerta principal.

—Volveré a ponerme en contacto con ustedes en cuanto haya tomado una

decisión sobre esos solares olímpicos.

Después de que se marcharan, Danny subió a su estudio, sacó el expediente de Gerald Payne del estante, lo dejó sobre su escritorio y dedicó el resto de la mañana a añadir todos los detalles que ayudarían a destruirle. Si comprara los dos solares, tendría que reunirse en persona con Payne. ¿Habría oído hablar de la *Fallopia japónica*?

¿Se muestran siempre los padres más ambiciosos en lo referente a sus hijos que en lo que a ellos concierne?, se preguntó Beth mientras entraba en el estudio de la directora. La señorita Sutherland se dirigió hacia ella y le estrechó la mano. La directora no sonrió cuando la invitó a sentarse en una silla, y después volvió a leer la solicitud. Beth intentó disimular su nerviosismo.

—Si no he comprendido mal, señorita Wilson —dijo la directora, haciendo énfasis en la palabra «señorita»—, espera que su hija pueda matricularse en nuestro grupo de preescolar de St. Verónica el siguiente curso, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Beth—. Creo que los estímulos que ofrece su colegio serían muy beneficiosos para Christy.

—No cabe duda de que su hija está adelantada para su edad —reconoció la señorita Sutherland, mientras echaba un vistazo a la documentación—. Sin embargo, como sin duda comprenderá, antes de ofrecerle una plaza en St. Verónica hay otras cuestiones que debo tomar en consideración.

—Por supuesto —dijo Beth, temiéndose lo peor.

—Por ejemplo, no he encontrado la menor mención al padre de la niña en la solicitud.

—No —aclaró Beth—. Murió el año pasado.

—Lo siento —dijo la señorita Sutherland, aunque no parecía nada apenada—. ¿Puedo preguntar la causa de su muerte?

Beth vaciló, pues siempre le costaba pronunciar esa palabra.

—Se suicidó.

—Entiendo —dijo la directora—. ¿Estaba casada con él en ese momento?

—No —admitió Beth—. Estábamos prometidos.

—Lamento hacerle esta pregunta, señorita Wilson, pero ¿en qué circunstancias se produjo el fallecimiento de su prometido?

—En aquel momento estaba en la cárcel —dijo Beth con un hilo de voz.

—Entiendo —dijo la señorita Sutherland—. ¿Puedo preguntar por qué delito le habían condenado?

—Asesinato —contestó Beth, convencida de que la señorita Sutherland ya sabía la respuesta de todas las preguntas que le formulaba.

—A los ojos de la Iglesia católica, tanto el crimen como el suicidio son, como sin duda sabrá, señorita Wilson, pecados mortales. —Beth no dijo nada—. También considero mi deber señalar que, en la actualidad, no hay hijos ilegítimos matriculados en St. Verónica. No obstante —continuó—, estudiaré a fondo su solicitud, y le

informaré de mi decisión en los próximos días.

En aquel momento, Beth pensó que Slobodan Milosevic tenía más posibilidades de ganar el premio Nobel de la Paz que Christy de entrar en St. Verónica. La directora se levantó de detrás del escritorio, camino hacia la puerta del estudio y la abrió.

—Adiós, señorita Wilson.

En cuanto la puerta se cerró a su espalda, Beth estalló en lágrimas. ¿Por qué los pecados del padre...?

Danny se preguntó cómo reaccionaría cuando se encontrara con Gerald Payne. No podía permitirse el lujo de expresar la menor emoción, y si perdía los estribos todas las horas dedicadas a planificar la caída de Payne no habrían servido de nada.

Big Al detuvo el coche ante Baker, Tremlett y Smythe unos minutos antes de la hora, pero cuando Danny pasó por las puertas giratorias, Gary Hall ya estaba esperándole junto al mostrador de recepción.

—Es un hombre excepcional —comentó con entusiasmo Hall mientras se dirigían a los ascensores—. El socio más joven de la historia de la empresa —añadió, mientras pulsaba un botón que les subió al último piso—. Y hace muy poco ha sido nombrado candidato al Parlamento para un escaño que tiene prácticamente asegurado, así que supongo que no estará mucho más tiempo con nosotros.

Danny sonrió. Su plan solo consistía en que echaran a Payne del trabajo. Tener que renunciar a un escaño parlamentario sería un premio añadido.

Cuando salieron del ascensor, Hall guió a su cliente más importante por el pasillo de los socios hasta que llegaron a una puerta con el nombre Gerald Payne impreso en letras doradas. Hall llamó con los nudillos, abrió y se apartó para dejar entrar a Danny. Payne se levantó de un brinco e intentó abrocharse la chaqueta mientras se acercaba a ellos, pero estaba claro que hacía ya algún tiempo que el botón no llegaba al ojal. Extendió la mano y dedicó a Danny una sonrisa exagerada. Por más que lo intentó, Danny no consiguió devolvérsela.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó Payne, mientras miraba a Danny con detenimiento.

—Sí —contestó Danny—. En la fiesta del teatro, con Lawrence Davenport.

—Ah, sí, por supuesto —dijo Payne, e invitó a Danny a sentarse al otro lado del escritorio. Gary Hall siguió de pie.

—Permítame empezar, *sir* Nicholas...

—Nick —dijo Danny.

—Gerald —dijo Payne. Danny asintió.

—Como estaba diciendo, permíteme que empiece expresando mi admiración por tu éxito con el ayuntamiento de Tower Hamlets, en relación con el solar de Bow, un trato que, en mi opinión, duplicará tu desembolso inicial en menos de un año.

—El señor Hall se ocupó de casi todo el trabajo preliminar... —manifestó Danny—. Temo que algo más apremiante me tenía distraído. Payne se inclinó hacia delante.

—¿Quieres que nuestra firma participe en tu último proyecto? —preguntó.

—En las fases finales, sin duda —respondió Danny—; si bien ya he terminado casi toda la investigación. No obstante, necesitaré que alguien me represente cuando llegue el momento de hacer una oferta por el solar.

—Será un placer ayudarte en todo cuanto podamos —dijo Payne, luciendo de

nuevo una sonrisa—. ¿Estás dispuesto a confiar en nosotros en esta fase? —añadió. Danny se quedó satisfecho al ver que Payne solo estaba interesado en lo que podría sacar él en limpio. Esta vez, le devolvió la sonrisa.

—Todo el mundo sabe que si Londres sale elegida para organizar los Juegos Olímpicos de 2012, se podrán ganar montones de dinero durante el período previo —dijo Danny—. Con un presupuesto disponible de diez mil millones, debería haber suficiente para que todos nos forráramos.

—En circunstancias normales, estaría de acuerdo contigo —señaló Payne, algo decepcionado—, pero ¿no crees que el mercado ya está saturado?

—Sí —dijo Danny—, si solo te centras en el estadio principal, la piscina, el gimnasio, la villa olímpica o el centro ecuestre. Pero he descubierto una oportunidad que no ha llamado la atención de la prensa ni el interés del público.

Payne se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa, mientras Danny se reclinaba en su asiento y se relajaba por primera vez.

—Casi nadie ha reparado en que el Comité Olímpico ha estado examinando seis solares para construir un velódromo. ¿Cuánta gente puede decirte para qué sirve un velódromo?

—Para el ciclismo —dijo Gary Hall.

—Exacto —contestó Danny—. Y dentro de quince días, sabremos cuál de los dos solares ha sido preseleccionado por el Comité Olímpico. Apuesto a que, después del anuncio, únicamente se recogerá en un párrafo suelto del periódico local, y solo en las páginas deportivas. —Ni Payne ni Hall le interrumpieron—. Pero yo poseo información privilegiada —dijo Danny—, que adquirí al precio de cuatro libras con noventa y nueve.

—¿Cuatro libras con noventa y nueve? —repitió Payne, perplejo.

—El precio del Cyclittg Monthly —dijo Danny, al tiempo que sacaba un ejemplar del maletín—. En el número de este mes, no dejan la menor duda acerca de qué dos solares preseleccionará el Comité Olímpico, y está claro que el director tiene línea directa con el ministro.

Danny pasó la revista a Payne, abierta por la página pertinente.

—¿Y dices que la prensa no ha seguido esto? —preguntó Payne en cuanto hubo acabado de leer el artículo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Danny.

—Pero en cuanto anuncien el ganador —adujo Payne—, docenas de inmobiliarias solicitarán el contrato.

—A mí no me interesa construir el velódromo —dijo Danny. Tengo la intención de haber ganado el dinero mucho antes de que la primera excavadora entre en el solar.

—¿Cómo esperas hacerlo?

—Debo admitir que eso me ha costado algo más que cuatro con noventa y nueve, pero si miras la contraportada del Cycling Monthly —dijo Danny, al tiempo que daba

la vuelta a la revista— verás el nombre de los editores impreso en la esquina inferior derecha. La siguiente edición no estará en los quioscos hasta dentro de diez días, pero por un poco más del precio de venta al público he conseguido echar mano a las galeradas. Hay un artículo en la página diecisiete, escrito por el presidente de la Federación Británica de Ciclismo, en el cual dice que el ministro le ha asegurado que solo se toman en consideración dos solares. El ministerio efectuará un anuncio oficial a tal efecto en la Cámara de los Comunes el día antes de que la revista salga a la venta. Pero a continuación, detalla cuál de los dos solares respaldará su comité.

—Impresionante —comentó Payne—, pero los propietarios del solar deben de ser conscientes de que pueden llegar a ganar una fortuna, ¿no?

—Solo si consiguen leer el Cyclittg Monthly del mes que viene, porque en este momento todavía creen que están en una preselección de seis.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —preguntó Payne.

—El solar preferido por la Federación de Ciclismo cambió de manos hace poco por tres millones de libras, aunque todavía no he podido averiguar quién es el comprador. Sin embargo, en cuanto el ministro haya hecho su anuncio, el solar podría valer quince, tal vez veinte millones de libras. Aunque han preseleccionado seis solares, si alguien ofreciera al propietario actual cuatro o cinco millones, sospecho que sentiría la tentación de aceptarlos antes que correr el riesgo de quedarse sin nada. Nuestro problema es que nos quedan menos de quince días para que se anuncie la preselección de dos, y en cuanto se haya hecho pública la opinión del presidente de la Federación de Ciclismo, no nos quedará nada.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —intervino Payne.

—Adelante —dijo Danny.

—Si estás tan seguro de que solo existen dos solares rivales, ¿por qué no compras los dos? Puede que tus beneficios no sean tan grandes, pero sería imposible que perdieras. Danny comprendió por qué Payne se había convertido en el socio más joven de la historia de la firma.

—Buena idea —reconoció Danny—, pero es inútil hacer eso hasta averiguar si el solar que realmente nos interesa puede comprarse. Ahí entras tú. Encontrarás todos los detalles que necesitas en este expediente, dejando aparte quién es el propietario. Al fin y al cabo, algo tienes que hacer para ganar tu comisión.

Payne rio.

—Me pondré a trabajar enseguida, Nick, y me pondré en contacto contigo en cuanto haya localizado al vendedor.

—No te duermas —dijo Danny, y se levantó—. Las ganancias serán sustanciosas solo si nos movemos con rapidez.

Payne repitió la misma sonrisa de antes cuando se levantó a estrechar la mano de su nuevo cliente. Cuando Danny se disponía a marcharse, vio sobre la repisa de la chimenea una invitación que le resultó familiar.

—¿Irás a la fiesta que da Charlie Duncan esta noche? —preguntó fingiendo

sorpresa.

—Sí. De vez en cuando invierto en sus espectáculos.

—Puede que nos veamos —dijo Danny—. En cuyo caso, podrás ponerme al corriente.

—De acuerdo —dijo Payne—. ¿Puedo preguntarte una cosa antes de que te vayas?

—Sí, por supuesto —respondió Danny, procurando disimular su ansiedad.

—En lo tocante a la inversión, ¿aportarás toda la cantidad?

—Hasta el último penique —aseguró Danny.

—¿Y no permitirás que nadie más se quede con un pedazo del pastel?

—No —dijo Danny con firmeza.

—Perdóneme, padre, porque he pecado —dijo Beth—. Han pasado dos semanas desde mi última confesión.

El padre Michael sonrió en cuanto reconoció la dulce voz de Beth. Sus confesiones siempre le conmovían, porque lo que ella consideraba pecado, la mayoría de sus parroquianos no lo consideraban ni tan siquiera digno de mención.

—Estoy preparado para escuchar tu confesión, hija mía —dijo, como si no tuviera ni idea de quién había al otro lado de la ventana de celosía.

—He pensado mal de los demás, y les he deseado la desgracia. El padre Michael se removió.

—¿Puedes decirme cuál ha sido la causa de esos malos pensamientos, hija mía?

—Quería que mi hija tuviera una vida mejor que la mía, y pensé que la directora del colegio que yo había elegido no me había tratado con justicia.

—¿Has pensado que quizá fuiste incapaz de ver las cosas desde su punto de vista? —preguntó el padre Michael—. Puede que hayas juzgado mal sus motivos. —Como Beth no contestó, añadió—: Debes recordar siempre, hija mía, que no nos compete a nosotros juzgar la voluntad del Señor, pues puede que tenga otros planes para tu hijita.

—En ese caso, debo pedir perdón a Dios —dijo Beth—, y esperar a descubrir cuál es su voluntad.

—Creo que ese es el camino correcto que debes seguir, hija mía. Entretanto, deberías rezar y buscar el consejo del Señor.

—¿Qué penitencia me impone por mis pecados, padre?

—Tienes que aprender a arrepentirte, y a perdonar a aquellos incapaces de comprender tus problemas —dijo el padre Michael—. Rezarás un padrenuestro y dos avemarías.

—Gracias, padre.

El padre Michael esperó hasta que oyó que se cerraba la pequeña puerta y estuvo seguro de que Beth se había ido. Continuó sentado solo un rato, mientras meditaba

sobre el problema de Beth, contento de que ningún feligrés viniera a molestarle. Salió del confesionario y se encaminó a la sacristía. Dejó atrás a toda prisa a Beth, que estaba arrodillada, con la cabeza gacha y un rosario en las manos.

En cuanto llegó a la sacristía, el padre Michael cerró la puerta con llave, se sentó a su mesa y marcó un número. Esta era una de aquellas raras ocasiones en las que pensaba que la voluntad del Señor necesitaba un empujoncito.

Big Al dejó a su jefe ante la puerta principal pocos minutos después de las ocho. Danny entró en el edificio; no necesitó que le indicaran dónde estaba la oficina de Charlie Duncan. El ruido de carcajadas y conversaciones procedía del primer piso, y uno o dos invitados habían salido al rellano.

Danny subió la destartalada escalera, mal iluminada, y pasó ante carteles enmarcados de anteriores producciones de Duncan. No recordó que ninguna hubiera sido un éxito. Dejó atrás a una pareja abrazada, que ni siquiera le miró. Entró en lo que debía de ser sin duda la oficina de Duncan, y no tardó en descubrir por qué la gente había huido al rellano. Había tanta gente, que los invitados apenas podían moverse. Una joven de pie junto a una puerta le ofreció una copa, pero Danny le pidió un vaso de agua; necesitaba concentrarse si quería que su inversión rindiera dividendos.

Danny paseó la vista alrededor de la habitación, en busca de algún conocido, y localizó a Katie. Ella volvió la cabeza en cuanto le vio, lo que le arrancó una sonrisa y le hizo pensar en Beth. Ella siempre le había tomado el pelo por su timidez, sobre todo cuando entraba en una sala llena de desconocidos. Si Beth hubiera estado presente, a estas alturas ya estaría conversando con un grupo de personas a las que no conocía de nada. Cuánto la echaba de menos... Alguien le tocó el brazo, interrumpiendo sus pensamientos. Se volvió y vio a Gerald Payne a su lado.

—Nick —dijo, como si fueran viejos amigos—. Buenas noticias. He localizado el banco que representa al propietario de uno de los solares.

—¿Tienes contactos en él?

—Por desgracia no —admitió Payne—, pero como la sede central se halla en Ginebra, puede que el propietario sea un extranjero que no tiene ni idea del valor potencial del solar.

—O un inglés que lo conoce de sobra.

Danny ya había descubierto que las botellas de Payne siempre estaban medio llenas.

—Sea como sea —dijo Payne—, lo descubriremos mañana porque el banquero, un tal *monsieur* Segat, ha prometido llamarme por la mañana para informarme de si su cliente desea vender o no.

—¿Y el otro solar? —preguntó Danny.

—No tendría demasiado sentido ir a por él si el propietario del primer solar no

quiere vender.

—Puede que tengas razón —dijo Danny, sin molestarse en señalar que era lo que él había recomendado.

—Gerald —dijo Lawrence Davenport, y se inclinó para besar en las mejillas a Payne.

Danny se quedó sorprendido al ver que Davenport iba sin afeitarse, y con una camisa que habría utilizado más de una vez aquella semana. Mientras los dos hombres se saludaban, sintió tal odio por ambos que se descubrió incapaz de sumarse a la conversación.

—¿Conoces a Nick Moncrieff? —preguntó Payne.

Davenport no demostró reconocerle, ni tampoco el menor interés.

—Nos conocimos en su fiesta de final de temporada —puntualizó Danny.

—Ah, bien —dijo Davenport, algo más interesado.

—Vi la obra dos veces.

—Muy halagador —dijo Davenport, y le dedicó la sonrisa reservada a sus admiradores.

—¿Protagonizará también la nueva producción de Charlie? —preguntó Danny.

—No —contestó Davenport—. Por más que me encantó actuar en Ernesto, no puedo permitirme el lujo de dedicar mi talento solo al teatro.

—¿Por qué? —preguntó Danny en tono inocente.

—Si te comprometes a una temporada larga, dejas pasar muchas oportunidades. Nunca sabes cuándo aparecerá alguien para ofrecerte una película o el papel protagonista de una nueva miniserie.

—Qué lástima —dijo Danny—. Habría invertido mucho más si usted hubiera formado parte de la compañía.

—Muy amable —respondió Davenport—. Tal vez tendrá la ocasión en el futuro.

—Eso espero —dijo Danny—, porque es usted una verdadera estrella.

Empezaba a darse cuenta de que no había peligro en exagerar con Lawrence Davenport, siempre que estuvieras hablando de Lawrence Davenport.

—Bien —dijo Davenport—, si de veras quiere hacer una inversión astuta, tengo...

—¡Larry! —interrumpió una voz.

Davenport se volvió y besó a otro hombre, mucho más joven que él. El momento había pasado, pero Davenport había dejado la puerta abierta de par en par, y Danny tenía la intención de entrar sin anunciarse en algún momento.

—Qué triste —comentó Payne cuando Davenport se alejó.

—¿Triste? —preguntó Danny.

—Era la estrella de nuestra generación en Cambridge —explicó Payne—. Todos dábamos por sentado que su carrera sería brillante, pero no ha sido así.

—Observo que le llamas Larry —dijo Danny—. Como Laurence Olivier.

—Eso es lo único que tiene en común con Olivier.

Danny casi sintió pena por Davenport cuando recordó las palabras de Dumas: «Con amigos como estos...».

—Bien, el tiempo todavía está de su lado —añadió.

—Con sus problemas, no —dijo Payne.

—¿Sus problemas? —repitió Danny, y en ese momento sintió una palmada en la espalda.

—Hola, Nick —dijo Charlie Duncan, otro de esos amigos repentinos que el dinero atrae.

—Hola, Charlie —contestó Danny.

—Espero que estés disfrutando de la fiesta —dijo Duncan, mientras llenaba de champán la copa vacía de Danny.

—Sí, gracias.

—¿Aún piensas invertir en Bling Bling, muchacho? —susurró Duncan.

—Oh, sí —confirmó Danny—. Puedes apuntarme con diez mil. No añadió: «pese a que el libreto es infumable».

—Muy astuto —dijo Duncan, y le dio otra palmada en la espalda—. Mañana te enviaré por correo el contrato.

—¿Lawrence Davenport está rodando una película en este momento? —preguntó Danny.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no va afeitado y por la ropa gastada. Supongo que se está metiendo en la piel de su personaje.

—No, no —rio Duncan—. No está interpretando un papel, es que acaba de levantarse de la cama. —Bajó la voz de nuevo—. Yo me mantendría alejado de él, muchacho.

—¿Por qué? —preguntó Danny.

—Vive a costa de los demás. No le prestes nada, porque nunca lo recuperarás. Dios sabe cuánto debe solo a los aquí presentes.

—Gracias por la advertencia —dijo Danny, mientras dejaba la copa de champán sobre una bandeja que pasaba—. He de irme. Gracias de todos modos, ha sido una fiesta estupenda.

—¿Tan pronto? Ni siquiera has conocido a las estrellas en las que vas a invertir.

—Te equivocas —dijo Danny.

La mujer descolgó el teléfono de su escritorio y reconoció la voz al instante.

—Buenas noches, padre —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—No, señorita Sutherland, soy yo quien desea ayudarla.

—¿En qué ha pensado?

—Esperaba ayudarla a tomar una decisión relativa a Christy Cartwright, una joven miembro de mi congregación.

—¿Christy Cartwright? —preguntó la directora—. El nombre me suena.

—No me extraña, señorita Sutherland. Cualquier directora de colegio perspicaz vería que Christy es una posible candidata a una beca, en esta espantosa época de tablas de clasificaciones.

—Y cualquier directora de colegio perspicaz también vería que los padres de la niña no estaban casados, una situación que los miembros del consejo de St. Verónica aún desaprueban, como estoy segura que recordará de los tiempos en los que usted pertenecía a la junta rectora.

—Con toda la razón, señorita Sutherland —replicó el padre Michael—, pero permítame tranquilizarla, recordándole que leí las amonestaciones tres veces en St. Mary, y anuncié la fecha de su matrimonio en el tablón de anuncios de la iglesia, así como en la revista de la parroquia.

—Pero por desgracia, el matrimonio no llegó a celebrarse —le recordó la directora.

—Debido a circunstancias imprevisibles —murmuró el padre Michael.

—Estoy segura de que no tengo que recordarle, padre, la encíclica *Evangelium Vitae* del papa Juan Pablo II, en la que deja claro que el suicidio y el asesinato son todavía, a los ojos de la Iglesia, pecados mortales. Me temo que no tengo otra elección que lavarme las manos en este asunto.

—No sería la primera persona en la historia que hiciera eso, señorita Sutherland.

—Eso es indigno de usted, padre —replicó la directora.

—Tiene razón en reprenderme, señorita Sutherland, y le pido disculpas. Temo que solo soy un ser humano, y por tanto proclive a cometer equivocaciones. Tal vez una de ellas tuvo lugar cuando una joven de talento excepcional presentó una solicitud para ser directora de St. Verónica, y yo no informé a los miembros del consejo de que había abortado recientemente. Estoy seguro de que no necesito recordarle, señorita Sutherland, que el Santo Padre también considera eso un pecado mortal.

Durante varias semanas, Danny había esquivado al profesor Mori. Temía que su contribución al concurso de ensayos no hubiera impresionado al locuaz profesor.

Pero después de salir de la clase de la mañana, Danny vio a Mori esperando junto a la puerta de su despacho. No había forma de escapar al dedo que le conminaba a acercarse. Como un colegial consciente de que le espera una reprimenda, Danny le siguió dócilmente al interior del estudio. Esperó sus comentarios hirientes, las ocurrencias mordaces, las flechas envenenadas lanzadas contra un blanco inmóvil.

—Me siento decepcionado —empezó el profesor Mori, mientras Danny inclinaba la cabeza. ¿Cómo era posible que fuera capaz de manejar a banqueros suizos, empresarios teatrales del West End, socios mayoritarios y abogados avezados, pero se convirtiera en un crío tembloroso ante ese hombre?—. Bien, ahora ya sabe cómo debe sentirse un atleta olímpico que no consigue subir al podio.

Danny alzó la vista, perplejo.

—Felicidades —dijo un sonriente profesor Mori—. Ha quedado cuarto en el concurso de ensayos. Como cuenta para su licenciatura, espero grandes cosas de usted cuando se presente a los exámenes finales. —Se levantó, sin dejar de sonreír—. Felicidades —repitió, y estrechó con vigor la mano de Danny.

—Gracias, profesor —dijo Danny, mientras intentaba asimilar la noticia. Oyó decir a Nick: «Excelente representación, muchacho», y deseó poder comunicarle la noticia a Beth. Se sentiría muy orgullosa. ¿Cuánto tiempo podría seguir sobreviviendo sin ella?

Salió del despacho, corrió por el pasillo, bajó la escalinata y vio a Big Al junto a la puerta posterior del coche, consultando angustiado su reloj. Danny vivía en tres mundos diferentes, y en el siguiente no podía permitirse el lujo de llegar tarde a su cita con la agente de libertad condicional.

Danny había decidido no contar a la señorita Bennett cómo iba a pasar el resto de la tarde, pues no le cabía duda de que tacharía la idea de frívola. Sin embargo, pareció alegrarse cuando supo su resultado en el concurso.

Molly ya había servido al señor Segat una segunda taza de té en el momento en el que Danny regresó de su entrevista con la señorita Bennett. El banquero suizo se levantó cuando él entró en la sala. Se disculpó por llegar unos minutos tarde, pero no dio más explicaciones.

Segat hizo una breve inclinación de cabeza antes de volver a sentarse.

—Ahora es usted el propietario de los dos solares que compiten por el velódromo olímpico —dijo—. Aunque ya no puede esperar unos beneficios tan cuantiosos, debería obtener unos rendimientos más que satisfactorios a cambio de su inversión.

—¿Ha vuelto a llamar Payne?

Era lo único que Danny deseaba saber.

—Sí. Telefoneó otra vez esta mañana, y ofreció cuatro millones de libras por el solar que cuenta con más posibilidades de ser seleccionado. Supongo que quiere que rechace su oferta.

—Sí, pero dígame que aceptaría seis millones, siempre que el contrato se firme antes de que el ministro anuncie su decisión.

—Pero si todo sale como está planificado, el solar valdrá doce millones, como mínimo.

—No le quepa duda de que todo saldrá tal como está planeado —dijo Danny—. ¿Payne ha demostrado algún interés por el otro solar?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando parece que todo el mundo sabe qué solar saldrá seleccionado? Como había conseguido toda la información que necesitaba Danny cambió de cuestión.

—¿Quién ha presentado la oferta mayor por nuestro solar de Mile End Road?

—El mayor postor resultó ser Fairfax Holmes, una empresa de primer orden con la que el consistorio trabajó en el pasado. He estudiado su propuesta —dijo Segat, y entregó a Danny un lustroso folleto—, y no albergo la menor duda de que, después de las modificaciones propuestas por el comité de urbanismo, el proyecto debería recibir luz verde dentro de pocas semanas.

—¿Cuánto? —preguntó Danny, procurando disimular su impaciencia.

—Ah, sí —dijo Segat, mientras consultaba las cifras—. Teniendo en cuenta que su desembolso fue de poco más de un millón de libras, creo que puede sentirse satisfecho con la oferta de Fairfax Homes, que asciende a un millón ochocientas una mil ciento cincuenta y seis libras, lo cual le reporta unos beneficios de más de medio millón de libras. No está nada mal a cambio de su capital, pues recordemos que el dinero lleva en activo menos de un año.

—¿Cómo explica esa cifra tan poco redondeada? —preguntó Danny.

—Yo diría que el señor Fairfax esperaba que habría varias ofertas rondando el millón ochocientas mil, de modo que añadió al final la fecha de su cumpleaños.

Danny rio, mientras empezaba a estudiar los planos de Fairfax para un magnífico bloque nuevo de pisos de lujo llamado City Reach, en el solar donde antes había estado un taller de reparación de coches.

—¿Tengo su autorización para llamar al señor Fairfax e informarle de que ha sido el escogido?

—Sí, hágalo —dijo Danny—. Pero, en cuanto haya hablado con él, me gustaría ponerme yo. Mientras Segat hacía la llamada, Danny continuó estudiando los impresionantes planos de Fairfax Holmes para el nuevo bloque de apartamentos. Solo quería hacerle una pregunta.

—Le paso a *sir* Nicholas, señor Fairfax —dijo Segat—. Quiere hablar con usted.

—He estado estudiando sus planos, señor Fairfax —dijo Danny—, y veo que hay

un ático.

—Exacto —confirmó Fairfax—. Cuatro dormitorios, con sus correspondientes cuatro baños, doscientos setenta metros cuadrados.

—Y da a un taller que hay al otro lado de Mile End Road.

—A menos de un kilómetro de la City —replicó Fairfax. Ambos rieron.

—¿Va a sacar al mercado el ático por seiscientos cincuenta mil libras, señor Fairfax?

—Sí, ese es el precio de venta al público —confirmó Fairfax.

—Cerraré el trato por un millón trescientas mil —anunció Danny—, si incluye el ático.

—Un millón doscientas mil y trato hecho —dijo Fairfax.

—Con una condición.

—¿Cuál?

Danny explicó al señor Fairfax el único cambio que deseaba, y el promotor aceptó sin vacilar.

Danny había elegido la hora con suma cautela: las once de la mañana. Big Al dio la vuelta dos veces a Redcliffe Square, antes de parar frente al número 25.

Danny subió por un camino que no había visto a un jardinero en mucho tiempo. Cuando llegó a la puerta principal, tocó el timbre y esperó un rato, pero no hubo respuesta. Llamó con la aldaba de latón dos veces, y oyó el eco del sonido en el interior, pero nadie abrió la puerta. Tocó el timbre una vez más antes de rendirse, y decidió que lo intentaría de nuevo por la tarde. Casi había llegado al portón, cuando la puerta se abrió de repente y una voz preguntó:

—¿Quién coño es usted?

—Nick Moncrieff —dijo Danny. Giró en redondo y volvió a subir el camino—. Me dijo que le llamara, pero no sale en el listín y como pasaba por aquí...

Davenport vestía una bata de seda y zapatillas. Estaba claro que no se afeitaba desde hacía varios días, y se puso a parpadear a la luz del sol como un animal que acabara de pasar meses hibernando.

—Habló de una inversión en la que podía estar interesado —le recordó Danny.

—Ah, sí, ahora me acuerdo —dijo Lawrence Davenport, algo más receptivo—. Sí, pase.

Danny entró en un pasillo a oscuras que le trajo recuerdos de cómo era la casa de The Boltons antes de que Molly tomara las riendas.

—Siéntese mientras me cambio —dijo Davenport—. Solo tardaré un momento.

Danny no se sentó. Paseó de un lado a otro de la sala, admirando los excelentes cuadros y muebles, aunque estaban cubiertos por una capa de polvo. Miró por la ventana trasera y vio un jardín grande pero descuidado.

La voz anónima que había llamado desde Ginebra aquella mañana le había

informado de que, actualmente, las casas de la plaza cambiaban de manos por unos tres millones de libras. El señor Davenport había adquirido el número 25 en 1995, cuando ocho millones de espectadores sintonizaban *La receta* cada sábado por la noche, para saber con qué enfermera se acostaría Beresford aquella semana. «Tiene una hipoteca de un millón de libras con Norwich Union —informó la voz—, y lleva un retraso de tres meses en los pagos».

Danny se volvió cuando Davenport entró en el salón. Llevaba una camisa con el cuello desabrochado, vaqueros y zapatillas. Danny había visto hombres mejor vestidos en la cárcel.

—¿Le preparo una copa? —preguntó Davenport.

—Es un poco pronto para mí —dijo Danny.

—Nunca es demasiado pronto —replicó Davenport, mientras se servía un *whisky* sin hielo. Tomó un sorbo y sonrió—. Iré directo al grano, porque sé que es un tipo ocupado. Voy un poco corto de dinero en este momento, es solo algo temporal, ya me entiende, hasta que alguien me contrate para otra serie. De hecho, mi agente me ha llamado por teléfono esta mañana con un par de ideas.

—¿Necesita un préstamo? —preguntó Danny.

—Sí, para decirlo sin ambages.

—¿Qué puede aportar como garantía?

—Bien, mis cuadros, para empezar —respondió Davenport—. Pagué más de un millón por ellos.

—Le daré trescientas mil por toda la colección —dijo Danny.

—Pero pagué más de... —tartamudeó Davenport, al tiempo que se servía otro *whisky*.

—Eso en el caso de que pueda aportar pruebas de que el total asciende a más de un millón. —Davenport le miró fijamente, mientras intentaba recordar dónde se habían visto por última vez—. Daré instrucciones a mi abogado de que redacte un contrato, y recibirá el dinero el mismo día que lo firme.

Davenport dio otro sorbo al *whisky*.

—Me lo pensaré —dijo.

—Hágalo —dijo Danny—, y si devuelve toda la cantidad antes de doce meses, recuperará los cuadros sin recargos.

—¿Dónde está el truco? —preguntó Davenport.

—No hay truco, pero si no logra devolver el dinero antes de doce meses, los cuadros serán míos.

—No puedo perder —dijo Davenport, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—Esperemos que no —dijo Danny.

Se levantó cuando Davenport empezó a caminar hacia la puerta.

—Le enviaré un contrato junto con un cheque por trescientas mil libras —anunció Danny, mientras le seguía hasta el pasillo.

—Estupendo —dijo Davenport.

—Confíemos en que su agente encuentre algo adecuado a su particular talento —apuntó Danny, mientras Davenport abría la puerta principal.

—No se preocupe por eso —le tranquilizó Davenport—. Apuesto a que habrá recuperado su dinero dentro de unos pocos meses.

—Me alegra saberlo. Ah, y si decide vender esta casa...

—¿Mi casa? —se escandalizó Davenport—. No, nunca. Descartado, ni pensarlo.

Cerró la puerta principal como si hubiera estado hablando con un vendedor de seguros.

Danny leyó el reportaje en *The Times*, mientras Molly servía café. En el Parlamento había tenido lugar un tira y afloja entre la ministra de Deportes y Billy Cormack, diputado por Stratford South; salía reproducido al final del artículo sobre la actividad parlamentaria.

Cormack (Laborista, Stratford South): ¿Puede la ministra confirmar que ha preseleccionado dos solares para el velódromo olímpico propuesto?

Ministra: Sí, y estoy segura de que mi honorable colega se sentirá complacido al saber que el solar situado en su circunscripción es uno de los dos que se están estudiando.

Cormack: Agradezco a la ministra su respuesta. ¿Sabe que el presidente de la Federación Británica de Ciclismo me ha escrito para comunicarme que su comité votó unánimemente a favor del solar de mi circunscripción?

Ministra: Sí, en parte porque mi honorable colega fue tan amable de enviarme una copia de dicha carta (risas). Permítame asegurarle que tendré muy en cuenta las opiniones de la Federación Británica de Ciclismo antes de tomar la decisión definitiva.

Andrew Crawford (Conservador, Stratford West): La ministra será consciente de que esta noticia no será bien recibida en mi circunscripción, donde se halla situado el otro solar preseleccionado, pues tenemos planes de construir un nuevo centro de ocio en ese terreno y jamás quisimos el velódromo.

Ministra: Tendré en cuenta la opinión de mi honorable colega antes de tomar la decisión definitiva.

Molly dejó dos huevos pasados por agua delante de Danny justo cuando su móvil sonaba. No le sorprendió ver que el nombre de Payne destellaba en la pequeña pantalla, aunque no había esperado que llamara tan temprano. Abrió el móvil.

—Buenos días.

—Buenos días, Nick. Siento llamar a estas horas, pero me estaba preguntando si habrías leído el informe parlamentario en el *Telegraph*.

—No leo el *Telegraph* —replicó Danny—, pero he leído el diálogo con la ministra en *The Times*. ¿Qué dice tu periódico?

—Que el presidente de la Federación Británica de Ciclismo ha sido invitado a dirigir la palabra al Comité de Organización la semana que viene, cuatro días antes de que la ministra tome la decisión definitiva. Al parecer, no es más que una formalidad. Una fuente interna ha dicho al *Telegraph* que la ministra solo está esperando el informe del perito para confirmar su decisión.

—*The Times* dice más o menos lo mismo —dijo Danny.

—Pero no he telefonado por eso —señaló Payne—. Quería que supieras que ya he recibido una llamada de los suizos esta mañana, y que han rechazado tu oferta de cuatro millones.

—No me sorprende, dadas las circunstancias —repuso Danny.

—Pero han dejado claro que aceptarían seis —continuó Payne—, siempre que paguemos el total de la cantidad antes de que la ministra anuncie su decisión definitiva dentro de diez días.

—Aun así, es pan comido —dijo Danny—, pero yo también tengo noticias, y temo que no son tan buenas. Mi banco se niega a adelantarme toda la cantidad ahora.

—Pero ¿por qué? —preguntó Payne—. ¿No se dan cuenta de la oportunidad que se presenta?

—Sí, pero piensan que es demasiado arriesgado. Tal vez tendría que haberte advertido de que en este momento estoy un poco desbordado, por culpa de un par de proyectos que no han salido tan bien como esperaba.

—Pero creía que habías hecho un negocio estupendo con el solar de Mile End Road.

—No salió tan bien como había esperado —dijo Danny—. Acabé con unos beneficios de algo más de trescientas mil libras. Como le dije a Gary Hall hace un tiempo, mi último agente me falló bastante, y ahora he de pagar sus errores.

—¿Cuánto puedes reunir? —preguntó Payne.

—Un millón —dijo Danny—. Lo cual significa que faltarán cinco millones, de modo que no habrá trato, me temo. Siguió un largo silencio, durante el cual Danny bebió café y quitó la tapa de los huevos.

—Nick, supongo que no me darías permiso para ofrecer este trato a alguno de mis otros clientes, ¿verdad?

—¿Por qué no? —replicó Danny—. Con todo el trabajo que has hecho... Estoy furioso por no haber conseguido reunir el capital suficiente para el mejor negocio con el que me he topado en años.

—Es muy generoso por tu parte —señaló Payne—. No lo olvidaré. Te debo una.

—Desde luego —dijo Danny, y cerró el móvil.

Iba a empezar a comer uno de los huevos, cuando el teléfono sonó de nuevo. Consultó la pantalla para ver si podía pedir a quien fuera que llamara más tarde, pero decidió contestar cuando destelló la palabra «voz». Abrió el teléfono y escuchó.

—Ya hemos recibido varias llamadas esta mañana con ofertas por su solar, incluida una de ocho millones. ¿Qué quiere que haga con el señor Payne?

—Recibirá una llamada con una oferta de seis millones. Acéptela —dijo Danny antes de que la voz pudiera hacer comentarios—, con dos condiciones.

—Dos condiciones —repitió la voz.

—Debe depositar seiscientas mil libras en el banco antes de que termine la jornada laboral de hoy, y tiene que pagar toda la cantidad antes de que la ministra haga su anuncio dentro de diez días.

—Volveré a llamarle en cuanto se haya puesto en contacto con nosotros —dijo la voz. Danny contempló una yema digna del comedor de la cárcel.

—Molly, ¿podrías prepararme otro par de huevos?

Spencer Craig salió de su despacho a las cinco, ya que esta vez le tocaba ser el anfitrión de la cena de los Mosqueteros. Todavía se reunían cuatro veces al año, pese a que Toby Mortimer ya no estaba con ellos. La cuarta cena se conocía ahora como la Cena Conmemorativa.

Craig siempre utilizaba servicios de catering para no tener que preocuparse de preparar la cena o recoger la mesa después, aunque sí le gustaba elegir personalmente el vino y probar la comida antes de que llegara el primer invitado. Gerald le había telefonado antes para anunciarle que les comunicaría importantes noticias, tanto que cambiaría las vidas de todos.

Craig nunca olvidaría aquella otra ocasión en la que un encuentro de los Mosqueteros había cambiado sus vidas, pero desde que Danny Cartwright se había ahorcado, nadie había vuelto a mencionarla. Craig pensó en los Mosqueteros mientras volvía a casa en coche. Gerald Payne navegaba viento en popa en su firma, y ahora que había sido nombrado candidato del Partido Conservador para un escaño en Sussex, que tenía prácticamente asegurado, estaba convencido de que sería elegido diputado en cuanto el primer ministro convocara elecciones. Larry Davenport parecía más relajado últimamente, y hasta le había devuelto las diez mil libras que Craig le había prestado un par de años atrás, y que no esperaba volver a ver. Tal vez Larry también tenía algo que anunciar a la pandilla. Por su parte, Craig daría una noticia a los Mosqueteros, y aunque no era exactamente lo que había esperado, era igualmente gratificante.

Los casos se iban acumulando a medida que continuaba ganando pleitos, y su aparición en el juicio de Danny Cartwright se estaba transformando en un recuerdo nebuloso que la mayoría de sus colegas ni siquiera recordaban... con una excepción. Su vida privada estaba incompleta; por decirlo de otro modo: tenía ocasionales ligues de una noche, pero aparte de la hermana de Larry, no quería ver a nadie por segunda vez. Sin embargo, Sarah Davenport había dejado muy claro que no estaba interesada, aunque él no había perdido la esperanza.

Cuando Craig llegó a su casa de Hambledon Terrace, inspeccionó el botellero, pero descubrió que no había ningún vino digno de la cena de los Mosqueteros. Fue paseando hasta el establecimiento de la esquina de King s Road y eligió tres botellas de Merlot, tres de un reserva de Sauvignon australiano y una mágnum de Laurent Perrier. Al fin y al cabo, iban a celebrar algo.

Mientras volvía a casa cargado con dos bolsas llenas de botellas, oyó una sirena a lo lejos, lo cual le devolvió recuerdos de aquella noche. No parecían difuminarse con el tiempo, como otros recuerdos. Aquel día llamó al oficial de policía Fuller, corrió a casa, tiró la ropa manchada, eligió un traje, camisa y corbata casi idénticos, y regresó al bar diecisiete minutos después.

Si Redmayne hubiera comprobado la distancia entre el Dunlop Arms y la casa de

Craig antes del inicio del juicio, tal vez habría podido sembrar algunas dudas en la mente de los miembros del jurado. Pero gracias a Dios, solo era su segundo caso como abogado principal; de haber tenido como contrincante a Arnold Pearson, este habría inspeccionado todas las piedras del pavimento hasta su casa, cronómetro en mano.

A Craig no le había sorprendido el tiempo que había tardado el oficial Fuller en entrar en el *pub*, pues sabía que tendría problemas más importantes con los que lidiar en el callejón: un hombre agonizando y un evidente sospechoso cubierto de sangre. Tampoco tendría motivos para sospechar que un completo desconocido pudiera estar implicado, sobre todo cuando tres testigos corroboraban su historia. El camarero había mantenido la boca cerrada, pero como ya había tenido algunos problemas con la policía, habría sido un testigo poco fiable, con independencia de que parte le llamara a testificar. Craig continuaba comprando el vino en el Dunlop Arms, y aunque cuando le enviaban la factura a final de mes no siempre salían las cuentas, no hacía comentarios.

En cuanto volvió a casa, Craig dejó el vino sobre la mesa de la cocina y puso el champán en la nevera. Después, subió a ducharse y a ponerse ropa más informal. Acababa de regresar a la cocina y empezado a descorchar una botella, cuando sonó el timbre de la puerta.

No recordaba la última vez que había visto a Gerald tan animado, aunque supuso que se debía a la noticia que iba a darles.

—¿Te gusta tu trabajo en la circunscripción? —preguntó Craig, mientras colgaba la chaqueta de Payne y le acompañaba hasta el salón.

—Muy divertido, pero ardo en deseos de que lleguen las elecciones generales para ocupar mi escaño en la Cámara de los Comunes. —Craig le sirvió una copa de champán y preguntó si sabía algo de Larry—. Me pasé a verle una noche de la semana pasada, pero no me dejó entrar en su casa, lo cual me pareció un poco raro.

—La última vez que fui a su casa, parecía una cochiguera —dijo Craig—. Debió de ser por eso, o quizá por otro novio al que no quiso que conocieras.

—Debe de estar trabajando —dijo Payne—. Me envió un cheque la semana pasada para devolverme un préstamo de hace mucho tiempo.

—¿Tú también? —preguntó Craig, mientras el timbre de la puerta sonaba por segunda vez.

Cuando Davenport entró, daba la impresión de que había recuperado la confianza en sí mismo y la chulería. Besó a Gerald en ambas mejillas como si fuera un general francés pasando revista a sus tropas. Craig le ofreció una copa de champán, mientras pensaba que Larry aparentaba diez años menos que la última vez que se habían visto. Tal vez estaba a punto de revelar algo que les impresionaría a todos.

—Empecemos con un brindis —dijo Craig—. Por los amigos ausentes. Los tres hombres levantaron sus copas.

—¡Por Toby Mortimer! —gritaron.

—¿Por qué brindamos a continuación? —preguntó Davenport.

—Por *sir* Nicholas Moncrieff —dijo Payne sin vacilar.

—¿Quién coño es ese? —preguntó Craig.

—El hombre que está a punto de cambiar nuestra suerte.

—¿Cómo? —preguntó Davenport, sin querer revelar que Moncrieff era el motivo de que hubiera podido devolver el dinero que ambos le habían prestado, aparte de otras deudas.

—Os contaré los detalles durante la cena —anunció Payne—, pero esta noche insisto en ser el último en hablar, porque esta vez estoy convencido de que no podréis superarme.

—Yo no estaría tan seguro, Gerald —dijo Davenport, con aspecto de estar más encantado de haberse conocido que nunca. Una joven apareció en la puerta.

—Cuando ustedes quieran, señor Craig.

Los tres hombres entraron en el comedor mientras recordaban sus días de Cambridge, aunque las historias que contaban eran más exageradas a cada año que pasaba.

Craig ocupó la cabecera de la mesa, mientras el servicio dejaba platos de salmón ahumado delante de sus dos invitados. En cuanto hubo catado el vino y asentido para expresar su aprobación, se volvió hacia Davenport.

—Ya no puedo esperar más, Larry —dijo—. Escuchemos primero tu buena nueva. Está claro que tu suerte ha cambiado.

Davenport se reclinó en su silla y esperó hasta estar seguro de que le prestaban toda su atención.

—Hace un par de días recibí una llamada de la BBC, en la que me pedían que pasara por Broadcasting House para charlar. Eso suele significar que quieren ofrecerte un pequeño papel en una obra radiofónica, con un salario que no cubriría la carrera en taxi desde Redcliffe Square hasta Pordand Place. Pero esta vez, un productor me llevó a comer, y me dijo que iban a escribir un nuevo personaje para Holby City, y yo era su primer candidato. Por lo visto, el doctor Beresford se ha borrado finalmente de la memoria de la gente...

—Bendita memoria —dijo Payne, y levantó su copa.

—Me han pedido que haga una prueba la semana que viene.

—¡Bravo! —exclamó Craig, y también alzó su copa.

—Mi agente me ha dicho que no han pensado en nadie más para ese papel, de modo que podría cerrar un contrato de tres años con derechos de redifusión y una cláusula de renovación más exigente.

—No está mal, debo admitirlo —dijo Payne—, pero estoy seguro de que podré batiros a los dos. ¿Qué tienes que contarnos Spencer? Craig llenó su copa y bebió antes de hablar.

—El Lord Canciller ha pedido verme la semana que viene. Tomó otro sorbo, mientras dejaba que asimularan la noticia.

—¿Va a ofrecerte su cargo? —preguntó Davenport.

—Todo a su tiempo —dijo Craig—. El único motivo de que solicite ver a alguien de mi humilde condición es para invitarle a ascender a la abogacía superior y ser nombrado QC.

—Bien merecido —opinó Davenport, mientras Payne y él se levantaban para brindar por su anfitrión.

—Aún no ha sido anunciado —dijo Craig, al tiempo que les indicaba con un ademán que se sentaran—, o sea que no digáis nada. Craig y Davenport se reclinaron en su silla y se volvieron hacia Payne.

—Tu turno, colega —dijo Craig—. ¿Qué es eso que va a cambiar nuestras vidas?

Alguien llamó a la puerta.

—Entra —dijo Danny.

Big Al apareció en el umbral con un paquete grande.

—Lo acaban de traer, jefe. ¿Dónde lo pongo?

—Déjalo encima de la mesa —dijo Danny, y siguió leyendo, como si el paquete careciera de importancia.

En cuanto oyó que se cerraba la puerta, dejó el libro de Adam Smith sobre la teoría de la economía de libre mercado y se acercó a la mesa. Miró durante un rato el paquete con la inscripción peligroso, manejar con cuidado, y después quitó el papel marrón que envolvía una caja de cartón. Tuvo que despegar varias capas de cinta adhesiva antes de poder levantar por fin la tapa.

Sacó un par de botas de goma negras del número 44 y se las probó: perfectas. A continuación, extrajo un par de delgados guantes de látex y una linterna grande. Los siguientes artículos que salieron de la caja fueron un mono de nailon negro y una mascarilla para cubrir la nariz y la boca. Le habían dado a elegir entre negra o blanca, y se decantó por la negra. Lo único que Danny dejó en la caja fue un pequeño contenedor de plástico, envuelto en plástico de burbujas, con la inscripción peligroso. No desenvolvió el contenedor porque ya sabía qué había dentro. Devolvió a la caja los guantes, la linterna, las botas, el mono y la mascarilla; sacó un rollo de cinta adhesiva gruesa del cajón superior del escritorio y volvió a cerrar la tapa. Danny sonrió. Mil libras bien invertidas.

—¿Y qué cantidad aportarás a esta empresa? —preguntó Craig.

—Un millón de mi dinero —dijo Payne—, del cual ya he transferido seiscientas mil con el fin de garantizar el contrato.

—¿No te pondrá en apuros? —preguntó Craig.

—Me arriesgo a la quiebra —admitió Payne—, pero es improbable que vuelva a tropezarme con una oportunidad semejante en toda mi vida, y los beneficios me

permitirán seguir viviendo después de que gane las elecciones y tenga que renunciar a ser socio de la empresa.

—A ver si entiendo lo que estás proponiendo —dijo Davenport—. Sea cual sea la cantidad que reunamos, tú garantizas que la duplicaremos en menos de un mes.

—Nunca se puede garantizar nada —admitió Payne—, pero se trata de una carrera de dos caballos, y el nuestro es el claro favorito. En términos sencillos, tengo la oportunidad de adquirir un solar por seis millones, que valdrá entre quince y veinte en cuanto la ministra anuncie que lo ha seleccionado para que se construya el velódromo.

—Eso suponiendo que elija tu solar —dijo Craig.

—Te he enseñado la anotación del Diario Oficial del Parlamento en que se reproduce su diálogo con esos dos parlamentarios.

—Sí —dijo Craig—, pero sigo perplejo. Si el negocio es tan bueno, ¿por qué no compra el solar ese tal Moncrieff?

—En primer lugar, creo que nunca tuvo suficiente para cubrir esos seis millones —dijo Payne—. Pero, de todos modos, aporta un millón de su bolsillo.

—Hay algo que no acaba de gustarme —reconoció Craig.

—Eres tan cínico, Spencer —se quejó Payne—. Permíteme recordarte lo que ocurrió la última vez que ofrecí a los Mosqueteros una oportunidad semejante: Larry, Toby y yo duplicamos nuestro dinero con esa granja de Gloucestershire en menos de dos años. Ahora te estoy ofreciendo una oportunidad todavía mejor con la particularidad de que duplicarás tu dinero en diez días.

—De acuerdo, voy a arriesgar doscientas mil —dijo Craig—. Pero te mataré si algo sale mal. Payne palideció, y Davenport se quedó sin habla.

—Venga, tíos, solo era una broma —dijo Craig—. Bien, participo con doscientas mil. ¿Y tú, Larry?

—Si Gerald está dispuesto a arriesgar un millón, yo también —afirmó Davenport, que se había recuperado enseguida—. Estoy convencido de que puedo reunir esa cantidad, ofreciendo mi casa como garantía y sin cambiar mi estilo de vida.

—Tu estilo de vida cambiará dentro de diez días, muchacho —dijo Payne—. Ninguno de nosotros tendrá que volver a trabajar.

—Uno para todos y todos para uno —dijo Davenport, mientras intentaba levantarse.

—¡Uno para todos y todos para uno! —gritaron Craig y Payne al unísono. Todos alzaron sus copas.

—¿Cómo vas a reunir el resto del dinero? —preguntó Craig—. Al fin y al cabo, entre los tres aportamos menos de la mitad.

—No te olvides del millón de Moncrieff, y mi presidente desembolsa medio millón. También he tanteado a algunos tíos con los que he ganado dinero a lo largo de los años, y hasta Charlie Duncan está pensando en invertir, de modo que a finales de mes debería haber conseguido la cantidad completa. Y como yo soy el anfitrión de la

próxima reunión de los Mosqueteros —continuó—, he pensado reservar mesa en el Harry's Bar.

—O en el McDonald's —dijo Craig—, si la ministra elige el otro solar.

Alex estaba mirando el London Eye, al otro lado del Támesis, cuando ella llegó. Se levantó del banco para saludarla.

—¿Has estado en el London Eye? —preguntó, cuando Beth se sentó a su lado.

—Sí, una vez —respondió Beth—. Llevé a mi padre cuando lo inauguraron. Se podía ver nuestro taller desde arriba.

—Dentro de poco podrás ver Wilson House —anunció Alex.

—Sí. Fue todo un detalle por parte del promotor darle el nombre de mi padre. Le habría gustado —reconoció Beth.

—Debo estar de vuelta en el tribunal a las dos —dijo Alex—, pero quería verte con urgencia, porque tengo noticias.

—Has sido muy amable renunciando a tu hora de comer.

—Esta mañana he recibido esta carta de la oficina del Lord Canciller —dijo Alex—, y ha accedido a reabrir el caso. —Beth le estrechó entre sus brazos—. Pero solo si aportamos pruebas nuevas.

—¿La cinta no se consideraría una prueba nueva? —preguntó Beth—. Han hablado de ella dos periódicos locales desde que lanzamos la campaña pidiendo el indulto de Danny.

—Estoy seguro de que esta vez la tendrán en consideración, pero si creen que la conversación fue grabada bajo coacción, tendrán que rechazarla.

—Pero ¿cómo podremos demostrar su inocencia? —insistió Beth.

—¿Recuerdas que Danny y Big Al compartían la celda con un hombre llamado Nick Moncrieff?

—Por supuesto —replicó Beth—. Eran buenos amigos. Enseñó a Danny a leer y a escribir bien, y hasta asistió a su funeral, aunque no nos permitieron hablar con él.

—Bien, pues unas semanas antes de que Moncrieff fuera puesto en libertad, me escribió ofreciéndose a colaborar en lo que fuera posible, pues estaba convencido de la inocencia de Danny.

—Pero hay muchísimas personas que creen en la inocencia de Danny —dijo Beth—, y si opinas que Big Al no sería un buen testigo, ¿por qué Nick iba a ser diferente?

—Porque Danny me dijo una vez que Moncrieff llevaba un diario durante su encarcelamiento, de modo que es posible que el incidente de la cinta conste en él. Los tribunales se toman muy en serio los diarios, porque constituyen pruebas que se refieren al momento del delito.

—Entonces, lo único que has de hacer es ponerte en contacto con Moncrieff —dijo Beth, incapaz de disimular su entusiasmo.

—No es tan fácil —señaló Alex.

—¿Por qué? Si estaba tan ansioso por ayudar...

—Poco después de ser liberado, fue detenido por quebrantar su libertad condicional.

—¿Han vuelto a encerrarle? —preguntó Beth.

—No, y eso es lo raro. El juez le concedió una última oportunidad. Debió de defenderle un abogado estupendo.

—Entonces, ¿qué te impide intentar que te entregue los diarios? —preguntó Beth.

—Es posible que, después de su último roce con la ley, no reciba con agrado una carta de un abogado al que no conoce de nada, pidiéndole que intervenga en otro caso.

—Danny decía que siempre podrías confiar en Nick, pasara lo que pasase.

—En ese caso, le escribiré hoy mismo —dijo Alex.

Danny descolgó el teléfono.

—Payne ha transferido seiscientas mil libras por giro postal esta mañana —dijo la voz—, de modo que si paga los restantes cinco millones cuatrocientas mil libras a finales de semana, el solar del velódromo será suyo. Pensé que querría saber que esta mañana nos ha llegado otra oferta por diez millones, que por supuesto hemos rechazado. Espero que sepa lo que hace.

La comunicación se cortó. Era la primera vez que la voz daba su opinión sobre algo.

Danny marcó el número del director de Coutts. Estaba a punto de convencer a Payne de que el negocio no podía fracasar.

—Buenos días, *sir* Nicholas. ¿En qué puedo servirle?

—Buenos días, señor Watson. Quiero transferir un millón de libras de mi cuenta corriente a la cuenta de clientes de Baker, Tremlett y Smythe.

—Desde luego, señor. —Siguió una larga pausa—. Es consciente de que su cuenta quedará en números rojos, ¿verdad? —añadió.

—Sí —dijo Danny—, pero quedará compensada el 1 de octubre, cuando reciba el cheque mensual del fondo fiduciario de mi abuelo.

—Hoy mismo me encargaré del papeleo y le llamaré —anunció el señor Watson.

—Me da igual cuándo se encargue del papeleo, señor Watson, siempre que la cantidad exacta sea transferida antes de que finalice la jornada laboral. —Danny colgó—. Joder —maldijo.

En las mismas circunstancias, Nick no se habría comportado así. Debía volver cuanto antes al modo Nick. Se volvió y vio a Molly parada en la puerta. Estaba temblando, y parecía incapaz de hablar.

—¿Qué pasa, Molly? —preguntó Danny, al tiempo que se ponía en pie de un brinco—. ¿Te encuentras bien?

—Es él —susurró.

—¿Él? —repitió Danny.

—Ese actor.

—¿Qué actor?

—Ese doctor Beresford. Ya sabe, Lawrence Davenport.

—¿De veras? —dijo Danny—. Acompáñale al salón. Ofrécele café y dile que me reuniré con él dentro de un momento.

Mientras Molly bajaba corriendo la escalera, Danny escribió dos nuevas anotaciones en el expediente de Payne, y luego lo devolvió a su sitio. Después, abrió el expediente de Davenport y se puso al día.

Estaba a punto de cerrarlo, cuando reparó en una nota bajo el encabezado vida anterior, que le hizo sonreír. Devolvió el expediente al estante y bajó a reunirse con su imprevisto invitado.

Davenport se levantó como impulsado por un resorte cuando Danny entró en el salón, y esta vez le estrechó la mano. Su apariencia sorprendió por un momento a Danny. Ahora iba bien afeitado, y vestía un traje hecho a medida y una elegante camisa sin corbata. ¿Iba a devolverle las trescientas mil libras?

—Lamento irrumpir así —dijo Davenport—. No lo habría hecho de no haberse producido una emergencia.

—No te preocupes, por favor —dijo Danny, mientras se sentaba en una butaca frente a él—. ¿En qué puedo ayudarte? Molly dejó una bandeja sobre una mesita auxiliar y sirvió a Davenport una taza de café.

—¿Desea leche, señor Davenport? —preguntó.

—Nada, gracias.

—¿Azúcar, señor Davenport?

—Tampoco, gracias.

—¿Le apetece una galleta de chocolate? —preguntó Molly.

—No, gracias —dijo Davenport, y se palmeó el estómago.

Danny se reclinó en la butaca y sonrió. Se preguntó si Molly se sentiría tan impresionada de haber sabido que estaba sirviendo al hijo de un empleado del aparcamiento del ayuntamiento del distrito de Grimsby.

—Bien, avíseme si desea algo más, señor Davenport —dijo Molly antes de salir del salón, sin darse cuenta de que había olvidado por completo ofrecer a Danny su habitual chocolate caliente.

Danny esperó a que la puerta se cerrara.

—Lo siento —dijo—. Por lo general, no es tan nerviosa.

—No te preocupes, muchacho —dijo Davenport—. Uno se acostumbra a eso.

No por mucho más tiempo, pensó Danny.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarte? —repitió.

Quiero invertir una cantidad considerable de dinero en un negocio. Solo temporalmente, ya sabes. No solo te lo devolveré dentro de unas semanas —dijo, y alzó la vista hacia el McTaggart colgado encima de la chimenea—, sino que también podré recuperar mis cuadros.

A Danny le habría disgustado perder sus adquisiciones recientes, pues sin darse cuenta se había encariñado enseguida con ellas.

—Lo siento, he sido muy desconsiderado —dijo, consciente de repente de que el salón estaba lleno de los antiguos cuadros de Davenport—. No te quepa duda de que volverán a tus manos en cuanto me devuelvas el préstamo.

—Eso podría suceder mucho antes de lo que había pensado —dijo Davenport—. Sobre todo si pudieras echarme una mano en este pequeño negocio.

—¿En qué cantidad has pensado? —preguntó Danny.

—Un millón —dijo Davenport vacilante—. El problema es que solo tengo una semana para reunir el dinero.

—¿Y qué aportarías como garantía esta vez? —preguntó Danny.

—Mi casa de Redcliffe Square.

Danny recordó las palabras de Davenport, la última vez que se habían visto: «¿Mi casa? No, nunca. Descartado, ni pensarlo».

—¿Y dices que devolverías toda la cantidad dentro de un mes con tu casa como garantía subsidiaria?

—Dentro de un mes, garantizado, sin la menor duda.

—¿Y si no logras devolver el millón a tiempo?

—En ese caso, al igual que mis cuadros, la casa será tuya.

—Trato hecho —dijo Danny—. Y dado que solo tienes unos días para reunir el dinero, me pondré en contacto con mis abogados ahora mismo y les daré instrucciones de que redacten un contrato.

Cuando salieron del salón al vestíbulo, encontraron a Molly esperando junto a la puerta, sosteniendo el abrigo de Davenport.

—Gracias —dijo Davenport, después de que la mujer le ayudara a ponerse el abrigo y le abriera la puerta.

—Seguiremos en contacto —se despidió Danny, sin estrechar la mano de Davenport cuando salieron al camino de entrada. Molly estuvo a punto de hacer una reverencia. Danny dio media vuelta y se encaminó hacia su estudio.

—Tengo que hacer algunas llamadas, Molly, así que bajaré a comer un poco más tarde de lo habitual —dijo sin volverse. Como no recibió respuesta, se giró y vio a su ama de llaves charlando en la puerta con una mujer.

—¿El señor la esperaba? —preguntó Molly.

—No —contestó la señorita Bennett—. He venido sin avisar.

La alarma sonó a las dos de la mañana, pero Danny no estaba dormido. Saltó de la cama y se puso a toda prisa los calzoncillos, la camiseta, los calcetines, los pantalones y las zapatillas deportivas que había dejado sobre una silla al lado de la ventana. No encendió la luz.

Consultó su reloj. Las dos y seis minutos. Cerró la puerta del dormitorio y bajó la escalera con parsimonia. Abrió la puerta principal y vio el coche aparcado junto al bordillo. Aunque no podía verle, sabía que Big Al estaría sentado detrás del volante. Danny paseó la vista a su alrededor. Había un par de luces encendidas todavía en la plaza, pero no se veía a nadie. Subió al coche sin decir nada. Big Al puso en marcha el motor y recorrió unos cien metros antes de encender las luces de posición.

Ninguno de los dos habló cuando Big Al giró a la derecha y se dirigió al Embankment. Había hecho el mismo recorrido cinco veces durante la semana anterior. Dos veces de día y tres de noche, que él llamaba «operaciones nocturnas». Pero los simulacros habían terminado, y esta noche se llevaría realmente a cabo la operación. Big Al estaba llevando el asunto como un ejercicio militar, lo que les permitía aprovechar sus nueve años en el ejército. De día, el recorrido duraba unos cuarenta y tres minutos, pero de noche se podía cubrir la misma distancia en veintinueve, sin superar nunca el límite de velocidad.

Cuando pasaron ante la Cámara de los Comunes y siguieron la orilla norte del Támesis, Danny se concentró en lo que había que hacer en cuanto llegaran a la zona elegida. Atravesaron la City y entraron en el East End. Danny perdió la concentración un momento, mientras pasaban ante una extensa obra, con una inmensa valla publicitaria que exhibía una magnífica maqueta de cómo sería Wilson House una vez terminada: sesenta pisos de lujo, treinta viviendas asequibles —prometía el cartel—, nueve ya vendidas, incluido el ático. Danny sonrió.

Big Al continuó por Mile End Road y giró a la izquierda al llegar a un letrero que indicaba Stratford, «La sede de los Juegos Olímpicos 2012». Once minutos después, se desvió de la calle por una pista de tierra. Apagó las luces, pues se conocía la zona de memoria, casi hasta la última piedra.

Al final de la pista dejó atrás un letrero que ponía:

Propiedad privada. Prohibido el paso.

Siguió adelante. Al fin y al cabo, el terreno era propiedad de Danny, y aún seguiría siendo suyo durante ocho días más. Big Al detuvo el coche detrás de un pequeño montículo, apagó el motor y pulsó un botón. La ventanilla lateral descendió con un zumbido. Se quedaron inmóviles y escucharon, pero solo se oían los ruidos nocturnos. Durante una misión de reconocimiento vespertina se habían encontrado

con un hombre que paseaba un perro, y con un grupo de chavales que jugaban a fútbol, pero ahora no había nadie, ni siquiera un noctámbulo que les hiciera compañía.

Al cabo de unos minutos, Danny tocó el codo de Big Al. Bajaron del coche y dieron la vuelta al vehículo. Big Al abrió el maletero, mientras Danny se quitaba las zapatillas de deporte; luego sacó la caja del maletero y la dejó en el suelo, como había hecho la noche anterior, cuando Danny había recorrido a pie el solar para ver si podía localizar los setenta y un guijarros blancos que habían dispuesto en grietas, agujeros y hendiduras durante el día. Había logrado localizar cincuenta y tres. Esa noche mejoraría su marca. Aquella tarde, otro ensayo previo le había concedido la oportunidad de localizar los que había pasado por alto.

A la luz del día podía cubrir la hectárea y cuarto en poco más de dos horas. La pasada noche había tardado tres horas y diecisiete minutos, mientras que esa noche tardaría más, debido al número de veces que tendría que arrodillarse.

Era una noche despejada y tranquila, tal como habían prometido las previsiones meteorológicas, aunque habría lloviznas por la mañana. Como cualquier granjero que plantara sus semillas Danny había elegido cuidadosamente el día, e incluso la hora. Big Al sacó el mono negro de la caja y se lo dio a Danny, que bajó la cremallera de delante y se lo puso. Incluso este sencillo ejercicio lo habían practicado varias veces en la oscuridad. Big Al le pasó las botas de goma, y después los guantes, la mascarilla, la linterna y, por fin, el pequeño contenedor de plástico con la inscripción peligroso.

Big Al se situó detrás del coche, mientras su jefe se alejaba. Cuando Danny llegó a la esquina del terreno, recorrió varios pasos más hasta llegar al primer guijarro blanco. Lo recogió y guardó en un bolsillo profundo. Cayó de rodillas, encendió la linterna y depositó un diminuto fragmento de tallo en una grieta del suelo. Apagó la linterna y se enderezó. El día anterior había practicado el ejercicio sin el rizoma. Nueve pasos más, y llegó al segundo guijarro, donde repitió todo el proceso; después, solo un paso más hasta llegar al tercer guijarro, donde se arrodilló junto a una pequeña hendidura para introducir con sumo cuidado el rizoma en su interior. Cinco pasos más...

Big Al deseaba desesperadamente fumar, pero sabía que no podía correr ese riesgo. Una vez, en Bosnia, un soldado había encendido un cigarrillo durante una operación nocturna, y tres segundos después una bala le había atravesado la cabeza. Big Al sabía que su jefe estaría ocupado durante tres horas, como mínimo, de modo que no podía perder la concentración, ni siquiera un momento.

El guijarro número veintitrés estaba en la esquina más alejada del terreno de Danny. Iluminó con la linterna un agujero grande, antes de dejar caer algunos rizomas. Depositó otro guijarro en su bolsillo.

Big Al se estiró y empezó a dar la vuelta al coche con parsimonia. Habían planeado marcharse mucho antes de las primeras luces del amanecer, que estaban

previstas a las seis y cuarenta y ocho minutos. Consultó su reloj: las cuatro y diecisiete. Ambos levantaron la vista cuando un avión surcó el cielo; el primero que aterrizaría en Heathrow aquella madrugada.

Danny guardó el guijarro número treinta y seis en su bolsillo, con cuidado de distribuir a partes iguales el peso. Repitió el procedimiento una y otra vez: unos cuantos pasos, arrodillarse, encender la linterna, dejar caer el rizoma en una grieta, recoger el guijarro y guardarlo en el bolsillo, apagar la linterna, levantarse, seguir andando... Se le antojaba mucho más agotador que la noche anterior.

Big Al se quedó paralizado cuando otro vehículo entró en el solar y aparcó a unos cincuenta metros de distancia. No estaba seguro de si le habían visto. Se aplastó contra el suelo y empezó a arrastrarse hacia el enemigo. Una nube se desplazó y dejó al descubierto la luna, un gajo de luz plateada; incluso la luna estaba de su parte. Habían apagado los faros del coche, pero una luz del interior estaba encendida.

Danny creyó ver las luces de un coche, y se tiró al suelo al instante. Habían establecido que Big Al haría destellar su linterna tres veces para advertirle si aparecía algún peligro. Danny esperó más de un minuto, pero no vio los destellos, de modo que se levantó y avanzó hacia el siguiente guijarro.

Big Al se hallaba a escasos metros del coche aparcado, y si bien las ventanillas estaban empañadas, vio que la luz de dentro continuaba encendida. Se puso de rodillas y atisbo por la ventanilla trasera. Tuvo que recurrir a toda su disciplina para no estallar en carcajadas, cuando vio a una mujer tumbada en el asiento posterior con las piernas abiertas, gimiendo. Big Al no pudo ver la cara del hombre que estaba encima de ella, pero sintió una punzada en la ingle. Volvió a tenderse sobre el suelo y empezó a reptar hacia su coche.

Cuando Danny llegó al guijarro número sesenta y siete, maldijo. Había recorrido toda la zona y se había dejado cuatro. Mientras caminaba lentamente de vuelta al coche, notó que cada paso le resultaba más incómodo que el anterior; no había previsto el peso de los guijarros.

En cuanto Big Al volvió a la base, no dejó de vigilar el coche. Se preguntó si el jefe se habría percatado de su presencia. De pronto, oyó el ruido de un motor que se ponía en marcha, y los faros se encendieron antes de que el coche girara en redondo, regresara a la pista de grava y desapareciera en la noche.

Cuando Big Al vio que Danny se acercaba, sacó la caja vacía del maletero y la dejó en el suelo delante de él. Danny empezó a sacar los guijarros de los bolsillos y a meterlos en la caja. Un ejercicio meticuloso, ya que el menor sonido llamaría la atención. En cuanto concluyó la tarea, se quitó la mascarilla, los guantes, las botas y el mono. Se los dio a Big Al, que los puso en la caja, encima de los guijarros. Lo último que depositaron fueron la linterna y el contenedor de plástico, vacío.

Big Al cerró el maletero y se sentó al volante, mientras su jefe se abrochaba el cinturón de seguridad. Encendió el motor, dio media vuelta y se dirigió despacio hacia la pista de grava. Ninguno de los dos habló, ni siquiera cuando llegaron a la

calle. El trabajo aún no había terminado.

Durante la semana, Big Al había localizado varios contenedores para escombros de obras en los cuales podían deshacerse de las pruebas de su misión nocturna. Big Al se detuvo siete veces durante un trayecto, que les llevó más de una hora, en lugar de los cuarenta minutos habituales. Cuando entraron en The Boltons, eran las siete y media. Danny sonrió cuando vio caer varias gotas de lluvia sobre el parabrisas, que los limpiaparabrisas automáticos eliminaron. Danny bajó del coche, subió por el camino de entrada y abrió la puerta principal. Recogió una carta tirada sobre la esterilla y la abrió mientras subía la escalera. Tras ver la firma al pie de la hoja, fue a su estudio y cerró la puerta con llave.

Una vez leída la carta, no supo muy bien cómo debería contestar. Piensa como Danny. Actúa como Nick.

Nick, me alegro de verte —dijo Sarah. Se inclinó hacia él—. Dime que te has portado bien —susurró.

—Depende de lo que entiendas por bien —contestó Danny, mientras se sentaba a su lado.

—No te habrás saltado ninguna entrevista con tu mujer favorita, ¿verdad?

Danny pensó en Beth, aunque sabía que Sarah se estaba refiriendo a la señorita Bennett.

—Ni una —dijo—. De hecho, vino a verme a casa hace poco y consideró que mi vivienda era apropiada; por supuesto, puso las marcas en las casillas pertinentes.

—¿Ni siquiera has pensado en ir al extranjero?

—No, a menos que ir a Escocia para ver al señor Munro cuente.

—Estupendo. ¿Qué más has hecho que puedas contar a tu abogada?

—Poca cosa —dijo Danny—. ¿Cómo está Lawrence? —preguntó, intrigado por saber si le había contado lo del préstamo.

—Mejor que nunca. El próximo jueves hará una prueba para *Holby City*, un papel nuevo que han escrito especialmente para él.

—¿Cómo se llama? ¿Testigo de asesinato? —pregunto Danny, y se arrepintió al instante de sus palabras.

—No, no —rio Sarah—. Estás pensando en el papel que interpretó en la adaptación televisiva de *Testigo de cargo*, pero eso fue hace años.

—Desde luego —dijo Danny—. Una interpretación que jamás olvidaré.

—No sabía que conocieras a Larry desde hace tanto tiempo.

—Solo de lejos —dijo Danny. Se sintió aliviado cuando le rescató una voz familiar.

—Hola, Sarah.

Charlie Duncan se agachó y la besó en la mejilla.

—Me alegro de verte, Nick —dijo Duncan—. Os conocéis, claro.

—Claro —dijo Sarah.

—Cuidado con lo que decís —susurró Duncan—, estáis sentados detrás de un crítico. Disfrutad del espectáculo —añadió en voz alta.

Danny había leído el texto de *Bling Bling*, pero había sido incapaz de seguir el hilo, de modo que sentía curiosidad por ver cómo funcionaba la obra en el escenario, y en qué había invertido diez mil libras. Abrió el programa y descubrió que etiquetaban la obra de «hilarante mirada a la Inglaterra de la era Blair». Volvió la página y empezó a leer la biografía del autor, un checo disidente que había escapado de... Las luces se apagaron y el telón se alzó.

Nadie rio durante el primer cuarto de hora de representación, lo cual sorprendió a Danny, puesto que se había calificado la obra de comedia ligera. Cuando la estrella hizo por fin su entrada, se oyeron algunas risas, pero Danny no supo si se debían al

texto. Cuando el telón bajó para el descanso, Danny se sorprendió reprimiendo un bostezo.

—¿Qué opinas? —preguntó a Sarah, mientras dudaba de si se habría perdido algo.

Sarah se llevó un dedo a los labios y señaló al crítico que tenían delante, el cual estaba escribiendo furiosamente.

—Vamos a tomar una copa —dijo ella.

Sarah le tocó el brazo mientras subían lentamente por el pasillo.

—Nick, ahora soy yo la que te pide consejo.

—¿Sobre qué? —preguntó Nick—. Porque debo advertirte que no sé nada de teatro. Ella sonrió.

—No, estoy hablando del mundo real. Gerald Payne me ha recomendado que invierta dinero en un negocio inmobiliario en el que anda metido. Tu nombre salió a colación, y quería saber si crees que es una inversión segura.

Danny no sabía qué contestar, porque pese a lo mucho que detestaba a su hermano, no sentía rencor alguno por aquella mujer encantadora que había evitado que le hubieran enviado de nuevo a la cárcel.

—Jamás aconsejo a los amigos que inviertan dinero en algo —dijo Danny—. Nunca ganas: si consiguen beneficios, se olvidan de que fuiste tú quien lo recomendó, y si pierden, nunca dejan de recordártelo. Mi único consejo es que no juegues con lo que no puedas permitirte, y no arriesgues jamás una cantidad que pudiera causarte una sola noche de insomnio.

—Buen consejo —dijo Sarah—. Te lo agradezco.

Danny la siguió hasta el bar. Cuando entraron en la abarrotada sala, Danny vio a Gerald Payne de pie junto a una mesa, sirviendo una copa de champán a Spencer Craig. Se preguntó si Craig se habría sentido tentado de invertir dinero en su solar olímpico, y confió en averiguarlo después, en la fiesta de estreno de la obra.

—Evitémoslos —dijo Sarah—. Spencer Craig nunca ha sido mi hombre favorito.

—El mío tampoco —reconoció Danny, mientras se abrían paso hasta el bar.

—¡Eh, Sarah, Nick! Estamos aquí —gritó Payne, agitando frenéticamente las manos—. Venid a tomar una copa de burbujas. Danny y Sarah fueron de mala gana a su encuentro.

—¿Te acuerdas de Nick Moncrieff? —preguntó Payne a Craig.

—Por supuesto —dijo Craig—. El hombre que está a punto de cambiar nuestra suerte.

—Esperemos que así sea —declaró Danny, que ya había obtenido la respuesta a una de sus preguntas.

—Necesitaremos toda la suerte del mundo después de la representación de esta noche —dijo Payne.

—Oh, podría haber sido peor —reconoció Sarah, mientras Danny le daba una copa de champán.

—Es una mierda —dijo Craig—. Una de mis inversiones echada a perder.

—No habrás invertido demasiado, espero —quiso averiguar Danny.

—Nada comparado con lo que he invertido en tu pequeño negocio —dijo Craig, que no podía apartar los ojos de Sarah.

—He transferido toda la cantidad esta mañana —susurró en tono conspiratorio Payne a Danny—. Intercambiaremos contratos en algún momento de los próximos días.

—Me alegra saberlo —dijo Danny con sinceridad, aunque los suizos ya lo habían informado de la transferencia justo antes de salir hacia el teatro.

—Por cierto —añadió Payne—, gracias a mis contactos políticos, he conseguido un par de entradas para la sesión de Preguntas Parlamentarias del próximo jueves. Si queréis acompañarme a escuchar la declaración de la ministra, seréis bienvenidos.

—Muy amable, Gerald, pero ¿no prefieres ir con Lawrence o Craig? Aún se resistía a llamarle Spencer.

—Larry tiene una prueba esa tarde, y Spencer una cita con el Lord Canciller al otro lado del edificio. Todos sabemos por qué —dijo, y guiñó un ojo.

—¿Sí? —preguntó Danny.

—Oh, sí. Spencer está a punto de ser nombrado QC —susurró Payne.

—Felicidades —dijo Danny, y se volvió hacia su enemigo.

—Todavía no es oficial —replicó Craig, sin ni siquiera mirar en su dirección.

—Pero será el próximo jueves —dijo Payne—. Nick, ¿por qué no nos encontramos a las doce y media delante de la entrada de St. Stephen de la Cámara de los Comunes, para escuchar la declaración de la ministra e ir a celebrar después nuestra buena suerte?

—Nos veremos allí —afirmó Danny, mientras sonaban los tres timbrazos.

Miró a Sarah, a quien Craig había acorralado en un rincón. Le habría gustado acudir en su rescate, pero la muchedumbre le arrastró cuando se produjo una avalancha hacia el interior del teatro.

Sarah volvió a su asiento justo cuando se alzaba el telón. La segunda mitad fue algo mejor que la primera, pero Danny sospechó que no lo suficiente para agradar al hombre que estaba sentado delante de ellos.

Cuando cayó el telón, el crítico fue el primero en salir de la platea; Danny tuvo ganas de acompañarle. Aunque la compañía saludó tres veces, Danny no tuvo que levantarse en esta ocasión, pues nadie se molestó en hacerlo. Cuando las luces se encendieron por fin, se volvió hacia Sarah.

—Si vas a la fiesta, ¿quieres que te lleve?

—No voy a ir —contestó Sarah—. Sospecho que tampoco irá mucha gente.

—Ahora me toca a mí pedir tu opinión —dijo Danny—. ¿Por qué no?

—Los profesionales siempre huelen el fracaso, de modo que evitarán que los vean en una fiesta donde la gente pueda pensar que están implicados de una manera u otra en el desastre. —Hizo una pausa—. Espero que no invirtieras demasiado.

—No lo suficiente para causarme una noche de insomnio —señaló Danny.

—No olvidaré tu consejo —dijo Sarah, y enlazó su brazo con el de él—. ¿Te apetece llevar a cenar a una chica solitaria?

Danny recordó la última vez que había aceptado una oferta similar, y en cómo había terminado la velada. No quería tener que dar explicaciones a otra chica, sobre todo a esta en particular.

—Lo siento —dijo—, pero...

—¿Estás casado? —preguntó Sarah.

—Ojalá.

—Ojalá te hubiera conocido antes que ella —dijo Sarah, y soltó su brazo.

—Eso no habría sido posible —replicó Danny sin dar más explicaciones.

—Tráela la próxima vez —dijo Sarah—. Me gustaría conocerla. Buenas noches, Nick, y gracias de nuevo por tu consejo. Le besó en la mejilla y fue a reunirse con su hermano.

Danny se abstuvo de advertirle que no invirtiera ni un penique en el negocio olímpico de Payne, pero sabía que sería demasiado arriesgado con una chica tan inteligente.

Se sumó a la silenciosa multitud que salía del teatro lo más deprisa posible, pero aun así no pudo esquivar a un deprimido Charlie Duncan, que se había apostado en la salida. Dedicó a Danny una débil sonrisa.

—Bien, al menos no tendré que gastar dinero en una fiesta de fin de temporada.

Danny se encontró con Gerald Payne delante de la entrada de St. Stephen del palacio de Westminster. Era su primera visita a la Cámara de los Comunes, y había planeado que fuera la última de Payne.

—Tengo dos invitaciones para la zona del público —anunció Payne en voz alta al policía que custodiaba la entrada.

De todos modos, tardaron un buen rato en pasar el control de seguridad. En cuanto vaciaron los bolsillos y atravesaron el detector de metales, Payne guió a Danny por un largo pasillo de mármol hasta el vestíbulo central.

—Esos no tienen invitaciones —explicó Payne mientras pasaban ante una hilera de visitantes sentados en bancos verdes, que esperaban con paciencia a ser admitidos en aquel lugar—. No entrarán hasta avanzada la tarde, si lo consiguen.

Danny estudió el ambiente del vestíbulo central, mientras Payne se presentaba ante el policía de recepción y le enseñaba las invitaciones. Los diputados estaban charlando con electores que estaban de visita, los turistas contemplaban el trabajado techo de mosaico, y otros, para quienes el entorno ya era familiar, cruzaban con determinación el vestíbulo, camino de sus quehaceres.

Payne solo parecía interesado en una cosa: conseguir un buen asiento antes de que la ministra se levantara para hacer su declaración. Danny también quería gozar de la mejor vista posible.

El policía indicó el pasillo de su derecha. Payne se fue en aquella dirección, y Danny tuvo que correr para alcanzarlo. Payne recorrió el pasillo alfombrado de verde y subió un tramo de escaleras hasta el primer piso, como si ya fuera un diputado. Un ujier les recibió en lo alto de la escalera, examinó sus invitaciones y les acompañó hasta la Strangers Gallery^[15]. Lo primero que sorprendió a Danny fue lo pequeño que era aquel lugar, y los pocos asientos disponibles para los visitantes, lo cual explicaba el número de personas que esperaban en la planta baja. El ujier les encontró dos asientos en la cuarta fila y les entregó a ambos un orden del día. Danny se inclinó hacia delante y miró la cámara, sorprendido de ver a tan pocos diputados presentes, pese a que era mediodía. Estaba claro que los diputados no estaban demasiado interesados por el emplazamiento del velódromo olímpico, aunque el futuro de algunas personas dependía de la decisión de la ministra. Una de ellas estaba sentada al lado de Danny.

—La mayoría son diputados de Londres —susurró Payne mientras buscaba la página que le interesaba en el orden del día. Su mano temblaba cuando llamó la atención de Danny hacia la parte superior de la página: 12.30, declaración de la ministra de Deportes.

Danny intentó seguir lo que estaba sucediendo en la cámara. Payne le explicó que ese día se dedicaba a las preguntas para el ministro de Sanidad, pero que concluían a

las doce y media. Danny disfrutaba viendo lo impaciente que estaba Payne por cambiar el asiento del público por los bancos verdes de abajo.

A medida que el reloj que había sobre la silla del presidente de la cámara iba acercándose a las doce y media, Payne empezó a manosear el orden del día, y su pierna derecha se disparó. Danny conservó la calma, pues él ya sabía qué iba a decir la ministra a la cámara.

Cuando el presidente se levantó a las doce y media y anunció: «Declaración de la ministra de Deportes», Payne se inclinó hacia delante para ver mejor a la ministra, que se levantó del primer banco y dejó una carpeta roja sobre la tribuna.

—Señor presidente, con su permiso haré una declaración relativa al lugar que he seleccionado para el edificio del futuro velódromo olímpico. Los diputados recordarán que informé a esta cámara a principios de mes de que había preseleccionado dos emplazamientos, pero que no tomaría la decisión definitiva hasta que hubiera recibido informes detallados de los peritos sobre ambos solares. —Danny miró de soslayo a Payne. Una gota de sudor había aparecido en su frente. Danny procuró componer también una expresión preocupada—. Dichos informes fueron entregados ayer en mi oficina, y también se enviaron copias al Comité Olímpico de Organización, a los dos honorables diputados en cuyas circunscripciones se hallan los solares y al presidente de la Federación Británica de Ciclismo. Los diputados podrán obtener copias en la Oficina de Pedidos en cuanto haya concluido esta declaración.

»Tras haber leído los dos informes, todas las partes interesadas se han mostrado de acuerdo en que solo un solar es el adecuado para este proyecto tan importante. —Una fugaz sonrisa apareció en los labios de Payne—. El informe del perito reveló que, desgraciadamente, uno de los solares está infestado de una planta nociva e invasiva conocida como *Fallopia japónica* —risas—. Supongo que los señores diputados, al igual que yo, no se habían encontrado antes con este problema, de modo que dedicaré un momento a explicar sus consecuencias. La *Fallopia japónica* es una planta extraordinariamente destructiva y agresiva que, en cuanto arraiga, se propaga con rapidez e impide que en el terreno en el que crece pueda llevarse a cabo un proyecto urbanístico. Antes de tomar mi decisión definitiva, pregunté si existía una solución fácil a ese problema. Los expertos en la especialidad me aseguraron que la *Fallopia japónica* puede erradicarse mediante un tratamiento químico. —Payne alzó la vista, con un brillo de esperanza en la mirada—. Sin embargo, experiencias anteriores han demostrado que los primeros intentos no siempre son efectivos. El tiempo estimado que los ayuntamientos de Birmingham, Liverpool y Dundee tardaron en eliminar la hierba de sus terrenos y declararlos aptos para la urbanización fue de más de un año.

»Los señores diputados se darán cuenta de que sería una irresponsabilidad por parte de mi departamento correr el riesgo de esperar otros doce meses, o quizá más, antes de poder iniciar las obras en el solar infestado. No me ha quedado otra elección que seleccionar el excelente lugar alternativo para este proyecto. —La piel de Payne

se tiñó del color de la tiza cuando oyó la palabra “alternativo”—. Por consiguiente, estoy en condiciones de anunciar que mi departamento, con el respaldo del Comité Olímpico Británico y la Federación Británica de Ciclismo, ha seleccionado el solar de Stratford South para construir el nuevo velódromo.

La ministra volvió a sentarse y esperó las preguntas de los miembros de la cámara. Danny miró a Payne, quien había apoyado la cabeza sobre las manos.

Un ujier bajó corriendo la escalera.

—¿Su amigo se encuentra mal? —preguntó con expresión preocupada.

—Me temo que sí —dijo Danny, con expresión muy poco preocupada—. ¿Podemos llevarle a un lavabo? Creo que va a vomitar.

Danny tomó a Payne del brazo y le ayudó a ponerse en pie, mientras el ujier les guiaba escaleras arriba hasta salir de allí. Se adelantó corriendo y abrió la puerta, para dejar que Payne entrara tambaleante en el cuarto de baño. Payne empezó a vomitar mucho antes de llegar a la pila.

Aflojó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa, y después vomitó otra vez. Cuando inclinó la cabeza y se aferró al costado de la pila, con la respiración alterada, Danny le ayudó a quitarse la chaqueta. Extrajo con destreza el móvil de Payne del bolsillo interior de la chaqueta y pulsó un botón; se desplegó una larga lista de nombres. Fue bajando hasta llegar a «Lawrence». Mientras Payne hundía la cabeza en la pila por tercera vez, Danny consultó su reloj. Davenport estaría preparando su prueba, echando una última mirada al guión antes de ir a maquillarse. Empezó | teclear un mensaje de texto, mientras Payne caía de rodillas, sollozando, justo como había hecho Beth cuando vio morir a su hermano. «Ministra no seleccionó nuestro solar. Lo siento. Pensé que querrías saberlo». Sonrió cuando pulsó el botón «enviar», antes de regresar a la lista de contactos. Bajó hasta llegar al nombre de «Spencer».

Spencer Craig se miró en el espejo de cuerpo entero. Había comprado una camisa y una corbata de seda nuevas especialmente para la ocasión. También había alquilado un coche para que le recogiera en el despacho a las once y media. No quería llegar con retraso a su cita con el Lord Canciller. Todo el mundo parecía estar enterado, pues continuamente recibía sonrisas y murmullos de felicitación, desde el jefe de la firma hasta la señora que les llevaba el té.

Craig estaba solo en su despacho, fingiendo leer un expediente que había aterrizado sobre su escritorio aquella mañana. Últimamente llegaban muchos expedientes. Esperó impaciente a que el reloj diera las once y media, para poder acudir a su cita de las doce.

—Primero, te ofreceré una copa de jerez seco —le había dicho un socio mayoritario—. Después, charlaré unos minutos acerca de la pésima situación del críquet inglés, de la cual culpa a la lamentable costumbre de insultar al contrario, y

después, de repente, sin previa advertencia, te dirá en la más estricta confianza que recomendará a Su Majestad (en este momento se pone muy ampuloso) que tu nombre sea incluido en la siguiente lista de abogados ascendidos al rango superior y seas nombrado QC. A continuación, seguirá soltándote el rollo durante varios minutos acerca de las abrumadoras responsabilidades que tal nombramiento deposita sobre los hombros del recién nombrado, y bla bla bla...

Craig sonrió. Había sido un buen año, y tenía la intención de celebrarlo por todo lo alto. Abrió un cajón, sacó su talonario y extendió un cheque por doscientas mil libras a nombre de Baker, Tremlett y Smythe. Era el cheque más cuantioso que había extendido en su vida, y ya había solicitado a su banco un crédito al descubierto a corto plazo. Claro que nunca había visto a Gerald tan confiado. Se reclinó en su silla y saboreó el momento, mientras pensaba en qué gastaría los beneficios: un Porsche nuevo, unos cuantos días en Venecia.

Incluso podía tentar a Sarah con un viaje en el *Orient Express*.

El teléfono de su escritorio sonó.

—Su chófer ha llegado, señor Craig.

—Dígale que ya bajo.

Introdujo el cheque en un sobre, dirigido a Gerald Payne, en Baker, Tremlett y Smythe, lo dejó sobre la mesa y bajó. Llegaría con unos minutos de anticipación, pero no quería que el Lord Canciller esperara. No dirigió la palabra al chófer durante el breve trayecto por el Strand, ni mientras seguían Whitehall hasta llegar a Parliament Square. El coche se detuvo ante la entrada de la Cámara de los Lores. Un funcionario de la entrada consultó su nombre en una tablilla e indicó al coche que pasara. El conductor giró a la izquierda, pasó bajo una arcada gótica y se detuvo ante la oficina del Lord Canciller.

Craig siguió sentado y esperó a que el chófer le abriera la puerta, saboreando cada momento. Atravesó el pasaje abovedado y fue recibido por un empleado que portaba otra tablilla. Comprobó una vez más su nombre y le acompañó con parsimonia por una escalera alfombrada de rojo hasta el despacho del Lord Canciller. El mensajero llamó a la puerta de roble.

—Adelante —dijo una voz.

El funcionario abrió la puerta y se apartó para dejar pasar a Craig. Una joven estaba sentada a un escritorio, al fondo de la habitación. Levantó la vista y sonrió.

—¿Señor Craig?

—Sí —contestó él.

—Llega un poco temprano, pero veré si el Lord Canciller está libre.

Craig estuvo a punto de decirle que no le importaba esperar, pero la mujer ya había descolgado el teléfono.

—Ha llegado el señor Craig, Lord Canciller.

—Dígale que entre, por favor —dijo una voz estentórea. La secretaria se levantó, cruzó la habitación, abrió otra pesada puerta de roble y acompañó al señor Craig

hasta el despacho del Lord Canciller.

Craig sintió que le sudaban las palmas de las manos cuando entró en la magnífica sala chapada en roble que daba al Támesis. En cada pared se veían retratos de anteriores titulares del cargo, y el papel pintado Pugin^[16] rojo y dorado disipó todas sus dudas acerca de que estaba en presencia del máximo representante de la ley en el país.

—Haga el favor de sentarse, señor Craig —dijo el Lord Canciller, al tiempo que abría una gruesa carpeta roja que descansaba sobre el centro de su escritorio.

No mencionó ninguna copa de jerez seco mientras examinaba algunos papeles. Craig contempló al anciano, de frente despejada y cejas grises pobladas, que había sido la alegría de muchos caricaturistas. El Lord Canciller alzó poco a poco la cabeza y miró a su visitante.

—Señor Craig, he pensado que dadas las circunstancias, debía hablar en privado con usted antes de que se enterara de los detalles por la prensa.

Ninguna mención al criquet inglés.

—Hemos recibido una solicitud de perdón real en el caso de Daniel Arthur Cartwright —continuó en tono seco y monótono. Hizo una pausa para que Craig asimilara las implicaciones de lo que iba a añadir—. Tres magistrados del Tribunal Supremo, bajo la dirección de lord Beloff, me han aconsejado que revise todas las pruebas, y su recomendación unánime consiste en que aconseje a Su Majestad que permita una revisión judicial a fondo del caso. —Hizo una nueva pausa, pues estaba claro que no deseaba apresurarse—. Como usted fue testigo de cargo en el primer juicio, pensé que debía advertirle de que sus señorías desean que comparezca ante ellos, junto con... —bajó la vista y consultó la carpeta— el señor Gerald Payne y el señor Lawrence Davenport, con el fin de interrogarles a los tres en relación con su testimonio en la primera vista.

Antes de que pudiera continuar, Craig intervino:

—Pero yo creía que, antes de que sus señorías pensarán incluso en revocar una apelación, era necesario que se presentaran nuevas pruebas a su consideración.

—Se han presentado nuevas pruebas.

—¿La cinta?

—El informe de lord Beloff no menciona ninguna cinta. Sin embargo, uno de los compañeros de celda de Cartwright... —una vez más, el Lord Canciller consultó la carpeta— el señor Albert Crann, afirma que estuvo presente cuando el señor Toby Mortimer, a quien usted conocía, según creo, declaró que había sido testigo del asesinato del señor Bernard Wilson.

—Pero eso no son más que rumores, procedentes de labios de un criminal convicto y confeso. No tendría validez en ningún tribunal del país.

—En circunstancias normales, estaría de acuerdo con usted, señor Craig, y habría desechado la solicitud, de no ser por una prueba nueva presentada a sus señorías.

—¿Una prueba nueva? —repitió Craig, que de repente sintió un nudo en el

estómago.

—Sí —dijo el Lord Canciller—. Por lo visto, Cartwright compartía la celda no solo con Albert Crann, sino con otro preso que llevaba un diario, en el que apuntaba meticulosamente todo lo que veía en la cárcel, incluidas copias literales de las conversaciones en las que participaba.

—Por tanto, la única fuente de estas acusaciones es un diario que un criminal convicto y confeso afirma que escribió mientras estaba en la cárcel.

—Nadie le está acusando de nada, señor Craig —dijo sin alzar la voz el Lord Canciller—. No obstante, es mi intención invitarle a comparecer ante sus señorías. Se le concederán todas las oportunidades de defender su versión del caso, por supuesto.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Craig.

El Lord Canciller pasó una página de su carpeta y leyó dos veces el nombre, antes de levantar la vista.

—*Sir* Nicholas Moncrieff —dijo.

Danny estaba sentado en su reservado habitual del Dorchester, leyendo *The Times*. El periodista de deportes informaba de la sorprendente elección de la ministra para el emplazamiento del velódromo. Ocupaba apenas unas líneas de la columna, entre el piragüismo y el baloncesto.

Danny había consultado las páginas deportivas de casi todos los periódicos de ámbito nacional aquella mañana, y los que se habían tomado la molestia de reproducir la declaración de la ministra coincidían en que no le había quedado otra elección. Sin embargo, ninguno, ni siquiera *The Independent*, dedicaba el menor espacio a informar a sus lectores sobre qué era la *Fallopia japónica*.

Danny consultó su reloj, y vio que Gary Hall llevaba unos minutos de retraso. Solo podía intentar imaginar las recriminaciones que se habrían sucedido en las oficinas de Baker, Tremlett y Smythe. Volvió a la primera plana; estaba leyendo el artículo sobre el último giro de la amenaza nuclear norcoreana, cuando un Hall sin aliento apareció a su lado.

—Lamento llegar tarde —jadeó—, pero el socio mayoritario me llamó justo cuando estaba a punto de salir de la oficina. Menudo pollo se armó después de la declaración de la ministra. Todos se culpan mutuamente.

Se sentó frente a Danny e intentó serenarse.

—Relájese y deje que le pida un café —dijo Danny cuando Mario se acercó.

—¿Otro chocolate caliente para usted, *sir* Nicholas? —Danny asintió, dejó el periódico y sonrió a Hall—. Bien, al menos nadie puede culparle a usted, Gary.

—Oh, nadie cree que yo estuviera metido —dijo Hall—. Por eso me han ascendido.

—¿Ascendido? —repitió Danny—. Felicidades.

—Gracias, pero no habría sucedido si no hubieran despedido a Gerald Payne. —Danny consiguió reprimir una sonrisa—. Le llamaron al despacho del socio mayoritario a primera hora de la mañana, y le dijeron que despejara su escritorio y abandonara el edificio antes de una hora. A uno o dos de nosotros nos ascendieron después del chaparrón.

—Pero ¿no se dieron cuenta de que fuimos usted y yo quienes propusimos la idea a Payne?

—No. En cuanto se supo que usted no podía reunir toda la cantidad, se convirtió en idea de Payne. De hecho, se considera que usted ha perdido su inversión, y hasta temen que presente una denuncia contra la empresa.

Algo en lo que Danny no había pensado... hasta entonces.

—Me pregunto qué hará Payne ahora —sondeó Danny.

—Jamás le darán trabajo en nuestra profesión —dijo Hall—. Al menos, si depende de nuestro socio mayoritario.

—¿Qué hará el pobre desgraciado? —continuó sondeando Danny.

—Su secretaria me ha dicho que ha ido a Sussex, a pasar unos días a casa de su madre. Es presidenta del partido en esa circunscripción, que él aún confía en representar en las próximas elecciones.

—Supongo que no tendrá problemas —dijo Danny, con la esperanza de equivocarse—. A menos que haya aconsejado a alguien de la circunscripción invertir en *Fallopia japónica*.

Hall rio.

—Ese hombre es un superviviente —afirmó—. Apuesto a que será diputado dentro de un par de años, y para entonces nadie se acordará de este escándalo.

Danny frunció el ceño, consciente de que quizá solo había herido superficialmente a Payne, aunque no esperaba que Davenport o Craig se recuperaran con tanta facilidad.

—Tengo otro trabajo para usted —anunció, mientras abría el maletín y extraía un fajo de papeles—. Necesito deshacerme de una propiedad en Redcliffe Square, en el número veinticinco. Su anterior propietario...

—Hola, Nick —dijo una voz.

Danny alzó la vista. Un hombre alto y corpulento al que no había visto nunca se erguía sobre él. Llevaba una falda escocesa, tenía una mata de pelo ondulado castaño y la tez rubicunda, y debía de tener más o menos la edad de Danny. Piensa como Danny, actúa como Nick. Sé Nick. Danny era consciente de que aquella situación se presentaría algún día, pero en los últimos tiempos se había relajado tanto en su nueva personalidad, que no creía posible que le pillaran por sorpresa. Se había equivocado. En primer lugar, tenía que averiguar si ese hombre había estado en el colegio o en el ejército con Nick, porque desde luego no le conocía de la cárcel. Se levantó.

—Hola —dijo Danny, mientras dedicaba al desconocido una sonrisa cordial y le estrechaba la mano—. Te presento a un socio comercial, Gary Hall. El hombre se inclinó y estrechó la mano de Hall.

—Encantado de conocerle, Gary. Soy Sandy, Sandy Dawson —añadió, con pronunciado acento escocés.

—Sandy y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —dijo Danny, con la esperanza de averiguar cuánto.

—Ya lo creo —dijo Dawson—, pero no veía a Nick desde que terminamos el colegio.

—Fuimos a Loretto juntos —dijo Danny, y sonrió a Hall—. ¿A qué te dedicas, Sandy? —preguntó, desesperado por descubrir otra pista.

—Como mi padre, sigo en el negocio de la carne —dijo Dawson—. Contento de que el buey de las Tierras Altas sea la carne más popular del reino. ¿Y tú, Nick?

—Me lo he tomado con mucha calma desde... —comenzó Danny, intentando descubrir si Dawson sabía que Nick había estado en la cárcel.

—Sí, por supuesto —dijo Dawson—. Un asunto terrible, y muy injusto. Pero me alegra ver que has salido incólume de la experiencia. —Una expresión perpleja

apareció en el rostro de Hall. A Danny no se le ocurrió ninguna respuesta adecuada—. Espero que aún encuentres tiempo para jugar de vez en cuando al criquet: Era el mejor lanzador rápido de nuestra generación en el colegio —explicó a Hall—. Lo sé muy bien; yo era el guardameta.

—Y muy bueno —añadió Danny, al tiempo que le palmeaba la espalda.

—Siento interrumpiros —se disculpó Dawson—, pero no podía pasar de largo sin saludar.

—Claro —dijo Danny—. Me alegro de verte, Sandy, después de tanto tiempo.

—Yo también —dijo Dawson, y dio media vuelta para marcharse.

Danny volvió a sentarse, confiando en que Hall no hubiera escuchado el suspiro de alivio que siguió a la marcha de Dawson. Empezó a sacar unos papeles de su maletín, cuando Dawson regresó.

—Supongo que nadie te habrá dicho que Squiffy Humphries murió, ¿verdad?

—No, lo siento —dijo Danny.

—Sufrió un infarto mientras jugaba al golf con el director. El equipo nunca fue lo mismo después de que *Squiffly* se retirara.

—Sí, pobre *Squiffly*. Un gran entrenador.

—Te dejo en paz —dijo Dawson—. Pensé que te gustaría saberlo. Todo Musselburgh asistió a su funeral.

—Era lo menos que merecía —afirmó Danny. Dawson asintió y se alejó.

Esta vez, Danny no apartó la vista del hombre hasta que le vio abandonar la sala.

—Lo siento —dijo.

—Siempre es violento encontrarse con antiguos compañeros de colegio años después —dijo Hall—. Casi nunca me acuerdo de sus nombres. Creo que sería difícil olvidar a ese. Menudo personaje.

—Sí —dijo Danny, mientras repasaba a toda prisa las escrituras de la casa de Redcliffe Square. Hall estudió el documento un rato.

—¿Qué precio espera que alcance la propiedad? —preguntó por fin.

—Alrededor de tres millones —calculó Danny—. La hipoteca es de poco más de un millón, y yo he puesto otro millón, así que cualquier cantidad superior a dos millones doscientas o dos millones trescientas me proporcionaría beneficios.

—Lo primero que haré será llamar a un perito.

—Es una pena que Payne no enviara uno al solar de Stratford.

—Afirma que lo hizo —dijo Hall—. Supongo que el perito nunca había oído hablar de la *Fallopia japónica*. Para ser sincero, nadie de la oficina sabía qué era.

—Yo tampoco, desde luego —admitió Danny—. Bien, hasta hace muy poco.

—¿Algún problema con el actual propietario? —preguntó Hall, mientras examinaba la última página de las escrituras—. ¿Es quien creo? —añadió, antes de que Danny pudiera contestar.

—Sí, Lawrence Davenport, el actor —dijo Danny.

—¿Sabía que es amigo de Gerald?

—Apareces en la primera plana del *Evening Standard*, jefe —dijo Big Al, mientras salía del Dorchester y se mezclaba con el tráfico que iba en dirección a Hyde Park Córner.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Danny, temiendo lo peor.

Big Al pasó el periódico a Danny. Leyó el titular: «¿Indulto para Cartwright?».

Leyó en diagonal el artículo, y luego lo releyó con más detenimiento.

—No sé qué vas a hacer, jefe, si citan a *sir* Nicholas Moncrieff ante el tribunal para prestar declaración en defensa de Cartwright.

—Si todo sale como he planeado —dijo Danny, mientras miraba la foto de Beth rodeada de cientos de partidarios de Bow—, no seré yo el acusado.

Craig había encargado cuatro *pizzas*, y esta vez no habría camareras que sirvieran el vino frío en este encuentro de los Mosqueteros.

Desde que había salido del despacho del Lord Canciller, había dedicado todos sus momentos libres a intentar averiguar todo lo posible sobre *sir* Nicholas Moncrieff. Había podido confirmar que Moncrieff había compartido celda con Danny Cartwright y Albert Crann en Belmarsh. También descubrió que Moncrieff había sido puesto en libertad seis semanas después de la muerte de Cartwright.

Lo que Craig no podía entender era por qué alguien iba a dedicar toda su vida, como Moncrieff había hecho, a seguir el rastro y tratar de destruir a tres hombres que no conocía. A menos que... Fue al colocar las dos fotografías de Moncrieff y Cartwright la una al lado de la otra cuando empezó a pensar en esa posibilidad. No tardó mucho en trazar un plan para descubrir si la posibilidad era una realidad.

Alguien llamó a la puerta principal. Craig la abrió y vio la figura desolada de Gerald Payne, aferrada a una botella de vino barato. Toda la confianza en sí mismo que había exhibido durante la reunión anterior se había evaporado.

—¿Larry vendrá? —preguntó, sin molestarse en estrechar la mano de Craig.

—Le espero de un momento a otro —dijo Craig, mientras guiaba a su viejo amigo a través del salón—. ¿Dónde te escondes últimamente?

—Vivo en Sussex con mi madre, hasta que todo esto haya pasado —contestó Payne, al tiempo que se hundía en una mullida butaca.

—¿Algún problema en la circunscripción? —preguntó Craig, mientras le servía una copa de vino.

—Podría haber sido peor —dijo Payne—. Los liberales están esparciendo rumores, pero por suerte lo hacen con tanta frecuencia que nadie les concede mucha importancia. Cuando el director del *periodicucho* local llamó, le dije que había dimitido como socio de Baker, Tremlett y Smythe porque quería dedicar más tiempo a mi trabajo en la circunscripción, para preparar las elecciones generales. Hasta escribió un editorial de apoyo al día siguiente.

—No me cabe duda de que sobrevivirás —dijo Craig—. Con franqueza, estoy mucho más preocupado por Larry. No solo no le concedieron el papel en *Holby City*, sino que va diciendo a todo el mundo que le enviaste un mensaje de texto sobre la declaración de la ministra justo cuando estaba a punto de empezar la prueba.

—Pero eso no es verdad —replicó Payne—. Me encontraba en tal estado de conmoción que no me puse en contacto con nadie, ni siquiera contigo.

—Pues alguien lo hizo —dijo Craig—. Y ahora me doy cuenta de que, si no fuiste tú quien nos envió mensajes de texto, tuvo que ser alguien que sabía lo de la prueba de Larry y lo de mi reunión con el Lord Canciller.

—La misma persona que tuvo acceso a mi teléfono móvil todo el rato.

—El ubicuo *sir* Nicholas Moncrieff.

—Ese hijo de puta. Le mataré —dijo Payne, sin pensar en lo que decía.

—Eso es lo que tendríamos que haber hecho cuando tuvimos la oportunidad —reflexionó Craig.

—¿Qué quieres decir?

—Lo descubrirás a su tiempo —dijo Craig, justo cuando sonaba el timbre de la puerta—. Debe de ser Larry.

Mientras Craig iba a abrir la puerta, Payne se quedó pensando en los mensajes de texto que Moncrieff había debido de enviar a Larry y a Spencer mientras estaba fuera de juego en los lavabos de la Cámara de los Comunes, pero aún estaba lejos de comprender el motivo cuando los dos se reunieron con él. Payne se quedó pasmado al ver cuánto había cambiado Larry en tan poco tiempo. Llevaba unos vaqueros desteñidos y una camisa arrugada. Estaba claro que no se había afeitado desde que se había enterado de la declaración ministerial. Se derrumbó en la silla más cercana.

—¿Por qué, por qué, por qué? —fueron sus primeras palabras.

—Pronto lo sabrás —dijo Craig, al tiempo que le tendía una copa de vino.

—Ha sido una campaña bien organizada, sin duda —reconoció Payne, en cuanto Craig volvió a llenar su copa.

—Y no hay motivos para creer que haya terminado —dijo Craig.

—Pero ¿por qué? —repitió Davenport—. ¿Por qué me presta un millón de libras de su dinero, si sabía que iba a perder hasta el último penique?

—Porque tenía la garantía de que tu casa cubriría el préstamo —replicó Payne—. No podía perder.

—¿Y qué crees que hizo al día siguiente? —dijo Davenport—. Contrató a tu antigua firma para que se deshiciera de mi casa. Ya han puesto un cartel de se vende en el jardín delantero, y han empezado a enseñarla a posibles compradores.

—¿Qué dices que ha hecho? —preguntó Payne.

—Y esta mañana he recibido una carta de un abogado, diciendo que si no desalojo la casa a finales de mes, no tendrán otra alternativa que...

—¿Dónde vivirás? —preguntó Craig, con la esperanza de que Davenport no le pidiera asilo.

—Sarah ha accedido a acogerme en su casa hasta que este lío se solucione.

—No le habrás dicho nada, ¿verdad? —preguntó Craig angustiado.

—No, ni palabra —dijo Davenport—. Aunque sabe que algo ha ocurrido, claro está. No para de preguntarme cuándo conocí a Moncrieff.

—No puedes decírselo —afirmó Craig—, o todos terminaremos metidos en más problemas.

—¿Más problemas todavía? —preguntó Davenport.

—Sí, si permitimos que Moncrieff prosiga su venganza —dijo Craig. Payne y Davenport no intentaron llevarle la contraria—. Sabemos que Moncrieff ha entregado sus diarios al Lord Canciller, y no me cabe duda de que le llamarán para prestar declaración ante los magistrados del Tribunal Supremo cuando se reúnan para decidir

el indulto de Cartwright.

—Oh, Dios —dijo Davenport, con una mirada de desesperación en los ojos.

—Que no cunda el pánico —pidió Craig—. Creo que he encontrado la forma de terminar con Moncrieff de una vez por todas. —Davenport no parecía muy convencido—. Es más, existe la posibilidad de que aún podamos recuperar todo nuestro dinero, lo cual incluiría tu casa, Larry, además de tus cuadros.

—Pero ¿cómo lo haremos? —preguntó Davenport.

—Paciencia, Larry, paciencia, todo a su tiempo.

—Comprendo su táctica con Larry —dijo Payne—, porque no tenía nada que perder, pero ¿por qué apoquinar un millón de su propio dinero cuando sabía que era un negocio condenado al fracaso?

—Ese fue un golpe genial —admitió Craig.

—Sin duda nos vas a iluminar —dijo Davenport.

—Porque al invertir ese millón —continuó Craig, sin hacer caso de su sarcasmo—, os convenció a los dos, y a mí también, de que íbamos a ganar.

—Pero iba a perder ese millón —señaló Payne—, si sabía que el primer solar estaba condenado.

—No, si ya era propietario del solar —dijo Craig.

Ninguno de sus dos invitados habló durante un rato, mientras intentaban asimilar el significado de sus palabras.

—¿Estás insinuando que le estábamos pagando para comprar su propiedad? —preguntó Payne por fin.

—Peor todavía —contestó Craig—, porque creo que gracias a un consejo que le diste, Gerald, no podía perder de ninguna manera. De modo que no solo acabó con nosotros, sino que hizo su agosto.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Davenport, a punto de saltar de la butaca.

—Nuestra cena —anunció Craig—. ¿Por qué no vais a la cocina? Mientras comemos las *pizzas* os informaré de qué he pensado para *sir* Nicholas Moncrieff, porque ha llegado el momento de luchar.

—No estoy seguro de querer enfrentarme de nuevo a ese hombre —admitió Davenport, mientras Payne y él entraban en la cocina.

—Puede que no tengamos otra alternativa —dijo Payne.

—¿Sabes quién más va a venir? —preguntó Davenport cuando vio la mesa puesta para cuatro. Payne negó con la cabeza.

—Ni idea, pero no creo que sea Moncrieff.

—Tienes razón, aunque podría ser uno de sus antiguos compañeros de colegio —dijo Craig cuando entró en la cocina. Sacó las *pizzas* de sus cajas y las introdujo en el microondas.

—¿Vas a explicarnos qué coño estás tramando? —preguntó Payne.

—Todavía no —dijo Craig, al tiempo que consultaba su reloj—. Pero solo

tendréis que esperar unos minutos para averiguarlo.

—Al menos, explícame a qué te referías cuando dijiste que Moncrieff ha ganado una fortuna debido a un consejo que yo le di —pidió Payne.

—¿No fuiste tú quien le dijo que comprara el segundo solar, para que no pudiera perder de ninguna manera?

—Sí, pero si te acuerdas, no tenía suficiente dinero ni para pagar el primer solar.

—Eso te dijo —contestó Craig—. Según el *Evening Standard*, se espera que el otro solar alcance ahora los doce millones.

—Pero ¿por qué aportó un millón de su propio dinero por el primer solar —preguntó Davenport—, si ya sabía que iba a forrarse con el segundo?

Porque su intención siempre fue ganar dinero con ambos solares —dijo Craig—. Solo que en el primero nosotros íbamos a ser las víctimas, mientras él no perdía ni un penique. Si nos hubieras dicho que era Moncrieff quien te iba a prestar el dinero para el primer solar —se dirigió a Davenport—, podríamos haberlo deducido.

Davenport parecía avergonzado, pero no intentó defenderse.

—Lo que no entiendo todavía —dijo Payne— es por qué nos tendió esta trampa. No puede ser solo porque compartiera la celda con Cartwright.

—Estoy de acuerdo en que tiene que haber algo más —admitió Davenport.

—Lo hay —dijo Craig—. Y si es lo que yo creo, Moncrieff no volverá a molestarnos. Payne y Davenport no parecían muy convencidos.

—Al menos —pidió Payne—, dinos cómo localizaste a uno de los antiguos amigos del colegio de Moncrieff.

—¿Habéis oído hablar de *mipasado.com*?

—¿Con quién has intentado ponerte en contacto? —preguntó Payne.

—Con cualquiera que conociera a Nicholas Moncrieff del colegio o del ejército.

—¿Alguien se puso en contacto contigo? —preguntó Davenport, cuando el timbre de la puerta volvió a sonar.

—Siete, pero solo uno reunía todas las condiciones necesarias —puntualizó Craig, mientras iba a abrir la puerta. Davenport y Payne intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

Cuando Craig volvió a aparecer unos segundos después, lo hizo acompañado de un hombre alto y corpulento, que tuvo que agachar la cabeza cuando atravesó la puerta de la cocina.

—Caballeros, permítanme que les presente a Sandy Dawson —dijo Craig—. Sandy estuvo en el mismo grupo del colegio Loretto que Nicholas Moncrieff.

—Durante cinco años —dijo Dawson, al tiempo que estrechaba la mano a Payne y a Davenport. Craig le sirvió una copa de vino antes de indicar que tomara asiento en la silla vacía.

—¿Para qué necesitamos a alguien que fue con Moncrieff al colegio? —preguntó Davenport.

—¿Por qué no se lo dices, Sandy? —preguntó Craig.

—Me puse en contacto con Spencer convencido de que era mi viejo amigo Nick Moncrieff, al que no había visto desde que salí del colegio.

—Cuando Sandy se puso en contacto conmigo —interrumpió Craig—, le hablé de mis reservas hacia el hombre que afirmaba ser Moncrieff, y él accedió a ponerle a prueba. Fue Gerald quien me informó de que Moncrieff se había citado con uno de sus colegas, Gary Hall, en el Dorchester aquella mañana. Sandy apareció allí unos minutos después.

—No fue difícil localizarle —dijo Dawson—. Todo el mundo, desde el portero del vestíbulo al director del hotel, parecía conocer a *sir* Nicholas Moncrieff. Estaba sentado en un reservado, justo donde el conserje había dicho que le encontraría. Cuando le vi por primera vez, me quedé convencido de que era Nick, pero como habían transcurrido casi quince años desde la última vez que le había visto, pensé que debía comprobarlo. Sin embargo, cuando me acerqué a hablar con él, no pareció reconocermme, y no soy fácil de olvidar.

—Ese es uno de los motivos de que te eligiera —dijo Craig—, pero eso no constituye ninguna prueba, después de tanto tiempo.

—Por eso decidí interrumpir su reunión —siguió Dawson—, para ver si era Nick en realidad.

—¿Y? —preguntó Payne.

—Muy impresionante. El mismo aspecto, la misma voz, incluso los mismos gestos, pero aún no estaba convencido, así que decidí tenderle un par de trampas. Cuando Nick estaba en Loretto era capitán del equipo de críquet, y un lanzador rápido estupendo. Este hombre lo sabía, pero cuando le recordé que yo había sido el primer guardameta del equipo, ni siquiera pestañeó. Ese fue su primer error. Yo nunca jugué a críquet en el colegio, lo detestaba. Jugaba en el equipo de rugby, en la segunda línea, lo cual no debería sorprenderos, así que me marché, pero aún me preguntaba si solo había sido un olvido, de modo que volví para comunicarle la triste noticia de que Squiffy Humphries había fallecido, y que toda la ciudad había acudido a su funeral. «Gran entrenador», dijo ese hombre. Esa fue su segunda equivocación. Squiffy Humphries era la enfermera del colegio. Llevaba a los chicos con mano de hierro. Hasta yo le tenía miedo. Era imposible que se hubiera olvidado de Squiffy. No sé quién era el hombre del Dorchester, pero os aseguro que no es Nicholas Moncrieff.

—Entonces, ¿quién coño es? —preguntó Payne.

—Yo sé exactamente quién es —replicó Craig—. Y todavía más, voy a demostrarlo.

Danny había puesto al día los tres expedientes. No cabía duda de que había herido a Payne, incluso lisiado a Davenport, pero apenas había rozado a Craig, aunque hubiera retrasado su nombramiento de QC. Y ahora que había volado por los aires su tapadera, los tres debían de saber quién era el responsable de su perdición.

Mientras Danny se había refugiado en el anonimato, había sido capaz de abatir a sus enemigos uno tras otro, y hasta había elegido el terreno de combate. Pero ya no contaba con esa ventaja. Ahora conocían demasiado bien su existencia, lo cual le dejaba, por primera vez, vulnerable y expuesto. Querrían vengarse, y no necesitaba que nadie le recordara lo que había ocurrido la última vez que habían trabajado en equipo.

Danny había esperado derrotar a los tres antes de que descubrieran contra quién luchaban. Ahora, su única esperanza consistía en desenmascararles ante un tribunal. Pero eso significaría revelar que era a Nick a quien habían asesinado en las duchas de Belmarsh, no a él, y si iba a correr ese riesgo, debía escoger el momento perfecto.

Davenport había perdido su casa y su colección de arte, y le habían expulsado de *Holby City* incluso antes de terminar la prueba de pantalla. Se había mudado con su hermana a Cheyne Walk, lo que hizo que Danny se sintiera culpable por primera vez. Se preguntó cómo reaccionaría Sarah si alguna vez descubría la verdad.

Payne estaba al borde de la ruina, pero Hall había dicho que su madre le sacaría las castañas del fuego, y en las próximas elecciones tal vez sería elegido diputado por el condado de Sussex.

Y Craig no había perdido nada comparado con sus amigos, y desde luego no mostraba señales de arrepentimiento. Danny no albergaba la menor duda sobre cuál de los Mosqueteros encabezaría el contraataque.

Danny devolvió los tres expedientes a su estante. Ya había planeado su siguiente movimiento, y confiaba en que finalmente lograría que los tres dieran con sus huesos en la cárcel. Comparecería ante los tres magistrados del Tribunal Supremo, tal como el señor Redmayne había solicitado, y aportaría la nueva prueba necesaria para demostrar que Craig era un asesino, Payne su cómplice y Davenport había cometido perjurio, como consecuencia de lo cual un hombre inocente había sido enviado a la cárcel por un crimen que no había cometido.

Beth salió de las tinieblas de la estación de metro de Knightsbridge. Era una tarde luminosa y soleada, y las aceras estaban abarrotadas de gente que miraba escaparates y paseaba para hacer la digestión de su comida dominical.

Alex Redmayne había sido extremadamente amable y colaborador durante las últimas semanas, y cuando, hacía menos de una hora, se había separado de él se sentía muy segura. Sin embargo, esa confianza estaba empezando a desvanecerse. Mientras caminaba en dirección a The Boltons, intentó recordar todo cuanto Alex le había dicho.

Nick Moncrieff era un hombre decente que se había convertido en un leal amigo de Danny mientras estuvieron juntos en la cárcel. Unas semanas antes de que le pusieran en libertad, Moncrieff había escrito a Alex para ofrecerle su colaboración en todo cuanto pudiera ser de ayuda para Danny, al que creía inocente.

Alex había decidido poner a prueba esa oferta, y después de la puesta en libertad de Moncrieff le había escrito para solicitar ver los diarios que había escrito en la cárcel, junto con cualquier nota de esa época relativa a la conversación grabada entre Albert Crann y Toby Mortimer. Alex terminaba la carta preguntándose si accedería a comparecer ante el tribunal y testificar.

La primera sorpresa llegó cuando le entregaron los diarios en su despacho a la mañana siguiente. La segunda fue quién se los llevaba. Albert Crann no pudo ser más servicial, contestó a todas las preguntas formuladas por Alex, y solo se puso en guardia cuando le preguntó por qué su jefe no accedía a comparecer ante los magistrados del Tribunal Supremo. De hecho, ni siquiera aceptaba un encuentro extraoficial con el señor Redmayne en su despacho. Alex supuso que Moncrieff no deseaba ninguna confrontación con la policía hasta haber concluido su período de libertad condicional. Pero Alex no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Mientras comían, había convencido a Beth de que conseguir que Moncrieff cambiara de opinión y accediera a testificar ante los magistrados del Tribunal Supremo, podía significar un factor decisivo a la hora de limpiar el nombre de Danny.

—Relájate —se dijo Beth con una sonrisa, pero ahora estaba sola y empezaba a sentirse más agobiada a cada paso que daba.

Alex le había enseñado una fotografía de Moncrieff y le había advertido de que, cuando lo viera por primera vez, tal vez pensaría por un momento que estaba delante de Danny. Pero debía concentrarse y no permitirse distracciones.

Alex había elegido el día, incluso la hora, de la entrevista: un domingo por la tarde, alrededor de las cuatro. Pensaba que Nick estaría más relajado a aquella hora, incluso vulnerable ante una dama en apuros que se presentara en su casa sin previo aviso.

Cuando Beth se desvió de la calle y entró en The Boltons, su paso se hizo más lento todavía. Lo único que la impulsaba a continuar adelante era la idea de limpiar el

nombre de Danny. Rodeó el jardín semicircular, con la iglesia en el centro, hasta llegar al número 12. Antes de abrir el portón, recordó las palabras que Alex y él habían ensayado: «Me llamo Beth Wilson, y le pido disculpas por molestarle un domingo por la tarde, pero creo que usted compartió celda con Danny Cartwright, que era...».

Danny terminó de leer el tercer ensayo recomendado por el profesor Mori; empezaba a sentirse más seguro ante la entrevista con su mentor. Había elegido un trabajo que había escrito hacía más de un año sobre las teorías de J. K. Galbraith sobre la economía de impuestos bajos... cuando sonó el timbre de la puerta. Maldijo. Big Al había ido a ver el partido del West Ham contra el Sheffield United. Danny había querido acompañarle, pero ambos estuvieron de acuerdo en que no podía correr el riesgo. ¿Le sería posible visitar Upton Park la temporada siguiente? Devolvió su atención a Galbraith, con la esperanza de que el visitante, fuera quien fuese, se marcharía, pero el timbre sonó por segunda vez.

Se levantó de mala gana y empujó la silla hacia atrás. ¿Quién sería a aquellas horas? ¿Un testigo de Jehová, o un vendedor a domicilio contumaz? Quienquiera que fuese, iba a oírle por haber interrumpido su domingo por la tarde. Bajó corriendo la escalera y siguió el pasillo, con la esperanza de deshacerse de quien fuera antes de perder la concentración. El timbre sonó por tercera vez.

Abrió la puerta.

—Me llamo Beth Wilson, y le pido disculpas por molestarle un domingo...

Danny contempló a la mujer que amaba. Había pensado en ese momento cada día de los dos años anteriores, y lo que le diría. Pero se quedó sin habla. Beth palideció y se puso a temblar.

—No puede ser —dijo.

—Sí, cariño —contestó Danny, y la tomó en sus brazos.

Un hombre sentado en un coche, al otro lado de la calle, continuó tomando fotografías.

—¿Señor Moncrieff?

—¿Quién es?

—Me llamo Spencer Craig. Soy abogado, y quiero hacerle una proposición.

—¿Cuál, señor Craig?

—Si fuera capaz de devolverle su fortuna, su legítima fortuna, ¿cuánto valdría eso para usted?

—Diga su precio.

—El veinticinco por ciento.

—Eso me parece un poco excesivo.

—¿Devolverle su finca de Escocia, expulsar al actual ocupante de su casa de The Boltons, rescatar la cantidad total pagada por la colección de sellos de su abuelo, además de la propiedad de un ático de lujo en Londres de cuya existencia, sospecho, usted no sabe nada, y reclamar sus cuentas bancarias de Londres y Ginebra? No, no me parece excesivo, señor Moncrieff. De hecho, es muy razonable cuando la alternativa es el cien por cien de nada.

—Pero ¿cómo lo conseguiría?

—En cuanto haya firmado el contrato, señor Moncrieff, se le devolverá la fortuna de su padre.

—¿Sin honorarios ni cargos ocultos? —preguntó Hugo con suspicacia.

—Sin honorarios ni cargos ocultos —prometió Craig—. De hecho, añadiré una pequeña bonificación que, sospecho, complacerá incluso a la señora Moncrieff.

—¿Cuál?

—Si firma el contrato, dentro de una semana será *lady* Moncrieff.

—¿Has conseguido una foto de su pierna? —preguntó Craig.
—Todavía no —contestó Payne.

—Avisame en cuanto la tengas.

—Un momento —dijo Payne—. Está saliendo de casa.

—¿Con su chófer? —preguntó Craig.

—No, con la mujer que entró ayer por la tarde.

—Descríbela.

—Más cerca de los treinta que de los veinte, metro setenta, delgada, cabello castaño, fabulosas piernas. Están entrando en el asiento trasero del coche.

—Síguelos —dijo Craig— e infórmame sobre adónde van.

Colgó el teléfono, se volvió hacia su ordenador y buscó la foto de Beth Wilson. No se sorprendió al comprobar que encajaba con la descripción. Sin embargo, sí le sorprendió que Cartwright se arriesgara tanto. ¿Acaso ahora creía que era invencible?

En cuanto Payne hubiera tomado una fotografía de la pierna izquierda de Cartwright, Craig concertaría una cita con el oficial Fuller. Entonces, se retiraría a un segundo plano y dejaría que la policía se llevara todas las medallas por la captura de un asesino fugado y de su cómplice.

Big Al dejó a Danny ante la entrada de la universidad. Después de que Beth le diera un beso, bajó del coche, subió corriendo la escalinata y entró en el edificio.

Todos sus planes habían volado por los aires con un beso seguido de una noche sin dormir. Cuando el sol salió a la mañana siguiente, Danny sabía que ya no podría vivir sin Beth, aunque eso significara abandonar el país y vivir en el extranjero.

Craig salió del tribunal, mientras el jurado decidía el veredicto. Se paró en la escalinata del Old Bailey y llamó a Payne por el móvil.

—¿Adónde han ido? —preguntó.

—Cartwright bajó ante el edificio de la Universidad de Londres. Está estudiando empresariales.

—Pero Moncrieff ya estaba licenciado en Inglés.

—Sí, pero no olvides que cuando Cartwright estaba en Belmarsh se matriculó de matemáticas y empresariales.

—Otro pequeño error que creyó que pasaría inadvertido —dijo Craig—. ¿Adónde llevó el chófer a la chica después de dejar a Craig?

—Se dirigieron hacia el East End y...

—A Bacon Road, 27, Bow —dijo Craig.

—¿Cómo lo sabes?

—Es la casa de Beth Wilson, la novia de Cartwright. Estaba con él en el callejón aquella noche, ¿te acuerdas?

—Cómo podría olvidarlo —replicó Payne.

—¿Has conseguido una fotografía de ella? —preguntó Craig, sin hacer caso de su respuesta.

—Varias.

—Bien, pero todavía necesito una foto de la pierna izquierda de Cartwright por encima de la rodilla, antes de ir a ver al oficial Fuller. —Craig consultó su reloj—. Tendría que volver al tribunal. El jurado no debería tardar mucho en declarar a mi cliente culpable. ¿Dónde estás ahora?

—Delante de Bacon Road, 27.

—Mantente oculto —dijo Craig—. La mujer te reconocería cien pasos. Te llamaré en cuanto termine el juicio.

Durante el descanso para comer, Danny decidió dar un paseo y comprar un bocadillo antes de asistir a la clase del profesor Mori. Intentó recordar las seis teorías de Adam Smith, por si el dedo errante del profesor terminaba apuntándole a él. No se fijó en el hombre que estaba sentado en un banco, al otro lado de la calle, con una cámara al lado.

Craig llamó a Payne al móvil después de que el juicio terminara.

—La chica ha estado dentro de su casa más de una hora —dijo Payne—, y cuando ha salido, llevaba una maleta grande.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Craig.

—La han llevado en coche a su oficina de Mason Street, en la City.

—¿Se llevó la maleta con ella?

—No, la ha dejado en el maletero del coche.

—Así que pretende pasar otra noche en The Boltons, como mínimo.

—Eso parece. ¿O crees que intentan huir del país? —preguntó Payne.

—Es improbable que se les ocurra hacerlo antes de su última entrevista con la agente de la condicional, que tendrá lugar el jueves por la mañana, cuando haya terminado su período de libertad condicional.

—Lo cual significa que solo nos quedan tres días para reunir todas las pruebas que necesitamos —dijo Payne.

—¿Qué ha estado haciendo Cartwright esta tarde?

—Salió de la universidad a las cuatro y le llevaron a The Boltons. Entró en la casa, pero el chófer se marchó enseguida. Le seguí por si iba a recoger a la chica.

—¿Y?

—Sí. La recogió en su trabajo y volvieron a casa.

—¿Y la maleta?

—La entró.

—Tal vez crea que no hay peligro en mudarse ahora. ¿Ha salido a correr?

—Si lo hizo —dijo Payne—, debió de ser mientras yo seguía a la chica.

—No te molestes con ella mañana —indicó Craig—. A partir de ahora concéntrate en Cartwright, porque si queremos desenmascararlo, solo importa una cosa.

—La fotografía —dijo Payne—. Pero ¿y si mañana no va a correr?

—Razón de más para pasar de la chica y concentrarse en él —dijo Craig—. Entretanto, pondré al día a Larry.

—¿Está haciendo algo para ganarse la vida?

—No mucho —admitió Craig—, pero no podemos enemistarnos con él mientras viva con su hermana.

Craig se estaba afeitando cuando el teléfono sonó. Maldijo.

—Han vuelto a salir juntos de casa.

—¿Esta mañana no ha ido a correr?

—No, a menos que fuera antes de las cinco de la madrugada. Llamaré de nuevo si detecto otra alteración de su rutina. Craig cerró el teléfono y siguió afeitándose. Se cortó. Maldijo de nuevo.

Tenía que estar en el tribunal a las diez, cuando el juez dicta sentencia en su caso de robo con agravantes. Su cliente terminaría probablemente con una condena de dos años. Craig se aplicó loción para después del afeitado mientras pensaba en las acusaciones que le caerían a Cartwright: escapar de Belmarsh suplantando a otro preso, robo de una colección de sellos valorada en más de cincuenta millones de dólares, falsificación de cheques de dos cuentas bancarias, más otros veintitrés delitos menores. En cuanto el juez estudiara todo el lote, Cartwright no volvería a ver la luz del día hasta que él cobrara pensión. Craig sospechaba que la chica también acabaría pasando una larga temporada entre rejas por complicidad con un delincuente. Y en cuanto descubrieran a qué se había dedicado Cartwright desde su huida de la cárcel, nadie hablaría de ofrecerle el indulto. Craig incluso empezaba a sentirse seguro de que el Lord Canciller le llamaría de nuevo, y esta vez le ofrecería un jerez seco, mientras hablaban del declive del críquet inglés.

—Nos están siguiendo —dijo Big Al.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Danny.

—Ayer me fijé en un coche que nos seguía. Ahora está ahí de nuevo.

—Gira a la izquierda en el siguiente cruce y mira si nos sigue.

Big Al asintió, y giró a la izquierda sin poner las luces.

—¿Aún nos sigue? —preguntó Danny.

—No, ha seguido recto —replicó Big Al, mientras miraba por el retrovisor.

—¿De qué marca era?

—Un Ford Mondeo azul oscuro.

—¿Cuántos crees que habrá en Londres? —preguntó Danny.

Big Al gruñó.

—Nos estaba siguiendo —repitió, mientras entraba en The Boltons.

—Voy a correr —dijo Danny—. Te avisaré si alguien me sigue.

Big Al no rio.

—El chófer de Cartwright me vio —dijo Payne—, así que no tuve otro remedio que seguir adelante y mantenerme fuera de su vista durante el resto del día. Voy a ir a la empresa de alquiler de coches para cambiarlo por otro. Mañana por la mañana volveré a la rutina, pero en lo sucesivo seré más cauteloso, porque el chófer de Cartwright es bueno. Yo diría que es expolicía o militar, lo cual significa que tendré que cambiar de coche cada día.

—¿Qué has dicho? —preguntó Craig.

—Que tendré que cambiar...

—No, antes.

—Que el chófer de Cartwright debe de ser policía o militar.

—Pues claro —dijo Craig—. No olvides que al chófer de Moncrieff le encerraron en la misma celda que a su jefe y a Cartwright.

—Tienes razón —dijo Payne—. Crann, Albert Crann.

—Más conocido como Big Al. Tengo la sensación de que el oficial Fuller acabará con escalera real: rey, reina y, ahora, comodín.

—¿Quieres que vuelva esta noche a comprobarlo? —preguntó Payne.

—No. Puede que al final Crann sea un premio adicional, pero no podemos correr el riesgo de que sospechen que les vigilamos. Mantente alejado de ellos hasta mañana por la tarde, porque estoy seguro de que ahora Crann estará ojo avizor. Supongo que Cartwright saldrá a correr en cuanto Big Al lo deje en casa y vaya a recoger a la novia.

El profesor Mori, que estaba hablando con algunos estudiantes mientras se examinaban, saludó a Danny, que pasaba por el corredor.

—Nick, dentro de un año, serás tú quien se presente a los exámenes finales. — Danny había olvidado el escaso tiempo que le quedaba antes de los exámenes, pero no se molestó en decir al profesor que no tenía ni idea de dónde estaría dentro de un año—. Espero grandes cosas de ti —añadió.

—Y yo estar a la altura de sus expectativas.

—Mis expectativas son de lo más realistas —dijo Mori—, aunque tú eres la típica persona que se educa al margen de las convenciones y cree que le queda mucho por

aprender. Pero cuando llegue el momento de presentarte a los exámenes, descubrirás no solo que has alcanzado, sino superado a casi todos tus compañeros.

—Me siento halagado, profesor.

—Yo no suelo repartir alabanzas —replicó este, mientras desviaba su atención hacia otro estudiante. Danny salió a la calle y encontró a Big Al, que le abrió la puerta del coche.

—¿Alguien nos ha seguido hoy?

—No, jefe —dijo Big Al, y se sentó al volante.

Danny no informó a Big Al de que existían bastantes posibilidades de que les estuvieran siguiendo. Se preguntó cuánto tiempo tardaría Craig en descubrir la verdad, si no lo había hecho ya. Danny solo necesitaba un par de días más antes de que terminara su libertad condicional; después todo el mundo sabría la verdad.

Cuando se detuvieron ante The Boltons, Danny bajó y corrió hacia la casa.

—¿Le apetece un poco de té? —preguntó Molly, mientras Danny subía la escalera de dos en dos.

—No, gracias, voy a correr.

Danny se quitó la ropa y se puso la indumentaria de correr. Había decidido correr un buen rato, porque necesitaba pensar en su entrevista con Alex Redmayne de la mañana siguiente. Mientras salía corriendo por la puerta principal, vio que Big Al se dirigía hacia la cocina, sin duda para tomar una taza de té antes de ir a recoger a Beth. Danny corrió en dirección al Embankment, y sintió una descarga de adrenalina después de haber estado sentado en clase casi todo el día.

Cuando pasó por delante de Cheyne Walk no miró en dirección al apartamento de Sarah, donde sabía que vivía ahora su hermano. De haberlo hecho, habría visto a otro hombre conocido de pie junto a una ventana abierta, que le tomaba una fotografía. Danny continuó hasta Parliament Square, y cuando pasó ante la entrada de St. Stephen de la Cámara de los Comunes, pensó en Payne y se preguntó dónde estaría en esos momentos.

Estaba al otro lado de la calle enfocando su cámara, intentando pasar por un turista que tomaba una foto del Big Ben.

—¿Has conseguido una fotografía medio decente? —preguntó Craig.

—Las suficientes para llenar una galería de arte —contestó Payne.

—Bien hecho. Tráelas a mi casa y les echaremos un vistazo mientras cenamos.

—¿Pizza otra vez? —preguntó Payne.

—No por mucho tiempo. En cuanto Hugo Moncrieff pague, no solo habremos terminado con Cartwright, sino que habremos obtenido unos pingües beneficios al mismo tiempo, cosa que no debía de formar parte de sus planes.

—No estoy muy seguro de lo que ha hecho Davenport para merecer un millón.

—Estoy de acuerdo, pero todavía está un poco raro, y no queremos que abra la

boca en el momento más inoportuno, sobre todo ahora que vive con Sarah. Hasta luego, Gerald. Craig colgó el teléfono, se sirvió una copa y pensó en lo que iba a decir, antes de llamar al hombre con el que había deseado hablar toda la semana.

—¿Podría hablar con el oficial Fuller? —dijo cuando contestaron al teléfono.

—Inspector Fuller —respondió una voz—. ¿De parte de quién?

—De Spencer Craig, abogado.

—Le paso, señor.

—Señor Craig, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Será difícil que olvide la última vez que llamé.

—Lo mismo digo —contestó Craig—, y ese es el motivo de que le llame esta vez, inspector. Muchas felicidades.

—Gracias —dijo Fuller—, pero me cuesta creer que sea ese el motivo de su llamada.

—Tiene razón —rio Craig—. Tengo una información que podría proporcionarle el ascenso a inspector jefe en un abrir y cerrar de ojos.

—Soy todo oídos —dijo Fuller.

—Pero debo dejar claro, inspector, que yo no le he proporcionado esta información. Estoy seguro de que comprenderá el motivo en cuanto descubra quién está implicado. Y preferiría no hablar de esto por teléfono.

—Por supuesto —dijo Fuller—. ¿Dónde y cuándo quiere que nos encontremos?

—¿En el Sherlock Holmes, mañana a las doce y cuarto?

—Muy apropiado —dijo Fuller—. Hasta mañana, señor Craig. Craig colgó el teléfono y pensó en hacer una llamada más antes de que Gerald apareciera, pero justo cuando descolgaba el teléfono sonó el timbre de la puerta. Cuando abrió la puerta vio a Payne bajo el porche, sonriente. Hacía bastante tiempo que no le veía tan pagado de sí mismo. Payne entró sin decir palabra, se dirigió hacia la cocina y desplegó seis fotografías sobre la mesa.

Craig contempló las imágenes y comprendió de inmediato por qué Payne estaba tan satisfecho. Justo encima de la rodilla de la pierna izquierda de Danny se veía la cicatriz de una herida que Craig recordaba haberle infligido, y aunque la cicatriz se había desdibujado, se veía a simple vista.

—Esa es toda la prueba que necesitaré Fuller —apuntó Craig, mientras descolgaba el teléfono de la cocina y marcaba un número de Escocia.

—Hugo Moncrieff —dijo una voz.

—Pronto será *sir* Hugo —respondió Craig.

Como ya sabe, Nicholas, esta será nuestra última entrevista.

—Sí, señorita Bennett.

—No siempre hemos estado de acuerdo, pero creo que ambos hemos salido incólumes de la experiencia.

—Estoy de acuerdo, señorita Bennett.

—Cuando salga de este edificio por última vez, será un hombre libre, pues habrá terminado su período de libertad condicional.

—Sí, señorita Bennett.

—Pero antes de que pueda despedirle oficialmente, he de hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto, señorita Bennett.

La mujer cogió un bolígrafo mordisqueado y miró la larga lista de preguntas que el Ministerio del Interior exige que sean contestadas antes de que un preso pueda ser liberado definitivamente.

—¿Toma drogas en la actualidad?

—No, señorita Bennett.

—¿Ha experimentado en fecha reciente la necesidad de cometer un delito?

—En fecha reciente no, señorita Bennett.

—Durante el último año, ¿se ha mezclado con delincuentes conocidos?

—Con delincuentes conocidos no —dijo Danny. La señorita Bennett levantó la vista—. He dejado de mezclarme con esa gente, y no albergo el menor deseo de volver a encontrarme con ellos, como no sea en los tribunales.

—Me alegra saberlo —afirmó la señorita Bennett, mientras marcaba la casilla correspondiente—. ¿Aún tiene un lugar donde vivir?

—Sí, pero intuyo que voy a mudarme pronto. —El bolígrafo quedó suspendido sobre el papel—. A un lugar en el que he vivido antes, aprobado oficialmente.

El bolígrafo marcó otra casilla.

—¿Está viviendo con su familia en la actualidad?

—Sí.

La señorita Bennett levantó la vista de nuevo.

—La última vez que le formulé esa pregunta, Nicholas, me dijo que vivía solo.

—Nos hemos reconciliado hace poco.

—Me alegro mucho, Nicholas —dijo la mujer, y marcó una tercera casilla—. ¿Tiene personas a su cargo?

—Sí, una hija, Christy.

—O sea, ¿está viviendo ahora con su mujer y su hija?

—Beth y yo estamos prometidos y, en cuanto haya solucionado un par de problemas pendientes, pensamos casarnos.

—Me alegro mucho por usted —dijo la señorita Bennett—. ¿El Servicio de

Libertad Condicional podría ayudarle a resolver esos problemas?

—Es muy amable, señorita Bennett, pero creo que no. Sin embargo, mañana por la mañana tengo cita con mi abogado, y confío en que me echará una mano.

—Entiendo —dijo la señorita Bennett, y volvió a sus preguntas—. ¿Su pareja tiene trabajo fijo?

—Sí —contestó Danny—. Es la secretaria personal del presidente de una compañía de seguros de la City.

—De modo que, en cuanto encuentre trabajo, formarán una familia con dos sueldos.

—Sí, pero en el futuro, mi sueldo será mucho más bajo que el de ella.

—¿Por qué? ¿Qué empleo espera conseguir?

—Espero que me ofrezcan el puesto de bibliotecario en una institución importante —dijo Danny.

—No se me ocurre nada más adecuado —dijo la señorita Bennett, al tiempo que marcaba otra casilla y avanzaba hasta la siguiente pregunta—. ¿Piensa viajar al extranjero en un futuro cercano?

—No entra en mis planes —contestó Danny.

—Y por último —dijo la señorita Bennett—, ¿le preocupa la posibilidad de cometer otro delito en un futuro cercano?

—He tomado una decisión que hará imposible esa opción en el futuro —la tranquilizó.

—Me alegra saberlo —dijo la señorita Bennett, mientras marcaba la casilla final—. No tengo más preguntas. Gracias, Nicholas.

—Gracias a usted, señorita Bennett.

—Espero que su abogado pueda solucionar esos problemas que le preocupan —señaló la señorita Bennett mientras se levantaba.

—Es usted muy amable, señorita Bennett —dijo Danny, y le estrechó la mano—. Eso espero.

—Si alguna vez necesita ayuda, no olvide que solo estoy a una llamada telefónica de distancia.

—Creo que es muy posible que alguien se ponga en contacto con usted en un futuro muy próximo —anunció Danny.

—Eso espero, y deseo que todo les vaya bien a usted y a Beth —dijo la señorita Bennett.

—Gracias —respondió Danny.

—Adiós, Nicholas.

—Adiós, señorita Bennett.

Nicholas Moncrieff abrió la puerta y salió a la calle convertido en un hombre libre. Al día siguiente sería el turno de Danny Cartwright.

—¿Estás despierta?

—Sí —contestó Beth.

—¿Aún esperas que cambie de opinión?

—Sí, pero ya sé que es absurdo intentar convencerte, Danny. Siempre has sido tozudo como una mula. Solo espero que te des cuenta de que, si has tomado la decisión equivocada, esta podría ser nuestra última noche juntos.

—Pero si estoy en lo cierto —dijo Danny—, gozaremos de diez mil noches como esta.

—Pero podríamos vivir toda una vida de noches así sin que corrieras ese riesgo.

—He corrido ese riesgo cada día desde que salí de la cárcel. No tienes ni idea, Beth, de qué es estar mirando siempre hacia atrás, esperando a que alguien diga: «El juego ha terminado, Danny, vas a volver a la cárcel hasta el último día de tu vida». Al menos, de esta forma, alguien tal vez se decida a escuchar mi versión de la historia.

—Pero ¿qué te convenció de que esta era la única forma de demostrar tu inocencia?

—Tú —contestó Danny—. Cuando te vi en la puerta y dijiste: «Siento molestarle, *sir* Nicholas» —imitó—, me di cuenta de que ya no deseaba ser *sir* Nicholas Moncrieff. Soy Danny Cartwright, y estoy enamorado de Beth Bacon, de Wilson Road.

Beth rio.

—No recuerdo la última vez que me llamaste así.

—Cuando tenías once años y llevabas coletas.

Beth se tumbó sobre la almohada y guardó silencio un rato. Danny se preguntaba si se habría dormido, pero entonces ella tomó su mano.

—Pero lo más probable es que acabes pasando el resto de tu vida en la cárcel.

—He tenido tiempo más que suficiente para pensar en ello —dijo Danny—, y estoy convencido de que si entro en una comisaría de policía acompañado de Alex Redmayne y me entrego, junto con esta casa, mis bienes y, lo más importante de todo, tú, ¿no crees que alguien podría pensar que soy inocente?

—Casi nadie querría correr ese riesgo —apuntó Beth—. Estarían muy contentos si pudieran pasar el resto de su vida siendo *sir* Nicholas Moncrieff, con todo lo que eso conlleva.

—Pero esa es la cuestión, Beth. Yo no soy *sir* Nicholas Moncrieff. Soy Danny Cartwright.

—Y yo no soy Beth Moncrieff, pero preferiría serlo antes que pasar los siguientes veinte años yendo a verte a Belmarsh el primer domingo de cada mes.

—Pero no pasaría ni un día en el que no miraras hacia atrás, malinterpretando la menor insinuación, teniendo que evitar a cualquiera que hubiera conocido a Danny, o incluso a Nick. ¿A quién podrías contar tu secreto? ¿A tu madre? ¿A mi madre? ¿A

tus amigos? La respuesta es a nadie. ¿Y qué le diremos a Christy cuando sea lo bastante mayor para comprender? ¿Queremos que viva engañada, sin saber quiénes son en realidad sus padres? No, si esa es la alternativa, prefiero afrontar el peligro. Al fin y al cabo, si tres magistrados del Tribunal Supremo creen que mi caso es lo bastante sólido para considerar el indulto, tal vez pensarán que el caso es todavía más sólido si accedo a entregarme con el fin de demostrar mi inocencia.

—Sé que tienes razón, Danny, pero estos últimos días han sido los más felices de mi vida.

—Y los míos también, Beth, pero serán más felices aún si soy un hombre libre. Confío lo suficiente en la naturaleza humana para creer que Alex Redmayne, Fraser Munro y hasta Sarah Davenport no descansarán hasta que se haga justicia.

—Te gusta mucho Sarah Davenport, ¿verdad? —dijo Beth, mientras le pasaba los dedos por el pelo. Danny sonrió.

—Debo admitir que a *sir* Nicholas Moncrieff sí, pero ¿a Danny Cartwright? Nunca.

—¿Por qué no pasamos un día más juntos y hacemos algo inolvidable? Y puesto que podría ser tu último día de libertad, te dejaré hacer todo cuanto desees.

—Quedémonos en la cama y hagamos el amor todo el día —dijo Danny.

—Hombres —suspiró Beth con una sonrisa.

—Podríamos llevar a Christy al zoo por la mañana, y después ir a comer pescado frito con patatas fritas en Ramsey.

—Y después, ¿qué? —preguntó Beth.

—Iré a Upton Park y veré a los Hammers^[17], mientras tú llevas a Christy a casa de tu madre.

—¿Y por la noche?

—Puedes elegir la película que quieras... siempre que sea del nuevo James Bond.

—¿Y después?

—Lo mismo que cada noche de esta semana —dijo Danny, al tiempo que la abrazaba.

—En cuyo caso, lo mejor sería ceñirse al plan A —opinó Beth—, para que mañana por la mañana llegues a tiempo a tu cita con Alex Redmayne.

—Ardo en deseos de ver su cara —dijo Danny—. Cree que tiene una cita con *sir* Nicholas Moncrieff para hablar de los diarios, y de la posibilidad de que consiga hacerle cambiar de opinión y convencerle de que comparezca como testigo, cuando en realidad se encontrará cara a cara con Danny Cartwright, quien quiere entregarse.

—Alex estará encantado —aseguró Beth—. Siempre está diciendo: «Si tuviera una segunda oportunidad...».

—Bien, está a punto de conseguirla. Te aseguro, Beth, que ardo en deseos de que se celebre ese encuentro, porque me sentiré libre por primera vez en años. Danny se inclinó y la besó en los labios. Cuando ella se quitó el camisón, apoyó la mano sobre su muslo.

—Esto es algo de lo que tendrás que prescindir durante los próximos meses — susurró Beth. De repente, un estrépito similar a un trueno resonó en el piso de abajo.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Danny, al tiempo que encendía la luz de la mesilla de noche.

Oyó el sonido de unos pasos pesados que subían la escalera. Bajó de la cama justo cuando tres policías con chalecos antibalas y porras irrumpían en el dormitorio, seguidos de tres más. El primero agarró a Danny y le tiró al suelo, aunque no había intentado resistirse. Dos le aplastaron la cara contra la alfombra, mientras el tercero le inmovilizaba los brazos a la espalda y le esposaba. Con el rabillo del ojo, vio que una mujer policía sujetaba a Beth, desnuda contra la pared, mientras otra la esposaba.

—¡Ella no ha hecho nada! —gritó, mientras se soltaba y cargaba contra los policías, pero antes de poder dar el segundo paso, una porra aterrizó con todas sus fuerzas sobre su nuca y le derribó.

Dos hombres saltaron encima de él. Uno clavó una rodilla en su espalda, mientras otro se sentaba sobre sus piernas. Cuando el inspector Fuller entró en la habitación, pusieron a Danny en pie.

—Leedle sus derechos —dijo Fuller, mientras se sentaba en el extremo de la cama y encendía un cigarrillo. Una vez finalizado el ritual, Fuller se levantó y se acercó a Danny.

—Esta, vez, Cartwright —dijo, sus rostros apenas separados por unos centímetros —, voy a encargarme de que tiren la llave. En cuanto a tu novia, se acabaron las visitas de los domingos por la tarde, porque también vamos a encerrarla en una prisión.

—¿Acusada de qué? —escupió Danny.

—Complicidad y encubrimiento bastará. La condena habitual son seis años, si no recuerdo mal. Lleváoslos.

Arrastraron abajo a Danny y a Beth como si fueran sacos de patatas y los sacaron por la puerta principal, donde tres coches de policía, con las luces destellando y las puertas posteriores abiertas, les esperaban. Las luces de los dormitorios alrededor de la plaza empezaron a encenderse mientras los vecinos, sobresaltados, miraban por la ventana para ver qué sucedía en el número 12.

Arrojaron a Danny a la parte posterior del coche de en medio. Quedó embutido entre dos agentes, cubierto tan solo con una toalla. Vio que Big Al padecía el mismo trato en el vehículo de delante. Los coches salieron en hilera de la plaza, sin rebasar el límite de velocidad ni conectar las sirenas. El inspector Fuller estaba complacido de que toda la operación hubiera durado menos de diez minutos. Su informador había sido veraz hasta el último detalle.

Solo un pensamiento cruzó por la mente de Danny. ¿Quién le creería cuando dijera que tenía una cita con su abogado a la mañana siguiente, con la intención de entregarse antes de presentarse en la comisaría de policía más cercana?

— **H**as llegado justo a tiempo —dijo la mujer.
—¿Tan mal? —preguntó Alex.

—Peor —replicó su madre—. ¿Cuándo se dará cuenta el Ministerio del Interior de que, cuando los jueces se jubilan, no solo les envían a casa para el resto de su vida, sino que solo pueden juzgar a sus esposas?

—¿Qué recomendaciones tú? —preguntó Alex, mientras entraban en el salón.

—Habría que fusilar a los jueces el día que cumplen setenta años. Una nación agradecida debería conceder el indulto y una pensión a sus esposas.

—Debería hallarse una solución más aceptable —objetó Alex.

—¿Por ejemplo? ¿Legalizar la eutanasia para las esposas de los jueces?

—Algo menos drástico —dijo Alex—. No sé si su señoría te lo ha dicho, pero le envié los detalles del caso en el que estoy trabajando, y la verdad es que su consejo me iría bien.

—Si se niega, Alex, no le daré de comer nunca más.

—En ese caso, puede que tenga una posibilidad —dijo Alex, cuando su padre entró en la sala.

—¿Una posibilidad de qué? —preguntó el anciano.

—Una posibilidad de que me ayudes en un caso que...

—¿El caso Cartwright? —dijo su padre, mientras miraba por la ventana. Alex asintió—. Sí, he acabado de leer las transcripciones. Por lo que he visto, no quedan muchas leyes que ese muchacho no haya quebrantado: asesinato, fuga de la cárcel, robo de cincuenta millones de dólares, cobro de cheques de dos cuentas bancarias ajenas, venta de una colección de sellos ajena, viajar al extranjero con un pasaporte que no era suyo, y hasta reclamar un título de *baronet* que debería haber heredado otra persona. No puedes culpar a la policía por castigarle severamente.

—¿Significa eso que no quieres ayudarme? —preguntó Alex.

—Yo no he dicho eso —dijo el juez Redmayne, al tiempo que se volvía hacia su hijo—. Al contrario. Estoy a tu disposición, porque de una cosa estoy absolutamente seguro: Danny Cartwright es inocente.

QUINTA PARTE

LA REDENCIÓN

Danny Cartwright estaba sentado en una pequeña silla de madera, en el banquillo de los acusados, y esperaba a que el reloj diera las diez para que el juicio empezara. Bajó la vista hacia el estrado del tribunal y vio a sus dos abogados conversando, mientras esperaban a que el juez apareciera.

Danny había pasado una hora con Alex Redmayne y su ayudante en una sala de interrogatorios situada bajo la sala del tribunal, a primera hora de la mañana. Habían hecho lo posible por tranquilizarle, pero sabía demasiado bien que, si bien era inocente del asesinato de Bernie, era culpable de las acusaciones de estafa, robo, engaño y huida de la prisión. Una condena de entre ocho y diez años parecía ser la opinión generalizada, desde los deslenguados de Belmarsh a los eminentes letrados que ejercían su profesión en el Old Bailey.

Nadie necesitaba decirle a Danny que, si a esta sentencia se añadía su primera condena, la siguiente vez que saliera de Belmarsh sería para asistir a su propio funeral.

Los bancos de la prensa que había a la izquierda de Danny estaban abarrotados de reporteros, con las libretas abiertas y los bolígrafos preparados, mientras esperaban seguir engrosando el número de columnas escritas durante los últimos seis meses: la historia de Danny Cartwright, el único hombre que había escapado de una cárcel de máxima seguridad de Inglaterra, que había robado más de cincuenta millones de dólares a un banco suizo, después de vender una colección de sellos que no le pertenecía, y había acabado detenido en The Boltons de madrugada en brazos de su prometida (*The Times*), o su *sexy* amor de la infancia (*The Sun*). La prensa no acababa de decidir si Danny era la Pimpinela Escarlata o Jack el Destripador. La historia había fascinado al público durante meses, y el primer día del juicio estaba adquiriendo el protagonismo de una noche de estreno en el West End; las colas empezaron a formarse ante el Old Bailey a las cuatro de la madrugada, para entrar en un teatro con menos de cien localidades y que raras veces se llenaba. Casi todo el mundo estaba de acuerdo en que lo más probable era que Danny Cartwright pasara el resto de sus días en Belmarsh antes que en The Boltons.

Alex Redmayne y su ayudante, el honorable *sir* Matthew Redmayne KCMG QC^[18], habían hecho todo lo posible para ayudar a Danny durante los últimos seis meses, mientras estaba encarcelado de nuevo en una celda algo mayor que el armario de los artículos de limpieza de Molly. Ambos se habían negado a cobrar ni un solo penique por sus servicios, si bien *sir* Matthew había advertido a Danny de que, si eran capaces de convencer al jurado de que los beneficios acumulados durante los últimos dos años le pertenecían a él y no a *sir* Hugo Moncrieff, le presentarían una voluminosa minuta

más gastos por lo que él llamaba honorarios suplementarios. Fue una de las pocas ocasiones en la que los tres se pusieron a reír.

Beth había sido puesta en libertad bajo fianza a la mañana siguiente de la detención, pero nadie se sorprendió cuando ni a Danny ni a Big Al se les concedió la misma medida de gracia.

El señor Jenkins estaba esperando para recibirles en la recepción de Belmarsh, y el señor Pascoe se encargó de que acabaran compartiendo la misma celda. Al cabo de un mes, Danny había regresado a su puesto de bibliotecario de la cárcel, tal como había anticipado a la señorita Bennett. Big Al fue enviado a la cocina, y si bien los guisos no podían compararse con los de Molly, al menos habían terminado gozando de lo mejor de lo peor.

Alex Redmayne no había recordado a Danny en ningún momento que, si hubiera seguido su consejo y se hubiera declarado culpable de homicidio en el primer juicio, ahora sería un hombre libre, sería el dueño del taller Wilson, se habría casado con Beth y la ayudaría a criar a su familia. Pero un hombre libre ¿en qué sentido?, imaginaba Alex que preguntaría.

También habían disfrutado de momentos de triunfo en medio del desastre. Los dioses lo prefieren así. Alex Redmayne había sido capaz de convencer al tribunal de que, aunque Beth era técnicamente culpable del delito del que la habían acusado, solo había sabido que Danny estaba vivo durante cuatro días, además de que ya habían concertado una cita con Alex en su despacho la mañana en que fue detenida. El juez había condenado a Beth a seis meses de libertad condicional. Desde entonces, había ido a ver a Danny el primer domingo de cada mes.

El juez no había sido tan indulgente respecto al papel de Big Al en la conspiración. Alex había señalado en su alegato que su cliente, Albert Crann, no había obtenido beneficios económicos de la fortuna de los Moncrieff, salvo la paga de chófer que le había concedido Danny y permiso para dormir en una pequeña habitación del último piso de la casa de The Boltons. El señor Arnold Pearson, representante de la Corona, lanzó entonces una bomba que Alex no había visto venir.

—¿Puede el señor Crann explicar la cantidad de diez mil libras depositada en su cuenta corriente tan solo unos días después de haber salido de la cárcel? Big Al no tenía explicación, y aunque la tuviera, no estaba dispuesto a iluminar a Pearson sobre la procedencia del dinero.

El jurado no quedó impresionado.

El juez condenó a Big Al a cumplir cinco años más en Belmarsh; el resto de su primera sentencia. Danny se encargó de que le avanzaran cuanto antes, y de que se comportara de manera impecable durante su período de encarcelamiento. Con los excelentes informes del guardia de más antigüedad, Ray Pascoe, confirmados por el alcaide, lograrían que Big Al saliera libre en menos de un año. Danny le echaría de menos, aunque sabía que si llegaba a insinuárselo, Big Al causaría suficientes problemas para quedarse en Belmarsh hasta que Danny fuera puesto por fin en

libertad.

Beth le dio una buena noticia a Danny el domingo que fue a verle.

—Estoy embarazada.

—Dios, si solo pasamos cuatro noches juntos —dijo Danny, mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Creo que no fue debido al número de veces que hicimos el amor —dijo Beth—. Confiemos en que sea un hermanito para Christy —añadió.

—Si lo es, lo llamaremos Bernie.

—No —dijo Beth—, le llamaremos... La sirena indicó el fin de la hora de las visitas y ahogó sus palabras.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Danny cuando Pascoe le acompañó de vuelta a su celda.

—Por supuesto —contestó Pascoe—. Pero eso no significa que vaya a contestarla.

—Siempre lo supo, ¿verdad? —Pascoe sonrió, pero no contestó—. ¿Por qué estaba tan seguro de que yo no era Nick? —preguntó Danny cuando llegaron a la celda.

Pascoe giró la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta. Danny entró, suponiendo que el hombre no iba a responder a su pregunta, pero entonces Pascoe indicó con un cabeceo la fotografía de Beth que Danny había pegado con celo a la pared de la celda.

—Oh, Dios mío —dijo Danny, y sacudió la cabeza—. No me acordé de sacar la foto de la pared. Pascoe sonrió, salió al pasillo y cerró la puerta de la celda.

Danny alzó la vista hacia la zona del público y vio a Beth, ahora embarazada de seis meses, que le miraba con la misma sonrisa que recordaba tan bien del patio de recreo del colegio Clement Attlee, y que sabía que no desaparecería hasta el fin de sus días, por larga que fuera la sentencia a la que le condenara el juez.

Las madres de Danny y de Beth estaban sentadas a cada lado de ella, un apoyo constante. También estaban presentes muchos amigos y partidarios de Danny del East End, que irían a la tumba proclamando su inocencia. Los ojos de Danny se posaron en el profesor Amirkhan Mori, un amigo incondicional; luego se fijó en alguien sentado en el extremo de la fila, alguien a quien no había esperado volver a ver. Sarah Davenport estaba inclinada sobre la barandilla, y le sonrió.

En el estrado del tribunal, Alex y su padre estaban conversando. *The Times* había dedicado toda una página al padre y al hijo que pronto aparecerían juntos como abogados defensores en el caso. Era la segunda vez en la historia que un juez del Tribunal Supremo regresaba al papel de abogado, y desde luego era la primera vez que un hijo tenía como ayudante a su padre.

Danny y Alex habían renovado su amistad durante los últimos seis meses, y sabía

que seguirían siendo íntimos durante el resto de su vida. El padre de Alex estaba hecho de la misma pasta que el profesor Mori. Los dos hombres eran unos apasionados: el profesor Mori del conocimiento, *sir* Matthew de la justicia. La presencia del anciano juez en el tribunal había conseguido que incluso abogados avezados y periodistas cínicos se hicieran preguntas acerca del caso, pero estaban intrigados por saber qué le había convencido de que Danny Cartwright podía ser inocente.

El señor Arnold Pearson y su subalterno estaban sentados en el otro extremo del banco, repasando su alegato línea a línea, e introduciendo alguna pequeña modificación aquí y allá. Danny estaba preparado para el estallido de veneno y bilis que soltaría Pearson cuando se levantara y anunciara al tribunal que no solo el acusado era un criminal malvado y peligroso, sino que únicamente había un lugar al que el jurado debería enviarle para el resto de su vida.

Alex Redmayne había explicado a Danny que esperaban solo a tres testigos: el inspector jefe Fuller, *sir* Hugo Moncrieff y Fraser Munro. No obstante, Alex y su padre ya habían tomado medidas para que se llamara a un cuarto testigo. Alex había avisado a Danny de que, fuera cual fuese el juez nombrado para el caso haría todo cuanto estuviera en su mano para impedirlo.

A *sir* Matthew no le sorprendió que el juez Hackett llamara a ambos letrados a su despacho antes de que empezara el juicio, con el fin de advertirles que se abstuvieran de cualquier referencia al primer juicio por asesinato, cuyo veredicto había sido emitido por un jurado y respaldado posteriormente por tres jueces en el tribunal de apelación. A continuación, dejó bien claro que, si alguna de las partes intentaba sacar a colación el contenido de determinada grabación como prueba, o mencionaba los nombres de Spencer Craig, ahora un eminente QC, Gerald Payne, que había sido elegido diputado, o del famoso actor Lawrence Davenport, se enfrentarían a su ira.

En los círculos jurídicos todo el mundo sabía que el juez Hackett y *sir* Matthew Redmayne no se hablaban desde hacía treinta años. *Sir* Matthew había ganado demasiados casos en los tribunales inferiores, cuando ambos eran abogados bisoños, para que a alguien le cupiera alguna duda sobre cuál de ellos era mejor letrado. La prensa esperaba que su rivalidad se reavivara en cuanto el juicio empezara.

El jurado había sido elegido el día anterior, y ahora esperaba a ser llamado a la sala para poder escuchar las pruebas, antes de emitir el veredicto definitivo en el caso de la Corona contra Daniel Arthur Cartwright.

L el juez Hackett paseó la vista alrededor de la sala, del mismo modo que el primer bateador comprueba dónde se han situado los fildeadores para agarrar la pelota. Sus ojos se posaron en *sir* Matthew Redmayne, que jugaba en el segundo turno, a la espera de la primera bola. El juez no temía a ninguno de los demás jugadores, pero sabía que no podría relajarse si *sir* Matthew entraba en juego.

Devolvió su atención al primer lanzador del equipo de casa, el señor Arnold Pearson, que no solía ser de los primeros en anotarse puntos.

—Señor Pearson, ¿está preparado para su alegato?

—Sí, señoría —contestó Pearson, y se levantó con parsimonia.

Tiró de las solapas de la toga y tocó la parte superior de su vieja peluca, para después colocar su expediente sobre un pequeño atril y empezar a leer la primera página, como si no la hubiera visto nunca.

—Miembros del jurado —empezó, y sonrió a los doce ciudadanos elegidos para llegar a un veredicto—, me llamo Arnold Pearson, y represento a la Corona en este caso. Contaré con la colaboración de mi ayudante, el señor David Simms. Se encargará de la defensa el señor Alex Redmayne, con la colaboración de su ayudante, *sir* Matthew Redmayne.

Todos los ojos de la sala se volvieron hacia el anciano, que estaba repanchigado en un extremo del banco, al parecer dormido como un tronco.

—Miembros del jurado —continuó Pearson—, sobre el acusado pesan cinco cargos. El primero es que escapó de la cárcel de Belmarsh, un establecimiento de máxima seguridad situado en el sudeste de Londres, mientras cumplía una condena anterior.

»El segundo cargo consiste en que el acusado robó a *sir* Hugo Moncrieff una finca en Escocia, que incluía una mansión de catorce habitaciones y quinientas hectáreas de tierra cultivable.

»La tercera acusación es que ocupó una casa, en The Boltons, número 12, Londres SW3, que no era legalmente suya.

»La cuarta acusación está relacionada con el robo de una colección de sellos única, y la posterior venta de dicha colección por una cantidad superior a veinticinco millones de libras.

»Y la quinta acusación es que el acusado cobró cheques en una cuenta bancaria de Coutts, en el Strand, Londres, y transfirió dinero de una banca privada de Suiza, ninguna de cuyas cosas tenía derecho a hacer, por lo que de paso obtuvo beneficios.

»La Corona demostrará que las cinco acusaciones están relacionadas entre sí, y fueron cometidas por una sola persona, el acusado, Daniel Cartwright, quien se hizo pasar por *sir* Nicholas Moncrieff, el beneficiario legítimo y legal del testamento del difunto *sir* Alexander Moncrieff. Con este fin, miembros del jurado, tendré que llevarles primero a la prisión de Belmarsh, para demostrar cómo el acusado consiguió

encaramarse a una posición privilegiada que le permitió cometer estos audaces delitos. A tal efecto, puede que sea necesario mencionar de pasada el delito por el que Cartwright fue condenado.

—No hará tal cosa —interrumpió el juez Hackett con severidad—. El delito original cometido por el acusado no está relacionado con los delitos que se juzgan en este tribunal. No podrá referirse a ese caso anterior a menos que pueda demostrar una relación directa e importante entre aquel y el presente caso. —*Sir Matthew* anotó las palabras «relación directa e importante»—. ¿Me he expresado con claridad, señor Pearson?

—Desde luego, señoría, y le pido disculpas. Ha sido negligente por mi parte.

Sir Matthew frunció el ceño. Alex tendría que elaborar una argumentación ingeniosa para demostrar que los dos delitos estaban relacionados, si no quería suscitar la ira del juez Hackett y ser silenciado en pleno discurso. *Sir Matthew* ya había reflexionado ampliamente sobre el asunto.

—Me expresaré con más cautela en el futuro —añadió Pearson, mientras pasaba a la siguiente página de su expediente.

Alex se preguntó si Pearson había sacrificado esta baza en la fase preliminar con la esperanza de que Hackett se abalanzara sobre él, pues sabía muy bien que las decisiones del juez favorecían mucho más a la acusación que a la defensa.

—Miembros del jurado —continuó Pearson—, quiero que no olviden los cinco delitos, pues demostraré que están relacionados, y por tanto solo pudieron ser cometidos por una única persona: el acusado, Daniel Cartwright. —Pearson se tiró otra vez de la toga antes de continuar—. El 7 de junio de 2002 es un día que tal vez esté grabado en su memoria, pues fue el día en el que Inglaterra venció a Argentina en el Mundial de fútbol. —Le satisfizo ver que muchos miembros del jurado sonreían al recordar dicha ocasión—. Aquel día, una tragedia tuvo lugar en la prisión de Belmarsh, y ese es el motivo de que estemos hoy aquí. Mientras la inmensa mayoría de los reclusos estaban en la planta baja, viendo el partido de fútbol por televisión, un preso eligió aquel momento para quitarse la vida. Aquel hombre era Nicholas Moncrieff, que a la una y cuarto de la tarde se ahorcó en las duchas de la cárcel. Durante los dos años anteriores, Nicholas Moncrieff había compartido celda con otros dos reclusos, uno de los cuales era el acusado, Daniel Cartwright.

»Los dos hombres eran más o menos de la misma estatura, y solo se llevaban unos meses de edad. De hecho, eran tan parecidos que, con el uniforme de la cárcel, les tomaban por hermanos con frecuencia. Señoría, con su permiso distribuiré en este momento entre los miembros del jurado fotografías de Moncrieff y de Cartwright, para que comprueben por sí mismos el parecido entre ambos.

El juez asintió, y el ayudante de Pearson entregó al secretario del tribunal un puñado de fotografías. El secretario dio dos al juez, antes de distribuir las restantes entre el jurado. Pearson se reclinó en su silla y esperó, para conceder tiempo a todos los miembros del jurado de examinar las fotografías.

—Ahora —continuó cuando terminaron—, describiré cómo Cartwright se aprovechó de este parecido, se cortó el pelo y cambió su acento, para sacar provecho de la trágica muerte de Nicholas Moncrieff. Y sacar provecho es lo que hizo, literalmente. Sin embargo, como en todos los delitos audaces, hacía falta un poco de suerte.

»El primer golpe de suerte fue que Moncrieff pidiera a Cartwright que le cuidara una cadena de plata con una llave, un anillo de sello con el escudo de armas de la familia y un reloj con sus iniciales grabadas, objetos que llevaba siempre encima, excepto cuando iba a la ducha. El segundo golpe de suerte fue que Cartwright tenía un cómplice, que estaba en el lugar apropiado en el momento oportuno.

»Ahora, miembros del jurado, tal vez se pregunten cómo es posible que Cartwright, que cumplía una condena de veintidós años por... Alex se puso en pie, a punto de protestar, cuando intervino el juez.

—No siga por ese camino, señor Pearson, a menos que desee poner a prueba mi paciencia.

—Pido disculpas, señoría —dijo Pearson, consciente de que cualquier miembro del jurado que no hubiera seguido la extensa información periodística del caso durante los anteriores seis meses, ya habría deducido a esas alturas el delito por el que Cartwright había sido condenado—. Como estaba diciendo, tal vez se pregunten cómo es posible que Cartwright, condenado a una sentencia de veintidós años, pudiera cambiar su identidad por la de otro preso que solo había sido condenado a ocho años, y que, y eso es lo más importante, iba a ser puesto en libertad al cabo de seis semanas. Su ADN no podía coincidir, su grupo sanguíneo debía de ser diferente, como también el historial dental. Fue entonces cuando tuvo lugar el segundo golpe de suerte —dijo Pearson—, porque nada de esto habría sido posible si Cartwright no hubiera tenido un cómplice que trabajaba de celador en la enfermería de la cárcel. Ese cómplice era Albert Crann, el tercer hombre que compartía celda con Moncrieff y Cartwright. Cuando se enteró del ahorcamiento en la ducha, cambió los nombres de los historiales médicos de la enfermería, para que cuando el médico examinara el cadáver creyera que era Cartwright quien se había suicidado, no Moncrieff.

»Pocos días después, tuvo lugar el funeral en la iglesia de St. Mary, en Bow. La familia más cercana del acusado, incluida la madre de su hija, estaba convencida de que el cadáver que iban a enterrar era el de Daniel Cartwright.

»¿Qué tipo de hombre, se preguntarán, engañaría a su propia familia? Les diré qué tipo de hombre: este hombre —dijo, y señaló a Danny— tuvo la osadía de asistir al funeral haciéndose pasar por Nicholas Moncrieff, para ser testigo de su propio entierro y asegurarse de que iba a salirse con la suya.

Una vez más, Pearson se reclinó en su asiento, para que los miembros del jurado asimilaran el significado de sus palabras.

—Desde el día de la muerte de Moncrieff —continuó—, Cartwright siempre llevó el reloj, el anillo de sello y la cadena con la llave de Moncrieff, con el fin de

convencer tanto a los guardias de la cárcel como a los reclusos de que era Nicholas Moncrieff, a quien solo le quedaban seis semanas de reclusión.

»El 7 de julio de 2002, Daniel Cartwright salió en libertad de la prisión de Belmarsh, pese a que le quedaban por cumplir todavía veinte años de condena. ¿Tuvo suficiente con escapar? No. Tomó de inmediato el primer tren a Escocia, para poder reclamar la propiedad de la familia Moncrieff, y después regresó a Londres para instalarse en la casa de The Boltons de *sir* Nicholas Moncrieff.

»Pero no se detuvo ahí, miembros del jurado. A continuación, Cartwright tuvo la audacia de empezar a sacar dinero de la cuenta bancaria de *sir* Nicholas, en Coutts, del Strand. Tal vez crean que entonces ya tuvo bastante, pero tampoco. Después, voló a Ginebra para reunirse con el presidente de Coubertin & Co., un importante banco suizo, a quien entregó la llave de plata, junto con el pasaporte de Moncrieff. Eso le permitió acceder a una cámara acorazada que contenía la legendaria colección de sellos del difunto abuelo de Nicholas Moncrieff, *sir* Alexander Moncrieff. ¿Qué hizo Cartwright cuando se apoderó de esta herencia familiar, que *sir* Alexander Moncrieff había tardado más de setenta años en reunir? La vendió al día siguiente al primer postor que apareció, lo cual le reportó la friolera de veinticinco millones de libras.

Sir Matthew enarcó una ceja. La palabra «friolera» era impropia de Arnold Pearson.

—Ahora que Cartwright era multimillonario —continuó Pearson—, tal vez se pregunten qué hizo a continuación. Yo se lo diré. Volvió en avión a Londres, se compró un BMW último modelo, contrató a un chófer y a un ama de llaves, se estableció en The Boltons y siguió alimentando el mito de que era *sir* Nicholas Moncrieff. Y, miembros del jurado, aún estaría viviendo esa mentira de no ser por la profesionalidad del inspector jefe Fuller, el hombre que detuvo a Cartwright por su primer delito en 1999, y que ahora, sin ayuda de nadie —*sir* Matthew anotó estas palabras—, siguió su pista, le detuvo y le llevó ante la justicia. Este, miembros del jurado, es el caso de la acusación. Pero más adelante presentaré a un testigo que despejará cualquier duda sobre el hecho de que el acusado, Daniel Cartwright, es culpable de los cinco cargos de la acusación.

Cuando Pearson se sentó, *sir* Matthew miró a su viejo adversario y se tocó la frente, como si levantara un sombrero invisible.

—*Chapeau* —dijo.

—Gracias, Matthew —contestó Pearson.

—Caballeros —dijo el juez, al tiempo que consultaba su reloj—, creo que es el momento indicado para ir a comer.

—Se levanta la sesión —gritó el ujier, y todos los funcionarios se levantaron al unísono e inclinaron la cabeza. El juez Hackett devolvió la inclinación y salió de la sala.

—No lo ha hecho mal —admitió Alex a su padre.

—Estoy de acuerdo, aunque el querido Arnold ha cometido una equivocación que

tal vez lamentará toda su vida.

—¿Cuál? —preguntó Alex.

Sir Matthew pasó a su hijo una hoja de papel, en la que había anotado las palabras «sin ayuda de nadie».

Solo hay una cosa que debes conseguir que admita el testigo —dijo *sir* Matthew—. Pero al mismo tiempo, no podemos permitir que el juez o Arnold Pearson se den cuenta de lo que estás tramando.

—Tranquilo —dijo Alex con una sonrisa, cuando el juez Hackett volvió a entrar en la sala y todo el mundo se levantó.

El juez inclinó la cabeza antes de sentarse en la silla de cuero rojo y respaldo alto. Abrió la libreta por el final de su análisis del alegato de Pearson, pasó a una página en blanco y escribió las palabras «primer testigo». Después, cabeceó en dirección al señor Pearson, que se levantó.

—Llamo al inspector jefe Fuller —dijo.

Alex no había visto a Fuller desde el primer juicio, cuatro años atrás, pero era imposible olvidar aquella ocasión, pues el inspector jefe le había dado sopas con onda. En cualquier caso, parecía todavía más seguro de sí mismo que entonces. Fuller prestó juramento sin molestarse en mirar la tarjeta.

—Inspector jefe Fuller —dijo Pearson—, haga el favor de decir su nombre completo y su profesión al tribunal.

—Me llamo Rodney Fuller. Formo parte de la Policía Metropolitana con base en Palace Green, Chelsea.

—¿Puedo dejar constancia de que también fue usted quien detuvo a Cartwright cuando cometió su delito anterior, por el que fue condenado a prisión?

—Exacto, señor.

¿Cómo averiguó que Cartwright podía haber escapado de la prisión de Belmarsh y se estaba haciendo pasar por *sir* Nicholas Moncrieff?

—El 21 de octubre del año pasado recibí una llamada telefónica de una fuente fidedigna; me dijo que necesitaba verme por un asunto urgente.

—¿Entró en detalles en aquel momento?

—No, señor. No es la *clase* de caballero que se comprometería por teléfono.

Sir Matthew anotó «caballero», una palabra que un policía no suele utilizar cuando se refiere a un soplón. El segundo desliz que pescaba la primera mañana. No esperaba muchos más, siempre que Arnold Pearson recondujera al inspector jefe hacia el terreno que le interesaba.

—Así que concertaron una cita —dijo Pearson.

—Sí, quedamos en reunimos a la mañana siguiente en un lugar y a una hora que él eligió.

—Y cuando se reunieron al día siguiente, le informó de que poseía cierta información relacionada con Daniel Cartwright.

—Sí. Lo cual me sorprendió —dijo Fuller—, porque yo creía que Cartwright se había ahorcado. De hecho, uno de mis agentes asistió al funeral.

—¿Cómo reaccionó a esta revelación?

—La tomé en serio, porque ese caballero ya había demostrado ser de confianza en el pasado. *Sir Matthew* subrayó la palabra «caballero».

—¿Qué hizo a continuación?

—Situé a un equipo de vigilancia ante el número 12 de *The Boltons* las veinticuatro horas del día, y no tardé en descubrir que el inquilino que afirmaba ser *sir Nicholas Moncrieff* se parecía mucho a *Cartwright*.

—Pero eso no debió de ser suficiente para decidirle a proceder a su detención.

—Desde luego que no —contestó el inspector jefe—. Necesitaba pruebas más tangibles.

—¿Y cuáles fueron esas pruebas tangibles?

—El tercer día de vigilancia, el sospechoso recibió la visita de la señorita *Elizabeth Wilson*, que se quedó a pasar la noche.

—¿La señorita *Elizabeth Wilson*?

—Sí. Es la madre de la hija de *Cartwright*, y le visitaba con regularidad cuando estaba encarcelado. Eso me confirmó que la información recibida era exacta.

—¿Fue entonces cuando decidió detenerle?

—Sí, pero como sabía que estábamos lidiando con un delincuente peligroso con antecedentes violentos, solicité apoyo de la policía antidisturbios. No deseaba que gente inocente corriera peligro.

—Muy comprensible —ronroneó *Pearson*—. ¿Quiere describir al tribunal cómo detuvo a este peligroso delincuente?

—A las dos de la madrugada siguiente, rodeamos la casa de *The Boltons* y llevamos a cabo una redada. Al detener a *Cartwright*, le leí sus derechos y le arresté por escapar de una cárcel de Su Majestad. Otro equipo detuvo a *Albert Crann*, que también vivía en la mansión, pues teníamos motivos para creer que era cómplice de *Cartwright*.

—¿Qué fue de las dos personas detenidas en aquel momento? —preguntó *Pearson*.

—*Elizabeth Wilson* fue puesta en libertad bajo fianza a la mañana siguiente, y más tarde fue condenada a seis meses en libertad condicional.

—¿Y *Albert Crann*?

—En aquel momento estaba en libertad condicional de modo que fue enviado a *Belmarsh* para acabar de cumplir su condena.

—Gracias, inspector jefe. No tengo más preguntas para usted en este momento.

—Gracias, señor *Pearson* —dijo el juez—. ¿Desea interrogar a este testigo, señor *Redmayne*?

—Desde luego, señoría —dijo *Alex*, al tiempo que se levantaba—. Inspector jefe, ha dicho al tribunal que fue un ciudadano quien le proporcionó la información que le permitió detener a *Daniel Cartwright*.

—Sí, exacto —dijo *Fuller*, mientras aferraba la barandilla del estrado de los testigos.

—Por tanto, no fue un ingenioso trabajo policial realizado sin ayuda de nadie, como ha afirmado mi colega.

—No, pero como estoy seguro que sabrá, señor Redmayne, la policía cuenta con una red de informadores, sin la cual la mitad de los delincuentes encarcelados en la actualidad estarían en las calles cometiendo más fechorías todavía.

—¿De modo que ese caballero, como usted le ha descrito, le llamó a su despacho? —El inspector jefe asintió—. ¿Y usted concertó una cita al día siguiente, a una hora conveniente para ambos?

—Sí —replicó Fuller, decidido a no revelar nada.

—¿Dónde tuvo lugar ese encuentro, inspector jefe?

Fuller se volvió hacia el juez.

—Preferiría no revelar el lugar, señoría.

—Muy comprensible —dijo el juez Hackett—. Continúe, señor Redmayne.

—Por tanto, sería absurdo preguntarle el nombre de su informador a sueldo, ¿verdad, inspector jefe?

—No estaba a sueldo —dijo Fuller, pero se arrepintió de sus palabras al instante.

—Bien, al menos sabemos ahora que era un caballero no remunerado.

—Bien hecho —dijo el padre de Alex en un susurro que oyó todo el mundo. El juez frunció el ceño.

—Inspector jefe, ¿cuántos agentes consideró necesario desplegar con el fin de detener a un hombre y a una mujer que estaban acostados a las dos de la madrugada?

—Fuller vaciló—. ¿Cuántos, inspector jefe?

—Catorce.

—¿No serían veinte? —preguntó Alex.

—Si cuenta el equipo de apoyo, quizá fueron veinte.

—Parece un poco excesivo para un hombre y una mujer —insinuó Alex.

—Podía haber ido armado —dijo Fuller—. Era un riesgo que no deseaba correr.

—¿Iba armado? —preguntó Alex.

—No, no iba...

—Tal vez no era la primera vez... —empezó Alex.

—Ya basta, señor Redmayne —le interrumpió el juez a mitad de la frase.

—Otra vez será —dijo el padre de Alex, en voz lo bastante alta para que toda la sala se enterara.

—¿Desea intervenir, *sir* Matthew? —preguntó con brusquedad el juez.

El padre de Alex abrió los ojos, como un animal de la selva que despertara de un sueño profundo. Se levantó con parsimonia.

—Muy amable por preguntarlo, señoría, pero no, en este momento no. Tal vez más tarde.

Volvió a dejarse caer en su asiento.

Los bancos de la prensa entraron en acción cuando el primer tanto subió al marcador. Alex se humedeció los labios por temor a estallar en carcajadas. El juez

Hackett apenas pudo contenerse.

—Continúe, señor Redmayne —ordenó el juez, pero antes de que Alex pudiera responder, su padre se levantó.

—Le pido disculpas, señoría —dijo en tono ingenuo— pero ¿a qué Redmayne se refería?

Esta vez, el jurado se echó a reír. El juez no hizo el menor intento de replicar, y *sir* Matthew se hundió en su silla, cerró los ojos y susurró:

—Tírate a la yugular, Alex.

—Inspector jefe, ha dicho al tribunal que después de ver que la señorita Wilson entraba en la casa se convenció de que era Daniel Cartwright, y no *sir* Nicholas Moncrieff, quien vivía en ella.

—Sí, exacto —dijo Fuller, sin soltar la barandilla del estrado de los testigos.

—Pero una vez detenido mi cliente, inspector jefe, ¿no tuvo ni un momento de duda por si se había equivocado de persona?

—No, señor Redmayne, sobre todo después de haber visto la cicatriz de su...

—Sobre todo después de haber visto la cicatriz de su... de haber comprobado su ADN en el ordenador de la policía —dijo el inspector jefe.

—Siéntate —susurró el padre de Alex—. Tienes todo cuanto necesitas, y Hackett no se ha dado cuenta de la importancia de la cicatriz.

—Gracias, inspector jefe. No hay más preguntas, señoría.

—¿Desea volver a interrogar a este testigo, señor Pearson? —preguntó el juez Hackett.

—No, gracias, señoría —dijo Pearson, que estaba anotando las palabras «sobre todo después de haber visto la cicatriz de su...» mientras trataba de comprender su significado.

—Gracias, inspector jefe —dijo el juez—. Puede abandonar el estrado de los testigos. Alex se inclinó hacia su padre, mientras el inspector jefe salía de la sala.

—Pero no he conseguido que admitiera que el «caballero profesional» era Craig —susurró.

—Ese hombre no estaba dispuesto a revelar el nombre de su contacto, pero has conseguido que cayera en una trampa dos veces. No olvides que otro testigo sabe quién denunció a Danny a la policía, y no va a sentirse nada cómodo en la sala del tribunal, de modo que deberías acorralarle mucho antes de que Hackett adivine cuál es tu auténtico propósito. No olvides que no podemos permitirnos el lujo de cometer el mismo error que con el juez Browne y con la cinta que no aceptó.

Alex asintió, mientras el juez Hackett devolvía su atención al banco de los letrados.

—Tal vez sería un buen momento para tomarse un descanso.

—Todo el mundo en pie.

Arnold Pearson estaba conversando con su ayudante cuando el juez Hackett dijo en voz alta:

—¿Está preparado para llamar a su siguiente testigo, señor Pearson? Pearson se levantó.

—Sí, señoría. Llamo a *sir* Hugo Moncrieff.

Alex observó con suma atención a *sir* Hugo cuando entró en la sala. Nunca prejuzgues a un testigo, le había enseñado su padre desde la cuna, pero no cabía duda de que Hugo estaba nervioso. Sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y se secó la frente incluso antes de llegar al estrado.

El ujier acompañó a *sir* Hugo hasta el estrado y le entregó la Biblia. El testigo leyó el juramento en la tarjeta que sostenían delante de él, y después miró hacia el público, en busca de la persona que habría deseado que prestara declaración en su lugar. El señor Pearson le dedicó una cordial sonrisa cuando bajó la vista.

—*Sir* Hugo, díganos su nombre y domicilio.

—*Sir* Hugo Moncrieff, Manor House, Dunbroath, Escocia.

—Permítame empezar, *sir* Hugo, preguntándole cuándo vio por última vez a su sobrino, Nicholas Moncrieff.

—El día que ambos asistimos al funeral de su padre.

—¿Tuvo la oportunidad de hablar con él en dicha ocasión?

—Por desgracia no —dijo Hugo—. Iba acompañado por dos funcionarios de la cárcel que nos impidieron ponernos en contacto con él.

—¿Qué relación mantenía con su sobrino? —preguntó Pearson.

—Cordial. Todos queríamos a Nick. Era un muchacho excelente, y la familia consideraba que le habían tratado mal.

—Por tanto, ni usted ni su hermano sintieron rencor cuando se enteraron de que había heredado el grueso de las propiedades de su padre.

—Por supuesto que no —dijo Hugo—. Nick heredaría automáticamente el título de su padre al fallecer este, junto patrimonio familiar.

—Por tanto, debió de causarle una conmoción terrible descubrir que se había ahorcado en la cárcel, y que un impostor había ocupado su lugar. Hugo agachó la cabeza un momento.

—Fue un golpe terrible para mi esposa, Margaret, y para mí —dijo—, pero gracias a la profesionalidad de la policía y al apoyo de amigos y familiares, poco a poco nos vamos recuperando.

—Se sabe el papel a la perfección —susurró *sir* Matthew.

—¿Puede confirmar, *sir* Hugo, que el rey de armas de la Orden de la Jarretera ha confirmado su derecho al título familiar? —preguntó el señor Pearson, sin hacer caso del comentario de *sir* Matthew.

—Sí, señor Pearson. Me enviaron el título de privilegio hace unas semanas.

—¿Puede también confirmar que la finca de Escocia, junto con la casa de Londres y las cuentas bancaria de Londres y Suiza, han pasado de nuevo a poder de la familia?

—No, señor Pearson.

—¿Y por qué? —preguntó el juez Hackett. *Sir Hugo* pareció ligeramente desconcertado cuando se volvió hacia el juez.

—Según la política de ambos bancos, no se confirma la titularidad mientras se celebra un juicio, señoría. Me han asegurado que se efectuará la transferencia legal a la parte legítima en cuanto este caso haya concluido y el jurado haya emitido su veredicto.

—No tema —dijo el juez, y le dedicó una sonrisa cordial—. Su terrible experiencia está llegando a su fin. *Sir Matthew* se puso en pie al instante.

—Lamento interrumpir a su señoría, pero ¿su respuesta al testigo implica que ya ha llegado a una decisión en lo tocante al caso? —preguntó con una plácida sonrisa. Ahora fue el juez quien pareció confuso.

—No, por supuesto, *sir Matthew* —contestó—. Solo estaba diciendo que, sea cual sea el desenlace del juicio, la larga espera de *sir Hugo* está llegando a su fin.

—Se lo agradezco, señoría. Es un gran alivio descubrir que no ha tomado una decisión antes de que la defensa haya tenido la oportunidad de presentar su caso. —Volvió a sentarse.

Pearson fulminó con la mirada a *sir Matthew*, pero el anciano ya había cerrado los ojos. Se volvió hacia el testigo.

—Lamento, *sir Hugo*, que haya padecido esta desagradable situación, de la cual usted es inocente. Pero ha sido importante para el jurado saber qué angustias y estragos ha provocado el acusado, Daniel Cartwright, a su familia. Tal como su señoría ha manifestado, este calvario toca a su fin.

—Yo no estaría tan seguro —dijo *sir Matthew*. Pearson hizo caso omiso de la interrupción.

—No hay más preguntas, señoría —dijo, antes de volver a sentarse.

—Han ensayado hasta la última palabra —susurró *sir Matthew*, con los ojos todavía cerrados—. Conduce a ese maldito hombre por un largo y oscuro sendero, y cuando menos se lo espere, hún dele un cuchillo en el corazón. Te prometo, Alex, que no manará sangre, ni azul ni roja.

—Señor Redmayne, lamento interrumpirle —dijo el juez—, pero ¿tiene la intención de interrogar al testigo?

—Sí, señoría.

—Impón tú el ritmo, hijo mío. No olvides que es él quien quiere acabar de una vez por todas —susurró *sir Matthew*, mientras se dejaba caer en el asiento.

—*Sir Hugo* —empezó Alex—, ha dicho al tribunal que su relación con su sobrino, Nicholas Moncrieff, era estrecha (creo que utilizó la palabra «cordial»), y que habría conversado con él durante el funeral de su padre si los funcionarios de

prisiones no se lo hubieran impedido.

—Sí, exacto —dijo *sir* Hugo.

—Permítame preguntarle cuándo descubrió que su sobrino estaba muerto, y no viviendo, tal como usted creía, en su casa de The Boltons.

—Unos días antes de que detuvieran a Cartwright —dijo Hugo.

—Eso debió de ser un año y medio después del funeral en el que no le permitieron ponerse en contacto con su sobrino.

—Sí, supongo.

—En este caso, debo preguntarle, *sir* Hugo, cuántas veces, durante ese período de dieciocho meses, se encontraron o habló por teléfono con su sobrino, con el que supuestamente mantenía una relación tan estrecha.

—Pero la cuestión es que no era Nick —dijo Hugo, complacido consigo mismo.

—No, no lo era —admitió Alex—, pero acaba de decir al tribunal que no tuvo conocimiento de ello hasta tres días antes de que mi cliente fuera detenido.

Hugo alzó la vista hacia el público en busca de inspiración. Esta no era una de las preguntas que Margaret había previsto y cuya respuesta le había obligado a ensayar.

—Bien, los dos estábamos muy ocupados —dijo, intentando improvisar—. Él vivía en Londres, y yo pasaba casi todo el tiempo en Escocia.

—Tengo entendido que ahora hay teléfonos en Escocia —dijo Alex. Una oleada de carcajadas recorrió la sala.

—Fue un escocés quien inventó el teléfono, señor —dijo Hugo con sarcasmo.

—Razón de más para utilizarlo —ironizó Alex.

—¿Qué está insinuando? —preguntó Hugo.

—No estoy insinuando nada —replicó Alex—. Pero no puede negar que, cuando ambos asistieron a una subasta de sellos en Sotheby's, en Londres, en septiembre de 2002, y pasaron los días siguientes en el mismo hotel de Ginebra, usted no llevó a cabo el menor intento de hablar con su supuesto sobrino.

—Él podría haberme dirigido la palabra —dijo Hugo, en voz más alta—. Hacen falta dos para bailar el tango, ¿no?

—Tal vez mi cliente no quería hablar con usted, pues sabía muy bien qué tipo de relación mantenía usted con su sobrino. Tal vez sabía que usted no le había escrito ni hablado ni una sola vez durante los últimos diez años. Tal vez sabía que su sobrino le detestaba, y que el padre de usted, su abuelo, le había excluido de su testamento.

—Veo que está decidido a aceptar la palabra de un delincuente antes que la de un miembro de la familia.

—No, *sir* Hugo. Todo esto me lo contó un miembro de la familia.

—¿Quién? —preguntó Hugo en tono desafiante.

—Su sobrino, Nicholas Moncrieff —replicó Alex.

—Pero si ni siquiera le conocía.

—No —admitió Alex—, pero mientras estaba en la cárcel, donde usted no fue a verle ni le escribió una carta durante cuatro años, llevaba un diario, que ha resultado

ser de lo más revelador.

Pearson se levantó de un brinco.

—Señoría, debo protestar. Estos diarios a los que se refiere mi distinguido colega fueron añadidos al sumario hace una semana, y si bien mi ayudante se ha esforzado por examinarlos línea a línea, ocupan más de mil páginas.

—Señoría —dijo Alex—, mi ayudante ha leído cada palabra de esos diarios, y para comodidad del tribunal ha subrayado todos los párrafos sobre los que tal vez deseemos llamar la atención del jurado. No puede existir duda de que son admisibles.

—Puede que sean admisibles —dijo el juez Hackett—, pero yo no considero que sean relevantes. No estamos juzgando a *sir* Hugo, y su relación con su sobrino no constituye el meollo del caso, así que le aconsejo que continúe, señor Redmayne.

Sir Matthew tiró de la toga de su hijo.

—¿Puedo hablar un momento con mi ayudante? —preguntó Alex al juez.

Si es realmente necesario —replicó el juez Hackett, aún escocido por su última enganchada con *sir* Matthew—. Pero dese prisa.

Alex se sentó.

—Has dejado claro lo que querías decir, hijo mío —susurró *sir* Matthew—, y en cualquier caso, habría que reservar las palabras más significativas de los diarios para el siguiente testigo. Además, el viejo Hackett se está preguntando si ha ido demasiado lejos y nos ha facilitado munición suficiente para solicitar un nuevo juicio. Intentará impedirnoslo a toda costa. Esta será su última actuación en el Tribunal Supremo antes de que se jubile, y no le gustaría que le recordaran por haber facilitado un nuevo juicio. De modo que, cuando reanudes el interrogatorio, di que aceptas sin vacilar la decisión de su señoría, pero como cabe la posibilidad de que tengas que referirte a ciertos pasajes del diario en alguna ocasión posterior, esperas que tu distinguido colega encuentre tiempo para examinar las pocas anotaciones que tu ayudante ha subrayado para su comodidad.

Alex se levantó.

—Acepto sin vacilar la decisión de su señoría, pero como es posible que deba referirme a ciertos párrafos de los diarios más adelante, espero que mi distinguido colega encuentre tiempo suficiente para leer las pocas líneas que han sido subrayadas para que pueda tomarlas en consideración.

Sir Matthew sonrió. El juez frunció el ceño, y *sir* Hugo compuso una expresión de perplejidad.

—*Sir* Hugo, ¿puedo confirmar que era deseo de su padre, tal como dejó constancia en su testamento, que la finca de Dunbroath fuera donada al National Trust for Scotland, con una cantidad de dinero suficiente reservada para su mantenimiento?

—Eso tengo entendido —admitió *sir* Hugo.

—Entonces, ¿puede confirmar también que Daniel Cartwright accedió a tales deseos, y que la finca se halla ahora en manos del National Trust for Scotland?

—Sí, puedo confirmarlo —replicó Hugo, a regañadientes.

—¿Ha encontrado tiempo en fecha reciente para visitar el número doce de The Boltons y ver en qué estado se halla la propiedad?

—Sí. No advertí gran diferencia de como estaba antes.

—*Sir* Hugo, ¿quiere que llame al ama de llaves del señor Cartwright, con el fin de que pueda explicar al tribunal con todo lujo de detalles en qué estado encontró la casa cuando fue contratada?

—Eso no será necesario —dijo Hugo—. Puede que estuviera algo descuidada, pero como ya he dejado claro, paso casi todo el tiempo en Escocia, y pocas veces me desplazo a Londres.

—En ese caso, *sir* Hugo, pasemos a hablar de las cuentas de su sobrino en la banca Coutts del Strand. ¿Puede decir al tribunal cuánto dinero había en dicha cuenta en el momento de su trágica muerte?

—¿Cómo podría saberlo? —replicó Hugo con aspereza.

—Permítame que le ilumine, *sir* Hugo —dijo Alex, al tiempo que sacaba un extracto de cuenta de una carpeta—. Poco más de siete mil libras.

—Pero lo que importa es cuánto hay en esa cuenta en este momento —replicó *sir* Hugo en tono triunfal.

—No podría estar más de acuerdo con usted —dijo Alex, y sacó un segundo extracto bancario—. Cuando cerraron las oficinas ayer, la cuenta ascendía a poco más de cuarenta y dos mil libras. —Hugo seguía mirando hacia el público, mientras se secaba la frente—. A continuación, deberíamos tener en cuenta la colección de sellos que su padre, *sir* Alexander, legó a su nieto Nicholas.

—Cartwright la vendió a mis espaldas.

—Yo diría, *sir* Hugo, que la vendió delante de sus narices.

—Jamás habría accedido a desprenderme de algo que la familia siempre ha considerado una herencia de incalculable valor.

—Me pregunto si desea un poco de tiempo para reconsiderar lo que acaba de decir —le aconsejó Alex—. Estoy en posesión de un documento legal redactado por su abogado, el señor Desmond Galbraith, en el cual accede a vender la colección de sellos de su padre a un tal señor Gene Hunsacker, de Austin, Texas, por la cantidad de cincuenta millones de dólares.

Aunque eso fuera cierto —se revolvió Hugo—. Jamás vi ni un penique de esa suma, porque fue Cartwright quien acabó vendiendo la colección a Hunsacker.

—En efecto —dijo Alex—, por una cantidad de cincuenta y siete millones y medio de dólares, siete millones y medio más de lo que usted logró negociar.

—¿Adónde conduce todo esto, señor Redmayne? —preguntó el juez—. Por muy bien que su cliente administrara el legado Moncrieff, sigue siendo él quien lo robó. ¿Está intentando insinuar que siempre abrigó la intención de devolver los bienes a sus legítimos propietarios?

—No, señoría. Estoy intentando demostrar que tal vez Danny Cartwright no es el

malvado villano que la acusación quiere hacernos creer. De hecho, gracias a su administración, *sir* Hugo vivirá mucho mejor de lo que jamás había esperado. *Sir* Matthew elevó una oración en silencio.

—¡Eso no es verdad! —dijo *sir* Hugo—. Viviré peor. Los ojos de *sir* Matthew se abrieron y se sentó muy tieso.

—Después de todo, hay un Dios en los cielos —susurró—. Bien hecho, hijo mío.

—Ahora sí que me he perdido —dijo el juez Hackett—. Si hay siete millones y medio de dólares más de lo que usted esperaba en la cuenta bancaria, *sir* Hugo, ¿cómo es posible que viva peor?

—Porque hace poco firmé un contrato legal con una tercera parte, que no quería revelar los detalles de lo sucedido a mi sobrino a menos que accediera a desprenderme del veinticinco por ciento de mi herencia.

—Siéntate y no digas nada —murmuró *sir* Matthew. El juez llamó al orden, y Alex no formuló su siguiente pregunta hasta que el silencio se restableció.

—¿Cuándo firmó este acuerdo, *sir* Hugo?

Hugo extrajo una pequeña agenda del bolsillo interior y pasó las páginas, hasta llegar a la anotación que estaba buscando.

—El 22 de octubre del año pasado —dijo.

Alex consultó sus notas.

—El día antes de que cierto caballero profesional se pusiera en contacto con el inspector jefe Fuller para concertar una cita en un lugar desconocido.

—No tengo ni idea de qué está hablando —dijo Hugo.

—Pues claro que no —dijo Alex—. No tenía forma de saber lo que se estaba cociendo a sus espaldas. No obstante, *sir* Hugo, debo hacerle una pregunta: una vez firmado ese contrato legal en el que accedía a entregar millones de libras si le devolvían la fortuna familiar, ¿qué le ofreció ese caballero profesional a cambio de su firma?

—Me dijo que mi sobrino llevaba muerto un año, y que su identidad había sido usurpada por el hombre que está sentado en el banquillo de los acusados.

—¿Cuál fue su reacción ante esta noticia increíble?

—Al principio no le creí —dijo Hugo—, pero después me enseñó diversas fotografías de Cartwright y de Nick, y tuve que admitir que se parecían.

—Me cuesta creer, *sir* Hugo, que eso fuera prueba suficiente para que un hombre astuto como usted accediera a desprenderse del veinticinco por ciento de la fortuna familiar.

—No, no fue suficiente. También me proporcionó otras fotografías que apoyaban su afirmación.

—¿Otras fotografías? —preguntó Alex esperanzado.

—Sí. Una de ellas era de la pierna izquierda del acusado, en la que se veía una cicatriz por encima de su rodilla, lo cual demostraba que era Cartwright y no mi sobrino.

—Cambia de tema —susurró *sir* Matthew.

—Ha dicho al tribunal, *sir* Hugo, que la persona que, a cambio de esta información, le pidió el veinticinco por ciento de lo que le pertenecía a usted por derecho propio, era un caballero.

—Sí, desde luego —afirmó Hugo.

—Tal vez ha llegado el momento, *sir* Hugo, de que nos diga el nombre de ese caballero.

—No puedo hacerlo —dijo *sir* Hugo.

Una vez más, Alex tuvo que esperar a que el juez restableciera el orden en la sala para formular su siguiente pregunta.

—¿Por qué no? —preguntó el juez.

—Deja que Hackett continúe —susurró *sir* Matthew—, y reza para que no deduzca él mismo quién es el caballero.

—Porque una de las cláusulas del acuerdo era que, bajo ninguna circunstancia, debía revelar su nombre —dijo Hugo, mientras se secaba el sudor de la frente. El juez Hackett dejó la pluma sobre la mesa.

—Escúcheme bien, *sir* Hugo. Si no quiere que le acuse de desacato al tribunal, y que una noche en una celda le refresque la memoria, le aconsejo que conteste a la pregunta del señor Redmayne y diga al tribunal el nombre de ese caballero, que le pidió el veinticinco por ciento de sus bienes antes de revelar que el acusado era un estafador. ¿Me he expresado con claridad?

Hugo se puso a temblar de manera incontrolable. Miró hacia el público y vio que Margaret asentía. Se volvió hacia el juez.

—El señor Spencer Craig —dijo. Todo el mundo en la sala se puso a hablar a la vez.

—Ya puedes sentarte, hijo mío —dijo *sir* Matthew—, porque creo que eso es lo que en el círculo de Danny llaman estar entre la espada y la pared. Ahora, nuestro estimado juez no tiene otra alternativa que permitirte citar judicialmente a Spencer Craig, a menos que desee un nuevo juicio, por supuesto.

Sir Matthew vio que Arnold Pearson estaba mirando a su hijo. Inclínó un sombrero imaginario.

—*Chapeau*, Alex —dijo.

—¿Cómo crees que se comportará Munro cuando se enfrente a Pearson? — preguntó Alex.

—Un toro viejo contra un matador viejo —contestó *sir Matthew*—. La experiencia y la astucia demostrarán ser más importantes que el ataque, así que yo apuesto por Munro.

—¿Cuándo le enseño el trapo rojo a ese toro?

—No lo harás —dijo *sir Matthew*—. Deja ese placer al matador. Pearson será incapaz de resistirse al desafío, y el impacto será mucho mayor si procede de la acusación.

—Todos en pie —anunció el ujier.

En cuanto todo el mundo estuvo sentado, el juez se dirigió al jurado.

—Buenos días, miembros del jurado. Ayer oyeron a los testigos de la acusación, y ahora la defensa tendrá la oportunidad de exponer su visión del caso. Después de consultar con ambas partes, les invito a anular una de las acusaciones, la referente a que el acusado intentó robar la finca de Escocia de la familia Moncrieff. *Sir Hugo Moncrieff* confirmó que tal no era el caso, y que de acuerdo con los deseos de su padre, *sir Alexander*, la finca había sido donada al National Trust for Scodand. No obstante, el acusado todavía se enfrenta a cuatro acusaciones graves, sobre las cuales ustedes y solo ustedes tienen la responsabilidad de decidir.

Sonrió con benevolencia al jurado, antes de centrar su atención en Alex.

—Señor Redmayne, haga el favor de llamar a su primer testigo —dijo, en un tono mucho más respetuoso que el adoptado el día anterior.

—Gracias, señoría —respondió Alex, y se levantó de su asiento—. Llamo al señor Fraser Munro.

Lo primero que hizo Munro al entrar en la sala fue sonreír a Danny. Le había ido a ver a Belmarsh en cinco ocasiones durante los últimos seis meses, y Danny también sabía que había atendido varias veces algunas consultas de Alex y de *sir Matthew*.

Una vez más, no había presentado facturas por sus servicios. Todas las cuentas bancarias de Danny estaban congeladas, de modo que sus únicos ingresos eran las doce libras semanales que le pagaban por su trabajo de bibliotecario de la cárcel, suma que no habría cubierto la carrera del taxi de Munro desde el Caledonian Club hasta el Old Bailey.

Fraser Munro subió al estrado de los testigos. Iba vestido con un traje negro de raya diplomática, camisa blanca con cuello de puntas y corbata de seda negra. Parecía más un funcionario del tribunal que un testigo, lo cual le prestaba un aire de autoridad que había influido a muchos jurados escoceses. Hizo una breve reverencia antes de prestar juramento.

—Haga el favor de decir su nombre y domicilio para que conste en acta —dijo Alex.

—Me llamo Fraser Munro y vivo en Argyll Street, 49, Dunbroath, Escocia.

—¿Su profesión?

—Soy abogado del Tribunal Supremo de Escocia.

—¿Puede confirmar que fue presidente de la Sociedad Jurídica de Escocia?

—Sí, señor.

Esto era algo que Danny ignoraba.

—¿Y es hijo adoptivo de la ciudad de Edimburgo?

—Tengo ese honor, señor.

Otra cosa más que Danny no sabía.

—Señor Munro, ¿quiere hacer el favor de explicar al tribunal cuál es su relación con el acusado?

—Desde luego, señor Redmayne. Gocé del privilegio, como mi padre antes de mí, de representar a *sir* Alexander Moncrieff, el primer propietario del título de *baronet*.

—¿Representó también a *sir* Nicholas Moncrieff?

—Sí, señor.

—¿Se ocupó de sus asuntos legales mientras estuvo en el ejército y, más tarde, cuando fue encarcelado?

—Sí. Me telefoneaba de vez en cuando desde la cárcel, pero el grueso de nuestro trabajo se llevaba a cabo a distancia.

—¿Fue a ver a *sir* Nicholas mientras estuvo en la cárcel?

—No. *Sir* Nicholas me solicitó expresamente que no lo hiciera, y yo cumplí sus deseos.

—¿Cuándo le vio por primera vez? —preguntó Alex.

—Le conocí en Escocia cuando era niño, pero hacía doce años que no le veía, cuando regresó a Dunbroath para asistir al funeral de su padre.

—¿Pudo hablar con él en dicha ocasión?

—Desde luego. Los dos funcionarios de prisiones que le acompañaban fueron extremadamente considerados, y me permitieron pasar una hora a solas con *sir* Nicholas.

—Y la siguiente vez que se encontraron fue siete u ocho semanas más tarde, cuando fue a Escocia justo después de ser puesto en libertad.

—Exacto.

—¿Tuvo motivos para creer que la persona que fue a verle en esa ocasión no era *sir* Nicholas Moncrieff?

—No, señor. Únicamente le había visto una hora durante los últimos doce años, y el hombre que entró en mi despacho no solo se parecía a *sir* Nicholas, sino que llevaba la misma ropa que en la ocasión anterior en que nos habíamos reunido. También se hallaba en posesión de toda la correspondencia intercambiada entre ambos a lo largo de los años. Asimismo, llevaba un anillo de oro con el escudo de armas de la familia, así como la cadena de plata con la llave que su abuelo me había

enseñado años atrás.

—Por lo tanto, ¿era *sir* Nicholas Moncrieff, en todos los sentidos?

—A simple vista sí, señor.

En retrospectiva, ¿sospechó alguna vez que el hombre que usted creía que era *sir* Nicholas Moncrieff fuera un impostor?

—No. En todos los asuntos se comportaba con cortesía y encanto, virtudes poco usuales en un hombre joven. Lo cierto era que me recordaba más a su abuelo que a cualquier otro miembro de su familia.

—¿Cómo llegó a descubrir que su cliente no era *sir* Nicholas Moncrieff, sino Danny Cartwright?

—Después de que fuera detenido y acusado de los delitos que constituyen el objeto de este juicio.

—¿Puede confirmar para que conste en acta, señor Munro, que desde aquel día la responsabilidad del patrimonio de los Moncrieff ha vuelto a recaer sobre usted?

—Exacto, señor Redmayne. No obstante, debo confesar que no me he ocupado de los asuntos cotidianos con la desenvoltura de que hacía gala Danny Cartwright.

—¿Sería correcto decir que el patrimonio se encuentra en una situación económica más sólida que hace unos años?

—Sin la menor duda. Sin embargo, el patrimonio no ha mantenido el mismo crecimiento desde que el señor Cartwright fue enviado a la cárcel.

—Espero que no esté insinuando, señor Munro —interrumpió el juez—, que eso disminuye la gravedad de las acusaciones.

—No, señoría —dijo Munro—, pero con el transcurso de los años he descubierto que pocas cosas son blanco o negro; por el contrario, existen diferentes matices del gris. La mejor forma de resumirlo, señoría, es decir que tuve el honor de servir a *sir* Nicholas Moncrieff, y ha sido un privilegio trabajar con el señor Cartwright. Ambos son robles, aunque plantados en bosques diferentes. Claro que, señoría, todos padecemos de manera distinta ser prisioneros de nuestra cuna.

Sir Matthew abrió los ojos y miró al hombre que había deseado conocer desde hacía tantos años.

—El jurado no dejará de observar, señor Munro —continuó Alex—, el respeto y admiración que siente usted por el señor Cartwright. Pero sin olvidar eso, tal vez les cueste comprender cómo es posible que el mismo hombre se implicara en un engaño tan inicuo.

—He reflexionado sobre la cuestión día y noche durante los últimos seis meses, y he llegado a la conclusión de que su único propósito debía de ser luchar contra una injusticia mucho mayor, que le había...

—Señor Munro —interrumpió con severidad el juez—, como bien sabe, este no es el momento ni el lugar de expresar opiniones personales.

—Le agradezco su consejo, señoría —dijo Munro, mientras se volvía hacia el juez—, pero he jurado decir toda la verdad, y supongo que usted no desea que haga lo

contrario.

—No, señor —replicó el juez—, pero repito, este no es el lugar apropiado para expresar sus opiniones.

—Señoría, si un hombre no puede expresar con sinceridad sus opiniones ante el Tribunal Penal Central, tal vez pueda usted decirme en qué otro lugar gozará de libertad para afirmar lo que él considera la verdad.

Una salva de aplausos estalló entre el público.

—Creo que ha llegado el momento de continuar, señor Redmayne —dijo el juez Hackett.

—No tengo más preguntas para este testigo, señoría —dijo Alex. El juez pareció aliviado. Cuando Alex volvió a sentarse, *sir* Matthew se inclinó hacia delante y susurró:

—La verdad es que siento un poco de lástima por el pobre Arnold. Debe de estar dividido entre atacar a este gigante, con el peligro de acabar humillado, o evitarle por completo y dar al jurado una impresión con la que divertirán a sus nietos.

El señor Munro ni se inmutó cuando miró con determinación a Pearson, que estaba conversando con su ayudante. Los dos parecían igualmente perplejos.

—No deseo meterle prisa, señor Pearson —dijo el juez—, pero ¿tiene la intención de interrogar al testigo?

Pearson se levantó de su asiento con más parsimonia de la habitual, y no se tiró de la toga ni se tocó la peluca. Miró la lista de preguntas que había preparado durante el fin de semana y cambió de opinión.

—Sí, señoría, pero no retendré mucho tiempo al testigo.

—Lo suficiente, espero —murmuró *sir* Matthew.

Pearson hizo caso omiso del comentario.

—Me cuesta comprender, señor Munro, que un hombre tan astuto y avezado en asuntos jurídicos no sospechara ni por un momento que su cliente era un impostor.

Munro tamborileó con los dedos sobre el lado del estrado de los testigos y dilató la espera lo máximo posible.

—Es fácil de explicar, señor Pearson —dijo por fin—. Danny Cartwright fue en todo momento convincente, si bien debo confesar que solo bajó la guardia un momento durante nuestra relación de dos años.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó Pearson.

—Cuando estábamos hablando de la colección de sellos de su abuelo y tuve que recordarle que había asistido a la inauguración de la exposición de la colección en el Smithsonian. Me quedé sorprendido cuando no pareció recordar la ocasión; lo consideré intrigante, pues fue el único miembro de la familia Moncrieff que recibió una invitación.

—¿Le interrogó acerca de ello? —preguntó Pearson.

—No —dijo Munro—. No lo consideré pertinente en aquel momento.

—Pero si sospechó, siquiera un momento, que este hombre no era *sir* Nicholas —

dijo Pearson, señalando con el dedo a Danny, pero sin mirar en su dirección—, ¿no era su responsabilidad investigar?

—En aquel momento no lo creí así.

—Pero este hombre estaba perpetrando una gigantesca estafa contra la familia Moncrieff, de la que usted era cómplice.

—Yo no lo veía así —replicó Munro.

—Pero como custodio del patrimonio Moncrieff, su deber era desenmascarar a Cartwright.

—No, no consideraba que ese fuera mi deber —dijo Munro con calma.

—¿No le alarmó, señor Munro, que este hombre estableciera su residencia en la casa de Londres de los Moncrieff, cuando no tenía derecho a hacerlo?

—No, no me alarmó —contestó Munro.

—¿No le horrorizó el hecho de que un extraño se hiciera con el control de la fortuna de los Moncrieff, que usted había custodiado con tanto celo en nombre de la familia durante tantos años?

—No, señor, no me horrorizó.

—Pero más tarde, cuando su cliente fue detenido acusado de robo y estafa, ¿no pensó que usted había sido negligente en el cumplimiento de su deber? —insistió Pearson.

—No le he pedido su opinión sobre si he sido o no negligente en el cumplimiento de mi deber, señor Pearson.

Sir Matthew abrió un ojo. El juez siguió con la cabeza gacha.

—Pero este hombre había robado la vajilla de plata de la familia, por citar a otro escocés, y usted no hizo nada por impedirlo —dijo Pearson, y su voz se fue alzando a cada palabra que pronunciaba.

—No, señor, no había robado la vajilla de plata de la familia, y estoy seguro de que Harold Macmillan habría estado de acuerdo conmigo en esta ocasión. Lo único que había robado Danny Cartwright, señor Pearson, era el apellido familiar.

—Sin duda podrá explicar al tribunal el dilema moral en el que me encuentro con su hipótesis —dijo el juez, que ya se había recuperado de la anterior andanada del señor Munro. El señor Munro se volvió hacia el juez, consciente de que tenía toda la atención de la sala, incluida la del policía de la puerta.

—Su señoría no debe preocuparse por cuestiones morales, porque a mí solo me interesaban los pormenores legales del caso.

—¿Los pormenores legales? —preguntó el juez Hackett con cautela.

—Sí, señoría. El señor Danny Cartwright era el único heredero de la fortuna Moncrieff, de modo que yo era incapaz de descifrar qué ley, si la había, estaba quebrantando.

El juez se reclinó en su silla, satisfecho de que Pearson fuera el único que se hundía cada vez más en la ciénaga de Munro.

—¿Puede explicar al tribunal, señor Munro, qué quiere decir con eso? —preguntó

Pearson en un susurro.

—En realidad es muy sencillo, señor Pearson. El finado *sir* Nicholas Moncrieff otorgó testamento en el que lo legaba todo a Daniel Cartwright, de Bacon Road, 26, Londres E3, con la única excepción de una pensión anual de diez mil libras, que legaba a su antiguo chófer, Albert Crann.

Sir Matthew abrió el otro ojo, sin saber si debía enfocarlo en Munro o en Pearson.

—¿Y dicho documento fue debidamente formalizado, con testigos presenciales? —preguntó Pearson, que buscaba con desesperación una vía de escape.

—Fue firmado por *sir* Nicholas en mi despacho la tarde del funeral de su padre. Consciente de la gravedad de la situación y de mi responsabilidad como albacea del patrimonio familiar, como usted ha insistido tanto en señalar, señor Pearson, pedí a los funcionarios de prisiones Ray Pascoe y Alan Jenkins que fueran testigos de la firma de *sir* Nicholas en presencia de otro socio de la firma. —Munro se volvió hacia el juez—. Me hallo en posesión del documento original, señoría, si desea usted examinarlo.

—No, gracias, señor Munro. Acepto su palabra sin ambages —contestó el juez. Pearson se derrumbó en el banco, olvidando decir «No hay más preguntas, señoría».

—¿Desea volver a interrogar a este testigo, señor Redmayne? —preguntó el juez.

—Solo una pregunta, señoría —respondió Alex—. Señor Munro, ¿*sir* Nicholas Moncrieff dejó algo a su tío, Hugo Moncrieff?

—No —dijo Munro—. Ni un penique.

—No tengo más preguntas, señoría.

Una oleada de susurros recorrió la sala cuando Munro salió del estrado de los testigos, se acercó al banquillo de los acusados y estrechó la mano del acusado.

—Señoría, me pregunto si podría consultarle una cuestión de derecho —dijo Alex, después de que Munro abandonara la sala.

—Por supuesto, señor Redmayne, pero antes tendré que hacer salir al jurado. Miembros del jurado, tal como acaban de escuchar, el abogado defensor ha solicitado comentar una cuestión de derecho conmigo. Puede que carezca de importancia para el caso, pero si la tiene les informaré cuando vuelvan.

Alex alzó la vista hacia la atestada zona del público cuando el jurado salió. Su mirada se posó en una atractiva mujer a la que había visto sentada en primera fila cada día desde que el juicio había empezado. Había querido preguntarle a Danny quién era.

Pocos momentos después, el ujier se acercó al juez.

—La sala ha sido despejada, señoría.

—Gracias, señor Hepple —dijo el juez—. ¿En qué puedo ayudarle, señor Redmayne?

—Señoría, teniendo en cuenta las pruebas aportadas por el admirable señor Munro, la defensa propone que habría que descartar los cargos tres, cuatro y cinco, es decir, la ocupación de la casa de The Boltons, beneficiarse de la venta de una

colección de sellos y extender cheques de la cuenta de Coutts. Solicitamos que dichos cargos sean anulados, pues resulta difícil robar lo que ya se posee.

El juez tardó unos minutos en reflexionar.

—Muy razonable, señor Redmayne. ¿Qué opina usted, señor Pearson?

—Creo que debería señalar, señoría —dijo Pearson—, que si bien es posible que el acusado sea el beneficiario del testamento de *sir* Nicholas Moncrieff, nada indica que lo supiera en su momento.

—Señoría —replicó Alex de inmediato—, mi cliente conocía muy bien la existencia del testamento de *sir* Nicholas, y quiénes eran los beneficiarios.

—¿Cómo es eso posible, señor Redmayne? —preguntó el juez.

—Mientras estaba en la cárcel, señoría, como ya he indicado anteriormente, *sir* Nicholas llevaba un diario. Consignó los detalles de su testamento el día después de regresar a Belmarsh tras el funeral de su padre.

—Pero eso no demuestra que Cartwright conociera sus intenciones —señaló el juez.

—Estaría de acuerdo con usted, señoría, de no ser porque fue el propio acusado quien indicó el párrafo pertinente a mi ayudante.

Sir Matthew asintió.

—Si tal es el caso —argumentó Pearson, acudiendo al rescate del juez—, la Corona no se opone a que estos cargos sean retirados de la lista.

—Agradezco su intervención, señor Pearson —dijo el juez— y estoy de acuerdo en que parece la solución más apropiada. Informaré al jurado cuando regrese.

—Gracias, señoría —dijo Alex—. Agradezco al señor Pearson su colaboración.

—No obstante —continuó el juez—, estoy seguro de que no necesito recordarle, señor Redmayne, que el delito más grave, escapar de la cárcel mientras aún estaba condenado, continúa en la lista de cargos.

—Soy muy consciente de ello, señoría —dijo Alex. El juez asintió.

—En ese caso, pediré al ujier que traiga de vuelta al jurado, para poder informarle de esta novedad.

—Hay otra cuestión, señoría.

—¿Sí, señor Redmayne? —dijo el juez, y dejó la pluma sobre la mesa.

—Señoría, a tenor de la declaración de *sir* Hugo Moncrieff, hemos citado judicialmente al señor Spencer Craig para que comparezca ante usted como testigo. Ha solicitado la indulgencia de su señoría, puesto que en este momento está ocupado en un caso que se está juzgando en otra parte de este edificio, y no estará libre para comparecer ante su señoría hasta mañana por la mañana.

Varios miembros de la prensa salieron corriendo de la sala para telefonar a sus redacciones.

—¿Señor Pearson? —dijo el juez.

—No tenemos objeción, señoría.

—Gracias. Cuando regrese el jurado, después de haberles informado acerca de

estos dos asuntos, les daré descanso hasta mañana.

—Como desee, señoría —dijo Alex—, pero antes de que lo haga, ¿puedo prevenirle acerca de una leve alteración en la sesión de mañana? El juez Hackett dejó su pluma por segunda vez y asintió.

—Señoría, sabrá que es tradición reconocida por el Colegio de Abogados inglés permitir que un ayudante interrogue a uno de los testigos de un caso, con el fin de ganar cierta experiencia y tener la oportunidad de progresar en su carrera.

—Creo que ya sé adónde quiere ir a parar, señor Redmayne.

—En ese caso, y con su permiso, señoría, *sir* Matthew Redmayne se encargará de la defensa cuando interroguemos al siguiente testigo, el señor Spencer Craig.

Los demás reporteros salieron en tromba hacia la puerta.

Danny pasó otra noche de insomnio en su celda de Belmarsh, y no solo eran los ronquidos de Big Al lo que le mantenían despierto.

Beth estaba sentada en la cama intentando leer un libro, pero no conseguía pasar la página, porque su mente estaba concentrada en el final de otra historia. Alex Redmayne no dormía, porque sabía que si al día siguiente fracasaba no habría una tercera oportunidad.

Sir Matthew Redmayne no se molestó en acostarse, sino que repasó el orden de sus preguntas una y otra vez.

Spencer Craig dio vueltas y más vueltas, mientras intentaba adivinar qué preguntas le haría sir Matthew, y cómo podría evitar contestarlas.

Arnold Pearson nunca dormía.

El juez Hackett durmió como un tronco.

La sala número cuatro ya estaba atestada cuando Danny ocupó su lugar en el banquillo de los acusados. Paseó la vista alrededor de la sala, y se quedó sorprendido al ver la mezcla de abogados veteranos y bisoños que intentaban encontrar buenos asientos desde los que seguir el proceso.

Los bancos de la prensa estaban abarrotados de periodistas judiciales que, durante la semana anterior, habían escrito cientos de columnas, y habían avisado a sus directores de que para la primera edición del día siguiente tendrían un reportaje importante. Estaban ansiosos por presenciar el enfrentamiento entre el mejor abogado desde F. E. Smith^[19] y el QC más joven y brillante de su generación (*The Times*), o entre la Mangosta y la Serpiente (*The Sun*).

Danny alzó la vista hacia la zona del público y sonrió a Beth, que estaba sentada en su lugar habitual al lado de su madre. Sarah Davenport había encontrado un sitio al final de la primera fila; estaba con la cabeza gacha. En el banco de los letrados, el señor Pearson charlaba con su ayudante. Parecía más relajado que nunca, porque ese día solo sería un espectador, no el protagonista.

Los únicos asientos vacíos de la sala estaban al otro lado del banco de los letrados, donde se esperaba la aparición de Alex Redmayne y su ayudante. Habían apostado a dos policías más en la puerta para explicar a los rezagados que solo podían entrar personas relacionadas con el juicio.

Danny estaba sentado en el centro del banquillo de los acusados, el mejor asiento de la sala. Era la única obra de la que habría preferido leer el texto antes de que subiera el telón.

La gente parloteaba impaciente, esperando a los cuatro protagonistas que aún no habían entrado. A las diez menos cinco, un policía abrió la puerta de la sala y se hizo

el silencio; los que no habían podido encontrar asiento se apartaron para dejar paso a Alex Redmayne y a su ayudante.

Esa mañana, *sir* Matthew no se dejó caer en una esquina ni cerró los ojos. Ni siquiera se sentó. Se mantuvo muy tieso y paseó la vista a su alrededor. Habían transcurrido muchos años desde la última vez que había ejercido de abogado en una sala de justicia. En cuanto se orientó, desplegó un pequeño atril de madera que su esposa había recuperado del desván la noche anterior, y que no había prestado sus servicios desde hacía una década. Lo depositó sobre el escritorio delante de él, y extrajo de su maletín un fajo de papeles en los que había escrito con su pulcra letra las preguntas que Spencer Craig había intentado adivinar durante toda la noche. Por fin, entregó a Alex las dos fotografías que decidirían el destino de Danny Cartwright.

Solo después de tenerlo todo ordenado *sir* Matthew se volvió y sonrió a su viejo adversario.

—Buenos días, Arnold —saludó—. Espero que hoy no te ocasionemos muchos problemas. Pearson le devolvió la sonrisa.

—Un sentimiento que también comparto —dijo—. De hecho, voy a romper una costumbre de toda la vida, Matthew, y te desearé suerte, pese a que, durante todos estos años, jamás he deseado que mi contrincante ganara. Sin embargo, hoy es una excepción.

Sir Matthew hizo una leve reverencia.

—Haré lo posible por cumplir tus deseos.

Se sentó, cerró los ojos y empezó a serenarse. Alex se dedicó a preparar documentos, transcripciones, fotografías y demás material en pulcras pilas, para que cuando su padre extendiera la mano derecha, como un corredor de relevos olímpico, se le entregara el testigo de inmediato.

El ruido de las conversaciones cesó cuando el juez Hackett hizo su entrada. Caminó despacio hasta las tres sillas situadas en el centro del estrado; parecía querer transmitir la impresión de que aquella mañana no iba a pasar nada adverso.

Tras haber ocupado con holgura la silla central, dedicó más tiempo del habitual a ordenar las plumas y consultar su libreta, mientras esperaba a que el jurado ocupara su asiento.

—Buenos días —dijo, una vez estuvieron sentados, en un tono de voz bastante paternalista—. Miembros del jurado, el primer testigo de hoy será el señor Spencer Craig. Recordarán que su nombre salió a colación durante el interrogatorio de *sir* Hugo Moncrieff. El señor Craig no aparece como testigo ni de la acusación ni de la defensa, sino que se le ha enviado una orden judicial para presentarse ante este tribunal, es decir, no lo ha hecho por voluntad propia. Les recuerdo que su único deber es decidir si las pruebas que el señor Craig presenta están relacionadas con el caso que se está juzgando en este tribunal, es decir: ¿el condenado escapó de la cárcel? Sobre esa cuestión, y solo sobre esa cuestión, se les pedirá que emitan un veredicto.

El juez Hackett sonrió al jurado antes de desviar su atención hacia el ayudante del abogado defensor.

—*Sir Matthew* —dijo—, ¿está usted preparado para llamar al testigo?

Matthew Redmayne se levantó con parsimonia de su asiento.

—Sí, señoría —contestó, pero no lo hizo.

Se sirvió un vaso de agua, después se caló las gafas en el extremo de la nariz y por fin abrió su carpeta de piel roja.

—Llamo al señor *Spencer Craig* —dijo, una vez terminados los preparativos. Su voz resonó como un toque de difuntos. Un ujier salió al pasillo.

—¡El señor *Spencer Craig*! —gritó.

La atención de todo el mundo se concentró en la puerta de la sala, a la espera de que entrara el testigo final. Un momento después, *Spencer Craig*, vestido con toga, entró en la sala como si fuera un día más en la vida de un abogado atareado.

Craig subió al estrado, levantó la Biblia y, de cara al jurado, prestó juramento con ademán firme y confiado. Sabía que serían ellos, y solo ellos, quienes decidirían su suerte. Devolvió la Biblia al ujier y se volvió hacia *sir Matthew*.

—Señor *Craig* —empezó *sir Matthew* en tono sosegado y calmo, como si su intención fuera ayudar al testigo en todo lo posible—, ¿sería tan amable de decir su nombre y domicilio para que conste en acta?

—*Spencer Craig*, *Hambledon Terrace*, 43, *Londres SW3*.

—¿Su profesión?

—Abogado y QC.

—Por tanto, no es necesario que recuerde a un miembro tan eminente de la abogacía el significado del juramento, ni la autoridad de este tribunal.

—No es necesario en absoluto, *sir Matthew* —replicó *Craig*—, aunque da la impresión de que usted sí lo ha considerado pertinente.

—Señor *Craig*, ¿cuándo descubrió que *sir Nicholas Moncrieff* era, en realidad, el señor *Daniel Cartwright*?

—Un amigo mío que había ido al colegio con *sir Nicholas* se tropezó con él en el hotel *Dorchester*. Enseguida se dio cuenta de que aquel hombre era un impostor.

Alex marcó la primera casilla. *Craig* había previsto la primera pregunta de su padre, y había contestado una respuesta ensayada.

—¿Y por qué su amigo decidió informarle a usted en concreto de este notable descubrimiento?

—No lo hizo, *sir Matthew*. Surgió en la conversación mientras cenábamos una noche. Otra marca.

—En ese caso, ¿qué le impulsó a dar ese salto al vacío y llegar a la conclusión de que el hombre que se hacía pasar por *sir Nicholas Moncrieff* era en realidad *Daniel Cartwright*?

—Lo olvidé durante un tiempo —dijo *Craig*—, hasta que me presentaron al supuesto *sir Nicholas* en el teatro una noche y me sorprendió el parecido físico, ya

que no los modales, entre él y Cartwright.

—¿Fue en aquel momento cuando decidió ponerse en contacto con el inspector jefe Fuller e informarle de sus recelos?

—No. Pensé que sería irresponsable por mi parte, de modo que antes me puse en contacto con un miembro de la familia Moncrieff, en el caso, como usted ha mencionado, de que estuviera dando un salto al vacío.

Alex puso una nueva marca en la lista de preguntas. Hasta el momento, su padre no le había echado el guante a Craig.

—¿Con qué miembro de la familia se puso en contacto? —preguntó *sir* Matthew, aunque lo sabía perfectamente.

—Con el señor Hugo Moncrieff, el tío de *sir* Nicholas, quien me informó de que su sobrino no se había puesto en contacto con él desde el día en que salió de la cárcel, unos dos años atrás, lo cual no hizo más que aumentar mis sospechas.

—¿Fue entonces cuando informó de dichas sospechas al inspector jefe Fuller?

—No, aún creía que necesitaba pruebas más sólidas.

—Pero el inspector jefe habría podido aliviarle de esa carga, señor Craig. No entiendo por qué un caballero tan ocupado como usted siguió investigando.

—Como ya he explicado, *sir* Matthew, pensé que era mi responsabilidad asegurarme de que no hacia perder el tiempo a la policía.

—Qué encomiable entrega al bienestar público. —Craig hizo caso omiso del ácido comentario y sonrió al jurado—. Pero debo preguntarle —añadió *sir* Matthew — quién le alertó de las posibles ventajas de ser capaz de demostrar que el supuesto *sir* Nicholas Moncrieff era un impostor.

—¿Las ventajas?

—Sí, las ventajas, señor Craig.

—No sé si le he entendido bien —dijo Craig.

Alex puso la primera cruz en su lista. No cabía duda de que el testigo estaba intentando ganar tiempo.

—En tal caso, permítame que le ayude —pidió *sir* Matthew.

Extendió la mano derecha y Alex le entregó una sola hoja de papel. *Sir* Matthew revisó lentamente la página, con la intención de conceder tiempo a Craig para preguntarse qué bomba podía contener.

—¿Estaría en lo cierto al suponer, señor Craig —dijo *sir* Matthew—, que si usted era capaz de demostrar que fue Nicholas Moncrieff y no Danny Cartwright quien se había suicidado en la cárcel de Belmarsh, el señor Hugo Moncrieff no solo heredaría el título familiar, sino también una inmensa fortuna?

—No lo sabía en aquel momento —contestó Craig sin pestañear.

—¿Actuaba tan solo por motivos altruistas?

—Sí, señor, y también por el deseo de ver encerrado a un criminal peligroso y violento.

—Dentro de un momento llegaré al criminal peligroso y violento que debería

estar encerrado, señor Craig, pero antes, permítame preguntarle cuándo su acendrado sentido del servicio público inclinó la testuz ante la posibilidad de embolsarse una pasta gansa.

—*Sir Matthew* —interrumpió el juez—, ese no es el tipo de lenguaje que espero de un ayudante de abogado cuando se dirige a un QC.

—Pido disculpas, señoría. Me expresaré de otro modo. Señor Craig, ¿cuándo tomó conciencia de la posibilidad de ganar varios millones de libras a cambio de una información que le había proporcionado un amigo mientras cenaban?

—Cuando *sir Hugo* me invitó a actuar en su nombre a título privado.

Alex puso otra marca en otra pregunta prevista, aunque sabía que Craig estaba mintiendo.

—Señor Craig, ¿considera ético que un QC cobre el veinticinco por ciento de la herencia de un hombre a cambio de una información de segunda mano?

—*Sir Matthew*, ahora es muy habitual que los abogados cobren en función de los resultados —dijo Craig con calma—. Me doy cuenta de que esta práctica se introdujo después de que usted se jubilara, de modo que tal vez debería señalar que no cobré minuta ni gastos, y que si mis sospechas no hubieran sido ciertas, habría desperdiciado una cantidad considerable de tiempo y dinero.

Sir Matthew sonrió.

—En ese caso, supongo que se sentirá satisfecho al saber que la faceta altruista de su naturaleza ha ganado con creces. —Craig no replicó al sarcasmo de *sir Matthew*, aunque se moría de ganas de saber qué había querido decir. *Sir Matthew* no se apresuró en continuar—. Como tal vez sepa, el tribunal fue informado hace poco por el señor Fraser Munro, abogado del fallecido *sir Nicholas Moncrieff*, de que su cliente legó todo su patrimonio a su amigo íntimo, el señor Daniel Cartwright. En consecuencia, como usted temía, ha desperdiciado una considerable cantidad de tiempo y dinero. Pero pese a la buena suerte de mi cliente, le aseguro, señor Craig, que yo no le voy a cobrar el veinticinco por ciento de su herencia por mis servicios.

—Por supuesto que no —replicó Craig encolerizado—, porque, como mínimo, pasará los siguientes veinticinco años en la cárcel, y por tanto tendrá que esperar muchísimo tiempo para poder disfrutar de su inesperada suerte.

—Puede que me equivoque, señor Craig —dijo *sir Matthew* sin alzar la voz—, pero tengo la sensación de que será el jurado, y no usted, quien tome esa decisión. Lo cual me lleva de nuevo a su entrevista con el inspector jefe Fuller, que con tanto ahínco intentó ocultar. —Pareció que Craig iba a replicar, pero se lo pensó mejor y dejó que *sir Matthew* continuara—. El inspector jefe, que es un funcionario extremadamente concienzudo, informó al tribunal de que exigió pruebas algo más sólidas que unas fotografías que revelaran un gran parecido físico entre los dos hombres, antes de pensar en efectuar una detención. En respuesta a una pregunta realizada por mi superior, confirmó que usted le proporcionó la prueba.

Sir Matthew sabía que estaba corriendo un riesgo. Si Craig contestaba diciendo

que no tenía ni idea de qué estaba hablando, y que se había limitado a transmitir sus sospechas al inspector jefe, para que decidiera si debía tomarse alguna iniciativa, *sir Matthew* se quedaría sin poder hacer preguntas sobre esa cuestión. Entonces, tendría que atacar por otro flanco, y Craig se daría cuenta de que había sido un tiro al azar... que no había dado en el blanco. Pero Craig no contestó enseguida, lo cual concedió a *sir Matthew* la confianza para correr un riesgo mayor. Se volvió hacia Alex y dijo, en voz lo bastante alta para que Craig lo oyera:

—Deme esas fotografías de Cartwright corriendo junto al Embankment en las que se ve la cicatriz. Alex entregó a su padre dos fotografías grandes.

—Tal vez le dijera al inspector jefe —prosiguió Craig, tras una larga pausa— que si el hombre que vivía en The Boltons tenía una cicatriz en el muslo izquierdo, justo encima de la rodilla, eso demostraría que era en realidad Danny Cartwright.

El rostro de Alex no expresaba nada, aunque oía los latidos de su corazón.

—¿Entregó unas fotografías al inspector jefe para demostrar sus aseveraciones?

—Puede que lo hiciera —admitió Craig.

—¿Ver las copias de las fotografías le refrescaría la memoria? —preguntó *sir Matthew*, al tiempo que las extendía hacia él. El mayor riesgo de todos.

—No será necesario —dijo Craig.

—Me gustaría ver las fotografías —dijo el juez—, y sospecho que el jurado también, *sir Matthew*. Alex se volvió y vio que varios miembros del jurado asentían.

—Desde luego, señoría —convino *sir Matthew*.

Alex dio una pila de fotografías al ujier, que entregó dos al juez y distribuyó las restantes entre el jurado, Pearson y, por fin, el testigo.

Craig miró las fotografías con incredulidad. No eran las que Gerald Payne había tomado cuando Cartwright salía a correr por las noches. Si no hubiera admitido saber lo de la cicatriz, la defensa se habría venido abajo, y el jurado no se habría enterado de qué hablaban. Comprendió que *sir Matthew* le había asestado un directo, pero aún seguía en pie y no le engañarían por segunda vez.

—Señoría —dijo *sir Matthew*—, comprobará que la cicatriz a la que se refería el testigo está en el muslo izquierdo del señor Cartwright, justo encima de la rodilla. Se ha ido borrando con el paso del tiempo, pero aún se aprecia a simple vista. —Volvió a dirigirse al testigo—: Recordará, señor Craig, que el inspector jefe Fuller declaró bajo juramento que esta era la prueba por la que decidió detener a mi cliente.

Craig no intentó contradecirle. *Sir Matthew* no insistió, pues creía que la cuestión había quedado bien establecida. Hizo una pausa, con el fin de permitir que el jurado tuviera más tiempo para examinar las fotografías, pues necesitaba que la cicatriz se grabara en sus mentes antes de formular una pregunta que Craig jamás habría podido prever.

—¿Cuándo telefoneó por primera vez al inspector jefe Fuller?

Una vez más se hizo el silencio, mientras Craig, y todos los presentes en la sala, excepto Alex, intentaban dilucidar el significado de la pregunta.

—Creo que no le entiendo —dijo Craig por fin.

—Permítame que le refresque la memoria, señor Craig. Usted telefoneó al inspector jefe Fuller el 23 de octubre del año pasado, el día antes de reunirse con él en un lugar no revelado para entregarle las fotografías que mostraban la cicatriz de Danny Cartwright. Pero ¿cuándo fue la primera vez que se puso en contacto con él?

Craig intentó pensar en alguna forma de no contestar a la pregunta de *sir* Matthew. Miró al juez, con la esperanza de recibir alguna ayuda. No recibió ninguna.

—Era el policía que acudió al Dunlop Arms cuando llamé al 999, después de ver cómo Danny Cartwright apuñalaba a su amigo hasta matarlo —logró articular por fin.

—Su amigo —dijo enseguida *sir* Matthew, de forma que constó en acta antes de que el juez pudiera intervenir. Alex sonrió ante el ingenio de su padre.

El juez Hackett frunció el ceño. Sabía que ya no podía impedir que *sir* Matthew ahondara en el asunto del primer juicio, ahora que el propio Craig lo había sacado a colación sin querer. Esperaba que Arnold Pearson se levantara y le interrumpiera, pero no se produjo ningún movimiento en el otro extremo del banco de los letrados.

—Es así como se citaba a Bernard Wilson en la transcripción del juicio —afirmó Craig con determinación.

—En efecto —dijo *sir* Matthew—, y más tarde me referiré a esa transcripción. Pero de momento, me gustaría volver al inspector jefe Fuller. La primera vez que se encontraron, después de la muerte de Bernard Wilson, usted hizo una declaración.

—Sí.

—De hecho, señor Craig, terminó haciendo tres declaraciones: la primera, treinta minutos después del apuñalamiento; la segunda, que escribió más avanzada la noche, porque no podía dormir; y la tercera, siete meses después, cuando compareció en el estrado durante el juicio de Danny Cartwright. Estoy en posesión de las tres declaraciones, y debo admitir, señor Craig, que son de una coherencia admirable. —Craig no hizo comentarios, mientras esperaba el aguijonazo—. No obstante, lo que me tiene perplejo es la cicatriz de la pierna izquierda de Danny Cartwright, porque usted dijo en su primera declaración... —Alex entregó a su padre una sola hoja de papel, que el abogado leyó—: «Vi que Cartwright cogía el cuchillo de la barra y seguía a la mujer y al otro hombre al callejón. Pocos momentos después, oí un grito. Fue entonces cuando salí corriendo al callejón y vi cómo Cartwright apuñalaba a Wilson en el pecho una y otra vez. Entonces, volví al bar y llamé de inmediato a la policía». —*Sir* Matthew levantó la vista—. ¿Desea hacer alguna rectificación en esta declaración?

—No —dijo Craig con firmeza—, eso es exactamente lo que sucedió.

—Bien, no exactamente —dijo el señor Redmayne—, porque los registros de la policía demuestran que usted efectuó una llamada a las once y veintitrés minutos, de modo que cabe preguntarse qué estaba haciendo usted entre...

—*Sir* Matthew —interrumpió el juez, sorprendido de que Pearson aún no se hubiera levantado para intervenir, y siguiera sentado con los brazos cruzados—,

¿puede demostrar que esta línea de interrogatorio es relevante, teniendo en cuenta que el único delito pendiente en la hoja de cargos se refiere a la fuga de su cliente?

Sir Matthew esperó lo suficiente para que el jurado sintiera curiosidad por saber por qué no le habían permitido terminar su anterior pregunta.

—No, señoría. Sin embargo, deseo proseguir una línea de interrogatorio que sí es relevante para este caso, es decir, la cicatriz de la pierna izquierda del acusado. — Volvió a fijar la vista en Craig—. ¿Puedo suponer, señor Craig, que usted no vio cómo apuñalaban en la pierna a Danny Cartwright, lo cual le dejó la cicatriz que se ve con tanta claridad en las fotografías que usted entregó al inspector jefe, y que fue la prueba que desencadenó la detención de mi cliente?

Alex contuvo el aliento.

—Sí —dijo Craig al cabo de un largo momento.

—Le ruego, pues, que siga el hilo de mis pensamientos un momento, señor Craig, y me permita presentar a su consideración tres posibilidades. Podrá decir al jurado, teniendo en cuenta su extensa experiencia de la mente criminal, cuál de las tres considera más probable.

—Si usted cree que un juego de salón puede ser de utilidad al jurado, *sir Matthew* —suspiró Craig—, adelante.

—Creo que descubrirá que este juego de salón es de gran utilidad al jurado —dijo *sir Matthew*. Los dos hombres se sostuvieron la mirada un momento—. Permítame exponer la primera posibilidad. Danny Cartwright agarra el cuchillo de la barra tal como usted declaró, sigue a su prometida al callejón, se apuñala en la pierna, desclava el cuchillo y apuñala a su mejor amigo hasta matarlo.

Estallaron carcajadas en la sala. Craig esperó a que enmudecieran para responder.

—Es una suposición absurda, *sir Matthew*, y usted lo sabe.

—Me alegro de que hayamos descubierto por fin algo en lo que ambos estamos de acuerdo, señor Craig. Pasemos a la segunda posibilidad. En realidad, fue Bernie Wilson quien cogió el cuchillo de la barra, Cartwright y él salen al callejón, apuñala a Cartwright en la pierna, saca el cuchillo y se apuñala a sí mismo hasta morir.

Esta vez, incluso los miembros del jurado se sumaron a las carcajadas.

—Eso es todavía más absurdo —dijo Craig—. No sé exactamente qué cree que va a demostrar con esta payasada.

—Esta payasada demostrará que el hombre que apuñaló a Danny Cartwright en la pierna fue el mismo hombre que apuñaló a Bernie Wilson en el pecho, porque solo había un cuchillo: el que cogieron en la barra del *pub*. Así que estoy de acuerdo con usted, señor Craig, las dos primeras posibilidades son absurdas, pero antes de que le exponga la tercera, permítame hacerle una última pregunta. —Todos los ojos de la sala se clavaron en *sir Matthew*—. Si usted no vio cómo apuñalaban a Cartwright en la pierna, ¿cómo es posible que conociera la existencia de la cicatriz?

Todos los ojos se desviaron hacia Craig. Ya no estaba tan sereno. Sintió las manos pegajosas cuando agarró el lado del estrado de los testigos.

—Debí de leerlo en la transcripción del juicio —declaró Craig, aparentando seguridad en sí mismo.

—Verá, uno de los problemas con los que se enfrenta un viejo veterano como yo cuando se jubila —dijo *sir* Matthew— es que no tiene nada que hacer con su tiempo libre. Así que, durante los últimos seis meses, mi lectura de cabecera ha sido esta transcripción. —Alzó un documento de quince centímetros de grosor—. De cabo a rabo. No una vez, sino dos. Una de las cosas que descubrí durante mis años de abogacía es que, con frecuencia, no son las pruebas las que delatan a un criminal, sino lo que se ha pasado por alto. Permítame asegurarle, señor Craig, que no existe la menor mención, desde la primera a la última página, de una herida en la pierna izquierda de Danny Cartwright —añadió *sir* Matthew, casi en un susurro—, y es así como llegamos a la última posibilidad, señor Craig. Fue usted quien se apoderó del cuchillo en el bar antes de salir corriendo al callejón. Fue usted quien hundió el cuchillo en la pierna izquierda de Danny Cartwright. Fue usted quien apuñaló a Bernie Wilson en el pecho y le dejó morir en brazos de su amigo. Y será usted quien pasará el resto de su vida en la cárcel.

Un clamor se alzó en la sala.

Sir Matthew se volvió hacia Arnold Pearson, que aún no había levantado ni un dedo para ayudar a su joven colega; por el contrario, seguía encorvado en la esquina del banco de los letrados, con los brazos cruzados.

El juez esperó a que el ujier pidiera silencio y se restableciera el orden.

—Creo que debería conceder al señor Craig la oportunidad de contestar a las acusaciones de *sir* Matthew, en lugar de dejarlas flotando en el aire.

—Estaría encantado de hacerlo, señoría —contestó Craig—, pero antes me gustaría proponer a *sir* Matthew una cuarta posibilidad, que al menos posee la ventaja de la credibilidad.

—Estoy impaciente —dijo *sir* Matthew, al tiempo que se reclinaba en el asiento.

—Teniendo en cuenta los antecedentes de su cliente, ¿no sería posible que se hubiera hecho la herida de la pierna antes de la noche de autos?

—Pero eso seguiría sin explicar cómo es posible que usted conociera la existencia de la cicatriz.

—No tengo nada que explicar —replicó Craig desafiante—, porque un jurado ya decidió que su cliente no tenía donde agarrarse.

Parecía bastante complacido consigo mismo.

—Yo no estaría tan seguro de eso —dijo *sir* Matthew. Se volvió hacia su hijo, que le entregó una pequeña caja de cartón. *Sir* Matthew la dejó sobre el saliente que tenía delante, y no se dio prisa en sacar unos vaqueros y alzarlos para que los viera todo el jurado—. Estos son los vaqueros que el servicio de prisiones devolvió a la señorita Elizabeth Wilson cuando pensaron que Danny Cartwright se había ahorcado. Estoy seguro de que al jurado le interesará ver que en la tela hay un desgarrón manchado de sangre en la región inferior del muslo izquierdo, que coincide exactamente con...

El alboroto que siguió ahogó el resto de las palabras de *sir* Matthew. Todo el mundo se volvió a mirar a Craig, impacientes por saber cuál sería su respuesta, pero no le concedieron la oportunidad de replicar, porque el señor Pearson se puso por fin en pie.

—Señoría, debo recordar a *sir* Matthew que no es al señor Craig a quien estamos juzgando —anunció Pearson, quien casi tuvo que gritar para hacerse oír—, y que esta prueba —señaló los vaqueros que *sir* Matthew todavía sostenía en alto— es irrelevante para decidir si Cartwright se escapó o no de la cárcel.

El juez Hackett ya no podía ocultar su ira. Una mueca hosca había sustituido a su sonrisa jovial.

—No podría estar más de acuerdo con usted, señor Pearson —dijo, en cuanto se hizo el silencio en la sala—. Un desgarrón manchado de sangre en los vaqueros del acusado no es relevante en este caso. —Hizo una pausa, antes de mirar al testigo con desprecio—. Sin embargo, creo que no me queda otra alternativa que suspender este juicio y disolver el jurado, hasta que todas las transcripciones de este caso, y del caso anterior, hayan sido enviadas al DPP para su consideración, porque soy de la opinión que se ha producido un gravísimo error judicial en el caso de la Corona contra Daniel Arthur Cartwright.

Esta vez, el juez no hizo el menor intento de acallar el alboroto que siguió cuando los periodistas corrieron hacia la puerta; algunos hablaban ya por el móvil incluso antes de salir de la sala.

Alex se volvió para felicitar a su padre, y le vio derrumbado en el banco, con los ojos cerrados. Abrió uno, miró a su hijo y comentó:

—Esto aún está lejos de haber terminado, hijo mío.

SEXTA PARTE

JUSTICIA

«**A**unque hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si me falta...».

Después de que el padre Michael bendijera a los novios, los señores Cartwright se sumaron al resto de la congregación, reunida alrededor de la tumba de Danny Cartwright.

«Aunque repartiera todo lo que poseo e incluso sacrificara mi cuerpo, pero para recibir alabanzas y sin tener el amor, de nada...».

Había sido deseo de la novia rendir homenaje a Nick de esa forma, y el padre Michael había aceptado presidir una ceremonia en memoria del hombre que con su muerte había hecho posible que Danny demostrara su inocencia.

«Aunque repartiera todo lo que poseo e incluso sacrificara mi cuerpo, pero...».

Aparte de Danny, solo dos de los presentes habían conocido al hombre al que habían enterrado en tierra extraña. Uno de ellos se alzaba muy erguido al otro lado de la tumba, vestido con frac negro, cuello de puntas y corbata de seda negra. Fraser Munro se había desplazado desde Dunbroath hasta el East End de Londres en representación del último vástago de la dinastía Moncrieff al que serviría. Danny había intentado darle las gracias por su sabiduría y energía inquebrantables, pero el señor Munro se limitó a contestar:

—Ojalá hubiera gozado del privilegio de servirles a ambos. Pero esa no era la voluntad del Señor —añadió.

Cuando se encontraron todos en Wilson House antes de que empezara la ceremonia de la boda, Munro dedicó un buen rato a admirar los cuadros de Danny.

—No tenía ni idea, Danny, de que coleccionara obras de McTaggart, Peploe y Lauder. Danny sonrió.

—Creo que descubriré que era Lawrence Davenport quien los coleccionaba. Yo me limité a adquirirlos, pero después de haber convivido con ellos tengo la intención de añadir más representantes de la escuela escocesa a mi colección.

—Igual que su abuelo —dijo Munro.

Danny se abstuvo de recordar al señor Munro que jamás había conocido a *sir* Alexander.

—A propósito —añadió Munro con timidez—, debo admitir que asesté un golpe bajo a uno de sus adversarios cuando usted estaba encerrado en Belmarsh.

—¿A cuál?

—A *sir* Hugo Moncrieff, nada más y nada menos. Y lo que es peor, lo hice sin solicitar su aprobación, algo muy poco profesional. Hace tiempo que quería confesarlo.

—Bien, ahora tiene la oportunidad, señor Munro —dijo Danny, intentando contener la risa—. ¿Qué ha estado haciendo durante mi ausencia?

—Debo confesar que envié todos los documentos relativos a la validez del segundo testamento de *sir* Alexander a la oficina del fiscal, advirtiéndoles que, en mi opinión, se había cometido un delito. —Danny no dijo nada. Desde el principio de su relación, había aprendido a no interrumpir a Munro cuando se lanzaba—. Como no ocurrió nada durante varios meses, di por sentado que el señor Galbraith había logrado barrer todo el episodio bajo la alfombra. —Hizo una pausa—. Hasta que esta mañana he leído el *Scotsman* en el avión que me ha traído a Londres.

Abrió su omnipresente maletín, sacó un periódico y se lo pasó a Danny.

Danny leyó el titular de la portada. «*Sir* Hugo Moncrieff detenido por falsificación e intento de estafa». El artículo iba acompañado de una gran fotografía de *sir* Nicholas Moncrieff, que en opinión de Danny no le hacía justicia. Cuando Danny terminó de leer el artículo, sonrió.

—Bien, ¿no dijo usted que si me causaba más problemas, «la suerte estaba echada»?

—¿De veras pronuncié esas palabras? —dijo Munro con semblante disgustado.

«Porque este saber queda muy imperfecto, y nuestras profecías son también algo muy limitado».

Los ojos de Danny se desviaron hacia la única otra persona presente que había sido amiga de Nick, y le había conocido mucho mejor que Munro o él. Big Al se erguía en posición de firmes entre Ray Pascoe y Alan Jenkins. El alcaide le había concedido permiso para asistir al funeral de su amigo. Danny sonrió cuando sus ojos se encontraron, pero Big Al agachó al instante la cabeza. No quería que aquellos desconocidos le vieran llorar.

«Y cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo limitado».

Danny volvió a centrar su atención en Alex Redmayne, que había sido incapaz de disimular su satisfacción cuando Beth le había pedido que fuera el padrino de su hijo, el hermano de Christy. Alex estaba al lado de su padre, el hombre que había conseguido convertir a Danny en un hombre libre.

Cuando todos se habían reunido en el despacho de Alex unos días después de que el juicio se suspendiera, Danny había preguntado a *sir* Matthew qué había querido decir con las palabras: «Esto aún está lejos de haber terminado». El anciano juez se había llevado a Danny a un lado para que Beth no le oyera, y le explicó que, si bien

Craig, Payne y Davenport habían sido detenidos y acusados del asesinato de Bernie Wilson, no habían cesado de proclamar su inocencia, y estaba claro que trabajaban en equipo. Advirtió a Danny que Beth y él tendrían que pasar por el suplicio de un nuevo juicio, en el que deberían testificar sobre lo que le había sucedido aquella noche a su amigo, enterrado en el cementerio de St. Mary. A menos que, por supuesto...

«Así también en el momento presente vemos las cosas como en un mal espejo y hay que adivinarlas, pero entonces las vemos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido».

Danny no resistió la tentación de mirar al otro lado de la calle, donde colgaba un letrero recién pintado: «Taller Cartwright. Bajo nueva dirección». Después de finalizar las negociaciones y fijar un precio con Monty Hugues, Munro había redactado un contrato que permitiría a Danny tomar las riendas de un negocio al que podría acceder cada día cruzando la calle.

Los banqueros suizos habían expresado con claridad su opinión de que Danny había pagado un precio excesivo por el taller de la acera de enfrente. Danny no se molestó en explicar a Segat la diferencia entre las palabras «precio» y «valor», pues dudaba de que él o Bresson hubieran dedicado mucho tiempo a leer a Oscar Wilde.

«Ahora, pues, son válidas la fe, la esperanza y la caridad; las tres, pero la mayor de estas tres es la caridad».

Danny tomó la mano de su esposa. Al día siguiente volarían a Roma para iniciar una luna de miel muy aplazada, durante la cual intentarían olvidar que, cuando regresaran, deberían afrontar otro largo juicio, antes de que su calvario terminara. Su hijo de diez semanas eligió aquel momento para expresar sus sentimientos mediante un estallido de lágrimas, y no en memoria de *sir* Nicholas Moncrieff, sino tan solo porque opinaba que la ceremonia ya había durado demasiado y, en cualquier caso, estaba hambriento.

—Chist —dijo Beth—. Dentro de poco nos iremos a casa —prometió su madre, mientras estrechaba a Nick en sus brazos.

«En el nombre del padre, del hijo...».

Jraigan a los presos.

La sala número cuatro del Old Bailey estaba atestada mucho antes de las diez de la mañana, pero no cada día se acusaba a un consejero real (QC), a un diputado y a un popular actor de asesinato, reyerta y conspiración para manipular la justicia.

El banco de los letrados estaba abarrotado de lumbreras que comprobaban expedientes, ordenaban documentos y, en un caso, daban los toques finales a su alegato, mientras esperaban a que los presos ocuparan sus sitios en el banquillo.

Los tres acusados estaban defendidos por las mentes jurídicas más eminentes que sus abogados habían podido encontrar, y en los pasillos del Old Bailey se decía que, mientras se aferraran a su historia original, era dudoso que los doce jurados pudieran llegar a un veredicto unánime. Las conversaciones enmudecieron cuando Spencer Craig, Gerald Payne y Lawrence Davenport ocuparon sus asientos en el banquillo.

Craig iba vestido de manera tan conservadora, con un traje de raya diplomática azul oscuro, camisa blanca y su corbata malva favorita, que parecía haberse equivocado de puerta, y que tendría que estar sentado en el banco de los letrados, a la espera de presentar su alegato.

Payne vestía un traje gris oscuro, corbata de la facultad y camisa color crema, tal como correspondía a un diputado que había ganado un escaño. Aparentaba serenidad. Davenport llevaba unos vaqueros descoloridos, camisa sin corbata y chaqueta cruzada. No se había afeitado, cosa que la prensa describiría al día siguiente como barba incipiente a la moda, pero también informarían de que tenía aspecto de no haber dormido desde hacía días. Davenport hizo caso omiso de los bancos de la prensa y miró hacia el público, mientras Craig y Payne conversaban como si esperaran que les sirvieran la comida en un restaurante lleno de gente. En cuanto Davenport comprobó que ella estaba en su sitio, clavó la vista en el frente y esperó a que apareciera el juez.

Todo el mundo había ocupado su asiento en la abarrotada sala cuando entró el juez Armitage. Esperó a que inclinaran la cabeza antes de devolverles el cumplido, y ocupó el asiento central del estrado. Sonrió con benevolencia, como si fuera un día de trabajo más. Ordenó al ujier que hiciera entrar al jurado. El ujier hizo una reverencia y desapareció por una puerta lateral, para reaparecer momentos después seguido de los doce ciudadanos que habían sido elegidos al azar para juzgar a los tres acusados.

El abogado de Lawrence Davenport se permitió la sombra de una sonrisa cuando vio que el jurado estaba formado por siete mujeres y cinco hombres. Ahora estaba seguro de que el peor resultado sería un jurado cuyos miembros no se pusieran de acuerdo.

Cuando los jurados se sentaron, Craig los estudió con ávido interés, consciente de que ellos y solo ellos decidirían su destino. Ya había ordenado a Larry que

estableciera contacto visual con las mujeres, pues solo necesitaban a tres que no pudieran soportar la idea de que Lawrence Davenport acabara en la cárcel. Si Larry podía encargarse de aquella sencilla tarea, todos saldrían libres. Pero Craig se irritó al ver que, en lugar de seguir sus sencillas instrucciones, Davenport parecía preocupado y tenía la vista clavada en el frente.

En cuanto el jurado se acomodó, el juez invitó al juez asesor a leer los cargos.

—Que los acusados hagan el favor de levantarse. Los tres se pusieron en pie.

—Spencer Malcolm Craig, se le acusa de asesinar a Bernard Henry Wilson la noche del 18 de septiembre de 1999. ¿Se declara culpable o inocente?

—Inocente —dijo Craig en tono desafiante.

—Gerald David Payne, se le acusa de participar en una reyerta la noche del 18 de septiembre de 1999 que terminó con la muerte de Bernard Henry Wilson. ¿Se declara culpable o inocente?

—Inocente —contestó con firmeza Payne.

—Lawrence Andrew Davenport, se le acusa de perversión de la justicia, cuando el 23 de marzo de 2000 mintió bajo juramento sobre un asunto concreto. ¿Se declara culpable o inocente?

Todos los ojos de la sala estaban clavados en el actor, que se encontró de nuevo convertido en protagonista. Lawrence Davenport alzó la cabeza y miró hacia el público, donde su hermana estaba sentada al final de la primera fila.

Sarah dedicó a su hermano una sonrisa tranquilizadora.

Davenport bajó la cabeza, y por un momento dio la impresión de que vacilaba, hasta que dijo en un susurro apenas audible:

—Culpable.



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.

NOTAS

[1] Queen's Counsel, título que se otorga a los abogados de más alto rango del Reino Unido. (*N. del T*) <<

[2] Protagonista de la novela *Cumbres borrascosas*. (N. del T.) <<

[3] Crown Prosecution Service, departamento no ministerial del gobierno británico responsable de la acusación en casos de delitos penales cometidos en Inglaterra y Gales. (N. delT.) <<

[4] Revista inglesa, ya desaparecida, dedicada al críquet. (*N. del T.*) <<

[5] Bt: *baronet*, MC: Cruz Militar, OBE: Oficial de la Orden del Imperio Británico.
(N. del T.) <<

[6] Uno de los cuatro centros de formación de abogados en Gran Bretaña. (N. del T.)

<<

[7] La frase original, de origen incierto aunque anterior al inglés moderno, dice: «Ni el tiempo ni la marea esperan a ningún hombre». (*N. del T.*) <<

[8] Cadena de quioscos inglesa. (*N. del T.*) <<

[9] Canción muy popular compuesta en 1918 y que en la actualidad es el himno del West Ham. (*N. del T.*) <<

[10] Cadena de bocabillerías especializada en *baguettes*, literalmente «la flor y nata».
(N. del T.) <<

[11] Uno de los condados de la Irlanda moderna. (*N. del T.*) <<

[12] Arquitecto, diseñador y acuarelista escocés (1868-1928), máximo exponente del *art nouveau* en Escocia. (N. del T.) <<

[13] Recibe su nombre de Josiah Wedgwood (1730-1795), ceramista y abuelo de Charles Darwin. (*N. del T.*) <<

[14] H. M. Bateman (1887-1970), pintor y caricaturista británico. (*N. del T.*) <<

[15] Espacio destinado a visitantes con o sin invitación que desean presenciar las sesiones parlamentarias. *(N. del T.)* <<

[16] Augustus Welby Northmore Pugin (1812-1852), arquitecto, diseñador y teórico del diseño inglés. (N. del T.) <<

[17] Sobrenombre del West Ham Utd. F. C. (N. del T.) <<

[18] Título nobiliario británico que responde a: Knight Commander (of the Order) of St. Michael and St. George. (N. del T.) <<

[19] Frederick Edwin Smith (1872-1930), primer conde de Birkenhead, estadista conservador y abogado británico. (N. del T.) <<